ISBN 978-84-8164-808-9



SØREN KIERKEGAARD ESCRITOS 3

Escritos
Søren Kierkegaard



Volumen 3
Editorial Trotta

O lo uno o lo otro
Un fragmento de vida II

O lo uno o lo otro (1843) es la primera obra publicada por Søren Kierkegaard, en la que comenzó a trabajar casi inmediatamente después de la lectura de sus tesis *Sobre el concepto de ironía*. Escrito de compleja estructura textual y, en muchos sentidos, el más excelso de todos los suyos, fue fruto de una intensa dedicación de dieciséis meses, si bien la primera elaboración de algunos de sus materiales se remonta a años atrás. Bajo el pseudónimo de Victor Eremita, presunto responsable de la edición, la aparición del libro señalará para Kierkegaard el inicio de su carrera como escritor en sentido estricto.

Dicha carrera comienza pues con la disyunción existencial indicada en el título de la obra: la oposición entre lo estético («aquello que un hombre inmediatamente es») y lo ético («aquello a través de lo cual un hombre llega a ser lo que llega a ser»). A los tratados estéticos que componían la Primera Parte se añaden ahora en esta Segunda, en estrecha vinculación dialéctica con aquéllos, los tratados éticos, en forma de tres cartas dirigidas al autor de los escritos estéticos: «La validez estética del matrimonio», «El equilibrio entre lo estético y lo ético en la formación de la personalidad» y «Ultimátum».

Se ofrece así por primera vez al lector hispanohablante la traducción del danés, íntegra y anotada, de los dos volúmenes de esta obra.

Escritos de Søren Kierkegaard

Escritos de Søren Kierkegaard

Volumen 3

O lo uno o lo otro
Un fragmento de vida II

Edición y traducción del danés
de Darío González

E D I T O R I A L   T R O T T A

En colaboración con el Soren Kierkegaard Forskningscenter de Copenhague,
institución subvencionada por el Danmarks Grundforskningsfond desde 1994
y sostenida sustancialmente por el Kulturministerium desde 2004.
Edición de Niels Jorgen Cappelorn, Darío González y Begonya Saez Tajafuerce

COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS
Serie Filosofía

Título original: Enten-Eller. Et Livs-Fragment. Anden Deel,
de acuerdo con la edición Soren Kierkegaards Skrifter, Bind 3,
udgivet af Soren Kierkegaard Forskningscenteret, København, 1997

La traducción de esta obra ha contado con la ayuda de
The Danish Arts Council's Committee for Literature
y de la Fundación Juan March

Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: editorial@trotta.es
http://www.trotta.es

ISBN: 978-84-8164-364-0 (obra completa)
ISBN: 978-84-8164-808-9 (volumen 3)
Depósito Legal: M. 41.509-2007

Impresión
Fernández Ciudad, S.L.

CONTENIDO

O LO UNO O LO OTRO
UN FRAGMENTO DE VIDA
SEGUNDA PARTE

| O LO UNO O LO OTRO 7

UN FRAGMENTO DE VIDA

Editado
por

VICTOR EREMITA

Segunda Parte

| O LO UNO O LO OTRO 9

UN FRAGMENTO DE VIDA

EDITADO
POR

VICTOR EREMITA

Segunda Parte
Que contiene los papeles de *B*,
Cartas a *A*

Les grandes passions sont solitaires, et les transporter au désert, c'est les rendre à leur empire.
[Las grandes pasiones son solitarias, y llevarlas al desierto es devolverlas a su imperio.]

Chateaubriand*

Copenhague 1843

De venta en la Librería Universitaria C. A. Reitzel

Imprenta de Bianco Luno

* F. R. Chateaubriand, *Atala, ou les amours de deux sauvages dans le désert*, Paris, 1801.

LA VALIDEZ ESTÉTICA DEL MATRIMONIO

| Amigo mío: 15

Las líneas sobre las que tus ojos se posan ahora han sido escritas al final. Su propósito es intentar una vez más que esta minuciosa indagación, remitida a ti a través de ellas, asuma por fuerza la forma de una carta. Estas líneas acompañan a las últimas, se unen a ellas formando un sobre e indicándote así, de un modo externo, aquello que los argumentos internos quieren de un modo u otro inculcarte: que lo que lees es una carta. No he querido renunciar a la idea de que esto que te escribo es una carta, primero porque no he tenido tiempo para elaborarlo con el esmero que un tratado habría requerido, y además porque habría sido una pena perder la ocasión de dirigirme a ti en el tono más bien exhortativo y con el encarecimiento que implica la forma epistolar. Eres demasiado diestro en el arte de hablar acerca de cualquier cosa con toda generalidad y sin dejar que nada de ello te conmueva de manera personal, demasiado como para poder yo ponerte a prueba dando curso a tu fuerza dialéctica. Bien sabes cómo procedió el profeta Natán frente al rey David cuando éste, dispuesto a entender la parábola planteada por el profeta, no quería, sin embargo, entender que se refería a él mismo. Para mayor precisión, Natán añadió entonces: «¡Tú, oh rey, eres el hombre!»[1]. De ese mismo modo he buscado siempre hacerte recordar que se está hablando de ti y que se te habla a ti. No me cabe duda alguna, por tanto, de que a lo largo de la lectura tendrás la permanente impresión de estar leyendo una carta, por más que te perturbe la circunstancia de que el formato del papel no sea el adecuado. Acostumbro, como buen funcionario, a escribir sin plegar la hoja; es posible que, a tus ojos, esto tenga la ventaja de aportar cierta oficialidad a mi escritura. Esta carta que recibes es bastante extensa; sería una carta onerosa si se la pesara en una balanza de correos, pero su importancia sería tal vez escasa si un crítico agudo la pesara en su balanza de orfebre. Por eso te pediré que no la peses en ninguna de las dos, ni en la balanza del correo, ya que no la recibes para volver a remitirla, sino para

16 quedártela, ni en la del crítico, pues por nada del mundo | desearía que incurrieras en un tan grosero y antipático malentendido.

Este análisis resultaría seguramente de lo más extraño y superficial a los ojos de alguien que no fueses tú; si ese alguien fuese un hombre casado, quizás exclamaría con el tono campechano de un padre de familia: «¡Claro que sí, el matrimonio es la estética de la vida!»; si fuese un hombre joven, entonaría quizás de manera un poco oscura e irreflexiva la frase: «¡Oh, amor, tú eres la estética de la vida!»; pero ninguno de los dos entendería cómo vine a caer en esto de querer salvar la reputación estética del matrimonio. Tal vez lograría entonces que se me tome por alguien sospechoso en lugar de ganarme el respeto de aquellos que son o llegarán a ser esposos, pues quien se excusa, se acusa2. Y esto te lo debería a ti; a ti, a quien he amado sin vacilar jamás, pese a todas tus rarezas, como se ama a un hijo, a un hermano, a un amigo; amado con estético amor, pues acaso consigas de una buena vez hallar un centro para tus excéntricos movimientos; amado a causa de tu vehemencia, de tu apasionamiento y de tus flaquezas; amado con el temor y el temblor3 de un amor religioso, pues tengo a la vista todos los matices y estoy muy lejos de considerarte un mero fenómeno. Y cuando veo que te apartas de un salto, que te desbocas como un caballo salvaje, que habiendo caído de espaldas te incorporas de nuevo, en ese caso, aun renunciando a toda bajeza didáctica, pienso en un caballo que no ha sido adiestrado, pero veo también la mano que sostiene las riendas, veo alzarse sobre tu cabeza el pesado látigo de la fatalidad. Aun así, cuando este análisis llegue finalmente a tus manos, tal vez dirás que la tarea que este tipo te ha impuesto es innegablemente una tarea enorme, pero que habría que ver cómo haría él mismo para llevarla a cabo. Quizás te hable con excesiva blandura, quizás hable demasiado acerca de ti, quizás debería valerme de la autoridad que, pese a tu altivez, tengo sobre ti; o quizás no debería discutir estos temas contigo en modo alguno, pues en muchos aspectos eres alguien corrupto, y cuanto más se discute contigo tanto más aumenta la confusión. No es que seas un enemigo del matrimonio, pero abusas de tu mirada irónica y de tu sarcástica
17 ca | mordacidad con el fin de burlarte de él. A este respecto debo admitir que no das estocadas en el aire[4], que das certeramente en el blanco, que posees un gran poder de observación, pero debo decir también que ése es tal vez tu error. Tu vida se resuelve en un mero tomar carrera para la vida. Tal vez respondas que, después de todo, eso es siempre mejor que desplazarse sobre los rieles de la trivialidad o que

perderse atomísticamente en el gentío de la vida en sociedad. Como te decía, no puede decirse que aborrezcas el matrimonio, puesto que, en realidad, hasta ahora nunca has llegado a él con el pensamiento, no, al menos, sin escandalizarte; y perdóname si doy por asumido el hecho de que no has pensado cabalmente en el asunto. Lo que tú aprecias es el primer enamoramiento. Sabes cómo sumergirte y refugiarte en una *clairvoyance* llena de ensueños y ebria de erotismo. Seguro e intacto tras la finísima telaraña que tejes a tu alrededor, permaneces al acecho. Claro que ya no eres un niño, la tuya no es una conciencia ingenua[5], y por eso tu mirada sugiere algo más; pero con eso te basta. Tu amor está puesto en lo accidental. La sonrisa de una bella muchacha en una situación interesante, una mirada interceptada, de eso andas a la caza, ése es el tema de tu ociosa fantasía. Tú, que tanto te jactas siempre de ser un observador, debes hacerte a la idea de que tú mismo, en retribución, eres objeto de observación. Te recordaré un caso. Aquella bella joven junto a la que te sentaste a la mesa por accidente (pues hay que resaltar, naturalmente, que no conocías su posición, ni su nombre, ni su edad, ni nada de eso), era demasiado discreta como para dedicarte una mirada. Por un instante dudaste si sería por puro recato o si no habría también en ello una cuota de timidez que, bajo una luz adecuada, podría poner a la muchacha al descubierto en una situación interesante. Estaba sentada frente a un espejo en el que podías verla. Ella lanzó una tímida mirada al espejo sin presentir que tus ojos ya estaban instalados allí, y se ruborizó al ser alcanzada por ellos. Éstas son cosas que tú captas con la precisión y la rapidez de un daguerrotipo, que, como se sabe, ni siquiera en las peores condiciones climáticas tardaría más de medio minuto. ¡Vaya si eres de naturaleza extraña! Pues a veces eres un niño y a veces un anciano, alguien capaz de pensar algunas veces con enorme seriedad en los más elevados problemas científicos, dispuesto a dejar la vida en ello, y otras veces eres un tonto enamorado. Pero del matrimonio estás muy lejos, y espero que tu genio protector te aparte de la senda equivocada, pues a menudo me parece reconocer en ti los rasgos de quien anda con ganas de hacer el papel de un Zeus. Estás tan orgulloso
de | tu amor, que seguramente imaginas que cualquier muchacha se 18
consideraría dichosa si pudiera ser tu novia durante una semana y un día. Claro que, a la par de tus estudios amorosos, debes continuar con tus estudios estéticos, metafísicos, geopolíticos, etc. Uno no puede realmente enfadarse contigo, pues en ti, como en la concepción medieval, el mal está como condimentado de bondad y de infantilismo. En cuanto a tu relación con el matrimonio, ésta ha sido siempre la de un mero observador. Hay algo de traición en el hecho de no querer

ser más que un observador. Si muy a menudo, debo admitirlo, me has resultado divertido, muy a menudo también me has hartado con tus historias acerca de cómo te granjeaste la confianza de este o de aquel hombre casado a fin de observar cuán hondo había caído en la ciénaga de la vida conyugal. Tu capacidad de meterte entre la gente es realmente notable, eso no voy a negártelo, como tampoco negaré lo placentero que es oírte relatar los resultados, y ser testigo de tu desenfadada alegría cada vez que puedes venir con el chisme de alguna observación verdaderamente reciente. Pero, hablando con sinceridad, tu interés psicológico carece de seriedad y es más bien una curiosidad hipocondríaca.

Pasemos, pues, al asunto. Creo que mi tarea consiste en dos cosas, a saber, mostrar la importancia estética del matrimonio, y mostrar cómo lo que éste tiene de estético puede ser resguardado pese a las múltiples dificultades de la vida. Sin embargo, para que te acojas con una confianza aún mayor a la edificación que la lectura de este pequeño artículo puede depararte, me haré preceder siempre de un breve preludio polémico en el que se preste la debida atención a tus sarcásticas observaciones. Claro que de esta manera espero también, pagado ya el debido tributo a los piratas, poder estar tranquilamente en mis fueros, ya que después de todo estoy en mis fueros, siendo yo mismo un esposo que lucha en favor del matrimonio, *pro aris et focis* [por la casa y por el hogar][6]. Te aseguro que este asunto me preocupa tanto, que hasta estaría realmente tentado a hacer aquello que por lo general encuentro poco tentador, ponerme a escribir libros, si tan sólo me atreviera a creer que de ese modo salvaría a un matrimonio, a uno siquiera, del infierno al que acaso se ha condenado a sí mismo, o que haría que una pareja pudiera realizar la más bella de las tareas encomendadas al hombre.

Para mayor claridad, quisiera por un momento traer a colación
19 a mi mujer y mi relación con ella, no porque me atreva a | presentar
nuestro matrimonio como un modelo ejemplar, sino porque las descripciones poéticas sacadas de la nada no tienen por lo general mucho poder de convicción, y también porque me parece importante mostrar que incluso en la relación cotidiana es posible conservar lo estético. Tú me conoces desde hace años, y hace cinco que conoces a mi mujer. La consideras muy bella, particularmente atractiva, y también yo. Sin embargo, yo sé muy bien que no es tan bella en las mañanas como lo es por las noches, que cierto aire de melancolía y hasta de morbidez desaparece sólo al final del día, que cae en el olvido cuando, en la noche, se propone ser verdaderamente atractiva. Sé muy bien que su nariz no es del todo bella, que es demasiado pequeña,

pero que afronta el mundo con desenvoltura. Y aun sabiendo a cuántas burlas ha dado lugar esa naricita, sé que jamás le asignaría una más bella si ello dependiera de mí. Éste es un sentido de lo accidental de la vida mucho más profundo del que a ti tanto te exalta. Pues por este bien doy gracias a Dios y olvido el quebranto. Claro que eso es lo menos importante; hay una sola cosa de la que doy gracias a Dios con toda mi alma, a saber, que ella sea la única a la que he amado, la primera, y lo único que ruego a Dios con todo mi corazón es que me dé fuerzas de manera que jamás llegue a amar a otra. Éste es un rezo hogareño del que ella participa también, pues cada sentimiento, cada estado de ánimo cobra para mí un significado más alto cuando la hago partícipe de ellos. Todos, hasta los más altos sentimientos religiosos se transformarían en indolencia si en ellos uno estuviera siempre solo; estando junto a ella soy a la vez sacerdote y lego. Y si alguna vez perdiera yo mi cariño hasta el punto de no recordar este bien, o mi piedad hasta el punto de no dar gracias por él, ella me lo recordaría. Como ves, mi joven amigo, éstas no son las adulaciones del primer día de enamorados, ni un ensayo de erotismo experimental, como aquella cuestión que casi todo el mundo se ha planteado tanto a sí mismo como a su amada en sus días de noviazgo, a saber, si ella ha amado ya, o si él mismo no ha amado a otra antes; no, esto es lo serio de la vida, y aun así no es frialdad, ni falta de piedad, ni de erotismo, ni de poesía. En verdad me preocupa muchísimo que ella me ame realmente, y amarla realmente, y el paso de los años no ha hecho que nuestro matrimonio se vuelva rígido como tantos otros, sino que sigo deleitándome en rejuvenecer nuestro
primer amor, de manera tal que éste, a su vez, | tiene para mí un 20
significado religioso tanto como estético; pues no me parece que Dios pueda estar tan por encima del mundo como para no atender al pacto que él mismo ha instituido entre hombre y mujer, ni soy yo tan espiritual como para que el lado mundano de la vida carezca para mí de sentido. Todo cuanto hubo de bello en el erotismo pagano tiene su validez en el cristianismo en la medida en que puede ponérselo en relación con el matrimonio. Ese remozamiento de nuestro primer amor no es meramente una nostálgica retrospección, o una rememoración poética de lo vivido a la que uno mismo acabaría por sucumbir; todo eso es debilitante, aquél es un obrar. Por cierto, puede que se anticipe el instante en que uno ha de contentarse con recordar; uno debe mantener abierto el fresco manantial de la vida tanto como sea posible. Tú, en cambio, vives realmente del pillaje. Te deslizas inadvertido entre la gente, les robas sus momentos de dicha, sus momentos más bellos, te metes esas siluetas en el bolsillo, como el

larguirucho de Schlemil[7], y vuelves a sacarlas cuando te place. Dices que los involucrados no pierden nada de esa manera, que a menudo ellos mismos no saben cuál es su momento más bello; opinas, antes bien, que deberían estarte agradecidos por haber hecho que aquél, gracias a tus trabajos de iluminación y a tus fórmulas mágicas, se les mostrara transfigurado en la sobrenatural magnitud de un instante desmesurado. Y aunque no pierdan nada, queda sin embargo en pie una pregunta, a saber, si no cabe pensar que conservan de él un recuerdo que les será siempre doloroso; pero tú sí pierdes, pierdes tu tiempo... tu calma... la paciencia de querer vivir; pues sabes muy bien lo impaciente que eres, tú, que una vez me escribías diciendo que la paciencia para sobrellevar las cargas de la vida era una virtud extraordinaria, no tenías ni siquiera la paciencia de querer vivir. Tu vida se disuelve en esos meros detalles interesantes. Si uno tuviese la osada esperanza de que la energía que te abrasa en tales instantes pudiera cobrar forma en ti, que pudiera propagarse dando así coherencia a tu vida, eso sería seguramente algo bueno para ti, pues en tales instantes te transfiguras. Hay en ti una agitación sobre la que ondea, lúcida y clara, la conciencia, toda tu alma se recoge en ese único punto, tu entendimiento esboza un centenar de proyectos, concentras todo en el ataque. Y si algo falla en una dirección, tu casi diabólica dialéctica se apresta de inmediato a explicar lo sucedido para utili-
21 zarlo así en un nuevo | plan de operaciones. No cesas de flotar sobre
ti mismo, y por muy decisivo que sea cada paso, te reservas una posibilidad interpretativa que con una sola palabra podría cambiarlo todo. Y a eso se agrega lo encarnizado del estado de ánimo. Tu mirada resplandece, o más bien, es como si proyectara a la vez cientos de miradas vigilantes mientras un rubor fugaz va encendiendo tu rostro; confías plenamente en tus cálculos, y aun así esperas con terrible impaciencia... sí, mi querido amigo, al fin y al cabo me parece que realmente te engañas a ti mismo, que por mucho que hables acerca de sorprender a alguien en su momento de dicha, lo que captas no es sino la desmesura de tu propio estado de ánimo. Tu potenciación es tal que terminas creando. Por tal razón te decía que eso no es tan dañino para los demás, pero es absolutamente dañino para ti. Pero el motivo no es una total falta de lealtad. Tú dices que los hombres no te incumben, que son ellos, más bien, los que tendrían que agradecer que el contacto contigo los transforme, no ya en cerdos, como Circe[8], sino de cerdos en héroes. Dices que sería totalmente diferente si se tratase de alguien que se te entregara de verdad, pero hasta ahora jamás te has topado con alguien así. Tu corazón se agita, te deshaces en íntimas emociones de sólo pensar que lo darías

todo por esa persona. No es que yo deje de reconocer en ti cierta bondad solidaria, tu bella manera de ayudar al menesteroso, la nobleza inherente a tus frecuentes muestras de amabilidad; pero creo que allí, a su vez, se oculta un cierto sentido de superioridad. De esto hay algunos testimonios excéntricos que no quiero recordar, pues sería una pena oscurecer totalmente de ese modo lo que puede haber de bueno en ti; sí quiero recordarte, en cambio, un pequeño episodio de tu vida cuya mención no puede hacerte daño. Una vez me contaste que, estando de paseo, caminabas detrás de un par de mujeres pobres. Es probable que mi descripción del asunto carezca en este instante de la vivacidad con que tú lo describiste, cuando te me apareciste de repente, absorto en ese pensamiento. Eran dos mujeres del hospicio de Ledegaard[9]. Acaso habían conocido mejores épocas, pero eso era cosa del pasado, y el Ledegaard no es precisamente un lugar en que se cultive la esperanza. Una le había ofrecido un pitillo a la otra, y entonces ésta exclamó: «¡Quién tuviera cinco reales!». Ella misma se había visto tal vez sorprendida por ese anhelo repentino que, no menos inesperadamente, resonó sobre el repecho del bastión[10]. Tú te adelantaste, con tu cuaderno de dibujo en mano y sa-
cando de él un billete de cinco reales | ya antes de dar el paso deci- 22
sivo, no fuera que la situación perdiese su debida elasticidad al notar ella prematuramente alguna cosa. Te adelantaste con una cortesía casi obsequiosa, como la que cabría esperar de un genio bienhechor, le diste los cinco reales y desapareciste. Te regocijaba pensar qué impresión le habría causado ese hecho, si lo vería como un acontecimiento divino, o si su espíritu, ya endurecido acaso en razón de tantos sufrimientos, no reaccionaría más bien con cierto desdén hacia una divina providencia que habría asumido entonces la forma de un accidente. Esto, según me contabas, hizo que te pusieras a meditar si acaso la satisfacción totalmente accidental de un deseo expresado también por accidente no podría llevar a un hombre a la desesperación, puesto que de esa manera se negaba de raíz la realidad de la vida. Lo que tú querías, en efecto, era representar el papel del destino, y lo que realmente te regocijaba era la variedad de las reflexiones que podían desprenderse de allí. Debo admitir que estás muy bien calificado para hacer el papel del destino, siempre que a este término se asocie la representación de la cosa más mudable y caprichosa de todas; yo, por mi parte, me conformo con un puesto menos pretencioso en la vida. Tal vez puedas ver en ese incidente, por cierto, un ejemplo que permita aclarar hasta qué punto no dañas a la gente con tus experimentos. Tú pareces llevarte la mejor parte; le has dado cinco reales a una mujer pobre, cumpliendo así su más

caro deseo, y sin embargo tú mismo confiesas que eso podría llevar-
la, como a Job si hubiese éste seguido los consejos de su mujer, a
renegar de Dios[11]. Tú dirás que esa consecuencia estaba fuera de tu
alcance, y que si hubiera que medir de esa manera las consecuencias
no podría uno en absoluto actuar; mi respuesta sería que sí, que se
puede actuar. Yo mismo le habría dado esos cinco reales de haberlos
tenido, pero habría tomado primero conciencia de no estar proce-
diendo de manera experimental; mantendría la convicción de que la
provisión divina, de la que me sentiría un humilde instrumento,
gobernaría todo para bien sin que yo mismo tuviera nada que repro-
charme. Tú mismo puedes comprobar cuán insegura y fluctuante es
tu vida, teniendo en cuenta que ni siquiera sabes con seguridad si
aquello te causaría pesar, que tu hipocondríaca perspicacia y tu bi-
zantinismo pueden meterte como por hechizo en un círculo de
23 consecuencias del que en vano buscarías | escapar, que removerías
cielo y tierra para volver a ver a esa mujer pobre y observar qué
impresión recibió «y cuál sería la mejor manera de tratarla»; pues tú
sigues siendo el mismo, no has aprendido nada de ello. Dado tu
apasionamiento, bien puede suceder que resuelvas olvidar tus grandes
pretensiones y tus estudios, que todo, en definitiva, se te vuelva in-
diferente en comparación con la idea de encontrar a esa pobre mujer,
que tal vez haya muerto y desaparecido hace mucho. Así buscas expiar
el error cometido, y de esa manera tu tarea vital se vuelve tan tensa
que hasta podría decirse que quieres ser al mismo tiempo nuestro
Señor y el destino, tarea que ni siquiera nuestro Señor puede realizar,
pues él es sólo una de las dos cosas. El afán que manifiestas bien
puede ser elogioso, pero no ves aquello que se muestra con una
claridad cada vez mayor, que lo que te falta, lo que te falta por com-
pleto, es la fe. En lugar de salvar tu alma encomendándolo todo a la
mano de Dios, en lugar de tomar ese atajo, prefieres el desvío infini-
to que quizás nunca te llevará a la meta. Tal vez me digas ahora que
de ese modo uno no necesita actuar jamás; yo respondería que sí, tan
pronto como sabes en lo más íntimo que hay un sitio que te perte-
nece en este mundo, y en el cual debes concentrar toda tu actividad;
actuar de la manera que tú actúas, en cambio, es algo que linda con
la locura. Tú dirás que, quedándote con los brazos cruzados y dejan-
do que Dios se ocupe, tal vez aquella mujer no habría recibido bene-
ficio alguno; yo respondería que, aunque eso fuese posible, tú te
habrías beneficiado, y también ella en la misma medida en que
se encomendara a Dios. No ves que calzándote realmente tus botas
de viaje, saliendo a vagar por el mundo, perdiendo tu tiempo y tus
fuerzas, te sustraes también a toda otra actividad, algo de lo que tal

vez te lamentarás más tarde. Pero esta existencia antojadiza, como te
decía, ¿no es deslealtad? Claro que, vagando por el mundo con el fin
de encontrar a la pobre mujer, parecías mostrar *in casu* un grado
inaudito de lealtad; pues lo que te llevaba a hacerlo no era en modo
alguno el egoísmo, y tampoco lo hacías a la manera de un enamora-
do que va en busca de su amada; no, sino que era pura simpatía. Yo
respondería que, si te has guardado de llamar egoísmo a ese senti-
miento, fue por tu habitual y afianzada desfachatez. Reniegas de todo
lo que establecen las leyes divinas y humanas, y para liberarte de ello
te aferras a lo accidental, como en este caso una pobre mujer que no
conoces. | Por lo que respecta a tu simpatía, sí, tal vez aquello haya 24
sido pura simpatía... por tu experimento. Sigues olvidando que tu
existencia en el mundo no puede jamás estar basada sólo en lo acci-
dental, y que en el instante en que haces de lo accidental la cuestión
capital, olvidas por completo lo que les debes a tus semejantes. Sé
muy bien que no te falta destreza sofística ni agilidad irónica para el
regateo, y por eso responderás: no soy tan arrogante como para
creerme capaz de obrar en pos de la totalidad, eso se lo dejo a las
personas importantes, a mí me basta con obrar en pos de lo pura-
mente particular. Pero, en el fondo, ésa es una enorme mentira, pues
lo que tú quieres no es obrar, sino experimentar, y consideras todo
desde ese punto de vista, a menudo con bastante insolencia; la acti-
vidad es siempre para ti un objeto de burla, como cuando te rego-
deaste durante varios días refiriéndote a un hombre que había
muerto en una situación ridícula, diciendo que nada se sabía, por
cierto, acerca del significado que su vida habría tenido en relación
con la totalidad y con las cosas importantes, pero que al menos podía
decirse que en verdad no había vivido en vano.

Como te decía, tú quieres ser... el destino. Detengámonos por un
instante. No es mi intención sermonearte, pero hay algo muy serio
que, por lo que sé, hasta tú mismo estimas con una profundidad poco
común, y sé que cualquiera que tenga el poder suficiente como para
hacértelo evocar, o la suficiente confianza en ti como para permitirte
que se manifieste, te vería de una manera totalmente diferente. Su-
pón, para tomar un ejemplo sublime, que el todopoderoso hacedor
de todas las cosas, que Dios desde el cielo quisiera proponerte a ti
como un enigma para la humanidad, hacer que todo el género hu-
mano quedara suspendido en esa misteriosa ignorancia, ¿no habría
algo que te indignaría en lo más íntimo, podrías soportar por un
instante ese tormento, podrías hacer que tu pensamiento captara por
un instante ese misterio? Claro que él, si se me permite decirlo así,
podría valerse de estas orgullosas palabras: ¿qué me importan a mí los

hombres? Pero ese tampoco es el caso, y cuando proclamo que Dios es incomprensible, mi alma se eleva hasta lo más alto, lo proclamo así, justamente, en los momentos de máxima dicha, incomprensible porque su amor es incomprensible, incomprensible porque su amor sobrepuja a todo entendimiento[12]. Cuando se aplica a Dios, ese término designa lo más alto; cuando uno se ve en la necesidad de aplicarlo a un hombre, designa siempre una falta y a veces un pecado. Cristo mismo no tomó como un robo el hecho de ser semejante a Dios, sino
25 que se humilló[13], mientras que | tú quieres tomar como un robo los dones espirituales que se te brindan. Piensa, pues, que tu vida pasa, que alguna vez llegará también para ti la hora en que la vida se termine, cuando ya no te quede ningún recurso vital, cuando el recuerdo sea lo único restante; el recuerdo, sí, pero no en el sentido que tú tanto amas, esa mezcla de poesía y de verdad, sino el severo y fiel recuerdo de la conciencia moral; ten cuidado, no sea que el recuerdo abra ante ti una larga lista, no ya de auténticos delitos, sino de posibilidades desperdiciadas, imágenes espectrales[14] que no alcanzarías nunca a ahuyentar. Todavía eres joven, la agilidad de espíritu que posees le sienta bien a la juventud y entretiene por un rato la mirada. De repente se topa uno con un payaso tan blando de miembros que ni siquiera cuenta con las condiciones necesarias para la marcha y la posición humanas; así eres tú en sentido espiritual, puedes posarte sobre tus pies tanto como de cabeza, todo te es posible, y puede que con todas esas posibilidades sorprendas a otros y te sorprendas a ti mismo; pero eso es malsano, así que cuida, por favor, que aquello que llevas como ventaja no termine transformándose en una condena. Nadie que posea una convicción puede a su antojo ponerse a dar tales volteretas sobre sí mismo y sobre las cosas. Así que no hago esta advertencia a causa de los demás, sino por ti, y por ti se la hago a los demás. Así también, si tuviera yo una hija de tu edad y ésta, llegado el caso, estuviera expuesta a tu influencia, la amonestaría encarecidamente, en especial si fuera una joven inteligente. ¿Me faltarían acaso motivos para prevenirla contra ti cuando yo mismo, aun creyéndome capaz de aventajarte en firmeza y constancia, ya que no en agilidad, en constancia, ya que no en veleidad y brillo, cuando en realidad yo mismo siento a veces con cierto recelo que logras sobornarme, que me dejo arrebatar por tu jovialidad, por la flagrante y benigna agudeza con la que te burlas de todo, que me dejo arrebatar en la misma embriaguez estético-intelectual en la que tú vives? De ahí que, estando frente a ti, me sienta hasta cierto punto inseguro por ser a veces demasiado rígido y a veces demasiado indulgente. Claro que esto no es tan extraño, pues tú eres como la personificación de todas

las posibilidades, y por eso hay que ver en ti tan pronto la posibilidad de tu perdición como la posibilidad de tu salvación. Despliegas cada estado de ánimo, cada pensamiento, sea bueno o malo, alegre o penoso, hasta su límite extremo, pero de tal manera que ello sucede *in*
| *abstracto* más bien que *in concreto*, que ese despliegue mismo es un 26
estado de ánimo que sólo desemboca en un saber acerca de él, si bien nunca hasta el punto de resultarte más difícil o más fácil entregarte a ese mismo estado de ánimo la próxima vez, pues esa posibilidad te la reservas siempre. De ahí que uno pueda reprocharte casi todo y nada en absoluto, pues lo experimentas sin experimentarlo. Reconozcas o no, dependiendo de las circunstancias, haber experimentado cierto estado de ánimo, escapas a toda imputación; lo que te importa es haberlo experimentado en su íntegra y patética verdad.

Pero dijimos que hablaría de la significación estética del matrimonio. Puede que parezca ocioso indagar este hecho, algo que todo el mundo admitiría dada la frecuencia con que se lo hace notar. ¿O acaso no es cierto que, a lo largo de los siglos, caballeros y aventureros han atravesado trancas y barrancas hasta alcanzar finalmente la plácida calma en un matrimonio dichoso? ¿O que, siglo tras siglo y volumen tras volumen, escritores y lectores de novelas se han abierto paso hacia la dicha del matrimonio, o que una generación tras otra ha soportado y vuelto a soportar con el mismo tesón cuatro actos de enredos y dificultades, sin contar siquiera con la remota probabilidad de arribar a un matrimonio dichoso en el quinto acto? Con todo, es muy poco lo que esas enormes fatigas han logrado en pos del enaltecimiento del matrimonio, y dudo mucho que alguien alguna vez, al leer escritos de esa índole, se haya sentido capacitado para llevar a cabo la tarea que se había propuesto, u orientado en la vida; pues eso es justamente lo que hay de funesto y malsano en tales escritos, que acaban donde deberían comenzar. Tras superar numerosos avatares, los amantes se arrojan cada cual a los brazos del otro, cae el telón, el libro concluye, pero el lector no ha aprendido nada; pues en verdad, supuesto que se hayan declarado las primeras llamas del amor y contando con el coraje y la astucia suficientes, uno no necesita de mucho arte para ponerse a luchar con todas sus fuerzas por la posesión de ese bien que uno considera único, pero sí de prudencia, sabiduría y paciencia para superar la flojedad que muy a menudo sobreviene tras la satisfacción de un deseo. Es del todo natural que el amor, en sus primeras llamas, parezca no poder soportar las dificultades y alcanzar así la posesión del objeto amado, y que, si no corriera ningún peligro, estaría inclinado a procurarse alguno con el solo fin
de vencerlo. A eso | apunta toda la atención de este movimiento, 27

y se da la orden de bajar el telón tan pronto como los peligros han sido superados. De ahí que sea tan poco frecuente ver una boda o leer acerca de ella, salvo en la medida en que la ópera y el ballet se reservan ese momento, pudiendo éste dar ocasión a algún que otro galimatías escénico, a un espléndido cortejo, a las muecas sugestivas y angélicas miradas de algún artista de reparto, a un intercambio de anillos, etc. Lo que hay de verdadero en todo ese desarrollo, lo propiamente estético, es que el amor es llevado a una contienda, que uno puede ver cómo ese sentimiento lucha con una contradicción y prevalece. Lo que tiene de erróneo es que esa lucha, esa dialéctica es totalmente externa, y que el amor es tan abstracto al retirarse de la lucha como lo era al comenzarla. Sólo cuando despierta la representación de una dialéctica propia del amor, la representación de su lucha patológica, de su relación con lo ético, con lo religioso, sólo entonces puede uno prescindir del descorazonado padre, de la virgen en su celda, de la princesa encantada, de los ogros y de los monstruos, y darle así plena ocupación al amor. Puesto que en nuestra época es poco frecuente encontrarse con padres tan crueles o monstruos tan espantosos, y dado que la nueva literatura se ha formado según el modelo de la antigua, el dinero ha pasado a ser propiamente el medio contradictorio en el que el amor se mueve, y entonces uno vuelve a desgañitarse a lo largo de cuatro actos con la fundada expectativa de que algún tío rico se muera en el quinto.

Claro que tales desempeños no se ven sino en raras ocasiones, y la nueva literatura, por lo general, está atareadísima tratando de ridiculizar al amor en la inmediatez abstracta en que se lo hace consistir en el universo propiamente novelesco. Basta considerar de este modo la producción teatral de Scribe[15] para descubrir, como uno de sus temas principales, que el amor es una ilusión. Apenas si necesito recordarte esto; es tal tu simpatía por Scribe y por su actitud polémica que, al menos por lo que me parece, le darías prioridad frente a cualquier otro, salvo que tú mismo, eso sí, te reservarías el amor caballeresco; pues estás tan lejos de carecer de sentimientos que, en materia sentimental, eres el hombre más celoso que conozco. Recuerdo que una vez me enviaste un breve comentario sobre *El primer amor* de Scribe, redactado con un entusiasmo casi desesperado.
28 Allí sostenías que era lo mejor de todo lo escrito por Scribe, y | que, correctamente entendida, esa sola pieza bastaría para inmortalizarlo. Yo citaría otra pieza que, en mi opinión, vuelve a mostrar la carencia junto a aquello que Scribe pone en su lugar. Se trata de *Por siempre*[16]. Allí ironiza sobre el primer amor. Con la ayuda de una madre sagaz que es también una fina mujer de mundo, se concierta una nueva

relación amorosa que a ella le parece sólida; claro que al espectador, en caso de no contentarse con el peso totalmente arbitrario que el poeta pone en ello, no le costará advertir la posibilidad de que aparezca un tercero. Sea como sea, es curioso ver hasta qué punto la nueva poesía es extenuante, y así es como ha vivido del amor durante largo tiempo. Nuestra época se parece mucho a la de la decadencia del Estado griego, donde todas las cosas subsisten sin que nadie, no obstante, crea en ellas. Desaparecido el invisible lazo espiritual que les daba validez, la época en su totalidad es a la vez cómica y trágica; trágica porque sucumbe, cómica porque subsiste, pues lo incorruptible carga constantemente con lo corruptible, y lo espiritual con lo corpóreo, y en este mismo sentido sería cómico y trágico pensar en la posibilidad de que un cuerpo inanimado siga desempeñando sus funciones habituales durante un breve lapso de tiempo. Pero deja que el tiempo se agote y, cuanto más consiga agotar la materia sustancial subyacente al amor romántico, pasado ya el goce de la aniquilación, tanto mayor será su espanto al percatarse de lo que ha perdido, y su desesperación al saberse infeliz.

Veremos entonces hasta qué punto, una vez aniquilado el amor romántico, nuestra época ha logrado reemplazarlo con algo que valga la pena. Me referiré primero a los rasgos distintivos del amor romántico. Éste, para decirlo en una sola palabra, es inmediato; verla y amarla eran la misma cosa, y aun habiéndola visto una sola vez a través de la entreabierta ventana de su alcoba, él y sólo él en el mundo habría de amarla desde ese instante. Justamente aquí, según la norma, debería yo dar lugar a ciertas efusiones polémicas tendentes a estimular tu secreción de humores, condición necesaria para una sana y provechosa apropiación de lo que he de decir. Pero hay dos razones por las que me cuesta decidirme a ello: primero, porque en nuestro tiempo es algo ya rebatido, y, para decirlo francamente, sería inconcebible que tú, que siempre vas contra la corriente, quieras en este caso ponerte a su favor; | segundo, porque aquél no ha dejado 29
de inspirarme, en realidad, una cierta fe en su verdad, un cierto respeto, una cierta nostalgia. Así que mencionaré solamente el lema de tu actitud polémica en esta materia, el epígrafe a un pequeño artículo tuyo, «*empfindsame* [sentimentales] e inconcebibles simpatías, o dos corazones en *harmonia præstabilita*». Estamos hablando de aquello que Goethe, en sus *Wahlverwandtschaften*[17], ha tenido la maestría de hacernos notar primero en el lenguaje figurado de la naturaleza, para luego realizarlo en el mundo del espíritu; sólo que Goethe se ha esforzado por legitimar dicha atracción mediante una sucesión de momentos (tal vez para mostrar la diferencia entre la vida del espí-

ritu y la vida natural), en lugar de acentuar la rapidez, la enamorada impaciencia y la resolución con que busca reunirse lo que es afín. ¿Y no es acaso bello imaginar que dos seres están destinados el uno al otro? ¿No se ha tenido a menudo el impulso de ir más allá de la conciencia histórica, el ansia, la añoranza de esa selva virgen que hemos dejado atrás, y no cobra ese ansia un doble significado cuando se la asocia a la representación de otro ser que habitaría también esas comarcas? Todo matrimonio, aun cuando haya sido concertado con serena premeditación, tiende por tanto, al menos en ciertos instantes, a querer procurarse un trasfondo como ése. ¿Y no es bello que el Dios que es espíritu ame, además, el amor terrenal? En los matrimonios de hoy se miente mucho a este respecto, admito que en esto tienes razón y que a menudo me han divertido tus observaciones acerca de este tema; pero tampoco hay que olvidar lo que tienen de verdad. Tal vez alguien piense que es mejor contar con la plena disposición de escoger su «compañera de vida», pero una tal expresión delata una enorme estrechez y una necia presunción de entendimiento, sin entrever que el amor romántico es libre en su genialidad, y que en esa genialidad reside justamente su grandeza.

El amor romántico revela ser inmediato en el hecho de que se apoya tan sólo en la necesidad natural. Se basa en la belleza, por una parte en la belleza sensual, y por otra en la belleza que puede representarse a través y en virtud de lo sensual, no, sin embargo, a la manera de lo que se hace patente cuando se lo pondera, sino a la manera de lo que está siempre asomándose y a punto de expresarse. Pese a que este amor está esencialmente basado en lo sensual, lo en-
30 noblece su conciencia de eternidad, pues | lo que diferencia el amor de la voluptuosidad es que aquél lleva en sí el sello de la eternidad. Los amantes están íntimamente convencidos de que su relación es un todo completo en sí mismo que nunca podrá transformarse. Claro que cuando esta convicción se funda sólo en la determinación natural, lo eterno se basa en lo temporal y, de esa manera, se suprime a sí mismo. Cuando esa convicción no ha pasado por prueba alguna, cuando no ha encontrado una fundamentación más alta, resulta ser una ilusión y por eso es tan fácil ridiculizarla. Uno no debería prestarse tan fácilmente a ello, sin embargo, y es en verdad repulsivo, en la comedia moderna, encontrarse con esas experimentadas, intrigantes y reblandecidas mujeres que saben que el amor es una ilusión. No conozco criatura que sea tan abominable como una de esas mujeres. Ningún exceso me resulta tan repugnante, nada me rebela tanto como ver a una joven y amorosa muchacha que está en manos de una de ellas. Eso, en realidad, es más espantoso que imaginarla en manos

de una cotilla de seductores. Es ya lamentable ver a un hombre que ha renegado de todo lo sustancial de la vida, pero ver a una mujer en ese callejón es horroroso. Pero el amor romántico, como decíamos, guarda una analogía con la moral en la presupuesta eternidad que lo dignifica y lo libera de la mera sensualidad. Lo sensual es, en efecto, lo momentáneo. Lo sensual busca la satisfacción instantánea, y cuanto mayor sea su refinamiento, tanto mejor sabrá transformar el instante del goce en una pequeña eternidad. Sólo la verdadera eternidad del amor, por tanto, que es la verdadera eticidad, lo libera propiamente de lo sensual. Claro que para producir esa eternidad verdadera se requiere una determinación de la voluntad; pero de esto ya hablaremos.

Nuestra época ha discernido muy bien la debilidad del amor romántico, e incluso su irónica actitud polémica hacia él ha sido a veces muy divertida; veremos, pues, si eso ha reparado el defecto y con qué se lo ha sustituido. Puede decirse que ha tomado dos caminos, uno de los cuales resulta ser a simple vista un callejón, es decir, algo inmoral; el otro, pese a ser más respetable, me parece que se sustrae a lo que hay de más profundo en el amor. En efecto, tan pronto como el amor descansa sobre lo sensual, cualquiera se da cuenta de que esa inmediata fidelidad cortesana es una locura. No es ninguna sorpresa, entonces, que la mujer quiera emanciparse, uno de los muchos fenómenos desgraciados de nuestra época de los que los hombres son culpables. Lo eterno del amor viene a
ser objeto de burla, se retiene lo temporal, | pero lo temporal, a su 31
vez, deviene, por refinamiento, una eternidad sensual, el instante eterno del abrazo. Lo que digo aquí no se aplica solamente a alguno de esos seductores que merodean por el mundo como animales de presa, sino que vale para un numeroso coro de hombres a menudo sumamente inteligentes, pues Byron no es el único que declara que el amor es el cielo y el matrimonio, el infierno[18]. Aquí se ve claramente que hay reflexión, algo de lo que el amor romántico carece. Éste puede muy bien acoger el matrimonio, tomar el casamiento por la Iglesia como una bella festividad entre otras, sin que éste en cuanto tal cobre realmente alguna significación. Gracias a esa reflexión, el mencionado amor ha llegado, con la frialdad y la dureza de una inteligencia excesiva, a una nueva definición del amor desdichado, a saber, que éste consiste en ser amado cuando ya no se ama[19], y no en amar sin ser correspondido. Y, en verdad, si esta corriente supiera cuánta profundidad hay en esas pocas palabras, ella misma retrocedería aterrada; pues más allá de lo experimentado, de lo astuto, de lo refinado que hay en ellas, contienen asimismo el indicio de que

hay, además, una conciencia moral. El instante es, pues, la cuestión principal, y cuántas veces se ha oído a uno de estos amantes desbocarse frente a la infeliz muchacha a la que sólo una vez supo amar: no es tanto lo que ansío, me conformo con muy poco, no exigiría en modo alguno que sigas amándome por toda la eternidad, con tal de que me ames en el momento en el que lo deseo. Esos amantes saben muy bien que lo sensual es efímero, saben también cuál es el momento más bello, y se contentan con él. Una tendencia como ésa, desde luego, es absolutamente inmoral, pero de alguna manera implica un avance del pensamiento en dirección a nuestra meta, pues presenta una protesta formal contra el matrimonio. En la medida en que busca adoptar un cariz un poco más decente, dicha tendencia no se limita sólo al momento particular, sino que lo prolonga en el tiempo, pero de tal manera que, en lugar de asumir lo eterno en su conciencia, asume lo temporal, o se enreda en esa contraposición entre lo eterno y la representación de una posible transformación en el tiempo. Aunque piensa que es posible soportar por mucho tiempo la vida en común, quiere mantener abierta una vía de escape que escogería si la alternativa le pareciera más propicia. Hace del matrimonio un arreglo civil; basta con que se lo notifique a las autoridades competentes para que este matrimonio quede atrás y se
32 constituya uno nuevo, | de la misma manera que cuando se notifica
una mudanza. Dejaré pendiente la cuestión de si esto beneficia al Estado; para el individuo singular debe tratarse, en verdad, de un hecho poco común. Por eso ni siquiera se lo ve jamás efectuarse en la realidad, si bien el tiempo no cesa de presentarlo como amenaza. Se necesitaría para ello, en realidad, un alto grado de insolencia, palabra ésta que no me parece demasiado dura, pues eso pondría de manifiesto, especialmente en la parte femenina de dicha asociación, una frivolidad casi perversa. Hay, sin embargo, una disposición de espíritu totalmente distinta que puede tomar semejante curso con toda facilidad; a ella me referiré de manera más precisa, puesto que es muy propia de nuestra época. Un plan como ése, en efecto, puede estar fundado en una *pesadumbre egoísta* o en una *pesadumbre simpática*. Tanto se ha hablado ya de la liviandad de la época, que yo creo que ha llegado el tiempo de hablar un poco de su pesadumbre, y espero que la explicación resulte más satisfactoria. ¿No es la pesadumbre el defecto de la época, aquello que incluso su frívola risa deja resonar? ¿Y no es la pesadumbre la que hace que nos falte el valor de dar órdenes, el valor de escuchar, la fuerza para actuar, la confianza para esperar? Y cuando, hoy, los buenos filósofos buscan a toda costa dar intensidad a lo real, ¿no sucede que al poco rato nos

atragantamos hasta el punto de no poder respirar? Cuando se ha extirpado todo menos el presente, no es de extrañar que se lo pierda a causa del constante miedo a perderlo. Es cierto que uno no tiene por qué desvanecerse en vanas esperanzas, que no es así como uno debe transfigurarse en nube[20], sino que el verdadero goce exige que haya aire, y el instante de la pena no es el único en el que es preciso hacer que el cielo se abra, sino que también en tiempos de alegría hay que tener una vista despejada y las puertas abiertas de par en par. Aunque el goce parezca perder en cierto grado la intensidad que ese angustioso encierro le proporciona, no se diría que es mucho lo perdido, pues aquél sería muy similar al goce intensivo que les cuesta la vida a los gansos de Estrasburgo. Por muy grande que pudiera parecer la dificultad de hacerte entender esto, seguramente no necesito darte mayores explicaciones acerca de la intensidad que se alcanza del modo opuesto. En esta materia tú mismo eres un virtuoso, tú, *cui di dederunt formam, divitias artemque fruendi* [a quien los dioses han dado la belleza, la riqueza y el arte de gozar][21]. Si el goce fuese la cuestión principal en la vida, me sentaría a tus pies para aprender, pues en esto eres un maestro. A veces puedes transformarte en un anciano para ir sorbiendo despacio y poco a poco lo vivido a través
del conducto del recuerdo, otras veces eres un adolescente | rebo- 33
sante de esperanza, a veces gozas de manera masculina, a veces de manera femenina, a veces de manera inmediata, a veces gozas de la reflexión acerca del goce, a veces, de la reflexión acerca del goce de los otros, a veces, de la abstención del goce; a veces te brindas, tu mente está abierta y es tan accesible como una ciudad que se ha rendido, la reflexión calla, y en las calles desiertas resuenan los pasos de extraños, aunque siempre queda, en el extremo, algún pequeño puesto de observación; otras veces cierras tu mente, te encastillas, te vuelves inaccesible e intransigente. Así es como sucede, y ya ves cuán egoísta es tu goce; no te brindas en modo alguno, no dejas que otro goce contigo. En este sentido puede que tengas derecho a burlarte de los hombres devastados por el placer, como, por ejemplo, los amantes descorazonados, mientras que tú, en cambio, dominas a la perfección el arte de enamorarte de manera tal que ese amor es un relieve de tu propia personalidad. Sabes muy bien que el goce más intenso consiste en aferrarse al goce siendo consciente de que éste desaparecerá tal vez en el instante siguiente. Por eso te agrada tanto el final del *Don Juan*. Perseguido por la policía y por todo el mundo, por vivos y muertos, solo en una habitación apartada, vuelve a concentrar toda su fuerza anímica, vuelve a alzar el cáliz, los sonidos de la música vuelven a deleitar su alma[22].

Pero volvamos a lo que dije antes, que esta perspectiva puede estar ocasionada por una pesadumbre en parte egoísta y en parte simpatética. El egoísta teme, naturalmente, por sí mismo, y, como siempre sucede con la pesadumbre, añora el placer. La idea de una relación de por vida le inspira una especie de exagerado respeto, un oscuro terror. «¿A qué puede uno atenerse? Nada es inmutable, tal vez este ser al que casi idolatro pueda cambiar, tal vez un destino futuro me ponga en relación con otro ser que sea finalmente y de verdad el ideal que siempre soñé». Es obstinado, como sucede siempre con la pesadumbre, y está íntimamente resuelto a pensar que el hecho de que un lazo indisoluble me ligue a alguien hará que ese ser, a quien por lo demás habría de amar con toda mi alma, me resulte quizás insoportable... quizás, quizás, etc. La pesadumbre simpatética, que es más dolorosa y también un poco más noble, teme por el otro. ¿Quién puede estar tan seguro de ser inmutable? Tal vez esto que ahora veo en mí como un bien desaparezca, tal vez aquello de lo que ahora me
34 valgo para aprisionar a mi amada, | y que sólo por ella deseo conservar, me sea quitado, sintiéndose ella decepcionada y engañada, tal vez se vea tentada por la expectativa de algo magnífico y no resista la tentación, ¡oh Dios, eso pesaría sobre mi conciencia! A ella no tengo nada que reprocharle, soy yo el que ha cambiado, todo se lo perdono con tal de que ella sepa perdonarme la imprudencia de haberle hecho dar un paso tan decisivo. Lejos de pensar que la he embaucado, estoy, antes bien, íntimamente seguro de haberla puesto en alerta contra mí, de que fue su libre decisión, aunque es probable que, justamente, esa alerta la haya tentado, que la haya llevado a verme como a un ser mejor que el que soy, etc., etc. Es fácil advertir que ese razonamiento es tan poco provechoso para un vínculo de diez años como lo sería para uno de cinco, o incluso para un pacto como el que Saladino estableció con los cristianos, de diez años, diez meses, diez semanas, diez días y diez minutos[23]; y así como no sería provechoso para ese vínculo, no lo sería tampoco para uno de por vida. Obviamente, ese razonamiento constata con excesiva profundidad el sentido de la expresión según la cual cada día tiene su tormento. Es un intento de vivir cada día como si este día fuese el decisivo, un intento de vivir como si cada día hubiera que rendir un examen. La gran inclinación a neutralizar el matrimonio, tan propia de nuestra época, no se debe, por tanto, a pensar que la vida de soltero sea más perfecta, como era el caso del Medievo, sino que se funda en cobardía, en la avidez de los placeres. Resultará asimismo obvio que los matrimonios concertados para un período limitado no solucionan nada, puesto que comportan las mismas dificultades que aquellos que han sido concertados para

toda la vida y están, además, tan lejos de prestar la fortaleza requerida para vivir, que debilitan más bien la fuerza íntima de la vida conyugal, relajan la energía de la voluntad y menosprecian la bendición de confianza propia del matrimonio. También está claro, y lo estará aún más en lo sucesivo, que tales sociedades no son matrimonios, que, por más que pertenezcan a la esfera de la reflexión, no han alcanzado la conciencia de eternidad que la eticidad posee y sólo en función de la cual una relación se transforma en matrimonio. Esto es algo en lo que estarás totalmente de acuerdo conmigo, teniendo en cuenta cuán a menudo y con cuánta seguridad has descargado tu bien merecida burla e ironía contra aquellas disposiciones de ánimo («los amoríos accidentales o la mala infinitud del amor»[24]), como cuando alguien mira por la ventana junto a su amada y, viendo de repente a una joven que da la vuelta a la esquina, | se le ocurre que en realidad 35
está enamorado de ésta, pero alguna cosa lo distrae cuando intenta seguirle los pasos, y así sucesivamente.

La otra salida, la decorosa, sería el *casamiento según razón*[25]. La denominación misma indica que se ha entrado en la esfera de la reflexión. Algunos, y tú entre ellos, han puesto siempre cara de preocupación ante el casamiento que así se propone entre el amor inmediato y el calculador entendimiento; pues en realidad, si se quiere hacer un uso honesto del lenguaje, habría que decir más bien que es un casamiento según el entendimiento. Tú, siempre tan ambiguo, sueles recomendar ante todo el «respeto» como un sólido bastión para el vínculo conyugal. Eso prueba que la época, de tan reflexionada que está, debe recurrir a una salida tal como la del casamiento de razón. Ese vínculo es coherente, al menos en la medida en que renuncia al amor auténtico; pero al hacerlo muestra también que no resuelve el problema. Hay que considerar el casamiento de razón, por tanto, como una especie de capitulación exigida por los enredos de la vida. ¿Pero no es lamentable que casi el único consuelo que le queda a la poesía de nuestra época, que el único consuelo sea desesperar? Pues es manifiesto que la desesperación es lo que hace aceptable un vínculo como ése. Por eso pueden llegar a contraerlo también personas que han dejado de ser niños ya hace mucho, y que han aprendido, además, que el auténtico amor es una ilusión, y su realización, a lo sumo, un *pium desiderium* [deseo piadoso]. Por tanto, aquello con lo que se entabla relación es lo prosaico de la vida, la carrera, el prestigio en la vida social, etc. Podría parecer que es algo moral, puesto que ha neutralizado lo que hay de sensual en el matrimonio; pero queda en pie la pregunta de si esa neutralización no es inmoral en la misma medida en que es antiestética. O si lo erótico, aun cuando no

se lo neutralice del todo, no resulta disuadido mediante la impasible consideración del entendimiento según la cual uno debe ser prudente, que no hay que ser tan exigente en la elección, que de todos modos nunca se encuentra lo ideal en la vida, que éste es un buen partido, etc. Allí no se hace presente lo eterno que, como hemos visto más arriba, es propio de todo matrimonio, pues las consideraciones del entendimiento son siempre temporales. Un vínculo como ése, por tanto, es a la vez endeble e inmoral. Más bella es la forma que tal matrimonio de razón puede asumir cuando lo determinante es algo superior. En ese caso, es un motivo extraño al matrimonio mismo el que resulta decisivo, como cuando una joven, por ejemplo, por amor
36 a su familia, | toma en matrimonio a un hombre capaz de saldar las deudas de esta última. Pero esa teleología externa, justamente, muestra con facilidad que el problema no se soluciona de ese modo. Tal vez pueda exponer adecuadamente en este punto las múltiples causas que a menudo se mencionan como determinantes para la concertación de un matrimonio. Ese deliberar y razonar pertenecen justamente a la esfera del entendimiento. Pero prefiero reservarme esto para algún otro momento en el que pueda, además, hacer que aquél cierre la boca en la medida de lo posible.

Ya se ha señalado que el amor romántico se fundaba en una ilusión, que su eternidad se fundaba en lo temporal, y que, aunque el caballero estuviera íntimamente convencido de su absoluta estabilidad, no había en ello certidumbre alguna, puesto que su prueba y su tentación habían estado, hasta ese momento, en un medio totalmente extrínseco. Pese a que, en tal sentido, estaba dotado de la bella piedad que le permitiría dar cabida al matrimonio, éste no llegaba a cobrar un significado más profundo. Se ha señalado cómo ese amor inmediato, bello, pero también simple, acogido en la conciencia de una época reflexiva, debía llegar a ser objeto de su burla y de su ironía, y se ha señalado igualmente qué era lo que esa época podía poner en lugar de aquél. Dicha época, en efecto, acogió el matrimonio en su conciencia y, o bien se declaraba a favor del amor haciendo que el matrimonio quedara excluido, o bien se declaraba a favor del matrimonio, renunciando al amor. De ahí la astuta observación que una inteligente costurerita hace en una comedia reciente en referencia al amor de los señores distinguidos: «A nosotras nos aman, pero no nos desposan; a las damas de su clase no las aman, pero se casan con ellas»[26].

Esta breve indagación (pues me veo en la obligación de llamar así a mi escrito, si bien al principio quería que fuese una extensa carta) llega entonces al punto desde el cual el matrimonio podrá, finalmente,

ser enfocado de manera adecuada. Sin necesidad de que me explaye en esto, estarás de acuerdo conmigo en que el matrimonio pertenece esencialmente al cristianismo, que los pueblos paganos no llegaron a él, pese a la sensualidad oriental y a la belleza griega, que no lo alcanzó ni siquiera el judaísmo, pese a su carácter verdaderamente idílico; tanto más en la medida en que, baste recordarlo, la oposición de los sexos nunca había sido reflexionada con una profundidad suficiente como para que se reconociera cabalmente el valor del sexo opuesto. Pero, incluso en el interior del cristianismo, el amor debía atravesar
| numerosos avatares antes de que pudiese verse la profundidad, la 37
belleza y la verdad inherentes al matrimonio. Pues, por reflexiva que sea la edad que acaba de pasar y, en cierta medida, también la presente, no es asunto fácil mostrarlo, y viendo que eres un gran virtuoso en esto de señalar defectos, la labor paralela que me he propuesto, la de persuadirte en la medida de lo posible, resulta doblemente difícil. Sin embargo, te debo un reconocimiento, pues te estoy muy agradecido por tu polémica. Cuando me represento las muchas expresiones dispersas que de ella poseo, veo que se concentra en una sola cosa, y está tan llena de talento e inventiva que resulta una buena guía para quien debe llevar a cabo una defensa; pues tus ataques no son tan superficiales como para que tú mismo u otro que medite sobre ellos no advierta que contienen algo verdadero en sí, si bien ni tú ni quien discute contigo llegan a notarlo en el momento de la lucha.

En la medida en que se ha señalado como una falta el hecho de que el amor romántico no fuese reflexivo, podría parecer correcto, tal vez, hacer que el verdadero amor conyugal comience con una especie de duda. Esto parecería tanto más necesario en cuanto que llegamos hasta él partiendo del mundo de la reflexión. No negaré en modo alguno que dicha duda pueda ser la base para una representación artística del matrimonio; pero queda en pie la pregunta de si la esencia del matrimonio no se altera de ese modo, estando previsto de todas maneras el divorcio del amor con respecto al matrimonio. La pregunta es si el matrimonio, en función de la duda acerca de la posibilidad de dar realidad al primer amor, tiene esencialmente la característica de aniquilar ese amor para, a través de dicha aniquilación, posibilitar y realizar el amor conyugal, de manera que el matrimonio de Adán y Eva sería propiamente el único en el que el amor inmediato se mantuvo ileso, y esto, a su vez, por la sencilla razón que Musäus muy ingeniosamente subraya, a saber, que no había posibilidad de amar a otro[27]. La pregunta es si el amor primero e inmediato, al ser acogido en una concéntrica inmediatez superior, no quedaría al resguardo de ese escepticismo, de modo que el amor conyugal no necesitaría sepultar

las bellas esperanzas del primer amor, sino que el amor conyugal sería en sí mismo el primer amor, con el agregado de determinaciones que, lejos de empobrecerlo, lo ennoblecerían. Es un problema difícil de resolver y, sin embargo, de una enorme importancia si no queremos que se produzca en lo ético una brecha semejante a la que se produce en
38 lo | intelectual entre la fe y el saber. Y no me negarás, querido amigo (pues también tu corazón es sensible al amor, y también tu cabeza conoce demasiado bien la duda), que aun cuando de esta manera el cristiano pueda llamar a su Dios el Dios del amor, tal vez suceda que, al hacerlo, piense también en ese sentimiento indeciblemente dichoso, en ese eterno poder sobre el mundo: el amor terrenal. Por eso, si en lo precedente me he referido al amor romántico y al reflexivo como posiciones discursivas, ahora se verá en qué medida la unidad superior es un retorno a lo inmediato, en qué medida ésta, además de contener algo adicional, contiene lo que había en el primero. Es bastante obvio que el amor reflexivo está siempre consumiéndose a sí mismo, que se detiene a veces en un punto y a veces en otro con total arbitrariedad, y es obvio que, por encima de sí mismo, apunta a algo superior, pero la pregunta es si ese algo superior no puede en principio contraer un vínculo con el primer amor. Pues bien, ese algo superior es lo religioso, con lo cual llega a su fin la reflexión del entendimiento, y puesto que para Dios nada es imposible[28], tampoco hay nada que sea imposible para el individuo religioso. El primer amor vuelve a encontrar en lo religioso la infinitud que en vano intentaba hallar en el amor reflexivo. Pero si lo religioso, así como es algo superior a todo lo terrenal, es además concéntrico al amor inmediato, y no algo excéntrico con respecto a él, la unidad puede ser instaurada sin que el dolor resulte necesario, dolor que es siempre profundo, aún cuando lo religioso pueda curarlo. No se ve muy a menudo que este asunto sea tomado como objeto de meditación, puesto que a aquellos que tienen paladar para el amor romántico no les cae muy bien el matrimonio, y por el otro lado, lo que es peor, son muchos los matrimonios concertados sin ese profundo erotismo que es, de seguro, lo más hermoso de la existencia puramente humana. El cristianismo es un partidario inquebrantable del matrimonio. Y si el amor conyugal no puede alojar dentro de sí todo el erotismo del primer amor, entonces el cristianismo no es la más alta etapa evolutiva del género humano, y hay seguramente una secreta angustia en esa falta de adecuación, a la que se debe en gran medida la desesperación de la que se hace eco la lírica actual, tanto en el verso como en la prosa.

Ya ves qué clase de tarea es ésta que me he propuesto, la de mostrar que el amor romántico puede conciliarse con el matrimonio y consistir

en él, e incluso | que el matrimonio es el verdadero esclarecimiento 39
de aquél. Esto no significa que haya que arrojar sombra alguna sobre aquellos matrimonios que se liberan a sí mismos de la reflexión y de sus naufragios, ni negar que puedan hacerlo; tampoco seré tan impasible como para no concederles mi admiración, ni olvidar tampoco que puede tratarse de una lamentable necesidad impuesta a menudo por la tendencia de la época. Por lo que concierne a este último punto, sin embargo, hay que recordar que, en alguna medida, cada género y cada individuo dentro del género comienza su vida desde cero, y que de esta manera cada uno cuenta con la posibilidad de sustraerse a ese torbellino, y, lo que es más, que una generación debe aprender de la otra, y que, por tanto, una vez que la reflexión ha utilizado a una generación en esta lamentable pieza teatral, es probable que la siguiente sea más afortunada. Y por muchas que sean las dolorosas perplejidades que la vida puede aún deparar, son dos las cosas por las que lucho, a saber, la ímproba tarea de mostrar que el matrimonio no es la aniquilación del primer amor, sino su esclarecimiento, su aliado y no su enemigo, y la tarea tanto más importante para mí, aunque muy insignificante para todos los demás, de cobrar fuerza y valor para que mi humilde matrimonio, cuyo sentido ha sido ése, pueda seguir llevando a cabo dicha tarea.

Teniendo ya a la vista esa indagación, el hecho de estar escribiéndote a ti no puede menos que alegrarme. Y así como es cierto que no me referiría a mi relación matrimonial ante ningún otro ser humano, también es cierto que, ante ti, me abro con confiada alegría. Una vez silenciado el rumor de los conflictivos y laboriosos pensamientos, de la pesada maquinaria que hay en ti, vienen esos callados instantes cuya calma es casi angustiante en un primer momento, pero que en seguida revelan ser también verdaderamente reconfortantes. Espero que este tratado te llegue en uno de esos instantes; y así como se te puede confiar despreocupadamente lo que sea mientras la maquinaria está en marcha, ya que entonces nada escuchas, así también puede uno contarte cualquier cosa sin quedar expuesto cuando tu alma calla solemnemente. En ese caso hablaré también de ella, de quien en otras circunstancias no hablaría sino a la callada naturaleza a fin de no escuchar a otro que a mí mismo; de ella, a quien debo, entre muchas otras cosas, el hecho de poder hablar abiertamente de la cuestión del primer amor y del matrimonio; ¿pues qué lograría yo con todo mi amor y todo mi ahínco si ella no me ayudara, | qué lograría si no fuese porque ella me 40
alienta a buscarlo? Y, sin embargo, sé muy bien que no me creería si se lo dijese, que decírselo sería, tal vez, un acto erróneo de mi parte, que tal vez perturbaría y agitaría su límpida y profunda alma.

Pues bien, lo primero que debo hacer es orientarme, y más que nada orientarte a ti, en lo que hace a las determinaciones del matrimonio. Lo propiamente constitutivo, lo sustancial es obviamente el amor o, si quieres decirlo de manera más precisa, la pasión amorosa. Tan pronto como ésta falta, o bien la vida en común es mera satisfacción del apetito sensual, o bien es una sociedad, una corporación destinada al logro de algún propósito; pero el amor comporta justamente la determinación de la eternidad, ya se trate del amor supersticioso, fantástico, cortesano, o de aquel es más profundamente moral y está colmado de una poderosa y vívida certidumbre, el amor religioso.

Cada institución tiene sus traidores, y así también la institución conyugal tiene los suyos. No me refiero, naturalmente, a los seductores, pues éstos no han entrado en la sagrada institución conyugal (y espero que este análisis te encuentre anímicamente dispuesto a no reírte de esa expresión); no me refiero a aquellos que se han retirado de la misma mediante el divorcio, pues éstos han tenido de todos modos la valentía de rebelarse abiertamente; me refiero más bien a los que sólo son rebeldes en el pensamiento, a los que ni siquiera se atreven a expresarse mediante obras, a esos esposos mezquinos que se la pasan suspirando porque el amor que había en sus matrimonios se ha desvanecido hace mucho; a esos esposos que están, como tú decías una vez, cada uno en su recinto matrimonial, como alienados, limando sus rejas de hierro y fantaseando acerca de las dulzuras del noviazgo y lo agrio del matrimonio; a esos esposos que, según tu propia y justa observación, están entre aquellos que maliciosamente se deleitan en felicitar a los que se han hecho novios. No puedo explicarte cuán despreciables me resultan, ni cuánto me regocija ver que alguno de esos esposos toma confianza contigo, descarga en ti todos sus sufrimientos y pasa revista a todas sus mentiras acerca de las dichas del primer amor, y que cuando tú le dices con un gesto malvado: «Procuraré no caer en la trampa», tanto más lo amarga el hecho de no poder arrastrarte a ti en un *commune naufragium*. Ésos son los esposos a los que tú aludes tan a menudo cuando hablas de
41 un afectuoso | padre de familia y de los cuatro benditos hijos a los que con todo gusto enviaría al monte Brocken[29].

Si hay algo que rescatar en lo que éstos dicen, ha de ser porque la pasión amorosa y el matrimonio aparecen separados, de manera que la pasión amorosa se sitúa en un momento dado y el matrimonio en otro, sin conciliación posible. Y, como es fácil advertir, el momento al que correspondería la pasión amorosa es el noviazgo, la bella época del noviazgo. Cuando se ponen a hablar de lo agradables que fueron los días del noviazgo, y que esto, y que lo otro, lo hacen con

una agitación y una emoción irrisorias. Debo reconocer que nunca he sentido gran inclinación por esas acarameladas actitudes amorosas del noviazgo, y se me hace que ese período, cuanto mayor es la importancia que se le da, tanto más se asemeja al tiempo que algunos utilizan en meter una mano o un pie en el agua antes de saltar del muelle, bajando de él y volviendo a subir, pensando que el agua está demasiado fría o demasiado caliente. Si ése fuese realmente el caso, si están en lo cierto en cuanto a que no hay época más bella que la del noviazgo, la verdad es que no veo por qué se casan. Se casan, además, con una precisión que no puede ser más filistea, en el momento que más conviene a las tías, a las primas, a los vecinos de al lado y a los de enfrente, y esto lo proclaman con el mismo aplomo y la misma displicencia con que afirman que el noviazgo es la época más bella. Aun en el peor de los casos, me merecen mayor aprecio esos hombres temerarios que sólo se complacen cuando dan el salto. Eso ya es algo, por más que el movimiento nunca llegue a ser tan grandioso, ni tan reconfortante el estremecimiento de la conciencia, ni tan enérgica la reacción de la voluntad, como cuando el poderoso brazo de un hombre ciñe a la amada y la sujeta sin dejar de ser tierno, con fuerza, pero dejando que ella se sienta libre en ese abrazo, para, en presencia de Dios, sumirse en el mar de la existencia.

Si una separación tal de la pasión amorosa con respecto al matrimonio tiene alguna validez, aparte de la que tiene en la insensatez de ciertos seres humanos o, más bien, en las vacuas cabezas de ciertos seres infrahumanos, que no saben qué es la pasión amorosa ni qué es el matrimonio, en ese caso hay algo erróneo en el matrimonio, tanto como en mi intento de mostrar lo que éste tiene de estético, o de mostrar que el matrimonio es una figura acústica de lo estético. ¿Pero qué motivo habría para legitimar esa separación? Tal vez sea que la pasión amorosa no pudo ser conservada en modo alguno. Aquí
nos encontramos con la misma desconfianza y la misma cobardía | 42
que tan a menudo se pone de manifiesto en nuestros días, cuyo signo característico consiste en pensar que la evolución es un retroceso y un aniquilamiento. Debo reconocer que una pasión amorosa tan tierna y delicada, tan poco viril como femenina (algo que tú, con tu habitual desenfreno, calificarías como una pasión amorosa de cuatro chelines), no sería siquiera capaz de resistir el menor soplo de las tormentas de la vida; pero de ello no puede inferirse nada en relación con la pasión amorosa y el matrimonio tomados ambos en su sano estado natural. O puede que sea porque lo ético y lo religioso inherentes al matrimonio se mostraron como algo tan heterogéneo respecto de la pasión amorosa que no fue posible conciliarlos, si bien

la pasión amorosa contaba con la capacidad de luchar y de vencer en la vida cuando se le permitía reposar sobre sí y confiar en sí misma. Considerando las cosas de ese modo, habría que remontarse al aún no experimentado *pathos* del amor inmediato, o al antojo y la arbitrariedad del individuo particular que se creyera capaz de terminar su carrera[30] por sus propios medios. Esta última consideración, según la cual lo ético y lo religioso del matrimonio operarían como un obstáculo, es a simple vista un testimonio de hombría que puede refutar fácilmente la observación pasajera y que, por más que no logre su propósito, cuenta con una sublimidad totalmente distinta a la de las lamentaciones del primer caso. Sobre esto volveré más tarde, tanto más en la medida en que mi mirada inquisidora, a menos que me engañe mucho, hace que te vea como a un hereje que, hasta cierto punto, es prisionero de ese error.

Lo sustancial en el matrimonio es la pasión amorosa; pero ¿la pasión amorosa es lo primero?, ¿o lo es el matrimonio, de manera que la pasión amorosa viene sucesivamente detrás de él? Esta última manera de considerar el asunto ha gozado de no poca estima entre hombres de escasa inteligencia, y en no pocos casos ha sido presentada por padres sagaces y por madres que lo son aún más, seguros de haber pasado por esas experiencias y, en compensación, inflexibles en la opinión de que sus hijos deberían también pasar por ellas. Igual de sabios son los vendedores de palomas, cuando suponen que dos palomas que no tienen entre sí la menor simpatía podrán llegar a un acuerdo si se les encierra en una pequeña jaula. Esta manera de pensar, en definitiva, es tan estrecha, que he querido mencionarla tan sólo con el fin de que nada falte, así como también para recordar lo mucho que te has esforzado en este sentido. La pasión amorosa es, pues, lo primero. Pero la pasión amorosa, según lo indicado previamente, es de una naturaleza tan endeble, tan poco natural en su naturaleza
43 | y tan consentida, que no puede tolerar en absoluto el contacto con la realidad. Vuelvo de esta manera al punto tocado anteriormente. Aquí el noviazgo parece hallar su significado. Es la pasión amorosa que no tiene realidad alguna, que vive solamente del dulce pastel de la posibilidad. La relación carece de la realidad de lo efectivo, sus movimientos son inconsistentes, se queda siempre en los mismos «mudos gestos amorosos». En la medida en que los novios mismos son irreales, esos movimientos meramente fingidos les resultan tanto más fatigosos y agotadores, tanto mayor es el sentimiento de que necesitan huir de las severas insinuaciones del matrimonio. Puesto que, de esta manera, el noviazgo parece carecer de una realidad que sea su resultado necesario, constituye una excelente salida para aquellos

que no tienen el valor de casarse. Tal vez sientan la necesidad, sin duda alguna irresistible, de buscar el auxilio de un poder superior tan pronto como se disponen a dar el paso decisivo, llegando así a un acuerdo consigo mismos y con aquél: consigo mismos, puesto que se comprometen bajo su propia responsabilidad, y con el poder superior, puesto que eluden la bendición eclesiástica a la que muy supersticiosamente asignan, a su vez, un precio demasiado alto. Obtenemos así nuevamente la figura más cobarde, la más débil y la menos viril del cisma entre la pasión amorosa y el matrimonio. Claro que un monstruo como ése no puede fallar; su pasión amorosa no es tal, le falta el momento de sensualidad cuya expresión moral es el matrimonio, neutraliza el erotismo para que ese compromiso sea fácilmente accesible al ser humano. Y si, pese a querer mantener dicha separación, hace resaltar lo sensual, lo transforma según las orientaciones precedentemente descritas. Por donde se lo mire, un noviazgo como ése carece, por tanto, de belleza; tampoco es bello en sentido religioso, pues constituye un intento de engañar a Dios, de meterse en algo que, al parecer, no requiere su ayuda, confiándose a él sólo cuando advierte que, de lo contrario, las cosas no marcharían bien.

No es que el matrimonio deba provocar la pasión amorosa, sino que la presupone, si bien no la presupone como algo pasado sino como algo presente. Pero el matrimonio, a diferencia de la pasión amorosa, contiene un momento ético y religioso; por esta razón, a diferencia de la pasión amorosa, el matrimonio se basa en resignación. Si se quiere evitar, por tanto, que la vida de cada hombre transcurra
en un doble movimiento, por un lado | el movimiento pagano, por 44
así decirlo, al que corresponde la pasión amorosa, y por otro el cristiano, cuya expresión es el matrimonio; si no se quiere afirmar que el cristianismo excluye la pasión amorosa, habrá que mostrar entonces que ésta puede conciliarse con el matrimonio. Se me ocurre que si estas páginas, además, llegaran a manos de un extraño, tal vez le sorprendería muchísimo observar que este asunto me ocasiona tales quebraderos de cabeza. Pero, vamos, que tú eres el único a quien escribo, y dada la naturaleza de tu desarrollo podrás comprender plenamente... las dificultades.

Primero, pues, un análisis de la pasión amorosa. Aquí me atendré a una expresión que siempre ha tenido para mí un bello significado, pese a tus burlas y a las de todo el mundo: el primer amor. (Créeme que no transigiré, y supongo que tampoco tú, así que seguirá habiendo una curiosa discrepancia en nuestra correspondencia.) Cuando yo pronuncio ese término, lo hago pensando en una de las cosas más bellas de la vida; cuando tú lo utilizas, es una orden de fuego que das

a todos tus puestos de observación. Pero así como ese término no tiene para mí nada de ridículo y, a decir verdad, soporto tus ataques sólo porque los soslayo, tampoco encierra para mí la nostalgia que encierra para algunos. Nostalgia que no necesita ser enfermiza, pues lo enfermizo es siempre lo falto de verdad, lo fingido. Cuando un hombre ha sido desafortunado en su primer amor, cuando ha conocido el dolor que resulta de ello y se ha mantenido, sin embargo, fiel a su amor, es hermoso y es sano que, pese a todo, conserve la fe en ese primer amor; es hermoso que, con el paso de los años, pueda a menudo recordarlo con nitidez; y aun cuando su alma haya tenido la integridad necesaria como para abandonar esa clase de vida y consagrarse a una más alta, es hermoso que lo evoque de manera nostálgica como algo que, sin ser lo más pleno, fue muy bello. Esa nostalgia es mucho más bella, más sana y más noble que la prosaica cordura de quien ha superado hace mucho todas esas niñerías, aquella astucia diabólica y basiliana[31], que parece ser salud cuando es la más consuntiva de las enfermedades; pues, ¿de qué le serviría a un hombre haber ganado el mundo entero cuando ha perdido su alma[32]? La expresión «el primer amor» no comporta para mí nostalgia alguna o, en todo caso, lleva como ingrediente una nostálgica dulzura; es
45 para mí como un grito de guerra, y, | pese a haber estado casado durante años, tengo todavía el honor de combatir bajo el victorioso estandarte del primer amor.

Para ti, en cambio, la idea de lo primero, su significado, su exaltación y su menosprecio, responden a una ondulación enigmática. A veces, lo primero es lo único que te entusiasma. Henchido por la energía que se concita, no deseas ninguna otra cosa. Te inflama y te quema hasta tal punto, ardes tanto en tu pasión amorosa, tan lleno estás de ensueños, tan fecundo y repleto como una nube de lluvia, tan templado como una brisa estival, que eres, en suma, la viva representación de Júpiter transformándose en nube o en lluvia para visitar a su amada. Lo pasado cae en el olvido, todas las limitaciones quedan superadas. Te expandes más y más, cobras soltura y elasticidad, cada coyuntura se agiliza, cada hueso se vuelve flexible como un tendón. Cualquiera pensaría que, cuando un gladiador estira y distiende su cuerpo a fin de tenerlo bajo su entero control, disminuiría de esa manera sus fuerzas; pero esa voluptuosa tortura es precisamente la condición para poder utilizar su fortaleza. Pues bien, tú te encuentras en una situación en la que gozas de la pura voluptuosidad de una receptividad perfecta. Basta el más leve contacto para que ese invisible y difuso cuerpo espiritual se estremezca. Hay un animal en el que me pongo a pensar a menudo, la medusa. ¿Has notado cómo esa masa

gelatinosa es capaz de estirarse hasta la superficie y luego, lentamente, descender y ascender, tan firme y tan rígida que hasta cabría pensar que uno podría posarse sobre ella? Y cuando advierte que su presa se aproxima, se esconde en sí misma, convertida en una bolsa que se sumerge más y más en lo profundo, llevándose a su paso la presa — no en su bolsa, pues ésta no es tal, sino en sí misma; pues en sí misma no es otra cosa que una bolsa. Después es capaz de contraerse hasta el punto en que no se concibe cómo pudo extenderse tanto. Eso es poco más o menos lo que sucede contigo, y debes perdonarme si no he hallado un animal más bello con el cual compararte, aunque también es posible que no puedas evitar reírte de ti mismo al pensar que no eres más que una bolsa. En esos instantes andas a la caza de «lo primero», eso es lo único que quieres, sin presentir la contradicción que hay en querer que lo primero esté siempre retornando, y que, en consecuencia, o bien no puedes nunca alcanzar lo primero, o bien lo has tenido realmente, y aquello que ves y de lo que gozas no es nunca otra cosa que | un espejismo de lo primero, de manera que 46
hay que observar también que te equivocas al creer que lo primero, si se lo busca bien, estaría completamente presente en alguna otra cosa y no en lo primero mismo, y sería también un malentendido que te ampararas en tu práctica, pues nunca la has ejercido en la dirección correcta. Otras veces, en cambio, eres tan frío, tan agudo y mordaz como un viento primaveral, tan sarcástico como una helada, tan transparente al entendimiento como suele ser el aire de la primavera, tan seco e infecundo, tan fruncido de egoísmo como puedes. Y si sucede que alguien, en esa situación, no tiene más remedio que venir a hablarte acerca de lo primero, acerca de la belleza que encierra, o incluso, tal vez, acerca de su primer amor, en ese caso te enfadas de verdad. Y entonces lo primero resulta ser la cosa más necia y ridícula, una de las mentiras con las que una generación confirma a la otra. Tu furia es la de un Herodes que va masacrando inocentes[33]. Eres capaz de hablar largo y tendido sobre la cobardía y la falta de hombría de quienes se atienen a lo primero, diciendo que lo verdadero es lo que uno se gana y no lo que a uno le dan. Recuerdo que una vez viniste a mí en un estado de ánimo como ése. Como de costumbre, cargaste tu pipa, te arrellanaste en el sillón más mullido, pusiste las piernas sobre una silla, te pusiste a revolver mis papeles (también recuerdo que te los quité), y prorrumpiste en un irónico elogio del primer amor y de todo lo primero, incluso de «los primeros azotes recibidos en la escuela»[34], aclarando, en una nota explicativa, que podías afirmar con todo énfasis que el maestro que te los dio era, de los que conociste, el único capaz de azotar con énfasis; cuando terminaste de silbar esa

tonada, mandaste de un puntapié hasta el otro extremo de la sala la silla en la que tenías posados los pies, y te fuiste.

Es vano esperar de ti una aclaración acerca de lo que se esconde tras esa misteriosa expresión: lo primero; una expresión que ha tenido y tendrá en todas las épocas una importancia enorme. La importancia de esa expresión para el individuo singular es algo realmente decisivo en lo que concierne a la totalidad de su estado espiritual; así, pues, también el hecho de que no posea para él significado alguno muestra suficientemente que su alma no está templada para recibir el toque y el estremecimiento de algo superior. Aquellos, en cambio, para quienes «lo primero» ha cobrado significado, cuentan con dos caminos. Por un lado, lo primero puede contener la promesa de lo que vendrá, apuntar hacia adelante, ser un impulso infinito. Éste es
47 el caso de los individuos dichosos, para quienes | lo primero no es otra cosa que lo presente, pero lo presente es lo primero que constantemente se despliega y rejuvenece. Por el otro lado, puede que lo primero no impulse al individuo en el individuo, que la fuerza inherente a lo primero sea, en el individuo, no la fuerza que lo mueve sino la que lo repele, que resulte repelente. Esto es lo que ocurre con los individuos infelices, que van alejándose más y más de «lo primero». En este último caso, desde luego, el individuo es siempre de alguna manera el culpable.

Todo aquel que haya sido tocado por la idea asocia a la expresión «lo primero» una representación solemne, y si «lo primero» significa lo peor, es sólo con respecto a cosas que pertenecen a un esfera inferior. En este aspecto, tú abundas en ejemplos: la primera corrección, la primera vez que alguien se pone un vestido nuevo, etc. Por cierto, cuanto mayor es la probabilidad de que una cosa se repita, tanto menor es la significación de lo primero, y tanto mayor cuando aquella probabilidad es menor; paralelamente, cuanto más significativo es aquello que por vez primera se anuncia en su inicialidad, tanto menor es la probabilidad de que se repita. Incluso cuando es algo eterno, la probabilidad de que se repita se desvanece. Así, cuando se ha hablado del primer amor con cierta seriedad nostálgica, como algo que no podría repetirse, esto no es en modo alguno menospreciar el amor, sino elogiarlo desde lo más hondo como un poder eterno. Así, para efectuar un pequeño giro filosófico, no con la pluma sino con el pensamiento, Dios se hizo carne una sola vez[35], y sería vano esperar que eso se repita. En el paganismo podía suceder con mayor frecuencia, pero eso era precisamente porque no se trataba de un verdadera encarnación. Así, el hombre nace una sola vez, y no hay probabilidad alguna de repetición. La transmigración de las almas

desconoce el significado del nacimiento. Saludamos con solemnidad el primer verdor, la primera golondrina. Esto se debe, sin embargo, a la representación que asociamos a esas cosas; en ese caso, lo que se anuncia en lo primero es algo más que lo primero mismo, algo más que la primera golondrina. Hay un grabado que representa a Caín matando a Abel. En el fondo están Adán y Eva. No podría determinar si esa pieza tiene en sí misma algún valor, pero lleva un subtítulo que siempre me ha interesado: *prima cædes, primi parentes, primus luctus* [la primera muerte, los primeros padres, el primer luto]. Aquí lo primero vuelve a cobrar un profundo significado, y aquello sobre lo que reflexionamos es lo primero mismo, pero | es más bien con 48
referencia al tiempo que con referencia al contenido, ya que no se ve el carácter de continuidad según el cual la totalidad está puesta en lo primero. (La totalidad ha de comprenderse, naturalmente, como el pecado implantado en la especie. El primer pecado, si por ello entendemos la caída de Adán y Eva en el pecado, nos haría pensar más bien en algo continuo, pero la esencia del mal no consiste en tener continuidad, así que ya ves por qué no utilizo este ejemplo.) Otro ejemplo. Como se sabe, varias sectas fundamentalistas dentro del cristianismo han querido probar la limitación de la gracia divina a partir de una frase de la Epístola a los Hebreos, según la cual aquellos que ya han sido iluminados y caen no podrían volver a convertirse una vez más[36]. Lo primero cobra allí su íntegro y profundo significado. En esa primera vez se anuncia toda la profundidad de la vida cristiana, y aquél que comete un error en ella está perdido. Claro que allí lo eterno está demasiado envuelto en determinaciones temporales. El ejemplo puede servir, sin embargo, para ilustrar cómo lo primero es el todo, la totalidad del contenido. De todos modos, todo lo que he dicho anteriormente parece tener validez cuando lo que se connota en lo primero tiene que ver con una síntesis de lo temporal y de lo eterno. En lo primero, el todo está presente *implicite* y κατὰ κρύψιν [de manera implícita y latente]. Repito que no me avergüenza utilizar aquí la expresión «el primer amor». Para los individuos dichosos, el primer amor es también el segundo, el tercero, el último, el primer amor tiene entonces la determinación de la eternidad; para los individuos infelices, el primer amor es el momento, asume la determinación de la temporalidad. Para aquéllos, el primer amor, cuando se da, es algo presente; para éstos, cuando se da, es algo pasado. En la medida en que en los individuos dichosos hay también reflexión, el amor resulta fortalecido por ella cuando ésta se aplica a lo eterno del amor, y denigrado cuando reflexiona sobre lo temporal. El primer beso, por ejemplo, será algo pasado (como lo ha mostrado Byron en

un breve poema[37]) para aquel que reflexiona sobre lo temporal, y una eterna posibilidad para aquel que reflexiona sobre lo eterno.

Esto por lo que concierne al calificativo de «lo primero» que hemos dado al amor. Paso ahora a considerar de modo más directo *el primer amor.* Antes quisiera pedirte que recuerdes la pequeña contradicción en la que habíamos caído: que el primer amor posee la
49 totalidad del contenido, y que entonces, al parecer, lo | más astuto sería darle un manotazo y pasar en seguida a otro primer amor. Pero de esta manera el primero desaparece, puesto que se lo toma en vano, y tampoco se obtiene el segundo. Es cierto que el primer amor es lo primero, pero sólo lo es cuando, persistiendo en él, uno reflexiona sobre el contenido; y es cierto que se convierte en un segundo amor cuando uno persiste en él, o, mejor dicho, llega a ser el primero precisamente porque, persistiendo en él, uno reflexiona sobre la eternidad.

Es obvio que el primer amor ha quedado excluido de entrada para esos filisteos que, creyendo haber alcanzado poco más o menos el período adecuado para hacerlo, aprestan sus ojos o sus oídos en busca de una compañera (acaso hasta en los periódicos), y no se puede considerar que esa filistea condición conduzca al primer amor. Cabría pensar, es cierto, que Eros fuese lo bastante misericordioso para hacer que incluso uno de esos hombres, jugarreta mediante, se enamore[38], pues la misericordia de proveer a un hombre del más alto de los bienes terrestres es algo extraordinario, y el primer amor lo es siempre, aun cuando sea infeliz; pero ésta sigue siendo una excepción, y la condición que lo precede no aclara mucho. Si uno se deja guiar por los sacerdotes de la música, que en este aspecto están tan cerca del hombre de fe, y entre ellos, a su vez, se escoge a Mozart, la mejor descripción de la condición previa al primer amor consistiría en hacer notar que uno se queda ciego a causa del amor. Es como si el individuo perdiera la vista, y como si esto fuese visible para los demás; se sumerge en sí mismo, su propia mirada se transforma en introspección, por más que tenga todavía el impulso de mirar hacia afuera, hacia el mundo. Pese a que el mundo lo ha cegado, mira fijamente al mundo. Mozart ha descrito este estado de ensueño y, aun así, de búsqueda, a través del paje del *Fígaro*, que es a la vez sensual y anímico. El primer amor, en cambio, es un despertar absoluto, un absoluto mirar, y esto es algo que debe retenerse si se lo quiere captar como es debido. Se orienta hacia al único objeto decididamente real, el único que existe para él, todo lo demás carece totalmente de existencia. La existencia de ese único objeto no es la de una silueta indeterminada, sino la de un ser viviente determinado. En este primer amor hay sensualidad, hay un momento de belleza, pero no es sola-

mente sensual. Lo sensual como tal sólo aparece con la reflexión, y el primer amor carece de reflexión, por eso no es sólo sensual. Ésa es
| la necesidad del primer amor. Como todo lo que es eterno, tiene la 50
duplicidad de aquello que se presupone como interior a toda eternidad pasada e interior a toda la eternidad venidera. Eso es lo que hay de verdadero en el bello cantar de tantos poetas: para los amantes, es como si en el primer instante en que se ven se hubiesen amado ya desde hace mucho. Es lo que hay de verdadero en la inflexible fidelidad caballeresca, que a nada le teme ni se angustia pensando que algún poder podría separarlos. Pero así como la esencia de todo amor es la unidad de la libertad y la necesidad, así también en este caso. Sólo en virtud de esa necesidad el individuo se siente libre, siente en ella toda su energía individual, siente que sólo en virtud de ella es dueño de todo su ser. Por eso es posible observar de manera inequívoca si tal o cual hombre ha estado enamorado de verdad. La transfiguración y divinización que ello comporta se mantiene a lo largo de toda su vida. Hay en él un único acorde de aquello que, de otro modo, estaría disperso, es en un mismo instante más joven y más viejo que lo habitual, y es un hombre aunque siga siendo un jovenzuelo, incluso un niño, y es fuerte, aunque débil; es una armonía que, como decíamos, resuena a través de su vida entera. Haremos el elogio de ese primer amor como una de las cosas más bellas del mundo, pero no nos faltará tampoco el coraje de permitirle que haga sus propios intentos. Pero eso no es lo que más nos importa aquí. Ya en ese punto cabría suponer una duda semejante a aquella que se repetirá más tarde en lo tocante a la relación entre el primer amor y el matrimonio. Un individuo religiosamente desarrollado está habituado a referir todas las cosas a Dios, a hacer que la idea de Dios penetre e impregne cada hecho finito, santificándolo y ennobleciéndolo de ese modo. (Expresión que aquí, naturalmente, se utiliza de manera figurada.) En tal sentido, sería inquietante que dichos sentimientos se hicieran conscientes cuando uno no se ha confiado al consejo de Dios, pero la cosa cambiaría cuando sí se lo ha hecho. Esta dificultad es más fácil de apartar, pues lo natural es que el primer amor cause sorpresa y, como el fruto de la sorpresa no es deliberado, no se entiende cómo un tal confiarse al consejo de Dios resulta posible. El único caso que cabría considerar sería el de un persistir en ese sentimiento, pero éste es tema para una meditación posterior. ¿No sería, pues, posible concebir ese primer amor en tanto que despojado, en cuanto tal, de toda referencia a Dios? Aquí puedo decir un par de cosas acerca de los
matrimonios en los que lo | decisivo reside en alguien o en algo que 51
no es el individuo, en los que el individuo no ha alcanzado todavía la

determinación de la libertad. Tenemos, entre éstos, el ejemplo funesto del individuo que busca producir el objeto de su amor valiéndose de la magia o de otras artes semejantes en combinación con los poderes de la naturaleza. El ejemplo más antiguo lo constituye lo que cabría llamar el matrimonio religioso. (En su amor, naturalmente, al matrimonio no le falta lo religioso, pero comporta también un momento de erotismo.) Así, cuando Isaac, con toda humildad y confianza, se encomienda a Dios acerca de quién habría de ser su mujer, cuando en crédito a Dios envía a su sirviente en lugar de ir él mismo en su busca, puesto que su linaje estaba seguro en las manos de Dios[39], todo eso es ciertamente muy bello, pero ahí no hay lugar para el erotismo. Hay que recordar que, por muy abstracto que haya sido el Dios del judaísmo[40], éste estaba atento a todas las circunstancias vitales del pueblo judío y, en particular, de sus elegidos y, aun siendo espíritu, no era tan espiritual como para no preocuparse por lo terreno. Por eso Isaac pudo, con un cierto grado de seguridad, contar con que Dios elegiría para él una esposa que fuera joven y bella, respetada por la gente y adorable en todos los sentidos; pero aun así nos falta lo erótico, incluso en el caso de que Isaac haya amado a esa elegida de Dios con toda la pasión de la juventud. En el cristianismo se da a veces una mezcla confusa, aunque atrayente en razón de ese mismo carácter confuso y ambiguo, de lo erótico y lo religioso, mezcla que contiene tanta resuelta picardía como infantil mansedumbre. Se la encuentra más bien en el catolicismo, como es natural, y, entre nosotros, en el folclor. Imagina si no (y en esta situación sé que lo harás gustoso) a una pequeña campesina con un par de ojos atrevidos que se ocultan, empero, sumisos tras sus párpados, rebosante de salud y de frescura, con algo en su tez, sin embargo, que más que enfermedad es un estado de salud superior; imagínatela en Navidad, sola en su alcoba; ya ha pasado la medianoche, pero no ha conciliado el sueño que con tanta fidelidad la visita otras veces; sintiendo la dulzura de una agradable inquietud, entorna su ventana y mira hacia el espacio infinito, sola ante las mudas estrellas; cierra la ventana dando un levísimo suspiro, y reza, con una seriedad que, con todo, está siempre a punto de convertirse en picardía:

52 | Haced, Reyes Magos, Santísimos tres,
haced que yo vea esta noche
a aquel para quien pondré mi mantel,
a aquel cuyo lecho habré de extender,
a aquel cuyo nombre feliz llevaré,
a aquel cuya novia he de ser[41],

y feliz y contenta se mete a la cama. A decir verdad, sería una vergüenza que los Reyes Magos no le prestasen atención, y de nada sirve decir que no se sabe a quién desea, pues sí que se sabe; cuando menos ella, salvo que todas las estrellas navideñas[42] se equivoquen, lo sabe mejor que nadie.

Volvamos, pues, al primer amor. Éste es la unidad de la libertad y la necesidad. El individuo siente que un poder irresistible lo atrae hacia el otro individuo, pero en ello mismo siente su libertad. Es una unidad de lo general y lo particular, cuenta con lo general en tanto que particular, incluso en el límite de lo accidental. Pero no cuenta con ello gracias a la reflexión, sino de manera inmediata. En la medida en que el primer amor se determina en esta dirección, tanto más sano es, tanto mayor es la probabilidad de que se trate realmente de un primer amor. Un poder irresistible los atrae el uno hacia el otro, pero justamente por eso gozan de una libertad completa. Aquí ya no puedo echar mano de ningún padre insensible, de ninguna esfinge segura de su triunfo, cuento con la fortuna suficiente para darles sustento (pues tampoco me he propuesto, como los novelistas y los dramaturgos, la tarea de estirar los tiempos en perjuicio del mundo entero, de los amantes, de los lectores y del público), para en el nombre de Dios permitir que se encuentren. Ya ves, al noble padre le doy un papel que es en verdad bellísimo en sí y para sí, si tan sólo nosotros mismos no hiciésemos de él algo tan ridículo. Tal vez hayas notado que introduje, como hacen los padres, la breve expresión «en el nombre de Dios». Esto, seguramente, se lo perdonarías a un viejo que acaso nunca se ha enterado de lo que es el primer amor o lo ha olvidado hace mucho, pero tal vez te sorprenda ver que es un hombre joven, inspirado todavía por el primer amor, el que se atreve a destacarlo.

El primer amor tiene, pues, toda la inmediatez, comporta una genial seguridad, no le teme a ningún peligro, desafía al mundo entero, y lo único que le deseo es que pueda seguir haciéndolo tan fácilmente como *in casu* [en este caso]; de hecho, | no voy a obstaculizar su 53
marcha. Puede que de esa manera no esté yo haciéndole ningún favor y que, mirándolo bien, eso mismo me haga caer en la desgracia. En el primer amor, el individuo dispone de un poder enorme, por eso le disgusta descubrir que nada se le opone, tanto como se disgustaría un intrépido caballero si, dotado de una espada con la que podría romper una piedra con sólo adoptar la posición justa, tuviese que usarla únicamente para quebrar una rama. El primer amor cuenta, pues, con la seguridad suficiente, no necesita respaldo alguno, y si lo necesitara, diría el caballero, no sería ya el primer amor. Está claro

que he caído en un círculo, eso es obvio. Antes vimos que el error del amor romántico consistía en detenerse ante el amor como un abstracto *Ansich* [en sí], que todos los peligros que veía y deseaba eran algo meramente exterior y totalmente ajeno al amor mismo. Recordamos también que el asunto se volvía más difícil aún cuando los peligros venían de la otra parte, del interior. No obstante, sería natural que el caballero respondiese a esto diciendo: «Pero no puede tratarse de algo posible; si fuese posible, no sería el primer amor». Ya ves, las cosas no son tan fáciles para el primer amor. Podría recordar aquí que la reflexión, lejos del malentendido que consistiría en suponer que ésta no hace otra que aniquilar, es también liberadora. Pero dado que mi propósito ha sido, más bien, mostrar que el primer amor puede subsistir con el matrimonio, quiero hacer resaltar aquí algo que ya sugerí antes, a saber, que aquél puede ser asumido en una concentricidad más vasta, y que de esto no cabe duda alguna. Más tarde mostraré que es esencial al primer amor el hecho de hacerse histórico, y que el matrimonio es precisamente la condición para ello, como así también que el primer amor en sentido romántico es ahistórico, por más que las hazañas del caballero puedan llenar páginas enteras.

Así, pues, el primer amor está inmediatamente seguro de sí mismo; pero el individuo cuenta, además, con un desarrollo religioso. Tengo derecho a suponer que así es, y he de suponerlo a fin de mostrar que el primer amor y el matrimonio pueden subsistir el uno junto al otro. La cosa es distinta, naturalmente, cuando un primer amor desdichado induce a los individuos a huir hacia Dios y hacia el matrimonio en busca de seguridad. En ese caso el primer amor se ve
54 alterado, por más que sea posible volver a instaurarlo. | Éstos están,
pues, habituados a referir todas las cosas a Dios. Pero este referir todas las cosas a Dios contiene, naturalmente, un sinnúmero de modalidades diferentes. Éstos no buscan a Dios en el día de las lamentaciones, sus ruegos no surgen del temor y de la angustia, sino que su corazón y todo su ser rebosa de alegría. ¿No sería entonces natural agradecérselo? No le temen a nada, pues los peligros exteriores no tendrían poder sobre ellos y, por lo que hace a peligros internos, el primer amor no los conoce en absoluto. Pero esa gratitud no hace que el primer amor se transforme, ninguna molesta reflexión interviene en él, es una concentricidad más vasta la que lo acoge. Está claro que ese agradecimiento, como cualquier rezo, viene unido a un momento de acción, no en sentido externo sino interno, que en este caso consiste en querer aferrarse al primer amor. La esencia del primer amor no se transforma por ese motivo, no hay reflexión alguna que intervenga,

su firme ensambladura no se afloja, sino que cuenta todavía con ese bendito confinamiento en sí mismo, sólo que lo acoge una concentricidad más vasta. Puede que, en esa concentricidad más vasta, él mismo no sepa en modo alguno qué temer, puede que no llegue a imaginar peligro alguno, pero la buena intención, que es también una especie de primer amor, lo conduce a lo ético. No me objetarás ahora que, al utilizar una y otra vez el término «concentricidad», incurro en una *petitio principii* [petición de principio], puesto que presupondría que esas regiones son concéntricas. Mi respuesta sería que, partiendo de la excentricidad, seguramente no llegaría nunca a la concentricidad; ten en cuenta, además, que, al partir de ella, también la demuestro. Hemos puesto así al primer amor en relación con lo ético y con lo religioso, y quedó claro que no por ello su esencia habría de alterarse; y puesto que lo ético y lo religioso eran precisamente lo que dificultaba la conciliación, todo parece estar en orden. Pero te conozco demasiado bien como para tener la osadía de esperar «conformarte con eso». Estás al tanto de todas las dificultades. Por mucho que tu rápida y penetrante cabeza se haya apresurado a imaginar un sinnúmero de problemas científicos, circunstancias de vida, etc., siempre te has topado con esas dificultades, y casi diría que no creo que puedas superarlas ni en uno solo de ellos. En algún sentido te pareces a un piloto, aunque eres todo lo contrario a él. El piloto conoce los peligros y conduce el barco a puerto seguro. Tú conoces
| los fundamentos, y en ellos haces encallar el barco. Se entiende que 55
haces todo lo que puedes, y hay que reconocer tu buena disposición y tus conocimientos. Tu perspicacia es tal cuando se trata de hombres y de naves, que en seguida te das cuenta de cuán lejos debes conducirlos para que naufraguen. Claro que no tienes tampoco la ligereza de olvidar lo lejos que ha ido a parar, sino que lo recuerdas con infantil malevolencia y, cuando vuelves a verle, te tomas el cuidado de preguntarle cómo está de salud y cómo hizo para salvarse. Es probable que tampoco en ese caso te veas en dificultades. Como recordarás, yo había dejado sin decidir y totalmente en suspenso cuál era el Dios al que nos referíamos; no sería un Eros pagano dispuesto a ser confidente de los secretos de la pasión amorosa y cuya existencia sería, en última instancia, sólo un reflejo del propio estado de ánimo de los amantes, sino el Dios de los cristianos, el Dios del espíritu, celoso de todo aquello que no es espíritu. Tal vez traigas a colación el hecho de que, en el cristianismo, la belleza y la sensualidad son negadas, y que por eso, dicho sea de paso, al cristiano le da igual que Cristo haya o no haya sido bello; tal vez me pidas que, dada mi ortodoxia, me abstenga de asistir a los conventículos de la pasión amorosa, y

que evite, en particular, todo intento de conciliación, que para ti sería algo aún más hostil que la ortodoxia más grosera. «El hecho de presentarse ante el altar, seguramente, sería estimulante para una muchacha, estaría en total consonancia con su estado de ánimo. En cuanto a la feligresía, ésta vería en ella a un ser imperfecto que fue incapaz de resistir la seducción del apetito terrenal[43], y ella estaría allí como expuesta a una confesión pública[44], y entonces el pastor, tras leerle los textos, se inclinaría quizás sobre la balaustrada y con la mano extendida, a manera de consuelo, le confiaría que el estado matrimonial cuenta, dicho sea de paso, con el agrado de Dios. En tales circunstancias, el pastor es el único que tiene una posición digna, y yo mismo, si se tratara de una bella muchacha, querría ser pastor para susurrarle el secreto al oído.» Sí, mi joven amigo, el matrimonio es un estado que verdaderamente agrada a Dios[45]; no me consta, en cambio, que en algún momento de la confesión se aluda a alguna bendición especialmente dirigida a los solterones, que es de todos modos el resultado de todas tus historias amorosas. Tratándose de ti,
56 sin embargo, la tarea que a uno le espera es la más difícil, pues | eres capaz de demostrar cualquier cosa y, en tus manos, cualquier fenómeno se convierte en lo que sea. Es cierto que el Dios de los cristianos es espíritu, y que el cristianismo es espíritu, y que entre la carne y el espíritu se ha impuesto enemistad[46]; pero la carne no es lo sensual, sino lo egoísta[47], y en este sentido lo espiritual mismo puede llegar a ser sensual; así, por ejemplo, un hombre sería carnal si tomara en vano sus dones espirituales. Y ya sé que el cristiano no necesita que Cristo haya sido bello en sentido terreno, y que, por motivos diferentes a los que tú mencionas, sería lamentable que así fuese, ¿pues cómo no iba a tener el creyente el ansia de verle si la belleza fuese aquí algo esencial? Pero eso no implica en modo alguno que, en el cristianismo, la sensualidad quede eliminada. El primer amor encierra un momento de belleza, y la alegría y plenitud subyacentes a la inocencia de lo sensual bien pueden ser acogidas en el cristianismo. Pero cuidémonos de una cosa, de un desvío que sería aún más peligroso que el que tú quieres evitar, cuidémonos de no ser demasiado espirituales. Desde luego, tampoco es posible dejar librado a tu capricho cómo has de concebir el cristianismo. Si tu concepción fuese justa, lo mejor sería comenzar cuanto antes con las flagelaciones y fustigaciones del cuerpo que tienen lugar en los raptos de misticismo; la salud misma sería ya algo sospechoso. Dudo mucho, sin embargo, que un cristiano devoto negara su capacidad de pedirle a Dios que conserve su salud, a ese Dios que iba de un lado para otro curando enfermos; de ser así, los leprosos deberían haber renunciado a que se les cure[48] para poder

estar más cerca de la perfección. En cuanto el hombre es más simple e infantil, tanto más capaz es de pedir; y puesto que otra de las varias propiedades del primer amor es ser infantil, no veo en absoluto por qué éste no habría de pedir o, mejor, para continuar con lo anterior, por qué no habría de poder dar gracias a Dios sin que por ello su esencia se viese alterada.

Pero tal vez alguna otra cosa pesa sobre tu conciencia, así que dejemos que se manifieste de una vez por todas; y si, al escuchar lo que diré a continuación, me dijeras: «... yo nunca me he pronunciado de ese modo», mi respuesta sería que, aun en ese caso, mi estimado observador tendrá que perdonar que este humilde esposo se atreva a tomarlo a él como objeto de observación. Ocultas en ti algo | que 57
nunca llegas a declarar limpiamente; de ahí que tu expresión sea tan enérgica, tan elástica, pues denota algo más, algo que dejas presentir, un exabrupto aún más espantoso. — Así, pues, has encontrado lo que tu alma anhelaba, lo que en muchos intentos fallidos habías creído encontrar, has encontrado a una muchacha en la que toda tu esencia encuentra reposo; y, por muy experimentado que puedas parecer, éste es tu primer amor, de eso estás seguro. «Es hermosa» — naturalmente; «encantadora» — por cierto; «si bien su belleza no consiste en lo habitual, sino en la unidad de lo múltiple, en lo accidental, en lo contradictorio»; «es sensible» — así lo supuse; «puede darse por entero en una sola y casi obnubilante impresión; es ligera, capaz de mecerse como un pájaro sobre una rama, tiene espíritu, espíritu suficiente para iluminar su belleza, y sólo para eso». Ha llegado el día en el que se te confirma la pertenencia de todo cuanto posees en el mundo; pertenencia de la que, además, estás suficientemente seguro. Has requerido el privilegio de poder administrarle el óleo sagrado. Bastante has esperado ya en el comedor de la casa, viendo pasar varias veces a una sirvienta nerviosa, a cuatro o cinco primas curiosas, a una venerable tía y a un peluquero. Ya empiezas a sentirte molesto. Pero entonces se abre lentamente la puerta de la sala, diriges una mirada furtiva hacia el interior y ves, para tu dicha, que no hay nadie, que ella ha tenido la delicadeza de hacer que toda persona ajena abandone la sala. Está hermosa, más hermosa que nunca, hay en ella un resplandor, una armonía cuyas oscilaciones la hacen vibrar por entero. Te sorprende ver que supera tus propios sueños, tú mismo te transformas, pero tu fina reflexión oculta instantáneamente tu conmoción; tu serenidad tiene en ella un efecto más seductor aún, despierta en su alma un deseo que hace que su belleza se vuelva interesante. Te le acercas; también sus adornos dan a la situación el carácter de lo desacostumbrado. Sin decir todavía una sola palabra, ves, y es sin

embargo como si no vieses, no quieres importunarla con groserías amorosas, y hasta el espejo colabora contigo. Prendes en su pecho una joya, aquella que le regalaste el primer día, el primer día que la besaste con una pasión que busca confirmarse en este instante; ella misma ha guardado la joya, nadie la ha visto. Tú llevas un pequeño ramo formado sólo por flores de una misma especie, flores totalmente
58 insignificantes en sí y para sí. | Las flores que le enviabas llevaban siempre oculto un pequeño pimpollo que nadie aparte de ella podía notar. Hoy, puesto que ella la ha amado, esa flor ha de brotar con la dignidad merecida, será su único ornamento. Se la entregas, y una lágrima brilla en sus ojos; te la devuelve, tú la besas y la posas sobre su pecho. La invade cierta nostalgia. Tú también te conmueves. Ella da un paso hacia atrás, tratando casi con ira el broche que la importuna, y se deja caer sobre tu hombro. No puede desprenderse, se aferra a ti con firmeza, como si algún poder antagónico fuese a arrancarte de su lado. El finísimo broche se ha roto, su pelo se ha soltado, y en un santiamén ella desaparece. Estás de nuevo abandonado a tu soledad, sólo interrumpida por una nerviosa sirvienta, cuatro o cinco primas curiosas, una venerable tía, un peluquero. Entonces se abre la puerta de la sala, ella se hace presente, y en todos sus gestos se lee la misma tranquila seriedad. Tú le estrechas la mano, y la dejas para volver a encontrarla... ante el altar del Señor. Lo habías olvidado. Tú, que tanto has pensado, que has pensado incluso en esto en otras ocasiones, tú, en tu enamoramiento, lo habías olvidado; habías aceptado los hechos tal como son para todos, pero no habías meditado sobre esto; pero has evolucionado lo suficiente como para ver que un matrimonio es algo más que una ceremonia. La angustia se apodera de ti. «Esta muchacha, cuya alma es pura como la luz del día, sublime como el firmamento, inocente como el mar; esta muchacha, ante la que me postraría en señal de adoración, por quien siento que su amor podría apartarme de toda confusión y hacerme renacer, es a la que he de llevar ante el altar del Señor, es la que ha de permanecer de pie como una pecadora, de quien y a quien se dirá que fue Eva la que sedujo a Adán[49]. A ella, ante quien mi orgullosa alma se inclina, la única que la ha hecho inclinarse, a ella le dirán que he de ser su señor y que debe sujetarse a su esposo[50]. El instante ha llegado, la Iglesia le abre sus brazos y, antes de devolvérmela, ha de imprimir en sus labios un beso de novia, que no es el beso por que el yo he renunciado al mundo entero; ya extiende sus brazos para abrazarla, pero ese abrazo hará que su belleza se marchite, para entonces arrojarla sobre mí diciendo: 'Multiplicaos y sed fructíferos'[51]. ¿Qué poder es éste que osa entrometerse entre mi novia y yo, la novia que yo mismo he escogido y que me ha esco-

gido? ... ¡Ese poder | le ordenará serme fiel[52], como si, necesitando 59
una orden, ella me fuese fiel sólo porque se lo ordena un tercero a quien ama más que a mí! Y a mí me mandará serle fiel[53], como si ese mandato fuese necesario, cuando toda mi alma le pertenece a ella. Y ese poder determina la relación entre ambos, diciendo que yo he de mandar y ella ha de escuchar; pero tal vez yo no quiera mandar, tal vez me sienta demasiado insignificante como para eso. No, he de escucharla a ella, sus señas son órdenes para mí, pero no habré de inclinarme ante un poder extraño. No, me iré lejos con ella antes de que sea tarde, le pediré a la noche un refugio para ambos, y que las nubes silenciosas nos relaten en imágenes las audaces aventuras que son propias de una noche de bodas, y bajo el enorme firmamento beberé de sus encantos hasta emborracharme, solo junto a ella, solo en el mundo entero, y me sumergiré en el abismo de su amor; mas mis labios son mudos, pues mis pensamientos son las nubes y nubes mis pensamientos, y conjuraré en un grito todos los poderes del cielo y de la tierra para que nada perturbe mi dicha, y haré que me juren y perjuren que así será[54]. Sí, lejos, muy lejos, para que mi alma recobre su salud, para que mi pecho vuelva a respirar, para que este aire viciado no me asfixie... lejos», lejos, y yo diría también: *procul o procul est profani* [alejaos, alejaos, profanos][55]. ¿Pero te has puesto a pensar si ella querrá acompañarte en esa expedición? «La mujer es débil»; no, humilde es lo que es, está más próxima a Dios que el hombre. Además, el amor es todo para ella, y es seguro que no despreciará la bendición y la confirmación que Dios quiere concederle. A ninguna mujer se le ha ocurrido jamás en absoluto oponerse al matrimonio, y jamás en toda la eternidad habrá de ocurrírsele a menos que el hombre mismo la corrompa, pues una mujer emancipada bien podría encontrarse en esa situación. El escándalo siempre proviene del hombre, puesto que el hombre es orgulloso, quiere serlo todo, no quiere tener nada superior a él.

Tendrás que admitir que la caracterización que he hecho se ajusta casi totalmente a ti y, aun si no lo hicieras, no me negarás que se ajusta a los partidarios de esta postura. Al referirme a tu primer amor me he tomado el cuidado de modificar un poco las expresiones corrientes, pues, a decir verdad, el amor así descrito, por más apasionado que sea, por mucho que sea el *pathos* con el que se anuncia, es, con todo, demasiado reflexivo, demasiado diestro en las coqueterías
de la pasión amorosa | como para que pueda ser llamado primer 60
amor. El primer amor es humilde, por eso le alegra que haya un poder superior a él mismo, ya que de ese modo tiene, cuando menos, alguien a quien darle las gracias. (De ahí que sea menos frecuente

observar un primer amor en estado puro entre los hombres que entre las mujeres.) También en ti cabe hallar algo parecido a esto, pues has dicho que querrías conjurar todos los poderes del cielo y de la tierra, lo que muestra ya la necesidad de buscar un punto de partida superior para tu amor, sólo que el tuyo es un caso de un fetichismo totalmente arbitrario.

En primer lugar, por tanto, te escandalizaría tener que ser solemnemente designado como su amo. Como si no lo fueras, y tal vez en demasía, como si tus palabras no tuvieran ya ese cariz; pero no quieres renunciar a esa idolatría, a esa coquetería de querer ser su esclavo pese a que te consideras su amo.

En segundo lugar, tu alma se sublevaría ante el hecho de que tu amada fuese declarada una pecadora. Tú eres un esteta, y me vería tentado a someter a la consideración de tu ociosa mente si no es precisamente ése el instante en el que una mujer puede resultar aún más bella; hay en esto un misterio que arroja sobre ella una luz interesante. La infantil picardía que el pecado puede contener, siempre que quepa atribuirlo a la inocencia, aumenta la belleza de aquélla. Comprenderás que no es mi intención detenerme en este punto, pues advierto muy bien sus consecuencias y tendré que desarrollarlo más adelante; pero, como decía, esa observación estética, si hubieses sido capaz de hacerla, te habría resultado tal vez absolutamente apasionante. Habrías hecho un sinnúmero de descubrimientos estéticos: si era correcto, es decir, más interesante provocarle mediante insinuaciones infinitamente vagas, o dejar que la inocente muchacha luchara ella sola con ese poder oscuro, o alzarla con gravitacional seriedad y mecerla en la ironía, etc.; en suma, habrías ganado mucho al hacerlo. Habrías recordado la luz temblorosa que ya en el Evangelio se esparce sobre aquella pecadora a quien, por haber amado mucho, se le perdonan sus muchos pecados[56]. Yo diría, más bien, que es tu capricho el que, una vez más, quiere hacerle comparecer como una pecadora. Pues una cosa es conocer el pecado *in abstracto*, y otra conocerlo
61 *in concreto*. | Pero la mujer es humilde, y la verdad es que ninguna mujer ha llegado jamás a verse ofendida por las severas palabras que la Iglesia le hiciera escuchar; la mujer es humilde y paciente; ¿quién es capaz de bajar la mirada como lo hace una mujer?, ¿y quién, sin embargo, de alzarla como lo hace ella? Si la solemne doctrina de la Iglesia acerca de cómo el pecado entró en el mundo tuviera que significar algún cambio para ella, éste consistiría en aferrarse a su amor con más fuerza aún. Pero eso no significa que el primer amor pierda peso, sino sólo que se lo acoge en una concentricidad más alta. Convencer a una mujer de que el amor terreno en general

es pecado sería dificilísimo, pues entonces su existencia toda sería aniquilada desde su raíz más profunda. Además, ella no se presenta ante el altar del Señor para meditar si debe amar o no al hombre que está a su lado; le ama, y eso es su vida, y ¡ay de aquel que despierte en ella la duda, enseñándole a rebelarse contra su naturaleza y a permanecer de pie en lugar de arrodillarse ante Dios! Tal vez sería mejor no responderte, pues se te ha metido en la cabeza que, para que el primer amor pueda tener lugar, sería preciso que el pecado no hubiese entrado en el mundo, y entonces tú mismo te encuentras con que estás dando estocadas en el aire. (Con lo cual muestras, en definitiva, que quieres hacer abstracción del pecado, que tu posición es reflexiva.) Pero todo eso es algo en lo que no necesito meterme en modo alguno, ya que el primer amor del que hablamos está formado por individuos religiosos. De hecho, lo pecaminoso no reside en el primer amor en cuanto tal, sino en lo que tiene de egoísta; pero lo egoísta aparece sólo en el instante en que aquél reflexiona, y de esa manera se aniquila.

Finalmente, te llena de indignación pensar que un tercer poder te compromete a serle fiel, y a ella a serte fiel. Yo te pediría, para poner las cosas en orden, que tengas en cuenta que ese tercer poder no es algo que se te imponga; pero puesto que los individuos de los que estamos hablando poseen un desarrollo religioso, son ellos mismos los que lo buscan, y el asunto que hay que considerar es si hay algo en él que sea un obstáculo para su primer amor. Pero no negarás que en el primer amor es natural buscar una confirmación que, de un modo u otro, transforme el amor en un deber que los amantes contraen en presencia de un poder superior. Cuando los amantes se juran mutua fidelidad, lo hacen por la luna, por las estrellas, por | los restos de 62
sus padres, por su honor, etc. Podrías objetar que esos juramentos no quieren decir nada, que son sólo un reflejo del estado de ánimo propio de los amantes, ¿pues cómo, si no, se les iba a ocurrir jurar por la luna? En ese caso te responderé que tú mismo has alterado la esencia del primer amor, pues lo que éste tiene de bello es precisamente que, para él, todas las cosas adquieren realidad en virtud del amor, y sólo en el instante de la reflexión se muestra la inconsistencia de jurar por la luna, que sí tiene valor en el instante del juramento. ¿Cambiarían las cosas sólo porque juran por un poder realmente válido? No parece que así sea, pues para el amor, justamente, lo importante es que los juramentos tengan un significado verdadero. Así que, si piensas que podrías jurar por las nubes y por las estrellas, pero te molesta tener que jurar por Dios, está claro que adoptas la posición de la reflexión. Es decir, que tu amor no puede tener confidentes, excepto aquellos

que no son confidentes. Es cierto que el amor es misterioso, pero tu amor es tan distinguido que ni siquiera el Dios del cielo ha de saber nada de él, y ello pese a que Dios, para emplear una expresión un tanto frívola, es un testigo que no importuna. Pero el hecho de que Dios no tenga que enterarse es lo egoísta de la reflexión; pues Dios está en la conciencia y, sin embargo, al mismo tiempo debe no estarlo. El primer amor nada sabe de estas cosas.

Así, pues, para ti no es necesario hacer que el amor se transfigure pasando a una esfera más alta, o, mejor dicho: puesto que el primer amor no tiene esa necesidad, sino que lo hace de manera inmediata, tú tienes la necesidad, y no quieres satisfacerla. Volviendo por un instante a tu ficticio primer amor, tal vez hayas conseguido, diría yo, conjurar todos los poderes, pero un muérdago ha crecido no lejos de ti[57]. Ha brotado, te ha insuflado su frialdad, pero contenía dentro de sí un calor tanto más intenso; y aunque os regocijárais en él, ese muérdago es signo de la febril inquietud que es el principio vital de tu amor, que se enfría y calienta, que cambia constantemente, pues en un mismo instante podrías desear que hubiese ante vosotros una eternidad y que ese momento fuese el último; por eso tu amor tiene la muerte asegurada.

Hemos visto, pues, que el primer amor podía relacionarse con lo ético y lo religioso, no mediante una reflexión que lo alteraría, sino simplemente al ser acogido en una más alta concentricidad
63 inmediata. En algún sentido se ha producido un cambio, y | a él me referiré ahora; es lo que cabría llamar la metamorfosis de los amantes en prometidos. Tan pronto como el primer amor es referido a Dios, todo sucede de manera tal que los amantes dan gracias a Dios por su amor. La transformación que de ese modo se produce es un ennoblecimiento. La debilidad más propia del hombre es la de figurarse que ha conquistado a la muchacha que ama; así se siente superior, pero eso no es estético en modo alguno. Dándole gracias a Dios, se somete humildemente a su amor, y, en verdad, es mucho más hermoso recibir a la amada como un don de manos de Dios que haber subyugado al mundo entero para conquistarla. Además, el alma de aquel que ama de verdad no ha de hallar reposo en tanto no se humille de esa manera ante Dios, y la muchacha que ama es en verdad demasiado preciosa para él como para considerarla un botín, aunque fuese en el sentido más bello y más noble. Y aunque le alegre conquistarla y conseguirla, ha de saber que se trata de una adquisición cotidiana a lo largo de una vida entera, y no de la fuerza sobrenatural de un breve enamoramiento. Claro que esto no ocurre como consecuencia de la duda, sino que ocurre de manera inmediata.

La vida auténtica del primer amor queda en pie, pero las impurezas, por así decirlo, son eliminadas. El sexo opuesto percibe el principio superior sometiéndose a él con mayor naturalidad, y por mucho que se alegre y le complazca el hecho de no ser nada, está, de todos modos, fácilmente expuesto a convertirse en algo carente de verdad. Cuando la mujer le da las gracias a Dios por su amado, su alma está segura frente al sufrimiento; al poder darle gracias a Dios, aleja de sí a aquel a quien ama, lo suficiente como para respirar. Y esto no ocurre como consecuencia de una duda angustiosa, pues ella no sabe qué es eso, sino que ocurre de manera inmediata.

Ya he señalado antes que la eternidad que había en el primer amor, aunque fuese ilusoria, hacía de él algo moral. Tan pronto como los amantes refieran su amor a Dios, ese agradecimiento le dará ya un cariz de eternidad absoluta, y lo mismo sucede con el voto y el compromiso, y esa eternidad no estará fundada en poderes oscuros, sino en lo eterno mismo. El voto tiene, además, otro sentido. En él reside la posibilidad de un movimiento en el amor, y también, por tanto, la posibilidad de liberarse de la dificultad que el primer amor en cuanto tal padece, a saber, el no poder desplazarse. Lo estético consiste en su
infinitud, mas lo antiestético consiste en | que esa infinitud no puede 64
ser finitizada. El advenimiento de lo religioso no puede constituir un estorbo para el primer amor; utilizaré una expresión figurativa para explicarlo. Lo religioso es propiamente expresión de la convicción de que el hombre es más leve que el mundo entero cuando cuenta con la ayuda de Dios, la misma creencia en la que se funda el hecho de que el hombre pueda nadar. Si hubiese un chaleco salvavidas que fuese capaz de mantenerlo a uno a flote, sería comprensible que aquel cuya vida ha estado en peligro lo llevara puesto en todo momento, pero también se entiende que alguien cuya vida no ha estado en peligro lo tomara con indiferencia. Esto último se aplica a la relación entre el primer amor y lo religioso. El primer amor se ciñe lo religioso sin que ninguna experiencia dolorosa o alguna angustiosa reflexión le preceda; debo pedirte, eso sí, que no tomes estas expresiones al pie de la letra, como si lo religioso guardara una relación meramente externa con aquél. Ya se ha señalado antes que no es así.

Digamos de una vez por todas las cosas como son. Vosotros, que tanto habláis del abrazo erótico: ¿qué es éste frente al del matrimonio? (... ¡cuánta riqueza y modulación hay en el «mi» del matrimonio comparado con el de lo erótico, pues aquél no resuena sólo en la eternidad de un instante de seducción, no sólo en la ilusoria eternidad de la fantasía y de la representación, sino en la eternidad de la conciencia, en la eternidad de la eternidad! ¡Cuánta es la fuerza del

«mi» en el matrimonio, pues la voluntad, la resolución, el voto, poseen un tono mucho más profundo! ¡Cuánto vigor y cuánta soltura, pues nada es tan firme como la voluntad, ni tan dócil como ella! ¡Cuánta es la fuerza de su movimiento, que no es sólo la confusa euforia de una incitación oscura, pues el matrimonio se instituye en el cielo, y el deber impregna el cuerpo todo de la existencia hasta sus últimas extremidades, y prepara el terreno, garantizando por toda la eternidad que no habrá impedimento alguno que importune al amor! Dejemos a Don Juan su enramada[58], al caballero el cielo nocturno y las estrellas, que hasta allí llega su visión. El cielo del matrimonio es aún más alto. Eso es el matrimonio, y si no lo es, no es por culpa de Dios o del cristianismo, no es por culpa del casamiento, del voto o de la bendición, sino sólo por culpa del hombre. ¿Y no es un pecado y una pena que se escriban libros así, que los hombres sean llevados a un estado de extravío y de hastío ante la vida incluso antes de comenzarla, en lugar de enseñarles a vivir? Si aquéllos tuviesen razón,
65 ésa sería una dolorosa verdad; pero | es mentira. Se nos enseña a pecar, y aun los que no tienen el coraje de hacerlo acaban siendo igual de infelices de un modo u otro. Por desgracia, lo estético me ha influido demasiado como para no saber que la palabra «esposo» te resulta chocante. Pero me da igual. Por mucho que sea el descrédito en el que ha caído la palabra «esposo», aunque haya llegado casi a ser ridícula, en la última hora uno intenta honrarla nuevamente. Y no me inquieta que digas que «esas cosas no se ven nunca, pese a que el matrimonio es algo bastante frecuente», pues el hecho de que se vean matrimonios todos los días hace que sea tanto menos frecuente advertir la importancia del matrimonio, en especial porque se hace todo lo posible por desvirtuarla; ¿o acaso no habéis llegado al extremo de considerar que una muchacha que tiende su mano a un hombre frente al altar es menos perfecta en su primer amor que las heroínas de vuestras novelas?

Después de haber tenido la paciencia de escucharte y de escuchar tus exabruptos, puedo admitir tal vez que los otros están más confundidos que tú (pero tú verás: puede ser que todavía no hayas llegado a comprender en ti mismo esa conmoción que habrá de estallar cuando el matrimonio se te presente como algo real, y es probable que entonces no vuelvas a confiar en nadie); perdona, pues, que haga estas pequeñas observaciones. Se ama una sola vez en la vida, el corazón queda prendido a su primer amor — el matrimonio. Préstale oído, la armónica consonancia de esas diversas esferas es admirable. Es la misma cosa, sólo que expresada de manera estética, religiosa y ética. Se ama una sola vez. El matrimonio está para que eso se realice; de

ahí que, cuando personas que no se aman planean un matrimonio, la Iglesia no puede llevarlo a cabo. Se ama una sola vez, esto se repite en las situaciones más diversas, ya sea entre los afortunados, que lo confirman todos los días con alegría, o entre los desafortunados. En realidad, éstos se dividen en dos clases solamente: los que siempre están buscando el ideal, y los que no quieren aferrarse a él. Estos últimos son los auténticos seductores. Se les encuentra con menos frecuencia, puesto que siempre hay algo de extraordinario en estas cosas. Yo conocí a uno que sostenía, también él, que se ama una sola vez, pero el amor no había podido domar sus salvajes deseos. Sí, dirán algunos, se ama una sola vez, pero uno se casa dos o tres veces. En esto vuelven a coincidir las esferas, pues la estética dice que no, y la Iglesia y la ética eclesiástica sospechan del segundo matrimonio[59]. Esto es para mí de una importancia extrema, pues el matrimonio tendría algo de inquietante si fuese cierto que uno puede amar varias veces, y podría | parecer que lo erótico resulta vulnerado por la 66
arbitrariedad de lo religioso que, por regla, exigiría que se ame una sola vez y que, por tanto, trataría con negligencia los asuntos del erotismo, tanto como si se dijera: puedes casarte una sola vez, y no se hable más del asunto.

Hemos visto, pues, que el primer amor entraba en relación con el matrimonio sin por ello alterarse. Aquello mismo que había de estético en el primer amor, por tanto, ha de darse en el matrimonio, puesto que aquél está contenido en éste; pero, tal como se explicó más arriba, lo estético consiste en la infinitud, en la aprioridad que comporta el primer amor. Consiste asimismo en la unidad de opuestos que es el primer amor, que es espiritual aun siendo sensual, que es libertad aun siendo necesidad, que se da en el instante, que en gran medida es cosa del presente, aunque contiene una eternidad. Todo esto está también en el matrimonio, que es espiritual aun siendo sensual, pero que es algo más, pues la palabra «espiritual», aplicada al primer amor, indica más bien que éste es anímico[60], que es sensualidad impregnada de espíritu; es libertad aun siendo necesidad, pero es algo más, pues la libertad, aplicada al primer amor, es más propiamente la libertad anímica en la que la individualidad no se ha desprendido de la necesidad natural. Pero cuanto mayor es la libertad, mayor es la entrega, y sólo aquel que se posee a sí mismo puede perderse. En lo religioso, los individuos han sido liberados, él, del falso orgullo, ella, de la falsa humildad, y lo religioso se ha interpuesto entre los amantes tan firmemente estrechados el uno al otro, no para separarlos, sino para que ella pudiese brindarse con una profundidad que nunca antes habría presentido, y él no sólo recibir, sino brindarse para que

ella reciba. Hay en el matrimonio una infinitud interior mayor aún que la del primer amor, pues la infinitud interior del matrimonio es una vida eterna. Es una unidad de opuestos mayor que la del primer amor, pues comporta una oposición adicional, lo espiritual y lo sensual juntos en una oposición aún más profunda; pero cuanto más lejos de lo sensual se está, tanto mayor es el significado estético que adquiere, pues de no ser así no habría nada más estético que el instinto animal. Pero la espiritualidad del matrimonio es más alta que la del primer amor, y aquél es tanto mejor, tanto más bello, tanto más estético cuanto más se eleva el cielo por encima del lecho; y el cielo que se aboveda sobre el matrimonio no es el cielo terrenal, sino el del espíritu. En el instante en que se sitúa, sano y vigoroso, apunta más
67 allá de sí mismo, pero en un sentido más profundo | que el primer amor, pues la falta de este último consiste en su carácter abstracto; pero en el voto inherente al matrimonio reside la ley del movimiento, la posibilidad de una historia interior. El voto es resignación en su figura más plena, en la que no se presta atención a lo que se perderá sino a lo que se ganará sosteniéndolo. El voto es la posición de algo otro y, en el voto, el amor es puesto en relación con ese algo, si bien no en un sentido extrínseco. Pero el voto no es aquí el fruto logrado de la duda, sino la superabundancia de la promesa. Ésa es la belleza del matrimonio, y esto no es la negación de lo sensual, sino su refinamiento. Admito que tal vez no sea correcto que yo lo diga, pero a veces, cuando pienso en mi propio matrimonio, me produce una inexplicable nostalgia imaginar que habrá de terminarse, que, aun estando tan seguro de que viviré otra vida junto a aquella a la que estoy unido en matrimonio, ella ya no será la misma, que quedará superada la oposición que nuestro amor tenía como condición[61]. Me consuela, sin embargo, saber que recordaré haber vivido junto a ella en la más íntima y bella compañía que la vida terrena puede deparar. Si algo he entendido de todo este asunto, en efecto, es que lo que constituye el fallo del amor terreno es también lo que tiene de ventajoso, a saber, que es predilección. El amor espiritual no tiene predilección alguna, sino que se mueve en la dirección opuesta, no hace sino combatir todo lo que sea relativo. El amor terreno recorre, en su verdad, el camino opuesto, y en su punto culminante no es otra cosa que amor por un único ser humano en el mundo entero. Allí es cierto que se ama a uno solo y una sola vez. En sus anticipaciones preliminares, el amor terreno comienza amando a varios, y termina amando a uno solo; el espiritual va abriéndose más y más, son cada vez más aquellos a quienes ama, su verdad consiste en amar a todos. Así, el matrimonio es sensual, pero también espiritual; libre, pero también

necesario; absoluto en sí mismo, pero apunta también más allá de sí dentro de sí mismo.

Puesto que el matrimonio, por tanto, es una armonía interior, es natural que tenga su propia teleología[62], puesto que está siempre presuponiéndose a sí mismo, y por eso sería erróneo preguntar por el «porqué» del matrimonio; bien podría explicárselo en los términos de esa prosaica sensatez que, aun aventajando en decencia a Basilio, el maestro de canto, cuando dice que el matrimonio es la más ridícula de
las cosas ridículas, | hace que tanto tú como yo nos veamos tentados 68
a afirmar que «si el matrimonio no es otra cosa que eso, entonces es realmente la más ridícula de las cosas ridículas»[63].

Demorémonos, sin embargo, en echar un vistazo más atento tanto al uno como al otro. Por más grande que sea la diferencia entre nuestras risas, bien podemos reírnos un poco juntos. La diferencia resultará ser poco más o menos como la diferencia de matiz con que se responde a la pregunta acerca del porqué de la existencia del matrimonio cuando se la contesta diciendo: Dios debe saberlo. Cuando digo, además, que nos reiremos un poco juntos, hay que recordar siempre lo mucho que a este respecto debo a tus observaciones, y eso es algo que como esposo debo agradecerte. Pues si la gente no quiere realizar la más bella de las tareas, si prefieren ponerse a bailar en cualquier otra parte antes que en la Rodas que se les ha asignado como lugar de baile[64], pues que sucumban a ti y a los otros bribones que, bajo la máscara de la confidencia, saben cómo burlarse de ellos. Pero hay un asunto que quiero poner a buen recaudo, un asunto del que nunca me he permitido ni me permitiré reír. Muchas veces dijiste que sería «magnífico» salir a preguntarle a cada sujeto en particular la razón por la que se ha casado, para descubrir que lo decisivo fue casi siempre una circunstancia insignificante, y que te parecía ridículo que una empresa tan grandiosa como la del matrimonio, con todas sus consecuencias, pudiera derivar de una causa tan poco importante. No me pondré a discutir si es correcto que consideres esa pequeña circunstancia de manera totalmente abstracta, pese a que, si se obtiene algún resultado, es casi siempre porque esa pequeña circunstancia se suma a una multitud de determinaciones. Sí quiero resaltar, en cambio, la belleza de los matrimonios en los que la importancia del «porqué» se ve reducida al mínimo. Cuanto menos «porqué», más amor, al menos cuando se tiene en cuenta su verdad. Es cierto que el frívolo caerá más tarde en la cuenta de que había un pequeño «porqué», así como el hombre serio se llevará la grata sorpresa de que el «porqué» era algo enorme. Cuanto menos «porqué», mejor. En las clases más bajas, por lo general, se contrae matrimonio sin que haya un gran

«porqué», pero por eso mismo es mucho más frecuente que en esos matrimonios se oiga hablar del «cómo»: que cómo harán para salir adelante, que cómo podrán mantener a sus hijos, etc. Al matrimonio no le corresponde jamás otra cosa que el «porqué» propio del matrimonio, pero éste es infinito y, por tanto, en el sentido que yo le doy
69 aquí, | no es ningún «porqué», y esto puedes comprobarlo tú mismo; pues si hubiese que responder al «por qué» de uno de esos esposos sensatos y aburguesados con ese verdadero «porque», probablemente diría, como el maestro de los elfos: «A ver, a ver, una nueva mentira»[65]. Comprenderás también por qué no quiero ni puedo encontrarle a esa falta de «porqué» un costado cómico, pues temo que de esa manera se pierda lo verdadero. El verdadero «porqué» es uno solo, pero contiene también una infinita energía y una fuerza capaces de sofocar cualquier «cómo». El «porqué» finito es una combinación, un enjambre del que cada uno toma lo suyo, algunos más y otros menos, siempre para mal; pues incluso si alguien pudiera reunir en el portal de su matrimonio todos los «porqués» finitos, sería precisamente el más miserable de todos los esposos.

Al parecer, una de las respuestas más decentes que se dan al «porqué» del matrimonio es que el matrimonio es una escuela para el carácter, que uno se casa para refinar y educar su carácter. Me atendré aquí a un hecho determinado, que proviene de ti. Se trata de aquel funcionario público con el que «te habías puesto en contacto», según la expresión que utilizaste y que es muy tuya, pues cuando hay un objeto para observar no te privas de nada, y supones que esa es tu misión. Era, además, una persona muy inteligente y dominaba en particular muchas lenguas. La familia estaba reunida en torno a la mesa del té. Él fumaba su pipa. Su mujer no era precisamente bella, se la veía bastante simple, mayor que él, y en este sentido, como tú observaste, uno podía darse rápida cuenta de que debía haber algún «porqué» oculto. Había una mujer sentada a la mesa, recién casada, algo pálida, que parecía conocer ese otro «porqué»; la señora de la casa estaba sirviendo el té, y una muchacha de unos dieciséis años, no muy bella, pero sí turgente y rozagante, pidió una taza; esta última no parecía haber encontrado todavía un «porqué». También tú, en tu indignidad, habías hallado un sitio en esa honrosa compañía. Para ti, naturalmente, que habías asistido *ex officio* tras haber estado allí ya un par de veces sin resultado, la situación era demasiado favorable como para que pudiese dejársela pasar. En esos días se hablaba, precisamente, de una ruptura de compromiso. La familia no había oído todavía esa importante noticia local. La causa había sido solícitamente expuesta por las diversas partes, es decir,

que todos habían sido *actores* [fiscales], luego se la había llevado a juicio y el pecador había sido *excommuniceret* [excomulgado]. Los ánimos estaban agitados. Tú osaste introducir un pequeño alegato en favor del acusado cuya intención, desde luego, no era apoyar a los involucrados | sino aportar la palabra justa. Pero no resultó, y 70
entonces continuaste diciendo: «Tal vez el compromiso mismo fue algo precipitado, tal vez él no estaba preparado para el significativo 'porqué', casi que podría decirse para el *aber* [pero] que habría de darse antes de un paso tan decisivo... *en fin*, ¿por qué se casa uno, por qué, por qué?». Cada uno de estos «porqués» fue pronunciado con una modulación diferente, pero de manera igualmente dubitativa. Fue demasiado. Un solo «porqué» habría sido ya suficiente, pero una apelación completa como ésa, una marcha general en territorio enemigo, fue algo decisivo. El momento había llegado. Con un tono bondadoso, caracterizado, eso sí, por una meditativa sensatez, el anfitrión dijo: «Sí, mi buen hombre, yo le diré por qué uno se casa, es porque el matrimonio es una escuela para el carácter». Todo estaba dispuesto; en parte por oposición, en parte por aprobación, le condujiste a un desborde barroco que fue poco edificante para su mujer, escandalizó a la recién casada y dejó estupefacta a la joven muchacha. Ya en esa oportunidad critiqué tu conducta, no en nombre del anfitrión sino en el de las damas, pues fuiste lo suficientemente malicioso como para hacer que la escena les resultara tan difícil y tan prolongada como fue posible. Las dos mujeres no necesitan que me ponga a defenderlas; además, no fue otra cosa que tu habitual coquetería la que te impidió quitarles los ojos de encima. Pero su esposa, que acaso lo ha amado de verdad, ¿no habrá sido terrible para ella escucharlo? De hecho, una reflexión racional está tan lejos de hacer del matrimonio algo moral, que en realidad lo vuelve inmoral. El amor sensual tiene una sola explicación, y en ella es por igual estético, religioso y ético, en ella es el amor; el cálculo racional lo convierte en algo tan antiestético como irreligioso, pues lo sensual queda despojado de su derecho inmediato. Por tanto, quien se casa por este, por aquel o por aquel otro motivo procede de una manera que es a la vez antiestética e irreligiosa. No importa que su intención sea buena, pues el fallo está precisamente en el hecho de tener una intención. Si una mujer, por una locura de la que el mundo ya ha oído hablar, locura que parecería aportar un prodigioso «porqué» a su matrimonio, se casara para darle al mundo un salvador, ese matrimonio sería tan antiestético como inmoral e irreligioso. Eso es algo para lo que nunca se está suficientemente preparado. Hay cierta clase de hombres sensatos que miran a lo

estético con un enorme desdén, como algo vano e infantil, y que en
71 su lastimosa | teleología creen estar muy por encima de ello; pero
es precisamente lo contrario, pues tales hombres, en su sensatez, son tan inmorales como antiestéticos. Por eso lo mejor que puede hacerse, como siempre, es mirar al sexo opuesto, que es a la vez el más religioso y el más estético. La exposición del anfitrión, por lo demás, fue bastante trivial, y no necesito reproducirla; quiero, sin embargo, terminar esta consideración deseándole a cada uno de esos esposos una Jantipa[66] por esposa y los hijos más revoltosos, de modo que puedan tener la esperanza de disponer de la condición requerida para cumplir su intención.

Estoy dispuesto a admitir que el matrimonio, en realidad, es también una escuela para el carácter o, para no usar una expresión tan conservadora, una génesis del carácter, si bien siempre he de insistir, naturalmente, en el hecho de que quien se case por ese motivo debería más bien dirigirse a alguna otra escuela, y no a la del amor. Ese adiestramiento, además, no sería de provecho alguno para un hombre semejante. Éste se priva, en primer lugar, de la fortaleza, de la consolidación, del sacudimiento de cada idea y de cada coyuntura que es el matrimonio, pues éste es una hazaña verdaderamente arriesgada; pero así debe ser, y la voluntad de cálculo, lejos de ser algo correcto, no es sino un intento de debilitarlo. En segundo lugar, es natural que de esa manera se vea privado del gran capital de explotación del amor y de la humildad que lo religioso aporta al matrimonio. Claro que su suspicacia es demasiado grande como para no contar con una representación fija y definitiva de su evolución futura, que es un factor regulativo para su matrimonio y para la desdichada criatura que ha tenido la insolencia de escoger como su conejillo de Indias. Pero dejemos esto de lado, y recordemos con gratitud que es cierto que el matrimonio educa, al menos cuando, en lugar de situarse por encima del mismo, uno se subordina, como siempre que se trata de educarse, a aquello de lo que se ha de aprender. Hace que el alma entera madure, puesto que presta a la vez un sentimiento de importancia, pero también el peso de una responsabilidad de la que no es posible deshacerse con sofismas, puesto que se ama. Ennoblece al ser humano en su totalidad con un rubor de timidez que es propio de la mujer, pero que disciplina al hombre, pues la mujer es la conciencia moral del hombre. Melodiza los excéntricos movimientos del hombre, da fortaleza a la quieta vida de la mujer, aunque sólo en la medida en que ella la busca en el hombre, de modo que esa fortaleza no es algo viril ajeno a lo femenino. En el hombre, la flama del orgullo se apaga,
72 puesto que está siempre volviéndose | hacia ella, y la debilidad de la

mujer se fortalece, puesto que se apoya en él*. Y entonces, claro, todas las pequeñeces del matrimonio. Sí, en esto me darás las razón, ¡pero que Dios te libre de ellas! No hay nada, nada más instructivo que esas pequeñeces. Hay un período de la vida humana en el que habría que
evitarlas, pero hay también un período en el que | son convenientes, 73
y la grandeza del alma está en que ésta se libere de las pequeñeces; pero eso se puede cuando se tiene voluntad, pues la voluntad es la grandeza del alma, y aquel que ama, tiene voluntad. Puede que al hombre le resulte particularmente difícil, y por eso la mujer tendrá, a este respecto, una gran importancia para él. Ella ha sido creada para ocuparse de lo pequeño, y sabe cómo darle un significado, una dignidad, una belleza encantadoras. De esa manera se libera uno de los hábitos, de la tiranía de lo unilateral, del yugo de los caprichos, ¿pues qué tiempo tendrían todos esos males para cobrar forma en una unión conyugal, que tantas veces y de tantas maneras se impone a sí misma una rendición de cuentas? Nada de eso puede prosperar, «pues el amor es paciente, benévolo, el amor no siente envidia, el amor no es impetuoso ni engreído, no hace nada que sea indecoroso, no busca su

* Sólo con el matrimonio, por tanto, el ser humano alcanza su libertad positiva, puesto que esa relación puede extenderse a su vida entera, tanto a lo menos importante como a lo más importante. Lo libera de una cierta perplejidad no natural en dirección a una cosa natural, que con facilidad puede ser obtenida también de muchas otras maneras, pero, también con facilidad, a costa del bien; lo libera del estancamiento en la costumbre, aportándole siempre una corriente fresca; lo libera de los hombres, precisamente porque lo ata a un solo ser humano. Muchas veces he hecho notar, en efecto, que los solteros están sujetos a servidumbre. En primer lugar, son siervos de sus caprichos; en su vida cotidiana pueden permitírselo todo, sin tener que rendirle cuentas a nadie, pero entonces terminan siendo dependientes y hasta esclavos de otros hombres. ¿No es ése el papel que representa a menudo el criado, el ama de llaves, etc.? Éstos son la personificación de los caprichos e inclinaciones de los amos; atentos a la hora, saben cuándo el amo se levanta o, mejor dicho, con cuánta anticipación deben llamarlo, o, mejor aún, con cuánta anticipación deben calentar su despacho antes de llamarlo; saben tender sábanas limpias para él, darle la vuelta a los calcetines para que pueda ponérselos con facilidad, mantener preparada el agua fría cuando se da un baño tibio, cerrar las ventanas cuando sale, colocar frente a él el sacabotas y las pantuflas cuando llega a casa, etc., etc. Todo esto lo sabe el personal de servicio, en especial cuando es poco astuto, rápido para los encargos. Aunque todo esto se haga con exactitud y puntualidad, esas personas solteras suelen no estar satisfechas. Hasta podrían pagar para que cada uno de sus deseos fuese satisfecho. Pasan de ser entre iracundos y regañones a ser blandos y bondadosos. Un par de reales lo arregla todo. Hacen que la servidumbre aprenda rápidamente a aprovecharse de ello, pues no se trata de otra cosa que de cometer algún pequeño error con la debida frecuencia, hacer que el amo se enfurezca, desesperar al respecto, y luego aceptar una gratificación. Los amos sienten tal afición por personalidades como ésa, que el amo no sabe si lo más admirable es su aplicación o lo arrepentidos que se muestran cuando él se enfada. Un criado tal llega a ser imprescindible para su amo, y es un déspota consumado.

propio provecho, no se exaspera, no guarda rencor, ni se alegra ante la injusticia, sino que le alegra la verdad, y todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera»[67]. Piensa en esas bellas palabras de uno de los apóstoles del Señor, imagínatelas aplicadas a una vida entera, asociando a ello la idea de que uno podría cumplirlas muchas veces con facilidad, errar muchas otras veces, olvidarlas muchas veces, y aun así volver a ellas de nuevo; imagina a una pareja de esposos que se dijeran así el uno al otro esas palabras, y que la impresión de conjunto fuese grata, ¡qué dicha, qué transfiguración del carácter sería ésa! En el matrimonio no se llega a ninguna parte con grandes pasiones, no puede recogerse nada por anticipado, no se puede, siendo cariñoso en gran escala durante un mes, satisfacer las exigencias de otro tiempo; aquí se aplica aquello de que cada día tiene su aflicción[68], pero también su bendición. Yo sé que he sometido mi orgullo y mi hipocondríaca inquietud a su amor, que he sometido nuestro amor a su firmeza; pero sé también que eso ha llevado mucho tiempo, y también que puede prevenir muchos peligros; pero mi esperanza está puesta en la victoria.

O bien uno se casa... para tener hijos[69], para aportar su modesta contribución a la propagación de la especie humana en la tierra. Imagínate..., la contribución de quien no tuviera hijos sería muy modesta. Con razón el Estado se ha tomado la libertad de tener, para con el matrimonio, la deferencia de ofrecer premios a los que se casen y a los que tengan más hijos varones. El cristianismo hacía lo contrario en ciertas épocas, ofrecía premios a los que no se casaban. Aunque
74 ése haya sido un | malentendido, el hecho de querer tomar al individuo singular como lo definitivo, y no como un mero momento, es muestra de un profundo respeto por la personalidad. Cuanto más abstracto es el modo en que se concibe el Estado, cuanto más lejos está la individualidad de completar su lucha con aquél, tanto más naturales son esa oferta y ese estímulo. En cambio, en nuestra época se ha tomado muchas veces al matrimonio sin hijos como algo casi elogioso. Nuestra época tiene, en efecto, la maldad suficiente como para aportar la resignación que implica contraer matrimonio; cuando uno se ha negado a sí mismo hasta ese punto, opina que con eso basta y no puede tolerar una extravagancia tal como la de un tropel de criaturas. Es frecuente encontrar en las novelas, aunque sólo sea de pasada, que el gusto por los niños es mencionado como un motivo para no casarse; esto mismo se expresa en la vida real cuando, en los países más cultos, los niños son arrancados de la casa de sus padres lo más pronto posible, puestos en pensión, etc. ¡Cuántas veces te has divertido con esos tragicómicos padres de familia que, sin decirlo,

habrían deseado que sus cuatro benditos desapareciesen! ¡Cuántas veces te has regodeado en la quebrantada nobleza de esos padres de familia frente a todo lo mezquino que la vida trae consigo, cuando los niños tienen que comer su arroz, cuando les vierten algo encima, cuando gritan, cuando el señor —el padre— se siente limitado en sus ímpetus y piensa que sus hijos lo atan a la tierra! ¡Cuántas veces, con merecida crueldad, has llevado a esos nobles progenitores al punto más alto de su indignación cuando, prestando atención a sus hijos, dejabas caer tan sólo un par de palabras acerca de la bendición que, después de todo, representaban los hijos!

Ahora bien, esto de casarse para contribuir a la propagación de la especie puede ser visto como un elevadísimo objetivo y, a la vez, como una elevadísima motivación natural. Es como si uno se pusiese en la posición de Dios y viese desde allí la belleza de la conservación de la especie; incluso se podría colocar un énfasis especial en las palabras: «Uníos y sed fructíferos y llenad la tierra»[70]. Pero un matrimonio como ése es tan antinatural como arbitrario y está expuesto a la amonestación de las Santas Escrituras. Por lo que respecta a esto último, leemos que Dios instituyó el matrimonio porque no era bueno que el hombre estuviese solo, para darle compañía[71]. Y aunque esa compañía pueda parecer un poco inquietante para algunos detractores de la religión, ya que comenzó haciendo que el hombre cayera en la depravación[72], eso no prueba nada, y yo mencionaría más bien esa
circunstancia como un lema de todo matrimonio, | pues esa acción de 75
la mujer fue justamente la que hizo que la más íntima asociación entre ambos quedara confirmada[73]. Luego leemos también las palabras: «Y Dios los bendijo»[74]. Esta frase se pasa por alto totalmente. Y cuando el apóstol san Pablo, en una oportunidad, recomienda con tanto encarecimiento que la mujer aprenda en silencio, con sujeción, y que esté en silencio, y luego, tras haber sellado su boca y para humillarla aún más, añade que el hecho de tener hijos la redimirá, la verdad es que yo jamás le habría permitido al apóstol ese desprecio si él mismo no lo hubiese reparado al añadir: si ellos (los hijos) permanecen en la fe y en el amor y en la santidad con disciplina[75].

Esto me hace pensar que puede parecer extraño que yo, teniendo poco tiempo para estudiar a causa de los negocios, y pese a que mis modestos estudios tienen por lo general una orientación totalmente distinta, parezca tan versado en las Santas Escrituras que hasta podría presentarme a un examen de teología. Un pagano de la Antigüedad, creo que fue Séneca, decía que cuando uno ha llegado a los treinta debería conocer su naturaleza lo bastante bien como para ser su propio médico; así también pienso que, llegada cierta

edad, uno debería poder ser su propio pastor. No es que desprecie en modo alguno la participación en el culto público o la instrucción que éste brinda, pero pienso que uno debería tener una clara visión de las circunstancias vitales más importantes, en torno a las cuales, por otra parte, raramente se oye predicar en un sentido estricto. Mi idiosincrasia es proclive a los escritos de edificación y a los sermones impresos, así que, cuando no puedo acudir a la iglesia, busco refugio en lo escrito. Me gusta informarme leyendo y releyendo a algún teólogo erudito, o alguna obra erudita en la que se encuentran los pasajes escriturarios más importantes concernientes a este asunto. Así, pues, yo ya estaba casado, y lo había estado durante dos años y medio, cuando se me ocurrió ponerme a meditar sobre lo que enseña el Nuevo Testamento acerca del matrimonio. Había presenciado algunos casamientos anteriores al mío, de manera que conocía las palabras sagradas que se pronuncian en esa ocasión[76]. Aspiraba, sin embargo, a un conocimiento un poco más completo, así que me dirigí a mi amigo el pastor Olufsen, que en aquel entonces estaba en esta ciudad. Siguiendo su instrucción localicé los pasajes capitales y los releí ante mi esposa. Recuerdo muy bien la impresión que aquel pasaje[77] le causó. Era, además, lo que correspondía; yo no conocía
76 los | pasajes de las Santas Escrituras que quería leerle, y no quería revisarlos con anterioridad; no me gusta prever la impresión que habré de causarle, lo cual daría prueba de una indebida desconfianza. Esto deberías tomártelo a pecho, pues aunque no estés casado y no haya, por consiguiente, ningún ser humano a quien estés obligado a abrirte en sentido estricto, tus preparativos llegan realmente a ser ridículos. Bien puedes burlarte de la gente, creer que todo resulta de lo más accidental e *impromptu* [espontáneo], pero no creo que seas capaz de decir «adiós» sin haber meditado cómo vas a decirlo.

Pero volvamos al matrimonio y a los esposos que no se cansan de hacer proliferar la especie. Esos matrimonios suelen refugiarse a veces en una envoltura más bien estética. Supongamos que hay un distinguido, antiguo y noble linaje en vías de desaparición, del que quedan sólo dos representantes, un abuelo y un nieto. El único deseo del venerable anciano es que el nieto se case para que el linaje no se corte. O un hombre que no le da mucha importancia a su vida, pero que piensa con cierta nostalgia en sus padres, ya que no más atrás, y que, por amor a ellos, desearía que ese nombre no se borre, que perdure en el recuerdo de un viviente y agradecido ser humano. Tiene tal vez una vaga idea de lo bello que sería poder contarle a sus hijos acerca de su abuelo, que ha muerto hace mucho, poder fortalecer la vida de aquéllos mediante esa figura ideal que sólo pertenece al

recuerdo, hacer que esa idea los inspire para todo cuanto sea noble e importante; tal vez le parezca que de esa manera podría pagar parte de la deuda que siente tener con sus padres. Claro que todo eso está bien y es algo hermoso, pero es ajeno al matrimonio, y un matrimonio que se contrajese por ese solo motivo sería tan antiestético como inmoral. Puede que parezca difícil decirlo, pero es así. El matrimonio puede ser emprendido en pos de un solo propósito que lo convierte a la vez en ético y en algo estético, pero ese propósito es inmanente; cualquier otro propósito separa lo que está unido, haciendo que lo espiritual y lo sensual, por consiguiente, sean cosas finitas. Puede suceder que un individuo, valiéndose de tales discursos, en especial si los sentimientos que se describen encuentran alguna verdad en él, pueda ganarse el corazón de una muchacha; pero es un error, y en realidad la naturaleza de ésta resulta alterada, y para una muchacha es siempre un agravio que se la despose por una razón distinta del hecho de que se la ama.

| Por más que las intenciones de caballeriza, para utilizar tu propia 77
expresión, sean ajenas al matrimonio, la prole aparecerá como una bendición para aquel que no haya malogrado su relación. Que un ser humano le deba a otro todo cuanto pueda deberle es, desde luego, algo hermoso, pero lo más alto que un ser humano puede deberle a otro... es la vida. Claro que una criatura puede deberle a su padre aún más que eso, pues no recibe la vida y nada más, sino que la recibe con un determinado contenido, y cuando ha reposado ya lo suficiente junto al pecho materno, es conducido al padre, que entonces lo nutre de su carne y de su sangre, de la experiencia a menudo duramente adquirida a lo largo de una vida agitada... ¡Cuántas posibilidades hay en una criatura! Estoy muy de acuerdo contigo cuando aborreces la idolatría que se profesa hacia las criaturas, en especial todo ese culto familiar y esa circulación de la criatura en torno a la mesa del almuerzo y de la cena para recibir el beso de la familia, la admiración de la familia, las esperanzas de la familia, mientras los padres, pagados de sí mismos, se dan las gracias el uno al otro por las dificultades superadas y se regocijan ante el producto artístico obtenido; sí, reconozco que puedo ser casi tan sarcástico como tú frente a semejante aberración, pero ya no dejo que eso me importune. Los hijos pertenecen a la vida más íntima y oculta de la familia, y habría que remitir también a esa misteriosa penumbra todos los pensamientos serios o devotos acerca de este asunto. Pero hay que señalar asimismo que cada criatura viene también con una aureola sobre su cabeza, de modo que todo padre sentirá que hay en el hijo algo más que lo que éste le debe a él, sentirá con humildad que es un bien consignado, y que él, en el más bello de

los sentidos, no es otra cosa que un padrastro. Si un padre no conoce ese sentimiento, es porque ha tomado siempre en vano su dignidad de padre. Librémonos de todas esas superaciones intempestivas, «basta de felicitaciones por el nacimiento», pero líbrame también a mí de tus picardías, cuando con el Henrik de Holberg quieres comprometerte a algo imposible[78]. Un hijo es lo más importante y significativo de todo, lo más irrelevante e insignificante, todo ello según se lo tome, y uno tiene la oportunidad de calar en lo profundo de un ser humano al conocer cuáles son sus pensamientos a este respecto. Una criatura puede casi parecer cómica cuando se piensa en su pretensión de convertirse en hombre; o puede parecer trágica, cuando se piensa que viene al mundo llorando, que le lleva mucho tiempo olvidar su llanto, y que no ha habido nadie que pudiera explicar ese llanto infantil.
78 En efecto, puede que | parezca muchas cosas, pero la más bella es la perspectiva religiosa, y ésta, pese a todo, puede ser puesta en relación con las otras. En cuanto a ti, aunque amas la posibilidad, hay cierto pensamiento referido a los niños que no ha de resultarte grato; pues no me cabe duda de que tu curioso y vagabundo pensamiento se ha asomado también a ese universo. Por eso es natural que quieras tener la posibilidad bajo tu poder. Te gusta ponerte en la situación en la que están los niños cuando, en una habitación oscura, esperan que se ilumine el árbol de Navidad; pero el niño constituye un tipo de posibilidad totalmente diferente, una posibilidad tan seria, que tú no tendrías jamás la paciencia de sostenerla. Y, sin embargo, los hijos son una bendición. Es bello y es bueno que un hombre busque con profunda seriedad lo mejor para sus hijos; pero si no recuerda de vez en cuando que no se trata sólo de un deber que se le ha impuesto, de una responsabilidad, sino que aquéllos son también una bendición, y que el Dios del cielo no se ha olvidado de aquello que ni siquiera los hombres olvidan, a saber, de colocar un regalo en la cuna[79], entonces su corazón no se ha henchido en pos de un sentimiento estético ni de uno religioso. Cuanto más capaz es un hombre de captar que el hijo es una bendición, cuanto más duros son los combates que atraviesa y menor su duda al preservar esa reliquia, el único bien del que dispone el bebé, y con derecho, puesto que Dios mismo lo ha puesto allí, tanto más hermoso, tanto más estético, tanto más religioso es. A veces yo también ando sin rumbo por las calles, abandonado a mis propios pensamientos y a la impresión que provocan las circunstancias del momento. He visto a una mujer pobre que atendía un pequeño puesto, no en una tienda ni en un cobertizo, sino que estaba a la intemperie, expuesta a la lluvia y al viento con un pequeño en brazos; estaba limpia y arreglada, y el niño, cuidadosamente abrigado. La he

visto muchas veces. Una dama distinguida que estaba de paso estuvo a punto de denunciarla por no haber dejado al niño en casa, tanto más por el hecho de que éste era sólo un obstáculo para ella. También un sacerdote que pasaba por allí se le acercó; quería conseguirle al niño una plaza en un hospicio. Ella se lo agradeció amigablemente, pero deberías haber visto la mirada que, inclinándose, dirigió al niño. Si éste hubiese sentido frío, esa mirada le habría dado calor; si hubiese estado muerto y frío, esa mirada lo habría revivido; si hubiese estado transido por el hambre y la sed, esa mirada lo habría reconfortado. Pero el niño dormía, y ni siquiera su sonrisa podía recompensar a
la madre. He aquí que esa mujer supo advertir que un hijo | es una 79
bendición. Si yo fuese un pintor, no pintaría jamás otra cosa que esa mujer. Una mirada de ésas es algo poco frecuente, es como una flor exótica que uno halla sólo por azar. Pero el mundo del espíritu no está sujeto a la vanidad[80], y el árbol, cuando se lo ha hallado, sigue floreciendo. La he visto a menudo. Se la he mostrado a mi esposa; no me he hecho el importante, no le he enviado regalos onerosos, como si tuviera yo un permiso divino para recompensarla, sino que me he humillado ante ella; en verdad, ella no necesita ni de Dios ni de señoras distinguidas, ni hospicios ni sacerdotes, ni de un pobre juez asistente[81] del Juzgado de la Corte y del Estado y de su esposa. No necesita nada en absoluto, salvo que el hijo llegue a amarla con el mismo cariño, y ni siquiera eso necesita, mas la recompensa que se ha ganado es una bendición que el cielo no hará faltar. No podrás negar que esto es hermoso, que hasta tu endurecido corazón se conmueve ante ello. Por eso no he de recurrir, para hacer que reconozcas que el hijo es una bendición, a esas terribles imágenes que suelen utilizarse para horrorizar al soltero haciéndole pensar cuán solo llegará a estar algún día, cuán infeliz será al no estar rodeado de un grupo de niños. Esto, por un lado, porque probablemente no te dejarías asustar, por mí menos que por nadie, ni por el mundo entero; por otro lado, porque siempre me parece sospechoso querer asegurarse de la posesión de un bien atemorizando a otros con la idea de que no lo tienen. Así que búrlate ya, pronuncia de una vez el término que ondula sobre tus labios, la diligencia de cuatro asientos; diviértete pensando que el paseo no llega más allá de «Fresberg»[82], pásanos de una vez con tu calesa, pero cuídate de no entregarte demasiado a menudo a tus bromas en lo tocante a este tema, pues tal vez se desarrolle sigilosamente en tu alma un ansia ideal que te hará pagarlo caro.

Pero los hijos son una bendición aun en otro sentido, en cuanto es indescriptiblemente mucho lo que se aprende de ellos. He conocido hombres orgullosos a los que ninguna fatalidad había humillado, que

arrancaron a la muchacha que amaban de la vida familiar a la que pertenecía, y ello con una seguridad tal que era como si dijesen: «Si me tienes a mí, eso debe bastar; estoy habituado a desafiar tormentas, y tanto más ahora, cuando el hecho de pensar en ti me llena de entusiasmo, ahora que tengo mucho más por lo cual luchar». A estos
80 mismos los he visto | como padres; un pequeño accidente sufrido por sus hijos podía humillarlos, una enfermedad podía colocar una plegaria en su orgullosa boca. He conocido hombres que se honraban casi en despreciar al Dios que está en el cielo, que solían escoger a cualquiera de sus creyentes como blanco para sus burlas; como padres, les he visto tomar a su servicio a los hombres más piadosos para el cuidado de los hijos. He conocido muchachas cuya orgullosa mirada hacía que el Olimpo trepidara[83], muchachas cuya mente vana sólo vivía para los lujos y los vestidos; como madres, les he visto aceptar todas las humillaciones y casi suplicarlas pensando que sería lo mejor para los hijos. Pienso en un caso en particular. Era una dama muy orgullosa. Su hijo enfermó. Se llamó a uno de los médicos de la ciudad. Éste se negó a ir en razón de un compromiso anterior. La he visto dirigirse a él, esperar en su vestíbulo para hacerle venir con sus plegarias. ¿Para qué, entonces, esos fuertes relatos que, aun siendo verdaderos, no tienen en sí lo edificante, como esos ejemplos menos turbulentos que se muestran todos los días ante aquél que tiene ojos para ver?

Además de esto, se aprende mucho de los niños en otro sentido. En todo niño hay algo originario en que, de un modo u otro, encallan todas la máximas y principios abstractos. Uno mismo debe comenzar desde cero, muchas veces con grandes esfuerzos y fatigas. Hay un profundo significado en el proverbio chino: instruye bien a tus hijos, y sabrás cuánto les debes a tus padres[84]. Ésa es la responsabilidad que recae sobre un padre. Uno se rodea de otros hombres, busca darles una idea de aquello que uno considera correcto, lo intenta tal vez varias veces y, si esto no funciona, deja de relacionarse con ellos y se lava las manos. Llegado el momento, sin embargo, un padre puede, o mejor dicho, el corazón de un padre puede decidir renunciar a todo otro intento. En los hijos, la vida entera vuelve a ser vivida, sólo entonces puede uno casi comprender su propia vida. Pero en realidad no sirve hablarte de todo esto a ti; hay cosas de las que uno no puede formarse jamás una idea plena a menos que se las haya vivido, y una de ellas es el ser padre.

Por último está también, como se sabe, la hermosa remisión de la prole a un pasado y a un porvenir. Si uno tiene al menos catorce antepasados y la preocupación de añadir un número quince, mucho

más largo es el linaje que uno tiene | por delante, y es emocionante 81
observar que el linaje familiar forma, de alguna manera, un diseño determinado. Estas consideraciones puede hacerlas también el soltero, sólo que éste no quiere sentirse tan presionado o inclinado a hacerlas puesto que él mismo, hasta cierto punto, encaja en ellas de manera confusa.

O bien uno se casa para tener un hogar. Se ha aburrido en la casa, se ha aburrido en sus viajes al extranjero, se ha vuelto a aburrir al regresar a casa. Por motivos sociales, tiene un magnífico perro de caza, una yegua de pura sangre, pero falta algo. Es vano que permanezca horas y horas en el restaurante en el que se reúne con amigos de la misma postura, esperando que llegue algún conocido. Se le ablanda el corazón al enterarse de que ese conocido se ha casado, se pone sentimental al pensar en los días de antaño; siente que todo está tan vacío en torno suyo, que nadie lo espera cuando se ausenta. La vieja ama de llaves es en el fondo una mujer muy buena, pero ocurre que no sabe en absoluto cómo animarlo a uno, cómo crear un ambiente acogedor. Así que se casa; el consorcio de vecinos lo aplaude, pues ha obrado con cordura y sensatez, y a continuación se habla de las cosas más importantes de la economía doméstica, de los más grandes bienes terrenales, de una buena y confiable ayudante de cocina a la que se pueda enviar al mercado por su propia cuenta, de una sirvienta dócil, tan eficiente que podría usársela para cualquier cosa. Uno de esos viejos calvos y santurrones podría contentarse con desposar a una enfermera nocturna. Pero por lo general ése no es el caso. De tanto buscar y buscar, finalmente logra atrapar a una joven hermosa que es reducida a trabajos forzados. Tal vez ella no ha amado nunca antes. ¡Qué desarreglo espantoso!

Ya ves que te permito tomar la palabra. Debes reconocer, sin embargo, que incluso en las clases más humildes hay matrimonios que se conciertan con la intención de llegar a tener un hogar, y que son totalmente hermosos. Hay hombres más jóvenes. Han ganado sin mayores dificultades lo suficiente para subsistir, y ahora planean casarse. Eso es hermoso, y sé que nunca se te ocurriría burlarte de esos matrimonios. Una especie de noble simplicidad les proporciona un cariz a la vez estético y religioso. Pues no hay ningún egoísmo en la idea de querer tener un hogar sino que, por el contrario, asocian a ello la idea de un deber, de una obra que se les ha encomendado pero que es también, para ellos, un deber preciado.

| A menudo se oye también a personas casadas que se consuelan 82
a sí mismas y atemorizan a los solteros diciendo: «Al menos nosotros tenemos un hogar, y cuando seamos viejos tendremos un refugio»;

muchas veces añaden, con una grandilocuencia poco común y en un estilo edificante: «Un día nuestros hijos y nietos cerrarán nuestros ojos y se lamentarán por nosotros». El destino de los solteros es el inverso. Se admite con cierta envidia que a éstos les va mejor durante un tiempo en sus días de juventud, deseando uno mismo en secreto no haberse casado todavía, pero todo se paga. Sucede con los solteros lo mismo que con el hombre rico que ya había recibido sus bienes[85].

El error que afecta a todos esos matrimonios consiste en tomar un momento particular del matrimonio como si fuese la finalidad del mismo, y por eso suelen sentirse desilusionados, en especial los primeros, cuando deben admitir que un matrimonio implica algo más que la adquisición de un hogar digno, acogedor y confortable. Pero apartémonos una vez más de lo incorrecto a fin de observar lo bello y lo verdadero. No a todos los hombres les está dado extender su empresa hasta tan lejos, y muchos de los que imaginan estar trabajando en pos de algo grandioso, tarde o temprano caen en la cuenta de que es un error. Con esto no me refiero a ti, de ninguna manera, pues está claro que eres demasiado astuto como para no percatarte de esa ilusión, de la que también te has burlado a veces. En este sentido alcanzas un grado extraordinario de resignación y has dado, de una vez por todas, muestra de un total renunciamiento. Prefieres divertirte. En todas partes se te acepta como huésped. Tu jovialidad, tu facilidad para el trato, una cierta benevolencia, así como también una cierta malicia, hacen que quien te ve se represente rápidamente la idea de una noche agradable. En mi casa has sido siempre y seguirás siendo un invitado dilecto, por un lado porque no te temo demasiado, y por otro porque, antes de que sea necesario comenzar a hacerlo, mis expectativas son buenas; mi única hija tiene apenas tres años, y sin embargo ya comienzas con tu telegrafía. Muchas veces casi me has reprochado que me retraiga tanto del mundo, y hasta puedo recordar la melodía: «Dime, Jeanette»[86]. Claro que mi respuesta, como ya te dije una vez, es que tengo un hogar. En este sentido, cogerte realmente por las astas es tan difícil como coger a todos los otros, pues siempre tienes a mano otras determinaciones. Cuando se trata de arrancar a la gente de sus ilusiones y de conducirla hacia algo más verdadero, tú estás, como siempre, «dispuesto a
83 cualquier cosa». Dondequiera que sea, | no te cansas de olfatear ilusiones para entonces destrozarlas. Hablas con tanta cordura, con tanta experiencia, que cualquiera que no te conozca mejor creería que eres un hombre compuesto. Pero no has llegado jamás a la verdad. Te has contentado con aniquilar la ilusión y, una vez que lo has hecho en todas la direcciones concebibles, te quedas enredado en una nue-

va ilusión, que es la de contentarte con ello. Sí, mi amigo, vives en una ilusión, y no logras nada. Acabo de utilizar una palabra que siempre ha tenido un raro efecto sobre ti. Lograr — «¿Y quién logra qué? Ésa es precisamente una de las ilusiones más peligrosas; yo no hago esfuerzo alguno, me divierto tanto como puedo, en especial cuando observo a aquéllos que creen estar logrando algo. ¿Y no es acaso indescriptiblemente cómico que un hombre crea semejante cosa? No me voy a complicar la vida con tan grandes pretensiones». Cada vez que hablas de eso me resultas de lo más desagradable. Es algo que me indigna, pues contiene una insolente falsedad que, presentada con tu virtuosismo, te da siempre la victoria, o cuando menos la risa está siempre de tu lado[87]. Recuerdo que una vez escuchaste largamente a un hombre que se había sentido ofendido por tu discurso sin responderle una sola palabra, sólo provocándolo con tu sarcástica sonrisa, y luego le respondiste, para alegría general de los que estaban presentes: «Si coloca usted este discurso suyo junto a todas las demás cosas que ha logrado, no se le podrá reprochar, al menos, su convicción de estar verdaderamente logrando algo importante y en pos de los individuos». Me duele cuando hablas de esa manera, pues siento una cierta compasión por ti. Cuando no te contienes, hay en ti un talante descendente. De ahí que seas tan peligroso, de ahí la fuerza de tus exabruptos y de tu frialdad, algo que jamás he visto en ningún otro de los muchos que chapucean en el oficio del descontento. Pues ni siquiera eres uno de ellos; éstos son objeto de tus sátiras, pero tú has ido más lejos aún. «Estás contento y satisfecho, sonríes, vas con la frente bien alta, no sucumbes a las penas de la vida ni te has afiliado a ninguna triple sociedad de lamentación.» Pero por eso mismo tus declaraciones son tan peligrosas para los jóvenes, pues el dominio que has alcanzado sobre todas las cosas de la vida puede llegar a impresionarlos. Con esto no quiero decir que haya algo que el hombre deba lograr; lo que quiero decir es: ¿no hay en tu vida algunas cosas sobre las que dejas caer un manto impenetrable?, ¿no son acaso aquellas con las cuales | querrías lograr algo, pero tu ape- 84
sadumbrado espíritu gime de dolor porque es muy poco?, ¿acaso la situación es muy diferente dentro de ti?, ¿no te apena profundamente el hecho de no lograr nada? Yo conozco al menos un caso; una vez se te escaparon un par de palabras que no pasaron desapercibidas. Es seguro que darías cualquier cosa por poder lograr algo. Si es por tu propia culpa por lo que no puedes, o si tu orgullo debiera ser vencido para poder hacerlo, eso es algo que no sé ni llegaré a conocer nunca acerca de ti; pero ¿por qué quieres rodearte de todo lo malo, por qué tu poder, que siempre se queda con la victoria, se

regodea en esas cosas? Como te decía, a menudo uno siente que es poco lo que logra en el mundo. No lo digo con desaliento, realmente no tengo nada que reprocharme; creo que desempeño mi profesión a voluntad y conciencia, y nunca me sentiré tentado a mezclarme en cosas que no son de mi incumbencia con la esperanza de lograr aún más; pero ésa es una actividad bastante parcial y, en realidad, sólo en la creencia tiene uno la convicción de estar logrando alguna cosa. Pero a la par de ello tengo mi hogar. A este respecto suelo pensar en las bellas palabras de Jesús de Sirac, y querría que tú también les prestes consideración: «Quien ha conseguido una esposa comienza a tener algo que es suyo, pues ha conseguido un colaborador y un pilar sobre el cual apoyarse. Donde no hay una cerca que limite la hacienda, donde no hay una esposa, debe haber sufrimiento, y sucede con él como con aquel que vaga de un lado a otro. ¿Pues quién se fiaría de un ladrón armado que va de una ciudad a la otra? Así sucede con el hombre que carece de un nido y que duerme donde lo sorprende la noche»[88]. No me he casado para tener un hogar, pero lo tengo, y ésa es una gran bendición. No soy un mamarracho de esposo, y tampoco creo que te atrevas a considerarme tal, no soy el marido de mi mujer en el mismo sentido en que la reina de Inglaterra tiene un marido; mi esposa no es la esclava de la casa de Abraham a la que yo habría de expulsar con su hijo[89], pero tampoco es una diosa en torno a la cual iría yo dando enamorados pasos de ballet. Tengo un hogar, y tal vez este hogar no sea todo para mí; sé, sin embargo, que yo he sido todo para mi esposa, por un lado, porque ella así lo ha creído con toda humildad, y, por otro, porque estoy seguro de que lo he sido y lo seguiré siendo, en tanto sea posible para una persona serlo todo para otra sin que ninguna cosa finita o particular tenga que
85 recordárselo. | Tanto más me atrevo a hablar de este tema en la medida en que ella misma no quedará seguramente en la sombra. Ella no me necesitaba, no me casé con una muchacha pobre para hacer una buena acción, como dice la gente con un extremo desprecio respecto de sí misma; no era una tonta oprimida con la que me habría casado por algún otro motivo y de la cual habría conseguido sacar algo gracias a mi sabiduría. Era independiente y, además, tan poco pretenciosa, que no necesitaba ponerse a la venta; era una mujer íntegra, más íntegra que yo, aunque más impetuosa. Claro que su vida no podría jamás ser tan agitada como la mía, ni tan reflexiva; acaso pude librarla de muchos errores gracias a mi experiencia, pero su integridad hizo que eso no significara mucho. A decir verdad, ella no me debe nada, y aun así soy todo para ella. No tiene necesidad alguna de mí, pero no por ello le he resultado indiferente; he velado por

ella y duermo todavía como Nehemías, con el arma a mi lado[90], para retomar una expresión que en una ocasión similar se me escapó de los labios, y para demostrarte que no he olvidado tu sarcástica observación: que debe de ser bastante molesto para mi mujer. Eso, mi joven amigo, me tiene sin cuidado, tal como puedes verlo en el hecho de que lo repito y lo afirmo sin enfadarme. Así, pues, no he sido nada y sin embargo he sido todo para ella. Tú, en cambio, has sido todo para un sinnúmero de seres, y en el fondo no has sido para ellos nada en absoluto. Y aun suponiendo que, en el contacto temporario que entablas con la gente, pudieras dotar a cada uno con el tesoro de lo interesante; aun suponiendo lo imposible, a saber, que pudieras despertarlos a un estado de fecundidad tan grande que les bastaría de por vida; suponiendo que fueses para ellos una ganancia... aun así... tú mismo perderías, pues no habrías encontrado a nadie para quien pudieses desear serlo todo; y aunque fueses lo bastante magnánimo como para ello, esa magnanimidad tuya es, en realidad, tan dolorosa, que yo le pediría a Dios que me libre de ella.

El pensamiento que, primero que todo, uno debe asociar a la idea de un hogar, es que éste constituye una obra; así se descartan todos los falsos y desdeñosos pensamientos relativos a la comodidad. Incluso en el goce del hombre debería haber un momento operativo[91], por más que éste no se expresara en una obra particular y externamente palpable. En este sentido, el hombre puede ser activo sin que lo parezca, en tanto que la actividad hogareña de la mujer es más evidente.

Además de eso, sin embargo, la idea del hogar está asociada a
una | concreción de pequeñas circunstancias de las que sería muy 86
difícil hablar de un modo general. A este respecto, cada casa tiene su particularidad, y conocer muchas de ellas sería algo sumamente interesante. De lo que se trata, naturalmente, es de que cada una de esas particularidades esté penetrada de un cierto espíritu, y, por lo que a mí concierne, que se rechace por completo la aberración separatista de esas familias que ya de entrada buscan demostrar cuán peculiar es todo lo suyo, llegando a veces al punto en que la familia habla un idioma propio, o con alusiones tan enigmáticas que uno no sabe qué hacer al respecto. Lo importante es que la familia posea ese tipo de particularidad, así como el arte de conservarla.

Los que se casan para tener un hogar están quejándose de que nadie los espera, de que nadie los va a recibir, etc. Eso es muestra suficiente de que, en realidad, tienen un hogar sólo porque piensan también en un afuera. Yo, gracias a Dios, no necesito en modo alguno salir para recordar o para olvidar que tengo un hogar. Y eso es algo que he sentido aún más estando dentro. Ni siquiera necesito entrar

a la sala o al comedor para cerciorarme. Es algo que he sentido a
veces estando solo en mi despacho. Puedo sentirlo cuando la puerta
de mi gabinete se abre, y al poco rato veo un rostro de alegría en la
ventana, y se descorre la cortina, y alguien golpea muy despacio, y
a continuación una cabeza se asoma a la puerta de manera tal que
uno creería que esa cabeza no pertenece a ningún cuerpo, y es ella
la que de repente está a mi lado y vuelve a desaparecer; puedo sen-
tirlo cuando, ya entrada la noche, me quedo totalmente solo, como
en los viejos tiempos del colegio. Puede que entonces encienda una
vela y me asome despacio a su dormitorio para ver si está realmente
dormida. Desde luego, suelo tener también ese sentimiento cuando
vuelvo a casa. Cuando llamo a la puerta, y ella sabe que es la hora a
la que suelo venir (también a nosotros, pobres empleados públicos,
nos molesta en este sentido no poder sorprender a nuestras esposas),
y conoce la manera en que suelo llamar; cuando, ya en el interior,
alcanzo a oír los ruidos de los niños y los de ella, y ella misma se
pone a la cabeza de ese pequeño tropel, de un modo tan infantil
que hasta parece rivalizar en júbilo con los niños... entonces siento
que tengo un hogar... ¡Cómo se transforma esa casi rendida criatura
87 cuando se me ve muy serio (tú que tanto hablas de | conocer a la
gente, quién conoce a la gente mejor que una mujer)! No desespera,
no se siente dolida, sino que hay en ella una fuerza que no es rígida
sino infinitamente flexible, como la espada capaz de clavarse en la
piedra, y aun así se abraza a la vida[92]. ¡Cuán indulgente puede llegar
a ser cuando me ve malhumorado (también le ocurre a Dios) y, sin
embargo, cuánta superioridad hay en esa indulgencia!

Hay otras cosas que me gustaría decirte en esta ocasión, pero
prefiero resumirlas en una expresión determinada que, en mi opinión,
cabe aplicarte con justicia, una expresión que tú mismo sueles usar:
que eres un extraño y un extranjero en el mundo[93]. Puede que los
jóvenes, sin figurarse el alto precio que uno debe pagar por la expe-
riencia, pero también sin presentir la indecible riqueza que ésta con-
tiene, se dejen arrastrar en el mismo torbellino, se sientan tocados por
tu discurso como por una brisa fresca que les empuja hacia la mar
infinita que abres ante ellos; puede que tú mismo te sientas ebrio de
juventud hasta casi no dominar la idea de esa infinitud que es tu ele-
mento, un elemento que, como el mar, todo lo oculta, inmutable, en
su profundo lecho. Tú, que eres ya un hombre experimentado en
estas aguas lejanas, deberías poder dar cuenta de las penurias y zozo-
bras. Se entiende que en ese mar, por lo general, no es mucho lo que
cada uno sabe acerca del otro. Uno no se arma de grandes navíos,
difíciles de remolcar hacia aguas profundas; por el contrario, son

barcas muy pequeñas, botes para una sola persona; uno aprovecha el
momento, extiende sus velas y se desliza con la rapidez infinita del
inquieto pensamiento, solo sobre la mar infinita, solo bajo el infinito
firmamento. Esa vida está llena de peligros, pero uno está habituado
a la idea de perderla; pues el auténtico goce está en perderse de ese
modo en lo infinito, en que sólo quede lo suficiente como para poder
gozar de esa desaparición. Los marinos cuentan que en el gran océano
del mundo se divisa algo así como una nave; recibe el nombre de
Holandés Errante[94]. Con sólo extender una pequeña vela, ésta puede
deslizarse sobre la superficie del mar a una velocidad infinita. Así es,
poco más o menos, como tú te desplazas por los mares de la vida.
Cuando uno va solo en su canoa, sólo tiene ya que habérselas con
otros hombres en el momento en que así lo decide. Cuando uno va
solo en su canoa... no puedo entender muy bien cómo | puede llenar- 88
se ese vacío; pero así como tú eres el único hombre que he conocido
para quien hay en ello algo de verdad, así también sé que llevas a
bordo a una persona capaz de entretenerte. Deberías decir, por tanto:
solo en su barca, solo con su pena, solo con su desesperación, y con
la suficiente cobardía como para preferir conservarla en vez de acep-
tar el dolor de la cura. Déjame exponer el lado sombrío de tu vida; y
no es que quiera amedrentarte, pues no me corresponde a mí aparecer
como un coco, y tú eres demasiado listo como para que esas cosas te
afecten. Pero ponte a pensar en el dolor, en la nostalgia, en la humi-
llación que hay en el hecho de ser en este sentido un extraño y un
extranjero en el mundo. Para no arruinar la impresión que acaso
pueda causar sobre ti, no te irritaré haciéndote pensar en los embro-
llos del trato familiar o en el aire de caballeriza que tanto aborreces;
pero piensa en la belleza de la vida de familia, que es el fundamento
de una profunda e íntima comunidad, aunque de modo tal que aque-
llo que todo lo unifica permanece misteriosamente oculto, y un hecho
se entrelaza sabiamente con el otro sin que la conexión misma deje
de presentirse; piensa en esa misteriosa vida familiar en sí misma,
revestida de una forma externa tan bella, que uno jamás se topa con
una dificultad en el enlace; piensa en la relación que tú tendrías con
ella. Una familia como ésa te gustaría, y a menudo te alegraría tal vez
formar parte de ella, tu urbanidad haría que, de algún modo, te acos-
tumbraras a ella rápidamente. Digo que «de algún modo», porque está
claro que no podrías, que no te acostumbrarías y seguirías siendo
siempre un extraño y un extranjero. Serías bien recibido como hués-
ped, tendrían acaso la amabilidad de hacerte sentir tan a gusto como
fuese posible, serían complacientes contigo, te tratarían incluso como
se trata a un niño, te apreciarían. En cuanto a ti, tu inagotable atención

e inventiva estarían puestas en agradar a la familia. ¿No es cierto que eso sería hermoso? Tal vez estés tentado a decir, en un momento de bizarría, que no tolerarías ver a los miembros de la familia con las batas puestas, o a la muchacha en pantuflas, o a la señora sin su mantón, y que, viéndolo mejor, el trato correcto que la familia tiene hacia ti representa para ti una humillación enorme; todas las familias deberían comportarse así, y tú serías el humillado. ¿O no crees que la familia guarda para sí una vida totalmente distinta que constituye su sagrario? ¿No crees que cada familia sigue teniendo sus penates, por
89 más que no los pongan a la entrada de la casa? | ¿Y no ocultan tus declaraciones una refinadísima debilidad? Pues en realidad no creo que, si alguna vez te casaras, pudieses tolerar ver a tu esposa en *negligé*, a menos que esa vestimenta fuera un adorno destinado a agradarte. Piensas que has hecho bastante por la familia al entretenerlos, al esparcir sobre ella un cierto resplandor estético. ¿Pero qué pasaría si la familia considerara que eso es muy poco comparado con la vida interior que ella posee? Lo mismo te sucedería con todas las familias, y eso es humillante, por grande que sea tu orgullo. Nadie comparte su pena contigo, nadie confía en ti. Tú crees que sí, que eso sucede muy a menudo, que te has enriquecido con un sinnúmero de observaciones psicológicas; pero eso suele ser sólo una ilusión, pues si la gente acepta hablar contigo en momentos de ocio y sugiere o deja presentir un lejano interés, es porque en esos casos hay algo interesante que se pone en movimiento en ti, y ese algo alivia el dolor, tiene ya en sí y para sí un sabor agradable que hace que uno apetezca esa medicina aun cuando no la necesita. Y si alguien se dirige a ti precisamente a causa de tu aislamiento (ya sabes que la gente prefiere confesarse con un monje mendicante antes que con el párroco), eso nunca llega a tener un significado verdadero ni para ti ni para él; no lo tiene para él, puesto que advierte cuán arbitrario es confiarse a ti, y no lo tiene para ti, pues no has podido soslayar del todo el hecho de que tu intervención se basaba en algo ambiguo. No puede negarse que eres un buen cirujano, sabes cómo meterte en los recintos más secretos de la pena y de la preocupación sin olvidar, no obstante, la salida. Admito que consigues curar a tus pacientes, pero eso no te causa una profunda y verdadera alegría, pues todo lleva el sello de la arbitrariedad y no te haces responsable de nada. Sólo la responsabilidad trae bendición y alegría verdadera, por más que uno no lo hiciera ni la mitad de lo bien que tú lo haces; a veces trae bendición sin que uno haga nada. Pero tener un hogar es tener una responsabilidad, y esa responsabilidad trae alegría y hace que uno se sienta seguro de sí mismo. Ya que no quieres tener responsabilidades, debería parecer-

te totalmente normal aquello de lo que a menudo te lamentas: que la gente sea ingrata contigo. Pero eso de curar a la gente no es algo de lo que te ocupas muy a menudo; por lo general, como te he dicho antes, tu actividad principal consiste en destruir ilusiones, y a veces en enredar a otros en la ilusión. Cuando uno te ve en compañía de
uno o dos jóvenes —pues conoces muy bien | los pocos movimientos 90
que bastarían para ayudarles a superar todas las ilusiones infantiles, tan liberadoras en algún sentido, para que se vuelvan más ligeros aún que la realidad, para que les crezcan alas mientras tú, a la manera de un viejo pájaro experimentado, les enseñas cómo moverlas y, así, volar por encima de todo lo existente— o cuando ensayas los mismos movimientos con una muchacha y estudias las diferencias en el vuelo, entre el vuelo masculino, que consiste en dar aletazos, y el femenino, que es como una apacible ensoñación... ¿quién, en tales casos, podría enfadarse contigo viendo el arte con que lo haces? ¿Y quién no se enfadaría contigo por la frivolidad que hay en ello? Puedes perfectamente decir acerca de tu corazón aquello que canta la antigua tonada:

> Mi corazón es como un palomar,
> Una paloma entra volando, la otra se va volando[95],

sólo que en tu caso no son tantas las que se ven volar hacia adentro como las que constantemente vuelan hacia afuera. Pero por más que el palomar sea una bella imagen de la doméstica calma del hogar, en realidad no hay que proceder así. ¿No es doloroso, no es triste dejar que la vida pase de esa manera, sin ganar en ella nada que sea firme? ¿No es triste, mi joven amigo, que la vida nunca llegue a tener un contenido para ti? Sentir que uno envejece es un poco triste, pero es mucho más profunda la tristeza que a uno lo embarga cuando no puede envejecer. En este momento me parece muy justo llamarte «mi joven amigo». Una diferencia de siete años no es precisamente una eternidad, y no me jactaré de haberte aventajado en madurez intelectual, pero sí en madurez vital. Yo siento que he envejecido realmente; tú, en cambio, sigues aferrándote a la primera sorpresa de la juventud. Y si bien algunas veces, y muchas, llego a estar cansado del mundo, pienso también con silenciosa elevación en las bellas palabras: bienaventurados los que descansan después de su obra[96]. No es que imagine haber hecho una gran obra en la vida; no he rechazado la que se me asignó y, aunque haya sido modesta, mi obra consistió en contentarme con ella pese a su modestia. Tú, seguramente, no descansas de tu obra, el descanso es para ti una maldición, no puedes vivir sino en la inquietud. El descanso es

91 contrario a ti, te inquieta aún más. Eres como | un hambriento a quien el alimento sólo le da más hambre, un sediento que sólo tiene más sed cuando bebe.

Pero vuelvo a lo anterior, a las intenciones finitas de los hombres que contraen matrimonio. He mencionado sólo tres, dado que éstas siempre parecen tener algo a la vista y porque reflexionan siempre sobre alguno de los momentos del matrimonio, pese a que resultan ser tan ridículas como antiestéticas e irreligiosas en razón de su carácter unilateral. Hay muchas otras consideraciones finitas completamente miserables que no mencionaré, puesto que ni siquiera mueven a risa. Así, cuando alguien se casa por dinero, o por celos, o con expectativas — porque se tiene la expectativa de que ella morirá pronto, o de que, aun viviendo muchos años, será una bendita rama llena de frutos[97], de manera que se sabe que gracias a ella podrá uno echarse a los bolsillos las herencias de toda una fila de tíos y tías. No me apetece referirme a estas cosas.

Como resultado de esta investigación puedo afirmar, como algo ya demostrado, que el matrimonio, para ser estético y religioso, no debe tener ningún «porqué» finito; pero eso era precisamente lo estético del primer amor, de manera que el matrimonio queda nuevamente *au niveau* del primer amor. Y lo estético del matrimonio consiste en ocultar un sinnúmero de porqués que la vida revela en toda su bendición.

Lo primero que me he propuesto mostrar, sin embargo, es la validez estética del matrimonio, y lo ético y lo religioso son lo que hace que el matrimonio se diferencie del primer amor; lo ético y religioso, claro está, en tanto que buscan expresarse en algo particular que se da sobre todo en el casamiento; por eso, para que no parezca que me tomo el asunto demasiado a la ligera, para no hacerme culpable de nada que pudiera hacer creer que estoy encubriendo un cisma entre el primer amor y el matrimonio, cisma que tú y muchos otros instauran, aunque por motivos diferentes, me detendré en este último punto. Aquí hay que darte la razón a ti; si son tantos los hombres que no se sobreponen a ese cisma, es porque carecen de la energía y de la disciplina como para pensar tanto en el uno como en el otro. Echemos un vistazo, entretanto, a la ceremonia nupcial y a sus fórmulas. En lo que sigue te parecerá tal vez que estoy mostrando mis armas, y te aseguro que eso no es un estorbo para mi mujer, pues a ella le
92 parece bien que yo mantenga alejados a | filibusteros como tú y tus semejantes. Pienso, además, que así como el cristiano siempre debería estar preparado para dar razón de su fe[98], así también un esposo debería siempre estar preparado para dar razón del matrimonio, no precisamente ante quienes tienen el capricho de solicitárselo, sino ante

aquellos que se lo merecen o que, aun sin merecerlo *in casu*, hacen que le parezca oportuno. Y dado que tú, habiendo arruinado ya numerosas comarcas, has comenzado en los últimos tiempos a devastar la región del matrimonio, siento la obligación de salirte al paso.

Doy por supuesto que has estudiado y que te sabes las fórmulas de la ceremonia nupcial. Tú estás siempre bien preparado para cualquier circunstancia y, por regla, no comienzas tu ataque sin estar antes tan bien informado acerca del objeto a atacar como lo estarían sus más avezados defensores. De ahí que te suceda a veces eso de lo que tú mismo te lamentas: que tus ataques son demasiado efectivos, que los que deberían defenderse no conocen el asunto tan bien como tú que eres el atacante. Ya veremos.

Antes de pasar a los pormenores, veamos entonces si no hay algo de perturbador en el acto matrimonial tomado simplemente como acto. Esto de casarse es algo que se les ocurre a los amantes en determinado momento, algo que de lo que podrían desistir sin dificultades si, entretanto, tuviesen alguna otra idea. Nos topamos aquí con un poder. ¿Pero necesita el amor reconocer algún otro poder fuera de él mismo? Tú asumirás tal vez que un hombre no se contentaría con inclinarse ante ese poder a menos que las dudas y las preocupaciones le hayan enseñado a rezar; pero el primer amor no necesita de eso. Debes recordar aquí que, según el supuesto del que partimos, los individuos en cuestión tenían un desarrollo religioso, de manera que mi problema no es cómo lo religioso puede manifestarse en el hombre, sino cómo lo religioso puede subsistir junto al primer amor; y así como es cierto que un amor desdichado puede hacer que un hombre se vuelva religioso, también es cierto que los individuos religiosos pueden amar. Lo religioso no es tan extraño a la naturaleza humana como para que se necesite una novia para despertarlo. Pero si los individuos en cuestión son religiosos, el poder que les sale al encuentro en el casamiento no es extraño, y si su amor los reúne en una unidad superior, lo religioso les arrebata a una aún más alta.

¿Cuál es la función de la ceremonia nupcial? Ésta provee en primer lugar un resumen de | la existencia de la especie, e inserta así 93
un nuevo matrimonio en el gran cuerpo de la especie. De esa manera aporta lo universal, lo puramente humano, lo hace venir a la conciencia. Esto te resulta chocante, y tal vez digas: es desagradable que, en el instante en que uno se une tan íntimamente a otro ser humano, todo lo demás desaparezca para uno, que se le recuerde que *es ist eine alte Geschichte* [es una vieja historia][99], algo que ha sucedido, sucede y volverá a suceder. Tú quieres limitarte a aquello que es específico de tu amor, quieres que toda la pasión del amor arda dentro de ti y no

quieres que te molesten con la idea de que Juan y José hacen lo mismo: «Es sumamente prosaico que a uno le recuerden su significación numérica: *anno* 1770, el señor Don N. N. y la honorable señorita Doña N. N. a la hora 10; a la hora 11 del mismo día el señor Don N. N. y la señorita Doña N. N.». Esto suena de lo más espantoso, sí, pero en tu razonamiento se oculta una reflexión que ha perturbado al primer amor. El amor, como se ha observado más arriba, es una unidad de lo general y lo particular, pero que tú quieras gozar de lo particular es muestra, en este sentido, de una reflexión que ha puesto lo particular fuera de lo general. Cuanto más compenetrados están lo general y lo particular, tanto más bello es el amor. Lo importante no es que algo sea particular, ya sea en el sentido inmediato o en un sentido más alto, sino poseer lo general en lo particular. No puede ser, por tanto, que la evocación de lo general resulte perturbadora en tanto que introducción al primer amor. A esto se suma otra de las funciones de la ceremonia nupcial. Ésta, en efecto, para retrotraerse a lo general, hace que los amantes se remitan a los primeros padres[100]. De manera que no se contenta con lo general *in abstracto*, sino que lo muestra expresado en la primera pareja de la especie. Ése es un índice de cómo es cada matrimonio. Como todo lo que es humano, cada matrimonio es a la vez éste en particular y el todo, es individual y, a la vez, símbolo. Proporciona a los amantes, por tanto, la más bella imagen de una pareja humana exenta de toda reflexión acerca de los demás; se dirige al individuo diciendo: así también vosotros sois una pareja, en vosotros se repite el mismo acontecimiento, también vosotros estáis solos en el mundo infinito, solos ante la mirada de Dios. Ya ves, por tanto, que la ceremonia nupcial da lo que le pides, pero da también algo más, da a la vez lo general y lo particular.

«Pero la ceremonia nupcial proclama que el pecado ha entrado en el mundo[101], y el hecho de que el pecado se evoque con tanta fuerza no armoniza con el instante en que uno se siente más puro que nunca.
94 También enseña que el pecado entró en | el mundo con el matrimonio, lo cual no parece ser muy alentador para los respectivos esposos; la Iglesia, por supuesto, puede lavarse las manos en caso de que resulte en desgracia, ya que no ha alentado vanas esperanzas.» Que la Iglesia no aliente vanas esperanzas es algo que cabría considerar como un bien en sí y para sí. Además, la Iglesia dice que el pecado entró en el mundo con el matrimonio, y aun así lo permite; dice que el pecado entró en el mundo con el matrimonio, pero sería importante preguntar si enseña que fue a causa del matrimonio. En todo caso, proclama el pecado sólo como la suerte del hombre en general, no hace ninguna aplicación determinada al individuo singular, y mucho

menos dice: ahora estáis cometiendo un pecado. Es ciertamente una cuestión dificilísima ésta de explicar en qué sentido el pecado entró en el mundo con el matrimonio; podría parecer que aquí el pecado y la sensualidad se identifican. Pero no puede ser totalmente así, ya que la Iglesia permite el matrimonio. Sí, dirás tú, pero es sólo después de haber quitado de en medio todo lo que el amor terreno tiene de hermoso. Yo respondería que no es así en modo alguno; al menos la ceremonia nupcial no dice nada de eso.

La Iglesia anuncia además el castigo del pecado, que la mujer parirá con dolor y se someterá a su esposo[102]. Pero la primera de esas consecuencias es de naturaleza tal que, aun si la Iglesia no la anunciara, se anunciaría por sí misma. Sí, dirás tú, pero es irritante que se diga que es una consecuencia del pecado. Te parece estéticamente bello que un niño sea parido con dolor, es un elogio para el ser humano, una indicación figurativa de la importancia que, con todo, tiene el hecho de que un hombre venga al mundo, en oposición a los animales que, cuanto más bajo es el escalón en el que están, tanto más fácilmente traen sus hijos al mundo. Aquí debo subrayar, una vez más, que aquello se anuncia como la suerte del hombre en general; el hecho de que un niño sea dado a luz en pecado[103] es la expresión más profunda de la altísima significación que posee, y el hecho de que todo lo concerniente a la vida humana sea remitido a la determinación del pecado[104] constituye una transfiguración de la misma.

Luego se dice que la mujer se someterá al hombre. Tal vez me digas ahora: eso sí es bello, y siempre me ha atraído ver que una mujer ama a su esposo como su señor. Pero te indigna que esto tenga que ser una consecuencia del pecado, y te sientes llamado a presentarte como el caballero de la mujer. Dejaré sin decidir si de esa manera le
haces un favor; pero creo que no has captado | la esencia de la mujer 95
en toda su intimidad, la cual implica que ésta es al mismo tiempo más perfecta y menos perfecta que el hombre. Se habla de la mujer cuando se quiere designar lo más puro y lo más perfecto; se habla de la mujer cuando se quiere designar lo más débil, lo más frágil; se habla de la mujer cuando se quiere dar una idea de lo espiritual elevado por encima de lo sensual; se habla de la mujer cuando se quiere dar una idea de lo sensual. Se habla de la mujer cuando se quiere designar la inocencia en su inspiradora grandeza; se habla de la mujer cuando se quiere designar el abatido sentimiento de culpa. Por eso, en cierto sentido, la mujer es más perfecta que el hombre, y las Escrituras lo expresan diciendo que ella tiene más culpa[105]. Si recuerdas, una vez más, que la Iglesia sólo proclama la suerte de la mujer en general, no me parece que pueda deducirse de ello nada que sea inquietante

para el primer amor, pero sí para la reflexión que no sabe cómo retenerla en esa posibilidad. La Iglesia, además, no hace de la mujer una mera esclava, sino que dice que «Dios dijo: le daré a Adán una compañera»[106], expresión que posee tanta calidez estética como verdad. Por eso enseña la Iglesia: «y el hombre dejará a su padre y a su madre y se aferrará a su esposa»[107]. Casi cabría haber esperado que se dijera: la mujer dejará a su padre y a su madre y se aferrará a su esposo, pues la mujer es la más débil. La expresión de las Escrituras contiene un reconocimiento de la importancia de la mujer, y no hay caballero que pueda ser más galante con ella.

Por lo que concierne, finalmente, a la condena que recayó sobre el hombre, la circunstancia de que éste deba comer su pan con el sudor de su rostro[108] parece ciertamente privarlo con una sola palabra de los días en que comía el pan tierno del primer amor. El hecho tan a menudo recordado de que esta condena, como toda condena divina, oculta en sí una bendición, no prueba nada en este caso, puesto que de todos modos habrá que esperar una época futura para experimentarlo. Lo que sí quiero recordar, en cambio, es que el primer amor no es cobarde, que no le teme a los peligros, y que por eso verá esa condena como una dificultad que no lo atemoriza.

¿Cuál es entonces la función de la ceremonia nupcial? ¿«Detiene a los amantes»? De ninguna manera, sino que hace que aquello que ya estaba en movimiento se manifieste de manera externa. Hace valer lo humano en general, y en este sentido también el pecado; pero
96 toda la angustia y el tormento de querer que el pecado no | hubiese entrado en el mundo tiene su fundamento en una reflexión ajena al primer amor. Querer que el pecado no hubiese entrado en el mundo es reconducir a la humanidad a la imperfección. Se ha instaurado el pecado, pero tan pronto como los individuos se someten a él, se sitúan más alto de lo que estaban.

A continuación, la Iglesia se dirige al individuo singular y le plantea algunas preguntas[109]. Esto parece invocar nuevamente la reflexión. «¿Para qué esas preguntas? El amor tiene su seguridad en sí mismo.» Pero la Iglesia no pregunta con el fin de hacer vacilar, sino para asegurar y para hacer que lo que ya era seguro se pronuncie. Aquí aparece la dificultad de que la Iglesia, en sus preguntas, no parece tomar en consideración el erotismo. Pregunta si te has confiado al consejo de Dios y de tu conciencia y, luego, de los amigos y conocidos. No necesito hacer resaltar aquí cuán provechoso es que la Iglesia haga tales preguntas con profunda seriedad. La Iglesia, para utilizar una expresión tuya, no es una Celestina[110]. ¿Puede eso importunar a las personas en cuestión? Ellos ya han remitido su amor agradecidamente a Dios, y de esa manera se han confiado a su consejo; pues darle las gracias a Dios es también, aunque indirectamente, confiarse a su consejo. Cuando la Iglesia les pregunta si se aman el uno al otro, no es en modo alguno porque quiera aniquilar el amor terrenal, sino porque lo presupone.

La Iglesia toma, a continuación, un juramento[111]. Hemos visto antes que el amor puede ser magníficamente acogido en esa concentricidad más alta. El voto libera al individuo, pero cuanto más libre es el individuo, como sucede en todo desarrollo, tanto mayor es la belleza estética del matrimonio.

Creo que de esta manera se ha demostrado que, si se busca lo estético del primer amor en su infinitud presencialmente inmediata, el matrimonio ha de ser considerado la aclaración de aquél y como algo que lo aventaja en belleza. Creo que esto se desprende de lo anterior, y poco más arriba hemos visto también que todo lo que se dice acerca del desprecio de la Iglesia carece de fundamento y sólo vale para aquel que se ha escandalizado ante lo religioso.

Si así son las cosas, sin embargo, lo restante se sobreentiende. La cuestión es precisamente si ese primer amor puede realizarse. Tal vez digas, después de haber admitido todo lo anterior: entonces la realización del matrimonio es tan difícil como la del primer amor.
| A eso debo responder con un no, pues en el matrimonio está la 97
ley del movimiento. El primer amor resulta ser un *Ansich* [en sí] irreal que nunca cobra contenido, puesto que se mueve en un medio externo; en el voto ético y religioso, el amor conyugal tiene la posibilidad de una historia interior, y se diferencia del primer amor como lo histórico de lo ahistórico. Es fuerte, más fuerte que el mundo entero, pero queda destruido en el instante mismo en que la duda lo penetra; es como un sonámbulo, que es capaz de atravesar los sitios más peligrosos con infinita seguridad, pero que se desploma tan pronto como se menciona su nombre. El amor conyugal tiene sus armas, pues, en el voto, la atención no está dirigida sólo hacia el mundo circundante, sino que la voluntad se dirige hacia sí misma, hacia lo interior. Y entonces pongo todo de cabeza y digo: lo estético no reside en lo inmediato sino en lo adquirido; pero el matrimonio es precisamente la inmediatez que contiene la mediatez, la infinitud que contiene la finitud, la eternidad que contiene la temporalidad. De esta manera, el matrimonio se muestra como ideal en un doble aspecto, tanto en el sentido antiguo como en el romántico. Cuando digo que lo estético reside en lo adquirido, eso no quiere decir en modo alguno que resida en el mero afán en cuanto tal. Pues éste es negativo, y lo meramente negativo no es nunca estético; en cambio,

cuando es un afán que tiene en sí un contenido, una lucha que tiene en sí la victoria, en esa duplicidad tengo lo estético. Esto debo traerlo a colación, me parece, en atención a la desesperada euforia con que en nuestra época se oye elogiar lo adquirido en oposición a lo inmediato, como si se tratara en el fondo y más que nada de destruir todo para construir de nuevo. He sentido verdadero pavor al oír a los jóvenes exclamar jubilosos, como los terroristas de la Revolución francesa: *de omnibus dubitandum* [hay que dudar de todo]. Tal vez sea a causa de mi estrechez de miras. Creo, sin embargo, que hay que hacer una diferencia entre la duda personal y la duda científica[112]. La duda personal es siempre un asunto propio, y ese entusiasmo por la aniquilación del que a menudo se oye hablar lleva, a lo sumo, a que muchos hombres se arriesguen a dudar sin tener fuerza para hacerlo, y que caigan o entren en un estado de incompletud que es también un seguro derrumbe. En cambio, si la crisis de la duda desarrolla en el individuo una fuerza que, a su vez, vence a la duda, esa visión es
98 alentadora, puesto que muestra lo que el hombre es por sí | mismo; pero no es realmente bella, pues para que lo fuera se requeriría que tuviera en sí la inmediatez. Un desarrollo tal, cabalmente ejecutado mediante la duda, tiende en última instancia a aquello que se expresa así: transformar a un hombre en otro totalmente distinto. La belleza, en cambio, está en adquirir lo inmediato en virtud de la duda. Esto es lo que debo destacar en oposición a la abstracción con la que se ha hecho valer la duda, la idolatría que se ha profesado hacia ella, la temeridad con la que se la ha abordado, la ciega confianza con la que se ha esperado salir de ella de manera airosa. A esto se añade que, cuando más espiritual es lo que uno quiere ganar, tanto más puede elogiarse la duda; pero el amor sigue perteneciendo a una región en la que no puede hablarse tanto de algo adquirido como de algo dado, algo dado que se adquiere. No sé, en definitiva, qué clase de duda sería ésa. ¿Y si la disposición correcta por parte de un esposo consistiese en haber pasado por experiencias funestas, en haber aprendido a dudar, si el matrimonio verdaderamente bello fuese el que resulta de que un hombre se ha casado con gran seriedad moral en razón de esa duda y ha sido fiel y constante como marido? Lo alabaremos a él, pero no elogiaremos su matrimonio, a menos que sea como ejemplo de lo que el ser humano puede lograr. ¿O sería preciso que él, para dudar a fondo, dudara también del amor de la mujer, de la posibilidad de captar lo bello de ese vínculo, y aun así contar con el suficiente estoicismo como para quererlo? Sé muy bien que los falsos maestros como tú están siempre dispuestos a elogiar ese tipo de cosas, precisamente para que vuestra falsa doctrina encuentre

mejor acogida; lo alabáis cuando sirve a vuestros propósitos, y decís: he aquí el verdadero matrimonio; pero bien sabéis que esa alabanza encubre una reprobación y que, en especial, no beneficia en modo alguno a la mujer, y por eso hacéis todo lo que hacéis para tentarla. Por eso dividís, según la antigua regla: *divide et impera* [divide y reinarás][113]. Encomiáis el primer amor. Éste, según vuestro parecer, es un momento situado fuera del tiempo, algo misterioso acerca de lo cual se puede mentir abiertamente. El matrimonio no puede ocultarse así, le lleva días y años desarrollarse, y es tan fácil hallar la oportunidad de demoler o construir a partir de esas pérfidas consideraciones, que se necesita una desesperada resignación para sostenerlo.

Hay algo que está claro para ambos: tomado como momento,
el amor conyugal no sólo es tan bello como el primero, sino | que 99
es aún más bello, puesto que en su inmediatez contiene la unidad de diversos contrarios. No es que el matrimonio sea una persona moral altamente respetable pero aburrida, poesía de la pasión amorosa, sino que el matrimonio es justa y propiamente lo poético. Y me apena, como a todo el mundo, ver que el primer amor muchas veces no llega a sustanciarse, pero debo recordar también que el fallo no está tanto en aquél como en el hecho de que no se ha comenzado de la manera correcta. Al primer amor le falta, en efecto, el otro ideal estético, el romántico. No lleva en sí la ley del movimiento. Si tomáramos la fe de manera igualmente inmediata en la vida personal, al primer amor le correspondería una fe que, en virtud de la promesa, se creería capaz de mover montañas[114], y que entonces va de un lugar a otro haciendo milagros. Puede que lo consiga, pero esa fe no tiene ninguna historia; pues la lista de todos sus milagros no es su historia, mientras que la apropiación de la fe es la historia de la fe en la vida personal. El amor conyugal tiene ese movimiento, pues en el voto el movimiento va de afuera hacia adentro. De algún modo, deja que Dios se haga cargo del mundo entero en lo religioso, quiere luchar por sí mismo en unión con Dios mediante el voto, ganarse a sí mismo de manera paciente[115]. En la conciencia del pecado está implicada la idea de la fragilidad humana, pero en el voto se la ve superada. Esto es algo que no me cansaré de ponderar respecto del amor conyugal. Estoy seguro de haber hecho que se reconozcan todos los derechos del primer amor, y creo ensalzarlo mejor que tú, pero su fallo reside en su carácter abstracto.

Como tú mismo puedes ver, el amor conyugal contiene algo más: es capaz de renunciar a sí mismo. Supuesto que el primer amor no pudiese realizarse, los individuos, si verdaderamente se tratara de un amor conyugal, serían capaces de renunciar a él, y aun así de poseer

su dulzura, si bien en un sentido diferente. El primer amor nunca
podría hacerlo. Pero eso no implica en modo alguno que haya sido la
duda la que aportó su resignación al amor conyugal, como si fuese un
desprecio del primer amor. Si lo fuera, no habría resignación alguna,
y nadie mejor que aquel que renuncia a él, pero que tiene la fuerza
para hacerlo, sabe cuánta es su dulzura; claro que esa fuerza vuelve a
ser igual de grande cuando se trata de aferrarse al amor, de realizarlo
100 en la vida. Es la misma fuerza la que | se requiere para renunciar y
para aferrarse, y el verdadero aferrarse está en la fuerza que, siendo
capaz de renunciar, se expresa aferrándose, y sólo allí está la verdadera
libertad de aferrarse, el vilo verdaderamente seguro.

El amor conyugal se muestra como algo histórico por el hecho de
ser un proceso de asimilación; se ensaya en sus vivencias y vuelve a
remitir sus vivencias a sí mismo; no es, por tanto, un testigo desinte-
resado de lo que sucede, sino que es un partícipe esencial; en suma,
vive su propio desarrollo. Es cierto que el amor romántico también
remite sus vivencias a sí mismo, como cuando el caballero envía a
la amada los estandartes conquistados en la batalla, etc., etc.; pero
por mucho que sea el tiempo requerido para esas conquistas según la
opinión del amor romántico, a éste nunca se le ocurriría que el amor
ha de tener una historia. La consideración prosaica pasa al extremo
opuesto; puede admitir que el amor tenga una historia, que por lo
general resulta ser una historia breve, y esta historia es tan ordina-
ria y pedestre que el amor puede recorrerla rápidamente. El amor
experimental tiene también una especie de historia, pero así como
ésta carece de verdadera aprioridad, carece también de continuidad y
reside sólo en la arbitrariedad del individuo que experimenta, la cual
es a la vez su propio mundo y, en éste, el destino mismo. Por eso el
amor experimental está muy dispuesto a informarse acerca del estado
en que se encuentra el amor, de manera que se alegra doblemente,
tanto cuando el resultado responde a los cálculos como cuando se
obtiene algo totalmente distinto; también queda satisfecho cuando
esto sucede, puesto que se le plantea una tarea para sus incansables
combinaciones. El amor conyugal, por el contrario, contiene una
aprioridad, pero también una constancia en sí mismo, y la fuerza
de esa constancia es la misma que la ley del movimiento, a saber, el
voto. En el voto queda puesto algo otro, pero esto es puesto, además,
como habiendo sido vencido; en el voto, lo otro es puesto como un
otro interior, pues incluso lo exterior se ve reflejado en lo interior.
Lo histórico consiste en que eso otro se manifieste, que cobre validez,
pero en su validez misma es visto como aquello que no ha de tener
validez, de manera que el amor, probado y depurado, es el resultado

de ese movimiento y asimila lo vivido. La manera de manifestarse
eso otro no está bajo el poder del individuo que no procede de
modo experimental; pero el amor, en su aprioridad, | ha triunfado 101
también sobre todo eso sin llegar a conocerlo. Creo que se dice en
alguna parte del Nuevo Testamento: todo don es bueno cuando se
recibe con gratitud[116]. Los hombres están, en su mayoría, dispuestos
a recibir con gratitud un don bueno, pero exigen que además les dejen
decidir cuándo es bueno. Eso es muestra de su limitación; aquella
otra gratitud, en cambio, es verdaderamente triunfante y apriorística,
dado que contiene en sí una eterna salubridad que ni siquiera un
don malo puede perturbar, no porque se sepa cómo eludirlo, sino
en virtud de la audacia, de la elevada valentía personal que tiene
el arrojo de agradecerlo. Así también el amor. No se me ocurriría
ponerme a reflexionar aquí sobre todas las jeremiadas que tú, a la
manera de Eulenspiegel[117], tienes siempre a la mano para edificación
de los preocupados esposos, y espero que esta vez te contengas, pues
estás frente a un esposo que nunca te incitará a divertirte haciendo
que su confusión aumente.

Pero al perseguir de este modo el amor desde su criptógamo
encubrimiento hasta su fanerógama vida, encuentro en el camino un
escollo que, como seguramente observarás, no carece de importancia.
Parto de la premisa de que he logrado convencerte en cuanto a que
lo religioso y lo ético del amor conyugal no actúan en desmedro del
primer amor, sino que intervienen en él, que estás profundamente
convencido de esto en lo más íntimo de tu ser, y que no has despre-
ciado en modo alguno el punto de partida religioso. Estás solo junto a
aquella a quien amas, te has humillado y has humillado tu amor ante
Dios, estás realmente emocionado y conmovido; pero ten cuidado,
que tan pronto como menciono la palabra «comunidad», como dice
la canción, todo desaparece en el acto[118]. Creo que nunca conseguirás
ir más allá de la determinación de la interioridad. «La comunidad, la
bendita comunidad que, pese a estar constituida por muchos, es una
sola persona moral. ¡Si tan sólo tuviese, además del tedioso carácter
de toda persona moral, la ventaja de llevar una sola cabeza sobre los
hombros... en ese caso sabría yo qué hacer!»[119]. Tú sabes de ese loco
cuya idea fija era que la habitación donde vivía estuviera tan llena de
moscas, que corría el riesgo de que lo asfixiaran[120]. Luchaba por su
existencia con desesperada angustia y desesperada furia. Así también
tú luchas por tu vida, enfrentándote a un enjambre imaginario de
moscas como aquél y al que llamas «la comunidad». Es cierto que
aquí el problema | no es tan grave; de todos modos, repasaré los 102
aspectos más importantes relacionados con la comunidad. Antes de

eso quisiera recordar algo, a saber, que el primer amor no hallaría provecho alguno en el hecho de desconocer tales dificultades; eso es lo que ocurre cuando se lo toma de manera abstracta y no llega a tener contacto alguno con la realidad. Tú podrías enumerar los diferentes tipos de relación abstracta con el mundo circundante, relación que la abstracción misma suprime. Aceptarías aun tener que pagarle al cura, al sacristán y a un funcionario jurídico, pues el dinero es un medio magnífico cuando se trata de deshacer una relación; por eso, tal como me confesaste, tu consigna es no hacer nada a menos que te paguen, ni recibir nada sin pagarlo, ni siquiera lo más mínimo. Pensándolo bien, si alguna vez llegas a casarte, serías capaz incluso de pagar una remuneración a todo el que viniese a testimoniar su alegría por el paso que has dado. En ese caso no debería extrañarte que la comunidad aumente en número, o que realmente te suceda aquello que el hombre de las moscas tanto temía. Las relaciones personales te atemorizan, aquellos que con sus preguntas, sus congratulaciones, sus halagos e incluso sus obsequios pretenden entablar contigo una relación que no podría evaluarse en dinero, que querrían participar de ese acontecimiento si ello fuese posible, pese a que tu mayor deseo en esas circunstancias sería que tú mismo y tu amada no tuviesen que participar de él. «El dinero puede ayudarle a uno a librarse de un sinnúmero de estupideces. Con el dinero se pueden acallar las trompetas de la Iglesia para que no vengan a anunciar cuándo es un día de guardar; con dinero puede uno librarse de ser proclamado esposo, un esposo honrado a los ojos de la comunidad, cuando uno querría *in casu* limitarse a serlo para una sola persona.» Ésas fueron tus declaraciones, no las he inventado yo. ¿Recuerdas cómo te enfadaste una vez durante una boda? Querías que tanto la novia como el novio recibieran el beso de la comunidad de parte de cada uno de los presentes en tanto que partícipes de esa afectuosa hermandad, de la misma manera que los clérigos que asisten a una ordenación se acercan a darle la mano al que se ordena; dijiste también que te era imposible pronunciar las palabras «novia» y «novio» sin pensar en el significativo instante en el que un cariñoso padre o un viejo amigo se pone de pie con la copa en la mano y, embargado por la emoción,
103 pronuncia esas bellas palabras: por la novia y el novio. | Dado que, en tu opinión, la ceremonia eclesiástica en su conjunto había estado principalmente orientada a sofocar lo erótico, pensabas que la mundana indecencia que venía tras ella era proporcional al exceso de decencia de la celebración eclesiástica; «pues fue algo indecente, ridículo y de mal gusto llevar a la mesa a estos *quasi* esposo y esposa, para luego enfrascarse en una unilateral reflexión, tan carente de verdad como

de belleza, acerca de si el decreto de la Iglesia es el que los convierte en esposos». Al parecer, tú preferirías una boda sin celebración. No tengo nada contra eso, pero debo informarte que entonces te proclamarían esposo de manera tan cabal como en el otro caso. Tal vez esa palabra te resulta más tolerable cuando no hay ningún otro que la oiga. Debo recordarte también que no se dice: «ante la comunidad toda», sino: «ante Dios y esta comunidad», expresión que no es un estorbo a causa de su limitación y que no carece de audacia.

Estoy dispuesto a admitir todo lo demás que tengas que decir a este respecto, aunque sea tan desatinado como de costumbre, con la condición de que no te refieras a otra cosa que a las relaciones sociales. Por lo que a éstas concierne, opino que cada uno puede tener su opinión y, aunque no aprobaré en modo alguno tu esquivez, la toleraré en la medida de lo posible. Es probable que nunca nos pongamos de acuerdo en esto. A mí me parece que lo importante es vivir en esas relaciones, extraer de ellas algo hermoso si es posible y, si no, someterse y acomodarse a ellas. No veo que las amonestaciones hechas desde el púlpito[121] constituyan algún peligro para el amor de nadie; tampoco creo que esas amonestaciones sean dañinas para los oyentes, como sugeriste aquella vez que, con eufórica crudeza, dijiste que habría que suprimir las amonestaciones porque muchos, en especial las damas, van a la iglesia con el solo fin de escucharlas, con lo cual el efecto del sermón se desvirtúa[122]. Tu miedo se funda en algo falso, como si todas esas insignificancias pudieran ser un estorbo para un amor sano y fuerte. No es en modo alguno mi intención salir a defender cada una de las aberraciones que abundan en este terreno. Si me aferro a la comunidad, no es para identificarla con el «respetable público» que, para recordar una aserción de Goethe, «tiene la insolencia de creer que uno hace todo lo que hace con el fin de darle algo de qué hablar»[123]. Otra cosa que observo, y que me permite aclarar tu gran miedo a todas esas complicidades y cumplidos, es tu temor
a perder el momento del erotismo. Sabes cómo hacer para que | tu 104
alma se mantenga apática y callada, como calla un ave de presa antes de abalanzarse; sabes que no se puede dominar el instante, pero que lo más bello reside en el instante; por eso, pese a la intranquilidad con que aguardas el instante, te mueves con mucho cuidado y evitas anticipar alguna cosa. Claro que, cuando un acontecimiento como ése se reserva para un momento determinado y conocido con mucha antelación, cuando los preparativos hacen que uno piense en él de manera constante, se corre el riesgo de «perder el punto». Eso muestra que no has captado la esencia del amor conyugal, que abrigas una herética superstición respecto del primer amor.

Meditemos ahora acerca de si la comunidad constituye realmente un asunto tan peligroso, al menos en el caso en que no se le permite asumir una forma tan horrorosa como la que instantáneamente asume en tu enfermiza mente. ¿Acaso tu vida no te ha llevado a establecer, no ya un mero contacto, sino un vínculo íntimo con algunos pocos hombres cuyo recuerdo no te atemoriza ni perturba tus ideales, cuyo nombre mencionas para ti mismo en voz alta cuando quieres darte ánimo en el bien, cuya presencia engrandece tu alma, cuya personalidad es para ti revelación de lo noble y de lo sublime? ¿Te molestaría acaso tener a alguien así por confidente? Es casi como si un hombre dijese en sentido religioso: deseo de todo corazón conservar mi asociación con Dios y con Cristo, pero no puedo tolerar que se me tome confesión delante de todos los santos ángeles[124]. La vida y sus circunstancias exteriores te han conducido, por otra parte, a establecer relaciones con gente a la que sólo en raras ocasiones se les han concedido alegrías, bellas y significativas interrupciones en el uniforme transcurso de la vida diaria. ¿No cuenta cada familia con varios conocidos así, y no es bello que estos hombres, casi abandonados a su soledad, encuentren refugio en la familia? Un casamiento sería para ellos un acontecimiento de importancia, una pequeña dosis de poesía en la vida cotidiana, algo que les alegraría con mucha anticipación y que recordarían mucho tiempo después. En una familia que visito, suelo ver a una mujer soltera, ya mayor, de la misma edad que la señora de la casa. Con toda nitidez, tal vez más nítidamente que la misma esposa, aquélla recuerda todavía el día de la boda, qué adornos llevaba la novia, cada pequeño detalle. ¿Despojarías a ese ser humano de una ocasión de alegría que tú mismo podrías brindarle? Recordemos las flaquezas del amor. Hay muchos
105 que se han casado | totalmente en secreto para que la alegría fuese
plena, y puede que el tiempo les haya deparado algo distinto, algo tan mísero, que uno estaría tentado a decir que tal vez todo habría sido mejor si se hubiese advertido la importancia de brindar esa alegría a muchos otros. Ya sabes que odio tanto como tú todas esas impertinencias de la familia, pero sé, por una parte, mantenerlas lejos de mi vida y, por otra, colocarme por encima de ellas; y tú, con tu aspereza, con tu tono polémico, con toda la artillería de la que dispones, ¿acaso no sabrías manejarlas? Por cierto que lo haces, y eso mismo te perturba. No es que yo quiera imponerte límites, pero, aun cuando eludas todo lo que te importuna, no olvides totalmente mi máxima, no te olvides, si te es posible, de realizar aquello que es más hermoso aún; recuerda que el arte, supuesto que pueda ejercerse, consiste en liberar a esa gente y no en defenderse de ellos. Podría

darte este consejo como quien propone un principio táctico, pues tú sabes muy bien que, cuanto más se aísla uno, tanto más inoportuna resulta toda esa gente ociosa y charlatana; tú, que tan a menudo has despertado su curiosidad con tus juegos para luego hacer que todo acabe en nada. Podría proponértelo como un principio táctico, pero no lo haré, pues respeto demasiado la verdad de lo que digo como para querer rebajarla así.

En toda génesis, particularmente cuando es sana, hay siempre un elemento polémico; también lo hay en todo vínculo conyugal, y bien sabes que aborrezco esa flojedad familiar, esa insípida *communio bonorum* [comunidad de bienes] que brinda al matrimonio el aspecto de que uno se ha casado con la familia entera. Si el amor conyugal es en verdad un primer amor, hay también en él algo oculto que no quiere ser expuesto a la contemplación, que no dedica su vida a obtener un puesto entre los familiares, que no encuentra su sustento en felicitaciones y cumplidos, ni en el culto divino que la familia puede llegar a rendirle. Eso lo sabes muy bien, y puedes seguir haciendo bromas respecto de esas cosas. En muchos aspectos puedo estar de acuerdo contigo, y creo que no sería dañino para ti ni para el bien de la discusión que me permitieras de vez en cuando, como un leñador experimentado y afectuoso, mostrarte cuáles son los árboles que conviene talar, pero también marcar una cruz en algunos otros sitios[125].

No me parece de ninguna manera que la disimulación pueda ser declarada condición absoluta para la preservación de lo estético en el matrimonio, en el sentido de que habría que postularlo, ir en su
busca, | tomarlo en vano, y hallar que el verdadero goce es sólo el 106
goce de la disimulación. Una de las ideas favoritas del primer amor es la de huir a una isla desierta. Esto ha sido suficientemente ridiculizado, y no voy a sumarme al salvajismo iconoclasta de nuestra época. El error consiste en que el primer amor cree que huir es la única manera de realizarse. Ese malentendido se funda en el carácter ahistórico del mismo. El arte está en permanecer en lo múltiple y, aun así, conservar el misterio. También aquí podría destacar, como principio táctico, que la disimulación cobra verdadera fuerza sólo cuando uno permanece junto a los demás, que su aguijón penetra más y más hondo precisamente en virtud de esa resistencia. No lo haré por la misma razón que antes y, además, porque sigo asignando a la relación con otros seres el valor de algo dotado de realidad. Pero para eso, justamente, se necesita arte, y el amor conyugal no escapa a esas dificultades, sino que se conserva y se conquista en ellas. Por lo demás, la vida conyugal tiene otras cosas en que pensar,

tantas, que no le queda tiempo para trabarse en una polémica sobre el particular.

La condición fundamental reza como sigue: la mayor franqueza, la mayor sinceridad, la mayor publicidad concebible; ése es el principio vital del amor, y aquí la disimulación es su muerte. No obstante, es más fácil decirlo que hacerlo, y se necesita coraje para ponerlo en práctica de manera consecuente; y al decir esto, como advertirás, me refiero a algo más que a la inconsistente verborrea que hace estragos en los prolijos matrimonios de familia. Desde luego, sólo puede hablarse de publicidad cuando se habla de disimulación, pero en la medida en que se habla de ésta, también aquélla se vuelve más difícil. Se necesita coraje para querer mostrarse tal como uno es en verdad; se necesita coraje para no querer eximirse de una pequeña humillación cuando bastaría con un poco de disimulo, para no querer procurarse un pequeño aumento de estatura cuando se lo puede lograr ensimismándose. Se necesita coraje para querer ser íntegro, totalmente honesto, y para querer sinceramente lo verdadero.

Comencemos, pues, con lo menos importante. A propósito de una pareja de recién casados que se había visto forzada a «circunscribir su amor a los estrechos límites de tres pequeñas habitaciones», emprendiste un breve viaje por el reino de la fantasía, pese a estar
107 éste tan cerca de tu lugar de residencia | que uno dudaría de poder llamarlo una excursión. Pusiste el mayor esmero y el más elevado gusto en ambientar un futuro tal como tú lo deseabas. Ya sabes que no dejo de prestarme a esos pequeños experimentos, que cuando un regio carruaje tirado por cuatro resollantes caballos pasa a mi lado, soy todavía, gracias a Dios, lo bastante niño como para imaginar que yo mismo voy sentado en él; que, al convencerme de que no es así, soy lo bastante inocente como para alegrarme de que otro lo haga; que soy lo bastante incorrupto como para no querer tenerlo todo y conformarme con un solo caballo, uno que sea tanto de tiro como de carrera, pues las circunstancias no me permiten otra cosa. Te imaginabas casado, dichosamente casado, habías hecho que tu amor saliera libre e ileso de todas las adversidades, y meditabas cómo ordenarías las cosas en tu casa de manera que tu amor conservara su aroma por tanto tiempo como fuese posible. Para ello necesitabas más de tres habitaciones. Te di la razón, ya que, siendo soltero, necesitas cinco. Te desagradaría encontrarte en la necesidad de ceder a tu esposa una de tus habitaciones; si es por eso, preferirías cederle cuatro y vivir tú mismo en la quinta antes que tener que compartir una. Habiendo considerado ya estos inconvenientes, continuaste: parto de las tres habitaciones mencionadas, pero no en sentido filosófico, ya que no

me propongo volver a ellas de nuevo, sino que, por el contrario, me voy tan lejos de ellas como sea posible. Era tal tu odio por esas tres pequeñas habitaciones que, no pudiendo contar con algunas más, habrías preferido vivir a la intemperie como un vagabundo, algo que al fin y al cabo era tan poético, que se habría necesitado toda una hilera de habitaciones para reemplazarlo. Quise hacerte recapacitar, recordándote que ésa era una de las habituales herejías del ahistórico primer amor, y que estaría dispuesto a recorrer junto a ti cada una de esas enormes, frías y altísimas salas de tu castillo de cristal, los semioscuros gabinetes secretos, los comedores, iluminados por un sinnúmero de candelabros, arañas y espejos hasta en los rincones más distantes, o la pequeña sala, con su puerta de dos hojas abierta a un balcón sobre el que brilla el sol de la mañana, y donde nos sorprende, impetuosa, la fragancia que las flores exhalan sólo para ti y para tu amor. Pero no seguiré acompañando tus audaces pasos cuando, cual cazador de ciervos, saltas de un extremo al otro. Sólo consideraré un poco más de cerca el principio subyacente a tus
planes. | Es obvio que tu principio era el sigilo, la mistificación, la 108
refinada coquetería, y no son sólo las paredes de tus cuartos las que deben estar engarzadas en cristal, sino que el mundo de tu conciencia debería también multiplicarse mediante reflexiones y refracciones semejantes; no sólo en la habitación, sino también en la conciencia te encontrarías con ella y contigo mismo, y contigo y con ella. «Pero ni siquiera toda la riqueza del mundo bastaría para hacerlo posible; lo que se necesita es espíritu, una sabia moderación en el manejo de las fuerzas del espíritu. De ahí que sea preciso ser lo bastante extraños uno respecto del otro para que la intimidad resulte interesante, y lo bastante íntimos para que la oposición de los extraños resulte estimulante. La vida conyugal no tiene que ser una bata que uno se pone para estar cómodo, pero tampoco un corsé que le impida a uno moverse; no ha de ser un trabajo que exija una fatigosa preparación, pero tampoco una comodidad licenciosa; debe llevar el sello de lo accidental, pero se debe poder barruntar también el arte; no es preciso quedarse ciego bordando día y noche el tapiz que habrá de cubrir el suelo de la gran sala, pero, por otra parte, el más insignificante de los regalos puede llevar una pequeña y secreta marca en el borde; no es preciso hacer decorar los pasteles con el nombre de uno cada vez que se comparte la merienda, pero no estaría de más que haya alguna telegráfica alusión. Lo importante es mantener tan alejado como sea posible el punto en el que se presiente la circularidad del movimiento, el punto en el que comienza la repetición, y, aun cuando no se lo pueda eludir del todo, lo importante es organizarse de tal

manera que la variación resulte posible. Si uno quiere agotar en el sermón del primer domingo el conjunto determinado de textos de los que se dispone, no sólo no le quedará nada para todo el resto del año, sino que ni siquiera le quedará nada para el primer domingo del año siguiente. Es preciso que cada uno sea hasta cierto punto, y por tan largo tiempo como pueda, un enigma para el otro, para entonces ir abriéndose poco a poco, y esto debe hacerse recurriendo a todas las circunstancias accidentales posibles, de manera que resulte lo bastante relativo como para que pueda vérselo otra vez desde muchos ángulos diferentes. Es preciso cuidarse de todo tipo de hartura y de todo mal resabio.» Tu vivirías en la planta baja de ese señorial castillo, y éste estaría situado en una bella comarca, aunque no lejos de la capital. Tu esposa, tu consorte, viviría en el ala izquierda del primer piso. Eso es algo que siempre has envidiado en los personajes de la realeza, que el hombre y la mujer habitaran por separado. Claro que, en esa clase de vida cortesana, lo estético volvía a quedar relegado
109 en función de un ceremonial | que pretendía sobreponerse al amor. Uno tenía que anunciarse, esperar unos instantes, y sólo entonces se le recibía. Eso no era bello en sí y para sí, sino que sólo adquiría su verdadera belleza cuando su juego formaba parte del juego de la divina pasión amorosa, cuando la validez que se le adjudicaba era tal que bien podía uno despojarlo de su validez. La misma pasión amorosa debía verse limitada de muchas maneras, pero cada limitación debía constituir también una voluptuosa incitación a sobrepasar los límites. Tú ocuparías, por tanto, la planta baja, en la que tendrías tu biblioteca, tu sala de billar, tu sala de audiencias, tu gabinete, tu dormitorio. Tu esposa ocuparía el primer piso. Allí estaría, además, vuestro *toral conjugale* [alcoba matrimonial], una gran habitación con dos gabinetes, uno a cada lado. Nada os debería hacer pensar, ni a ti ni a tu mujer, que estabais casados, y, sin embargo, todo sucedería de una manera desconocida para un soltero. Ni tú sabrías lo que hace tu mujer, ni ella cuáles son tus ocupaciones, pero no con el fin de permanecer de alguna manera inactivos o para olvidarse el uno del otro, sino para que cada roce estuviese lleno de significado, para eludir ese instante de muerte en el que os miraríais el uno al otro y veríais que os estabais aburriendo. No andaríais abrazados en procesión matrimonial; tú seguirías espiándola con juvenil enamoramiento desde tu ventana mientras ella se pasea por el parque, apuntando tus ojos en dirección a ella, sumergiéndote en la contemplación de su retrato cuando se sustrajera a tu mirada. Te deslizarías en su busca, e incluso ella descansaría a veces en tus brazos, pues siempre habría alguna belleza en aquello que se ha instalado entre los hombres como

expresión de un determinado sentimiento; la llevarías abrazada, haciendo justicia en parte a la belleza de esa costumbre, y en parte bromeando sobre el hecho de pasearse como lo haría un auténtico matrimonio. ¡Adónde llegaría yo, sin embargo, si siguiera el sagaz refinamiento de tu ingeniosa mente en esa asiática lujuria, que casi me ha hartado ya y me da ganas de volver a aquellas tres pequeñas habitaciones que tan orgulloso abandonaste!

Si hubiese, por lo demás, alguna belleza estética en el conjunto de esa visión, habría que buscarla, por un lado, en el pudor erótico al que aludiste, y, por otro, en el hecho de conquistar permanentemente a la amada en lugar de querer disponer de ella como de algo conquistado. Esto último es en sí y para sí verdadero y correcto, pero el problema no está en modo alguno planteado con seriedad erótica, y en este sentido tampoco está resuelto. Tú te aferraste en todo momento a lo inmediato | como tal, a una determinación de la natura- 110
leza, sin atreverte a dejar que se esclareciera en una conciencia común, pues a eso me refería cuando hablaba de sinceridad y de apertura. Temes que el amor llegue a su fin tan pronto como el enigma se termina; mi opinión, en cambio, es que aquél comienza sólo cuando éste termina. Temes que no se pueda llegar a saber cabalmente qué es lo que se ama, cuentas con lo inconmensurable como con un ingrediente de absoluta importancia; yo sostengo que sólo se ama de verdad cuando se sabe qué es lo que se ama. Por mucha que sea tu fortuna, a ésta sigue faltándole, sin embargo, una bendición, pues le faltan las adversidades; y así como te equivocas al pretender que tu teoría sea realmente instructiva para alguien, en esa misma medida es también una suerte que no sea verdad. Vayamos, pues, a las circunstancias reales de la vida. Si bien he subrayado que las adversidades son necesarias, no me parece que se te pueda atribuir en modo alguno haber identificado el matrimonio con una serie de adversidades. Pero, como se ha explicado más arriba, la resignación contenida en el voto implica que las adversidades son tenidas en cuenta, sin que éstas hayan asumido todavía una forma determinada o causen angustia; al contrario, ya se las ve vencidas en el voto. A esto se suma que las adversidades no son vistas de manera externa sino internamente, en su reflejo en el individuo, si bien ese reflejo pertenece a la historia compartida del amor conyugal. Incluso el sigilo, como hemos explicado antes, termina siendo algo contradictorio ya que no tiene nada que ocultar en su clandestinidad, y algo infantil, puesto que su único haber es una curiosidad amorosa. Sólo cuando el amor del individuo ha abierto de verdad su corazón, cuando ha hecho que éste se vuelva elocuente, en un sentido mucho más profundo del que suele aplicar-

se al amor (pues también el seductor puede tener elocuencia), cuando el individuo ha depositado todo en la conciencia común, sólo entonces el sigilo cobra fuerza, vida y significado. Pero para eso se necesita dar un paso decisivo, es decir, se necesita coraje, de lo contrario el amor conyugal se hunde en la nada; pues sólo de esa manera uno muestra que no se ama a sí mismo, sino que ama a otro. ¿Y de qué otra manera podría mostrarse esto, sino porque sólo se es para otro, y de qué manera se es sólo para otro, sino porque no se es para sí, mientras que el ser para sí es como la expresión más general del misterio que la vida individual contiene cuando permanece
111 en sí misma? El amor es entrega, | pero la entrega sólo es posible porque salgo de mí mismo; ¿cómo podría entonces conciliarse con el encubrimiento, que busca precisamente permanecer en sí? «Pero uno pierde algo al revelarse»; sí, por supuesto, siempre pierde aquel para quien el sigilo es una ganancia. Pero para ser consecuente deberías ir más lejos, no sólo deberías desaconsejar casarse sino todo acercamiento, y ver hasta qué punto tu sagaz cabeza puede hacer esto de manera telegráfica. La lectura más interesante es aquella en la que el lector mismo es en alguna medida productivo; el verdadero arte erótico consistiría en causar desde lejos una impresión que resultase altamente peligrosa para la mujer en cuestión, precisamente porque ésta crearía su objeto a partir de la nada, y luego amaría su creación; pero esto no es el amor, sino la coquetería de la seducción. El que ama, por el contrario, se ha perdido en el otro, pero perdiéndose y olvidándose de sí en el otro, se revela al otro, y, olvidándose de sí, es recordado en el otro. El que ama no querrá ser confundido con otro, sea éste mejor o peor, y aquel que no tiene esa deferencia para consigo mismo y para con su amada, no ama. Por eso el sigilo se funda, por lo general, en una pedantería que quiere añadir a su estatura un codo. El que no ha aprendido a despreciar tales cosas, jamás ha amado, pues de haberlo hecho advertiría que seguiría siendo demasiado bajo aunque añadiera diez codos a su estatura. Por lo general se cree que esa humildad del amor es propia de las comedias y de las novelas, o se la remite a las mentiras piadosas de los días de noviazgo. Pero no es así en absoluto; aquélla es un preceptor veraz, útil y constante toda vez que se quiera medir el amor según una cosa que no es el amor. Aun cuando la persona más modesta e insignificante del mundo amara a la más agraciada, esta última, si hubiese verdad en ella, sentiría que todos sus dones dejaban abierto un devorador abismo, y que el único modo de colmar la exigencia contenida en el amor del otro sería amar en retribución. No olvidemos nunca que no es posible operar con cantidades heterogéneas. El que

ha sentido esto de verdad, por consiguiente, ha amado, pero es seguro que nunca ha temido perder alguna cosa que no tenía valor alguno para él... en cuanto tal. Sólo aquel que se ha vuelto pobre en el mundo ha ganado una propiedad segura y verdadera; | sólo aquel 112
que ha perdido todo ha ganado todo[126]. Proclamo, por tanto, como Fénelon: «Creo en el amor, que todo lo quita y todo lo da»[127]. Y es en verdad un sentimiento hermoso, arrebatador, indescriptiblemente dichoso el de dejar que todo lo particular desaparezca así bajo los pies de uno, hacerlo palidecer y huir como figuras de bruma ante el poder infinito del amor; es una operación aritmética, tan bella en el momento infinito en el que ocurre de una sola vez, como en la sucesión en la que se la va despejando paso a paso mientras la mano avanza; sí, es el verdadero entusiasmo anonadante del amor verdadero, capaz de desear el mundo todo, no para sacar provecho de él, sino para que el amor se divierta dejándolo pasar como una broma. Y en verdad, si uno abre las puertas sólo a las cosas finitas, es igual de estúpido e igual de ridículo que a uno le amen por ser la mente más brillante, el mayor talento, el artista más genial de su época, o porque se ha dejado crecer en el mentón una barba en punta. Pero estas manifestaciones y estados de ánimo, naturalmente, corresponden por igual y de manera cabal al primer amor, y sólo en razón de las extrañas e inconstantes posturas que tú asumes me veo obligado a volver a tocar este punto. Puede que el primer amor desee con un *pathos* extraordinario, pero ese deseo se transforma con facilidad en un inconsistente «en caso de que», y no vivimos en un paraíso como para que el Señor ponga todo un mundo a la entera disposición de cada pareja. El amor conyugal está mejor avisado; sus movimientos no son hacia afuera sino hacia adentro, y así como advierte que tiene un vasto mundo por delante, advierte también que cada pequeña contención de sí mismo posee una conmensurabilidad totalmente distinta respecto de la infinitud del amor; aunque sienta dolor ante todo aquello que quizá deba afrontar, tiene también coraje para esa contienda, y llega a hacer frente a las paradojas con más audacia que tú, pues el hecho de que el pecado haya entrado en el mundo es casi una alegría para él; pero su audacia de enfrentar la paradoja aventaja a la tuya aun en otro sentido, ya que tiene también el coraje de resolver las paradojas. Pues aunque el amor conyugal, tanto como el primer amor, sabe que todos esos escollos son vencidos en el instante infinito del amor, sabe también, y esto es lo que tiene de histórico, que esa victoria debe conquistarse, y que esa victoria no es un mero juego sino también un combate, aunque también un juego, tanto como la batalla en el Valhalla era un combate a muerte y, aun así, un

113 juego | en el que los combatientes volvían a ponerse de pie, remozados por la muerte; y sabe también que esa lucha no es un duelo arbitrario, sino un combate auspiciado por la divinidad, y no siente que amar a más de uno sea un requerimiento, sino que es una bienaventuranza, y que amar más de una vez no es un requerimiento, sino una eternidad. ¿Y tú piensas que a ese amor exento de todo secreto se le escapa algo bello? ¿Que no podría resistirse al tiempo, que el trato diario debería por necesidad entorpecerlo? ¿O que muy pronto lo sorprendería el aburrimiento, como si la vida matrimonial no poseyese un contenido eterno del que uno jamás se aburre, un contenido eterno que tanto en las buenas como en las malas, tanto en la angustia como en la agitación, conquista y no cesa de conquistar? «Pero debe renunciar a todas esas hermosas pequeñas sorpresas.» No veo en absoluto que eso sea necesario; no me parece en modo alguno que el amor conyugal deba estar siempre con la boca abierta o hablar incluso durante el sueño; por el contrario, esas pequeñas sorpresas cobran sentido precisamente cuando se cuenta con una total franqueza. Pues ésta proporciona la tranquilidad y la confianza que convienen a tales entremeses. Si alguien cree, en cambio, que la esencia del amor y la verdadera beatitud consisten en una colección de pequeñas sorpresas, que hay alguna belleza en el miserable y refinado reblandecimiento, en la inquietud de estar en todo momento preparado para recibir o idear una pequeña sorpresa, me permitiré decirle que eso carece de toda belleza, y que es sumamente preocupante que un matrimonio no pueda exhibir otros trofeos que un armario repleto de bombones, frascos de perfume, vasos, pantuflas bordadas, joyas, etcétera.

Claro que no es poco frecuente encontrarse con matrimonios que han aplicado el sistema de la disimulación. Jamás he visto que uno de ellos sea dichoso. Sin embargo, y por si acaso fuera esto un puro accidente, me remitiré a aquello que por lo general lo motiva. Esto me parece importante, puesto que un matrimonio estéticamente bello es siempre un matrimonio dichoso. Si fuese posible construir un matrimonio dichoso sobre aquella base, habría que modificar mi teoría. Sin dejar de lado ninguna forma de manifestación y describiendo cada una con la mayor justicia posible, me detendré especialmente en una de ellas, una que vi realizada en un hogar, llevada a cabo con un virtuosismo verdaderamente convincente.

114 | El sistema de la disimulación, y en esto estarás de acuerdo conmigo, procede por lo general del hombre; pese a que se trata siempre de un error, esto es más tolerable que el intolerable caso en que la mujer detenta dicho *dominium*. En su forma más perversa,

desde luego, es un puro despotismo en el que la mujer es una esclava, una criada para los asuntos internos. Esos matrimonios nunca son dichosos, por más que con los años alcancen un letargo que los hace aceptables. Esta forma es más bella cuando llega al extremo de una solicitud intempestiva. Se dice que la mujer es débil, que no puede cargar con penas y preocupaciones, que en el amor hay que considerar a quienes son débiles y frágiles. ¡Falso! ¡Falso! La mujer es tan fuerte como el hombre, tal vez más fuerte. ¿Acaso muestras consideración por ella en el amor al humillarla de ese modo? ¿Quién te ha dado derecho a humillarla? ¿O es que tu alma está lo suficientemente obcecada como para considerar que eres un ser más perfecto que ella? Confíaselo todo a ella. Si ella es débil y no puede cargar con ello, bien puede entonces apoyarse en ti, que eres lo bastante fuerte. Si ves que no puedes tolerarlo, es que no tienes la fuerza suficiente. Y entonces eres tú el que carece de fuerza, y no ella. Acaso ella tenga más fuerza que tú, acaso podría avergonzarte, ya ves que te faltan fuerzas para cargar con esto. ¿O no has jurado que compartirías con ella lo bueno y lo malo? ¿No la desfavoreces al no encomendarle lo malo? ¿No vulneras de ese modo lo mejor de su nobleza? Tal vez sea débil, tal vez su pena haga que todo resulte más pesado; *eh bien*, comparte entonces con ella ese mal. Claro que eso la salvaría, ¿o tienes tú el derecho de negarle el paso hacia la salvación, el derecho de intentar hacerla vagar por el mundo? ¿Y de dónde has sacado tú la fuerza? ¿No está ella tan próxima a Dios como tú? ¿Vas a quitarle la oportunidad de encontrar a Dios de la manera más profunda e íntima: a través del dolor y del sufrimiento? ¿Y estás seguro de que ella no presiente tu disimulo? ¿Estás seguro de que no se aflige y suspira en silencio, de que no hay una herida en su alma? Tal vez su debilidad sea humildad; tal vez crea que su deber es soportar todo esto. Es cierto que de ese modo tú mismo serías una ocasión para desarrollar en ella una fuerza, pero no es eso lo que tú deseabas ni lo que prometiste. ¿O acaso la tratas, para decirlo de manera contundente, como a una concubina? Pues el hecho de que no tengas varias esposas no soluciona nada. ¿Y no es doblemente humillante para ella advertir que la amas, | no en razón de ser tú un tirano orgulloso, 115
sino por ser ella una criatura frágil?

En una época frecuentaba yo una casa en la que tuve oportunidad de observar una aplicación más artística y refinada del sistema del mutismo. Era un hombre joven, de dotes poco comunes, una mente admirable, un poeta nato, demasiado indolente como para disponerse a producir, pero dotado, eso sí, de un tacto y un sentido extraordinarios para transformar la vida diaria en algo poético. Su

mujer era joven y no carecía de espíritu, pero su carácter era poco común. Eso lo excitaba. Resultaba del todo asombroso ver cómo él sabía siempre despertar y alimentar en ella todo el fervor de la juventud. La entera existencia de la esposa, la vida en común de los cónyuges estaba impregnada de una magia poética. Los ojos del esposo estaban presentes en todas partes, y desaparecían cuando ella miraba en torno suyo; sus manos estaban en todas partes, pero de manera tan impropia y, en sentido finito, de manera tan irreal como el dedo de Dios interviene en la historia. Dondequiera que se dirigiese el pensamiento de la esposa, él ya estaba allí, lo tenía todo listo, sabía, como Potemkin, mistificar el entorno para deleitarla con una pequeña sorpresa[128]. Su vida hogareña era como un breve relato de la creación, y así como en la gran creación todo culmina en el hombre, así también era ella el centro de un encantamiento en el que, sin embargo, gozaba de toda su libertad; el orbe se inclinaba ante ella, y no había frontera alguna respecto de la cual se dijese «hasta aquí, y no más allá»[129]; por mucho que avanzara, dondequiera que fuese, el orbe cedía, pero seguía estando allí. Era como ser llevada en una cesta, sólo que la misma no estaba hecha de mimbre sino del entrelazado de sus expectativas, de sus sueños, de sus ansias, de sus deseos, de sus miedos, hecha, en suma, del contenido completo de su alma. Él mismo se movía con bastante seguridad en ese mundo de ensueño, no renunciaba en modo alguno a su dignidad, sostenía y enarbolaba su autoridad de hombre y de amo. La habría perturbado que no lo hiciera, tal vez habría despertado en ella una temerosa sospecha que la guiaría hacia la dilucidación del misterio. No sólo al mundo, sino que tampoco a ella le parecía que él estuviese tan atento; pero él estaba convencido de no haber causado en ella otras impresiones que las que él mismo quería transmitirle, aunque sabía que estaba en su poder romper el hechizo con una sola palabra.
116 Todo lo que pudiera resultarle desagradable | era eliminado; en caso de que hubiera algo de esa índole, ella recibía bajo la forma de una sincera notificación, después de haber sondeado su opinión o de habérselo planteado con franqueza, una presentación que él mismo volvía a formular con mayor o menor fuerza una vez evaluada la impresión causada. Él era orgulloso, terriblemente consecuente; la amaba, pero no podía renunciar a la orgullosa idea de llegar a decirse a sí mismo, en el más hondo silencio de la noche, o en un instante situado fuera del tiempo: ella me lo debe todo a mí. — Por más imperfecta que haya sido la descripción que he dado, ¿no es cierto que la escuchaste con interés, y ello porque evoca en tu alma una imagen con la que simpatizas, y que querrías tal vez

poder realizar un día si llegas a casarte? En efecto, ese matrimonio era un matrimonio dichoso, si así lo quieres, pero por encima de esa dicha flotaba un oscuro designio. Supuesto que él cometiese un error y ella presintiese de repente alguna cosa, no creo que pudiese perdonárselo jamás, pues había demasiado orgullo en su orgullosa alma como para aceptar que le dijeran que lo había hecho por amor hacia ella. Hay una antigua expresión que quiero recordar aquí, aplicada a la relación entre los esposos. (Para mí, en todo caso, es siempre un gusto colaborar con la revolución o, mejor dicho, con la guerra santa mediante la cual la simple y sencilla, pero también rica y verdadera expresión del matrimonio legítimo aspira a conquistar el reino que las novelas le han usurpado.) Se dice que los esposos deberían vivir en buen entendimiento el uno con el otro. Lo más frecuente es oír la expresión negativa según la cual una pareja no vive en buen entendimiento, y por lo general se interpreta en el sentido de que no pueden hablarse, de que se golpean y se muerden, etc. Tomemos entonces la expresión positiva. Cualquiera diría que los esposos descritos viven en buen entendimiento; tal vez tú no lo dirías, ¿pues cómo podrían vivir en buen entendimiento cuando no se entienden el uno al otro?, ¿no es propio del entendimiento que cada uno sepa cuán solícito y cariñoso es el otro para con uno? Por más que no le privara de ninguna otra cosa, le habría privado de la oportunidad de dar gracias de ese modo, que era lo único en lo que su alma habría hallado reposo. Vivir en buen entendimiento, ¿no es ésa una preciosa, bella y simple expresión? Presupone que cada uno entiende al otro de manera clara y distinta (ya ves que los términos del matrimonio saben muy bien lo que dicen, y no entran en conflicto con aquello que correctamente se suele recomendar), y
lo presuponen como algo obvio; así lo | muestra el hecho de que se 117
le coloque un adjetivo particularmente enfático, pues de otro modo habría bastado con decir que se debe vivir en el entendimiento. «Buen entendimiento», ¿qué quiere decir esto, sino que aquéllos hallarían en ese entendimiento su alegría, su paz, su reposo y su vida?

Como ves, el sistema de la disimulación no conduce en modo alguno a un matrimonio dichoso y, por tanto, tampoco a uno estéticamente bello. No, amigo mío, sino que la sinceridad, la franqueza, la revelación, el entendimiento son el principio vital del matrimonio, sin el cual éste carece de belleza y es propiamente inmoral, puesto que de esa manera se separa lo que el amor une, lo sensual y lo espiritual. Sólo cuando el ser con el que vivo en el más tierno vínculo de la vida terrena me es igualmente próximo en sentido espiritual, sólo entonces mi matrimonio es moral y, por tanto, también estéticamente bello. Y

vosotros, hombres orgullosos que acaso os regodeáis secretamente en ese victorioso triunfo sobre la mujer, olvidáis que ése, por una parte, es un mal triunfo, puesto que es triunfar sobre el más débil, y que el hombre se honra a sí mismo en su esposa, y el que no lo hace se desprecia a sí mismo.

Así, pues, el entendimiento es el principio vital del matrimonio. A menudo se oye hablar a gente experimentada acerca de los casos en que sería preciso disuadir a alguien que va a casarse. Deja que analicen a fondo las circunstancias y que rumien todo lo que quieran; por lo general, lo que dicen no es demasiado importante. Por lo que a mí concierne, mencionaré un solo caso, a saber, aquel en el que la vida individual es tan intrincada que no puede revelarse. Si tu desarrollo histórico interior es portador de algo indecible, si la vida te ha hecho cómplice de cosas secretas, en suma, si de un modo u otro hay un secreto que te atraganta y que no puedes despedir sin que ello te cueste la vida, entonces no te cases nunca. O bien te sentirías atado a un ser que no tiene la menor idea de lo que te pasa, y tu matrimonio termina siendo un mal casamiento carente de belleza; o bien te vinculas a un ser que con temerosa angustia lo advierte a cada instante y ve esas sombras en la pared. Tal vez ella resuelva no interrogarte jamás, no acercársete nunca demasiado, renunciar a la angustiosa curiosidad que la corroe; pero nunca llegará a ser dichosa, y tampoco tú. No sé si esos secretos existen, no sé si hay verdad en el ensimismamiento que ni siquiera el amor puede violentar; tan sólo aplico mi principio y, por lo que a mí concierne, no tengo ningún
118 secreto para mi | esposa. Cabría creer que a un hombre como ése, que además de todas sus otras vivencias también tiene que ocuparse a diario de su doloroso secreto, no se le ocurriría jamás casarse. Sin embargo sucede muy a menudo, y ese hombre constituye tal vez el mayor de los peligros que pueden tentar a una mujer.

Pero aquí me he referido a la disimulación y al entendimiento como dos facetas del mismo asunto, y a este asunto como el asunto principal del matrimonio, la condición absoluta para preservar lo que hay de estético en el matrimonio; en este sentido puedo llegar a temer una objeción de tu parte, a saber, que parezco olvidar «aquello a lo cual me aferro, por lo demás, tanto como al estribillo de una copla»: el carácter histórico del matrimonio. Tú, sin embargo, tienes la esperanza de desafiar al tiempo valiéndote de tu disimulo y de tu relativa y astutamente calculada comunicación; «pero basta sólo con que los esposos comiencen a contarse sus historias, sean éstas breves o extensas, para que de repente llegue el momento en el que se dice: y colorín, colorado, este cuento se ha acabado». No te das cuenta, mi

joven amigo, de que si puedes plantear tal objeción es porque tu posición es incorrecta. Tu disimulo hace que haya en ti una determinación temporal, y lo que importa, efectivamente, es desafiar al tiempo; la revelación, en cambio, hace que el amor contenga una determinación de la eternidad, y eso imposibilita toda concurrencia. Pues no sería más que un caprichoso malentendido concebir esa revelación en el sentido de que a los esposos les llevaría unos pocos días relatar el curso de sus vidas, tras lo cual vendría un silencio de muerte, interrumpido una sola vez por la tan conocida historia del «molino del que se habla en cierto cuento, a saber, que mientras todo esto sucedía el molino hacía clip-clap, clip-clap»[130]. El carácter histórico del matrimonio hace justamente que el entendimiento, así como se da de una sola vez, esté siempre generándose. Es lo mismo que sucede con la vida individual. Que uno haya llegado a tener las cosas en claro respecto de sí mismo, que haya tenido el coraje de querer verse a sí mismo, no implica en modo alguno que la historia se haya acabado, pues allí es donde comienza, y cobra verdadero sentido sólo cuando cada momento vivido es remitido a esa visión de conjunto. Así también en el matrimonio. La inmediatez del primer amor sucumbe a esa revelación, pero no se pierde, sino que se la asume en el saber compartido del matrimonio;
de esa manera comienza la historia, y ese saber compartido | acoge 119
lo particular, y en ello reside su *bienaventuranza*, expresión en la que está contenido, a su vez, el carácter histórico del matrimonio, y que corresponde a la alegría de vivir o, como dicen los alemanes, la *Heiterkeit* [jovialidad] del primer amor.

Lo propio del amor conyugal, por tanto, consiste esencialmente en hacerse histórico; cuando la posición de los individuos es la correcta, el precepto que dice que «con el sudor de su frente comerán su pan»[131] no es el anuncio de una tempestad, y el coraje y la fuerza que lo anima es el equivalente al fabuloso ímpetu del amor caballeresco en pos de fabulosas hazañas, y es lo que éste tiene de verdadero. Así como el caballero no siente temor alguno, tampoco lo siente el amor conyugal, si bien los enemigos contra los que ha de luchar son a menudo mucho más peligrosos. Se abre aquí un vasto campo de consideraciones que de todos modos no pienso abordar; pero así como el caballero tiene derecho a decir que aquel que no desafía al mundo entero para liberar a su amada no conoce el amor caballeresco, así también el esposo tiene derecho a decirlo. Lo único que debo recordar, como siempre, es que cualquiera de las victorias obtenidas por el amor conyugal es estéticamente más bella que las que obtiene el caballero, pues al obtener esa victoria obtiene también en ella la glorificación de su amor. No le teme a nada, ni siquiera a las pequeñas claudicaciones, no le teme

a los pequeños amoríos, sino que, por el contrario, éstos no hacen más que nutrir la divina salubridad del amor conyugal. Si incluso Otilia, en las *Wahlverwandtschaften* de Goethe, se ve privada de la seriedad del amor conyugal como de una tierna posibilidad, ¿acaso no dispondría de mucha más fuerza para ello un matrimonio hondamente arraigado en lo ético y en lo religioso? En efecto, las *Wahlverwandtschaften* de Goethe muestran adónde conduce la disimulación. Ese amor no habría cobrado vigor si no se le hubiese permitido crecer en secreto. Si él hubiese tenido el coraje de revelarse ante su esposa, se lo habría evitado, y la historia en su conjunto habría resultado ser un *divertissement* en el drama del matrimonio. La fatalidad está en que Eduardo y su mujer se hayan enamorado los dos al mismo tiempo; pero esto, a su vez, es por culpa del silencio[132]. El esposo que tiene el coraje de confiarle a su esposa que ama a otra, ése se salva, y así también la esposa. Si no lo tiene, en cambio, pierde la confianza en sí mismo, y lo que busca es el olvido en el amor de otra; y lo que hace, seguramente, que el hombre se derrumbe, es a menudo tanto
120 el dolor de no haberse resistido a tiempo como el verdadero | amor hacia la otra. Siente que se ha perdido a sí mismo, y basta que eso suceda para que sólo el opio pueda calmarlo.

Me referiré, pues, de manera general a las dificultades que el amor conyugal debe afrontar, a fin de mostrar que no tienen tanta importancia como para que el amor conyugal pueda temer que impidan la preservación de lo estético. Los reparos pueden provenir de una mala interpretación de la significación estética de lo histórico, o del hecho de que, por lo general, la gente encuentra en lo romántico sólo el ideal clásico, sin añadirle el ideal romántico. En muchos otros casos, los reparos se fundan en que para uno es siempre agradable imaginarse el primer amor danzando entre rosas, dándose a la vez el gusto de hacer que el amor conyugal encuentre todo tipo de trabas y se enfrente a los obstáculos más miserables y deprimentes. A esto se suma la subrepticia creencia en el carácter infranqueable de esos obstáculos, de manera que el matrimonio se termina enseguida. Tratándose de ti, hay que ser siempre un poco cuidadoso. No estoy hablando de ningún matrimonio en particular, por eso puedo presentarlo como quiero; pero el hecho de que yo no quiera incurrir en alguna arbitrariedad no significa que tú renuncies a ese deseo. Si se plantea, por ejemplo, la pobreza como una dificultad que el matrimonio debe afrontar, mi respuesta es: trabaja, y todo saldrá bien. Ya que estamos moviéndonos en un universo poético, tal vez te gustaría dar curso a tu licencia poética y responder: «No pudieron conseguir trabajo, la crisis del comercio y de la navegación ha hecho que muchos hombres no pue-

dan ganarse el pan»[133]. O bien les permites conseguir algún trabajo, pero éste no es suficiente. Mi opinión es que podrían sobreponerse a ello ahorrando con prudencia; pero entonces tú inventarías que los precios del cereal son tan altos a causa de esta alarmante situación, que es completamente imposible salir del paso recurriendo a aquello que en otras circunstancias habría bastado para sobrevivir. Te conozco demasiado bien. Tu gran alegría consiste en producir poéticamente el argumento opuesto, y luego, una vez que te has divertido lo suficiente a costa de ello, hacer que alguna que otra expresión conduzca a tu interlocutor o a otro de los presentes a una ociosa charla que nada tiene que ver con aquello de lo que se hablaba al principio. Tu deseo es hacer que un capricho poético se transforme de repente en una
especie de realidad, y entonces explayarte al respecto. | Si hubieses 121
hablado de la manera aquí descrita con alguien que no fuese yo (pues a mí, por lo general, me dispensas de estas cosas), probablemente habrías añadido a propósito del elevado precio del cereal: «Era una época tan cara, que una libra de pan costaba ocho chelines». Si por fortuna hubiese habido allí alguno que contestara que eso era muy poco creíble, le habrías informado que «bajo el reinado de Olaf el Hambriento, una libra de pan, e incluso de pan seco, costaba ocho chelines y medio de la antigua moneda danesa[134], y teniendo en cuenta que en esa época la gente tenía mucho menos dinero, es fácil advertir...», etc., etc. Lograr que tu interlocutor entrara en el juego te habría enloquecido de alegría. Quien hubiera dado comienzo originalmente a la conversación intentaría en vano hacerte entrar en razón; ya todo sería una confusión, y habrías causado la desdicha de una pareja de esposos en el mundo de la poesía.

Por eso es tan difícil ponerse a hablar contigo. Intentar describir en términos novelescos un matrimonio que hubiese peleado el buen combate[135] sería, seguramente, entrar en un terreno resbaladizo, pues tú responderías con toda tranquilidad: sí, eso es pura poesía, y en el mundo de la poesía es fácil dejar a todo el mundo contento, que es lo menos que uno puede hacer. Si te cogiera del brazo para llevarte de paseo por la vida y señalarte un matrimonio que hubiese hallado la senda correcta, me responderías, en caso de que estuvieses de humor: «Sí, está bien, es posible mostrar la tentación en lo externo, pero no en lo interno, y presumo que la tentación no ha tenido para ellos una fuerza interna, de otro modo esto no hubiese perdurado». Como si el verdadero sentido de la tentación consistiese en que la gente deba sucumbir a ella. Pero con esto es suficiente. Basta con que se te ocurra encomendarte al demonio de ese capricho para que el asunto no tenga fin, y así como asumes en tu conciencia todo cuanto

haces, así también asumes el capricho y te deleitas en hacer que todo se tambalee.

En términos muy generales, puedo clasificar dichos obstáculos en externos e internos, teniendo siempre en cuenta lo que esa clasificación tiene de relativo cuando se trata del matrimonio, en el que precisamente todo es interior. Primero, pues, los obstáculos externos. No tomo en consideración aquí, ni temo mencionarlas, todas esas desoladoras, humillantes y fastidiosas aflicciones finitas, en suma,
122 todo lo que constituye | el *weinerliches Drama* [drama sentimental]. Tú y los que se te parecen sois, en cualquier caso, extremadamente arbitrarios. Cuando una pieza teatral de esa índole os obliga a emprender una de esas caminatas por los huecos de la desdicha[136], decís que es antiestético, lastimoso y aburrido; y tenéis razón, pero ¿por qué?, porque os indigna que lo noble y lo sublime termine sucumbiendo a ello. De regreso al mundo real, en cambio, os encontráis con una familia que ha atravesado sólo la mitad de las adversidades ideadas por un dramaturgo verdugo, capaz de gozar del dolor ajeno de una manera reservada a los tiranos, y entonces pensáis: ¡adiós a toda belleza estética! Claro que sois compasivos y estáis dispuestos a colaborar, ya que no en otra cosa, en la erradicación de esos oscuros pensamientos; pero habéis renunciado hace mucho a toda esperanza en nombre de la desdichada familia. Pero si esas cosas ocurren de verdad en la vida, entonces el poeta tiene derecho a presentarlas y tiene razón en presentarlas. Cuando estáis en el teatro, ebrios de placer estético, tenéis el atrevimiento de exigir que el poeta haga que lo estético triunfe sobre toda mezquindad. Ése es el único consuelo que queda, y lo más necio de todo esto es que ese consuelo lo recogéis vosotros, a quienes la vida no ha dado la oportunidad de probar sus fuerzas. Sois tan pobres y desdichados como el héroe o la heroína de la pieza, pero tenéis también un *pathos*, un coraje, un *os rotundum* [labia rotunda][137] de desbordante elocuencia, un brazo poderoso; os lleváis la victoria; aplaudís al actor y sois el actor, y el aplauso de la sala os corresponde a vosotros, pues sois el héroe y el actor. Sois héroes en los sueños, en el nebuloso reino de la estética. El teatro me preocupa relativamente muy poco, así que, si es por mí, os podéis burlar todo lo que queráis; que los héroes del teatro perezcan o triunfen, que se los trague el suelo o desaparezcan en lo alto, es algo que me tiene sin cuidado; pero si es cierto, según vuestras enseñanzas y disertaciones, que hay adversidades mucho peores, capaces de avasallar a un hombre hasta el punto de hacerle bajar la cabeza y olvidar que también él ha sido creado a imagen de Dios, vuestro justo castigo sería, Dios mediante, que los dramaturgos no

produjesen otra cosa que dramas sentimentales, llenos de angustia y de horror, y que éstos no os permitieran hacer reposar vuestra necedad en las butacas de un teatro, o que os perfuméis con tan extraordinario ímpetu, y que os horrorizara hasta que aprendierais a creer en su realidad tanto como creéis en la poesía. En mi matrimonio
no he vivido muchas de esas adversidades, lo admito, | de manera 123
que no puedo hablar por propia experiencia; pero estoy convencido de que nada puede lograr destruir lo que hay de estético en un hombre, y esta convicción es tan fuerte, tan bienaventurada, tan íntima, que se la agradezco a Dios como un don celestial. Y así como en las Santas Escrituras leemos acerca de muchos dones celestiales, yo incluiría también entre ellos la desenvoltura, la confianza, la fe en la realidad y en la eterna necesidad con la que triunfa lo bello, así como en la bienaventuranza propia de la libertad que el individuo tiene al colaborar con Dios. Esa convicción es parte de mis dotes espirituales, y no permito, de manera necia y voluptuosa, que sea el afrodisíaco artístico del teatro el que me la transmita. Lo único que puedo hacer es agradecer a Dios esa firmeza de mi alma, pero de ese modo espero también haber librado a mi alma de tomarla en vano. Ya sabes que odio todo lo que sea experimentación; no obstante, también es cierto que un hombre puede haber vivido en el pensamiento muchas cosas que jamás llega a vivir en la realidad. Hay a veces instantes de abatimiento que, a menos que uno mismo los provoque para ejercitarse voluntariamente en ellos, constituyen una lucha, la más seria de las luchas, y puede que en esa lucha se logre una seguridad muy significativa, aunque carezca de la realidad verdaderamente lograda en sentido eminente. Hay casos en la vida en los que un hombre está tan confundido que no puede distinguir el mundo de la poesía y el mundo real, sino que contempla este último *sub specie poieseos* [desde un punto de vista poético], pero ese mismo hecho es en él un signo de algo grande y de algo bueno. Lutero dice en algún pasaje de sus sermones, refiriéndose a la indigencia y a la necesidad: nunca se ha oído que un cristiano haya muerto de hambre[138]. De esa manera Lutero da por cerrado el asunto, y opina, seguramente con razón, que ha hablado acerca de ello con mucha unción y para verdadera edificación.

En la medida en que el matrimonio tenga que habérselas con esas tribulaciones externas, de lo que se trata, naturalmente, es de transformarlas en internas. Digo «naturalmente», y hablo de todo este asunto con bastante desenvoltura, pero esto te lo escribo sólo a ti, y tú y yo tenemos casi el mismo grado de experiencia en este tipo de adversidades. De lo que se trata, por tanto, cuando se quiere

preservar lo estético, es de convertir la tribulación externa en una interna. ¿O te molesta que siga usando el término «estético»? ¿O
124 piensas tú que es casi una especie de niñería de mi parte | tratar de
encontrar lo estético entre los pobres y los que sufren? ¿O te has rebajado tú mismo a la flagrante división que adjudica lo estético a los distinguidos, los poderosos, los ricos y bien educados, y a los pobres, como mucho, lo religioso? Pues bien, no me parece que esa división perjudique a los pobres. ¿O no ves que los pobres tienen también lo estético tan pronto como tienen lo religioso, y que los ricos no tienen lo estético si no tienen lo religioso? Por lo demás, he mencionado aquí solamente el caso extremo, y no es poco frecuente que aquellos que uno no cuenta entre los pobres tengan que afrontar preocupaciones económicas. Además, hay otras preocupaciones terrenales que son comunes a todas las castas, como, por ejemplo, la enfermedad. Estoy convencido, sin embargo, de que aquel que tiene el coraje de transformar la tribulación externa en una tribulación interna ha hecho ya tanto como vencerla; incluso en el instante del sufrimiento, la fe hará que se produzca una transustanciación. El esposo que tiene la suficiente memoria de su amor, y el suficiente coraje en momentos de necesidad como para decir que la cuestión más importante no es «de dónde sacaré dinero, y a qué porcentaje, sino que lo más importante es mi amor, y haber mantenido un pacto de amor puro y fiel con aquella a la que estoy unido»; aquel que no necesita debatir demasiado consigo mismo para forzarse a hacerlo; aquel que emprende ese movimiento, ya sea con la juvenil lozanía de su primer amor o con la seguridad conquistada en la experiencia, ése es el que ha vencido, el que ha preservado lo estético en su matrimonio, por más que no haya tenido ni siquiera tres pequeñas habitaciones en las cuales vivir. Hay algo que de ninguna manera puede negarse, algo que tu astuta cabeza olfateará en seguida, y es que el hecho de transformar así la tribulación externa en una tribulación interna puede llegar a hacerla incluso más gravosa; pero los dioses no dan las cosas importantes a cambio de nada, y en ello reside justamente lo que hay de instructivo y de idealizante en el matrimonio. Cuando se está solo en el mundo, suele decirse, todas esas cosas son más fáciles de sobrellevar. En alguna medida es cierto; pero esa manera de hablar suele ocultar una gran falsedad; en efecto, ¿cuál es el motivo de que se pueda sobrellevar más fácilmente? ¿Es porque es más fácil arriesgarse a ello, porque uno puede llevar heridas en su alma sin que nada suceda, porque puede olvidar a Dios, apagar los gritos del dolor con los truenos de la desesperación, atiborrarse de sí mismo, deleitarse casi en vivir como un fantasma entre los hombres? Es cierto

que cada uno debería cuidarse a sí mismo, incluso cuando está solo, pero solamente aquel que ama puede tener una idea acertada de lo
que él es | y de sus logros, y sólo el matrimonio brinda una fidelidad 125
histórica que es tan bella como la caballeresca. Un esposo nunca puede comportarse así; y si el mundo se le opone demasiado, aun cuando por un instante se olvide de sí mismo, o comience a sentirse aligerado cuando la desesperación quiere ponerlo a flote, o se sienta fuerte tras haber saboreado el narcótico que le brindan la pertinacia y la timidez, la cobardía y el orgullo, o libre, cuando el lazo que le ata a la verdad y a la justicia parece aflojarse, y él mismo experimenta lo rápido que es el pasaje del bien al mal — entonces no tardará en retornar a la antigua senda y, en tanto que esposo, mostrará que es un hombre de verdad.

Esto debe bastar por lo que concierne a las tribulaciones externas. En esto quiero ser breve, pues siento que no tengo una profunda autoridad para hablar al respecto, y puesto que el modo propio de hacerlo habría sido el de una intervención más detallada. Pero ésta es mi conclusión: si es posible conservar el amor —y lo es, con ayuda de Dios— entonces lo estético puede conservarse también, pues el amor mismo es lo estético.

Las otras objeciones provienen más que nada de un malentendido acerca del significado del tiempo y la validez estética de lo histórico. Éstas afectan a todos los matrimonios, y por eso puede hablarse de ellas de manera totalmente general. Eso es lo que haré ahora, tratando de no perder de vista en esa generalidad lo que hay que atacar y lo que hay que defender.

Lo primero que tú mencionas es «la costumbre, la imprescindible costumbre, esa terrible monotonía, esa sempiterna uniformidad y angustiosa quietud de la vida conyugal. Yo amo la naturaleza, pero odio la segunda naturaleza»[139]. Sabes cómo describir los tiempos de felicidad, debo admitirlo, con atractiva calidez y nostalgia cuando aún se los vive, sabes retratar con angustia y consternación los tiempos que han pasado, sabes cómo retocar la uniformidad del matrimonio hasta volverla ridícula y repugnante, algo que ni siquiera la naturaleza podría igualar; «pues en ésta, como ya ha mostrado Leibniz, no hay nada que sea idéntico; esa uniformidad es patrimonio de las criaturas racionales, ya sea como fruto de su letargo o de su pedantería»[140]. De ninguna manera se me ocurriría negar cuán bello, cuán eternamente inolvidable (presta atención al sentido con el que digo esto) es el tiempo en el que el individuo, en el universo de la pasión amorosa,
| es sorprendido y beatificado por aquel antiquísimo hallazgo del 126
que ha oído y leído con frecuencia, pero del que sólo ahora puede

apropiarse con toda la excitación de lo imprevisto y toda la hondura de la interioridad; es un tiempo bello, y lo es ya desde el primer atisbo del amor, desde el primer vistazo, la primera pérdida del objeto amado, los primeros acordes de esa voz, la primera mirada, el primer apretón de manos, el primer beso, hasta la primera confirmación de su posesión; bello es el tiempo de la primera inquietud, del primer anhelo, de la primera pena cuando ella no llega, de la primera alegría cuando llega de improviso, pero eso no implica en modo alguno que lo que viene después no sea igualmente hermoso. Inténtalo tú mismo, tú, que te jactas de tus tan caballerosos pensamientos. Cuando dices que el primer beso es el más hermoso, el más dulce, agravias a tu amada, pues lo que da a ese beso su valor absoluto es el tiempo y su determinación.

Sin embargo, para no contrariar el argumento que estoy defendiendo es preciso que me prestes primero un poco de atención. A menos que quieras proceder de una manera totalmente arbitraria, debes atacar el primer amor del mismo modo que atacas el matrimonio. Para que pueda subsistir en la vida, aquél debe ser expuesto a las mismas fatalidades, sin contar en modo alguno con los medios para enfrentarlas que el amor conyugal encuentra en lo ético y en lo religioso. En consecuencia, debes odiar todo amor que pretenda ser un amor eterno. Debes, por tanto, conformarte con el primer amor como algo momentáneo. Pero para que éste alcance su verdadero significado debe contener una eternidad ingenua. Y si has comprobado que era una ilusión, entonces todo está perdido para ti, a menos que te propongas volver a caer una vez más en la misma ilusión, lo cual es contradictorio. ¿O es que tu astuta cabeza ha conspirado con tu deseo hasta el punto de hacerte olvidar lo que les debes a los demás? ¿Acaso piensas que, aunque nunca se repitiera como la primera vez, habría al menos una salida aceptable? ¿Piensas que la vivencia de las ilusiones ajenas puede hacer que uno recobre su juventud, permitiéndole gozar de lo infinito y de lo nuevo que había originalmente en el individuo, antes de que el cinturón de castidad de su ilusión se rompiera? Esto es tanto una prueba de desesperanza como de desazón, y puesto que es prueba de desesperanza, es imposible hallar en ello alguna enseñanza acerca de la vida.

127 | Lo primero que he de reprobar es tu derecho a aplicar el término «costumbre» a lo que hay de recurrente en toda vida y, por tanto, también en el amor. Ese término se utiliza propiamente sólo en referencia al mal, ya sea para designar la persistencia en algo que es en sí y para sí un mal, o para designar la repetición de algo que es en sí y para sí inocente, repetición que termina siendo un mal en razón de

esa misma terquedad. La costumbre, por tanto, designa siempre lo que carece de libertad. Pero así como el bien no se alcanza sin libertad, tampoco se puede permanecer en él sin libertad; por eso no puede nunca hablarse de costumbre cuando se trata del bien.

Debo recusar también el hecho de que, al describir la uniformidad del matrimonio, digas que en la naturaleza no se encuentra ese tipo de cosas. Eso es muy cierto, en efecto; pero lo uniforme puede ser justamente expresión de lo bello, y eso es algo que el hombre puede estar orgulloso de haber descubierto; de ahí la gran belleza y el enorme efecto que puede tener en la música la uniformidad del ritmo.

Diré, por último, que si esa monotonía fuese algo imprescindible para la convivencia matrimonial, entonces deberías advertir, si fueses sincero, que la tarea consistiría en vencerla, es decir, en preservar el amor pese a ella y no en desesperar; pues debo admitir que esto último no podría ser jamás una tarea, sino que es una facilidad a la que sólo se acogen los que contemplan la tarea.

Meditemos un poco más, sin embargo, acerca del estatuto de esa difamada uniformidad. Tu error, y también tu desdicha, es que piensas siempre de manera demasiado abstracta, incluso en lo que concierne al amor. Piensas los momentos del amor en un patrón reducido; piensas, como acaso dirías tú mismo, en las categorías del amor. En este sentido debo reconocer que cuentas con una integridad categórica poco común. Piensas cada cosa concreta como algo momentáneo, y eso es lo poético. Cuando, a la par de esto, piensas la continuidad del matrimonio, ésta se te presenta como una angustiosa desproporción. El error está en que no piensas de manera histórica. Si alguien quisiese pensar sistemáticamente la categoría de acción recíproca[141] y desarrollarla con profundidad y destreza lógica, pero dijese también: «Pasará una eternidad antes de que el mundo ponga fin a su eterna acción recíproca», no me negarás que uno tendría derecho a reírse de él. Ésa es, sin duda, la significación del tiempo, y | el sino de la 128
humanidad y de los individuos es vivir en él. Si lo único que tienes que decir es que eso es insoportable, tendrás que buscarte otro auditorio. Esta respuesta debería ser más que suficiente; pero puesto que tal vez se te ocurrirá decirme: «en el fondo tú y yo opinamos lo mismo, sólo que tú prefieres aceptar lo que no se puede cambiar», me esforzaré por mostrar que no sólo es mejor aceptarlo, sino que es también un deber; pero, a decir verdad, lo mejor es aceptarlo.

Comencemos, pues, con algo que cabe considerar como un punto de coincidencia. Tú no le temes tanto al tiempo que precede al desenlace; por el contrario, lo amas, y mediante un sinnúmero de reflexiones te esfuerzas por hacer que los instantes reproducidos

sean más prolongados que los originales; en ese caso, te enfadarías enormemente si alguien te redujera la vida a categorías. En ese tiempo anterior al desenlace, en efecto, no son sólo las grandes escaramuzas decisivas las que tienen interés para ti, sino las cosas más pequeñas e insignificantes; de ahí que sepas hablar con tanta belleza de ese secreto vedado a los sabios[142]: que lo más pequeño es lo más grande. Una vez alcanzado el punto de desenlace, en cambio, todo se transforma, todo se reduce a una pobre y nada reconfortante abreviatura. Sin duda, esto debe estar fundado en tu naturaleza, que se limita a conquistar y no toma posesión de nada. Así es como eres, y en caso de que no quieras asumirlo de manera voluntaria y por ti mismo, deberías realmente acordar un armisticio y dispersar tus tropas para que yo pueda llegar a ver hasta qué punto es verdad y, si así fuese, hasta qué punto hay en todo esto alguna verdad. Si no lo haces, no tendré inconveniente alguno en idear una individualidad exactamente igual a la tuya y emprender tranquilamente mi vivisección. Espero, de todos modos, que tengas el coraje de someterte personalmente a la operación, el coraje de dejar que se te ejecute realmente, y no sólo *in effigie*.

Incluso si sostienes que eres así, lo que haces es reconocer que los demás podrían ser diferentes, pero no te atreves todavía a afirmar la posibilidad de llegar a ser tú mismo un ser humano normal, pese a que la decencia con la que postulas ser lo que eres no parezca indicarlo. ¿Pero cómo concibes tú a los demás? Cuando ves un ma-
129 trimonio cuyo vínculo, según | tu opinión, languidece en medio del más horrible aburrimiento, «en la más insípida repetición de las santas instituciones y sacramentos de la pasión amorosa», se aviva un fuego en tu interior, una llama destinada a consumirlos. Y esto no es un capricho de tu parte; tienes el derecho y la facultad de hacer que los alcance el rayo de la ironía, de hacer que los horrorice el trueno de la ira. No los aniquilas porque te da la gana, sino porque se lo tienen merecido. Los juzgas. ¿Pero qué quiere decir «juzgar» sino exigirles algo? Y si no puedes exigírselo, puesto que es una contradicción exigir lo imposible, entonces es una contradicción juzgarlos. ¿No será que, en tu arrebato, has hecho que se insinúe una ley que tú mismo no quieres admitir y que, sin embargo, has aplicado a otros? Claro que no has perdido la calma, y dices: «No los censuro, no los desapruebo, no los juzgo; les tengo lástima». Pero supón que los susodichos no lo consideren en absoluto aburrido. Una sonrisa de satisfacción se dibuja en tus labios, un rapto de alegría te sorprende y habría de sorprender también a tu interlocutor: «Como he dicho, les tengo lástima; por más que sientan todo el peso del aburrimiento, en cuyo

caso me dan lástima, o no lo sientan, en cuyo caso también me dan lástima, la suya es, en efecto, una ilusión lamentable». Eso es más o menos lo que me responderías, y el efecto de tu rígida actitud no disminuiría si otros estuviesen presentes. Pero ahora no hay nadie que nos escuche, así que puedo continuar con mi indagación. Les tienes lástima en cualquiera de los dos casos. Sólo que hay un tercer caso posible, el de alguien que sabe que el matrimonio es así y que, por fortuna, no ha incurrido en él. Pero es obvio que esa situación es igualmente lamentable para aquel que, habiendo conocido el amor, se encuentra con que éste no puede ser realizado. Como también es lamentable la situación de aquel que ha hecho todo lo posible por escapar a ese naufragio recurriendo a los medios egoístas de salvación arriba descritos, pues se ha convertido en un ladrón y en un belicoso. Parece, entonces, que si bien el matrimonio ha llegado a ser la expresión común del final feliz de las cosas, el desenlace del matrimonio mismo no es demasiado grato. Nos encontramos así con que el verdadero resultado de toda esta indagación es una lamentación ya conocida; pero ese resultado es una contradicción, es como si alguien dijese que el resultado de la evolución vital es un retroceso. Tú, | por lo general, no temes dar tu consentimiento, y 130
tal vez digas ahora: «Sí, ocurre muy a menudo; cuando uno tiene el viento en contra y el suelo está resbaladizo, el resultado del avance puede a menudo llegar a ser un retroceso».

Vuelvo, sin embargo, a la consideración de tus aptitudes espirituales. Dices que eres un conquistador nato, pero que no puedes tomar posesión. Al decir esto, no supones estar diciendo algo que te desacredite, sino que, por el contrario, te sientes más importante que los demás. Veámoslo más de cerca. ¿Qué es lo que requiere más fuerza, ir cuesta arriba o ir cuesta abajo? Si la cuesta es igual de empinada, es obvio que se requiere más fuerza para lo último. La disposición a ir cuesta arriba es algo congénito en casi todos los hombres; a la mayoría, sin embargo, les provoca cierta angustia ir cuesta abajo. Del mismo modo, me parece que hay también muchos más conquistadores natos que poseedores natos; puede que la superioridad que sientes tener respecto de muchas personas casadas y de «su tonta y bestial complacencia» sea cierta, pero es que tampoco quieres aprender de los que son inferiores a ti. Por lo general, el verdadero arte sigue el camino opuesto al que sigue la naturaleza, sin que por ello la anule; por eso el arte verdadero consiste también en tomar posesión, no en conquistar, pues el poseer es un conquistar retroactivo. Ya en esta expresión puedes ver hasta qué punto el arte y la naturaleza son refractarias entre sí. Aquel que posee, tiene también algo conquistado,

y, si se quiere emplear la expresión exacta, puede decirse que sólo conquista aquel que posee. Tú, según tu opinión, también posees, pues cuentas con el instante de la posesión; pero ésa no es posesión alguna, ya que no hay apropiación en sentido profundo. Si tuviese que pensar en un conquistador que subyugara reinos y países, éste poseería también las provincias sometidas, tendría grandes posesiones, pero de todos modos me referiría a ese príncipe como a un conquistador, no como a un poseedor. Sólo cuando tuviese la sabiduría de guiar a esos países en pos del propio beneficio de los mismos, sólo entonces los poseería. Esto es muy poco frecuente en el conquistador nato; por lo general, éste carecerá de la humildad, de la religiosidad, del verdadero humanismo requerido para la posesión. Ya ves por qué, al explicar la relación del matrimonio con el primer amor, he destacado el momento religioso, pues es éste el que ha de destronar al conquistador y hacer que el poseedor aparezca; por eso he destacado que la institución matrimonial estaba orientada a lo más alto, a la
131 posesión duradera. | Quiero recordarte una frase de la que sueles jactarte: «Lo importante no es lo originario, sino lo adquirido»; pues el elemento de conquista, el hecho de que el hombre conquiste, eso es lo auténticamente originario en el hombre, mientras que lo adquirido consiste en que posee y quiere poseer. Pues para conquistar se necesita orgullo, y para poseer, humildad; para conquistar se necesita pertinacia, y para poseer, paciencia; para conquistar... avidez; para poseer... frugalidad; lo propio de la conquista es el comer y el beber; lo propio de la posesión es la oración y el ayuno. Pero todos los predicados que he utilizado aquí, y con razón, para caracterizar al conquistador nato pueden aplicarse y convienen de manera absoluta al hombre natural, y el hombre natural no es lo más alto. Una posesión no es un *Schein* [título][143] espiritualmente muerto y caduco pese a su fuerza jurídica, sino que es una adquisición constante. También en este caso puedes ver que el poseedor nato lleva dentro de sí al conquistador, pues conquista como lo hace un labrador, que no conquista dando órdenes a sus peones y ahuyentando a sus vecinos, sino labrando la tierra. Lo verdaderamente importante, por tanto, no es conquistar, sino poseer. Y si dices entonces: «No decidiré qué es lo más importante; pero debo admitir que ésas son las dos grandes clases de hombres; cada uno debe decidir por sí mismo a cuál pertenece, y luego tener el cuidado de no dejarse trastornar por ningún apóstol de la conversión», entiendo que con esta última expresión te refieres fundamentalmente a mí. Mi respuesta, no obstante, es que no se trata simplemente de que una de las dos cosas sea más importante que la otra, sino que una de ellas tiene un sentido del que la otra carece. La una tiene, al

mismo tiempo, antecedentes y consecuencias, mientras que la otra tiene sólo antecedentes y, en lugar de consecuencias, un alarmante signo de suspensión cuyo sentido te explicaré en otra oportunidad, a menos que ya lo conozcas.

Me daría igual si continúas diciendo que, después de todo, eres un conquistador nato, pues tendrás que admitir que es más importante poseer que conquistar. Cuando uno conquista, se olvida constantemente de sí mismo; cuando uno posee, uno se acuerda de uno mismo, no como un vano pasatiempo, sino con toda la seriedad posible. Cuando uno va cuesta arriba, sólo tiene delante de sus ojos el lugar opuesto; cuando uno va cuesta abajo, debe vigilar que se dé en uno mismo la correcta relación entre el punto de apoyo y el centro de gravedad.

Sigo adelante. Quizás reconozcas que es más difícil poseer | que 132
conquistar, que es más importante poseer que conquistar: «Que yo no pueda hacer otra cosa que conquistar no significa que deba ser tan estrecho, sino que abundaré en cortesías hacia aquellos que tengan la paciencia de poseer, particularmente si estuviesen dispuestos a trabajar mano a mano conmigo y quisiesen poseer mis conquistas. Concedo que es más importante, pero no más bello; es más ético, loada sea la ética, pero es también menos estético». Pongámonos un poco de acuerdo en lo que concierne a este punto. Hay un malentendido que domina a gran número de hombres, consistente en confundir lo bello estético con lo que puede ser representado de una manera estéticamente bella. Esto es muy fácil de explicar, puesto que la mayoría busca en la lectura, en la observación de las obras de arte, etc., la complacencia estética a la que aspira el alma, pero son relativamente pocos los que contemplan ellos mismos lo estético tal como se da en la existencia, que ven ellos mismos la existencia bajo una luz estética y no sólo gozan de la reproducción poética. Pero lo propio de la representación estética es siempre una concentración en el instante, y cuanto más rica es esa concentración, tanto mayor es su efecto estético. Así es como el indescriptible e infinitamente rico instante de la felicidad, el instante como tal, cobra un valor único. O bien se trata del instante predestinado, por así decirlo, que estremece a la conciencia de parte a parte al despertar la idea de la divinidad de la existencia, o bien el instante presupone una historia. En el primer caso, conmueve porque sorprende; en el segundo, si bien hay una historia, la representación artística no puede demorarse en ella sino, como mucho, sólo sugerirla, y por eso se precipita en pos del instante. Cuanto más y más pueda colocar en él, tanto más artístico se vuelve. Un filósofo ha dicho que la naturaleza sigue el camino

más corto[144]; cabría decir que no sigue ningún camino, que está presente de golpe y de una sola vez; y si quiero perderme en la contemplación del firmamento, no necesito esperar a que sean formados los innumerables cuerpos celestes, pues todos están allí de una sola vez. El arte y la poesía vienen entonces a acortarnos el camino y a deleitarnos en el instante de la consumación, concentrando lo extensivo en lo intensivo. Pero cuanto más significativo es aquello que ha de aparecer, tanto más lento es el curso de la historia, pero es también mayor la importancia de ese mismo transcurso, y tanto más fácilmen-
133 te se advierte que, | en ese caso, la meta es a la vez el camino. En lo tocante a la vida individual, hay dos tipos de historia, la exterior y la interior. Hay dos corrientes de movimiento contrario. La primera, a su vez, tiene dos aspectos. El individuo no tiene aquello a lo que aspira, y la historia es el combate mediante el cual lo consigue. O bien lo tiene, pero no puede llegar a poseerlo porque hay siempre algo externo que se lo impide. La historia es entonces el combate a través del cual vence esos impedimentos. La otra clase de historia comienza con la posesión, y la historia es el desarrollo a través del cual el individuo gana la posesión. En el primer caso, puesto que la historia es exterior y aquello a lo que se aspira está fuera, la historia no tiene realidad verdadera, y la operación totalmente correcta de la representación poética y artística consiste en abreviarla y apresurarse en pos del instante intensivo. Para continuar con lo que nos ocupa de manera más directa, imaginémonos un amor romántico. Imagínate un caballero que ha matado cinco jabalíes y cuatro gnomos, y liberado a tres príncipes encantados, hermanos de la princesa por él venerada. Todo esto tiene plena realidad en la manera de pensar romántica. Para el artista y el poeta, sin embargo, carece de toda importancia que aquéllos sean cinco o sólo cuatro. Es cierto que el artista está más limitado que el poeta, pero ni siquiera para éste tendría interés relatar en detalle cómo tuvo lugar la matanza de cada jabalí en particular. Lo que hace es precipitarse en pos del instante. Quizás reduce la cantidad, concentra la intensidad poética de las dificultades y los peligros, y se precipita en pos del instante, el instante de la posesión. Para él, la sucesión histórica en su totalidad es menos importante. Tratándose de la historia interior, en cambio, cada pequeño instante en particular es de una importancia extrema. Sólo la historia interior es la historia verdadera, pero la historia verdadera lucha con aquello que es el principio vital de la historia, lucha con el tiempo; pero, precisamente porque lucha con el tiempo, lo temporal y cada pequeño instante en particular tienen una realidad enorme. Allí donde la floración interna de la individualidad no ha comenzado,

cuando la individualidad está todavía cerrada, la historia de la que se trata es exterior. Mas la historia interior comienza cuando la individualidad, por así decirlo, brota. Piensa ahora en aquello de lo que partimos, la diferencia entre el conquistador nato y el poseedor nato. El conquistador nato está siempre fuera de sí; el poseedor nato está en sí mismo, por eso el primero llega a tener una historia exte-
rior, y el segundo, una interior. Pero puesto que la | historia exterior 134
puede concentrarse, y ello sin perjuicio alguno, es natural que el arte y la poesía la escojan, y que escojan consiguientemente, a la vez, la individualidad aún no abierta y todo lo que la representación requiere. Se dice, ciertamente, que el amor abre la individualidad, pero no cuando el amor es concebido a la manera del romanticismo, en cuyo caso el amor se termina tan pronto como se le ha hecho alcanzar el punto en el que tiene que abrirse, o se interrumpe cuando está abriéndose. Pero así como la historia exterior y la individualidad cerrada pueden, de algún modo, ser objeto de representación artística y poética, así también todo lo que hace al contenido de una tal individualidad puede ser objeto de la misma. Pero esto, en el fondo, no es sino lo característico del hombre natural. Un par de ejemplos. El orgullo puede ser magníficamente representado, puesto que lo esencial en el orgullo no es la sucesión, sino la intensidad del instante. La humildad es difícil de representar, precisamente porque es sucesión; y así como el observador no necesita más que ver el orgullo en su punto culminante, en el otro caso requiere propiamente aquello que la poesía y el arte no podrían dar, es decir, ver la humildad en su constante devenir, pues ésta tiene la característica esencial de estar siempre deviniendo, y a aquel que la capta en su instante ideal le falta algo, pues siente que su verdadera idealidad no consiste en ser ideal en el instante, sino en ser constante. El amor romántico puede ser representado muy bien en el instante, no así el amor conyugal; pues un esposo idealizado no es aquel que lo es una vez en la vida, sino el que lo es cada día. Si quiero representar a un héroe que conquista reinos y países, eso puede ser representado muy bien en el instante, pero quien lleva una cruz y carga con ella cada día no puede ser representado ni artística ni poéticamente, pues la clave está en que lo hace cada día. Si quiero imaginarme a un héroe que arriesga su vida, eso es algo que puede muy bien concentrarse en el instante; no así el hecho de morir cada día, pues la cuestión principal es que ello ocurre cada día. El coraje puede concentrarse muy bien en el momento; no así la paciencia, precisamente porque la paciencia lucha contra el tiempo. Me dirás que el arte, de todos modos, ha representado a Cristo como imagen de la paciencia, cargando con todos los

pecados del mundo[145], que los poemas religiosos han concentrado toda la amargura de la vida en un solo cáliz y hecho que el individuo lo vierta en un solo instante; y es verdad, pero eso se debe a que se lo ha concentrado de una manera casi espacial. Aquel que, por el
135 contrario, sabe algo de la paciencia, sabe | muy bien que su contradicción propia no consiste en la intensidad del sufrimiento (pues eso sería algo más próximo al coraje) sino en el tiempo, y que la verdadera paciencia es aquella que se muestra en lucha contra el tiempo, o aquella que es propiamente indulgencia; pero la indulgencia no se puede representar de manera artística, pues la clave está en que es inconmensurable con respecto al arte, y no puede tampoco poetizarse, puesto que exige la persistencia en el tiempo.

Lo que expondré a continuación podrá parecerte la humilde ofrenda de un pobre esposo ante el altar de la estética, y sabré consolarme si tú y todos los sacerdotes de la estética lo desprecian, tanto más en la medida en que lo que ofrezco no es un pan de la proposición[146], que sólo los sacerdotes podrían comer, sino un pan casero que, como todos los alimentos hogareños, es simple y poco sabroso, pero sano y nutritivo.

Cuando se sigue el desarrollo de lo bello estético de manera tanto dialéctica como histórica, uno se encuentra con que la orientación de este movimiento va de las determinaciones espaciales a las temporales, y que el perfeccionamiento del arte depende de la paulatina posibilidad de ir desprendiéndose del espacio y de determinarse en dirección al tiempo. Tal es la transición y el significado de la transición de la escultura a la poesía, como ya lo indicara Schelling[147]. La música tiene su elemento en el tiempo, pero no gana consistencia alguna en él, sino que su significación es el constante desaparecer en el tiempo; resuena en el tiempo, pero también va dejando de resonar y no tiene consistencia alguna. La poesía, finalmente, es la más perfecta de todas las artes, y por eso también la que más hace valer la significación del tiempo. En este sentido, no necesita circunscribirse al instante como lo hace la pintura, ni tampoco desaparece sin dejar rastro en el sentido en que lo hace la música. Pese a ello, como hemos visto, necesita también concentrarse en el instante. Por eso tiene también sus límites y, tal como se ha mostrado más arriba, no puede representar aquello cuya verdad es justamente la sucesión temporal. Pero el hecho de que se haga valer el tiempo no significa que se menosprecie lo estético, sino que, al contrario, el ideal estético se vuelve más rico y pleno en la medida en que eso sucede. ¿Cómo puede, entonces, representarse lo estético en tanto que es inconmensurable con respecto a la representación poética? La respuesta es: viviéndolo. En esto tiene

un parecido con la música, que sólo es porque se la repite constantemente, que sólo es en el momento de la ejecución. Por eso llamé anteriormente la atención sobre la terrible confusión que tiene lugar entre lo | estético y aquello que puede ser estéticamente representado 136
en la reproducción poética. Es decir, que todo aquello a lo que me he referido puede, seguramente, representarse de manera estética, pero no en una reproducción poética, sino en cuanto es vivido, en cuanto es realizado en la vida real. De esa manera la estética se enaltece y se reconcilia con la vida; pues así como en un sentido la poesía y el arte son justamente una reconciliación con la vida, en otro sentido están enemistadas con la vida, ya que sólo reconcilian un aspecto del alma. Heme aquí en la cúspide de lo estético. Y, en verdad, aquel que tiene la humildad y el coraje suficientes como para dejarse transfigurar de manera estética; aquel que siente que él mismo es como un personaje del drama concebido por la divinidad[148], en el que el poeta y el apuntador no son dos personas diferentes, un drama en el que el individuo no es perturbado por un apuntador, sino que, como un actor avezado y dueño de su personaje y de sus parlamentos, siente que aquello que se le dice en voz baja es lo que él mismo diría, sin que pueda decidirse si es él el que pone las palabras en boca del apuntador, o el apuntador el que las pone en la suya; aquel que en lo más hondo siente que es al mismo tiempo el poeta y lo poetizado, que tiene el *pathos* originario de la réplica en el instante en que se siente poeta, y un oído erótico capaz de apresar cada sonido en el instante en que se siente poetizado, ése y sólo ése ha realizado lo más alto en la estética. Pero la historia interior es aquella que resulta inconmensurable incluso con respecto a la poesía. Dicha historia tiene en sí misma la idea, y justamente por eso es estética. Comienza, como ya lo he dicho, con la posesión, y su continuidad consiste en ganar esa posesión. Es una eternidad en la que lo temporal no ha desaparecido como un instante ideal, sino que está constantemente presente en tanto que instante real. Cuando, de este modo, la paciencia se gana pacientemente a sí misma, entonces hay historia interna.

Enfoquemos ahora la relación entre el amor romántico y el amor conyugal, ya que la relación entre el conquistador nato y el poseedor nato no puede ofrecer dificultad alguna. El amor romántico resulta siempre abstracto en sí mismo y se ve ya acechado por la muerte, puesto que no puede tener una historia interna y porque su eternidad es ilusoria. El amor conyugal comienza con la posesión y llega a tener una historia interna. Es fiel, y también lo es el amor romántico, pero hay una diferencia. En su fidelidad, el amante romántico puede esperar, por ejemplo, quince años, y entonces llega el momento que lo

recompensa. En este caso, la poesía tiene razón en observar que esos
137 quince años | bien pueden concentrarse, y se precipita en pos del instante. Un esposo es fiel durante quince años, pero durante esos quince años ha sido poseedor, y en esa larga sucesión ha ganado la fidelidad que poseía, puesto que el amor conyugal lleva también en sí el primer amor y, por tanto, la fidelidad del mismo. Pero ese esposo ideal no puede ser representado, pues allí la clave es el tiempo en su extensión. Al cabo de los quince años, no parece haber llegado más lejos de lo que estaba al principio, y sin embargo ha vivido de manera sumamente estética. Su posesión no ha sido para él una propiedad muerta, sino que ha ganado su posesión de manera constante. No ha luchado con leones y ogros, sino con el más peligroso de los enemigos: el tiempo. Pero entonces la eternidad no llega después, como en el caso del caballero, sino que ha tenido la eternidad en el tiempo, ha conservado la eternidad en el tiempo. Sólo él, por tanto, ha vencido al tiempo; puede decirse que el caballero ha matado el tiempo, del mismo modo que uno busca siempre rebatir el tiempo que para uno carece de realidad, pero ésa no es nunca una victoria genuina. El esposo, a la manera de un auténtico campeador, no ha matado el tiempo, sino que lo ha liberado y conservado en la eternidad. El esposo que actúa así es el que en verdad vive poéticamente[149], resuelve el gran enigma, el de vivir en la eternidad y, sin embargo, oír sonar el reloj de la sala, de manera que sus campanadas no acortan su eternidad, sino que la prolongan; ésta es una contradicción igualmente profunda, pero mucho más grandiosa, que aquella contenida en la célebre anécdota medieval del desdichado que despertó en el infierno y preguntó a gritos qué hora era, recibiendo del Diablo la respuesta: una eternidad[150]. Y por más que esas cosas no puedan ser representadas de manera artística, tu consuelo, tanto como el mío, es que lo más alto y lo más bello de la vida no es aquello que uno ha de leer, oír o ver, sino lo que ha de vivir en caso de que así lo quiera. Por eso, aunque reconozco que el amor romántico se presta mucho mejor a la representación artística que el conyugal, no por ello podrá decirse que éste es menos estético que aquél, sino que, por el contrario, es más estético. En uno de los relatos más geniales de la escuela romántica aparece un personaje que, a diferencia de los demás con quienes vive, no está dispuesto a poetizar, puesto que eso es una pérdida de tiempo y lo priva del verdadero goce; lo que hace, por el contrario, es vivir[151]. Éste, de haber tenido una idea más correcta de lo que es vivir, habría sido mi hombre.

El amor conyugal tiene su enemigo en el tiempo, su victoria en
138 | el tiempo, su eternidad en el tiempo, de manera que, por más que

pudiera imaginarme que todas las así llamadas tribulaciones externas e internas han sido eliminadas, siempre tendría una tarea que cumplir. Por lo general tiene también aquéllas, pero para concebirlas correctamente hay que tener en cuenta dos cosas: que son siempre determinaciones centrípetas, y que contienen siempre la determinación del tiempo. Ésta es también la razón por la cual, como es fácil advertir, ese amor no puede ser representado. Su dirección es siempre centrípeta y se deja dirigir (en el buen sentido) por el tiempo; si algo ha de ser expuesto en una reproducción, sin embargo, debe poder ser puesto al descubierto, y su tiempo debe poder acortarse. De esto puedes cerciorarte aún más meditando sobre los predicados que han de aplicarse al amor conyugal. Éste es fiel, constante, humilde, paciente, indulgente, tolerante, sincero, sobrio, vigilante, considerado, voluntarioso, alegre[152]. Todas esas virtudes tienen la propiedad de ser, en el individuo, determinaciones centrípetas. El individuo no lucha contra enemigos externos, sino que se defiende de sí mismo y defiende de sí mismo a su amor; comportan, además, la determinación del tiempo, puesto que su verdad no consiste en ser de una vez por todas, sino en serlo de manera constante. Y no son virtudes a través de las cuales se consigue otra cosa, sino que se consiguen ellas mismas. Por eso el amor conyugal es a la vez, como tú solías decir en tono de burla, tanto el cotidiano como el divino (en sentido griego), y es divino por el hecho de ser cotidiano. El amor conyugal no se reconoce por signos externos, como el pájaro rico por sus trinos y gorjeos[153], sino que es la incorruptible esencia de un espíritu tranquilo[154].

Ni tú ni todos esos conquistadores empedernidos tenéis idea alguna de esto. No estáis nunca en vosotros mismos, sino que estáis siempre fuera. Basta que cada uno de tus nervios se estremezca, ya cuando avanzas sigiloso o cuando irrumpes mientras, en tu interior, una música de jenízaros acalla tu conciencia, eso basta para que te sientas vivo. Pero cuando termina la batalla, cuando el último eco del último disparo se ha apagado, cuando los ordenanzas vuelven deprisa al cuartel general para informar que la victoria es tuya... entonces no sabes nada más que eso, no sabes cómo comenzar, pues sólo ése sería para ti el comienzo verdadero.

Así, eso que cobra un aspecto tan terrible ante tus errados ojos, eso que rechazas bajo la denominación de «costumbre» como algo que el matrimonio no podría evitar, no es sino lo que éste tiene de histórico.

| ¿Y qué es, según tu opinión habitual, lo que las costumbres 139
inherentes a la vida conyugal no sólo destruyen sino que también, lo que es peor, profanan? Por lo general te refieres a «los sagrados

signos visibles del erotismo que, como todos los signos visibles, no tienen significación en sí y para sí, sino que su significación reside en la energía, en la bravura artística y el virtuosismo con que se los ejecuta, que al fin y al cabo es también la genialidad natural. Y cuán repugnante es ver la languidez con que todo eso se ejecuta en la vida conyugal, cuán externa y perezosa es su marcha; es como si siguiera el ritmo del reloj, poco más o menos como aquella estirpe hallada por los jesuitas en el Paraguay, cuya pereza era tal que éstos se veían en la necesidad de tocar una campana a medianoche para la debida notificación de los esposos, recordándoles así sus obligaciones conyugales. De ese modo, todo sucede *a tempo*, según lo programado». Convengamos, por lo pronto, que nuestra consideración no se dejará perturbar por lo mucho que hay de ridículo y de erróneo en la existencia, sino que veremos sólo si esa necesidad es tal y, en caso de que lo sea, aprenderemos de ti cómo eludirla. No es mucho lo que me atrevo a esperar de ti en este aspecto, puesto que, a la manera de aquel caballero español, si bien en un sentido diferente, no cesas de combatir por un tiempo ya pasado[155]. En efecto, al combatir a favor del instante y contra el tiempo, en realidad sigues combatiendo por algo pasado. Tomemos una idea, una expresión de tu universo poético, o del universo real del primer amor: los amantes se *ven* uno a otro. Tú sabes mejor que nadie cómo hacer resaltar la palabra «ver», introducir en ella una realidad infinita, una eternidad. En este sentido, unos esposos que han convivido durante diez años y se han visto a diario, no pueden mirarse; ¿significa esto que no podrían mirarse con afecto? Llego así a tu antigua herejía. Aun sin proponértelo, circunscribes el amor a una cierta edad y al amor por alguien en ese breve lapso, y entonces procedes al reclutamiento, como todo conquistador nato, con el fin de ejecutar tu experimento; pero ésa es justamente la más honda profanación del eterno poder de la pasión amorosa. Y es desesperación. Por mucho que des vueltas y te retuerzas, debes admitir que la tarea consiste en preservar el amor en el tiempo. Si esto es imposible, entonces el amor es una imposibilidad. El motivo de tu desdicha es que pones la esencia del amor pura y exclusivamente en esos signos visibles. Puesto que éstos deben repetirse una y otra vez, y ello, desde luego, reflexionando de una manera enfermiza
140 acerca de si tienen todavía la | realidad que tenían la primera vez en su irrupción incidental, no es de extrañar que te angusties y que remitas esos signos y «gesticulaciones» a cosas de las que no podría decirse: *decies repetita placebunt* [son placenteras aunque se repitan diez veces][156]; pues si su valor procediera de la determinación de la primera vez, la repetición sería algo imposible. Pero el primer amor

está hecho de una materia totalmente distinta; se constituye en el tiempo, y por eso es también capaz de remozarse en esos signos y tiene, lo que es para mí la cuestión principal, una idea totalmente distinta acerca del tiempo y del significado de la repetición.

He explicado anteriormente que el amor conyugal tiene su lucha en el tiempo, su victoria en el tiempo, su bendición en el tiempo. Allí sólo me refería al tiempo como simple progresión; ahora habrá que mostrar que no es sólo una progresión simple en la que lo originario se conserva, sino una progresión creciente en la que lo originario se incrementa. Tú, que eres tan buen observador, me darás seguramente la razón cuando observo que los hombres en general se dividen en dos grupos: los que viven preferentemente en la esperanza, y los que viven preferentemente en el recuerdo. Ambas partes delatan una relación incorrecta con el tiempo. El individuo verdadero vive a la vez en la esperanza y en el recuerdo, y sólo de ese modo su vida alcanza una verdadera y rica continuidad. Éste tiene la esperanza, y por eso, a diferencia de los individuos que sólo viven de recuerdos, no quiere retroceder en el tiempo. ¿Qué es entonces el recuerdo para él, ya que éste ha de tener alguna influencia? Lo que hace es trazar una cruz sobre la nota del instante[157], y la cantidad de cruces aumenta cuando más se retrocede, cuando la repetición se hace más frecuente. Si vive en el año presente un momento de erotismo, éste se acrecienta cuando recuerda uno del año anterior, y así sucesivamente. Esto ha encontrado también una bella expresión en la vida conyugal. No sé en qué edad se encuentra el mundo hoy, pero suele decirse, y esto lo sabes tan bien como yo, que primero vino la edad de oro, y a continuación la de plata, la de cobre y la de hierro. En el matrimonio es al revés, vienen primero las bodas de plata y después las de oro. ¿No es acaso el recuerdo lo verdaderamente importante en ese aniversario? Sin embargo, el vocabulario matrimonial se refiere a él como algo que es aún más bello que el primer aniversario. Esto no debe dar lugar a malentendidos, como si vinieras a decirme «que entonces sería mejor casarse en la cuna, para poder comenzar en seguida con las bodas de plata y abrigar la | esperanza de ser el 141
primero en introducir un flamante neologismo en el léxico de la vida conyugal». Tal vez tú mismo adviertas la falsedad de tu burla, así que no me detendré en ello. Lo que sí quiero recordarte, en cambio, es que los individuos no viven sólo en la esperanza, sino que tienen siempre juntos, en el tiempo presente, la esperanza y el recuerdo. La esperanza desempeña en el primer aniversario la misma función que el recuerdo desempeña en el último. La esperanza lo sobrevuela como una esperanza de eternidad que da plenitud al instante. Para

cerciorarte de que esto es exactamente así, ponte a pensar que, si alguien se casara sólo con la esperanza de llegar a las bodas de plata y persistiera en esa esperanza durante veinticinco años, al cumplirse el vigésimo quinto año no tendría motivo alguno para celebrarlas; en ese caso no habría ya nada que esperar, pues todo se habría hecho añicos en la ininterrumpida esperanza. Muchas veces me he preguntado también por qué, según el uso del lenguaje y la manera de pensar corrientes, la soltería no cuenta en modo alguno con esas expectativas, sino que, por el contrario, el hecho de que un solterón celebrara un aniversario sería más bien un objeto de risa. Eso se debe seguramente a que, por regla, se admite que la soltería no puede captar jamás el tiempo verdaderamente presente, que es la unidad de la esperanza y del recuerdo, y por eso mismo no hay nada, ni en la esperanza ni en el recuerdo. Pero esto apunta nuevamente en dirección a la relación correcta con el tiempo que el amor conyugal tiene incluso en sentido general.

Pero en la vida conyugal hay algo más que tú designas con la palabra «costumbre», a saber «su uniformidad, su total falta de acontecimientos, su persistencia en lo inconsistente, la cual es muerte y es aún peor que la muerte». Tú sabes que hay hombres neurasténicos que se sienten molestos ante el menor ruido, que no podrían siquiera aceptar que alguien ande de puntillas. ¿Has notado que hay también otro tipo de neurastenia? Algunos hombres son tan débiles, que necesitan mucho ruido y un ambiente lleno de distracciones para poder trabajar. ¿A qué se debe esto, sino al hecho de que no tienen dominio de sí mismos, sólo que en sentido inverso? Cuando están solos, sus pensamientos se pierden en lo indeterminado; cuando hay ruido y alboroto a su alrededor, en cambio, necesitan adoptar una voluntad opuesta. He ahí la razón por la que rehúyes la paz, la calma, la tranquilidad. Estás en ti mismo sólo cuando hay resistencia, pero entonces no estás nunca propiamente en ti mismo, sino que estás
142 permanentemente fuera de ti. Pues en el momento en que asimilas | esa resistencia, vuelve la calma. Pero eso es algo que no te atreves a hacer y, puesto que tú y lo que se te resiste se encuentran enfrentados, no estás en ti mismo.

Lo anterior, naturalmente, se aplica también al tiempo. Estás fuera de ti, y por eso no puedes prescindir de aquello otro que se te resiste; crees que el espíritu inquieto es el único que está vivo, cuando cualquier persona experimentada sabe que sólo el espíritu manso vive de verdad; un mar agitado es para ti una imagen de la vida, mientras que para mí lo es el agua profunda y tranquila. Muchas veces me siento junto a un arroyuelo. Es siempre lo mismo, la

misma suave melodía, el mismo verdor de su lecho meciéndose bajo las ondas tranquilas, las mismas criaturas se mueven allá abajo, un pececillo se escurre bajo una mata de flores, extiende sus aletas contra la corriente, se oculta bajo una piedra. ¡Cuánta uniformidad y, sin embargo, qué variedad de transformaciones! Así es la vida doméstica del matrimonio, tranquila, modesta, susurrante; no tiene muchos cambios y, sin embargo, es como aquel arroyo, también en ella hay una melodía que es grata para quien la conoce, grata para él precisamente porque la conoce; no es pomposa, pero muchas veces se extiende sobre ella un resplandor que no interrumpe su curso habitual, como cuando los rayos de la luna caen sobre ese agua y muestran cuál es el instrumento en el que toca su melodía. Así es la vida doméstica del matrimonio. Pero ésta presupone, para poder ser vista de ese modo y vivida de ese modo, un atributo al que me referiré a continuación. Hay un verso de Oehlenschläger que, al menos por lo que sé, solías apreciar mucho. Para mayor exactitud, lo transcribiré:

¡Son tantas las cosas que deben unirse
para que, por magia, despierte el amor!
Que dos corazones, primero, se entiendan,
que, luego, el don del encanto los guíe,
y que entre las ramas del haya desciendan,
en la primavera, los rayos de luna,
que puedan, entonces, encontrarse a solas...
Y, entonces, el beso... y, así, la inocencia[158].

Tú no te cansas de ensalzar la pasión amorosa. Pues bien, no te despojaré de tu propiedad, que es la del poeta, sino de aquello de lo que te has apropiado; pero, puesto que también yo me he apropiado de | ello, compartámoslo: tú te quedas con todo el verso, yo, con la 143
última frase: y, así, la inocencia.

Hay, por último, otro aspecto de la vida conyugal que has atacado a menudo. Dices que «el amor conyugal oculta dentro de sí algo completamente diferente; parece ser bello, apacible y tierno, pero una vez que la puerta se cierra tras la pareja, sin que se pronuncie una sola palabra aparece Mester Erik[159] y dice lo que hay que hacer, y por más que me adornéis ese cetro tanto como queráis o hagáis de él un bastón de carnaval, seguirá siendo un Mester Erik». Si hago referencia a esta objeción, es porque también ella se apoya esencialmente en un malentendido acerca de lo que hay de histórico en el amor conyugal. Tú querrías que lo constitutivo del amor fuese, o bien un poder oscuro, o bien un capricho. Tan pronto como una conciencia entra en juego, el encanto se rompe; pero ésa es la con-

ciencia que tiene el amor conyugal. Así que, para expresarlo de un modo contundente, lo que nos muestras no es la batuta del director de orquesta, que marca con sus movimientos el ritmo de las graciosas posturas del primer amor, sino el desagradable azote del deber. Tendrás que comenzar por admitir que, en la medida en que el primer amor, según hemos acordado, permanece inalterado cuando el amor conyugal lo acoge, no puede hablarse de la estricta necesidad del deber. Vale decir que no crees en la eternidad del primer amor. He ahí tu antigua herejía; tú, que tan fácilmente te arrojas a los pies de su caballero, no crees en ello, sino que lo profanas. Y precisamente porque no crees en ello, no te atreves a entablar una relación que, cuando tú mismo ya no seas *volens*, podría forzarte a permanecer en ella *nolens*. Es manifiesto, por tanto, que para ti el amor no es lo más alto, pues de otro modo te alegraría que hubiese un poder capaz de forzarte a permanecer en él. Quizá respondas que ese medio no es ningún medio; tendré que observar, sin embargo, que todo depende de cómo se vea el asunto.

Uno de los temas a los que volvemos una y otra vez, tú, al parecer, contra tu voluntad y sin tener muy en claro por qué ocurre, y yo con plena conciencia, es que la eternidad ingenua o ilusoria del amor primero o romántico debe ser relevada. Justamente porque tratas
144 de preservarla en esa inmediatez, porque tratas de imaginar | que la
verdadera libertad consiste en estar fuera de sí y en la ebriedad del ensueño, por eso le temes a la metamorfosis, por eso no lo ves de esa manera, sino como algo totalmente extraño que contiene la muerte de lo primero, y por eso rehúyes el deber. Si el deber no estaba dado como germen en lo primero, es natural que su aparición resulte absolutamente perturbadora. Pero no es eso lo que sucede en el amor conyugal, el cual contiene ya el deber a través de lo ético y de lo religioso; ante éstos el deber no es un extraño, un intruso inoportuno, aunque dotado de una autoridad tal que uno no se atreve a echarlo fuera en resguardo de los misterios del amor; no, sino que viene como un antiguo allegado, como un amigo, como un confidente que los amantes conocen muy bien en el más hondo secreto de su amor. Y, cuando habla, lo que dice no es algo nuevo, sino algo bien conocido; y los individuos se someten a él una vez que ha hablado, pero por eso mismo se elevan también, convencidos de que lo que les brinda es lo que ellos mismos desean, y que el hecho de que se los brinde no es sino un modo más majestuoso, más sublime y divino de expresar que sus deseos pueden realizarse. A ellos no les bastaría con que el deber les hablara en tono alentador y les dijera que es posible, que el amor puede conservarse; cuando les dice, en cambio, que éste debe conservarse, hay en ello una autoridad que responde a la interioridad del deseo. El amor excluye el temor; pero si, con todo, hay un instante en el que el amor teme por sí mismo, por su propia salvación, entonces el deber es precisamente el divino sustento que el amor necesita, puesto que le dice: no temas, has de vencer; y no se lo dice simplemente en futuro, pues eso sería tan sólo una esperanza, sino en imperativo, y esto contiene una seguridad que nada puede conmover.

Para ti el deber es enemigo del amor; para mí, es su amigo. Quizá te alegre esta noticia y me felicites, tan sarcástico como siempre, por tener un amigo a la vez interesante y poco común. Lejos de conformarme con eso, sin embargo, me permitiré combatir en tu propio terreno. Si el deber, una vez que se ha puesto de manifiesto en la conciencia, es enemigo del amor, entonces el amor debe tratar de vencerlo, pues no pretenderás que el amor sea una cosa tan impotente como para no poder vencer alguno de sus obstáculos. Tu opinión, sin embargo,
es que el amor se termina cuando el deber se pone | de manifiesto, y 145
opinas también que el deber tiene que manifestarse tarde o temprano, no sólo en el amor conyugal sino también en el romántico; por eso le temes realmente al amor conyugal, pues no podrías escapar al deber contenido en él tan pronto como se hiciese manifiesto. Crees, en cambio, que eso mismo estaría totalmente en orden en el caso del amor romántico, ya que el amor se termina tan pronto como llega el instante en que se menciona el deber, y el advenimiento del deber es la señal para que te despidas con una muy cortés reverencia, o, como una vez dijiste, para que consideres que tienes el deber de despedirte. Ya ves, una vez más, en qué consiste tu ensalzamiento del amor. Si el deber es el enemigo del amor y el amor no puede vencer a ese enemigo, entonces el amor no es el verdadero triunfador. El resultado de esto es que debes dejar plantado al amor. Tan pronto como te planteas la desesperada idea de que el deber es enemigo del amor, tu derrota es segura, y has menospreciado y despojado de su majestad tanto al amor como al deber, si bien era sólo esto último lo que querías. Como ves, eso mismo es ya desesperación, tanto cuando sientes el dolor que trae consigo o cuando desesperadamente intentas olvidarlo. Si no puedes llevar las cosas hasta el punto de poder ver que lo estético, lo ético y lo religioso son tres grandes aliados, si no sabes preservar la unidad de las diferentes expresiones que todas las cosas asumen en esas diferentes esferas, entonces la vida carece de sentido, y hay que darte toda la razón cuando piensas que es posible aplicar a todo tu teoría favorita: lo hagas o no lo hagas, en ambos casos te arrepentirás.

A diferencia de ti, yo no me veo en la funesta necesidad de tener

que iniciar contra el deber una campaña que siempre termina en desdicha. Para mí, el deber es un clima, y el amor es otro; pero el deber hace que el clima del amor me resulte verdaderamente templado, y el amor hace que el clima del deber me resulte verdaderamente templado, y esa unidad es la perfección. Sin embargo, para que tu falsa doctrina te resulte totalmente manifiesta, dejaré que ésta me lleve un poco más lejos, pidiéndote que medites acerca de las diferentes maneras de sentir que el deber es enemigo del amor.

Imagínate a un hombre que se ha convertido en esposo sin per-
146 catarse exactamente de lo que hay de ético en el matrimonio. | Amaba con toda la pasión de la juventud, hasta que de repente una circunstancia externa le suscitó la duda respecto de si aquella a la que amaba, pero a la que estaba unido también por los lazos del deber, no creería acaso que en realidad la amaba sólo porque era su deber. Su caso sería similar al mencionado más arriba, también a él le parecería que el deber se presenta en una relación de oposición al amor; pero amaba, y su amor era en verdad lo más alto para él, y por eso su esfuerzo estaba orientado a vencer a ese enemigo. La amaba, por tanto, no porque el deber se lo ordenara, no según la pobre medida del *quantum satis* [la dosis] que el deber podría fijar, sino que la amaba con toda su alma, con todas sus fuerzas y toda su fortuna[160]; la amaría incluso en el instante en que el deber, si eso fuese posible, le permitiera no hacerlo. Puedes ver con facilidad cuán confusos eran sus pensamientos. ¿Qué haría? La amaba con toda su alma, pero eso es precisamente lo que ordena el deber; en efecto, no deben confundirnos las palabras de aquellos que opinan que el deber relativo al matrimonio consiste sólo en un conjunto de pautas ceremoniales; el deber es uno solo, el de amar en verdad, con la íntima agitación del corazón, y el deber es tan proteiforme como el amor mismo, y declara que todo lo que es por amor es santo y es bueno, y subordina todas las cosas al amor, por muy bellas e ilusorias que sean cuando no son por amor. Como puedes ver, la posición que este hombre ha asumido es la incorrecta; pero justamente porque habría en él algo verdadero, al no querer hacer solamente lo que el deber ordena, no haría ni más ni menos que aquello que el deber ordena. Si hace algo más, es propiamente porque lo hace, pues poder hacer lo que el deber ordena es siempre poder hacer algo más. El deber no puede hacer más que ordenar; hacer lo que ordena es lograr algo más, y en el instante en que lo hago, puedo decir en cierto sentido que hago algo más; traslado el deber de lo externo a lo interno, y de esa manera me encuentro más allá del deber. Puedes ver en ello cuánta infinita armonía, sabiduría y coherencia hay en el mundo del espíritu. Cuando

uno parte de un punto determinado y avanza con toda tranquilidad, con verdad y con energía, no deja de ser decepcionante que lo que viene después parezca estar en contradicción con aquél; aunque uno crea que la desarmonía está totalmente demostrada, lo que demuestra es la armonía. El esposo del que hablábamos se sustraería a ello, y
el único castigo que habría de padecer sería, en realidad, que | el 147
deber se burlara de él a causa de su poca fe. El deber siempre forma parte del sonido del amor. Si los separas, como hizo él, y quieres tomar la parte por el todo, estás siempre en contradicción contigo mismo. Es como si alguien quisiera separar la sílaba «be» en «b» y «e», y, sin tener la «e», afirmara que la «b» es el todo. En el instante de decirlo, pronunciaría también la «e». Así sucede también con el amor; no es algo mudo y abstractamente indecible, pero tampoco es algo inasible, blando e indeterminado. Es un sonido articulado, una sílaba. Si el deber es difícil, *eh bien*, el amor lo pronuncia, lo realiza, y al hacerlo hace más que el deber; si el amor está reblandeciéndose hasta el punto de hacerse inasible, el deber lo limita.

Si tu perspectiva según la cual el deber es enemigo del amor consistiese en esto, si fuese tan sólo un inocente malentendido, te sucedería lo mismo que a aquel de quien hablamos; pero tu concepción, que por cierto es un malentendido, es además un malentendido culposo. De ahí que desprecies no sólo el deber sino también el amor, de ahí que el deber aparezca como un enemigo invencible, y ello porque el deber ama sólo el verdadero amor, y odia a muerte y mata el amor falso. Cuando los individuos están en la verdad, el deber no es para ellos otra cosa que la expresión eterna del camino que se les abre hacia la eternidad, y no sólo se les permite transitar ese camino, sino que ello les está encomendado; y una providencia divina vela sobre ese camino, ofreciéndoles siempre un punto de mira y colocando balizas en todos los sitios peligrosos. Quien ama de verdad ¿se negaría acaso a recibir una autorización divina porque se expresa divinamente y no sólo le dice lo que debe o ha de hacer? En el deber, todo queda dispuesto para los amantes; supongo que de allí proviene el hecho de que, en el lenguaje, el deber sea expresión de lo futuro, pues de esa manera hace alusión a lo histórico.

Llego así al final de esta breve explicación. Tal vez te haya causado una impresión favorable, tal vez sientas que todo se ha revertido y no puedas resistirte totalmente a la coherencia con la que he hablado. Si, en cambio, yo hubiese expuesto todo esto en un diálogo, se te habría hecho difícil evitar el sarcasmo de señalar que se trataba de una prédica. Pero no podrás reprocharme realmente que mi presentación
adolezca de ese fallo, o que responda totalmente | a la necesidad de 148

hablarle a un pecador empedernido como tú; por lo que concierne a tu discurso y a tu sabiduría, no con poca frecuencia parecen éstos evocar el libro de los Proverbios[161], y en realidad podría pensarse que, en ocasiones, extrajiste de allí tus textos.

Pero dejaré que seas tú el que me guíe en esta explicación. De hecho, por lo general no te desentiendes de la ética, y es preciso conducirte primero hasta un cierto punto antes de que la arrojes por la borda. Si es posible, la mantienes siempre de tu lado: «... o jamás renuncio al deber», así suele comenzar la indulgente alocución, el elegante asesinato del deber; «no es en modo alguno mi intención, pero, ante todo —tengamos siempre harina limpia en nuestros costales— el deber es el deber y el amor es el amor, y punto; y lo más importante: nada de contubernios. ¿O acaso el matrimonio, con su duplicidad de hermafrodita, no es el más singular engendro de la naturaleza? Todo lo demás, o bien es deber, o bien es amor. Reconozco que un hombre tiene el deber de aspirar a una cierta posición en la vida, considero que su deber es ser leal a su profesión y que, por otro lado, sufre un merecido castigo cuando falta a su deber. Eso es el deber. Me propongo algo determinado, puedo decir con exactitud qué es, y prometo cumplirlo conforme al deber; si no lo hago, estoy situado ante un poder que puede forzarme. Por el otro lado, me uno estrechamente en amistad a otra persona de manera que el amor lo es todo, no reconozco deber alguno; si el amor se termina, la amistad se acaba. Sólo al matrimonio le está reservado constituirse sobre la base de ese despropósito. ¿Pero qué quiere decir contraer el deber de amar? ¿Dónde está el límite? ¿En el punto en que cumplo con mi deber? ¿En qué consiste exactamente mi deber? ¿A qué tribunal puedo dirigirme en caso de duda? Y si no cumplo con mi deber, ¿cuál es el poder que ha de forzarme? Es cierto que el Estado y la Iglesia han puesto ciertos límites; ¿pero dejaría yo de ser un pésimo esposo sólo porque no llego a esos extremos? ¿Quién me castigará, quién saldrá en defensa de aquella que sufre por esa causa?». La respuesta es: tú mismo. Pero antes de pasar a deshacer el enredo en el que te has metido y me has metido a mí, quiero hacer una observación. En tus declaraciones suele haber un cierto grado de ambigüedad que es esencial y característico en ti. Dices cosas que podría decir tanto el hombre más frívolo como el más apesadumbrado. Lo sabes muy bien,
149 pues ése es uno de los medios que utilizas | para engañar a la gente. Dices las mismas cosas en momentos distintos, haces que el tono sea más enfático en distintos lugares, y he aquí que todo cambia. Cuando se te objeta que dices algo distinto de lo que dijiste antes, contestas con gran aplomo: ¿no es literalmente lo mismo? Pero ya basta de

esto. Veamos en qué consiste tu división. Hay un refrán que se ha transmitido a través de los siglos y que se ha usado para designar la astucia política de los romanos: *divide et impera*. En un sentido mucho más profundo, cabe aplicarlo al desarrollo del entendimiento, cuya ingeniosa política consiste justamente en dividir y en asegurarse un dominio mediante esa división, ya que aquellos poderes que serían invencibles en tanto que aliados, se suprimen entre sí cuando están separados y enemistados, y el entendimiento conserva su dominio. Tu opinión es que todas las demás cosas de la vida pueden concebirse bajo la determinación del deber o bajo su contraria, y que a nadie se le ha ocurrido tampoco establecer otro criterio; sólo el matrimonio ha incurrido en esa contradicción. Citas como ejemplo el deber profesional, y opinas que es un ejemplo característico de una pura relación de deber. Pero de ninguna manera es así. Si un hombre concibiese su profesión únicamente como una suma de determinaciones que cumplimentaría en determinados tiempos y lugares, se despreciaría a sí mismo y despreciaría también su profesión y su deber. ¿O piensas que una perspectiva como ésa formaría buenos funcionarios? ¿Qué lugar quedaría para el entusiasmo con el que uno se consagra a su profesión, qué lugar para el amor con el que se la ama? ¿Y qué foro podría controlarla? ¿No es algo que se le exige a uno precisamente como un deber? ¿No consideraría el Estado que aquel que asume su cargo sin vocación es un mercenario, cuyos afanes y fatigas podría utilizar y pagar, pero que en otro sentido sería un funcionario indigno? Aun si el Estado no lo dice de manera explícita, es porque éste exige algo externo, algo palpable, y porque, puesto que es así, su presuposición es otra. En el matrimonio, por el contrario, la cuestión principal es lo interior, lo que no puede señalarse o mostrarse; pero esto se expresa justamente en el amor. No veo ninguna contradicción, por tanto, en que se exija el matrimonio como un deber, y el asunto no cambia en nada por el hecho de que no haya nadie que lo controle, ya que se controla a sí mismo. Si tú insistes
en plantear esa exigencia, o bien es porque | quieres sustraerte al 150
deber mediante ella, o porque tienes tanto miedo de ti mismo que hasta querrías que se te declarase incapacitado; pero ambas cosas son erróneas y repudiables.

Si tienes en cuenta lo que he explicado anteriormente tal y como lo expliqué, no te será difícil discernir que, cuando fijo en el amor la interioridad del deber, no lo hago con la salvaje angustia con que a menudo esto ocurre en algunos hombres, cuya prosaica sensatez ya ha aniquilado lo inmediato y ahora, como en sus viejos tiempos, se han plegado al deber; hombres que, en su ceguera, no podrían

burlar lo puramente natural con mayor fuerza ni ensalzar el deber de manera más necia, como si de ese modo éste fuese algo diferente de lo que tú llamas por ese nombre. Gracias a Dios no conozco tales quebrantamientos, no he huido con mi amor hacia comarcas y desiertos intransitables en los que me perdería en mi soledad[162], y tampoco he pedido consejo a los vecinos y lugareños respecto de lo que debería hacer; ese aislamiento y esa particularización son igualmente erróneas. He tenido permanentemente en mí, incluso en lo más general, *impressa vestigia* [huellas marcadas] de lo que es el deber. He notado también que hay instantes en los que la única salvación es dejar hablar al deber, que es saludable hacer que éste se reprenda a sí mismo, no con la apesadumbrada pusilanimidad de un *heautontimoroumenos* [verdugo de sí mismo][163], sino con toda seriedad y todo énfasis; pero no le he temido al deber, no se me ha mostrado como un enemigo que perturbaría en lo más mínimo la dicha y la alegría que yo esperaba preservar a lo largo de mi vida, sino que se me mostró como un amigo, el primer y el único allegado de nuestro amor. Pero esa capacidad de tener siempre abierto el panorama, ésa es la bendición del deber, mientras que el amor romántico se extravía o se paraliza a causa de su carácter ahistórico.

Dixi et animan meam liberavi [He hablado y he aligerado mi alma][164]; no porque mi alma haya estado hasta ahora atrapada y se haya procurado aliento merced a esta minuciosa expectoración, sino porque sólo ha gozado de su libertad en un saludable respiro. Lo que en danés llamamos *Aandedrag* es en latín *re-spiratio*, término que denota el reflujo de algo que, primero, ha fluido hacia afuera. En la respiración, el organismo goza de su libertad; así también en este escrito he gozado de mi libertad, de la libertad que tengo a diario.
151 | Recibe, pues, con buena disposición lo que de buena fe se te ofrece. Si consideras que es demasiado poco como para satisfacerte, y en caso de que no te haya sido posible disponerte mejor, fíjate si no has olvidado alguna que otra regla de astucia. Hay una canción popular serbia en la que se describe a un monstruoso gigante dotado de un apetito no menos monstruoso. Éste se acerca a un campesino pobre y quiere compartir su cena. El campesino le sirve lo que la casa puede ofrecer de acuerdo a sus pobres recursos. Los ávidos ojos del gigante ya han devorado todo y calculado con toda seguridad que no habría quedado más satisfecho si se lo hubiese comido realmente. Se sientan a la mesa. Al campesino no se le ocurre pensar que no habría lo suficiente para ambos. El gigante va a coger la fuente, y el campesino lo detiene diciendo: en mi casa se tiene por costumbre

comenzar con una oración; el gigante lo consiente, y he aquí que hubo lo suficiente para ambos.

Dixi et animam meam liberavi; pues a aquella a la que sigo amando con la juventud del primer amor, a ella la he liberado también, no porque antes haya estado atada, sino porque, junto a mí, ha hallado contento en nuestra libertad.

Al recibir ahora mi afectuoso saludo, recibe también, como de costumbre, un saludo de ella, con la amistad y la sinceridad de siempre.

Hace mucho desde la última vez que te vi en nuestra casa. Esto puedo decirlo tanto en sentido propio como en sentido figurado; pues pese a que en cierto modo te he visto siempre aquí durante las catorce noches que he dedicado a esta carta *instar omnium*, no es en sentido propio sino en sentido figurado como te he visto, no ya en mi casa, en mi sala, sino en mi acera, de la que casi he querido apartarte al barrer junto a mi puerta[165]. Esta ocupación, incluso, no me ha sido ingrata, y sé que tampoco tú tomarás a mal mi proceder. Más grato aún me resultaría, sin embargo, verte en nuestra casa tanto en sentido propio como en sentido figurado; esto lo digo con todo el orgullo de esposo que se siente al poder utilizar la fórmula: en nuestra casa; lo digo con todo el humano respeto que cualquier individuo puede estar seguro de hallar siempre «en nuestra casa». Por eso no recibirás para el próximo domingo una invitación familiar a perpetuidad, es decir, para un día entero; ven cuando quieras: eres siempre bienvenido; quédate todo el tiempo que quieras: eres siempre un huésped agradable; vete cuando quieras: siempre se te despide bien.

NOTAS

1. Cf. 2 Sam 12,1-7.
2. Variación de la sentencia latina *Dum excusare credis, accusas.*
3. Fil 2,12.
4. 1 Cor 9,26
5. Probable alusión a las características del primer «estadio erótico» descrito en los «Papeles de *A*». Véase *O lo uno o lo otro*, vol. 1, pp. 97 ss.
6. Cicerón, *De natura deorum* 3, 40, en *M. Tullii Ciceronis opera omnia*, ed. de J. A. Ernesti, Halle, ²1757, ctl. 1224-1229; vol. 4, p. 604.
7. Referencia al personaje de un relato de Adelbert von Chamisso, *Peter Schlemihl's wundersame Geschichte*, Nürnberg, 1835 [1814], ctl. 1630. Dicho personaje, tras conseguir que Peter Schlemihl le venda su sombra a cambio de un monedero mágico, enrolla la sombra y se la mete en el bolsillo para volver a sacarla cuando le da la gana.
8. Referencia al relato homérico en el Canto X de la *Odisea*.

9. Antigua institución situada entonces en lo que es actualmente Åboulevard en Copenhague. Funcionó primero como casa de beneficencia y, desde 1833, como lugar de trabajos forzados para delincuentes y vagabundos.
10. La escena descrita tiene lugar junto a los montículos que bordeaban los bastiones de la ciudad.
11. Cf. Job 2,9.
12. Cf. Fil 4,7.
13. Cf. Fil 2,6; 8.
14. En danés, *Skyggebilleder*, literalmente «figuras de sombra», figuras proyectadas en la pared a través de siluetas recortadas. Esta expresión era ya utilizada en un sentido mucho más amplio en el lenguaje de la época. En el título de la obra de H. C. Andersen *Skyggebilleder af en Reise til Harzen, det sachsiske Schweitz*, por ejemplo, parece tener el sentido de «recuerdos».
15. Augustin Eugène Scribe, dramaturgo francés. Los «Papeles de *A*» incluyen un ensayo sobre una de sus obras. Véase *O lo uno o lo otro*, vol. 1, pp. 243 ss.
16. *For evig! eller: Medicin mod Elskovsruus! Lystpil i to Acter* [¡Por siempre!, o Remedio contra la ebriedad del amor. Comedia en dos actos], de Scribe y Varner. La obra fue representada 19 veces entre 1833 y 1840 en el Teatro Real de Copenhague.
17. Se trata de la novela de J. W. von Goethe *Las afinidades electivas* (1809), en *Goethe's Werke. Vollständige Ausgabe letzter Hand*, vols. 1-55, Stuttgart & Tübingen, 1828-1833, ctl. 1641-1668; vol. 17, 1828, pp. 47-57.
18. Cita del poema de Lord Byron «To Eliza» (1807). Kierkegaard disponía de la traducción alemana de E. Ortlepp, en *Lord Byron's sämmtliche Werke*, vols. 1-10, Stuttgart, 1839, ctl. 1868-1870; vol. 1, p. 83.
19. Referencia a una frase de la pieza de A. Dumas *Gabrielle de Belle-Isle*. Cf. la versión danesa de Th. Overskou, en el *Repertoire* del Teatro Real de Copenhague 132 (¿1841?), p. 2.
20. Cf. Mt 17,1-8; 1 Tes 4,17.
21. Véase Horacio, *Epistolae* 1, 4, 6; *Q. Horatii Flacci opera*, Leipzig, 1828, ctl. 1248, p. 230.
22. Véase *O lo uno o lo otro*, vol. 1, p. 147.
23. Referencia al pacto celebrado entre el mencionado sultán de Egipto y Ricardo Corazón de León en 1192, durante la cuarta cruzada.
24. Probable alusión a la distinción hegeliana entre la infinitud positiva y la infinitud «mala» o negativa. Cf. G. W. F. Hegel, *Encyklopädie der philosophischen Wissenschaften* (1817), «Die Logik», § 94, en *Werke, Jubiläumsausgabe*, ed. de H. Glockner, Stuttgart, 1965 (en adelante: *Werke, Jub.*), vol. 6, p. 184. En el contexto del hegelianismo danés, véase el artículo de J. L. Heiberg «Et Par Ord om det Uendelige»: *Kobenhavns flyvende Post* 100 (Copenhague) (15 de diciembre de 1828).
25. En danés, *Forstandsgiftemaal*. Traduzco esta expresión de manera más o menos literal, a fin de anticipar el sentido que desarrollan las frases siguientes. La expresión «matrimonio por conveniencia» sería más corriente en español.
26. Referencia no identificada.
27. Referencia a un relato de J. K. A. Musäus, en *Volksmärchen der Deutschen*, vols. 1-5, Wien, 1815, ctl. 1434-1438; vol. 3, p. 133.
28. Cf. Lc 1,37.
29. Montaña en la que, según la tradición popular alemana, se reunían las brujas la noche de Valpurgis (noche del 1 de mayo). Leyendas análogas se refieren a otras montañas en Alemania, Hungría y Suecia.
30. Cf. 2 Tim 4,7: «He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe».

31. En danés: *Syngemester Basils*, en referencia al aria de Basilio en *Las bodas de Fígaro* de W. A. Mozart.
32. Cf. Mt 16,26.
33. Referencia al relato bíblico de Mt 2,16.
34. Cita de los primeros versos de la «Copla de los estudiantes» del poeta danés Chr. Wilster, en *Digtninger*, Copenhague, 1827: «El primer azote que recibimos en la escuela / fue el del verbo latino *amare*».
35. Cf. Jn 1,14; Heb 9,26.
36. Heb 6,4-6.
37. Referencia al poema de Lord Byron «The first Kiss of Love» (1807), en *Lord Byron's sämmtliche Werke*, cit., vol. 1, p. 22. La primera estrofa del poema alude también a Adán y Eva.
38. Alusión a un pasaje de *Labyrinthen* [El laberinto] del poeta danés J. Baggesen, en *Jens Baggesens danske Værker*, vols. 1-12, Copenhague, 1827-1832, ctl. 1507-1520; vol. 10, p. 59.
39. Cf. Gén 24.
40. El autor presupone la concepción hegeliana del judaísmo tal como ésta es expuesta en *Vorlesungen über die Philosophie der Religion*, ed. de Ph. Marheineke, vols. 1-2, Berlin, 1840, ctl. 564-565, en *Werke, Jub.*, vol. 16, pp. 81 s.
41. Alusión a la creencia popular según la cual una muchacha podía ver en sueños a su futuro esposo si expresaba de esta manera su deseo la noche de la Epifanía. Cf. J. M. Thiele, *Danske Folkesagn*, series 1-4, vols. 1-2, Copenhague, 1819-1823, ctl. 1591-1592; serie 3, vol. 2, p. 96.
42. En danés, *alle Julemærker*, literalmente, «todas las señales de la Navidad»; la expresión *for alle Julemærker* es usual en el sentido de «a juzgar por las apariencias», «a lo que parece». En el contexto cultural danés, el término *Julemærke* remite a la antigua costumbre de efectuar marcas en las vigas del techo indicando el clima de los doce días que van del 25 de diciembre al 6 de enero, interpretado como un anuncio del clima correspondiente a los doce meses del año que comienza.
43. El borrador correspondiente a este pasaje remite a «Rosenkranz, pp. 308 & 309». Se trata de J. K. F. Rosenkranz, quien en sus *Kritische Erläuterungen des Hegel'schen Systems*, Königsberg, 1840, ctl. 745, hace alusión a la opinión del naturalista católico J. H. Pabst según la cual «la concepción del matrimonio como acercamiento a Dios se nos ha vuelto verdaderamente chocante». Rosenkranz añade entonces una interpretación de raíz presuntamente luterana, a saber, que «los seres humanos no podemos negar la vida sexual, y el matrimonio engloba en sí mismo el apetito, lo subordina al régimen del espíritu y santifica la vida natural».
44. La Iglesia noruego-danesa contaba desde el año 1685 con un ritual específico para la confesión de una persona que hubiera cometido un pecado grave, especialmente de índole criminal y sexual. En este caso el individuo, antes de que el pastor pudiera perdonar sus faltas, debía presentarse en la puerta del coro, oír un discurso de amonestación y confesar de rodillas sus pecados en presencia de los feligreses. Este rito dejó de ser utilizado poco menos de un siglo después.
45. Referencia al rito nupcial de la Iglesia danesa, en el que se lee: «Pues, para vuestro consuelo, sabéis y creéis que vuestro estado cuenta con la gracia y la bendición de Dios» (*Forordnet Alter-Bog for Danmark*, pp. 260 s.). Lutero observa a este respecto que los esposos cuentan con el agrado de Dios, puesto que viven y proceden según el orden de la creación (cf. *Geist aus Luther's Schriften oder Concordanz*, vol. 1, p. 619).
46. Cf. Gál 5,16-17.
47. Cf. Rom 8,7; 7,18-20; Ef 2,3.
48. Cf. Lc 17,11-19; Mt 8,1-4.
49. Referencia al rito nupcial, en el que se lee: «Y Dios dijo al hombre: 'Puesto

que escuchaste la voz de tu esposa y comiste del árbol acerca del cual te ordené que no comas' [...]» (*Forordnet Alter-Bog for Danmark*, p. 260). El texto corresponde a Gén 3,17.

50. Cf. *Forordnet Alter-Bog for Danmark*, pp. 259 s.: «Vosotras, mujeres, sed sumisas a vuestros propios esposos en tanto que señor; pues el hombre es la cabeza de la mujer [...] así también las mujeres deben ser sumisas a sus propios esposos en todas las cosas»; y luego, dirigiéndose a la mujer: «tu voluntad ha de someterse a tu esposo, y él ha de ser tu señor» (cf. Ef 5,22-24; Gén 3,16).

51. Gén 1,28. Cf. *Forordnet Alter-Bog for Danmark*, p. 261.

52. *Ibid.*, p. 257.

53. *Ibid.*, pp. 256 s.

54. El uso de esta expresión en las páginas subsiguientes muestra que se trata de una referencia al mito escandinavo en el que Frigg, esposa de Odín, hace que todas las cosas del mundo juren que no dañarán a su hijo Bálder. Según la leyenda, Frigg olvida tomarle juramento al muérdago, que luego será utilizado para dar muerte a Bálder. El relato aparece ya en forma escrita en la *Gesta danorum* de Saxo y es retomada en el melodrama de Ewald *Balders Død*, así como en la pieza mitológica de A. Oehlenschläger *Baldur hin Gode*, en *Nordiske Digte*, Copenhague, 1807, ctl. 1599, pp. 140-149.

55. Véase Virgilio, *Eneida* 6, 258; *Virgili Maronis opera*, ed. de J. Baden, vols. 1-2, Copenhague, 1778-1780, vol. 2, p. 75.

56. Cf. Lc 7,36-50.

57. Véase *supra*, n. 54.

58. Referencia a la ópera *Don Giovanni* de W. A. Mozart, acto I, escenas 13 y 18.

59. A diferencia del luteranismo, que en este punto sigue la recomendación paulina (1 Tim 5,14) de volver a casarse si el cónyuge ha muerto, «los moralistas cristianos antiguos, así como los católicos, rechazaron con mayor o menor firmeza el segundo matrimonio» (W. M. L. de Wette, *Lærebog i den christelige Sædelære og sammes Historie*, trad. de C. E. Scharling, Copenhague, 1835, ctl. 871, pp. 235 ss.).

60. En danés, *sjælelig*.

61. Cf. Mt 22,30.

62. Cf. J. G. Fichte, *Grundlage des Naturrechts*, en *Johann Gottlieb Fichte's sämmtliche Werke*, vols. 1-11, Berlin & Bonn, 1834-1846, ctl. 489-499; vol. 3, pp. 315 s.

63. En *Las bodas de Fígaro* de W. A. Mozart, acto I, escena 7, Basilio proclama que «el matrimonio es la más tonta de las cosas serias».

64. Alusión al dicho griego «He aquí Rodas, he aquí el salto», utilizado en la fábula 33 de Esopo, según la variación efectuada por Hegel, «hier ist die Rose, hier tanze» (cf. G. W. F. Hegel, *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, *Werke*, *Jub.*, vol. 7, p. 35).

65. Cf. J. L. Heiberg, *Alferne. Eventyr-Comedie i een Act* (1835), escena 4, en *Skuespil*, vols. 1-7, Copenhague, 1833-1841, ctl. 1553-1559; vol. 6, p. 66.

66. Nombre de la esposa de Sócrates, caracterizada en diversos relatos como una mujer exigente e iracunda.

67. Cf. 1 Cor 13,4-7. Kierkegaard cita este pasaje según la edición danesa de 1819 del Nuevo Testamento.

68. Cf. Mt 6,34.

69. Un ejemplar de la edición original de *Enten-Eller* contiene una observación manuscrita asociada a este pasaje: «Zenón dice: el sabio se casa y hace que la finalidad del matrimonio sea el hecho de tener hijos». La cita procede de W. G. Tennemann, *Geschichte der Philosophie*, vols. 1-11, Leipzig, 1798-1819, ctl. 815-826; vol. 4, p. 145.

70. Cf. Gén 1,28.

71. Cf. Gén 2,18.

72. Alusión a Gén 3.

73. Cf. Gén 3,6; 12-13; 16-19; 1 Tim 2,14.

74. Gén 1,28.

75. 1 Tim 2,11-12; 15.

76. Cf. Gén 2,18; 21-24; Ef 5,25-31; 22-24; Gén 3,17-19; Gén 1,27-28; 31; Prov 18,22.

77. En una versión previa a la redacción definitiva, Kierkegaard añade: «Creo que es un pasaje tomado de la epístola a los Efesios o de la primera a Timoteo», y cita a continuación un párrafo del *Libro de Altar* (*Forordnet Alter-Bog for Danmark*, pp. 259 s.) que corresponde al texto de Ef 5,25-31; 22-24.

78. Alusión a la primera frase de la comedia de L. Holberg *Barselstuen* [La sala de parto] (1724), en la que el sirviente, cuyo nombre no es Henrik sino Troels, dice: «Me comprometo a hacer cincuenta de estos niños al año, no es un gran milagro» (en *Den Danske Skue-Plads*, vols. 1-7, Copenhague [1758-1788], ctl. 1566-1567; vol. 2, p. 59).

79. La costumbre de colocar un regalo en la cuna está asociada al momento del bautizo. En el rito bautismal se solicita también el bautizo como un «don» o «regalo» de Dios. Cf. *Forordnet Alter-Bog for Danmark*, pp. 244 s.

80. Cf. Rom 8,20.

81. En danés, *Assessor*.

82. Frederiksberg, área situada en ese entonces fuera de la fortificación de la ciudad de Copenhague. Contaba con 2.304 habitantes en 1840.

83. *Ilíada* I, 530.

84. La frase no ha sido localizada en fuentes de la época, pero se encuentra en colecciones de proverbios editadas con posterioridad.

85. Alusión a la parábola del hombre rico y Lázaro (Lc 16,25): «Acuérdate de que recibiste ya tus bienes en vida y Lázaro recibió males, y ahora él es aquí consolado y tú eres atormentado».

86. Cita de M. E. G. Théaulon de Lambert, *Den lille Rodhætte. Lyrisk Tryllespil i tre Acter* [Caperucita Roja. Encantamiento lírico en tres actos], con música de A. Boyeldieu, trad. danesa de N. T. Bruun, Copenhague, 1819, acto I, escena 10, p. 35. En la canción se le pregunta a Jeanette por qué se aparta de las alegrías de la juventud y busca la soledad.

87. Véase *O lo uno o lo otro*, vol. 1, pp. 63 s.

88. Eclo 36,24-26. Kierkegaard cita la versión danesa de 1740 del Antiguo Testamento.

89. Cf. Gén 16,1-4; 15-16; Gén 21, 8-14.

90. Cf. Neh 4,17.

91. La misma idea se encuentra en J. G. Fichte, *Grundlage des Naturrechts* (1796), *Werke*, cit., vol. 3, pp. 313-315, 327-329.

92. Cf. la descripción de la espada de Vaulundur en el poema de A. Oehlenschläger *Vaulundurs Saga*, en *Poetiske Skrifter*, vols. 1-2, Copenhague, 1805, ctl. 1597-1598; vol. 2, p. 29.

93. Cf. Heb 11,13; Ef 22,19.

94. En la leyenda del Holandés Errante, éste ha sido condenado a navegar eternamente por haber blasfemado contra Dios.

95. J. Baggesen, «Scheerenschleifer-Epopee», en *Jens Baggesen's poetische Werke in deutscher Sprache*, vols. 1-5, Leipzig, 1836; vol. 2, p. 228. El segundo verso está tomado de una antigua canción alemana.

96. Combinación de dos pasajes bíblicos, Ap 14,13; Heb 4,10.

97. Cf. Jn 15,1-6.
98. Cf. 1 Pe 3,15.
99. Cita de «Ein Jüngling liebt ein Mädchen», de H. Heine, en *Buch der Lieder*, Hamburg, 1827, p. 144.
100. Cf. Gén 1,27-29; 31.
101. Cf. Gén 3,16-17.
102. Cf. Gén 3,16; Ef 5,22-23; cf. *Forordnet Alter-Bog for Danmark*, pp. 260 y 269.
103. *Forordnet Alter-Bog for Danmark*, p. 243; cf. Sal 51,7.
104. *Ibid.*, p. 242.
105. Probable alusión a 1 Tim 2,14.
106. Gén 2,18; cf. *Forordnet Alter-Bog for Danmark*, p. 258.
107. Gén 2,24; *Forordnet Alter-Bog for Danmark*, p. 259.
108. Gén 3,19; cf. *Forordnet Alter-Bog for Danmark*, p. 261.
109. *Forordnet Alter-Bog for Danmark*, pp. 256 s.
110. En danés, *Kirsten-Gifterkniv*, personaje de la comedia de L. Holberg *Den forvandlede Brugdom*, en *Den Danske Skue-Plads*, vols. 1-7, Copenhague [1758/1788], ctl. 1566-1567; vol. 6, pp. 104 ss.
111. Véase *Forordnet Alter-Bog for Danmark*, pp. 256 s.
112. El boceto correspondiente a este pasaje hace referencia a la *Fenomenología del espíritu* de G. W. F. Hegel. Cf. *Werke, Jub.*, vol. 2, pp. 71 s.
113. Frase latina atribuida a Filipo II de Macedonia, así como posteriormente a N. Maquiavelo y a Luis XI de Francia.
114. Cf. Mt 17,20.
115. Cf. Lc 21,19.
116. Cf. 1 Tim 4,4.
117. En danés, *Ugelspil*, personaje de la literatura popular alemana. Véase *Underlig og selsom Historie, om Tiile Ugelspegel. En Bondes Son, barnefod udi det land Brunsvig*, Copenhague, s.f. [entre 1812 y 1842], ctl. 1469.
118. Cf. A. Oehlenschläger, «Skattegraveren», en *Digte*, Copenhague, 1803, p. 29.
119. Según la expresión atribuida al emperador Calígula: «Si el pueblo romano tuviese un solo cuello...», la cual da a entender que, en ese caso, bastaría un solo corte para degollarlos a todos. Cf. *Caji Svetonii Tranquili Tolv forste Romerske Keiseres Levnetsbeskrivelse*, trad. danesa de J. Baden, vols. 1-2, Copenhague, 1802-1803, ctl. 1281; vol. 1, p. 312.
120. Cf. *ibid.*, p. 231, donde se dice que, durante el primer año de su mandato, el emperador Domiciano acostumbraba a encerrarse algunas horas a cazar moscas.
121. Según el *Kirke-Ritual for Danmark og Norge* de 1685, el pastor debía dar los nombres de las parejas que proponían casarse, con el fin de que las personas que tuvieran alguna objeción la dieran a conocer a tiempo. Este acto se repetía durante tres domingos consecutivos.
122. Las amonestaciones de matrimonio (véase la nota precedente) se efectuaban después del sermón.
123. Cf. J. W. von Goethe, *Die Wahlverwandtschaften*, cap. 8, cit., p. 300.
124. Cf. Mt 10,32; Mc 8,38.
125. El autor juega con la idea de marcar con una cruz los árboles que han de ser cortados, junto a la idea de marcar la Cruz sobre aquello que debe ser protegido de algún mal.
126. Cf. Lc 17,33
127. Cita no identificada en las obras de F. de Salignac de la Mothe-Fénelon. Kierkegaard poseía el volumen *Herrn von Fenelons kurze Lebens-Beschreibungen und Lehr-Sätze der alten Welt-Weisen*, Leipzig, 1741, ctl. 486, y adquirió más tarde dos ediciones de las obras de Fénelon en alemán, ctl. 1912-1914.

128. Según la tradición, el príncipe G. Potemkin, amante de Catalina II de Rusia, había colocado bastidores pintados a lo largo del camino que la zarina debía recorrer en su visita a Crimea, para crear la ilusión de que había florecientes ciudades en la zona.
129. Cf. Job 38,11.
130. Probable alusión a «Van den Machandel-Boo», en *Kinder- und Haus-Märchen* [Cuentos infantiles y hogareños], ed. de J. & W. Grimm, vols. 1-3, Berlin, 1819-1822, ctl. 1425-1427; vol. 1, p. 236.
131. Cf. Gén 3,19
132. J. W. von Goethe, *Wahlverwandtschaften*, cit.
133. Referencia a la crisis económica que tuvo lugar a comienzos del siglo XIX, incluyendo la bancarrota del Estado danés en 1813 y la cesión de Noruega a Suecia. Dinamarca había poseído hasta entonces la segunda flota comercial más importante del mundo.
134. El mote dado a este rey (1052-1095) hace referencia a la hambruna que azotó Dinamarca en ese período.
135. Cf. 1 Tim 4,7.
136. Alusión al título de la obra de Chr. H. Spiess, trad. danesa de L. A. Hjort, *Mine Rejser gjennem Ulykkens Huler og Elendighedens Boliger* [Mis viajes por las cavernas de la desdicha y las moradas de la miseria], vols. 1-4, Copenhague, 1802-1803.
137. Cf. Horacio, *Ars poetica* 323.
138. Cita de un sermón de Martín Lutero sobre el evangelio de Marcos 8,1-9. Cf. la traducción danesa de J. Thisted, *En christelig Postille sammendragen af Dr. Morten Luthers Kirke- og Huuspostiller*, vols. 1-2, Copenhague, 1828, ctl. 283; vol. 1, p. 441.
139. «La costumbre es la segunda naturaleza» (*consuetudo est altera natura*). Cf. Cicerón, *De finibus bonorum et malorum*, 5, 25 (74); *Tullii Ciceronis opera omnia*, cit.; también *Über das höchste Gut und Uebel*, trad. alemana de C. V. Hauff, Tübingen, 1822, ctl. 1237, p. 244.
140. Cf. G. W. Leibniz, *Nouveaux essais sur l'entendement humain*, 2, 27; *God. Guil. Leibnitii opera philosophica, quae exstant*, ed. de J. E. Erdmann, vols. 1-2, Berlin, 1839-1840, ctl. 620; vol. 2, pp. 277 s.
141. En danés, *Vexel-Virkning*. Aplicado en este contexto, el término alude al título de uno de los escritos de *A*, «La rotación de cultivos» *(Vexel-Driften)*, en *O lo uno o lo otro*, vol. 1, pp. 289 ss.
142. Cf. Mt 11,25.
143. Testimonio escrito o certificación en sentido jurídico.
144. Cf. G. W. Leibniz, *Discours de Métaphysique*, XXI.
145. Cf. Jn 1,29.
146. Cf. Lev 24,5-9; Mc 2,26.
147. Cf. F. W. J. Schelling, *Über das Verhältniss der bildenden Künste zu der Natur*; *F. W. J. Schelling's philosophische Schriften*, vol. 1, Landshut, 1809, ctl. 763, pp. 364 ss.
148. Cf. F. W. J. Schelling, *System des transcendentalen Idealismus*, Tübingen, 1800, pp. 436 s.
149. Probable referencia a la discusión acerca del «vivir poéticamente» en la obra de Fr. von Schlegel *Lucinde. Ein Roman*, Stuttgart, 1835, pp. 103 ss.
150. Referencia no identificada. Kierkegaard vierte la misma idea en uno de sus cuadernos de notas del año 1836 (*Papirer* I C 80).
151. Referencia a Julius, personaje de *Lucinde* de Fr. von Schlegel. Véase *supra*, n. 149.

152. El autor emula la caracterización paulina del amor en 1 Cor 13,4-7.

153. Probable referencia a una fábula popular (cf. J. M. Thiele, *Danske Folkesagn*, series 1-4, vols. 1-2, Copenhague, 1819-1823, ctl. 1591-1592; serie 4, vol. 2, p. 150), o a un poema de A. Oehlenschläger, *Digte*, Copenhague, 1803, pp. 88 s.

154. Cf. 1 Pe 3,4.

155. Alusión a Don Quijote.

156. Cf. Horacio, *Ars poetica*, 365.

157. El contexto permite suponer que el autor alude al signo de notación musical correspondiente al «sostenido», es decir, la elevación de un semitono.

158. Cita de A. Oehlenschläger, «Freiers Sang ved Kilden» [Canción de Freia junto al manantial], en *Nordens Guder. Et episk Digt* [Dioses del Norte. Poema épico], Copenhague, 1837 [1819], ctl. 1600, pp. 272 s.

159. *Mester Erich*, nombre de la vara con que el personaje Nille azota a su esposo Jeppe en la comedia de L. Holberg *Jeppe på Bjerget, eller den forvandlede Bonde* [Jeppe en la montaña, o el campesino demudado]. Cf. *Den Danske Skue-Plads*, acto I, escena 1.

160. Cf. Dt 6,5 (versión danesa del Antiguo Testamento, 1740).

161. Se alude a la frecuente imagen de este libro del Antiguo Testamento como un texto que acentúa los aspectos negativos de la existencia.

162. Véase el pasaje de Chateaubriand utilizado como epígrafe en esta obra. Cf. *Atala, ou les amours de deux sauvages dans le désert*, Paris, 1801.

163. *Heauton timorumenos* es el título de una comedia de Terencio. Cf. *P. Terentii Afri Comoediae sex*, ed. de M. B. F. Schmieder & F. Schmieder, Halle, 1819, ctl. 1291, pp. 210-306; *Terentses Skuespil*, trad. de Fr. Hoegh Guldberg, vols. 1-2, Copenhague, 1805, ctl. 1293; vol. 1, pp. 269-393.

164. Dicho derivado de la traducción latina de Ez 3,19.

165. El dicho corriente «barrer junto a su propia puerta» tiene el sentido figurado de «atender o corregir sus propias faltas». Se sobreentiende: en lugar de barrer la acera ajena.

| EL EQUILIBRIO ENTRE LO ESTÉTICO Y LO ÉTICO EN LA FORMACIÓN DE LA PERSONALIDAD 153

| Amigo mío: 155

Vuelvo a decirte lo que tantas veces te he dicho, o, más bien, te lo grito: o lo uno o lo otro, *aut-aut*; introducir un solo *aut* a título correctivo no basta para arreglar las cosas, pues lo que está en juego es demasiado importante como para limitarse a una de sus partes, demasiado consistente como para poseerlo de manera parcial. En la vida hay situaciones en las que sería ridículo y hasta insensato aplicar ese «o... o...»; pero hay también hombres cuya alma es demasiado disoluta como para captar lo que comporta ese dilema, cuya personalidad carece de la energía como para decir «o... o...» con *pathos* suficiente. Esa expresión me ha marcado de manera profunda y sigue haciéndolo, en especial cuando la utilizo a secas, en cuyo caso comporta la posibilidad de dar curso a las más terribles contradicciones. Opera en mí como una fórmula de exorcismo, y mi alma cobra una enorme seriedad, a veces es casi como un sacudimiento. Pienso en mi temprana juventud, cuando con una confianza pueril escuchaba hablar a los mayores sin entender muy bien la importancia que el hecho de elegir tiene en la vida, cuando, aun eligiendo según las indicaciones de otro, el momento de la elección me resultaba solemne y venerable. Pienso en momentos posteriores de mi vida en los que, encontrándome en una encrucijada, mi alma maduraba a la hora de la decisión. Pienso en muchos otros casos de mi vida, menos importantes pero igualmente valiosos para mí, en los que era preciso elegir; pues aunque esas palabras cobren su significación absoluta en una situación única, a saber, cuando indican por un lado la verdad, la justicia y la santidad, y por otro lado aspiraciones y flaquezas, pasiones oscuras y perdición, también es importante elegir de manera correcta cuando lo que se elige es en sí y para sí algo inofensivo, probarse a uno mismo que ni siquiera con dolor se emprendería el retroceso hacia el punto del que se ha partido, y dar gracias a Dios si lo único que hay que reprocharse es el hecho de haber perdido el tiempo. En

156 el habla cotidiana uso | esas palabras como lo hacen otros, pues no
hacerlo sería una estúpida pedantería; muchas veces me ocurre, sin
embargo, que me doy cuenta de haberlas aplicado a cosas totalmente
irrelevantes. Entonces se despojan de su modesto atuendo, me olvido
de los insignificantes pensamientos que separan, y se me presentan
en toda su dignidad y magnificencia. En el lenguaje diario sucede con
esas palabras lo mismo que con un dignatario que en el uso cotidiano
aparece vestido de civil y se mezcla con la multitud, sin mayores di-
ferencias, pero que se destaca entre los demás cuando se presenta en
su autoridad. Esas palabras aparecen como uno de esos dignatarios
que sólo suelo ver en ocasiones solemnes, y mi alma siempre cobra
seriedad. Pese a que, en alguna medida, mi vida ha pasado por su «o...
o...», sé muy bien que puede haber muchos casos en los que cobrará
su significado pleno. Pero espero que esas palabras me encuentren al
menos dignamente dispuesto cuando se me crucen en el camino, y
tener la suerte de elegir lo correcto; en cualquier caso, me esforzaré
por elegir con una seriedad sin tapujos, y de ese modo puedo contar
con que, al menos, me alejaré de la senda incorrecta.

Y tú, tú que las utilizas tan a menudo que se te han vuelto casi un
refrán, ¿qué significado tienen para ti esas palabras? Absolutamente
ninguno. Recordaré con tus propios términos lo que son para ti: un
relámpago, un manotazo, un *coup des mains*, un abracadabra. Sabes
aplicarlas en cualquier ocasión, y no sin efecto; operan en ti como
una bebida fuerte en un neurasténico, te embriagas por completo en
lo que tú mismo llamas una locura superior. «Toda la sabiduría de
la vida está contenida en ellas; pero hasta ahora nadie las ha procla-
mado de modo tan conciso como aquel gran pensador y verdadero
filósofo de la vida que, a la manera de un dios que se dirigiera a
una humanidad doliente bajo la figura de un espantajo, le dijo a un
hombre que había dejado caer su sombrero: 'Si lo recoges recibirás
una paliza, y si no lo recoges recibirás también una paliza, así que tú
eliges'». Te agrada mucho «consolar» a la gente que se dirige a ti en
un caso crítico; escuchas su relato y les dices: sí, ahora puedo ver con
claridad que hay dos casos posibles, se puede hacer esto o aquello, y
mi sincera opinión y consejo de amigo es, pues, que tanto si lo haces
como si no lo haces, en ambas situaciones te arrepentirás[1]. Pero quien
157 se burla de los demás | se burla de sí mismo, y no es casual que tu
concepción de la vida se concentre en una única proposición, «tan
sólo digo: o... o...», sino que es una burla extrema respecto de ti
mismo, una funesta prueba de la flojedad de tu alma. Si fueses real-
mente serio, no habría nada que hacer contigo, habría que aceptarte
tal como eres y lamentar que la pesadumbre y la frivolidad hayan

debilitado tu espíritu. Sabiendo que no es así, uno se ve tentado, en
cambio, no ya a compadecerte sino a anhelar que las circunstancias
de tu vida te cojan alguna vez en su cepo y te obliguen a exhibir eso
que se aloja en ti, que puedan efectuar un examen estricto en el que
la charlatanería y los chistes no serían suficientes. Dices que la vida es
una mascarada y que es para ti una inagotable materia de diversión;
hasta ahora nadie ha logrado conocerte, pues toda manifestación es
siempre un engaño, y sólo de esa manera puedes respirar, impedir
que la gente te atosigue y te dificulte la respiración. Te empeñas en
mantener tu escondite, y lo logras, pues tu máscara es la más enigmá-
tica de todas; no eres nada, sólo eres en relación con otros, y lo que
eres, lo eres en esa relación. En el mismo momento de languidez en
que tiendes tu mano a una complaciente pastora, te enmascaras con
todo el sentimentalismo de un pastor, engañas a un venerable padre
espiritual con un beso fraterno, etc. En cuanto a ti, no eres nada,
eres una figura enigmática en cuya frente se lee «o... o...», «pues ése
es mi lema, y esas expresiones no son, como creen los gramáticos,
conjunciones disyuntivas, sino que se corresponden de modo inse-
parable, y por eso deberían escribirse en un solo término, pues las
dos juntas forman una interjección que le grito a la humanidad de la
misma manera que se le grita ¡hala! a un judío»[2]. Pese a que todas esas
declaraciones tuyas no me afectan y, si lo hacen, es a lo sumo porque
me provocan una justa indignación, te contestaré por tu propio bien:
¿no sabes que a la medianoche llega la hora en que todos tienen que
desenmascararse? ¿Crees que es siempre posible burlarse de la vida
y escapar poco antes de la medianoche con el fin de evitarlo? ¿No
te horroriza eso? He visto en la vida hombres que engañaron a los
demás durante tanto tiempo, que su verdadera naturaleza terminó
siendo incapaz de manifestarse; he visto hombres que permanecieron
escondidos durante tanto tiempo, que la locura les llevó a imponer
a otros sus pensamientos clandestinos, algo tan repulsivo como | el 158
hecho de haberlos ocultado hasta entonces. ¿O puedes imaginarte
algo más horrible que el que tu naturaleza acabe disolviéndose en algo
múltiple, que llegues realmente a ser muchos, una legión, como esos
desdichados seres demoníacos[3], y que pierdas de esa manera lo que
hay de más íntimo y sagrado en un hombre, el poder de cohesión
de la personalidad? De verdad, no deberías burlarte de algo que no
sólo es serio, sino también terrible. En todo hombre hay algo que,
en cierta medida, le impide llegar a ser del todo transparente; pero
eso puede ocurrir también en un grado extremo, un hombre puede
enredarse en circunstancias de vida que lo exceden hasta el punto de
no poder casi manifestarse; pero quien no puede manifestarse, no

puede amar, y quien no puede amar es el más infeliz de todos. Y tú haces esto mismo por mera travesura, practicas el arte de volverte enigmático para los demás. Supón, mi joven amigo, que no haya nadie dispuesto a descifrar tu enigma, ¿cuál sería entonces tu aliciente? Pero, ante todo, por tu propio provecho, por tu propia liberación, ya que a ningún otro estado del alma, que yo sepa, le cabe mejor el nombre de perdición, detén ese vuelo salvaje, esa pasión destructiva que arde en ti; pues eso es lo que quieres, quieres destruirlo todo, quieres saciar el hambre de existencia que la duda te provoca. Con ese fin te instruyes y agudizas tu mente, pues tú mismo admites que eres un bueno para nada, que lo único que te apetece es dar siete vueltas en torno a la existencia tocando la trompeta para entonces dejar que todo se derrumbe[4], para que tu alma pueda hallar alivio e incluso volverse nostálgica, para lograr que se produzca un eco, ya que el eco se oye sólo en el vacío.

Pero no puedo seguir acompañándote por esta senda; será que mi cabeza, si así lo quieres, es demasiado débil como para poder mantener los ojos puestos en algo que está siempre tambaleándose, o, yo diría, demasiado fuerte como para adaptarse a ello. Así que abordaré el asunto desde otro ángulo. Imagina un hombre joven, en la edad en que la vida empieza a tener importancia para él; es sano, íntegro, alegre, inteligente, está lleno de esperanzas y es la esperanza de todos quienes lo conocen; imagina, aunque me cuesta tener que decirlo, que se ha engañado respecto de ti y ha creído que eres un hombre serio, probo y experimentado en quien podría seguramente hallar dilucidados los enigmas de la vida; imagina que se dirigiera a ti con la amable confianza que caracteriza a los jóvenes, con la impostergable urgencia que es prerrogativa de la juventud, ¿qué le responderías? ¿Acaso sería
159 tu respuesta: Yo, lo único que digo, es o... o...? | ¿O sacarías la cabeza por la ventana, como sueles hacer cuando quieres mostrar tu rechazo a verte involucrado en los asuntos sentimentales de los demás, para decirle: paso de largo? ¿O lo tratarías como a aquellos otros que quieren oír tus consejos o buscan tu instrucción, y a los que eludes como si se tratara de quien recauda el dinero para la Iglesia, diciendo que no eres más que un inquilino en la vida, y no un padre de familia y un hombre establecido? ¡A que no! Un hombre joven e inteligente, eso es algo que tú tienes en muy alta estima. Pero tu relación con él no sería exactamente la que deseabas, no entrarías en contacto con él en un encontronazo incidental, tu ironía no se vería tentada. Pese a ser él el más joven y tú el mayor, él, en su noble juventud, habría dado seriedad al instante. ¿No es cierto que también tú querrías rejuvenecer? ¿No es cierto que captarías la belleza del hecho de ser

joven, pero también su seriedad? ¿Que la manera en que uno utiliza su juventud no es nunca algo indiferente, que a uno se le plantea una elección, un verdadero «o... o...»? Como te darás cuenta, no se trata tanto de que uno forme su espíritu, sino de que la personalidad de uno madure. Darías curso a tu benevolencia, a tu simpatía, te valdrías de ella al hablarle; fortalecerías su alma, reforzarías la confianza que el mundo le inspira, le asegurarías que hay en el hombre un poder capaz de desafiar al mundo entero, le recomendarías con todo vigor aprovechar el tiempo. Puedes hacer todo eso, y puedes hacerlo bien si así lo quieres. Pero presta atención a lo que te digo, jovencito, pues así es como hay que seguir llamándote, aunque no seas joven. ¿Qué harías entonces? Admitirías lo que normalmente te niegas a admitir, la importancia de ese «o... o...». ¿Y por qué? Porque el amor por ese joven habría conmovido tu alma; pero de algún modo lo engañarías, pues podría ser que se topara contigo en algún otro momento en el que no estarías en modo alguno dispuesto a admitirlo. He ahí el lamentable resultado al que se llega cuando la naturaleza de un hombre no puede revelarse de manera armoniosa. Creerías haber hecho lo mejor, pero tal vez lo habrías lastimado; tal vez habría preferido mantenerse al margen de tu actitud de desconfianza hacia la vida antes que refugiarse en la fraudulenta confianza subjetiva que tú le aportarías. Imagina que al cabo de algunos años volvieras a encontrar a ese joven lleno de vida, de alegría, de espíritu, de osados pensamientos y airosas expresiones, y que, sin embargo, tu finísimo oído detectara
| fácilmente la duda en su alma, que sospecharas que también él ha 160
llegado al ambiguo precepto: lo único que digo es «o... o...». ¿No es cierto que sentirías pena por él, que sentirías que ha perdido algo, algo muy esencial? Pero eso no te apena cuando se trata de ti mismo, estás satisfecho y hasta orgulloso de tu ambiguo precepto, tan orgulloso que no puedes admitir compartirlo con otro, pues en eso quieres ser el único. Pero por otra parte te parece lamentable, y según tu franca opinión es lamentable que ese joven haya llegado al mismo precepto. ¡Qué enorme contradicción! Todo tu ser está en contradicción consigo mismo. Pero de esa contradicción sólo puedes salir valiéndote de un «o... o...»; y yo, que te amo más sinceramente de lo que tú amarías a aquel joven, yo, que he experimentado en mi vida la importancia de la elección, me alegro de que seas todavía joven, pues si tienes o, mejor, si quieres tener la energía suficiente, por más que siempre te faltará algo, podrás ganar aquello que es lo principal en la vida, podrás ganarte a ti mismo, adquirirte a ti mismo.

Si un hombre pudiese mantenerse siempre en la cúspide del instante de la elección, si pudiese dejar de ser un hombre para, en

lo más hondo de su ser, no ser más que un etéreo pensamiento, si la personalidad no tuviera otro sentido que el de ser un duende capaz de permanecer inalterado pese a participar de los movimientos, si ése fuese el caso, sería absurdo que a un hombre pueda hacérsele demasiado tarde para elegir, ya que, en un sentido más profundo, no se podría hablar de elección alguna. La elección misma es decisiva para el contenido de la personalidad; ésta, al elegir, se sumerge en lo elegido, y si no elige, se atrofia y se consume. Por un instante puede ser, o puede parecer, que hay que elegir entre cosas que están fuera de quien elige, que éste no guarda relación alguna con ellas, que puede mantenerse indiferente frente a ellas. Tal es el instante de la deliberación; pero en realidad éste, lo mismo que el platónico, no es nada[5], y mucho menos en la acepción abstracta en la que tú quieres tomarlo, y es menos cuanta más atención se le presta. Lo que hay que elegir guarda la más profunda relación con aquel que elige, y, si se trata de una elección concerniente a una cuestión vital, es preciso que el individuo viva al mismo tiempo, y por eso llega fácilmente a alterar la elección cuando la posterga, por más que delibere y delibere, creyendo mantener así bien separados los opuestos de la
161 elección. | Al considerar de ese modo el «o... o...» de la vida, uno no se ve fácilmente tentado a hacer bromas al respecto. En ello se advierte que el impulso interior de la personalidad no tiene tiempo para experimentos, que se precipita siempre hacia adelante, y que de un modo u otro postula esto o aquello, con lo cual la elección resulta más difícil en el instante siguiente, pues hay que retirar lo postulado. Imagínate que un piloto en su barco, en el instante en que debe hacer girar el timón, se pusiera a decir: puedo hacerlo o no hacerlo; claro que si no es un piloto mediocre, tomará también conciencia de que el barco sigue mientras tanto su curso habitual y que, por consiguiente, sólo por un instante es indiferente que lo haga o no lo haga. Así también con el hombre: si olvida prever ese curso, llega finalmente el instante en el que ya no se trata de un «o... o...», no porque haya elegido, sino porque no lo ha hecho o, para expresarlo de otro modo, porque otros han elegido por él, porque se ha perdido a sí mismo.

De acuerdo a lo desarrollado hasta aquí, puedes ver que considero la elección de una manera esencialmente distinta a como tú lo haces, en caso de que yo pueda hablar a este último respecto; tu manera de considerar la elección es diferente, en efecto, por el hecho de que la evita. El instante de la elección es para mí de la mayor seriedad, no tanto en razón del escudriñamiento de aquello que en la elección se presenta separado, no en razón de la variedad de pensamientos

enlazados a cada término, sino porque se corre el riesgo de que, en el instante siguiente, ya no esté a mi alcance poder elegir, que algo que ya ha sido vivido deba volver a ser vivido; uno se equivoca, en efecto, si cree que alguien puede mantener por un instante su personalidad en blanco o, en un sentido aún más estricto, detener e interrumpir la vida personal. Antes de que uno elija, la personalidad está ya interesada en la elección, y, si uno posterga la elección, la personalidad, o los poderes ocultos en ella, elige de manera inconsciente. Cuando la elección ha sido hecha, y en caso de que uno no esté totalmente desvanecido, como he observado anteriormente, se descubre que hay algo que debe ser rehecho, algo de lo que hay que retractarse, y a menudo esto es muy difícil. En los cuentos se habla de hombres a los que las sirenas o los tritones sometían al poder de su música demoníaca[6]. Para romper el hechizo, dice el cuento, era preciso que el hechizado tocara la misma pieza al revés, sin equivocarse ni una sola vez[7]. Se necesita mucha profundidad para pensar esto, aunque sea enormemente difícil llevarlo a cabo, pero es | así; uno tiene que 162
extirpar el error que se ha metido dentro de uno, y comenzar de cero cada vez que yerra. He ahí la razón por la cual es importante elegir, y elegir a tiempo. Tu método, en cambio, es otro, pues sé muy bien que el aspecto polémico que le muestras al mundo no constituye tu verdadera esencia. Si la deliberación fuese la tarea impuesta al hombre, tú estarías cerca de la perfección. Tomaré un ejemplo. Para que éste sea adecuado para ti, naturalmente, la contradicción debe ser drástica: o pastor, o actor. Tal es el dilema. Entonces se despierta toda tu energía pasional, la reflexión se aferra con uñas y dientes a la idea de ser pastor. No tienes descanso, piensas en ello día y noche; lees todos los libros que encuentras, vas a la iglesia tres veces cada domingo[8], te haces amigo del pastor, escribes sermones que te lees a ti mismo, estás muerto para el mundo durante un semestre. Y entonces estás preparado, ahora puedes hablar acerca de lo que es ser pastor con una idoneidad y evidenciando una experiencia mayor a la de cualquiera que haya sido pastor durante veinte años. Te llenas de indignación cuando te topas con alguno que no es capaz de desgañitarse dando un discurso realmente altisonante. ¿Eso es entusiasmo?, te preguntas. Comparado con ellos, yo, que no soy pastor, que no me he consagrado a serlo, hablo con la voz de los ángeles. Puede que eso sea cierto; pero tú, entretanto, no has llegado a ser pastor. Y entonces te conduces de manera semejante en relación al otro problema, y tu entusiasmo de artista casi sobrepasa tu clerical elocuencia. Ahora estás listo para la elección. Pero uno puede estar seguro de que se han perdido muchas cosas a lo largo de las hazañas mentales en las

que has vivido, pequeñas observaciones y consideraciones. Por eso, en el momento en que tienes que elegir, esos desechos cobran vida y movimiento, y aparece una nueva alternativa que tiene algo en común con ambas partes: jurista, tal vez abogado. Y entonces estás perdido. Pues en el mismo momento eres un abogado lo bastante idóneo como para demostrar que es correcto agregar un tercer término. Así transcurre tu vida. Has desperdiciado la mitad de un año en esas deliberaciones, has contenido todas las fuerzas de tu alma con una energía admirable, pero después de eso no has avanzado ni un solo paso. Entonces se corta el hilo del pensamiento, te vuelves impaciente, apasionado, te pones a sangre y fuego, y continúas: o peluquero, o tesorero de un banco, todo lo que digo es «o... o...».
163 No es de extrañar que esa expresión se te haya vuelto un | escándalo y una locura[9], «que te resulte como los brazos de una virgen cuyo abrazo sería la pena de muerte»[10]. Desprecias a los hombres, te burlas de ellos, y te has convertido en lo que más detestas: en un crítico, un crítico universal de todas las facultades. A menudo no puedo evitar sonreír cuando pienso en ti, pero es lamentable que tus aptitudes mentales, que en verdad son sobresalientes, se desperdicien de ese modo. Claro que allí vuelve a darse la misma contradicción de tu naturaleza, pues sabes advertir cuándo algo es ridículo, y Dios libre y guarde al que cae en tus manos si ése es su caso; pero la única diferencia es que éste tal vez agacha la cabeza y se desploma, mientras tú, en cambio, te aligeras, elevas la frente y te alegras como nunca, te beatificas a ti mismo y a los demás con el Evangelio: *vanitas vanitatum vanitas*[11], ¡hurra! Pero eso no es elegir, es lo que en buen castizo se llama dejar correr el agua, o una mediación como la que consiste en hacer que once unidades sean una docena. Y entonces te sientes libre, te despides del mundo[12]:

> Y voy hacia lo distante,
> Sin otro cobertizo que las estrellas[13].

Ya ves, tú mismo admites no haber elegido precisamente la mejor parte; pero lo cierto es que no has elegido, y punto, o que has elegido en un sentido impropio. Tu elección es una elección estética, y una elección estética no es una elección. En definitiva, el elegir es expresión propia y rigurosa de lo ético. Siempre que se trata de una alternativa en sentido estricto, uno puede estar seguro de que lo ético está en juego. La única alternativa absoluta es la elección entre el bien y el mal, y ésta es absolutamente ética. En cuanto a la elección estética, o bien es algo totalmente inmediato y, por consiguiente,

no es ninguna elección, o bien se pierde en lo múltiple. Así, cuando una muchacha se guía por lo que su corazón elige, esa elección, por bella que sea, no es en sentido estricto elección alguna, ya que es totalmente inmediata. Cuando un hombre sopesa de manera estética una multitud de problemas vitales, como tú mismo en lo precedente, no obtiene sencillamente una alternativa, sino una multitud de ellas, dado que en ese caso lo autodeterminante de la elección no se acentúa de modo ético, y dado que, cuando no se elige de manera absoluta, se elige sólo para el momento, y, por ende, se puede elegir otra cosa en el instante siguiente. Por eso la elección ética es, en un sentido, mucho más fácil, mucho más simple, pero en | otro sentido 164
es infinitamente más difícil. El que quiere definir éticamente su tarea en la vida, por lo general, no tiene mucho que elegir; el acto de la elección, en cambio, significa para él mucho más. Yo diría incluso, si estás dispuesto a entenderme como corresponde, que en la elección no se trata tanto de elegir lo correcto, sino de la energía, de la seriedad y del *pathos* con que se elige. Allí es donde la personalidad se proclama en su infinitud interior, y de esa manera, a su vez, la personalidad se consolida. Por eso, aun cuando un hombre ha elegido lo incorrecto, descubre haber elegido lo incorrecto en razón justamente de la energía con la que eligió. Pues cuando la elección es llevada a cabo con toda la interioridad de la personalidad, su naturaleza resulta purificada, y él mismo es conducido a una relación inmediata con el poder eterno que, estando presente en todas partes, penetra la totalidad de la existencia. Esa transfiguración, esa unción suprema, no la alcanza jamás aquel que elige de manera meramente estética. Pese a toda su pasión, el ritmo de su alma no es más que un *spiritus lenis*.

Te grito mi «o... o...» como lo haría un Catón[14], y, sin embargo, no como un Catón, ya que mi alma no ha adquirido aún la resignada frialdad que él poseía. Pero sé que sólo este conjuro, si cuento con la fuerza suficiente, será capaz de hacerte despertar, no ya a la actividad del pensamiento, pues eso no te falta, sino a la seriedad del espíritu. Puede que, aun careciendo de ella, logres efectuar muchas cosas, y hasta es posible que dejes estupefacto a todo el mundo (pues no soy tan avaro), pero se te escapa lo más alto, lo único que en verdad da sentido a la vida; tal vez ganes el mundo entero y te pierdas tú mismo[15].

¿Qué es, pues, lo que separo con mi «o... o...»? ¿El bien y el mal? No, sólo quiero llevarte al punto en el que esa elección cobre verdaderamente sentido para ti. De eso se trata. El hombre elige lo justo sólo cuando se le hace estar en la encrucijada, de manera que no le queda otra salida que elegir. En el caso, por tanto, de que

hayas visto llegar el instante de la elección ya antes de leer este concienzudo análisis que se te envía nuevamente en forma de carta, en ese caso deshazte del resto y no te preocupes, que no has perdido nada; pero elige, y verás cuánto valor hay en ello, pues ni siquiera una muchacha puede ser tan feliz respecto de lo que su corazón elige como lo es un hombre que ha sabido elegir. O bien uno ha de vivir de manera estética, o bien de manera ética. Aquí, como hemos
165 dicho, no se trata de una elección en sentido estricto, | pues el que vive de manera estética, no elige, y el que elige lo estético después de que lo ético le fue mostrado, no vive de manera estética, pues es un pecador, y se encuentra bajo determinaciones éticas por más que su vida deba caracterizarse como antiética. He ahí, por así decirlo, el *character indelebilis* de lo ético, pues pese a situarse en el mismo nivel que lo estético, lo ético es propiamente lo que hace que la elección sea una elección. Y lo lamentable respecto de la vida de los hombres es que muchos de ellos pasan su vida en una tranquila perdición; viven hacia afuera, no en el sentido de que el contenido de la vida vaya desplegándose paulatinamente y apropiándose en ese despliegue, sino que viven como fuera de sí mismos, se esfuman como sombras; su alma inmortal se desvanece, y los atemoriza la pregunta acerca de su inmortalidad, pues se han disuelto ya antes de morir. No viven de manera estética, pero lo ético tampoco se les ha mostrado íntegramente; tampoco lo han rechazado realmente, y por eso no pecan, a menos que sea pecado el hecho de no ser ni lo uno ni lo otro; tampoco tienen dudas acerca de su inmortalidad, pues el que duda al respecto por cuenta propia y de manera profunda e íntima, ése halla lo que es justo. Por cuenta propia, digo, y ya es hora de ponerse en guardia frente al magnánimo y heroico objetivismo de tantos pensadores que no piensan por su propia cuenta sino por la de todos. Si alguien dice que lo que exijo aquí es amarse a sí mismo, mi respuesta es que ello se debe a que no se tiene idea alguna acerca de ese «sí mismo», y que de poco serviría que un hombre ganara el mundo entero y se perdiera a sí mismo, y que, por necesidad, una demostración que no comienza por convencer al que la postula no es una buena demostración.

Mi «o... o...» no designa tanto la elección entre el bien y el mal, sino que designa la elección mediante la cual uno elige el bien y el mal, o los excluye. El asunto es bajo qué determinaciones considera uno la existencia y vive uno mismo. Es cierto que quien elige el bien y el mal elige lo bueno, pero esto sólo se nota después; lo estético no es el mal, sino la indiferencia, y por eso he dicho que lo ético constituye la elección. De ahí que no se trate tanto de elegir entre

querer el bien y querer el mal, como de elegir querer, si bien de esa manera, a su vez, quedan puestos el bien y el mal. El que elige lo ético elige lo bueno, pero allí lo bueno es totalmente | abstracto, su 166
esencia está meramente puesta, y de ello no se sigue en modo alguno que quien elige no vuelva a elegir lo malo, pese a que ha elegido lo bueno. Ahí ves nuevamente lo importante que es elegir, y que aquello de lo que se trata no es tanto la deliberación como el bautismo de la voluntad, el cual hace que ésta sea acogida en lo ético. Cuanto más tiempo pasa, tanto más difícil resulta elegir, pues el alma está siempre en uno de los términos del dilema, y por eso resulta más y más difícil desprenderse. Pero esto es necesario cuando hay que hacer una elección, y es incluso de extrema importancia cuando la elección significa algo; más tarde mostraré que éste es el caso.

Tú sabes que nunca me he hecho pasar por un filósofo, y mucho menos cuando converso contigo. En parte para provocarte un poco, y en parte porque ésa es realmente mi más cara, valiosa y, en algún sentido, significativa posición en la vida, suelo presentarme como un esposo. No he dedicado mi vida al arte y a la ciencia; las cosas por las que me he sacrificado carecen de importancia cuando se las compara con aquéllas; me sacrifico por mi obra, por mi mujer, por mis hijos, o, mejor dicho, no me sacrifico por ello, sino que en ello encuentro mi satisfacción y mi alegría. Eso no tiene importancia comparado con aquello por lo que tú vives; y, sin embargo, mi joven amigo, ten cuidado, no sea que eso tan importante, y por lo cual te sacrificas realmente, te engañe. Pese a que no soy un filósofo, no puedo sino arriesgarme a emprender aquí una breve deliberación filosófica, y te pediré no tanto que la critiques, sino que la tomes *ad notam*. Pues el resultado polémico a partir del cual resuenan todos tus himnos de batalla acerca de la existencia guarda un extraño parecido con la teoría predilecta de la nueva filosofía, a saber, que el principio de contradicción ha sido suprimido[16]. Ya sé que el punto de partida que tú tomas es algo repugnante para la filosofía, pero me parece que ella misma incurre en el mismo error, y que, si no se lo nota en seguida, es porque su emplazamiento no es tan correcto como el tuyo. Tú estás en el plano del obrar, mientras que la filosofía está en el plano de la contemplación. Por eso, tan pronto como se la quiere hacer pasar a la práctica, llega al mismo resultado que tú, sólo que no se expresa de la misma manera. Tú mediatizas los opuestos en una locura superior; la filosofía, en cambio, en una unidad superior. Tú te diriges al porvenir, pues la acción es esencialmente cosa del porvenir; tú dices: puedo hacer esto o aquello, pero sería tan loco hacer una cosa como hacer la otra, | *ergo* no hago nada. La filosofía se dirige al pasado, a 167

la totalidad de la historia vivida por el mundo, y muestra cómo los momentos discursivos entran en un unidad superior que mediatiza y mediatiza. No me parece en modo alguno, sin embargo, que eso responda a lo que pregunto, pues mi pregunta concierne al tiempo futuro. De alguna manera, tú sí respondes, pese a que tu respuesta es una insensatez. Doy por supuesto que la filosofía tiene la razón, que el principio de contradicción ha sido realmente suprimido, o que los filósofos lo suprimen a cada instante en una unidad superior ante el pensamiento. Pero esto no puede ser válido para el tiempo futuro, ya que las contradicciones tienen que haber estado ya dadas antes de que yo pueda mediatizarlas. Pero si la contradicción se presenta, entonces hay un «o... o...». El filósofo dice: así ha sido hasta ahora; yo pregunto: qué he de hacer yo si no quiero ser un filósofo, pues me resulta evidente que, si lo quisiera, tendría que mediatizar el tiempo pasado. Esto, por un lado, no responde a mi pregunta acerca de lo que he de hacer, pues aunque yo fuese la mente filosófica más brillante que ha vivido sobre la tierra, tiene que haber alguna otra cosa que yo deba hacer, en lugar de sentarme a considerar el pasado; por el otro lado soy un esposo, y no una mente filosófica, pero me dirijo con todo respeto a quienes cultivan esa ciencia a fin de saber qué he de hacer. Sin embargo, no obtengo respuesta alguna, pues el filósofo mediatiza el pasado y se encuentra en él; el filósofo se apresura tanto en dirección al pasado que, como el poeta dice acerca de un anticuario, no le queda en el presente otra cosa que los faldones de su traje[17]. Ya ves que en esto coincides con los filósofos. Coincidís en que la vida se detiene. Para el filósofo, la historia universal ha concluido, y él mediatiza. Por eso está a la orden del día en nuestra época la triste imagen de esos jóvenes que han podido hallar una mediación entre el cristianismo y el paganismo, que han podido jugar con los titánicos poderes de la historia, y que no podrían decirle a un hombre cualquiera qué ha de hacer de su vida, y que no saben tampoco qué han de hacer ellos con la suya. Tú has expuesto de diversas maneras el tipo de resultado que prefieres obtener; subrayaré una de ellas, puesto que en eso te asemejas notablemente al filósofo, si bien su real o pretendida seriedad le prohíbe participar del exigido impulso que a ti tanto te divierte. Si alguien te pregunta si firmarías una petición dirigida al rey, o si estarías a favor de una Constitución o una legisla-
168 ción fiscal, o si te unirías a | esta o aquella causa benéfica, la respuesta es: «Venerables congéneres, os confundís conmigo, yo no estoy con vosotros, estoy fuera, estoy fuera como una pequeña e insignificante 'ese' española»[18]. Lo mismo hace el filósofo, está fuera, no participa, envejece de tanto escuchar los cantos del pasado, oye las armonías

de la mediación. Yo respeto la ciencia y honro a quienes la cultivan, pero la vida tiene también sus exigencias, y aunque si viese a alguien dotado de una mente privilegiada perderse en el pasado no sabría bien, aparte de respetarlo, qué juicio o qué opinión me merecería, me quedaría tranquilo a causa de sus capacidades intelectuales; en nuestra época no me resulta extraño que un grupo de jóvenes, si bien sería imposible que todos ellos poseyesen una mente apta para la filosofía, sean presa de la filosofía favorita de la época o, como me vería tentado a llamarla, la juvenil filosofía de la época. Tengo respecto de la filosofía una fundada exigencia, como la tiene cualquiera a quien ella no descarte a causa de una total incapacidad. Soy un hombre casado y con hijos. ¿Qué sucedería si en nombre de éstos le preguntara a la filosofía qué ha de hacer un hombre en la vida? Tal vez te sonrías, como se sonreirá en todo caso la juventud filosófica frente a un padre de familia, pero creo que el hecho de que la filosofía no tenga nada que responder es en verdad un terrible argumento en su contra. Si el curso de la vida se ha detenido, si la generación actual puede tal vez vivir de la observación, ¿de qué vivirá la próxima? ¿De observar eso mismo? La generación pasada no ha logrado nada, no ha dejado nada que haya que mediatizar. Ya ves que aquí vuelvo a colocarte junto a los filósofos, y a todos os digo: lo más alto se os escapa. Aquí mi condición de esposo me ayuda a explicar mejor lo que pienso. Si un esposo dijera que el matrimonio perfecto es el matrimonio sin hijos, incurriría en el mismo malentendido que los filósofos. Hace de sí mismo algo absoluto; pero cualquier esposo advertirá que eso carece tanto de verdad como de belleza, y que el hecho de que aquél llegue a ser sólo un momento, como llega a serlo respecto de un hijo, es algo mucho más verdadero.

Pero tal vez he ido ya demasiado lejos, tal vez me haya ocupado de indagar cosas que no debería, por un lado porque no soy un filósofo, y, por el otro, porque mi intención no es en modo alguno tratar contigo un fenómeno de la época, sino hablarte a ti, hacerte sentir de un modo u otro que eres tú a quien se habla. Ya que he ido tan lejos, sin embargo, | quiero meditar un poco más acerca de cuál 169
es el estatuto de la mediación filosófica de los opuestos. Si lo que he de decir carece de consistencia, quizá su seriedad no sea tan escasa, y ésa es la única razón por la que lo expondré aquí; mi propósito no es competir en pos de un rango filosófico, sino, ya que estoy con la pluma en la mano, de defender con ella lo mismo que en otros casos defiendo de otras y mejores maneras.

Tan cierto como que hay un futuro, así hay también un «o... o...». El tiempo en el que vive el filósofo no es el tiempo absoluto, es

sólo un momento, y el hecho de una filosofía sea estéril es siempre una circunstancia inquietante, algo que debe considerarse incluso como una deshonra para ella, de la misma manera que en Oriente se considera que la esterilidad es una vergüenza. Así, pues, el tiempo mismo pasa a ser un momento, y el filósofo pasa a ser él mismo un momento en el tiempo. Nuestra época se mostrará, por su parte, como un momento discursivo para una época posterior, y un filósofo de una época futura mediatizará nuestra época, y así sucesivamente. En este sentido la filosofía tiene razón, y habría que tratar como un error incidental el que la filosofía de nuestra época confunda nuestro tiempo con el tiempo absoluto. Sin embargo, es fácil advertir que la categoría de mediación resulta un poco perjudicada por ese hecho, y que la mediación absoluta sólo llega a ser posible cuando la historia termina o, en otros términos, que el sistema está en constante devenir. La filosofía, sin embargo, se ha atenido a constatar que hay una mediación absoluta. Esto es algo de extrema importancia, naturalmente, pues renunciar a la mediación es renunciar a la especulación. Por otro lado, el hecho de que eso sea admitido es algo para preocuparse, pues si se admite la mediación, no hay ninguna elección absoluta, y si no la hay, no hay un «o... o...» absoluto. Ésa es la dificultad; pero yo creo que ésta reside, por una parte, en confundir dos esferas, la del pensamiento y la de la libertad. Para el pensamiento, la contradicción no se sostiene, se resuelve en algo otro y, luego, en una unidad superior. Para la libertad, la contradicción se sostiene, puesto que la excluye. No confundo de ninguna manera el *liber arbitrium* con la verdadera libertad positiva, pues ésta tiene el mal fuera de ella misma y por toda la eternidad, si bien a la manera de una posibilidad impotente, y no se perfecciona dando cada vez mayor acogida al mal, sino
170 excluyéndolo cada vez más; | pero la exclusión es precisamente lo opuesto a la mediación[19]. Esto no me lleva a admitir el mal radical[20], como mostraré más tarde.

Las esferas de las que propiamente se ocupa la filosofía, las esferas que son propias del pensamiento, son la lógica, la naturaleza y la historia. Allí reina la necesidad, y por eso es válida la mediación. Nadie negará que ése es el caso de la lógica y de la historia; con la historia, en cambio, la cosa no es tan fácil, pues se dice que en ella reina la libertad. Creo, sin embargo, que a la historia se la considera de manera incorrecta, y de ahí viene la dificultad. Pues la historia es algo más que el producto de la acción libre de individuos libres. El individuo actúa, pero esa acción forma parte del orden de cosas que sostiene la existencia entera. El que actúa no sabe realmente cuál será el resultado. Pero ese orden de cosas superior que, por así

decirlo, asimila las libres acciones y las elabora en sus leyes eternas es la necesidad, y esa necesidad es el movimiento de la historia; de ahí que sea totalmente correcta la aplicación de la mediación por parte del filósofo, es decir, de la mediación relativa. Con respecto a una individualidad histórico-universal[21], puedo diferenciar las obras que la acompañan, como dice la Escritura[22], y las obras a través de las cuales aquélla pertenece a la historia. La filosofía no tiene nada que hacer con lo que cabría denominar el obrar interno, y ese obrar interno es la verdadera vida de la libertad. La filosofía se ocupa del obrar externo, y a éste, por su parte, no lo toma de manera aislada, sino integrado y transformado dentro del proceso de la historia universal. Dicho proceso es propiamente el objeto de la filosofía, y ésta lo trata bajo la determinación de la necesidad. Por eso deja de lado la reflexión, la cual quiere hacer notar que todo podría ser diferente; trata la historia universal de manera tal que no se plantea ningún «o... o...». Mi opinión, al menos, es que a esta consideración suya se le mezclan muchas estupideces e ineptitudes; no niego que los jóvenes hechiceros dispuestos a conjurar los espíritus de la historia me parecen ridículos, pero también me inspiran un profundo respeto los grandiosos logros de los que da prueba nuestra época. Como he dicho, la filosofía considera la historia bajo la determinación de la necesidad, no bajo la de la libertad; pues por más que se diga que el proceso de la historia universal es libre, lo es en el mismo sentido en que se habla del proceso organizador de la naturaleza[23]. En el
proceso histórico | no se plantea ningún «o... o...». ¿Pero hay algún 171
filósofo a quien se le ocurra negar que éste se le plantea al individuo que actúa? De ahí, a su vez, la manera despreocupada y conciliadora con que la filosofía trata a la historia y a sus héroes, puesto que los ve bajo la determinación de la necesidad. De ahí, a su vez, su falta de medios para hacer que el hombre actúe; su tendencia a hacer que todo se detenga, puesto que en realidad exige que uno actúe de manera necesaria, lo cual es una contradicción.

Así, aun el individuo más modesto tiene una existencia doble. Tiene también una historia, y ésta no es meramente el producto de sus propias acciones libres. Por el contrario, el obrar interno le pertenece sólo a él y le pertenecerá por toda la eternidad; es algo que la historia y la historia universal no pueden quitarle, algo que le acompaña para bien y para mal. En este mundo rige un absoluto «o... o...»; pero este mundo no tiene nada que ver con la filosofía. Supongamos un hombre mayor que considera los avatares de la vida que ha pasado; también él opera una mediación de los mismos en el pensamiento, puesto que su historia se ha entrelazado con la de la época; pero en lo más íntimo

de su ser no opera mediación alguna. Sigue abriéndose siempre un «o... o...», aquel que se abría al elegir. Si hay que hablar aquí de una mediación, podría decirse que se trata del arrepentimiento; pero el arrepentimiento no es ninguna mediación, no mira con vehemencia aquello que se ha de mediatizar, lo consume con su ira; pero esto es algo así como una exclusión, lo opuesto a la mediación. Aquí se ve, además, que no doy por supuesto el mal radical[24], puesto que postulo la realidad del arrepentimiento; es cierto que el arrepentimiento es expresión de la reconciliación; pero es también una expresión absolutamente irreconciliable.

Pero puede que me des la razón en todo esto. Tú, que en tantos casos haces causa común con los filósofos, salvo cuando por cuenta propia te propones burlarte de ellos, tal vez pienses que yo, en tanto que esposo, debería conformarme con ello y aplicarlo a los asuntos domésticos. Hablando con franqueza, no deseo ninguna otra cosa; pero me gustaría saber qué vida es la más alta, si la del filósofo o la del hombre libre. Cuando el filósofo es sólo filósofo, cuando se entrega a ello sin conocer la bienaventurada vida de la libertad, le falta algo importantísimo, pues gana el mundo entero pero se pierde a sí mismo[25]; esto no puede sucederle a quien vive para la libertad, por mucho que perdiera.

172 | Por eso lucho por la libertad (por un lado en esta carta, y por otro y ante todo en mí mismo), por el tiempo venidero, por lo uno o lo otro. Es un tesoro que me propongo legar a quienes amo en este mundo. Sí, si me llegara la última hora y mi pequeño hijo tuviese en ese momento la edad suficiente como para entenderme, le diría: no te dejo fortuna, ni títulos, ni dignidades; pero sé dónde está enterrado el tesoro que puede hacerte más rico que el mundo entero, y ese tesoro te pertenece, y no es a mí a quien tienes que agradecérselo, no sea que tu alma se pierda[26] por debérselo todo a un hombre; ese tesoro está depositado dentro de ti: hay un «o... o...» que hace que el hombre sea superior a los ángeles[27].

Interrumpo aquí esta consideración. Tal vez no sea suficiente para ti, tal vez tus ávidos ojos lo devoren sin llegar a saciarte; pero eso es porque los ojos son los últimos en saciarse[28], en especial cuando, como tú, no se tiene hambre, sino que sólo se sufre de un deseo de ver imposible de satisfacer.

Lo que se hace patente a través de mi «o... o...» es lo ético. No por ello se trata todavía de elegir alguna cosa, no se trata de la realidad de lo elegido, sino de la realidad del elegir. Pero eso es lo decisivo, y trataré de hacer que despiertes a ello. Hasta ese punto puede un hombre ayudar a otro; una vez que se lo ha alcanzado, la importancia

que el uno puede tener para el otro pasa a un segundo plano. En una carta anterior he observado que el ser de un hombre, por el hecho de haber amado, alcanza una armonía que nunca se pierde del todo; esta vez diré que el ser de un hombre, al elegir, alcanza una solemnidad, una serena dignidad que nunca se pierde del todo. Muchos asignan un valor extraordinario al hecho de haber podido mirar cara a cara a alguna notoria individualidad histórica. Es una impresión que nunca olvidan, que ha dotado a sus almas de una figura ideal que ennoblece su ser; y sin embargo, por muy significativo que sea, ese instante no es nada comparado con el instante de la elección. Cuando todo a su alrededor se ha acallado, solemne como una noche estrellada, cuando en el mundo entero el alma se queda sola, lo que hay ante ella no es un hombre notable, sino el poder eterno mismo, pues es como si el cielo se abriese[29], y el yo se elige a sí mismo, o mejor, se recibe a sí mismo. Entonces el alma ha visto lo más alto, aquello que ningún ojo mortal puede ver y de lo que nunca puede olvidarse, entonces la
personalidad recibe el título que la ennoblece por una | eternidad. 173
No es que aquél llegue a ser diferente de lo que era antes, sino que llega a ser él mismo; la conciencia se recoge, y él es él mismo. Así como un heredero, aunque herede todos los tesoros del mundo, no los posee antes de alcanzar la mayoría de edad[30], así también sucede incluso con la personalidad más modesta, que no es nada antes de elegirse a sí misma, y que, aun cuando deba calificársela como la personalidad más pobre, lo es todo cuando se ha elegido a sí misma; pues lo importante no es ser esto o aquello, sino ser sí mismo, y esto lo puede todo hombre, si así lo quiere.

En cierto sentido, no se trata de la elección de algo, y esto puedes verlo en el hecho de que aquello que se da del lado opuesto es lo estético, que es la indiferencia. Y sin embargo se trata de una elección, e incluso de una elección absoluta, pues sólo al elegir de manera absoluta puede uno elegir lo ético. Así, en la elección absoluta queda puesto lo ético; pero esto no implica que lo estético quede excluido. En lo ético, la personalidad se centra en sí misma, de manera que lo estético es excluido de modo absoluto, o es excluido como lo absoluto, pero de modo relativo sigue estando siempre ahí. En cuanto la personalidad se elige a sí misma, se elige a sí misma éticamente y excluye absolutamente lo estético; pero puesto que se elige a sí misma, y al elegirse a sí misma no llega a ser una esencia distinta, sino que llega a ser ella misma, todo lo estético retorna en su relatividad.

El «o... o...» que he planteado es, pues, absoluto en cierto sentido, ya que se da entre el elegir y el no elegir. Pero puesto que la elección es una elección absoluta, y entonces el «o... o...» es absoluto,

en otro sentido el «o... o...» absoluto acontece sólo con la elección, pues entonces se muestra la elección entre el bien y el mal. No me ocuparé aquí de esta elección puesta en y con la primera elección; lo único que quiero es obligarte a alcanzar el punto en el que se muestra la necesidad de la elección, para luego considerar la existencia bajo determinaciones éticas. No soy un rigorista ético, inspirado en una libertad formalmente abstracta; tan pronto como la elección está puesta, todo lo estético retorna, y, como verás, sólo entonces la existencia llega a ser bella, y sólo por este camino puede lograr un hombre salvar su alma y ganar el mundo entero, hacer uso del mundo sin abusar de él.

Pero ¿qué es vivir de manera estética, y qué es vivir de manera ética? ¿Qué es lo estético en un hombre, y qué lo ético? A esto responderé: lo estético en un hombre es aquello que él inmediatamente
174 es; lo ético es aquello a través de lo cual llega a ser lo que | llega a ser. El que vive en, por, de y para lo estético en él, ése vive de manera estética.

No es mi intención aquí seguir adentrándome en una consideración de las muchas cosas subyacentes a la referida definición de lo estético. También me parece ocioso intentar enseñarte qué es vivir de manera estética, pues te has ejercitado en ello con tanta virtuosidad que hasta podría yo reclamar tu ayuda. Pero quiero esbozar algunos estadios para que podamos abrirnos paso hacia el punto en el que realmente se sitúa tu vida, lo cual es importante para mí, no sea que te me escapes en seguida con uno de tus tan populares saltos al costado. Dudo, además, que sea capaz de enseñarte lo que es vivir estéticamente. Pues si bien remitiría a ti a cualquiera que quisiese vivir de manera estética, y serías el guía más adecuado para él, no te remitiría a alguien que en sentido eminente quisiese discernir qué es vivir de manera estética, pues en eso no podrías asesorarlo, precisamente porque eres parcial. Eso sólo puede explicárselo aquel que se encuentra en un peldaño más alto, o aquel que vive éticamente. Tal vez te veas tentado por un instante a burlarte de mí diciendo que entonces yo también soy parcial, y que por tanto no podría tampoco, por mi parte, dar una explicación satisfactoria respecto de lo que es vivir éticamente. Pero eso me brindaría tan sólo la ocasión de dar una explicación adicional. La razón por la que aquel que vive de manera estética no puede aclarar nada en sentido eminente, es que vive siempre en el momento, conoce siempre tan sólo de manera relativa, dentro de ciertos límites. No es mi intención negar que el vivir estéticamente puede exigir, cuando esa vida está en su punto más alto, una diversidad de dotes intelectuales, y que éstas deben estar incluso intensivamente desarrolladas en una

medida poco común; pero están atrofiadas, y la mayoría carece de ellas. De la misma manera se encuentran a menudo especies animales que disponen de sentidos mucho más agudos e intensivos que el hombre, pero que están atados a su instinto animal. Te pondré a ti como ejemplo. Yo nunca he negado tus dotes intelectuales, y la prueba la tienes en que muy a menudo te he reprochado que abusaras de ellas. Eres chistoso, irónico, observador, dialéctico, experimentado en los placeres, sabes calcular el instante, eres sentimental o descorazonado, todo según las circunstancias. Pero por detrás de todo esto estás siempre tan sólo en el momento, y por eso tu vida se disuelve, y te
es imposible explicarlo. | Si uno quiere aprender el arte del placer, 175
es totalmente acertado dirigirse a ti; pero si quiere entender tu vida, eso sería dirigirse a la persona equivocada. Tal vez encontraría en mí aquello que busca, pese a que no poseo de ninguna manera tus dotes intelectuales. Eres parcial, y es como si no tuvieras tiempo para superar esa parcialidad; yo no lo soy, ni en mi juicio acerca de lo estético ni acerca de lo ético, pues en lo ético, en efecto, estoy elevado por encima del instante, en libertad; y es una contradicción suponer que quien está en libertad es parcial.

Todo hombre, por escasas que sean sus dotes, por inferior que sea su posición en la vida, tiene por naturaleza la necesidad de formarse una visión de la vida, una idea acerca del significado y de la finalidad de la vida. También la tiene el que vive de manera estética, y su expresión más corriente, la que se ha oído en todos los tiempos y en los diferentes estadios, es ésta: hay que gozar de la vida. Por supuesto que aquélla varía mucho, según las diferentes ideas que se tienen acerca del goce, pero todos están de acuerdo en esa expresión: que hay que gozar de la vida. *Pero aquel que dice querer gozar de la vida pone siempre una condición, la cual puede ser exterior al individuo, o bien estar en el individuo de manera tal que no se encuentra ante él.* Te pediré que retengas estas expresiones en lo que concierne al último punto, ya que las he escogido a propósito.

Repasemos ahora muy brevemente esos estadios hasta arribar adonde tú estás. Puede que la expresión corriente que he propuesto para el vivir de manera estética te resulte ya un poco irritante, pero no podrás negar que es acertada. Con bastante frecuencia se te oye burlarte de la gente porque no saben cómo gozar de la vida, mientras que tú, en cambio, crees haberlo estudiado a fondo. Sí, es posible que no lo entiendan, pero en cuanto a la expresión misma están de acuerdo contigo. Tal vez presientas que esta meditación te llevará a tener que coincidir con personas que, por lo general, aborreces. Tal vez pienses que tengo que ser galante y tratarte como a un artista,

eludir en silencio a los improvisados, de los que ya has tenido suficiente en la vida y con los que de ningún modo deseas tener algo en común. Pero no hay nada que yo pueda hacer por ti, pues tienes algo en común con ellos, y algo muy esencial: nada menos que la visión de la vida, y aquello en lo que difieres de ellos es para mí algo sin importancia. No puedo evitar reírme de ti; mira, mi joven amigo,
176 | esto es para mí una maldición que me persigue: en tu arte tienes muchos camaradas que no te dignas a reconocer. Corres el peligro de encontrarte en pobre y mala compañía, tú, que eres tan distinguido. No niego que debe ser desagradable compartir una visión de la vida con uno de esos bebedores o aficionados a la caza, pues en alguna medida te encuentras más allá del ámbito estético, como mostraré más tarde.

Por grandes que puedan ser las diferencias dentro de lo estético, todos los estadios tienen esencialmente algo en común, a saber, que el espíritu no está determinado como espíritu, sino que está determinado de manera inmediata. Las diferencias pueden ser extraordinarias, desde la consumada falta de espíritu hasta el más alto grado de ingenio; pero incluso en el estadio en que aparece el ingenio, el espíritu no está determinado como espíritu, sino como don.

Haré destacar muy brevemente cada uno de los estadios y me detendré sólo en aquello que de un modo u otro podría adecuarse a ti o, según mi deseo, aquello que deberías aplicar a ti mismo. La personalidad está inmediatamente determinada de manera no espiritual sino física. Ahí tenemos una visión de la vida que nos enseña que la salud es el bien más precioso, aquello en torno a lo cual todo gira. Una expresión más poética de la misma visión es: la belleza es lo más alto. Claro que la belleza es un bien muy vulnerable, y por eso es poco frecuente ver realizada esa visión de la vida. Es frecuente ver a una muchacha o a un hombre joven que durante algún tiempo apuestan a su belleza, mas ésta los traiciona en seguida. Pero recuerdo que una vez la vi realizada con un éxito poco común. En mi época de estudiante solía ir de vacaciones a la casa de unos condes en la provincia. El conde había tenido antaño un cargo diplomático, ya era mayor y vivía en la calma campestre de su hacienda. La condesa había sido extraordinariamente hermosa de muchacha, y era todavía a su edad la dama más bella que jamás he visto. El conde, con su varonil belleza, había tenido gran éxito con el bello sexo en sus días de juventud; en la corte se recordaba todavía la hermosura del joven hidalgo. La edad no lo había doblegado, y una noble y auténticamente distinguida dignidad lo volvía aún más apuesto. Quienes los habían conocido en sus días de juventud aseguraban que eran la pareja más

bella que habían visto, y yo, que había tenido la suerte de conocerlos cuando eran ya mayores, lo consideraba natural, pues seguían siendo la pareja más bella que uno podía ver. Tanto el conde | como la 177
condesa eran muy educados, pero la visión de la vida de la condesa se centraba en la idea de que ambos constituían la pareja más bella del país. Recuerdo aún nítidamente un suceso que me lo confirmó. Era una mañana de domingo y había una pequeña fiesta en la iglesia vecina a la casa señorial. La condesa no había estado sintiéndose bien y no se atrevió a asistir; el conde, en cambio, fue por la mañana, revestido de toda su pompa, con el uniforme de gentilhombre ornado de medallas. Las ventanas del salón grande daban a la avenida que conducía a la iglesia. La condesa estaba junto a una de ellas, vestida con un exquisito traje mañanero, realmente encantadora. Yo había ido a informarme de su estado de salud y dialogaba animadamente con ella acerca de la regata prevista para el día siguiente, cuando por la avenida, a lo lejos, se vio venir al conde. Ella calló, se puso más hermosa aún de lo que yo jamás la había visto, su rostro cobró casi una cierta melancolía; el conde estaba ya tan cerca que podía verla a través de la ventana, ella le lanzó un beso lleno de gracia y distinción, y luego me miró y me dijo: «¿No es cierto, pequeño Wilhelm, que mi Ditlev es el hombre más apuesto de todo el reino? Sí, ya sé que va un poco inclinado hacia un lado, pero nadie puede notarlo cuando yo estoy junto a él, y, cuando vamos juntos, seguimos siendo, con todo, la pareja más hermosa del país entero». La dicha de una muchacha de dieciséis años comprometida con un joven hidalgo no sería mayor que la que Su Gracia sentía por el ya maduro hidalgo.

Ambos tenían una concepción de la vida según la cual se debe gozar de ella, algo que tiene su condición en el individuo mismo, pero de manera tal que ésta no es el puesta por el individuo mismo.

Seguimos adelante. Nos encontramos con concepciones de la vida que enseñan que se debe gozar de ella, pero que ponen la condición para ello fuera del individuo. Tal es el caso de todas las concepciones de vida en las que la riqueza, los honores, la nobleza, etc., son tomados como tarea y contenido de la vida. Aquí mencionaré también un cierto tipo de enamoramiento. Supongamos una muchacha enamorada con toda el alma, cuyos ojos sólo anhelaban poder ver a su amado, cuya alma sólo pensaba en él, cuyo corazón sólo deseaba pertenecerle, para quien él era lo único importante, ya fuese en el cielo o en la tierra; ésta es también una concepción estética de la vida cuya condición está fuera del individuo mismo. A ti, | naturalmente, 178
te parece que es una necedad amar de ese modo, crees que eso sólo sucede en la novelas. Pero cabe pensar en ello, y tal es así, que ese

amor parecería algo extraordinario a los ojos de muchos. Más tarde te explicaré por qué no puedo menospreciarlo.

Seguimos adelante. Hay concepciones que nos enseñan que hay que gozar de la vida; pero la condición para ello está en el individuo mismo, si bien de manera tal que no es él quien la pone. Aquí la personalidad está determinada, en general, como talento. Es talento práctico, talento mercantil, talento matemático, talento poético, talento artístico, talento filosófico. Puede ser que uno no se conforme con el talento en su inmediatez y lo eduque de una manera o de otra, pero la condición para la satisfacción en la vida es el talento mismo, y ésta es una condición que no está puesta por el individuo. Los hombres en los que se encuentra esta concepción de la vida están entre aquellos de los que sueles burlarte una y otra vez a propósito de su incansable actividad. Piensas que tú mismo vives de manera estética y te niegas por completo a admitir que ellos también lo hacen. Reconozco que tú concibes de otra manera el gozar de la vida, pero eso no es lo esencial, lo esencial es querer gozar de ella. Tu vida es mucho más distinguida que la vida de aquéllos, pero la de ellos es también mucho más inocente que la tuya.

Así como todas estas concepciones de la vida tienen en común el hecho de ser estéticas, también se parecen entre sí por tener una cierta unidad, una cierta coherencia, que todo gira en torno a una cosa determinada. Aquello sobre lo cual construyen su vida es en sí mismo algo simple, por eso no la fragmentan como hacen los que construyen su vida sobre lo que es en sí mismo algo plural. Éste es el caso de una concepción de vida en la que me detendré un poco más. Su enseñanza es «goza de la vida», y su explicación, «vive según tu deseo». El deseo, sin embargo, es en sí mismo una pluralidad, con lo que se ve fácilmente que esta vida se dispersa en una pluralidad ilimitada, a menos que el deseo de cierto individuo esté orientado desde la infancia hacia un deseo único, algo que habría que llamar más bien una inclinación, una afición como, por ejemplo, la pesca, la caza, la cría de caballos, etc. Puesto que esta concepción de la vida se dispersa en algo plural, es fácil advertir que se sitúa en la esfera de la reflexión; pero esta reflexión sigue siendo sólo una reflexión finita
179 y la personalidad | sigue siendo inmediata. El individuo es inmediato en el deseo mismo, y por muy elegante y refinado, por muy calculado que éste sea, el individuo está en él en tanto que inmediato, goza en el momento, y por mucho que el individuo se diversifique a este respecto, sigue siendo inmediato, puesto que está en el momento. Vivir para satisfacer el deseo de uno, claro, constituye una postura de vida muy distinguida que, gracias a Dios, se ve cumplimentada en pocas

ocasiones debido a las dificultades de la vida terrena, que hacen que el hombre tenga otras cosas en qué pensar. De no ser así, no dudo que deberíamos presenciar muy a menudo ese horrendo espectáculo; esto es tan cierto, que muchas veces uno oye a la gente quejarse de los estorbos de la vida prosaica, y lo peor es que, a menudo, eso significa que añoran entregarse al salvajismo en que el torbellino del deseo puede sumir a un hombre. Para que esta concepción pueda ejecutarse, en efecto, el individuo debe disponer de una pluralidad de condiciones externas, y esa fortuna, o mejor dicho, ese infortunio, le es acordado raramente a un hombre; y es un infortunio, pues es seguro que esa suerte no se debe a los dioses misericordiosos sino a los dioses coléricos.

No es nada frecuente encontrarse con esta concepción de la vida llevada a la práctica en gran escala; menos raro, en cambio, es encontrarse con gente que chapucea más o menos en ella y que, teniendo en cuenta que las condiciones son adversas, piensa que si éstas hubiesen estado de su lado habrían alcanzado la dicha y la fortuna que anhelaban en la vida. Pero en la historia se topa uno con algún que otro ejemplo, y creo que sería útil ver adónde lleva esa concepción de la vida cuando todo está a su favor; así que escogeré, para presentar a una de esas figuras, a ese hombre todopoderoso que fue el emperador Nerón, un hombre ante el cual el mundo llegó a inclinarse y que siempre se vio rodeado de una innumerable multitud de complacientes emisarios del deseo. Una vez hiciste notar, tan temerario como siempre, que no se le podía reprochar a Nerón el haber quemado Roma para hacerse una idea del incendio de Troya, pero que cabría preguntarse si disponía realmente del arte suficiente para saber gozar de ello. Uno de tus imperiales antojos consiste, por cierto, en no eludir pensamiento alguno ni dejarte atemorizar por él. Para eso no se necesita una guardia imperial, ni oro, ni plata, ni todas las riquezas del mundo, lo puede hacer uno mismo, ejecutarlo en completo silencio; eso lo hace más sensato, pero no menos terrible.
Tu intención | no era defender a Nerón, pero el hecho de detener la 180
mirada no en lo que hizo, sino en cómo lo hizo, es de algún modo defenderlo. Pero sé muy bien que esa temeridad en los pensamientos es algo que se da a menudo en los jóvenes, en los momentos en que, por así decirlo, ponen sus pensamientos a prueba en el mundo, y por eso se ven fácilmente tentados a exaltarlos, en especial cuando alguien está escuchándolos. Sé muy bien que tanto tú como yo, cualquier ser humano, incluso Nerón mismo sentiría escalofríos ante semejante atrocidad; pero jamás le aconsejaría a alguien creer que no dispone, en sentido estricto, de la fuerza necesaria para convertirse en un

Nerón. Tal vez te parezca que uso un término demasiado indulgente al caracterizar la naturaleza de Nerón de acuerdo a lo que, en mi opinión, la constituía; puedo asegurarte, sin embargo, que no soy un juez indulgente, si bien, por otra parte, nunca juzgo a nadie. Pero créeme, el término no es tan indulgente, es la verdad, y permite mostrar, además, cuán al alcance del hombre puede estar esa aberración; cabe decir incluso que en todo ser humano, a menos que pase toda su vida como niño, hay un instante en que, aunque de manera distante, se presiente esa aberración. La naturaleza de Nerón es *melancolía.* Esto de ser melancólico ha llegado a ser algo significativo en nuestra época, por eso puedo entender que el término te parezca demasiado indulgente; yo me atengo a aquella antigua doctrina de la Iglesia que incluía a la melancolía entre los pecados cardinales[31]. Éste, si no me equivoco, ha de ser para ti un dato desagradable, puesto que trastoca por completo tu manera de considerar la vida. No quiero tardar en señalar, por si acaso, que un ser humano puede cargar con penas y preocupaciones, incluso que éstas pueden ser infinitas, tanto, que tal vez le acompañen durante toda su vida, y puede que ésta sea de todos modos bella y verdadera, pero el hombre sólo se vuelve melancólico por su propia falta.

Pienso en la voluptuosidad del emperador. No sólo está rodeado de lictores cuando asciende al trono y se dirige a la asamblea de consejeros, sino también y particularmente cuando se retira a satisfacer sus antojos, para que preparen el camino para su gira de asaltos. Me lo imagino algo mayor, pasada ya su juventud, la ligereza de espíritu lo ha abandonado, conocedor de todos los placeres imaginables y harto de ellos. Pero esa vida, tan corrompida como pudo ser, ha hecho madurar su alma, y pese a todo su discernimiento acerca del mundo, pese a toda su experiencia, es todavía un niño o un jovenzuelo. La
181 inmediatez del espíritu | no puede hacer irrupción, y sin embargo pugna por irrumpir, exige una forma superior de existencia. Pero si eso llega a suceder, habrá un momento en que el brillo del trono, su poder y su grandeza vacilen, y para eso no tiene el coraje suficiente. Entonces se aferra al antojo de que la astucia del mundo le invente nuevos antojos, pues sólo en el instante del placer halla reposo, y cuando éste pasa, jadea de cansancio. El espíritu busca todavía irrumpir, pero no encuentra brecha alguna, se le sigue decepcionando, y él le ofrece la saciedad del deseo. Entonces el espíritu se condensa en él como una nube oscura, su alma incuba una cólera que se vuelve angustia, y que no cesa siquiera en el instante del goce. He ahí por qué sus ojos son tan sombríos, tanto que nadie soporta mirarlos, y su mirada asusta de tanto fulgor, pues tras los ojos está el alma

como en penumbra[32]. A esa mirada se la llama una mirada imperial, y todo el mundo vacila ante ella, pero aun así su esencia más íntima es angustia. Podría horrorizarlo un niño que lo mirara de un modo distinto de aquel al que está habituado, o una mirada pasajera; es como si ese hombre se adueñara de él; pues el espíritu en él quiere mostrarse, hacer que se tenga a sí mismo en su conciencia, pero no puede, y es repelido y acumula nueva cólera. No se contiene, sólo encuentra reposo cuando el mundo vacila ante él, pues entonces no hay nadie que se atreva a apresarlo. De ahí ese miedo a los hombres que Nerón tiene en común con las personalidades de esta índole. Es como un poseso, carece de libertad en sí mismo, y por eso es como si cada mirada quisiese atarlo. Él, emperador de Roma, le teme a la mirada del esclavo más miserable. Si se topa con una mirada así, sus ojos devoran al hombre que osa mirarlo de ese modo. Si un malvado está junto al emperador y advierte esa mirada feroz, ese hombre ya no existe. Pero no es que Nerón cargue con un crimen en su conciencia, sino que el espíritu carga con una nueva angustia. Sólo en el instante del goce encuentra diversión. Quema la mitad de Roma, pero su tortura es la misma. Pronto esas cosas dejan de entretenerlo. Hay un goce más alto aún, quiere aterrar a los hombres. Es un enigma para sí mismo, y la angustia es su esencia; ahora quiere ser un enigma para todos y deleitarse en la angustia de éstos. De ahí esa sonrisa imperial que nadie llega a entender. Se acercan a su trono y él les sonríe amigablemente, pero una horrible angustia se apodera de ellos; tal vez esa sonrisa sea su sentencia de muerte, tal vez el suelo se abra y se hundan en el abismo. Una mujer se acerca a su trono y él le sonríe misericordioso, pero ella se queda casi paralizada de
| angustia; tal vez esta sonrisa la haya destinado ya como víctima 182
de su voluptuosidad. Y esa angustia lo divierte. No quiere resultar imponente; lo que quiere es angustiar. No se presenta orgulloso en su dignidad imperial; se insinúa débil e impotente, pues esa falta de fuerzas inquieta aún más. Tiene el aspecto de un moribundo, respira débilmente, pero es el emperador de Roma y tiene en sus manos la vida de los hombres. Su alma está abatida, sólo las bromas y los chistes son capaces de devolverle por un instante el aliento. Pero el del mundo está agotado, y él no puede respirar si aquél se extingue. Podría hacer asesinar a un niño ante los ojos de su madre, para ver si la desesperación de ésta hace que la pasión se exprese de un modo diferente y divertido para él. Si no fuese emperador de Roma, tal vez su vida terminaría en el suicidio, pues en verdad no son sino dos expresiones del mismo asunto: que las cabezas de todos los hombres se asienten en el mismo cuello, como habría deseado *Calígula,* para

poder aniquilar al mundo entero de un solo hachazo[33], o que un hombre se quite la vida.

No sé si fue el caso de Nerón, pero a menudo uno encuentra en este tipo de personalidades una cierta benevolencia, y si Nerón la tuvo, no dudo que aquellos que lo rodeaban estuvieran dispuestos a llamarla amabilidad. Ésta es una curiosa combinación, pero por otro lado vuelve a demostrar que la inmediatez, al ser reprimida, configura la auténtica melancolía. Ocurre entonces que, al tiempo que todos los tesoros y magnificencias del mundo no bastan para entretenerlo, una sola palabra, una pequeña curiosidad, el aspecto de una persona o alguna otra cosa de esta índole, insignificante en sí misma, le produce una alegría extraordinaria. Estas cosas pueden alegrar a un Nerón lo mismo que a un niño. Como a un niño: ésta es precisamente la expresión correcta, pues allí toda la inmediatez de la infancia se muestra inalterada y sin explicación. Una personalidad consumada no puede alegrarse de ese modo, pues aunque siguiese llevando la infancia dentro de sí, habría superado ya la niñez. Por eso Nerón es habitualmente un viejo y, de vez en cuando, un niño.

Interrumpiré aquí este breve retrato, el cual me ha causado, por lo menos a mí, una grave impresión. Nerón provoca angustia aún después de su muerte; pues por depravado que haya sido, es sin embargo carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos[34], e incluso en un monstruo hay, con todo, algo humano. No lo he expuesto con el fin de mantener ocupada tu fantasía; no soy un escritor que busque
183 el favor del lector, y mucho menos el tuyo; como sabes, | no soy en absoluto un escritor y sólo escribo por tu causa. Tampoco lo he expuesto para darte y darme a mí mismo, como aquel fariseo[35], la ocasión de agradecer a Dios el hecho de ser un hombre totalmente distinto; en mí evoca otros pensamientos, si bien doy gracias a Dios por haber tenido una vida tan poco agitada, por haber barruntado ese horror sólo de lejos y ser ahora un feliz esposo; por lo que a ti concierne, me alegra que seas todavía lo bastante joven como para aprender algo de ello. Que cada uno, pues, aprenda lo que pueda; ambos podemos aprender que la desdicha de un hombre nunca reside en el hecho de no dominar las condiciones externas, pues eso es lo que le haría completamente desdichado.

¿Qué es, entonces, la melancolía? Es la histeria del espíritu. En la vida de un hombre llega el momento en que la inmediatez, por así decirlo, ha madurado, y en el que el espíritu reclama una forma superior en la que habrá de captarse a sí mismo como espíritu. Como espíritu inmediato, el hombre se corresponde con la totalidad de la vida terrestre, y entonces es como si el espíritu quisiese sustraerse a

esa dispersión y concentrarse y transfigurarse en sí mismo; la personalidad quiere tomar conciencia de sí en su valor eterno. Si esto no sucede, el movimiento se interrumpe, se reprime, y entonces aparece la melancolía. Se pueden hacer muchas cosas para relegarla al olvido, uno puede trabajar, aplicar medios más inocentes que los de Nerón, pero sigue habiendo melancolía. El que tiene penas o preocupaciones sabe qué le apena o le preocupa. Si se le pregunta a un melancólico qué motivo tiene para estar así, qué es eso que lo deprime, su respuesta es: no sé, no puedo explicarlo. En eso consiste la infinitud de la melancolía. Esa respuesta es totalmente acertada, pues tan pronto como lo sabe, aquélla se acaba, mientras que la pena del afligido, en cambio, no se acaba con que éste sepa qué le aflige. Pero la melancolía es pecado, es propiamente pecado *instar omnium* [como todos], pues es el pecado de no querer de manera profunda e íntima, y he ahí la madre de todos los pecados. Esa enfermedad, o más bien, ese pecado es muy común en nuestra época, y es aquello bajo lo que gimen la joven Alemania y la joven Francia[36]. No es que quiera irritarte, estoy dispuesto a tratarte con el mayor cuidado posible. Reconozco que, en algún sentido, el ser melancólico no es un mal signo, pues es algo que por lo general ataca a las naturalezas mejor dotadas. Tampoco te fastidiaré dando por sentado que todo aquel que sufre de indigestión tiene por ello el derecho de llamarse melancólico, algo que se ve
con mucha frecuencia en nuestros días, | pues el ser melancólico ha 184
llegado a ser una dignidad a la que casi todos aspiran. Pero si alguien pretende poseer dotes especiales, debe entonces aceptar que le atribuya la responsabilidad de ser también más culpable que los demás. Tampoco habrá de ver en ello, si lo considera de manera adecuada, una desvalorización de su personalidad, por más que le enseñe a inclinarse ante el poder eterno con verdadera humildad. Terminado el movimiento, la melancolía llega esencialmente a su fin, junto a lo cual bien puede suceder que la vida le traiga al mismo individuo muchas penas y preocupaciones; y en esto, como sabes, soy el menos propenso a sostener la razonable tontería de que es inútil afligirse, que no hay que dar importancia a las penas. Me daría vergüenza presentarme con esas palabras ante un hombre afligido. Claro que aun el hombre cuya vida tuviese el movimiento más tranquilo, apacible y oportuno seguiría teniendo un poco de melancolía, pero eso responde a algo mucho más profundo, al pecado original, y reside en el hecho de que ningún hombre puede llegar a ser transparente para sí mismo. Los hombres que no conocen para nada la melancolía son, en cambio, aquellos cuya alma no presiente transformación alguna. De éstos no voy a ocuparme, ya que escribo sólo para ti y sobre ti,

y creo que esta explicación te será suficiente, teniendo en cuenta que, a diferencia de muchos médicos, tú no das por sentado que la melancolía reside en lo corpóreo, algo bastante curioso cuando, de todos modos, los médicos no han podido eliminarla; sólo el espíritu puede eliminarla, ya que reside en el espíritu, y cuando éste se encuentra a sí mismo desaparecen las pequeñas penas, los motivos que en opinión de algunos provocan la melancolía, el no sentirse a gusto en el mundo, el llegar a él demasiado tarde o demasiado pronto, el no poder encontrar su sitio en la vida; pues aquel que se posee a sí mismo para la eternidad, ése no llega al mundo demasiado tarde ni demasiado pronto, y el que dispone de sí mismo en su valor eterno, ése sí que encuentra su significado en esta vida.

Espero, sin embargo, que me perdones esta digresión, pues se debió esencialmente a ti. Vuelvo a la concepción de la vida según la cual hay que vivir para satisfacer el deseo. La sabia perspicacia muestra fácilmente que no se la puede poner en práctica, y que, por tanto, no vale la pena plantearla; un egoísmo refinado muestra que lo más importante del goce se le escapa. Ahí está entonces la concepción de vida que dictamina: goza de la vida, y que expresa esto mismo
185 diciendo: goza | de ti mismo, debes gozar de ti mismo en el goce.
Es una reflexión más elevada, pero no penetra en la personalidad misma, la cual sigue siendo fortuitamente inmediata. La condición para el goce es, también aquí, una condición externa que no está bajo el control del individuo, pues aunque éste diga gozar de sí mismo, sólo goza de sí mismo en el goce, y el goce mismo está ligado a una condición externa. La única diferencia, por tanto, consiste en que goza de manera reflexiva, no de manera inmediata. De modo que incluso ese epicureísmo depende de una condición que no está bajo su control. Cierta obcecación del entendimiento permite entonces ver una salida, diciendo: goza de ti mismo en el rechazo constante de las condiciones[37]. Pero se sobreentiende que aquel que goza de sí mismo en el rechazo de las condiciones depende de las mismas tanto como aquel que goza de ellas. Su reflexión vuelve constantemente sobre sí mismo, y puesto que su goce consiste en que el goce tenga el menor contenido posible, es como si se ahuecara a sí mismo, puesto que una reflexión finita como ésa no es capaz de abrir la personalidad.

Creo que con estas consideraciones he delineado claramente, al menos para ti, el territorio de la concepción estética de la vida; todos los estadios tienen en común que aquello por lo cual se vive es aquello por lo cual se es inmediatamente lo que se es; la reflexión, en efecto, nunca toca tan alto como para situarse por encima de eso. He proporcionado sólo una indicación pasajera, pero no deseaba tampoco

hacer más que eso; lo que me importa no son los diferentes estadios, sino sólo el movimiento cuya necesidad, como mostraré ahora, es ineludible, y en él quiero pedirte que pongas tu atención.

Supongamos, entonces, que un hombre que viviera en pos de su salud estaría, para usar una expresión tuya, más sano que nunca a la hora de morir; que aquel conde y aquella condesa bailaron en sus bodas de oro tal como habían bailado el día de su boda, y que hubo un murmullo general en la sala; supongamos que las minas de oro de aquel hombre rico eran inagotables, que la gloria y la dignidad signaron el paso de ese bienaventurado a lo largo de la vida; supongamos que aquella muchacha encontró a su amado, que aquel talentoso comerciante cubrió los cinco continentes con sus negocios y que se puso en el bolsillo todas las bolsas del mundo, que aquel talentoso estudioso de la mecánica unió el cielo con la tierra; supongamos que Nerón nunca suspiró, sino que un nuevo placer lo sorprendió a
cada instante, que aquel ingenioso epicúreo | supo a cada instante 186
disfrutar de sí mismo, que el cínico tuvo siempre condiciones para rechazar y que gozó de su ligereza; admito todo esto, y que todos esos hombres fueron felices. Es cierto que tú no lo dirías, y más adelante explicaré por qué razón; pero admitirás que muchos sí pensarían de ese modo, y que algunos imaginarían incluso haber dado muestras de una enorme astucia al añadir que el defecto de esos hombres fue no haber apreciado lo que tenían. Ahora llevaré a cabo el movimiento contrario. Nada de eso ocurrió. ¿Y entonces, qué? Entonces desesperan. Esto tampoco lo dirías; dirás, tal vez, que no vale la pena. Más tarde explicaré por qué no quieres admitir la desesperación; lo único que pido que reconozcas ahora es que a muchos les parecería normal desesperar. Veamos entonces por qué desesperan; es que descubrieron haber fundado su vida en algo efímero; pero ¿es ésa una razón para desesperar? ¿Ha habido algún cambio esencial en aquello en lo que fundaron su vida? Que lo efímero se muestre como efímero ¿es eso un cambio esencial? ¿No es más bien algo fortuito e inesencial el hecho de que no se muestre como tal? No ha habido nada nuevo que pudiera ser motivo de un cambio. Si desesperan, por tanto, debe ser porque de antemano estaban desesperados. La única diferencia es que no lo sabían, y ésa es una diferencia totalmente fortuita. Se ve entonces que toda concepción estética de la vida es desesperación, y que todo aquel que vive de manera estética está desesperado, lo sepa o no lo sepa. Pero cuando se sabe, y tú lo sabes bien, la exigencia de una forma superior de existencia es irrecusable.

Recurriré a unas pocas palabras para explicar mejor mi juicio respecto de la joven muchacha y de su amor. Ya sabes que, en mi

calidad de esposo, tengo en toda ocasión la costumbre de hacer resaltar en tu contra la realidad del amor, tanto de manera oral como escrita, así que, para evitar malentendidos, me pronunciaré también en este caso. Un hombre sensato en sentido finito se inquietaría tal vez ante un amor semejante, discerniría tal vez su fragilidad y, por oposición, daría expresión a su mísera inteligencia diciendo: ámame un poco y ámame por mucho tiempo[38]. Como si toda su sabiduría de vida no fuese aún más frágil y, cuanto menos, mucho más miserable
187 que el amor de aquélla. Como | fácilmente advertirás, de este modo no podría desaprobarlo. Se me hace difícil construir hipótesis en el terreno del amor; he amado una sola vez, y mi dicha en ese amor sigue siendo indecible, y me es difícil imaginarme amado por otra que aquella a la que estoy unido, de un modo distinto de aquel en el que ella me hace tan dichoso, pero lo intentaré. Supón que yo, ve a saber de qué manera, he llegado a ser el objeto de un amor como ése. No me haría feliz y no lo aceptaría, no por menospreciarlo, pues sabe Dios que preferiría tener en la conciencia un asesinato antes que menospreciar el amor de una joven, sino que a causa de ella misma no lo admitiría. Si estuviese a mi alcance, quisiera ser amado por todos, que mi esposa me ame con todo el amor que una persona puede sentir por otra, y me dolería que no fuese así, pero eso es todo lo que pido, y no admitiría que alguien comprometiera su alma por amarme[39]; mi amor por ella sería demasiado alto como para permitirle rebajarse. Para el espíritu arrogante hay algo seductor en el hecho de ser amado así, y hay hombres que dominan el arte de deslumbrar a una muchacha de manera que ésta lo olvide todo por ellos; que ellos mismos lo justifiquen. La muchacha recibe la mayoría de las veces un duro castigo, pero lo malicioso está en permitir que eso suceda. Ya ves por qué decía y sigo diciendo que la desesperación de esa joven sería la misma tanto si obtuviera a su amado como si no lo obtuviera, pues sería una circunstancia accidental que aquel a quien ama fuese un hombre lo bastante honrado para ayudarla a salir del extravío de su corazón, y debo decir que entonces su comportamiento hacia ella sería honrado, sincero, leal y caballeroso, por más que aplicara medios muy drásticos para lograrlo.

Habiendo mostrado que toda concepción estética de la vida es desesperación, parece que lo correcto sería emprender el movimiento en el que se presenta lo ético. Pero queda todavía un estadio, una concepción estética de la vida, la más refinada y distinguida de todas, que quiero examinar con el mayor detalle; y ahora sí te ha llegado tu turno. Puedes estar tranquilamente de acuerdo con todo lo que he explicado hasta aquí, y en cierto modo no te lo he dicho a ti, pues

no serviría de mucho hablarte de ese modo y enseñarte que la vida es vanidad. Lo sabes muy bien, e incluso has intentado resolverlo a
tu | manera. La razón por la que lo expuse es que quería ponerme 188
a resguardo, evitar que retrocedieras dando un salto repentino. Esta última concepción de la vida es la desesperación misma. Es una concepción estética de la vida, puesto que la personalidad persiste en su inmediatez; es la última concepción estética de la vida, puesto que, en cierta medida, la personalidad ha tomado conciencia de la vacuidad de una concepción tal. Pero la desesperación no siempre es igual. Pensemos en un artista, un pintor por ejemplo, que se queda ciego; si no hay en él algo más profundo, desesperará. Desespera por ese solo motivo, y la desesperación cesaría si la vista le fuese devuelta. Éste no es tu caso, tus dotes intelectuales son demasiado elevadas, tu alma es en cierto modo demasiado profunda para que eso pueda sucederte. No te ha sucedido tampoco desde un punto de vista externo. Sigues teniendo bajo control todos los momentos de una concepción estética de la vida, tienes fortuna, independencia, tu salud no ha menguado, tu espíritu sigue siendo fecundo, ni te ha hecho desgraciado no tener el amor de una muchacha. Y sin embargo estás desesperado. No es una desesperación en acto, sino una desesperación en el pensamiento. Tu pensamiento se adelanta presuroso, has llegado a entrever la vanidad de todas las cosas, pero tú mismo no has avanzado. A veces te sumerges en ello y, entregándote al goce por un instante, cobras también conciencia de su vanidad. De esta manera estás siempre fuera de ti mismo, es decir, estás desesperado. Eso hace que tu vida se encuentre entre dos enormes contrarios; en ocasiones tienes una energía desmesurada, en otras, una indolencia igualmente grande.

Muchas veces en la vida he notado que cuanto más costoso es el líquido que embriaga a un hombre, tanto más difícil le resulta reponerse, la borrachera es más bella y sus efectos, al parecer, menos dañinos. El que se emborracha con aguardiente se da cuenta en seguida del daño que le ocasiona, y cabe la esperanza de salvarlo. El que utiliza champaña se repone con mayor dificultad. Y tú, tú escogiste el más preciado; pues ¿qué borrachera es tan bella como la de la desesperación, tan elegante, tan agradable, en especial a los ojos de las muchachas (de eso sabes un montón), sobre todo cuando se le suma la destreza de saber contener los exabruptos más feroces, haciendo que la desesperación, como un fuego lejano, se presienta y reluzca sólo por fuera? De ahí esa leve inclinación del sombrero
y del | cuerpo todo, esa mirada altiva y arrogante, esa temeraria 189
sonrisa en los labios. De ahí la indescriptible ligereza de la vida, de ahí la visión soberana que domina todas las cosas. Pues bien, cuando

una figura tal se acerca a una muchacha, cuando esa frente altiva se inclina sólo ante ella, ante ella sola en el mundo entero, eso la halaga y, lo que es peor, puede que ella sea lo bastante inocente como para creer en esa falsa reverencia. ¿No es lamentable que un hombre como ése...? No, mejor no, no voy a dar un discurso fulminante que sólo te irritaría, cuento con medios diferentes y más poderosos, cuento con ese muchacho lleno de esperanzas; él viene hacia ti, tal vez esté enamorado y, equivocándose contigo al creerte una persona fiel y honesta, te pide consejo. En realidad, tu puerta está cerrada para cualquiera de esos jóvenes irremediables, pero no puedes cerrar tu corazón; aunque no quieras que él sea testigo de tu humillación, no por ello ésta quedará excluida; tu depravación, en efecto, no llega a tanto y, cuando estás solo contigo mismo, puede que seas más amable de lo que uno cree.

Heme aquí ante tu concepción de vida, y créeme, en tu vida hay muchas cosas que te resultarían explicables si, tal como yo, las trataras como una desesperación del pensamiento. Es cierto, tú odias todo lo que sea actividad en la vida, pues para que eso tenga sentido es preciso que la vida tenga continuidad, y tu vida no la tiene. Te ocupas de tus estudios, es verdad, y hasta eres aplicado, pero es sólo por tu propia causa, ocurre con la menor teleología posible. Para otras cosas eres ocioso, eres como esos obreros del Evangelio, estás en la plaza del mercado sin hacer nada[40], con las manos en los bolsillos y viendo pasar la vida. Y entonces reposas en la desesperación, no te ocupas de nada, no le escapas a nada, «aunque derribaran el tejado, no me apartaría». Eres como un moribundo, mueres día a día, no en el sentido grave y profundo que otras veces se le da a este término[41], sino que la vida ha perdido su realidad y «tu tiempo de vida lo calculas siempre entre un plazo y el siguiente». Dejas que todo pase, nada te impresiona, pero de repente hay algo que te atrapa, una idea, una situación, la sonrisa de una joven, y entonces «te apuntas»; pues así como en ciertas ocasiones no «te apuntas», en otros casos sí, y de un modo u otro estás disponible. Si hay algún acontecimiento, el que sea, tú te apuntas. Te las arreglas en la vida de la misma manera que sueles hacerlo cuando estás en medio de una multitud, «te cuelas entre los que están más apretados e intentas, en lo posible, que te
190 | alcen hasta quedar recostado encima de ellos y, una vez que estás ahí arriba, te acomodas lo mejor que puedes; del mismo modo te abres paso en la vida». Pero cuando las dificultades cesan, cuando el acontecimiento termina, ahí estás de nuevo parado en la esquina contemplando el mundo. Los moribundos, como se sabe, tienen una energía extraordinaria; lo mismo te pasa a ti. Si hay un pensamiento

que ha de meditarse, una obra que ha de leerse, un plan que ha de ser ejecutado, una pequeña aventura que ha de vivirse..., incluso una gorra que hay que comprar, te encargas del asunto con una fuerza prodigiosa. Trabajas sin parar, según las circunstancias, durante todo un día o durante un mes, te alegra comprobar que sigues teniendo las mismas energías de siempre, no descansas, «no hay diablo que pueda contigo». Si trabajas junto con otros, los dejas a todos exhaustos. Pero una vez pasado el mes, o lo que sea que te propongas como máximo, pasados los seis meses, te detienes y dices que se acabó el asunto; te retiras y dejas todo en manos del otro, o, si habías estado solo, no hablas con nadie al respecto. Los demás llegan a creer, y tú también, que se te fueron las ganas, y coqueteas con el vano pensamiento de que habrías podido continuar trabajando con la misma intensidad si así lo hubieses querido. Pero ese es un enorme engaño. Habrías logrado terminar tu trabajo, como la mayoría de los otros, si lo hubieses querido pacientemente, pero entonces también te habrías dado cuenta de que eso requiere una clase de constancia totalmente distinta de la que posees. De repente, te has defraudado a ti mismo, y no has aprendido nada para tu vida venidera. Te diré algo que puede ayudarte. No ignoro lo engañoso que es el propio corazón de una persona, cuán fácil es engañarse, más aún cuando uno dispone, tanto como tú, del poder emancipador de la dialéctica, que no sólo exime de todo, sino que lo disuelve y lo borra. Si algo me sucedía en la vida, si tenía que decidir algo y temía que, con el tiempo, eso mismo cobrara para mí un aspecto distinto, si hacía algo temiendo que con el tiempo pudiese interpretárselo de otro modo, solía poner por escrito, valiéndome de unas pocas palabras precisas, lo que quería, lo que había hecho, y por qué. Y si me parecía o sentía que era necesario, si mi decisión o mi acto no me resultaban nítidos, entonces sacaba mis anotaciones y | me juzgaba a mí mismo. Tal 191
vez te parezca que es pedantería, que es demasiado prolijo y que no vale la pena poner tantos reparos. Lo único que puedo contestar es esto: si no lo necesitas, si tu conciencia es siempre tan confiable y tu memoria tan leal, entonces no lo hagas. Pero no creo que sea así, pues lo que en realidad te falta es memoria, no respecto de esto o de aquello, no para las ideas, los chistes y las contorsiones dialécticas, cosa que yo jamás afirmaría, sino la memoria respecto de tu propia vida, respecto de lo que has experimentado en ella. Si la tuvieras, no se habría repetido tantas veces en tu vida el mismo fenómeno, no contarías con tantos casos de lo que yo llamo trabajos de media hora, y bien puedo llamarlos así, aunque te hayan tomado seis meses, pues nunca los terminaste. Pero te gusta engañar y engañarte. No

negaré que, si fueses siempre tan fuerte como eres en el instante de la pasión, serías el hombre más fuerte que he conocido. Pero no lo eres, y lo sabes muy bien. Por eso te retraes, como escondiéndote de ti mismo, y vuelves a reposar en la indolencia. A mis ojos, a cuya atención no siempre puedes sustraerte, resultas casi ridículo con tu celo momentáneo y tu intento de legitimar en él tus burlas respecto de los demás. Había una vez dos ingleses que viajaron a Arabia a comprar caballos. Llevaban consigo trotadores ingleses, y querían probar su destreza comparándolos con los caballos árabes. Propusieron una carrera; los árabes aceptaron y dejaron que los ingleses eligieran entre sus caballos árabes. Pero no quisieron hacerlo de inmediato, y explicaron que necesitaban primero cuarenta días para entrenar. Esperaron los cuarenta días, se fijó el monto destinado al premio, se ensillaron los caballos, y entonces los árabes preguntaron cuánto tiempo había que correr. «Una hora», fue la respuesta. Esto sorprendió al árabe, que respondió con un total laconismo: pensé que debíamos correr durante tres días. Ahí tienes lo que sucede contigo. Si uno quiere correr contigo una carrera de una hora, «no hay diablo que te aventaje», pero si son tres días, fracasas. Recuerdo que una vez te conté esa historia, y recuerdo tu respuesta, que eso de correr durante tres días era para preocuparse, pues al tomar tanto ímpetu se corría el riesgo de no poder detenerse nunca, y que por eso tú tendrías la prudencia de abstenerte de semejante desenfreno: «A
192 veces doy un paseo a caballo, pero mi deseo no es | ser un caballista ni tener ninguna otra actividad fija en la vida». En alguna medida esto es cierto, puesto que temes siempre la continuidad, y ello ante todo porque te priva de la oportunidad de engañarte a ti mismo. Tu fuerza es la fuerza de la desesperación; es más intensa que la común fuerza humana, pero dura también menos.

No cesas de estar suspendido por encima de ti mismo, pero el éter superior, el finísimo sublimado en el que te volatilizas es la nada de la desesperación, y debajo de ti ves una multiplicidad de conocimientos, apreciaciones, estudios y consideraciones que no tienen ninguna realidad para ti, pero que utilizas y combinas de modo caprichoso, y con los que con tanto gusto decoras el palacio de las extravagancias del espíritu en el que te alojas en ocasiones. No es ninguna sorpresa que la existencia sea para ti un cuento de hadas, «que a menudo te veas tentado a comenzar cada relato diciendo: había una vez un rey y una reina que no podían tener hijos», y que a continuación te olvides del resto, para hacer notar cuán extraño es que, en los cuentos, ése sea siempre un motivo para los lamentos del rey y de la reina, cuando en la vida corriente uno se lamenta más bien de tener hijos,

como lo prueban los asilos y otras instituciones de esa índole. Se te ha ocurrido entonces que «la vida es un cuento de hadas». Eres capaz de dedicar un mes entero sólo a la lectura de cuentos, llevas a cabo un estudio minucioso, comparas y ensayas, y tus estudios no carecen de resultados. ¿Para qué sirven? Para el esparcimiento de tu espíritu. Haces que todo arda en un brillante fuego de artificio.

Estás suspendido por encima de ti mismo, y lo que ves debajo de ti es una multitud de estados de ánimo y de situaciones que utilizas para establecer interesantes puntos de contacto con la vida. Puedes ser sentimental, falto de corazón, irónico, ingenioso, hay que reconocer que en esto tienes escuela. Tan pronto como algo es capaz de arrancarte a tu indolencia, ahí estás con toda tu pasión en pleno ejercicio, y no es un ejercicio sin arte, pues estás sobradamente equipado de ingenio, ductilidad y otras atractivas dotes del espíritu. Según la vanidosa presunción con que tú mismo te expresas, nunca eres tan poco galante como para presentarte sin traer contigo un fragante ramillete de ingenio recién cortado. Cuanto más se te conoce, tanto
más sorprende la calculada astucia que impregna todo lo que | haces 193
durante el breve lapso en que te mueve la pasión; en efecto, la pasión nunca te ciega, sino que te permite ver mejor. Entonces te olvidas de tu desesperación y de todo lo demás que pesa sobre tu alma y tu pensamiento, y te ocupas exclusivamente del contacto fortuito que has tenido con alguna persona. Te recordaré un breve suceso que tuvo lugar en mi propia casa. Supongo que debo agradecer a las dos jóvenes suecas que estaban presentes la disertación con la que te despachaste. La conversación había tomado un curso más bien serio y había llegado a un punto que no era de tu agrado; yo me había pronunciado brevemente en contra del desmedido respeto por las facultades intelectuales que es tan característico de nuestra época; había sugerido que todo dependía de algo totalmente distinto, algo interior a la esencia tomada en su conjunto, y para lo cual la lengua no dispone de otro nombre que el de la «fe». Puede que eso te haya colocado bajo una luz que no te favorecía tanto y, viendo que no llegarías muy lejos por el camino emprendido, te viste obligado a ejercitarte en eso que tú mismo llamas una locura superior, el tono sentimental. «¿Que no tengo fe? Creo que en lo más íntimo del solitario silencio del bosque, allí donde los árboles se reflejan en la oscuridad del agua, en su oscuro secreto, donde incluso el mediodía es un crepúsculo, habita una criatura, una ninfa, una muchacha; creo que es más bella de lo que cualquiera puede imaginar, creo que teje guirnaldas por la mañana, que se baña en las aguas frescas al mediodía, y que por la noche arranca tristemente los pétalos de su

guirnalda; creo que sería dichoso, que yo sería el único merecedor de ser llamado así, si pudiese apresarla y poseerla; creo que hay en mi alma un anhelo que escudriña el mundo, y creo que sería dichoso si éste fuese satisfecho; creo, por encima de todo, que el mundo tiene un sentido... si acaso pudiese yo dar con él... Así que no digas que no soy fuerte en la fe y ardiente en el espíritu.» Tal vez pienses que éste podría llegar a ser un discurso festivo que te hiciese digno de ser admitido en un banquete griego, pues ésa es una de las cosas para las que te educas, y nada te parecería más bello en la vida que reunirte cada noche con algunos jóvenes griegos, llevar guirnaldas en el pelo y sentarse a pronunciar elogios acerca del amor o de cualquier otra cosa que se te ocurriera, e incluso dedicarte exclusivamente a pronunciar elogios. A mí ese discurso me suena a jerigonza, por más elaborado
194 que esté y pese a la impresión que causa en el momento, | particularmente cuando se te permite declamarlo con tu febril elocuencia, y se me hace que es también una expresión del estado de confusión de tu espíritu, pues cuando alguien no cree en nada de aquello en lo que creen los demás, es del todo natural que crea en esa clase de criaturas misteriosas; lo mismo suele pasar en la vida cuando alguien que no le teme a nada, ni en el cielo ni en la tierra, tiene miedo de las arañas. Sonríes, piensas que he caído en la trampa, que he creído que creías en algo que tú mismo no crees, mucho menos aún que cualquier otro hombre. Eso es totalmente exacto, pues tu disertación termina siempre en un absoluto escepticismo; pero no podrás negar que, pese a ser tan listo y calculador, hay un instante en el que te arrebata el enfermizo acaloramiento que una exaltación tal comporta. Puede que tu intención sea engañar a los demás, pero hay un instante en el que, aun sin saberlo, te engañas a ti mismo.

Lo dicho acerca de tus estudios vale también para cada una de tus acciones, estás en el instante, y en el instante cobras una dimensión sobrenatural, sumerges en él toda tu alma, si bien con la energía de una voluntad, pues por un instante tienes tu esencia absolutamente en tu poder. Si alguien te ve en ese instante y sólo en él, es muy fácil que se engañe; si alguien aguarda el instante siguiente, en cambio, puede vencerte con facilidad. Tal vez recuerdes el famoso cuento de Musäus acerca de los tres pajes de Rolando[42]. La vieja bruja que visitaron en el bosque le dio a uno de ellos un dedal que lo hacía invisible. Valiéndose de él, penetró en los aposentos de la hermosa princesa Urraca y le declaró su amor; fue una fuerte impresión para ella, ya que, al no ver a nadie, supuso que se trataba cuanto menos de un príncipe encantado que la honraría con su amor. Pero le exigió revelarse. He ahí la dificultad, pues el hechizo desaparecería si se mostraba, y si

no podía revelarse, no podía disfrutar de su amor. Voy a copiar un pequeño pasaje del cuento de Musäus, que tengo aquí a la mano, y te pediré por tu propio bien que lo releas. *Er willigte dem Anscheine nach ungern ein, und die Phantasie der Prinzessin schob ihr das Bild des schönsten Mannes vor, den sie mit gespannter Erwartung zu erblicken vermeinte. Aber welcher Contrast zwischen Original und Ideal, da nicht als ein allgemeines Alltagsgesicht zum Vorschein kam, einer von den gewöhnlichen | Menschen, dessen Physiognomie weder Genie-Blick noch* 195
Sentimental-Geist verrieht! [«De mala gana consintió en mostrarse, y la princesa proyectó en su fantasía la imagen del hombre más hermoso que, en la tensión de la espera, suponía poder contemplar. ¡Pero qué contraste entre el original y el ideal, cuando lo que apareció no fue sino un rostro común y trivial, el de un hombre corriente cuya fisonomía no delataba ni la mirada del genio ni un espíritu sentimental!»][43]. Tú mismo obtienes lo que buscas mediante esos contactos con la gente, pues, mucho más listo que aquel paje, comprendes fácilmente que no vale la pena revelarse. Una vez que has hecho que alguien se figure una imagen ideal —y en esto hay que reconocer que puedes mostrarte de manera ideal con un aspecto cualquiera—, te retiras con cuidado, y así te das el gusto de haber embaucado a alguien. Pero también consigues que la coherencia de tu concepción se quiebre, y así obtienes un momento más que te permite comenzar de cero.

En el aspecto teórico te desentiendes del mundo, lo finito no puede subsistir ante tu pensamiento, y de alguna manera también te desentiendes de él en el aspecto práctico, es decir, en sentido estético. En cualquier caso, careces de una concepción de la vida. Tienes algo que se parece a una concepción, y eso le brinda a tu vida una cierta calma que no debe, sin embargo, confundirse con el aplomo o con una reconfortante confianza en la vida. Tú eres calmo sólo si se te compara con alguien que anda todavía a la caza de las fantasmagorías del goce, *per mare pauperiem fugiens, per saxa, per ignes* [«huyendo de la pobreza a través del mar, de las rocas, del fuego»][44]. En relación con el goce, tienes un orgullo absolutamente distinguido. Esto es completamente normal, puesto que te desentiendes de todo lo finito. Y sin embargo no puedes renunciar a ello. Estás contento, sí, en comparación con alguien que busca contentarse, pero aquello con lo que te contentas es el absoluto descontento. No te preocupa contemplar todos los esplendores del mundo, pues en el pensamiento estás por encima de ellos, y si te fuesen ofrecidos, dirías, como siempre: sí, cabría dedicarles una jornada. No te preocupa el hecho de no haberte vuelto millonario, y si se te ofreciera, responderías: sí, sería interesante, y hasta se le podría dedicar un mes. Si fuese posible

ofrecerte el amor de una hermosa muchacha, responderías: sí, no estaría mal por unos seis meses. No quiero declamar aquí la queja que a menudo se escucha respecto de ti, a saber, que eres insaciable; prefiero decir que, en algún sentido, tienes razón, pues no hay nada finito en el mundo entero que pueda satisfacer el alma de un hombre que siente necesidad de lo eterno. Si se te pudiera ofrecer la gloria y el honor, la admiración de tus congéneres —y ése es, sin embargo, tu punto más débil—, responderías: sí, sería bueno durante algún tiempo. En realidad no te atrae, no darías un solo paso en pos de ello.
196 | Entenderías que, para que eso tuviera algún sentido, tus aptitudes deberían ser, en realidad, lo suficientemente notables como para que fuese cierto; incluso en ese caso llegas a pensar que el grado más alto de aptitud intelectual es algo vano. Por eso tu actitud polémica alcanza una expresión más elevada aun cuando, en tu íntimo resentimiento respecto de la vida en su conjunto, podrías desear ser el hombre más necio de todos, y aun así ser admirado y adorado por tus congéneres como el más sabio de todos, y ésa sería un burla respecto de todo lo existente mucho más profunda aún que si se honrara a quien es realmente el más listo. Por eso no aspiras a nada, no deseas nada; tu único deseo sería tener una varita mágica que te proveyera de todo, y aun en ese caso la usarías para limpiar la pipa. Así, pues, te desentiendes de la vida, «y no necesitas hacer un testamento, pues no te dejas nada». Pero no puedes mantenerte en esa cúspide, pues si es cierto que tu pensamiento te ha eximido de todo, no te ha dado nada a cambio. En el instante siguiente te dejas llevar por alguna cosa sin importancia. Claro que la examinas con toda la distinción y la soberbia que tu orgulloso pensamiento te depara, la desprecias como a un mísero juguete del que casi ya te has aburrido antes de cogerlo con la mano; pero aun así te entretiene, y aunque no sea la cosa misma la que te entretiene —y nunca es así— te entretiene el hecho de rebajarte hasta ella. Este mismo criterio, tan pronto como te relacionas con personas, te transforma en un ser muy desleal, cosa que no se te puede reprochar en términos éticos, dado que estás fuera de las determinaciones éticas. Por fortuna, no eres muy afecto a la compañía de los demás, de modo que no se nota. Vienes a mi casa con frecuencia, y sabes que siempre eres bien recibido, pero también sabes que jamás se me ocurriría hacerte partícipe de nada. Contigo no iría ni de paseo, y no es porque no seas alegre y divertido, sino porque siempre hay algo de falsedad en tu compañía; en efecto, si hay algo que realmente te alegra, uno puede siempre estar seguro de que no es lo mismo que alegra a los demás, que no es el paseo, sino alguna otra cosa que tienes *in mente;* y si no estás alegre, no es

porque algún suceso desagradable te haya puesto de mal ánimo, pues eso podría pasarnos también a los demás, sino porque en el momento mismo de subir al coche preveías ya la vacuidad del entretenimiento. Bien puedo perdonártelo, pues tu mente está siempre demasiado agitada; tú mismo sueles utilizar un término muy exacto al decir que eres | como una parturienta, y no es extraño que, en ese estado, uno 197
sea un poco diferente de los demás.

Pero el espíritu no admite esa blasfemia[45], se venga de ti y te ata con las cadenas de la melancolía. He ahí, mi joven amigo, el camino por el que te convertirías en un Nerón, si acaso no hubiese en tu alma una seriedad originaria, una profundidad innata en tus pensamientos, si no hubiese magnanimidad en tu alma... y si fueses el emperador de Roma. Pero tu camino es otro. Allí te encuentras con otra concepción de vida, la única, al parecer, que puede satisfacerte, a saber, hundir tu alma en la pesadumbre y la pena. Claro que tu pensamiento es demasiado íntegro como para que esa concepción de la vida pueda resistir su examen, pues la existencia es tan fugaz bajo esa pena estética como lo sería en cualquier otra concepción estética de la vida; en el momento en que la pena de un hombre no puede ser más honda, resulta verdadero el dicho según el cual la pena se acaba, lo mismo que la alegría, pues todo lo finito se acaba. Y si el hecho de que la pena se acabe es para algunos un consuelo, a mí se me hace que ese pensamiento es tan desconsolado como pensar que la alegría se acaba. Tu pensamiento aniquila, a su vez, esa concepción de vida y, aniquilada la pena, le queda a uno la alegría; en lugar de la pena eliges una alegría que es el sustituto de la pena. Esa es la alegría que elegiste, esa risa de la desesperación. Una vez más vuelves a la vida, bajo esa luz la existencia cobra para ti un nuevo interés. Así como te es grato hablar con los niños y hacer que éstos entiendan perfectamente y con naturalidad lo que les dices, por más que signifique otra cosa para ti mismo, así también te deleitas en engañar a otros con tu risa. Cuando consigues que la gente ría, festeje y se alegre contigo, entonces has triunfado sobre el mundo, entonces te dices a ti mismo: ¡si acaso supieran de qué se ríen!

Pero el espíritu no admite esa blasfemia, y las tinieblas de la melancolía se ciernen sobre ti, y el rayo de una broma absurda te lo hace notar de manera aún más intensa y terrible. No hay nada que te divierta, los placeres del mundo entero carecen de sentido para ti, y por más que envidies a los simples su necia alegría de vivir, no aspiras a ella. El deseo no te tienta. Y aunque tu estado sea penoso, es en verdad una dicha divina que así sea. No es mi intención ensalzar el orgullo que te hace despreciarlo, sino ensalzar la gracia que retiene a

198 tu pensamiento, pues si el deseo te tentara, | estarías perdido. Pero el hecho de que no te tiente muestra cuál es el camino que has de seguir, que debes avanzar y no retroceder. Hay otro desvío, no menos terrible, y en esto vuelvo a confiar, no en tu orgullo, sino en la mesura que sigue manteniéndote en pie. Es cierto que eres orgulloso, y que para un hombre es mejor ser orgulloso que vanidoso; es cierto que hay en tu pensamiento una terrible pasión, que es para ti como un crédito que no estás dispuesto a resignar, «que prefieres que tu papel en el mundo sea el de un acreedor al que no le pagan, antes que cortar el crédito»; pero el orgullo de los hombres es una frágil garantía.

Ya ves, mi joven amigo, que esa vida es desesperación; ocúltaselo a los demás, pero no puedes ocultártelo a ti mismo, es desesperación. Claro que, en otro sentido, esa vida no es desesperación. Tú eres demasiado frívolo como para desesperar, y demasiado melancólico para no entrar en contacto con la desesperación. Eres como una parturienta, pero retienes siempre el instante y no dejas de sentir dolor. Una mujer que, en esa urgencia, se pusiese a pensar que tal vez va a parir un monstruo, o que discurriera consigo misma qué es lo que en realidad ha de parir, tendría un cierto parecido contigo. Su intento por detener el curso de la naturaleza sería infructuoso, pero para ti es posible, pues lo que un ser humano da a luz en sentido espiritual es el *nisus formativus* [impulso formativo] de la voluntad, y esto está a su alcance. ¿Qué temes, entonces? No tienes que parir otro ser, sino sólo parirte a ti mismo. Sé muy bien, sin embargo, que eso comporta una seriedad que sacude al alma en su totalidad; el instante en que uno se hace consciente de sí mismo en su valor eterno es más significativo que cualquier otra cosa en el mundo. Es como si hubieras sido atrapado y cautivado y ya nunca pudieras volver a escapar, ni en el tiempo ni en la eternidad; es como si te perdieras a ti mismo, como si dejaras de ser, como si en el instante siguiente no fuera posible rehacer las cosas por más que te arrepintieras. Tal es la seriedad y la significación del instante en el que uno se enlaza a un poder eterno por una eternidad, cuando uno se toma a sí mismo como aquel cuya memoria ningún tiempo ha de borrar, cuando uno se hace consciente de sí tal como es en sentido eterno e indefectible. Y, sin embargo, es posible dejarlo pasar. Ya ves que se trata de un «o... o...». Déjame que te hable como nunca lo haría si otro estuviese escuchando, puesto que en cierto sentido no estoy autorizado a hacerlo, y porque, para ser más preciso, no hablaré de otra cosa que
199 del tiempo futuro. | Si no quieres que lo haga, si quieres continuar entreteniendo a tu alma con la nimiedad del ingenio y la vanidad del espíritu, entonces hazlo, abandona tu hogar, emigra, vete a París,

ofrécete como periodista, corteja la sonrisa de mujeres disolutas, refresca su sangre ardiente con la frescura de tu ingenio, haz que tu orgullosa función en la vida sea quitarle el aburrimiento a una ociosa mujer, o los oscuros pensamientos a un exhausto voluptuoso; olvida que has sido un niño, que en tu alma hubo devoción e inocencia en tu pensamiento, ahoga en tu pecho toda voz superior, que tu vida se desvanezca en la esplendorosa miseria de las *soirées*, olvida que hay en ti un espíritu inmortal, atormenta tu alma hasta el último céntimo, que, cuando el ingenio se extinga, habrá en el Sena suficiente agua y pólvora en las buhonerías, y compañeros de viaje para cualquier hora del día[46]. Pero si no quieres o no puedes —y tú no puedes ni quieres— entonces haz el esfuerzo, sofoca cualquier pensamiento rebelde que se atreva a cometer una alta traición contra lo mejor de tu ser, desprecia toda la miseria que, envidiosa de tus aptitudes intelectuales, desearía poseerlas para darles un uso aún peor, desprecia la virtud hipócrita, que soporta a desgana las cargas de la vida y quiere, sin embargo, que se la honre por soportarlas; pero no desprecies por eso la vida, respeta todo esfuerzo honrado, toda actividad modesta que humildemente se oculta, y muestra ante todo una mayor deferencia hacia la mujer; créeme, de ella viene la salvación[47], tan cierto como que la perdición se debe al hombre. Yo soy un hombre casado y, en ese sentido, soy parcial, pero estoy convencido de que la mujer, por más que haya llevado al hombre a la perdición[48], lo ha corregido con honestidad y franqueza, y sigue haciéndolo; pues de cien hombres que se pierden en el mundo, noventa y nueve son salvados por las mujeres, y uno se salva por inmediata gracia divina[49]. Y puesto que opino también que es propio del hombre perderse de un modo o de otro, que esta verdad es válida para la vida del hombre tanto como lo es para la de la mujer el permanecer en la pura e inocente paz de la inmediatez, comprenderás fácilmente que, en mi opinión, la mujer compensa plenamente el daño que cometió.

¿Qué debes hacer entonces? Puede ser que algún otro te diga: cásate, que así tendrás muchas otras cosas en que pensar; eso es seguro, pero cabe aún preguntarse si te serviría de algo, y, cualesquiera sean tus pensamientos acerca del sexo opuesto, piensas en términos demasiado caballerosos como para casarte por ese motivo; y además, si no puedes sostenerte a ti mismo, no vas a conseguir a otro | que 200
sea capaz de hacerlo. Podría decirse también: búscate un empleo, dedícate a los negocios, eso distrae, y así olvidarás tu melancolía, trabaja, que es lo mejor. Tal vez tengas la suerte de llegar al punto en que ésta parezca olvidada; no está olvidada, de un momento a otro surgirá más terrible que nunca, y acaso capaz de aquello que hasta

ahora no ha podido conseguir, tomarte de improviso. A eso se suma que, cualesquiera sean tus pensamientos acerca de la vida y de sus obras, piensas en ti mismo en términos demasiado caballerosos como para buscarte un empleo por ese motivo, y es incluso una especie de impostura, tanto como lo sería el hecho de casarse por ese motivo. ¿Qué hacer entonces? Tengo una sola respuesta: ¡desespera!

Soy un hombre casado, mi alma está firme e inconmoviblemente ligada a mi esposa, a mis hijos, a esta vida cuya belleza alabaré siempre. Así que cuando digo «desespera», no es que un jovenzuelo exaltado quiera hacerte revolver en el torbellino de las pasiones, no es un demonio burlón pregonando este consuelo a los náufragos; no te lo pregono como un consuelo, como un estado en el que debas permanecer, sino como una obra que requiere toda la fuerza, la seriedad y la concentración del alma; tal es así que mi convicción, mi victoria sobre el mundo[50], es que aquel que no ha saboreado la amargura de la desesperación, incluso cuando su vida haya estado llena de belleza y de alegría, no ha captado el significado de la vida. No cometes ningún fraude contra el mundo en el que vives, no estás perdido para él, puesto que lo has vencido, tanto como yo presumo de ser un esposo honesto pese a que también yo he desesperado.

Al tratar tu vida en estos términos, por tanto, he de considerarte dichoso, pues es, en verdad, de extrema importancia que un hombre no se equivoque respecto de la vida en el momento de la desesperación, es tan peligroso para él cometer un desacierto como lo sería para una parturienta. El que desespera por algo en particular corre el riesgo de que su desesperación no llegue a ser verdadera y profunda, que sea una decepción, un pesar respecto de ese algo. Tú no debes desesperar de ese modo, pues no te ha sido quitado nada en particular, sigues teniéndolo todo. Cuando el desesperado se equivoca, cuando cree que la desdicha reside en lo múltiple exterior a él, entonces su desesperación no es verdadera, y lo llevará a odiar el mundo en lugar de amarlo, y así como es cierto que el mundo te abruma, pues es como si quisiera ser para ti algo diferente de lo que puede ser, también es cierto que, cuando te encuentres a ti mismo
201 en la desesperación, | lo amarás por ser como es. Cuando es la culpa y el remordimiento lo que lleva a un hombre a la desesperación, tal vez se le haga difícil recobrar la alegría. Así, pues, desespera con toda tu alma y todo tu pensamiento, que cuanto más lo postergues, más duros serán los requisitos y la exigencia será la misma. Te digo esto a viva voz, como aquella mujer que, habiéndole ofrecido a Tarquino una colección de libros a un precio que éste no quiso aceptar, quemó un tercio de los libros y volvió a exigir la misma suma, y, puesto

que aquél la rechazó de nuevo, quemó un segundo tercio y exigió la misma suma, de modo que él acabó pagando la suma inicial por el último tercio[51].

El requisito de tu desesperación es bello, pero hay otro que es más bello aún. Supón que un joven tan agraciado como tú ama a una muchacha, la ama tanto como a sí mismo. Supón que en un momento de calma se ponga a pensar qué es aquello sobre lo que el uno y el otro han edificado sus vidas. Tienen en común el amor, pero él sentirá que hay diferencias. Tal vez ella tenga el don de la belleza, pero eso no tiene para él importancia alguna y es, después de todo, algo muy frágil; tal vez tenga ella el alegre talante de la juventud, pero esa alegría no tiene importancia para él, que cuenta, en cambio, con el poder del espíritu y siente su fortaleza. No se le ocurriría conferírselo a ella, pues lo que él quiere es amarla de verdad, y ella, en la humildad de su alma, no aspiraría a tal cosa; pero hay una diferencia, y él siente que es preciso apartarla para llegar a amar verdaderamente a la muchacha. Entonces dejará que su alma se hunda en la desesperación. No desespera por él mismo, sino por ella, y sin embargo es por él mismo, pues la ama tanto como a sí mismo; entonces la fuerza de la desesperación lo devorará todo, hasta que él se encuentre a sí mismo en su valor eterno, pero entonces la habrá encontrado también a ella, y ningún caballero estaría más feliz y contento al retornar de sus más arriesgadas hazañas que al volver de esta lucha contra la sangre y la carne y las vanas diferencias de la finitud, pues el que desespera encuentra al hombre eterno, y en eso todos somos iguales. No se le ocurriría cometer la insensatez de entorpecer su espíritu o abandonar su formación para establecer de esa manera la igualdad; conservaría sus dotes intelectuales, pero en lo más íntimo de su corazón sabría que él, que las tiene, es igual que el que no las tiene. O supón que alguien de temperamento religioso, por verdadero e íntimo amor a
| sus semejantes, se arroja al mar de la desesperación hasta alcanzar 202
lo absoluto, el punto en el que da igual una cabeza aplanada que una que se abovede con más orgullo que el cielo, un punto que no es el de la indiferencia, sino el de la validez absoluta.

Hay en ti algunas buenas ideas, muchas ocurrencias extrañas, un cantidad enorme de disparates; quédate con todo eso, no voy a reclamártelo, pero hay una idea que te pediré que retengas, una idea que demuestra el parentesco entre tu espíritu y el mío. Muchas veces dijiste que querrías ser cualquier cosa en el mundo menos poeta, puesto que, por regla, la existencia de poeta es la de un hombre sacrificado[52]. Por lo que a mí concierne, no negaré que hubo poetas que se habían ganado a sí mismos antes de comenzar a poetizar, o que

se ganaron a sí mismos poetizando; pero también es cierto que, por otro lado, la existencia de poeta consiste, como tal, en la oscuridad que es consecuencia de una desesperación no consumada, de un alma que no cesa de oscilar en la desesperación y un espíritu que no puede acceder a su verdadera transfiguración. El ideal poético es siempre un ideal carente de verdad, pues el ideal de la realidad es siempre el verdadero. Así, cuando el espíritu no puede alzar el vuelo hacia el mundo eterno del espíritu, se queda a mitad de camino y se deleita con las imágenes que se reflejan en las nubes, y llora su vanidad. La existencia del poeta, por tanto, es en cuanto tal una existencia desdichada, es superior a lo finito pero no llega a ser lo infinito. El poeta contempla los ideales, pero debe huir del mundo para disfrutar de ellos, no puede llevar dentro de sí esas imágenes divinas[53] en medio de las confusiones de la vida, no puede seguir tranquilamente su camino sin que lo afecten las caricaturas que se muestran aquí y allá, y menos aún tener la fortaleza como para revestirse de ellas. Por eso la vida del poeta es a menudo objeto de la lastimosa compasión de aquellos que creen haberse puesto a buen recaudo permaneciendo en lo finito. Una vez, en un momento de desaliento, dijiste que había quienes, en su fuero interno, habían arreglado ya sus cuentas contigo y estaban dispuestos a saldarlas bajo una condición: reconocerían que tienes una gran mente, pero, en retribución, sucumbirías y dejarías de ser miembro oficioso de la sociedad. Sí, es innegable que hay en el mundo una cierta miseria que quiere doblegar de ese modo a cualquiera que se destaque, aunque sólo sea por una pulgada. Pero no dejes que eso te perturbe, no los desafíes ni los menosprecies; diré en este caso lo que tú sueles decir: no vale la pena. Pero si no
203 quieres | ser poeta, entonces no te queda otro camino que el que te
he señalado: ¡desespera!

Así que elige la desesperación, pues la desesperación misma es una elección, pues uno puede dudar sin elegirlo, pero no desesperar sin elegirlo. Y cuando uno desespera, a su vez, elige, ¿y qué elige? Se elige a sí mismo, no en su inmediatez, no como este individuo accidental, sino que se elige a sí mismo en su valor eterno.

Haré otro pequeño esfuerzo por aclarar este punto, refiriéndolo a ti. En la filosofía moderna se ha dicho, y de manera más que suficiente, que toda especulación comienza con la duda; las veces que he podido ocuparme de esas reflexiones, sin embargo, he buscado en vano una explicación acerca de la diferencia entre la duda y la desesperación. Intentaré explicar esa diferencia, con la esperanza de que ello te ayude a orientarte y a adoptar la postura correcta. No es que crea, ni mucho menos, poseer verdadera habilidad filosófica, no tengo el virtuosismo

que tú tienes al jugar con las categorías, pero aquello que en el sentido más profundo constituye el significado de la vida es algo que hasta el hombre más simple debe poder captar. La duda es la desesperación del pensamiento, la desesperación es la duda de la personalidad; por eso me aferro tan firmemente a la determinación de la elección, que es mi contraseña, el nervio de mi concepción de la vida, pues tengo una, pese a que de ningún modo presumo tener un sistema. La duda es el movimiento interior al pensamiento mismo, y al dudar me comporto del modo más impersonal posible. Doy por supuesto aquí que el pensamiento, cuando la duda es llevada a cabo, encuentra lo absoluto y reposa en él, y no es que repose en él según una elección, sino según la misma necesidad según la cual dudó; pues la duda misma es una determinación de la necesidad, y también lo es el reposo. Eso es lo que la duda tiene de grandioso, aquello por lo que tan a menudo fue ensalzada y difamada por gente que no sabía lo que decía. Pero el hecho de que sea una determinación de la necesidad muestra que el todo de la personalidad no acompaña el movimiento. Por eso hay algo muy cierto en que un hombre diga: quisiera creer y no puedo, debo dudar. Por eso suele verse también que el que duda puede, sin embargo, poseer en sí mismo un valor positivo que vive sin comunicar de manera alguna con el pensamiento, que puede ser un hombre sumamente consciente, alguien que no pone de ningún modo en duda la vigencia del deber y las reglas de su obrar, que no pone de ningún modo en duda una serie de estados de ánimo y sentimientos simpa-
téticos. | Por otro lado se encuentra uno, especialmente en nuestra 204
época, con hombres que llevan la desesperación en el corazón y que, sin embargo, han vencido la duda. Eso fue lo que me llamó la atención al considerar a algunos filósofos alemanes[54]. Sus pensamientos son apacibles, el pensamiento lógico objetivo es puesto en reposo en su correspondiente objeto, y sin embargo están desesperados, por mucho que les divierta el pensamiento objetivo, pues un hombre puede divertirse de muchas maneras, y no hay mejor narcótico que el pensamiento abstracto, pues de lo que se trata es de comportarse del modo más impersonal posible. La duda y la desesperación, por tanto, pertenecen a dos esferas totalmente diferentes, son diferentes partes del alma las que son puestas en movimiento. Pero con esto no me basta, pues de ese modo la duda y la desesperación se situarían la una junto a la otra, y no es así. La desesperación es una expresión mucho más profunda y completa, su movimiento abarca mucho más que el de la duda. La desesperación es, de hecho, expresión de la entera personalidad; la duda lo es sólo del pensamiento. La presunta objetividad de la duda, eso que la hace tan especial, es justamente expresión de su

imperfección. Por eso la duda reside en la diferencia, y la desesperación, en el absoluto. Se requiere talento para dudar, pero no se requiere talento alguno para desesperar; claro que el talento es, como tal, una diferencia, y aquello que exige una diferencia para poder hacerse valer no puede ser nunca lo absoluto, pues sólo para lo absoluto puede lo absoluto ser en tanto que absoluto. Puede desesperar el hombre más humilde, el menos agraciado; puede desesperar una muchacha, que es cualquier cosa menos un pensador, mientras que, por el contrario, cualquiera advierte que sería absurdo afirmar que dudan. La razón por la cual un hombre, cuando su duda se ha apaciguado, puede estar desesperado y dejar de estarlo, es que en sentido profundo no quiere la desesperación. Uno no puede jamás desesperar sin quererlo, pero para desesperar de verdad hay que quererlo verdaderamente, y si uno lo quiere verdaderamente, se encuentra más allá de la desesperación; si uno ha elegido de verdad la desesperación, ha elegido en verdad aquello que la desesperación elige: el sí mismo en su valor eterno. La personalidad se apacigua sólo en la desesperación, no por necesidad, pues nunca desespero de modo necesario, sino por libertad, y sólo entonces se alcanza lo absoluto. En este aspecto, pienso que nuestra época dará un paso adelante, si es que puedo opinar algo acerca de nuestra época, ya que la conozco sólo a través de los periódicos que
205 leo, | o a través de algún escrito o de una conversación contigo. No está lejos el día en que, acaso a un alto precio, aprenderemos que el verdadero punto de partida para encontrar lo absoluto no es la duda, sino la desesperación.

Pero vuelvo a mi categoría; no soy un lógico, tengo una sola, pero te aseguro que es la elección de mi corazón tanto como de mi pensamiento, el deseo de mi alma y mi bienaventuranza — vuelvo a la importancia de la elección. Al elegir de manera absoluta, elijo la desesperación, y en la desesperación elijo lo absoluto, pues yo mismo soy lo absoluto, pongo lo absoluto y soy yo mismo lo absoluto; de modo totalmente idéntico puedo decir: elijo lo absoluto que me elige a mí, pongo lo absoluto que me pone a mí, y mi categoría de la elección carecería de verdad si no tuviese en cuenta esta segunda expresión, pues es justamente la identidad de ambas. Aquello que elijo no es puesto por mí, pues si no estuviese puesto no podría elegirlo; y sin embargo, si yo no lo pusiera al elegirlo, no lo elegiría. Es, pues si no fuera no podría elegirlo; no es, pues sólo llega a ser en virtud de mi elección, y de otro modo mi elección sería una ilusión.

Pero ¿qué es, entonces, eso que elijo? ¿Elijo acaso esto o aquello? No, pues elijo de manera absoluta, y elijo de manera absoluta precisamente porque no he elegido no elegir esto o aquello. Elijo lo

absoluto. ¿Y qué es lo absoluto? Soy yo mismo en mi valor eterno. No puedo elegir nunca como lo absoluto algo que no sea yo mismo, pues si elijo alguna otra cosa, la elijo como algo finito, y entonces no la elijo de manera absoluta. Ni siquiera el judío, al elegir a Dios, eligió de manera absoluta; es cierto que eligió lo absoluto, pero no lo eligió de manera absoluta, y por eso dejó de ser lo absoluto y se convirtió en algo finito.

Pero ¿qué es este «sí mismo»? Si quisiera mencionar su primer momento, su primera expresión, respondería: es lo más abstracto de todo, que es además, sin embargo, lo más concreto de todo — es la libertad. Permíteme efectuar aquí una pequeña observación psicológica. A menudo se oye que la gente desahoga su descontento quejándose de la vida, a menudo se les oye formular deseos. Imagínate a uno de estos pelagatos, y dejemos de lado sus deseos, puesto que se sitúan por completo en lo accidental y no aclaran nada. Desea: Ojalá tuviera yo el espíritu de ese hombre, o el talento de aquel otro, etc., para acceder
así a la cumbre más alta... Ojalá tuviera | la constancia de ese hombre. 206
Uno oye con harta frecuencia ese tipo de deseos, pero ¿ha oído alguna vez que alguien desee seriamente llegar a ser otro? Muy al contrario, lo característico de lo que se llama una individualidad desdichada es justamente que ésta se aferra a sí misma con toda firmeza y, pese a todos sus sufrimientos, ni por todo el oro del mundo desearía ser otra; el motivo de esto es que tales individualidades están muy cerca de la verdad, y perciben el valor eterno de la personalidad, no en su bendición sino en su tormento, por más que conserven esa expresión completamente abstracta de la alegría que es preferir seguir siendo ellos mismos. Aquel que tiene tantos deseos, sin embargo, piensa que sigue siendo él mismo aun cuando todo haya cambiado. Hay en él, por tanto, algo que es absoluto respecto de cualquier otra cosa, algo en virtud de lo cual él es el que es, por más que el cambio logrado a través de su deseo fuese el más drástico de todos. Más tarde mostraré que incurre en un malentendido; por ahora quiero tan sólo hallar la expresión más abstracta de ese «sí mismo» que hace que él sea el que es. Y ésta no es sino la libertad. Por esta vía podría llegarse a una prueba sumamente plausible del valor eterno de la personalidad, pues ni siquiera un suicida quiere propiamente deshacerse de sí mismo, también él desea, quiere que su sí mismo tenga otra forma, y por eso se ha dado el caso de un suicida que estaba sumamente convencido de la inmortalidad del alma, pero cuyo ser estaba tan cohibido que creyó que ese paso lo llevaría a encontrar la forma absoluta de su espíritu.

Si al individuo le parece que puede transformarse una y otra vez y, sin embargo, seguir siendo el mismo, como si su naturaleza íntima

fuese una expresión algebraica que podría denotar cualquier cosa, ello se debe a que su postura no es la correcta, que no se ha elegido a sí mismo, que no tiene idea de ello; y aun así, su falta de entendimiento contiene el reconocimiento del valor eterno de la personalidad. El que ha adoptado la postura correcta, en cambio, procede de otro modo. Se elige a sí mismo, no en sentido finito, pues entonces ese «sí mismo» sería algo finito que vendría acompañado de otras cosas finitas, sino en sentido absoluto, y sin embargo se elige a sí mismo y no a otro. Ese sí mismo que elige es, pues, infinitamente concreto, pero es absolutamente distinto de su sí mismo anterior, puesto que
207 lo ha elegido de manera absoluta. Ese | sí mismo no existía con anterioridad, puesto que llegó a ser en virtud de la elección, y sin embargo existía, puesto que era «él mismo».

La elección hace aquí dos movimientos dialécticos simultáneos; lo que se elige no existe y llega a existir en virtud de la elección, y lo que se elige existe, de otro modo no sería una elección. En efecto, si lo que elegí no hubiese existido, si hubiese llegado a existir absolutamente en virtud de la elección, no lo habría elegido, lo habría creado; pero yo no me creo a mí mismo, sino que me elijo a mí mismo. Por eso, si la naturaleza fue creada de la nada, si yo mismo como personalidad inmediata fui creado de la nada, en tanto que espíritu libre he nacido del principio de contradicción, he nacido en función de haberme elegido a mí mismo.

Este hombre descubre entonces que el «sí mismo» que ha elegido contiene una infinita multiplicidad, y ello porque tiene una historia, una historia en la que él reconoce la identidad consigo mismo. Esa historia es variada, pues en ella se relaciona con otros individuos de la misma especie, y aunque esa historia contiene algo doloroso, él es el que es sólo en virtud de esa historia. Por eso se necesita coraje para elegirse a sí mismo, pues cuando más parece aislarse, más penetra al mismo tiempo en la raíz a través de la cual se conecta con el todo. Eso lo atemoriza, y sin embargo debe ser así, pues una vez que se despierta en él la pasión de la libertad —y ésta despierta en la elección, de la misma manera que se presupone a sí misma en la elección— se elige a sí mismo y lucha por esa posesión tanto como por su beatitud, y es su beatitud. No puede rechazar nada de ello, ni lo más doloroso, ni lo más gravoso, pero la expresión de esa lucha, de esa adquisición, es el arrepentimiento. Se arrepiente en dirección a su propio pasado, a su familia, a la especie, hasta que se encuentra él mismo en Dios. Sólo con esa condición puede elegirse a sí mismo, y ésa es la única condición a la que aspira, pues sólo así puede elegirse a sí mismo de manera absoluta. Sin embargo, ¿qué es un hombre sin el amor? Pero

hay diferentes clases de amor; amo a un padre de modo diferente a como amo a una madre, y a éstos, a su vez, de modo diferente que a mi esposa, y cada amor diferente tiene una expresión diferente, pero está también el amor con el que amo a Dios, y éste se expresa en el lenguaje de una sola manera, a saber: el arrepentimiento. Si no lo amo de ese modo, no lo amo de manera absoluta, no desde lo íntimo de mi ser, y cualquier otro amor por lo absoluto es un malentendido;
en efecto, para tomar aquello que tanto se ensalza, y que | yo mismo 208
honro, cuando el pensamiento con todo su amor se aferra a lo absoluto, aquello que amo no es lo absoluto, no amo de manera absoluta, pues amo de manera necesaria; tan pronto como amo libremente y amo a Dios, me arrepiento. Y la razón por la cual la expresión de mi amor a Dios es el arrepentimiento, aun cuando no hubiese otra, es que él me amó primero[55]. Pero esa caracterización es incompleta, pues sólo cuando me elijo a mí mismo como culpable, sólo entonces me elijo de manera absoluta, si he de elegirme de manera absoluta sin que esto sea idéntico a crearme a mí mismo; y aunque fuese la culpa del padre la que pasó por herencia al hijo, éste se arrepiente también de ella, y sólo así se elige a sí mismo, elige de manera absoluta, y aunque las lágrimas le permitan casi borrarlo todo, sigue arrepintiéndose, pues sólo así se elige a sí mismo. Su sí mismo está como fuera de él y debe ser conquistado, y el arrepentimiento es su amor hacia él, porque lo elige de manera absoluta, de la mano del Dios eterno.

Lo que he expuesto aquí no es sabiduría de cátedra, es algo que puede exponer cualquier hombre que así lo quiera, y que cualquier hombre puede querer si así lo quiere. No lo he aprendido en las aulas, lo he aprendido en la sala o, si quieres, en el cuarto de los niños, pues cuando veo a mi pequeño hijo corriendo tan contento, tan feliz, me pregunto: quién sabe si no he ejercido sobre él una mala influencia. Dios sabe que lo cuido tanto como puedo, pero esa idea no me tranquiliza. Y entonces me digo: llegará el momento en su vida en que también su espíritu madurará en el momento de la decisión, elegirá por sí mismo, se arrepentirá también de cualquier culpa que, por mi intermedio, pese sobre él. Y es hermoso que un hijo se arrepienta de la culpa del padre, si bien no lo haría por mí, sino porque sólo de ese modo puede elegirse a sí mismo. Suceda lo que suceda, aquello que uno considera lo mejor puede a menudo tener consecuencias dañinas en un hombre, pero todo eso no es nada. Puedo ayudarlo mucho, y me esforzaré por hacerlo, pero, en relación a lo más alto, sólo él mismo puede desenvolverse. Mira, ése es el motivo por el cual se le hace tan difícil a los hombres elegirse a sí mismos, porque aquí el absoluto aislamiento es idéntico a la continuidad más profunda,

porque, mientras uno no se ha elegido a sí mismo, se da de algún modo la posibilidad de llegar a ser algo de una manera diferente a ésta o a aquélla.

Ya ves, ahí tienes mi modesta opinión acerca de lo que es elegir y
209 | arrepentirse. Es indecoroso amar a una joven como si fuera la madre de uno, o a la madre de uno como si fuese una joven; cada amor tiene sus particularidades, y el amor a Dios tiene una particularidad absoluta, su expresión es el arrepentimiento. ¿Y qué es cualquier otro amor en comparación con éste? Nada más que un balbuceo de niños. No soy un joven exaltado que intenta imponer sus teorías, soy un esposo, y aun delante de mi esposa me atrevo a afirmar que todo amor es un balbuceo de niños en comparación con el arrepentimiento, pero sé que soy un esposo excelente, «yo, que incluso como esposo combato bajo el victorioso estandarte del primer amor»[56]; sé que ella comparte mi opinión, por eso la amo aún más, por eso no querría ser amado por aquella joven, porque no compartiría esta opinión.

Sé que aquí vuelven a producirse nuevos y terribles desvíos, que el que se arrastra por el suelo no está tan fácilmente expuesto a caer como el que escala hasta la cima de las montañas, que el que permanece junto a su estufa no está tan fácilmente expuesto a extraviarse como el que se atreve a salir al mundo, pero aun así sigo confiando en mi elección.

Un teólogo encontraría aquí el punto de partida para numerosas consideraciones sobre las que no voy a explayarme, puesto que no soy más que un profano. Lo único que observaré para aclarar lo precedente es que el arrepentimiento alcanza su verdadera expresión sólo en el cristianismo. El judío devoto sentía el peso de la falta de los padres, pero estaba lejos de sentirlo de modo tan profundo como el cristiano; el judío devoto no podía arrepentirse de aquélla, puesto que no podía elegirse a sí mismo de manera absoluta. La culpa de los antepasados pesaba sobre él, lo embargaba, él sucumbía a esa carga, suspiraba, pero no podía alzarla; eso puede hacerlo sólo el que se elige a sí mismo de manera absoluta mediante el arrepentimiento. A mayor libertad, mayor culpa, ésa es la cifra de la beatitud, y no querer arrepentirse de la culpa de los antepasados, si no es cobardía, es cuando menos pusilanimidad, y si no es vileza, es cuando menos mezquindad y falta de nobleza.

La elección de la desesperación es, por tanto, «yo mismo», pues si bien es cierto que, al desesperar, desespero de mí mismo tanto como de todo lo demás, el sí mismo del que desespero es algo finito, al igual que cualquier otra cosa finita, pero el «sí mismo» que elijo es el «sí mismo» absoluto, o mi sí mismo en su valor eterno. Si éste

es el caso, | verás nuevamente por qué he dicho y sigo diciendo que 210
el «o... o...» que he planteado entre el vivir de manera estética y de manera ética no es un dilema total, ya que se trata en realidad de una sola elección. Mediante esa elección no elijo, en realidad, entre el bien y el mal, sino que elijo lo bueno, pero al elegir lo bueno elijo, *eo ipso*, la elección entre el bien y el mal. La elección originaria sigue estando presente en cada elección posterior.

Así, pues, desespera, y tu frivolidad ya no te llevará a vagar como un espíritu errátil, como un aparecido entre las ruinas de un mundo que, de todos modos, está perdido para ti; desespera, y tu espíritu ya no suspirará en la melancolía, el mundo volverá a resultarte grato y hermoso aun cuando no lo mires con los mismos ojos, y tu espíritu, liberado, alzará el vuelo hacia el mundo de la libertad.

Podría detenerme aquí, pues éste es el punto al que quería hacerte llegar; es decir, te encuentras en él si así lo quieres. He querido que te desembarazaras de las ilusiones de la estética y de los sueños de una desesperación a medias, para despertar a la seriedad del espíritu. Pero no me propongo detenerme, pues desde este punto de vista te proporcionaré ahora una consideración de la vida, una concepción ética de la vida. Lo que te ofrezco es algo muy frugal, primero porque mis dotes no están a la altura de esta empresa, y además porque la frugalidad es una característica propiedad fundamental de todo lo que es ético, una característica que puede ser llamativa para aquel que viene de la opulencia de la estética. Aquí se aplica aquello de *nil ad ostentationem, omnia ad conscientiam* [nada por ostentación, todo por conciencia][57]. Hay otra razón por la que sería inquietante que me detuviese aquí, y es que podría pensarse que acabé de todos modos en una especie de quietismo[58], en el que la personalidad vendría a reposar con la misma necesidad con que el pensamiento reposa en el absoluto. ¿De qué serviría, pues, que uno se hubiese ganado a sí mismo, de qué serviría haber obtenido una espada capaz de vencer al mundo, si no se hiciera de ella otro uso que el de guardarla en la vaina?

Pero antes de pasar a una exposición más precisa de una consideración ética de la vida tal, quiero señalar en pocas palabras el peligro que comporta para un hombre el momento de la desesperación, el escollo en que puede encallar y naufragar por completo. La Escritura dice: ¿Qué aprovecha a un hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿O qué podrá dar un hombre a cambio de su alma?[59]. La Escritura no menciona lo opuesto, pero | éste está en el enunciado. Lo 211
opuesto sería: ¿Qué perdería el hombre que perdiera todo el mundo, pero conservara su alma? ¿Qué compensación necesitaría? Pero hay

expresiones que sencillamente parecen llenar el alma de una extraña angustia, puesto que se vuelven, de algún modo, más y más oscuras cuanto más se las piensa. En materia religiosa, la expresión «pecado contra el Espíritu Santo» es una de ellas[60]. No sé si los teólogos han logrado explicarla con certeza; yo no me considero capaz de hacerlo, pero, después de todo, no soy más que un lego. La expresión «perder su alma», en cambio, es una expresión ética, y el que afirma tener una concepción ética de la vida debe afirmar también que es capaz de explicarla. A menudo se oye utilizar esos términos, pero quien quiera comprenderlos debe haber experimentado profundas emociones en su alma, debe incluso haber desesperado, pues son propiamente las emociones de la desesperación las que se pronuncian en ellos: por un lado el mundo entero, y por el otro la propia alma. Como verás fácilmente, si uno se atiene a esa expresión puede llegar a la misma determinación abstracta del «alma», tal como anteriormente llegamos a determinar la expresión «sí mismo» en nuestra meditación psicológica acerca del desear sin llegar a convertirse en otro. En efecto, si puedo ganar el mundo entero y perder mi alma, en la expresión «el mundo entero» debe estar también todo lo finito que poseo en tanto que inmediato. Mi alma se muestra indiferente a ello. Si puedo perder el mundo entero sin perder mi alma, en la expresión «el mundo entero» están nuevamente todas las determinaciones de la finitud que poseo en tanto que inmediato, y sin embargo mi alma no se ha perdido sino que, por el contrario, es indiferente a ellas. Puedo perder mi riqueza, mi honor a los ojos de los demás, mi fuerza de espíritu, y sin embargo no perder mi alma, puedo ganarlo todo y sin embargo perder. ¿Qué es entonces mi alma, mi ser más íntimo, que puede permanecer insensible a esa pérdida y resultar perjudicado por esa ganancia? Ese movimiento se le muestra al desesperado. No es una expresión retórica, sino la única adecuada, pues aquél ve por un lado el mundo entero, y por el otro lado él mismo, su alma. La separación se muestra en el momento de la desesperación, y entonces queda por ver de qué modo desespera, pues la desesperación, como he explicado antes a propósito de todas las concepciones estéticas de la vida, es ganar el mundo entero de manera tal que se pierde el alma, y
212 aun sí | estoy íntimamente convencido de que el hecho de desesperar es para un hombre su verdadera salvación. Ahí se ve nuevamente la importancia de que uno quiera su desesperación, que la quiera en sentido infinito, en sentido absoluto, pues ese querer es idéntico a la entrega absoluta. Si, en cambio, quiero mi desesperación en sentido finito, pierdo mi alma, pues entonces mi ser más íntimo no prorrumpe en la desesperación, sino que, por el contrario, se encie-

rra en ella, se endurece, de manera que la desesperación finita es un endurecimiento, y la desesperación absoluta, una infinitización. Si, en mi desesperación, gano el mundo entero, pierdo mi alma al volverme finito, puesto que en ello está mi vida; si desespero por perder el mundo entero, pierdo mi alma al volverla finita exactamente de la misma manera, pues también en ese caso veo mi alma puesta junto a lo finito. Se entiende que un hombre puede ganar el mundo entero mediante el delito y perder su alma, pero eso mismo puede suceder de una manera aparentemente mucho más inocente. Por eso he dicho que aquella joven estaría igualmente desesperada tanto si consigue a su amado como si no lo hace. Toda desesperación finita es un elegir lo finito, porque lo elijo de igual modo tanto si lo consigo como si lo pierdo, pues conseguirlo no depende de mí, pero sí elegirlo. La desesperación finita es, por tanto, una desesperación carente de libertad; lo que quiere no es la desesperación, sino la finitud, pero ésta es desesperación. Claro que un hombre puede mantenerse en ese lugar, y, en tanto se mantenga allí, no estoy realmente seguro de poder afirmar que ha perdido su alma. Se encuentra en un lugar sumamente peligroso. Dicha posibilidad se da a cada instante. La desesperación está ahí, pero no ha atacado todavía su esencia más íntima; sólo cuando se endurece en ella en sentido finito, sólo entonces ha perdido su alma. Ésta está como adormecida en la desesperación, y sólo cuando despierta y elige una senda finita para salir de la desesperación, sólo entonces ha perdido su alma, se ha cerrado a sí mismo, su alma razonable se ha ahogado y él se ha convertido en una bestia que no elude ningún medio, pues cree hacerlo todo en legítima defensa. La idea de que un hombre ha perdido su alma comporta una angustia espantosa, pero todo aquel que ha desesperado ha presentido ese descarrío, esa perdición. Está claro que un hombre tal puede perder su alma; si esto le sucede o no
| al individuo singular, es algo que nunca puede determinarse, y que 213
ningún hombre se atreve a juzgar a otro a este respecto. Puede que la vida de un hombre parezca extraña y uno se vea tentado a creer que le ha ocurrido; pero puede que él mismo disponga de una interpretación totalmente distinta que lo convenza de lo contrario; puede que un hombre, por otro lado, haya perdido su alma sin que nadie lo sospeche, pues esa pérdida no es exterior, sino que reside en la esencia más íntima del hombre; es como la podredumbre que se aloja en el hueso de la fruta, y mientras que por fuera puede ser agradable mirarla, es como el hueco interior que la cáscara no deja presentir.

Cuando te eliges a ti mismo de manera absoluta, adviertes fácilmente que este sí mismo no es una abstracción o una tautología; puede serlo a lo sumo en el momento de la orientación, en el que

uno efectúa la separación hasta encontrar la expresión abstracta de ese «sí mismo»; pero allí, de todos modos, es ilusorio considerarlo totalmente abstracto y vacío, pues no se trata de la conciencia de la libertad y de la universalidad, que es una determinación del pensar, sino que deriva de una elección y es la conciencia de este ser determinado y libre que es él mismo y no otro. Este sí mismo contiene en sí una rica concreción, una multitud de determinaciones, de características; en suma, es la totalidad de la vida estética que ha sido elegida de manera ética. Por eso, cuanto más ahondes en ti mismo, tanto más advertirás el significado hasta de lo insignificante, no en sentido finito sino en sentido infinito, pues está puesto por ti; y cuando uno se elige de esa manera a sí mismo en sentido ético, no es sólo que uno recapacite sobre sí mismo, sino que cabría describir ese acto recordando las palabras de la Escritura: dar cuenta de cada palabra vana que se haya pronunciado[61]. En efecto, cuando la pasión de la libertad despierta, es celosa de sí misma y no permite que lo que pertenece al uno y al otro quede indeterminado y se mezcle. En el primer momento de la elección, por tanto, la personalidad parece salir desnuda, como el niño del vientre de su madre; en el momento siguiente es en sí misma concreta, y sólo mediante una arbitraria abstracción puede un hombre permanecer en aquel punto. Llega a ser sí mismo, exactamente el mismo que era antes, hasta en el detalle más insignificante, y sin embargo llega a ser otro, pues la elección todo lo impregna y todo lo transforma. De este modo, su personalidad finita se ha infinitizado en la elección a través de la cual se elige a sí misma de manera infinita.

214 | Ahora, pues, se posee a sí mismo como puesto por él mismo, es decir, como elegido por él mismo, como libre; pero cuando el hombre se posee a sí mismo de este modo, aparece una diferencia absoluta, la diferencia entre el bien y el mal. Esa diferencia sigue estando latente mientras aquél no se ha elegido a sí mismo. ¿Cómo surge, en definitiva, la diferencia entre el bien y el mal? ¿Puede ser pensada, es decir, existe para el pensamiento? No. Con esto vuelvo al punto en el que estaba antes, y la razón por la que podría parecer que los filósofos han suprimido realmente el principio de contradicción es que todavía no llegaron a él. Cuando pienso, me relaciono de manera necesaria con aquello que pienso, pero, precisamente por eso, la diferencia entre el bien y el mal no está dada. Piensa en lo que quieras, así pienses la más abstracta de las categorías, así pienses la más concreta, no piensas nunca bajo la determinación del bien y del mal; así pienses la historia en su totalidad, así pienses el movimiento necesario de las ideas, no piensas nunca bajo la determinación del bien y del mal. Por eso, según

mi opinión, bien puede uno darle la razón a la filosofía cuando dice que no puede pensar la contradicción absoluta, pero eso no implica en modo alguno que ésta no exista. En cuanto pienso, me infinitizo también a mí mismo, pero no de manera absoluta, pues me pierdo en el absoluto; sólo cuando me elijo de manera absoluta, sólo entonces me infinitizo absolutamente, pues yo mismo *soy* el absoluto, pues sólo puedo elegirme a mí mismo de manera absoluta, y esa elección absoluta de mí mismo es mi libertad, y sólo en cuanto me he elegido absolutamente a mí mismo he puesto una diferencia absoluta, a saber, la diferencia entre el bien y el mal.

Con el fin de destacar el momento de la autodeterminación en el pensamiento, la filosofía dice: el absoluto es en cuanto lo pienso; pero puesto que ella misma advierte que de ese modo se refiere al pensamiento libre, y no al pensamiento necesario que es, por lo demás, el que ella ensalza, reemplaza esa expresión por otra, a saber, que mi pensamiento del absoluto es el pensarse a sí mismo del absoluto en mí. Esta expresión no es en modo alguno idéntica a la anterior, pero es del todo ilustrativa. Pues entonces mi pensamiento es un momento del absoluto, y en eso consiste la necesidad de mi pensamiento, en eso consiste la necesidad con que lo pienso. Con el bien no sucede así. El bien es porque lo quiero y, si no, no es. Éste es expresión de la libertad, y lo mismo sucede con el mal, que sólo es en cuanto lo quiero. | No 215
por ello las determinaciones del bien y del mal se ven disminuidas o reducidas a determinaciones meramente subjetivas. Al contrario, esto habla de la absoluta validez de tales determinaciones. El bien es el ser en-y-para-sí puesto por el ser en-y-para-sí, y esto es la libertad.

Podría parecer sospechoso que yo haya utilizado la expresión «elegirse absolutamente a sí mismo», pues ésta parece suponer que yo elegiría de manera igualmente absoluta tanto el bien como el mal, y que tanto el bien como el mal me pertenecerían de manera igualmente esencial. Para evitar ese malentendido he utilizado otra expresión: que me arrepiento de la existencia en su totalidad. Pues el arrepentimiento es expresión de que el mal me pertenece esencialmente, y es también expresión de que no me pertenece esencialmente. Si el mal que hay en mí no me perteneciera esencialmente, no podría elegirlo, pero si hubiera en mí algo que yo no pudiera elegir de manera absoluta, en ese caso no me elegiría absolutamente a mí mismo, y yo mismo no sería el absoluto, sino sólo un producto.

Interrumpiré aquí estas meditaciones para mostrar de qué manera una concepción ética de la vida trata la personalidad, la vida y el significado de ambas. Para mayor precisión, me remitiré de nuevo a un par de observaciones hechas anteriormente acerca de la relación

entre lo estético y lo ético. Quedó dicho que toda concepción estética de la vida es desesperación, y ello por estar basada en algo que tanto puede ser como no ser. No es el caso de la concepción ética de la vida, pues ésta construye la vida sobre aquello cuyo rasgo esencial es ser. Quedó dicho que lo estético es en un hombre aquello por lo cual éste es inmediatamente lo que es, y que lo ético es aquello por lo cual un hombre llega a ser lo que llega a ser. Esto no implica en modo alguno afirmar que quien vive estéticamente no se desarrolla; pero se desarrolla de manera necesaria, no de manera libre, no se produce en él ninguna metamorfosis, ningún movimiento infinito que lo conduzca al punto a partir del cual llega a ser lo que llega a ser.

Cuando un individuo se considera a sí mismo de manera estética, toma conciencia de ese «sí mismo» como una concreción determinada en sí misma de muchos modos; pese a todas sus diferencias internas, sin embargo, ese conjunto constituye su esencia, y todo ello puede con igual derecho hacerse patente y exigir satisfacción. Su alma es como un terreno en que crece todo tipo de hierbas, y en el que todas
216 por igual reclaman que se las cultive; su | sí mismo consiste en esa multiplicidad, y no tiene ningún «sí mismo» que sea superior a ése. Pero si tiene eso de lo que tú tanto hablas, seriedad estética y un poco de sagacidad frente a la vida, advertirá que es imposible cultivar todo a la vez, elegirá, y lo que lo determina es un más o un menos, una diferencia relativa. Si fuese posible imaginar a un hombre que viviera sin tener contacto con lo ético, éste diría: tengo las aptitudes para llegar a ser un Don Juan, un Fausto, el jefe de una banda, y entonces despliego esas aptitudes, pues la seriedad estética exige que me convierta en algo determinado, que permita que eso cuyo germen ha sido depositado en mí se desarrolle íntegramente. En sentido estético, una tal consideración de la personalidad y de su desarrollo sería del todo correcta. He ahí lo que significa desarrollarse de manera estética: es desarrollarse como lo hace una planta, y aun cuando el individuo llega a ser algo, llega a ser aquello que inmediatamente es. Quien considera la personalidad de manera ética posee en seguida una diferencia absoluta, a saber, la diferencia entre el bien y el mal, y si encuentra dentro de sí más mal que bien, eso no significa que el mal deba hacerse patente, sino que el mal debe retroceder y el bien debe hacerse patente. Cuando el individuo se desarrolla de manera ética, llega a ser lo que llega a ser, pues lo estético en él (que para él no significa lo mismo que para el que vive de modo meramente estético), incluso cuando le concede valor, deja de ser preponderante. Como toda seriedad, la seriedad estética es útil al hombre, pero jamás lo salva de manera íntegra. Creo que ése ha sido tu caso en

alguna medida; así como el ideal siempre te ha perjudicado, pues te has quedado ciego de tanto mirarlo, también te ha sido útil, dado el horror que te ha producido el ideal de la maldad. Está claro que la seriedad estética no puede curarte, y lo más que has hecho es renunciar al mal en vista de la imposibilidad de realizarlo idealmente, pero no renuncias al mal porque es el mal o porque te inspira rechazo. Lo más que has hecho ha sido sentir el mismo grado de impotencia en relación al bien y en relación al mal. Por otra parte, tal vez el mal nunca resulta tan seductor como cuando se muestra según determinaciones estéticas; hace falta un alto grado de seriedad ética para negarse a concebir el mal bajo categorías estéticas. Ese tipo de consideración se desliza solapadamente en todo hombre, y la cultura preponderan-
temente estética | propia de la época no deja de contribuir a ella. De 217
ahí que no sea raro oír a predicadores de la virtud que se ensañan de tal manera contra el mal, que uno advierte que el orador, pese a ensalzar el bien, goza del aliciente de que habría podido ser el hombre más astuto e intrigante, pero que, en lugar de ello, ha logrado ser un buen hombre. Eso delata, sin embargo, una secreta debilidad, que muestra que la diferencia entre el bien y el mal no se le aparece claramente en toda su seriedad. Es cierto que el bien sigue estando muy presente en todo ser humano, tanto como para que éste sienta que ser un buen hombre es lo más elevado; pero de todos modos reclama un grado de reconocimiento que le hará sobresalir entre los hombres del montón, pues ha llegado a ser bueno pese a contar con amplios recursos para el mal. Es como si justamente el hecho de contar con amplios recursos para la maldad fuese un mérito, como si demorarse en tales recursos no fuese una muestra de inclinación hacia ellos. Por eso es común encontrarse también con hombres que son realmente buenos en el fondo de su corazón, pero que no tienen el coraje de reconocerse tales, pensando que de ese modo caerían bajo determinaciones demasiado triviales. También éstos admiten que el bien es lo más alto, pero no tienen el coraje de reconocer el mal por lo que es. También es común escuchar la expresión «la historia tuvo un final lamentable»; por lo general, se puede estar seguro de que aquello que se anuncia y se saluda de esa manera es lo ético. Cuando un hombre, por una u otra razón, se ha vuelto un enigma para los demás, y entonces se encuentra la explicación y se demuestra que no era el pérfido y solapado impostor que la gente habría esperado y ansiado que fuese, sino un digno hombre de bien, en ese caso se dice: «¿Y qué más? ¿Eso era todo?». Sí, la verdad es que hace falta mucho coraje ético para admitir que el bien es lo más alto, pues de esa manera uno cae bajo determinaciones que son totalmente generales. Eso no

es algo a lo que estarían dispuestos aquellos que aspiran a vivir en lo diferente. Bueno puede ser cualquiera, pero siempre se requiere talento para ser malo. De ahí que muchos quieran ser filósofos, pero no cristianos, pues para ser filósofo se requiere talento, y para ser cristiano, humildad, algo que cualquiera puede tener si así lo quiere. Lo que estoy diciendo puede ser relevante también para ti, pues en lo más íntimo de tu ser no eres un hombre malo. Pero no te enfades, no es mi intención ofenderte, ya sabes que he tenido que hacer de
218 tripas corazón y que, no | contento con tus recursos, debo tratar de defender un poco la dignidad de ser un buen hombre.

Nuestra época ha intentado también socavar la perspectiva ética de otras maneras. Pues aun cuando se piensa que ser un buen hombre es adoptar una paupérrima posición en la vida, se lo sigue mirando con cierto respeto aunque no se esté dispuesto a insistir en ello. Con esto no quiero decir que uno deba hacer ostentación de su virtud y en toda ocasión echarle en cara a la gente que es un hombre bueno; pero, por otra parte, uno no debe tampoco ocultarlo ni temer reconocer su aspiración. Si lo hace, en seguida se alza contra él el grito: ¡Quiere hacerse el importante, quiere ser mejor que los demás! Todos coinciden en la desvergonzada expresión: ¡Seamos humanos, que ante Dios todos somos jutlandeses![62]. No necesito decirte esto, pero sí alertarte respecto del exceso de actividad al que a menudo te arrastran tus burlas. Por eso es del todo comprensible que, en el drama moderno, el mal esté siempre representado por los más brillantes talentos, y el bien y la decencia por el dependiente de un almacén. Esto resulta del todo comprensible para los espectadores, los cuales aprenden de la pieza aquello que ya sabían: que estaría muy por debajo de sus méritos juntarse con dependientes de almacén. Sí, mi joven amigo, hace falta mucho coraje ético para querer vivir seriamente en lo general y no en las diferencias. Nuestra época necesita a este respecto una sacudida que, de seguro, no dejará de hacerse notar, pues llegará el momento en que deba observar cómo los individuos más notables en sentido estético, aquellos cuya vida reside justamente en las diferencias, desesperan frente a éstas tratando de hallar lo general. Puede que eso favorezca a la gente común como nosotros, pues a menudo también nos inquieta el hecho de no poder vivir en las diferencias, y no porque hayamos sido lo bastante grandes para desdeñarlas, sino a causa de nuestra insignificancia.

De ahí el secreto horror a la desesperación que siente todo aquel que vive de manera estética, pues sabe muy bien que ésta conduce a lo general, tanto como sabe que su vida está en las diferencias. Cuanto más arriba está el individuo, más son las diferencias que ha anulado

o de las que ha desesperado, pero siempre le queda una diferencia que no quiere anular, puesto que vive en ella. Es extraño ver de qué manera el hombre, aun el más simple, descubre con una seguridad
admirable aquello que cabría llamar su | diferencia estética, por más 219
insignificante que ésta sea, y una de las miserias de la vida es esa necia discusión respecto de cuál de las diferencias es la más importante. Las mentes estéticas expresan también su rechazo por la desesperación diciendo que es una ruptura. Expresión que sería totalmente justa si el desarrollo de la vida consistiera en el despliegue necesario de lo inmediato. Si ése no es el caso, sin embargo, la desesperación no es ruptura sino transfiguración. Sólo el que desespera por algo particular llega a una ruptura, pero eso se debe a que no desespera completamente. Los estetas temen, asimismo, que la vida pierda la amena multiplicidad que posee cuando se piensa que cada individuo vive bajo determinaciones estéticas. Ése es otro malentendido al que han dado lugar algunas teorías rigoristas. En la desesperación nada sucumbe, todo lo estético sigue estando en el hombre, pero es algo de lo que se sirve, y por eso se lo conserva. Es cierto que no se vive en lo estético como antes, pero eso no implica en modo alguno haberlo perdido; puede ser que se lo utilice de otro modo, pero eso no implica que no esté. El eticista no hace sino completar la desesperación que ya el esteta superior ha comenzado e interrumpido de manera arbitraria, pues aunque la diferencia sea grande, no deja de ser relativa. Y si el esteta mismo reconoce que la diferencia que da sentido a su vida también es efímera, añadiendo, sin embargo, que lo mejor es siempre gozar de ella mientras se la posee, eso es en realidad cobardía, es preferir una especie de comodidad en la que no hay demasiado vuelo y que es indigna de un hombre. Es como si un hombre quisiese contentarse con una relación basada en un malentendido que, de todos modos, deberá aclararse tarde o temprano, y, faltándole coraje para tomar conciencia de ello o para admitirlo, se regocijara de ella mientras le fuese posible. Claro que éste no es tu caso, pues tú eres como aquel que ha admitido el malentendido y roto la relación, pero aun así sigue despidiéndose de ella.

La concepción estética considera también la personalidad en su relación con el entorno, y el modo en que esto se expresa en su retorno a la personalidad es el goce. Pero la expresión estética del goce en su relación con la personalidad es el estado de ánimo. Pues en el estado de ánimo la personalidad está presente, pero lo está de modo vago.
El que vive | de manera estética trata, en la medida de lo posible, de 220
entregarse al estado de ánimo por completo, busca ocultarse totalmente en él, que no quede nada de sí mismo que no pueda acurrucarse en

el estado de ánimo, pues ese residuo resulta siempre perturbador, es la continuidad que quiere retenerlo. Así, cuanto más vagamente se muestra la personalidad en el estado de ánimo, tanto más se encuentra el individuo en el instante, y ésta es, una vez más, la expresión más adecuada de la existencia estética: está en el instante. De ahí las enormes oscilaciones a las que está expuesto el que vive de manera estética. También el que vive de manera ética sabe lo que es el estado de ánimo, pero éste no es lo más importante para él, puesto que se ha elegido a sí mismo de manera infinita y hace del estado de ánimo algo inferior a él mismo. El excedente que el estado de ánimo no llega a absorber es, en efecto, la continuidad, y eso es lo más importante para él. El que vive de manera ética tiene, para recordar una expresión anterior, memoria de su vida; el que vive de manera estética carece totalmente de ella. El que vive de manera estética no anula el estado de ánimo, lo contempla por un momento, pero ese momento lo salva de vivir en el instante, ese momento le otorga el dominio del placer; pues el arte de dominar el placer no consiste tanto en anularlo o en renunciar a él por completo, sino más bien en determinar el momento. Escoge el deseo que quieras; su secreto, su poder está en ser absoluto en el momento. A menudo se oye decir a la gente que la única manera es abstenerse totalmente de él. Pero ése es un método muy inapropiado que, además, funciona sólo durante un tiempo. Imagina a un hombre que se ha entregado al juego. El deseo despierta con toda su pasión, y es como si su vida estuviese en peligro cuando no puede satisfacerlo; si es capaz de decirse a sí mismo: «No quiero hacerlo en este momento, sino dentro de una hora», entonces se ha curado. Esa hora es la continuidad que lo salva. El estado de ánimo del que vive de manera estética es siempre excéntrico, pues tiene su centro en la periferia. La personalidad tiene su centro en sí misma, y quien no se posee a sí mismo es excéntrico. El estado de ánimo del que vive de manera ética está centralizado; él mismo no está en el estado de ánimo, no es el estado de ánimo, sino que tiene un estado de ánimo, lo tiene en él. Trabaja es pos de la continuidad, y ésta es siempre dueña del estado de ánimo. En su vida no faltan estados de ánimo, y tiene incluso un estado de ánimo de conjunto, pero éste ha sido adquirido, es lo que cabría llamar *æquale temperamentum* [temperamento ecuánime]; éste no es un estado de ánimo estético, y no hay nadie que lo posea por naturaleza o de manera inmediata.

221 | Aquel que se ha elegido a sí mismo de manera infinita, sin embargo, ¿puede acaso decir: «Ahora me poseo a mí mismo, no aspiro a nada más, y a todas las variaciones del mundo opongo el orgulloso pensamiento: soy el que soy»[63]? ¡De ninguna manera!

Sería fácil advertir el extravío de un hombre que se expresase de ese modo. El error principal consistiría, por otra parte, en no haberse elegido a sí mismo en sentido estricto; se habría elegido a sí mismo, pero fuera de sí mismo; habría concebido de manera totalmente abstracta el hecho de elegir, en lugar de captarse a sí mismo en su concreción; no habría elegido de modo de llegar a ser él mismo en la elección, de modo de revestirse de sí mismo; se habría elegido a sí mismo según su necesidad, y no según su libertad; habría tomado estéticamente en vano la elección ética. Cuanto más significativo es en su verdad aquello a lo que hay que llegar, tanto más peligrosos son los desvíos, y, en este sentido, también aquí se presenta un desvío. En tanto el individuo se ha captado a sí mismo en su valor eterno, éste lo inunda con toda su plenitud. La temporalidad desaparece para él. En un primer momento, esto lo llena de una dicha indecible y le proporciona una absoluta confianza. Si luego se pone a mirarlo de manera unilateral, la temporalidad hace sus reclamos. Éstos son rechazados; lo que la temporalidad puede ofrecer, el «desde» y el «hasta» que allí se presenta, es de escasísima importancia para él comparado con lo que posee eternamente. Todo se detiene ante él, que es como si hubiese alcanzado la eternidad antes de tiempo. Se sumerge en la contemplación, se mira fijamente a sí mismo, pero ese mirarse fijamente no puede colmar el tiempo. Entonces se le hace claro que el tiempo, que la temporalidad es su perdición, exige una forma perfecta de existencia, y allí vuelve a aparecer el cansancio, la apatía, que es similar al agotamiento que acompaña al goce. Esa apatía puede posarse sobre un hombre de modo tan opresivo, que le parecerá que el suicidio es la única salida. No hay poder que pueda arrancarlo de sí mismo, el único poder es el tiempo, y tampoco éste puede arrancarlo de sí mismo, sino que lo frena y lo demora, retarda ese abrazo del espíritu mediante el cual se coge a sí mismo. No se ha elegido a sí mismo; como Narciso, se ha enamorado de sí mismo. No es raro que un estado como ése termine en el suicidio.

El error consiste en que no ha elegido del modo correcto, y no es que no haya sabido ver su error, sino que se ha visto a sí mismo en y según la determinación de la necesidad; a ese sí mismo, esa personalidad en toda la multiplicidad de sus determinaciones, | lo ha 222
visto como parte integrante del curso del mundo, lo ha visto frente al poder eterno cuyo fuego lo ha penetrado sin consumirlo[64]. Pero no se ha visto en su libertad, no se ha elegido en ella. Si lo hace, se pone en movimiento en el mismo instante de elegirse a sí mismo; por muy concreto que sea su sí mismo, se ha elegido según su posibilidad, se ha rescatado en el arrepentimiento para mantener su libertad, pero

sólo puede mantener su libertad realizándola de manera constante. Por eso, el que se ha elegido a sí mismo es *eo ipso* actuante.

Tal vez sea oportuno comentar aquí en pocas palabras una concepción de vida que a ti te resulta sumamente grata, sobre todo como docente, y a veces también como practicante. Tiende nada menos que a demostrar que el sentido de la vida está en afligirse, y la mayor dicha de todas consiste en ser el más desdichado. A primera vista no parece que ésta perspectiva constituya una concepción estética de la vida, pues el goce no puede ser propiamente su lema. Pero tampoco es ética, sino que se sitúa en ese arriesgado punto en que lo estético debe dar paso a lo ético, un punto en el que es fácil que el alma ceda a los encantos de alguna que otra expresión acerca de la teoría de la predestinación. Ésta es casi la peor de las falsas doctrinas que profesas, pero sabes también que es la más útil cuando te propones deslizarte entre la gente y absorberla hacia ti. Puedes ser un desalmado y no preocuparte por nadie, puedes tomarlo todo a broma, incluso el dolor humano. No ignoras que eso tienta a la juventud, pero esa conducta acaba por alejarte muchísimo de ella, puesto que un trato como ése es tan atrayente como repulsivo. Si lo que quieres lograr de ese modo es engañar a las jóvenes, no puedes prescindir del hecho de que el alma femenina es demasiado profunda como para que eso la cautive durante un largo tiempo, y aunque la mantengas ocupada por un instante, pronto acabará cansándose y casi aborreciéndote, pues su alma no requiere tales incitaciones. Entonces cambias de método, te vales de algún que otro enigmático exabrupto, que sólo ella puede comprender, para crear la sospecha de que una remota melancolía es la explicación de todo. Sólo te abres ante ella, pero con el cuidado suficiente para que no llegue realmente a enterarse de nada más, encomiendas a su fantasía el retrato de la honda tristeza
223 que alojas en lo más íntimo de tu ser. | No puede negarse que eres listo, y es cierto lo que una joven dijo acerca de ti, que probablemente acabes haciéndote jesuita[65]. Cuanto más capciosa es la pista que les das para que vayan ahondando en los arcanos de la tristeza, tanto más contento, tanto más seguro estás de poder atraerlos hacia ti. No sostienes largos discursos, no das a conocer tu dolor en un leal apretón de manos o «en una romántica mirada puesta en los románticos ojos de un alma dispuesta», eres demasiado listo para eso. No dejas que haya testigos, y sólo en un momento determinado te dejas sorprender. Hay una edad en la que la tristeza es para una joven el más peligroso de los dones, bien lo sabes, y puede que ese saber sea en sí y para sí tan bueno como cualquier otro, pero el uso que haces de él es algo que no voy a apoyar.

Puesto que has templado tu ánimo en pos de una concepción de la existencia toda según categorías estéticas, es normal que la pena no haya escapado a tu atención, pues la pena es en sí y para sí algo tan interesante como la alegría. La inflexibilidad con que te aferras a lo interesante en cualquiera de sus manifestaciones hace que los que te rodean siempre se equivoquen respecto de ti, que te tomen a veces por alguien absolutamente desalmado, y otras veces por un verdadero hombre de bien, pese a que, en realidad, no eres ninguna de las dos cosas. Tú mismo favoreces ese malentendido al acudir a la pena con la misma frecuencia con que te sumas a la alegría, con la aclaración de que tanto la pena como la alegría son una idea, pues sólo de esa manera despierta el interés estético. Si fueses capaz de ser lo bastante frívolo como para hacer infeliz a un hombre, darías lugar a la más extraña de las decepciones. Tú no harías como esos traidores que no buscan otra cosa que la alegría, no retrocederías para volver en su busca por vías distintas, sino que la pena del mismo individuo te resultaría aún más interesante que la alegría, te quedarías junto a él y te hundirías en su pena. Tienes la experiencia, la intimidad, el poder de la palabra, el *pathos* de la tragedia, sabes cómo ofrecer al que sufre el único alivio que persigue el afligido estético: la expresión. Te complace observar cómo reposa el afligido cuando le recitas los sones de un estado de ánimo; pronto no podrá prescindir de ti, pues tus expresiones lo arrancan de las oscuras moradas de la pena. Él, en cambio, no te es imprescindible, y en seguida te cansas de ello. Pues para ti no es sólo la alegría la que

| es como un amigo pasajero 224
que uno se encuentra en un viaje[66],

sino que la pena lo es también, pues siempre estás de viaje. Una vez que has consolado al afligido y, para saldar tus molestias, has destilado lo que en él había de interesante, saltas a tu coche y gritas: ¡En marcha! Si se te pregunta hacia dónde, respondes como el héroe de Don Juan: «Hacia el placer y el alborozo»[67]. Pues estás harto de la pena y tu alma requiere lo opuesto.

Es cierto que no te comportas con la total malevolencia que he descrito, y debo admitir que a menudo te interesas realmente por el que está afligido, que te encargas de curarlo y de hacer que recupere la alegría. Es entonces cuando, según tu dicho, te enganchas a él como un brioso corcel e intentas arrancarlo de las fascinaciones de la pena. No escatimas ni tiempo ni fuerzas, y a menudo lo logras. Con todo, no puedo elogiarte, pues en ello se esconde algo. Lo que sucede es que envidias la pena, te disgusta que otro hombre tenga

una pena, o que haya una pena que no se puede vencer. Cuando curas al afligido, gozas del aliciente de poder decirte a ti mismo: pero no hay nadie que pueda curar mi propia pena. Es un resultado que siempre mantienes *in mente*; ya sea que busques el solaz de la alegría o el de la pena, tu alma se aferra al hecho de que hay una pena que no puede suprimirse.

Llego de esta manera al punto en el que, según tu opinión, el sentido de la vida es la aflicción. Todos los desarrollos modernos suponen que la tendencia a querer afligirse es mayor que la inclinación a la alegría. Se asume que ésa es una concepción más elevada de la vida, y lo es en la medida en que es natural querer la alegría, mientras que querer afligirse es antinatural. Querer la alegría, además, implica para el individuo singular la obligación de la gratitud, por más que su pensamiento esté demasiado turbado como para saber a quién debe dar las gracias; el que está afligido se exime de eso, y la vanidad queda mejor satisfecha. Nuestra época, por lo demás, ha experimentado de tantas maneras lo vano de la vida, que no cree en la alegría y, para tener algo en qué creer, cree en la pena. La alegría pasa, se dice, mas la pena permanece, y el que construye sobre ella su concepción de la vida, ése construye sobre un cimiento firme[68].

Si uno pregunta más precisamente cuál es la pena de la que hablas,
225 | eres lo bastante listo como para eludir la pena ética. No te refieres al arrepentimiento, sino a la pena estética y, en especial, a la pena reflexiva. Su fundamento no es la culpa sino la desgracia, el destino, una disposición triste, la influencia de otros, etc. Todo eso lo conoces muy bien a través de las novelas. Te ríes cuando lo lees en ellas, te burlas cuando alguien habla al respecto, pero si eres tú el que lo expone, entonces tiene sentido y verdad.

Aun cuando parezca que la concepción que encuentra en la aflicción el significado de la vida es en sí y para sí suficientemente triste, debo hacerte notar que, vista desde un ángulo tal vez inesperado para ti, es desconsolada. Vuelvo a decir aquí lo que dije antes: así como se dice que la alegría pasa, se dice también que la pena pasa. No necesito llamarte la atención sobre esto, ya que puedes aprenderlo de Scribe, tu maestro, que tantas veces se ha burlado del sentimentalismo de creer en una pena eterna[69]. El que afirma que la aflicción es el significado de la vida, tiene la alegría fuera de sí mismo, del mismo modo que el que quiere la alegría tiene la pena fuera de sí mismo. La alegría puede coger desprevenido al uno tanto como la pena al otro. Su concepción de la vida está ligada a una condición que no depende de él, pues, en realidad, el hecho de no estar contento depende tan poco de un hombre como el hecho de no estar

apenado. Toda concepción de la vida que tenga su condición fuera de ella misma, sin embargo, es desesperación. Así, querer afligirse es desesperación tanto como lo es el hecho de querer alcanzar la alegría, pues es siempre desesperación hacer que la vida consista en algo cuya esencia es pasar. Sé, pues, tan listo e inventivo como quieras, ahuyenta la alegría con tu aspecto lloroso, o, si lo prefieres, conserva la pena fingiendo ante la alegría, que ésta podrá de todos modos sorprenderte. Pues el tiempo devora a los hijos del tiempo[70], y una pena como ésa es hija del tiempo, y la eternidad es un engaño si se la gana con mentiras.

Cuanto más profundo es el motivo de la pena, tanto más le parece a uno que ésta podría durar la vida entera, que no hay nada que hacer, que sería normal que continúe. La cosa no sería tan fácil si el motivo fuese una circunstancia particular. Esto lo tienes muy claro, y así es que, cuando tienes que pronunciarte acerca de lo que
la pena significa en | la vida, piensas más bien en individualidades 226
desdichadas y en héroes trágicos. La entera disposición espiritual de la individualidad desdichada se caracteriza por no poder alcanzar la dicha o la alegría, porque hay una fatalidad que pesa sobre ella, lo mismo que sobre el héroe trágico. En este caso es completamente cierto que el significado de la vida es la aflicción, y aquí estamos ante un fatalismo liso y llano que siempre tiene algo de seductor. Ahí estás también tú, pretendiendo ser nada más y nada menos que el más desdichado. Pero hay que admitir que ese pensamiento es el más altivo y rebelde que puede surgir en el corazón de un hombre.

Déjame que te dé la respuesta que te mereces. Ante todo, tú no te afliges. Esto lo sabes muy bien; de ahí tu frase favorita: que el más desdichado es el más dichoso. Pero ésa es una impostura más espantosa que cualquier otra, una impostura que se vuelve contra el poder eterno que gobierna el mundo, es un rebelarse contra Dios, lo mismo que querer reír cuando se debe llorar, y hay una desesperación que se atreve a ello, una rebeldía que desafía a Dios. Pero es también una traición al género humano. Es cierto que tú distingues una pena de otra, pero hay una diferencia que, en tu opinión, es demasiado grande, que hace que sea imposible cargar con la pena como tal. Si esa pena existe, sin embargo, no te compete a ti decidir cuál es; da lo mismo una diferencia que otra, y has traicionado el derecho o la gracia más profunda y sagrada del hombre. Es una traición a la grandeza, una rastrera envidia, pues de ello se desprende que los grandes hombres no han arrostrado las pruebas más peligrosas, que han alcanzado la gloria fácilmente, que también ellos habrían sucumbido si se les hubiese presentado la sobrehumana tentación de la que hablas. ¿Es

acaso tu intención honrar lo que es grande cuando lo minimizas, certificarlo cuando reniegas de ello?

No me interpretes mal, no es que piense que no hay que afligirse; ese mezquino razonamiento es algo que desprecio, y, si debo elegir entre las dos cosas, elijo la pena. Por el contrario, sé que es bello afligirse, que las lágrimas tienen su espesor[71]; pero también sé que no hay que sentir pena por el desesperanzado. Hay entre nosotros un contraste que es imposible suprimir. Yo no puedo vivir bajo determinaciones estéticas, siento que moriría lo que hay de más sagrado en mi vida;
227 | exijo una expresión más alta, y eso me lo da lo ético. Sólo así la pena cobra su verdadero y profundo significado. A propósito de una pena que sólo los héroes podrían soportar, podría decir algo acerca de los niños, y espero que esto no te resulte chocante y que no lo tomes como un obstáculo. Así como es signo de buena educación que un niño esté dispuesto a pedir perdón sin meditar demasiado acerca de si tiene razón o no, así también el hecho de que un hombre esté dispuesto a arrepentirse, que se arrepienta y que, en su arrepentimiento, ame a Dios en lugar de hacerle reproches, es un signo de nobleza y de profundidad anímica. Sin ello, su vida no es nada, es como la espuma sobre el agua. Sí, te aseguro que si mi vida, a pesar de mí mismo, estuviese atravesada por penas y sufrimientos hasta el punto de poder considerarme el más grande de los héroes trágicos, regocijarme en mi dolor y aterrorizar al mundo con sólo nombrarlo, mi elección está hecha: me despojo de las vestiduras del héroe y del *pathos* de la tragedia, no soy el atormentado capaz de estar orgulloso de sus sufrimientos, soy el humillado sabedor de su falta, y tengo un solo nombre para lo que sufro: culpa, un solo nombre para mi dolor: arrepentimiento, una sola esperanza ante mis ojos: el perdón. Y si me es difícil hacerlo, ¡ay, mi plegaria es sólo una!, me arrojaría al suelo y a hora y deshora imploraría al poder eterno que gobierna al mundo que, como única gracia, se me permitiera arrepentirme; pues conozco una sola pena que podría llevarme a la desesperación y hacer que en ella todo se derrumbe: que el arrepentimiento fuese una decepción, no con respecto al perdón solicitado, sino con respecto a la imputación que presupone.

¿Piensas acaso que esta conducta no hace justicia a la pena, que huyo de ella? ¡De ningún modo! La deposito en mi propio ser, y de esa manera nunca la olvido. Puedo poseer algo dentro de mí sin reparar en ello a cada instante, y no atreverse a creer que eso es posible sería, en definitiva, no tener fe en el valor del espíritu. En la vida diaria, las cosas mejor guardadas son las que se depositan en un lugar al que no se va todos los días; lo mismo sucede en sentido

espiritual. Tengo la pena en mí, y sé que ésta quiere pertenecer a mi ser, lo sé con mucha mayor certeza que aquel que, temiendo perderla, la exhibe cada día.

Mi vida nunca ha sido tan agitada como para verme tentado a embrollar de manera caótica la totalidad de la existencia; pero he experimentado a menudo en mi vida diaria cuán provechoso es dar a la pena una expresión ética, no borrando lo que hay de estético
en la pena, sino dominándolo de manera ética. | No temo a la pena 228
cuando es tranquila y humilde; pero si se vuelve violenta, apasionada y sofística, si sus encantos me llevan a la inactividad, en ese caso me sublevo, no tolero ninguna rebeldía, no quiero que nada del mundo me despoje de lo que he recibido como gracia de la mano de Dios. No busco apartar la pena, no pretendo olvidarla, sino que me arrepiento. Y si la pena es de tal naturaleza que yo mismo no soy culpable de ella, me arrepiento de haberle permitido apoderarse de mí, me arrepiento de no haberla remitido prontamente a Dios, pues, de haber sido así, no habría tenido sobre mí ningún poder de encantamiento.

Perdóname si vuelvo a hablar de niños. Cuando un niño se pone a lloriquear y no quiere ni esto ni aquello, se le dice: lo que quieres es un motivo para llorar, y este método no falla. Lo mismo me pasa a mí, pues uno siempre conserva algo de niño por más que alcance la edad del raciocinio. Así que, cuando lloriqueo, me digo a mí mismo: lo que quieres es un motivo para llorar, y entonces llevo a cabo la transformación. Y te aseguro que eso es muy saludable para un hombre, pues las lágrimas que el afligido estético vierte a causa de sí mismo son, con todo, lágrimas hipócritas que no llevan a nada; pero el sentirse culpable es realmente un motivo para el llanto, y en las lágrimas del arrepentimiento hay una bendición eterna. Cuando el Salvador subió a Jerusalén y lloró por esa gran ciudad que no sabía lo que era mejor para ella[72], es muy posible que hubiera logrado hacer que ésta lo acompañara en el llanto; pero si esas lágrimas hubiesen sido estéticas, no habrían servido de mucho, si bien el mundo no ha asistido a muchas tragedias comparables a la de la reprobación del pueblo escogido[73]. Si hubiesen sido lágrimas de arrepentimiento, entonces sí habría habido vigor en ellas, pero el arrepentimiento en cuestión habría ido más allá de la culpa propia, pues la generación que vivía en ese entonces no era la única culpable, sino que la falta de los antepasados pesaba sobre ella. Allí se muestra por completo el profundo significado del arrepentimiento, pues si por un lado me aíslo, por el otro me ligo indisolublemente a la raza entera, pues mi vida no comienza en el tiempo y a partir de la nada, y, si no puedo arrepentirme del pasado, la libertad no es sino un sueño.

Tal vez comprendas ahora por qué razón me refiero aquí a esta concepción de la vida; en ella, la personalidad es vista nuevamente bajo la determinación de la necesidad, y es tan poca la libertad que le
229 queda, que es como un | sueño agitado capaz de mantener siempre semidespierto al individuo, y de hacer que se pierda en un laberinto de sufrimientos y contingencias en el que aquél se ve a sí mismo en todas partes sin poder, no obstante, llegar a sí mismo. La ligereza con la que suelen ser tratados estos problemas es increíble. Hasta los pensadores sistemáticos, no teniendo otra cosa que decir al respecto, lo han tratado como un portento de la naturaleza que se limitan a describir sin caer en la cuenta de que, si un tal portento de la naturaleza existiese, todo lo demás de su sabiduría sería insensatez e ilusión. De ahí que la concepción cristiana le brinde a uno resultados totalmente distintos a los de la sabiduría de todos los filósofos. Esa concepción lo subordina todo al pecado; el filósofo es demasiado estético como para tener el coraje ético de hacerlo. Y, sin embargo, ese coraje es lo único que puede salvar la vida y al hombre, a menos que, por capricho, uno no quiera poner fin a su escepticismo y llegar a un acuerdo con otros de ánimo semejante respecto de qué es la verdad.

La primera forma en la que se da la elección es la de un perfecto aislamiento. Al elegirme a mí mismo, me segrego de mi relación con el mundo entero, hasta alcanzar mediante esa segregación la identidad abstracta. Cuando se ha elegido de acuerdo a su libertad, sin embargo, el individuo es *eo ipso* actuante. Claro que su acción no se relaciona con ningún entorno, pues el individuo, que es sólo para sí mismo, lo ha anulado por completo. Pero la concepción de la vida que aquí se muestra es una concepción ética. En Grecia, ésta halló expresión en el esfuerzo del individuo particular por abrirse paso hacia un modelo de virtud. Como más tarde los anacoretas en la cristiandad, aquél se apartaba de las actividades vitales, no para sumirse en cavilaciones metafísicas, sino para actuar, no hacia afuera, sino en sí mismo. Ese actuar interno era a la vez su tarea y su contento, pues su intención no era educarse para luego poder servir mejor al Estado, sino que en esa educación era para él solo, y abandonaba la vida del Estado para nunca retornar a ella. En sentido propio, por tanto, no es que se retirara de la vida, sino que le pertenecía en su variedad, pues el contacto con ésta le era necesario desde un punto de vista pedagógico; pero, para él, la vida del Estado en cuanto tal no tenía ningún significado, la había transformado, como por embrujo, en algo que era de suyo inerme, indiferente y carente de importancia. Las virtudes que cultivaba no eran, pues, virtudes civiles (aunque eran, en reali-
230 dad, las verdaderas virtudes | que, en el paganismo, correspondían

a las virtudes religiosas del cristianismo), eran virtudes personales, el coraje, la valentía, la moderación, la modestia, etc. En nuestros días, desde luego, esa concepción de la vida se ve realizada muy raramente, puesto que cada uno está demasiado afectado por lo religioso como para conformarse con una determinación tan abstracta de la virtud. Es fácil advertir la imperfección de esa concepción de la vida. El error consistía en que el individuo se había elegido a sí mismo de manera totalmente abstracta, y por eso la perfección a la que tendía y que alcanzaba era igualmente abstracta. Por esa razón hice resaltar que el hecho de elegirse a sí mismo era idéntico al hecho de arrepentirse, pues el arrepentimiento sitúa al individuo en la más íntima relación y en la más estricta correspondencia con el entorno.

A menudo se ha considerado y se sigue considerando que el mundo cristiano es comparable a esa concepción griega de la vida, sólo que ésta, al agregársele la mística y la religión, se vuelve más bella y más plena en el cristianismo. Aunque la individualidad griega acceda a la perfecta combinación de todas las virtudes personales, por más que el grado de virtuosidad alcanzado sea tan alto como ella quiera, su vida no es menos mortal que la del mundo cuyas tentaciones ella misma venció con su virtud, su dicha es una solitaria autosatisfacción, efímera como todo lo demás. La vida de un místico, claro, es mucho más profunda. Se ha elegido a sí mismo de manera absoluta, pues aunque no sea frecuente oír a un místico que se expresa en esos términos, aunque utilice casi siempre la expresión aparentemente opuesta, a saber, que ha elegido a Dios, la cuestión sigue siendo la misma, como se ha mostrado anteriormente; pues si no se ha elegido a sí mismo de manera absoluta, entonces no tiene una relación libre con Dios, y en la libertad está precisamente lo propio de la devoción cristiana. En el lenguaje del místico, ese relacionarse libremente se expresa a menudo en términos de un «tú» absoluto. El místico se ha elegido a sí mismo de manera absoluta y, entonces, de acuerdo con su libertad, y de esta manera es *eo ipso* actuante, pero su acción es una acción interior. El místico se elige a sí mismo en su perfecto aislamiento, el mundo entero está para él muerto y anulado, y el alma fatigada elige a Dios o se elige a sí misma. La expresión «el alma fatigada» debe entenderse correctamente, no hay que abusar de ella en desmedro del místico como si se tratase de un asunto escabroso: que el alma habría elegido a Dios sólo después de haberse hartado del mundo. Mediante esa expresión, el místico designa indudablemente su arrepentimiento por no haber elegido a Dios antes, y su fatiga no debe ser vista como idéntica a un estar cansado de la vida. Aquí puedes ver ya cuán poco
| ética es la actitud de vida del místico, pues la máxima expresión 231

del arrepentimiento es arrepentirse de no haber elegido a Dios con anterioridad, antes de hacerse concreto en el mundo, cuando su alma estaba determinada de manera puramente abstracta, es decir, no haberlo elegido como lo haría un niño.

En cuanto ha elegido, el místico es *eo ipso* actuante, pero su acción es una acción interior[74]. En la medida en que actúa, su vida tiene un movimiento, un desarrollo, una historia. Sin embargo, el desarrollo puede ser tan metafísico o tan estético, que cabría preguntarse si se le puede llamar historia en sentido propio, pues ello haría pensar en un desarrollo bajo la forma de la libertad. Un movimiento puede ser tan inconstante[75], que cabría preguntarse si se le puede llamar desarrollo en sentido propio. Así, cuando el movimiento consiste en que un elemento se reitera una y otra vez, es innegable que hay un movimiento, y hasta es posible descubrir la ley del movimiento, pero no hay ningún desarrollo. La repetición en el tiempo carece de significación, y falta la continuidad. Esto es, en gran medida, lo que sucede con la vida del místico. Es horrible tener que leer los lamentos del místico en los momentos de lasitud. Cuando ese momento ha pasado, viene el momento de la claridad, y así su vida va alternando; tiene movimiento, sí, pero no desarrollo. Su vida carece de continuidad. Lo que propiamente constituye la continuidad en la vida del místico es un sentimiento, a saber, el ansia, ya sea que ésta se dirija a lo pasado o a lo que vendrá. Pero el hecho de que un sentimiento como ése sea el espacio intermedio muestra justamente que falta el enlace. El desarrollo de un místico está determinado de modo tan metafísico o estético, que uno no se atreve a llamarle historia, a menos que sea en el sentido en que se habla de la historia de una planta. Para el místico, el mundo entero está muerto, él se ha enamorado de Dios. Y el desarrollo de su vida es el despliegue de ese amor. Así como hay ejemplos de amantes que se parecen el uno al otro, incluso en el aspecto, en los gestos y facciones de la cara, así se sume el místico en la contemplación de la divinidad, su imagen se refleja más y más en el alma de su amado, y así es como el místico renueva y reaviva la perdida imagen de Dios en el hombre. Cuanto más contempla, más nítido es el reflejo de esa imagen en él, más llega a parecerse a esa imagen. Su acción interior no consiste, pues, en la adquisición de virtudes personales, sino en el desarrollo de las
232 | virtudes religiosas o contemplativas. Pero ésa es ya una expresión suficientemente ética de su vida, y por eso su auténtica vida es la oración. No negaré que también la oración es parte de la vida ética, pero cuanto más ética es la vida de un hombre, tanto más asume la oración el carácter del voto, de manera tal que incluso en la oración

de agradecimiento hay un momento de voto. Es muy distinto lo que sucede con la oración del místico. La oración es para él tanto más significativa cuanto mayor es su erotismo, cuanto más encendida está de un amor ardiente. La oración es expresión de su amor, el lenguaje en el que sólo él puede dirigirse a la divinidad de la que se ha enamorado. Así como, en la vida terrena, los amantes aguardan ansiosos el instante de poder exhalar el amor del uno por el otro, de dejar que sus almas se entremezclen en un suave rumor, así ansía también el místico el instante en el que, por así decirlo, puede entrar en Dios con la oración. Así como los amantes sienten que, en ese rumor, la dicha más alta está en no tener propiamente nada de qué hablar, así también es mayor la dicha del místico en la oración, y su amor es más feliz cuando menor es su contenido, cuando él desaparece más y más para sí mismo en su suspiro.

Tal vez no sea inoportuno indicar aquí la falsedad de una vida como ésa, tanto más en la medida en que toda personalidad profunda resulta siempre afectada por ella. A ti no te faltan elementos para llegar a ser un místico, cuando menos por un tiempo. En este terreno, por lo general, uno se encuentra con los más grandes contrastes, las almas más puras e inocentes junto a los hombres más reprobables, los más listos junto a los más simples.

Me referiré primero, de manera muy sencilla, a lo que realmente me resulta más chocante en ese tipo de vida. Éste es mi juicio particular. Más tarde intentaré mostrar que los inconvenientes que señalo son exactos, el motivo al que responden y los terribles desvíos que cabe prever.

Hay, en mi opinión, una cierta impertinencia del místico en su relación con Dios que no se le puede disculpar. ¿Quién podría negar que el hombre debe amar a Dios con toda su alma y con todo su pensamiento, e incluso que la bienaventuranza misma consiste no sólo en que debe hacerlo, sino en el hecho de hacerlo[76]? Pero eso no implica en modo alguno que el místico deba despreciar la existencia, la realidad en la que Dios lo ha puesto, pues de esa manera desprecia
propiamente | el amor de Dios, o exige del mismo una expresión 233
diferente de aquella que Dios quiere darle. Aquí son válidas las graves palabras de Samuel: la obediencia es más cara a Dios que la grasa de los carneros[77]. Pero esa impertinencia puede a veces tomar una forma aún más inquietante. Así, pues, cuando un místico basa su relación con Dios precisamente en el hecho de que él mismo es como es, cuando, basándose en algún que otro incidente, se ve a sí mismo como objeto de la predilección de la divinidad. Pues eso es menospreciar a Dios y menospreciarse a sí mismo. A sí mismo, ya que

diferenciarse esencialmente de los demás a causa de algo accidental es siempre menospreciarse; a Dios, pues es hacer de él un ídolo y de sí mismo un favorito en la corte de aquél.

Otra cosa que me desagrada en la vida del místico es su blandura, su debilidad; eso no se le puede disculpar. Cuando un hombre desea poseer en lo íntimo de su corazón la certeza de que su amor a Dios es veraz y sincero, cuando a veces se siente impelido a cerciorarse de ello y a pedirle a Dios que, con su espíritu, testifique a su espíritu[78] que así lo hace, ¿quién negaría la belleza y la verdad que hay en ello? Pero eso no implica que vaya a repetir el intento a cada instante, que pruebe su amor a cada instante. Tendrá la suficiente magnanimidad para creer en el amor de Dios, y también, por tanto, la franqueza para creer en su amor y permanecer contento en la situación que se le ha asignado, justamente porque sabe que esa permanencia es la expresión más segura de su amor y de su humildad.

La vida del místico me desagrada, por último, porque la considero un engaño para el mundo en el que vive, un engaño para la gente a la que está ligado, o con la que podría entablar una relación si no se le hubiese ocurrido hacerse místico. Por lo general, el místico elige una vida solitaria; pero eso no aclara el asunto, pues la pregunta es si está facultado para elegirla. No es que engañe a los demás al elegir y decir: no quiero tener ninguna relación con vosotros; pero la pregunta es si está facultado para decirlo y hacerlo. Yo soy, particularmente como esposo y como padre, un enemigo del misticismo. Mi vida hogareña tiene también su ἄδυτον [santuario][79], pero, si yo fuese un místico, debería tener otro más para mí solo, y entonces sería un mal esposo. Dada mi opinión según la cual, como explicaré más tarde, todo
234 hombre tiene la obligación | de casarse, y dada la imposibilidad de pensar que uno debe casarse para ser un mal esposo, te darás cuenta fácilmente de que debo oponerme a todo misticismo.

El que se entrega de manera exclusiva a una vida de misticismo termina volviéndose tan extraño para todos los hombres que toda relación le es indiferente, incluso la más íntima y afectuosa. No es en este sentido que hay que amar a Dios más que al padre y a la madre[80], pues Dios no es tan egoísta, ni es un poeta que busque atormentar a la gente con las colisiones más terribles, ¿y cabe acaso pensar una colisión más terrible que aquella que se da realmente entre el amor a Dios y el amor a los hombres, por los cuales él mismo ha puesto el amor en nuestro propio corazón? Seguramente recuerdas al joven Ludvig Blackfeldt, con quien ambos tuvimos contacto hace algunos años, en especial yo. Era ciertamente alguien muy inteligente; su desgracia fue haberse entregado de modo exclusivo a un misticismo

menos cristiano que hindú. De haber vivido en la Edad Media, seguramente habría hallado refugio en un monasterio. Nuestra época no cuenta con esos remedios. Si alguien se extravía y no se recupera por completo, debe necesariamente sucumbir, no podemos ofrecerle una salvación relativa como aquélla. Ya sabes que acabó suicidándose. Conmigo tenía cierta confianza, y en ese sentido rompió con su teoría favorita, según la cual no se debe entrar en relación con ningún hombre, sino en relación inmediata con Dios. Su confianza conmigo tampoco fue tan grande, nunca se abrió totalmente ante mí. Durante los últimos seis meses de su vida, fui testigo angustiado de sus excéntricas conmociones. Tal vez me fue posible detenerlo en varias ocasiones, no puedo saberlo con seguridad, ya que nunca se abrió ante nadie. Tenía una capacidad extraordinaria para ocultar su estado de ánimo y para dar a una pasión el aspecto de una pasión diferente. Por último, puso fin a su vida sin que nadie pudiera explicar por qué. Su médico opinó que se trataba de una demencia parcial, y la del médico fue una opinión muy razonable. En cierto sentido, su alma se mantuvo incólume hasta el último momento. No sé si sabes que hay una carta que le envió a su hermano, el jurisconsulto, en la que lo
ponía al tanto de sus planes. | Remito adjunto una copia de la misma. 235
Es de una conmovedora veracidad, y es una expresión sumamente objetiva de la última agonía del aislamiento completo*.

El pobre Ludvig no tenía tal vez inquietudes religiosas, pero tenía una inquietud mística, pues lo propio de la mística no es lo religioso, sino el aislamiento en el que el individuo, sin prestarse a ninguna relación con la realidad dada, quiere ponerse en un vínculo inmediato

* «Muy honorable señor consejero,

Le escribo por ser usted, en algún sentido, la persona más cercana a mí, y, en otro sentido, alguien que no está más cerca de mí que los demás. Cuando usted reciba estas líneas, yo ya no estaré. Si alguien le pregunta el motivo, puede usted decir que había una vez una princesa de nombre Bellalba, o algo por el estilo, pues así es como yo respondería si hubiese tenido la dicha de sobrevivirme a mí mismo. Si alguien le pregunta acerca de las circunstancias, puede decir que fue con ocasión del gran incendio. Si alguien le pregunta cuándo fue, puede decir que fue en julio, que es para mí un mes tan extraño. Si nadie le pregunta nada de esto, no será preciso que responda nada.

No considero que el suicidio sea algo digno de encomio. No he tomado esta decisión por vanidad. Pero creo que es acertado alegar que nadie puede soportar la vista de lo infinito. Una vez se me mostró desde el punto de vista intelectual, y su expresión es la ignorancia. La ignorancia, en efecto, es la expresión negativa del saber infinito. Un suicidio es la expresión negativa de la libertad infinita. Es una forma de la libertad infinita, pero una forma negativa. Feliz aquel que halla la forma positiva.

Con el mayor respeto,
Su seguro servidor.»

con lo eterno. Si, tan pronto como se menciona la palabra «mística», se piensa rápidamente y más que nada en algo religioso, es porque lo religioso tiende a aislar al individuo, y eso puede demostrártelo la más simple observación. Tú, que tal vez no vas a la iglesia con frecuencia, puedes observarlo mucho mejor. ¿No has notado que, pese a que se tenga la impresión de estar en comunidad, el individuo singular se siente aislado, que cada uno es extraño para el otro, y es como si sólo a través de un largo desvío se volviese a estar unido?
236 ¿Y a qué | se debe eso, sino al hecho de que el individuo singular siente su relación con Dios con una fuerza tal en toda su intimidad que, en comparación con ello, sus vínculos terrestres pierden importancia? Ese instante no dura mucho para el hombre sano, y este momentáneo alejamiento no es en modo alguno un engaño, y tal es así que acentúa más bien la intimidad de los vínculos terrestres. Pero eso que puede ser sano en tanto que momento se transforma, cuando se lo desarrolla de manera exclusiva, en una enfermedad sumamente inquietante.

Puesto que carezco de formación teológica, no me siento capaz de dar una explicación más detallada del misticismo religioso. Lo he considerado sólo desde mi posición ética, y por eso he dado al término misticismo, creo que con razón, un alcance mayor del que suele tener. No dudo que hay muchas cosas bellas en el misticismo religioso, que todos esos seres profundos y serios que se dedicaron a él experimentaron muchas cosas durante sus vidas, y que eso los capacitó para ayudar con su consejo, sus indicaciones y sus señas a otros que quisieron aventurarse por ese peligroso camino; pero, con todo, ese camino no es sólo un camino peligroso, sino un camino sin salida. En esto hay siempre una falta de coherencia. Si el místico no toma en cuenta para nada la realidad, no se entiende por qué no considera con la misma desconfianza el momento de la realidad en el que fue tocado por lo más alto.

El error del místico no está en el hecho de que se elija a sí mismo, pues, en mi opinión, hace bien en hacerlo, sino en que no se elige de la manera correcta; se elige según su libertad, y sin embargo no se elige de manera ética; pero uno sólo puede elegirse a sí mismo según su libertad cuando se elige de manera ética, y uno se elige de manera ética al arrepentirse, y sólo al arrepentirse se vuelve uno concreto, y sólo como individuo concreto se es un individuo libre. El error del místico, por tanto, no consiste en algo posterior, sino en el movimiento inicial. Si se considera que éste es correcto, entonces cualquier alejamiento respecto de la vida, cualquier flagelación ascética es una consecuencia adicional y justa. El error del místico está en que,

al elegirse, no se vuelve concreto para sí mismo y tampoco para Dios; se elige a sí mismo de manera abstracta, y por eso carece de transparencia. Se equivoca, por tanto, si cree que lo abstracto es transparente; lo abstracto es lo falto de claridad, lo turbio. Su enamoramiento con Dios tiene, por tanto, su expresión más alta en un sentimiento, en un estado de ánimo; en el crepúsculo, en época de brumas, se fusiona
con su Dios en | imprecisos movimientos. Pero al elegirse a sí mismo 237
de manera abstracta, uno no se elige éticamente. Sólo cuando, en la elección, uno se ha apoderado de sí mismo, se ha revestido de sí mismo, se ha compenetrado consigo mismo totalmente, de manera que cada movimiento va acompañado por la conciencia de ser responsable de sí mismo, sólo entonces uno se elige a sí mismo de manera ética, sólo entonces se ha arrepentido, sólo entonces se es concreto, sólo entonces, en su total aislamiento, se está en una continuidad absoluta con la realidad a la que se pertenece.

Aunque esta definición sea simple en sí y para sí, no está de más que la reitere una y otra vez: el hecho de elegirse a sí mismo es idéntico al hecho de arrepentirse. Todo gira en torno a esto. El místico también se arrepiente, pero se arrepiente hacia fuera de sí mismo, no hacia adentro de sí mismo; se arrepiente de manera metafísica, no de manera ética. Arrepentirse de manera estética es algo repugnante, pues es blandura; arrepentirse de manera metafísica es una superficialidad intempestiva, pues el mundo no es creación del individuo, y éste no necesita tomarse a pecho aquello de que el mundo sea realmente vanidad. El místico se elige a sí mismo de manera abstracta, y por eso debe también arrepentirse de manera abstracta. Esto se ve mejor a partir del juicio del místico acerca de la existencia, acerca de la realidad finita en la que, sin embargo, vive. El místico enseña, en efecto, que ésta es vanidad, decepción, pecado; pero cualquier juicio como ése es un juicio metafísico, y no determina mi relación ética con aquélla. Incluso cuando dice que lo finito es pecado, con ello dice más precisamente lo mismo que cuando lo llama vanidad. Si lo que quiere es precisar la palabra «pecado» de modo ético, no determina su relación con ello de manera ética sino de manera metafísica, pues la expresión ética no sería rehuirle, sino entrar en él, superarlo o cargar con él. El arrepentimiento ético tiene sólo dos movimientos, o bien supera su objeto, o bien carga con él. Esos dos movimientos son también el índice de una relación concreta entre el individuo que se arrepiente y aquello que es objeto de su arrepentimiento, mientras que el hecho de rehuirle expresa una relación abstracta.

El místico se elige a sí mismo de manera abstracta, y por eso puede decirse que siempre se elige a sí mismo saliendo del mundo;

pero la consecuencia de esto es que no puede retornar al mundo eligiéndose de nuevo a sí mismo. La verdadera elección concreta es aquella en virtud de la cual, en el mismo momento en que me elijo a mí mismo saliendo del mundo, me elijo retornando al mundo. Es decir que, cuando me elijo a mí mismo arrepintiéndome, me recojo a
238 mí mismo en toda mi concreción finita, y cuando, de esta manera, |
me he elegido a mí mismo saliendo de lo finito, estoy en una absoluta continuidad con ello.

Puesto que el místico se elige a sí mismo de modo abstracto, su desdicha consiste en que le resulta muy difícil ponerse en movimiento, o, mejor dicho, en que le resulta imposible. Lo que te sucede a ti con tu primer amor terreno, le sucede también al místico con su primer amor religioso. Ha saboreado todo cuanto éste tiene de feliz, y ahora no le queda otra cosa que esperar que vuelva con el mismo esplendor, y a este respecto puede que se vea fácilmente tentado a preguntarse si el desarrollo, como tan a menudo he señalado, no es un retroceso, una deposición. Para el místico, la realidad es una demora, de una suerte tan inquietante, incluso, que casi corre el riesgo de que la vida le quite lo que una vez poseyó. Por eso, si uno le preguntara a un místico cuál es el sentido de la vida, su respuesta sería tal vez: el sentido de la vida es llegar a conocer a Dios, enamorarse de él. Pero esto no responde a la pregunta, pues allí el sentido de la vida es concebido como momento, no como sucesión. De modo que, si yo le preguntara qué sentido tiene para la vida el hecho de que la vida haya tenido ese sentido, o, en otras palabras, cuál es el sentido de la temporalidad, no tendría mucho para responder, o en todo caso no sería muy satisfactorio. Si dice que la temporalidad es un enemigo que hay que vencer, habría que preguntarle más precisamente si no tendría ningún sentido el hecho de que ese enemigo fuese vencido. En realidad el místico no piensa de esa manera, y preferiría, por el contrario, terminar con lo temporal. Por eso, así como ha desconocido la realidad y hecho que sea concebida como vanidad, así también desconoce ahora lo histórico y hace que sea concebido metafísicamente como una faena innecesaria. El máximo sentido que puede atribuir a la temporalidad es el de ser un tiempo de prueba, en el que se prueba una y otra vez sin que de ello resulte realmente algo o se vaya más allá del punto en el que se estaba al comienzo. Eso, sin embargo, es desconocer la temporalidad, pues si bien es cierto que ésta conserva siempre algo de *ecclesia pressa* [Iglesia oprimida], es también la posibilidad de la glorificación del espíritu finito. Lo bello de la temporalidad consiste precisamente en que el espíritu infinito y el espíritu finito se separan en ella, y la grandeza del espíritu finito

consiste precisamente en que le sea asignada la temporalidad. Por eso la temporalidad, si puedo decirlo de este modo, no existe por
causa de Dios, para que éste, en términos místicos, pueda | poner a 239
prueba a su amante y experimentar con él, sino que existe por causa del hombre y es el mayor de todos los dones de la gracia. En eso consiste, en efecto, la dignidad eterna del hombre, en poder tener una historia, eso es lo que hay de divino en él, que él mismo, si así lo quiere, puede dar continuidad a esa historia; de hecho, sólo puede obtener esa continuidad si ésta no es el conjunto de lo que me ha sucedido o acontecido, sino mi propia obra, de manera que incluso aquello que me ha sucedido es transformado y transferido por mí de la necesidad a la libertad. Eso es lo envidiable de la vida humana, que uno puede colaborar con la divinidad, que puede comprenderla; y hay, a su vez, un único modo de comprenderla que es digno de un hombre, a saber, que en la libertad se apropia uno de todo lo que le sucede, de las cosas felices tanto como de las tristes. ¿O acaso no piensas lo mismo? A mí me parece que es así, y se me hace que bastaría decírselo en voz alta a un hombre para lograr que se sienta orgulloso de sí mismo.

Los dos puntos de vista aquí sugeridos pueden ser considerados como intentos de realizar una concepción ética de la vida. Si no lo logran, es porque el individuo se ha elegido a sí mismo en su aislamiento, o se ha elegido a sí mismo de manera abstracta. Esto puede expresarse también diciendo que el individuo no se ha elegido a sí mismo de manera ética. Por eso no está conectado con la realidad y, cuando éste es el caso, ninguna concepción ética de la vida puede ser puesta en práctica. Aquel que se elige a sí mismo de manera ética, en cambio, se elige a sí mismo concretamente como este individuo determinado, y logra tal concreción por cuanto ese elegirse es idéntico al arrepentimiento que ratifica la elección. El individuo toma entonces conciencia de sí como este individuo determinado, dotado de estas facultades, estas inclinaciones, estos impulsos, estas pasiones, influido por este ambiente determinado, como producto preciso de un entorno preciso. Pero al tomar conciencia de sí de esta manera, lo asume todo bajo su responsabilidad. No titubea respecto de si debe asumir algo en particular o no, pues sabe que hay algo muy superior que se perderá si no lo hace. En el instante de la elección está perfectamente aislado, puesto que se sustrae al entorno; pero en ese mismo momento está en una absoluta continuidad, puesto que se elige a sí mismo como producto, y esa elección es la elección de la libertad, de manera que, al elegirse a sí mismo como producto, puede decirse igualmente que se produce a sí mismo. En el instante

de elegir, por tanto, está en la culminación, puesto que su persona-
240 lidad se reconcentra; pero | justamente en ese mismo instante está
en el comienzo, puesto que se elige a sí mismo según su libertad. En tanto que producto, está encajado en las formas de la realidad; en la elección se hace elástico, transforma toda su exterioridad en interioridad. Tiene su lugar en el mundo, se elige libremente a sí mismo en su lugar, es decir, elige ese lugar. Es un individuo determinado, en la elección hace de sí mismo un individuo determinado, y éste es el mismo individuo, puesto que se elige a sí mismo.

El individuo, pues, se elige a sí mismo como una concreción determinada de múltiples maneras, y se elige, por tanto, según su continuidad. Esa concreción es la realidad del individuo; pero puesto que la elige según su libertad, puede decirse también que es su posibilidad, o, para no utilizar una expresión tan estética, que es su tarea. El que vive de manera estética, en efecto, ve por todas partes sólo posibilidades, éstas constituyen para él el contenido del porvenir; el que vive de manera ética, en cambio, ve tareas por todas partes. Esa concreción real es vista por el individuo como tarea, como fin, como meta. Pero el hecho de que el individuo vea su posibilidad como tarea expresa justamente su soberanía respecto de sí mismo, y nunca renuncia a ella, si bien, por otra parte, no se complace en la soberanía supremamente impasible propia de un rey sin reino. Esto le da al individuo una seguridad de la que carece totalmente aquel que vive de manera estética. El que vive de manera estética espera que todo venga de afuera. De ahí la enfermiza angustia con la que muchos hombres se refieren al espanto de no haber hallado su lugar en el mundo. ¿Quién negaría la satisfacción de haber sido afortunado a este respecto? Pero esa angustia indica siempre que el individuo lo espera todo de ese lugar, nada de sí mismo. El que vive de manera ética se ocupará también de elegir correctamente su lugar, pero si ve que se ha equivocado o que se alzan obstáculos que no puede controlar, no por eso pierde el coraje, pues no renuncia a la soberanía respecto de sí mismo. Advierte en seguida cuál es su tarea, y por eso opera al instante. Así se encuentra uno a menudo también con hombres que, cuando se han enamorado una vez, temen no poder hallar a la muchacha que es precisamente el ideal adecuado a ellos. ¿Quién negaría la satisfacción de hallar a esa muchacha? Pero, por otro lado, es superstición pensar que aquello que no está al alcance de un hombre es lo que podría hacerlo feliz. El que vive de manera ética desea también ser feliz en su elección, pero
241 si la elección no resulta estar | en total consonancia con su deseo, no
por eso pierde el coraje, advierte en seguida cuál es su tarea, y que el arte no consiste en desear sino en querer. Hay muchos que, aun

teniendo una idea acerca de lo que es la vida humana, desean vivir en tiempos de grandes acontecimientos, verse implicados en hechos importantes. ¿Quién negaría que esas cosas tienen su valor? Pero, por otro lado, es superstición pensar que acontecimientos y hechos como ésos aportan algo al hombre. El que vive de manera ética sabe que lo importante es qué ve uno en cada hecho, y con qué energía lo trata, y que aquel que se educa a sí mismo en hechos sin importancia puede experimentar más que aquel que ha sido testigo e incluso ha participado de acontecimientos notables. Sabe que hay en todas partes un espacio de danza[81], que hasta el hombre más humilde tiene el suyo, que su danza, si así lo quiere, puede ser tan bella, tan llena de gracia, tan mímica, tan emotiva como la de aquellos a quienes les fue asignado un lugar en la historia. Esa destreza de esgrimista, esa agilidad es propiamente la vida inmortal de lo ético. Al que vive de manera estética le cabe la antigua expresión: «Ser, o no ser», y cuanto más se le permite vivir de manera estética, mayor es el número de condiciones que su vida exige, y el hecho de que la menor de ellas no sea satisfecha basta para que le llegue la muerte; el que vive de manera ética tiene siempre una salida; cuando todo le es adverso, cuando las tinieblas de la tempestad se abaten sobre él hasta el punto en que su prójimo ya no lo ve, no por eso ha sucumbido, hay siempre un punto en el que resiste: en sí mismo.

Hay una sola cosa sobre la que no quiero dejar de insistir, y es que tan pronto como su gimnasia se convierte en experimentación, el eticista ya no vive de manera ética. Toda esa experimentación gimnástica no es sino lo que la sofística es en el ámbito del conocimiento.

Quiero recordar aquí la definición de lo ético que he dado anteriormente, que es aquello por lo cual un hombre llega a ser lo que llega a ser. No quiere transformar al individuo en otro, sino en él mismo; no quiere anular lo estético, sino transfigurarlo. Para que un hombre pueda vivir de manera ética, es necesario que se haga consciente de sí, de modo tan penetrante que ninguna contingencia se le escape. Lo ético no quiere borrar esa concreción, sino que ve en ella su tarea, ve lo que debe formar y a partir de qué debe formarlo. Por lo general se trata lo ético de manera totalmente abstracta, y por eso
se tiene una secreta aversión hacia ello. Lo | ético se trata entonces 242
como algo extraño a la personalidad, y uno se resiste a entregarse a ello, pues no se puede saber con certeza adónde conducirá con el correr del tiempo. Así hay también muchos que temen la muerte, porque abrigan la oscura y confusa idea de que, con la muerte, el alma pasaría a otro orden de cosas, gobernado por leyes y estatutos totalmente distintos de los que conocieron en este mundo. El motivo

de semejante temor a la muerte es, pues, que el individuo se niega a volverse transparente para sí mismo; cuando sí quiere hacerlo, en efecto, le es fácil advertir el absurdo de ese temor. Lo mismo sucede con lo ético; cuando un hombre teme la transparencia, huye siempre de lo ético que, en realidad, no quiere otra cosa.

En oposición a una concepción estética de la vida, que quiere gozar de ella, se oye hablar a menudo de otra concepción de la vida según la cual el sentido de ésta reside en que uno viva para el cumplimiento de sus deberes. De esa manera quiere hacerse referencia a una concepción ética de la vida. La expresión, sin embargo, es muy inexacta, y casi podría pensarse que fue acuñada para provocar el descrédito de lo ético; tal es así, que en nuestra época suele utilizársela de tal manera que casi inspira risa, como cuando Scribe hace que esa frase sea pronunciada con cierta seriedad grotesca, trazando un muy desaconsejado contraste con la satisfacción y la alegría del goce[82]. El error consiste en que el individuo es puesto en una relación extrínseca con el deber. Lo ético se define como deber, y el deber, a su vez, como una multiplicidad de principios particulares, pero el individuo y el deber son exteriores el uno al otro. Una vida tan llena de deberes, desde luego, es fea y aburrida, y, si lo ético no estuviera ensamblado de manera mucho más profunda a la personalidad, sería dificilísimo abogar por ello en contra de lo estético. No negaré que hay muchos hombres que no van más allá, pero eso no depende del deber, sino del hombre.

Es curioso que la palabra «deber» haga pensar en un hecho externo, cuando la etimología misma de esa palabra indica que es un hecho interno; en efecto, aquello que me incumbe a mí, no como este individuo accidental, sino de acuerdo a mi verdadera esencia, se encuentra en la más íntima relación conmigo mismo. Es decir, que el deber no es una añadidura, sino una incumbencia[83]. Cuando se lo ve
243 de ese modo, el deber es una señal de | que el individuo está orientado en sí mismo. Entonces el deber no se dispersa para él en una multiplicidad de determinaciones particulares, pues eso indica siempre que él mismo está en una relación extrínseca con el deber. Se ha revestido del deber, y éste es para él la expresión de su más íntima esencia. Así, orientado en sí mismo, se ha sumergido en lo ético, y no se quedará sin aliento intentando cumplir con sus deberes. Por eso el individuo verdaderamente ético tiene calma y seguridad en sí mismo, porque no tiene el deber fuera de sí mismo. Cuanto más profundamente ha cimentado el hombre su vida de manera ética, tanto menos sentirá la necesidad de hablar del deber a cada instante, de angustiarse a cada instante respecto de si lo ha cumplido, de consultar a cada

instante a los demás respecto de cuál es su deber. Visto de la manera correcta, lo ético da al individuo una infinita seguridad en sí mismo; visto de modo incorrecto, da inseguridad al individuo, y no puedo imaginarme una existencia más desdichada o más atormentada que la de un hombre que, teniendo el deber fuera de sí mismo, quiere continuamente realizarlo.

Si lo ético se ve como algo exterior a la personalidad y en una relación extrínseca con ella, entonces se ha renunciado a todo, se ha desesperado. Lo estético como tal es desesperación; lo ético es lo abstracto y, como tal, incapaz de producir nada. Por eso es a la vez cómico y trágico ver a menudo a gente que con celoso afán se empeña en realizar lo ético, que se les escapa como una nube tan pronto como quieren atraparlo.

Lo ético es lo general y, de esta manera, lo abstracto. En su plena abstracción, por tanto, lo ético es siempre prohibitivo. Así, lo ético se muestra como ley. Tan pronto como ordena, lo ético comporta ya algo de estético. Los judíos fueron el pueblo de la ley. Por eso comprendieron magníficamente la mayoría de los mandamientos de la ley mosaica; pero el mandamiento que no parecen haber entendido es aquel al que se aferró más bien el cristianismo: amarás a Dios con todo tu corazón[84]. Y ese mandamiento no es negativo ni abstracto, sino sumamente positivo y sumamente concreto. Cuando lo ético se hace más concreto, pasa a la determinación de las costumbres. Pero la realidad de aquello que es ético en este sentido reside en la realidad de un pueblo individualizado, y de esta manera lo ético ha asumido ya un momento estético dentro de sí. Pero lo ético sigue siendo abstracto y no puede ser plenamente realizado, porque | se encuentra 244
fuera del individuo. Sólo cuando el individuo mismo es lo general, sólo entonces lo ético puede realizarse. Ése es el secreto inherente a la conciencia, el secreto que la vida individual tiene consigo misma, el hecho de ser tanto una vida individual como, a la vez, lo general, tal vez no de manera inmediata y en cuanto tal, pero sí de acuerdo a su posibilidad. El que considera la vida de manera ética ve lo general, y el que vive de manera ética expresa en su vida lo general, hace de sí mismo un hombre general, no porque se despoje de su concreción, pues entonces se convierte en nada, sino porque se reviste de ella y la compenetra con lo general. El hombre general, en efecto, no es un fantasma, sino que cada hombre es el hombre general, y esto quiere decir que a cada hombre se le encomienda el camino a través del cual llega a ser el hombre general. El que vive de manera estética es el hombre accidental, cree ser el hombre perfecto en cuanto es el único hombre; el que vive de manera ética brega por llegar a ser

el hombre general. Así, cuando un hombre se enamora de manera estética, lo accidental desempeña un papel enorme, y es importante para él saber que nadie ha amado de ese modo, con los matices con los que él lo hace; cuando alguien que vive de manera ética se casa, realiza así lo general. No por eso llega a odiar lo concreto, sino que posee una expresión adicional, más profunda que cualquier expresión estética, puesto que ve en el amor una revelación del hombre genérico. El que vive de manera ética se tiene a sí mismo como tarea. Su «sí mismo» en tanto que inmediato está determinado de manera accidental, y la tarea consiste en hacer que lo accidental y lo general trabajen juntos.

El individuo ético no tiene el deber fuera de sí, sino en sí; esto se hace patente en el momento de la desesperación, y se abre paso a través de lo estético y en virtud de lo estético. Puede decirse que el individuo ético es como el agua tranquila sobre un lecho profundo, mientras que quien vive de manera estética se mueve sólo en la superficie. Por eso, cuando el individuo ético ha completado su tarea, cuando ha combatido el buen combate[85], ha llegado a ser el único hombre, y esto quiere decir que no hay ninguno como él, y ha llegado también a ser el hombre general. El hecho de ser el único hombre no es en sí y para sí algo tan grandioso, pues es algo que el hombre tiene en común con cualquier producto de la naturaleza; pero serlo, siendo a la vez lo general, ése es el verdadero arte de la vida.

245 | Lo ético, entonces, no es exterior sino interior a la personalidad, y surge de esa profundidad. Como se ha dicho, no se trata de anular lo concreto en un rapto abstracto e inconsistente, sino de asimilarlo. Así, aunque lo ético yazca en lo más profundo del alma, no siempre se lo tiene a la vista, y un hombre que vive de manera ética puede hacer exactamente lo mismo que el que vive de manera estética; pero, aunque esto pueda resultar engañoso durante un tiempo, finalmente llega el momento en el que se muestra que quien vive de manera ética tiene un límite que el otro no conoce. El individuo se apoya con firme confianza en la seguridad de que su vida está éticamente fundada, y por eso no se atormenta ni atormenta a otros con la sutil congoja respecto de esto o de aquello. Me parece totalmente normal, en efecto, que quien vive de manera ética tenga todo un espacio para lo indiferente, y el hecho de que lo ético no sea forzado a tratar cualquier insignificancia es precisamente reverenciarlo. Ese esfuerzo, que siempre fracasa, es algo que se encuentra solamente en aquellos que no tienen el coraje de creer en lo ético, y que, en sentido profundo, carecen de seguridad interna. Hay hombres cuya pusilanimidad se reconoce justamente en el hecho de que nunca han podido acabar con

la totalidad, justamente porque ésta es para ellos algo múltiple; pero éstos se encuentran también fuera de lo ético, y esto no se debe sino a la consiguiente debilidad de su voluntad, que, al igual que cualquier otra debilidad de espíritu, debe ser considerada como una forma de demencia. La vida de hombres como ésos tiende a colar el mosquito[86]. No tienen idea ni de la belleza y pura seriedad de lo ético, ni de la despreocupada alegría de lo indiferente. Pero, como es natural, lo indiferente pierde su hegemonía en el individuo ético, que es capaz de ponerle límite en cualquier momento. De esta manera se cree también en la existencia de una providencia, y el alma descansa confiada en esa convicción; pero a nadie se le ocurriría intentar penetrar con ese pensamiento cada cosa contingente, o tomar conciencia de esa fe a cada minuto. Querer lo ético sin ser perturbado por lo indiferente, creer en una providencia sin ser perturbado por lo contingente, es un estado de salud que el hombre puede conseguir y conservar si él mismo así lo quiere. También en este caso se trata de ver la tarea, de ver que, dada la inclinación de un hombre a dispersarse de ese modo, la tarea consiste en oponérsele, en asirse firmemente a lo infinito y no llevarse un chasco.

El que se elige a sí mismo de manera ética se tiene a sí mismo
como tarea, no | como posibilidad, no como el juguete de su juego 246
caprichoso. Sólo puede elegirse de manera ética cuando se elige en continuidad, y así se tiene a sí mismo como una tarea determinada de múltiples maneras. No busca borrar o rehuir esa multiplicidad, sino que, por el contrario, se aferra a ella en el arrepentimiento, porque esa multiplicidad es él mismo, y sólo al sumirse en ella arrepintiéndose puede acceder a sí mismo, pues no parte del supuesto de que el mundo comienza con él, o que él se crea a sí mismo; esto último ha sido signado con desdén por la lengua misma, como cuando se le dice desdeñosamente a alguien: «No te hagas». Al elegirse a sí mismo arrepintiéndose, sin embargo, actúa, no en pos del aislamiento sino en pos de la continuidad.

Comparemos nuevamente al individuo ético con el estético. La diferencia principal, aquello en torno a lo cual gira todo, es que el individuo ético es transparente para sí mismo y no vive, como el estético, *ins Blaue hinein* [a la ventura]. Con esa diferencia está todo dicho. El que vive de manera ética se ha visto a sí mismo, se conoce a sí mismo, penetra con su conciencia su entera concreción, no permite que ronden en él pensamientos imprecisos, que tentadoras posibilidades lo distraigan con sus trucos, no es para sí mismo como un cuaderno mágico del que puede surgir ora esto, ora aquello, según se lo haga girar. Se conoce a sí mismo. La expresión γνῶθι σεαυτὸν

[Conócete a ti mismo][87] se ha repetido con frecuencia, y se ha visto en ella la finalidad de todo el esfuerzo del hombre. Y eso es muy exacto, pero también es cierto que no puede ser el fin sin ser además el comienzo. El individuo ético se conoce a sí mismo, pero ese conocimiento no es una mera contemplación, pues de ese modo el individuo se determina según su necesidad; es un recapacitar sobre sí mismo que es de suyo un actuar, y por eso me tomé el cuidado de utilizar la expresión «elegirse a sí mismo» en lugar de «conocerse a sí mismo». Conociéndose a sí mismo, el individuo no da el asunto por terminado, sino que ese conocimiento es sumamente fructífero, y de ese conocimiento surge el individuo verdadero. Podría decir aquí, si quisiera ser ingenioso, que el individuo se conoce a sí mismo de un modo similar a como Adán, según se dice en el Antiguo Testamento, conoció a Eva[88]. Mediante el trato consigo mismo, el individuo se fecunda a sí mismo y se da a luz a sí mismo. Ese «sí mismo» que el individuo conoce es a la vez el sí mismo real y el sí mismo ideal que el individuo tiene fuera de sí como la imagen a cuya semejanza debe
247 formarse | y que por otro lado tiene, sin embargo, en sí, ya que es él mismo. Sólo en sí mismo tiene el individuo la meta a la que debe aspirar, y, sin embargo, tiene esa meta fuera de sí, pues aspira a ella. Si el individuo, en efecto, cree que el hombre general se encuentra fuera de él, que le saldrá al encuentro desde fuera, en ese caso está desorientado, su idea es abstracta, y su método resulta ser siempre una aniquilación abstracta del sí mismo originario. Sólo de sí mismo puede el individuo recibir información respecto de sí mismo. De ahí la ambigüedad de la vida ética, según la cual el individuo se tiene a sí mismo fuera de sí mismo en sí mismo. El sí mismo típico, sin embargo, es el sí mismo imperfecto, pues es sólo una profecía y, por tanto, no es el real. Claro que lo acompaña incesantemente; pero cuanto más lo realiza, tanto más va desapareciendo dentro de él, hasta que al final, en lugar de mostrarse delante de él, está detrás de él como una desteñida posibilidad. Sucede con esa imagen lo que con la sombra de un hombre. Por la mañana, el hombre proyecta su sombra delante de sí; a mediodía, ésta va casi imperceptiblemente a su lado; de noche, cae detrás de él. Cuando se ha conocido a sí mismo y se ha elegido a sí mismo, el individuo está realizándose a sí mismo, pero, puesto que debe realizarse a sí mismo libremente, debe saber qué quiere realizar. Es cierto que eso que el individuo quiere realizar es él mismo, pero es su sí mismo ideal, el cual, sin embargo, no puede hallar en otra parte que en sí mismo. Si no se admite que el individuo tiene en sí mismo el sí mismo ideal, sus afanes y designios resultan ser abstractos. El que quiere imitar a otro

hombre y el que quiere imitar al hombre normal resultan, aunque de maneras diferentes, igualmente ficticios.

El individuo estético se considera a sí mismo en su concreción y distingue *inter et inter* [entre lo uno y lo otro]. Ve que hay algo que le corresponde de manera accidental, y algo de manera esencial. Esta distinción, sin embargo, es en extremo relativa, pues, en realidad, cuando un hombre vive de modo meramente estético, todo le corresponde de manera igualmente accidental, y si un individuo estético se atiene a esa distinción, es sólo por falta de energía. El individuo ético ha aprendido en la desesperación que él cuenta, por tanto, con otra distinción, pues también él distingue lo esencial y lo accidental. Le corresponde esencialmente todo cuanto es puesto por su libertad, por accidental que pueda parecer; todo cuanto no es puesto de ese modo, le corresponde accidentalmente, por esencial que pueda parecer. Pero esta distinción no es, para el | individuo ético, un fruto de 248
su capricho, en cuyo caso podría parecer que tiene la omnipotencia de hacer de sí mismo lo que quisiese. Es cierto que el individuo ético no se atrevería a decir que él es su propio editor, pero también es plenamente consciente de que es responsable; responsable de sí mismo en sentido personal, en la medida en que aquello que elige tendrá una influencia decisiva para él mismo; responsable respecto del orden de cosas en el que vive; responsable ante Dios. Creo que la distinción es correcta cuando se la ve de esa manera, pues sólo me corresponde de modo esencial aquello que he asumido éticamente como tarea. Si me niego a asumirlo, me corresponde esencialmente haberme negado a ello. Cuando un hombre se considera a sí mismo de manera estética, puede que efectúe esta distinción. Dice: tengo talento para la pintura; considero que eso es accidental; pero soy ingenioso y agudo, y considero que eso es lo esencial, que me convertiría en alguien distinto si me lo quitaran. Yo le respondería: esa distinción es por entero ilusoria, pues si no asumes ese ingenio y esa agudeza de manera ética, como una tarea, como algo de lo que eres responsable, entonces no te corresponde esencialmente, y ello se debe ante todo al hecho de que, mientras sólo vivas de manera estética, tu vida es por completo contingente. El que vive de manera ética suprime, en alguna medida, la distinción entre lo accidental y lo esencial, pues asume todo el conjunto como igualmente esencial; pero, tan pronto como lo hace, aquélla se reitera, puesto que separa, si bien de manera tal que asume una responsabilidad esencial respecto de haber excluido aquello que excluye como accidental.

Si el individuo estético tiene la «seriedad estética» de imponerse una tarea en la vida, ésta consiste propiamente en sumirse en su pro-

pia contingencia, llegar a ser un individuo cuyo carácter paradójico e irregular no tiene parangón, una mueca de ser humano. Si ese tipo de figuras no se encuentra más a menudo en la vida, es porque es raro encontrarse con gente que tiene una idea acerca de lo que es vivir. Puesto que muchos tienen una decidida propensión a la charla, en cambio, es frecuente encontrar en la calle, en las sociedades y en los libros muchas conversaciones inconfundiblemente marcadas por una manía de originalidad que, trasladada a la vida, proveería al mundo de una multitud de productos artísticos, el uno más ridículo
249 que el otro. La tarea que se impone el individuo ético | es transformarse a sí mismo en el individuo general. Sólo el individuo ético rinde seriamente cuenta de sí mismo, y es, por tanto, honrado para consigo mismo, sólo él tiene esa paradigmática decencia y probidad cuya hermosura es superior a la de cualquier otra cosa. Pero esa transformación de sí mismo en el hombre general sólo es posible si ya lo tengo κατὰ δύναμιν en mí. En efecto, lo general puede existir junto con lo particular sin consumirlo; es como esa llama que ardía sin consumir la zarza[89]. Si el hombre general se encuentra fuera de mí, sólo hay un método posible, a saber, despojarme de mi entera concreción. Es frecuente encontrarse con esa aspiración al libertinaje de lo abstracto. Solía haber una secta entre los husitas según la cual, para llegar a ser el hombre normal, era preciso andar desnudo como Adán y Eva en el Paraíso[90]. En nuestra época no es raro toparse con gente que profesa esa misma idea en sentido espiritual, que uno llega a ser el hombre normal desnudándose por completo, y eso lo logra uno despojándose de toda su concreción. Pero no es así. El hombre general, el cual surgió en el acto de la desesperación, se encuentra ahora detrás de la concreción e irrumpe a través de ella. El idioma cuenta con muchos más verbos paradigmáticos que aquel que las gramáticas postulan como paradigma; es accidental que se lo haya señalado, todos los otros verbos regulares habrían podido serlo. Cualquier hombre, si así lo quiere, puede llegar a ser el paradigma del hombre, no por el hecho de arrasar con su contingencia, sino por el hecho de permanecer en ella y ennoblecerla. Pero la ennoblece al elegirla.

Como advertirás fácilmente ahora, el individuo ético atraviesa en su vida los estadios que hemos señalado anteriormente como estadios distintos; desarrollará en su vida virtudes personales, civiles y religiosas, y su vida avanza en tanto y en cuanto se traslada siempre de un estadio al otro. Si uno piensa que uno de esos estadios es suficiente y osa concentrarse en él de manera unilateral, entonces no se ha elegido a sí mismo éticamente, sino que, o bien ha pasado por alto

la importancia del aislamiento, o bien la de la continuidad, y, ante todo, no se ha dado cuenta de que la verdad reside en la identidad de ambos.

El que se ha elegido y hallado a sí mismo de manera ética, se tiene a sí mismo en tanto que determinado en toda su concreción. Se tiene, pues, como el individuo dotado de estas facultades, de estas pasiones, de estas inclinaciones, de estos hábitos, que está | some- 250
tido a estas influencias externas, que es afectado de esta manera en un sentido, de esta manera en otro. Se tiene a sí mismo como tarea, entonces, de modo tal que ésta consiste sobre todo en ordenar, formar, atemperar, incitar, reprimir, en suma, en aportar al alma una equidad, una armonía que es el fruto de las virtudes personales. Así, el objetivo de su actividad es él mismo, pero no determinado de modo arbitrario, pues se tiene a sí mismo como una tarea que se le ha impuesto, si bien ha llegado a ser suya porque él la eligió. Pero, pese a ser él mismo su objetivo, éste es al mismo tiempo otro, ya que el «sí mismo» que es el objetivo no es un «sí mismo» abstracto, adecuado a cualquier situación y, por tanto, a ninguna, sino un sí mismo concreto que se encuentra en viviente interacción con este entorno determinado, con estas circunstancias de vida, con este orden de cosas. El sí mismo que es el objetivo no es un sí mismo meramente personal, sino social, civil. Se tiene, pues, a sí mismo como tarea en una actividad mediante la cual interviene en las circunstancias de la vida como esta personalidad precisa. Su tarea, en este caso, no es formarse a sí mismo, sino actuar, pero al mismo tiempo se forma a sí mismo; pues el individuo ético, como he observado anteriormente, vive de tal manera que está siempre trasladándose a sí mismo de un estadio al otro. Si el individuo no se ha captado originariamente a sí mismo como una personalidad concreta en la continuidad, entonces tampoco ganará esta continuidad ulterior. Si cree que el arte consiste en comenzar como un Robinson[91], termina siendo un aventurero toda su vida. Si advierte, en cambio, que nunca llega a comenzar a menos que comience de manera concreta, y que nunca llega a terminar a menos que pueda comenzar, en ese caso estará en continuidad tanto con su pasado como con su porvenir. Pasa de la vida personal a la vida civil, y de ésta, a la vida personal. La vida personal en cuanto tal era aislamiento y, por tanto, una vida imperfecta; pero, puesto que retorna a su personalidad a través de la vida civil, la vida personal se muestra en una figura más alta. La personalidad se muestra a sí misma como lo absoluto que tiene su teleología en sí mismo. Tan pronto como el vivir para el cumplimiento del deber es visto como la tarea de la vida de un hombre, se ha recordado a menudo la objeción según

la cual el deber mismo es inestable, que las leyes podrían cambiar. Te darás cuenta fácilmente de que, por lo que concierne a esta última expresión, se piensa sobre todo en las fluctuaciones a las que están siempre expuestas las virtudes civiles. Pero esa objeción no se aplica
251 a lo moral negativo, que subsiste inalterado. | Hay, sin embargo,
otra objeción que se aplica a todo deber, según la cual me es absolutamente imposible desempeñar mi deber. El deber es lo general, lo que se me exige es lo general; lo que yo puedo hacer es lo particular. Esa objeción, sin embargo, tiene gran importancia, en la medida en que muestra que la personalidad misma es lo absoluto. Pero esto hay que definirlo un poco mejor. Es curioso que el lenguaje mismo ponga de relieve esa objeción. Nunca digo que un hombre cumple con el deber o con los deberes, sino que cumple con *su* deber; digo que yo cumplo con *mi* deber, y que tú cumplas *tu* deber. Eso muestra que el individuo es a la vez lo general y lo particular. El deber es lo general que se me exige; si yo no soy lo general, entonces tampoco puedo cumplir con el deber. Por el otro lado, mi deber es lo particular, algo para mí solo, y aun así el deber es lo general. La personalidad se muestra aquí en su validez suprema. No carece de ley, ni se da a sí misma su ley, pues la determinación del deber sigue estando presente; pero la personalidad se muestra como la unidad de lo general y de lo particular. Está claro que es así, y uno podría hacérselo entender a un niño; pues bien puedo cumplir con el deber y, sin embargo, no cumplir con *mi* deber, y puedo cumplir con *mi* deber sin cumplir con el deber. No por ello me parece que el mundo deba sucumbir al escepticismo, pues la diferencia entre el bien y el mal subsiste siempre, así como también la responsabilidad y el deber, por más que a otro le resulte imposible decir cuál es *mi* deber; ése no sería el caso si la unidad de lo general y de lo particular no estuviese planteada. Puede que a uno le parezca haber eludido todo escepticismo haciendo del deber algo exterior, fijo y determinado, algo de lo que podría decirse: eso es el deber. Pero ése es un malentendido, pues la duda no reside en lo exterior sino en lo interior, en mi relación con lo general. En tanto que individuo, no soy lo general, y sería absurdo que se me exigiese serlo; si debo cumplir con lo general, por tanto, es preciso que sea lo general al mismo tiempo que soy lo particular; claro que entonces la dialéctica del deber reside en mí. Como hemos dicho, esta doctrina no representa riesgo alguno para lo ético, por el contrario, lo afirma. Si no se admite esto, resulta abstracta la personalidad, abstracta su relación con el deber, abstracta su inmortalidad. La diferencia entre el bien y el mal tampoco se suprime, pues dudo que haya habido alguna
252 vez un hombre que sostuviese que es un deber hacer el mal. | Otra

cosa es que haya hecho el mal, aunque junto a ello haya intentado figurarse y hacer figurar ante otros que se trataba de un bien. Sería impensable que pudiera persistir en esa ficción, dado que él mismo es lo general; su enemigo no está fuera de él, sino en él. Si doy por supuesto, en cambio, que el deber es algo externo, la diferencia entre el bien y el mal es suprimida, puesto que, si yo mismo no soy lo general, sólo puedo relacionarme con ello de manera abstracta; pero la diferencia entre el bien y el mal es inconmensurable con respecto a una relación abstracta.

Precisamente cuando se advierte que la personalidad es lo absoluto, que es su propio objetivo, que es la unidad de lo general y de lo particular, precisamente entonces se supera cualquier escepticismo que tome lo histórico como punto de partida. Los librepensadores[92] han intentado muchas veces introducir la confusión, haciendo notar cuán a menudo la gente ha declarado sagrado y legal aquello que a los ojos de otros era repulsivo, un despropósito. Eso es mezclarse uno mismo con lo exterior; pero en lo ético no se trata jamás de lo exterior, sino de lo interior. Por mucho que lo exterior se modifique, el contenido moral de la acción puede seguir siendo el mismo. Así, no ha habido nunca un pueblo que haya opinado que los hijos deben odiar a sus padres. Para crear la duda, sin embargo, se ha subrayado que las naciones cultas han hecho que el respeto a los padres sea un deber para los hijos, mientras que las salvajes han mantenido la costumbre de asesinar a sus padres ancianos. Es posible que sea así; pero con eso no se ha hecho ningún progreso, pues cabe todavía preguntar si los salvajes opinan estar haciendo el mal de esa manera. Lo ético reside siempre en esa conciencia, pero cabe también preguntar si no habrá que achacárselo a una falla del conocimiento. El librepensador sabe muy bien que la manera más fácil de hacer que lo ético se esfume es abrir la puerta a la infinitud histórica. Claro que sigue habiendo algo de verdad en su proceder, puesto que, si el individuo no es en última instancia él mismo lo absoluto, entonces la *empiria* es el único camino que le señala, y la destinación de ese camino es como la desembocadura del Níger, que nadie sabe dónde está. Si se me asigna la finitud, es arbitrario permanecer en algún punto particular. Por ese camino, consiguientemente, nunca se llega
a comenzar, pues para poder comenzar habría que llegar al | final, lo 253
cual es imposible. Cuando la personalidad es lo absoluto, entonces es ella misma el punto arquimédeo a partir del cual se puede alzar el mundo entero. Es fácil darse cuenta de que esta conciencia no puede llevar al individuo a querer deshacerse de la realidad, pues, queriendo ser lo absoluto de esa manera, aquél no es nada, es una abstracción.

Sólo es lo absoluto en cuanto es lo particular, y esa conciencia lo libera de todo radicalismo revolucionario.

Interrumpiré aquí mi labor teórica; sé muy bien que no estoy capacitado para ello, y tampoco lo deseo, pero estaré plenamente satisfecho si se me considera un practicante aceptable. Toda esa labor teórica, por otra parte, toma tanto tiempo; la misma acción que puedo hacer en un instante o emprender de inmediato requiere grandes dificultades y vueltas para poder ser formulada y descrita. Mi intención aquí no es presentarte una doctrina acerca del deber, y hablar como se hace usualmente acerca de los deberes para con Dios, para consigo mismo y su prójimo. No es porque rechace esa clasificación, o porque tenga que decir algo demasiado profundo como para poder adscribirlo al catecismo de Balle[93], o que presuponga conocimientos previos mayores a los que presupone ese libro; no es por eso, sino porque creo que lo ético no depende de las variedades del deber[94], sino de su intensidad. Cuando ha percibido con toda su energía la intensidad del deber, la personalidad posee madurez ética, y el deber brotará en ella. La cuestión principal, por tanto, no es que el hombre sepa contar con los dedos cuántos deberes tiene, sino que haya sentido de una vez por todas la intensidad del deber, de modo que la conciencia que tiene de ello sea para él la garantía del valor eterno de su ser. Por eso no ensalzo en modo alguno al hombre del deber, de la misma manera que no recomiendo ser un tragalibros; pero es seguro que el hombre al que jamás se le mostró en toda su infinitud la importancia del deber es un hombre tan mediocre como ajeno a la ciencia, es aquel que opina alcanzar la sabiduría *ad modum* [a la manera de] la gente de Grenaa[95]: *mir nichts und dir nichts* [nada para ti, nada para mí]. Deja que la casuística se encargue de descubrir la variedad del deber; la cuestión principal, la única que salva, es que el hombre, en relación con su propia vida, no es su tío sino su padre.

Déjame ilustrar con un ejemplo lo que quiero decir. Para ello tomaré una expresión que he conservado desde mi más tierna infancia.
254 A los cinco años de edad | fui enviado a la escuela. Un acontecimiento como ése siempre deja una impresión en el niño, desde luego, pero hay que ver cuál. La curiosidad del niño se ve atraída por confusas y diferentes ideas acerca de lo que ese acontecimiento significa en realidad. Era totalmente natural que a mí me sucediera lo mismo, pero la impresión principal que me causó fue muy diferente. Llegué a la escuela, me presentaron al maestro, y me dieron como lección para el día siguiente las primeras diez líneas del catecismo de Balle[96], que debía saber de memoria. Todas las demás impresiones se borraron de

mi alma, mi tarea era lo único vívido para ella. De niño tenía yo muy buena memoria. Aprendí mi lección rápidamente. Se la había dicho a mi hermana varias veces para asegurarme de que la sabía. Me fui a la cama, y antes de dormirme me la dije a mí mismo; me dormí con el firme propósito de repasarla de nuevo la mañana siguiente. Me levanté a las cinco, me vestí, cogí mi catecismo y volví a leerlo. Todo aquello es para mí tan nítido en este momento como si hubiese sucedido ayer. Era para mí como si el cielo y la tierra fueran a derrumbarse si no aprendía mi lección, y como si, por otro lado, aunque se derrumbaran el cielo y la tierra, ni siquiera ese cataclismo pudiera dispensarme de aquello que ya me había sido impuesto: aprender mi lección. El caso es que a esa edad no tenía sino una remota idea de mis deberes, el catecismo de Balle no me los había enseñado todavía[97]; el único deber que tenía era el de aprender mi lección, y aun así podría hacer remontar a esa impresión toda mi consideración ética de la vida. Puedo sonreírme al pensar en ese pequeñuelo de cinco años que se ocupa de un asunto con tanta pasión; pero te aseguro que ninguno de mis deseos es más alto que el de poder ocuparme de mi obra con la misma energía, con la seriedad ética de aquella vez. Es verdad que en la madurez uno puede tener mejor idea de cuál es su tarea, pero la energía sigue siendo la cuestión principal. El hecho de que ese acontecimiento me causara tal impresión es algo que le debo a la seriedad de mi padre, y aun si no le debiera otra cosa, eso sólo bastaría para ponerme en deuda eterna con él. Tratándose de disciplina, lo que importa no es que el niño aprenda esto o aquello, sino que el espíritu madure, que la energía despierte. Tú sueles decir que lo mejor es tener inteligencia, ¡y quién negaría que eso es importante! Pero casi te diría que uno puede llegar a tenerla si eso es lo que quiere. Haz que
un hombre tenga | energía y pasión, y lo podrá todo. Piensa en una 255
muchacha, pongamos que es alocada, insensata, una joven totalmente vacua; supón que se enamora profunda y sinceramente, y verás que la inteligencia viene por sí sola, verás cuán hábil y sagaz se vuelve al tratar de detectar si su amor es correspondido; haz que sea feliz, y verás florecer el fervor en sus labios; haz que sea infeliz, y oirás las frías reflexiones del ingenio y del entendimiento.

A este respecto puedo decir que mi infancia fue feliz, pues me enriqueció con impresiones éticas. Permíteme demorarme un instante más en ella; me recuerda a mi padre, que es el más caro de los recuerdos que poseo, no un recuerdo pobre e infructuoso, y puede darme la ocasión de aclarar una vez más lo dicho: que la cuestión principal es la impresión de conjunto del deber, y no la multiplicidad del deber. Si ésta se impone, el individuo queda degradado y destruido. A este

respecto fui feliz cuando niño, pues nunca tuve muchos deberes, sino, por lo general, solamente uno, pero que era un deber cabal. Dos años más tarde fui enviado al liceo. Ahí empezó una nueva vida, pero lo ético fue, también entonces, la impresión capital, si bien yo gozaba de la mayor libertad. Al frecuentar a los otros alumnos, me sorprendió escuchar que se quejaban de sus maestros, y vi suceder algo asombroso: que un alumno fuera sacado del colegio por no poder entenderse con el maestro. De no ser por las profundas influencias que yo había recibido con anterioridad, tal vez ese acontecimiento habría tenido en mí consecuencias dañinas. Pero no fue así. Sabía que mi tarea era ir a la escuela, la escuela en la que había sido puesto, y eso no podría cambiar aunque todo lo demás cambiara. No era solamente el temor frente a la seriedad de mi padre lo que me hacía pensar así, sino la sublime impresión de lo que es el deber de un hombre. Aunque mi padre hubiera muerto, aunque me hubiesen puesto bajo la tutela de otro en quien yo hubiera podido influir para que me sacara del colegio, jamás me habría atrevido, jamás habría querido hacerlo, y habría sido para mí como si el fantasma de mi padre viniese a acompañarme a la escuela; también en este caso, la infinita impresión que habría recibido respecto de cuál era mi deber haría que el tiempo no borrara el recuerdo de haber quebrantado su voluntad. Por lo demás, disfrutaba de mi libertad, el único deber que tenía era el de ocuparme de
256 la escuela, y a este respecto era totalmente responsable. | Tras haber sido inscrito en la escuela y comprado los manuales exigidos, mi padre me los entregó y me dijo: Wilhelm, a fin de mes serás el tercero de la clase. Yo estaba a salvo de cualquier sermón paterno. Él nunca me hizo preguntas acerca de mis lecciones, nunca me las tomó, nunca vio mis redacciones, nunca me recordó que era la hora de estudiar o de dejar de hacerlo, nunca colaboró con la conciencia del alumno, como lo hacen a menudo esos padres escrupulosos que, dando una palmada en la mejilla a sus hijos, les dicen: «¿Te sabes tu lección?». Si debía salir, le preguntaba primero si tenía tiempo, pero lo decidía yo mismo, no él, y sus preguntas nunca incurrieron en excesos. Más allá de eso, estoy seguro de que se preocupaba mucho por lo que me pasaba, pero nunca me lo hizo notar, para que mi alma madurara en la responsabilidad. En esto ocurría también lo mismo, mis deberes no eran muchos. ¡Y a cuántos niños les asfixia el hecho de que se les abrume con todo un ceremonial de deberes! Así, pues, recibí la fuerte impresión de que hay algo que se llama deber, y que éste tenía un valor eterno. En mi época estudiábamos gramática latina con una energía desconocida en estos tiempos. Esas clases me dejaron una impresión que, aunque de otra manera, causó en mi alma un efecto similar. Si

puedo atribuirme la aptitud de considerar algo de modo filosófico, se lo debo a esa impresión de la infancia. Mi incondicional respeto por la regla, la deferencia que sentía hacia ella, el desprecio con el que contemplaba la vida que cedía miserablemente a la excepción, el hecho de que ésta, de manera justa a mis ojos, fuese perseguida en mi cuaderno y siempre estigmatizada, ¿qué es todo eso, sino la distinción subyacente a toda consideración filosófica? Cuando, bajo ese influjo, miraba a mi padre, éste se me aparecía como la encarnación de la regla, y todo lo que venía de otra parte, al no adecuarse a sus mandamientos, era excepción. Cuando miraba a aquel condiscípulo, sentía que debía tratarse de una excepción que no merecía ser tenida en cuenta, tanto más en la medida en que los numerosos trámites a los que dio lugar mostraban suficientemente que era una excepción. Es cierto que se ha atemperado el infantil rigorismo con el que entonces distinguía la regla y la excepción, tanto en la gramática como en la vida, pero sigo llevando en mí esa distinción, y sé evocarla, sobre todo
cuando os veo a ti y a tus pares, | que parecen proclamar la doctrina 257
según la cual la excepción es lo más importante, e incluso que la regla existe sólo para que pueda destacarse la excepción.

Lo importante es la energía con la que tomo éticamente conciencia de mí mismo, o, mejor dicho, no puedo tomar conciencia de mí mismo de manera ética sin energía. No puedo jamás, por tanto, tomar conciencia de mí mismo de manera ética sin tomar conciencia de mi valor eterno. Ésa es la verdadera prueba de la inmortalidad del alma. Claro que ésta sólo se completa cuando la tarea está en conformidad con la obligación, pero aquello a lo que estoy obligado para la eternidad es una tarea eterna. El hecho de que se me impusiera como tarea esas diez líneas del catecismo de Balle, de lo cual nada que yo conozca en el mundo podría dispensarme, era en algún sentido la primera prueba que se planteaba de la inmortalidad de mi alma. La imperfección no estaba en mi energía, sino en lo accidental de la tarea.

No es mi propósito conducirte a una consideración de la multiplicidad del deber; sería fácil hacerlo si expresara el deber de manera negativa; si lo expresara de manera positiva, sería muy difícil y complicado, y hasta imposible llegado cierto punto. Mi propósito y mi aspiración, por el contrario, ha sido, en la medida de mis aptitudes, aclarar la significación absoluta del deber, el valor absoluto que la relación del deber tiene para la personalidad. En efecto, tan pronto como la personalidad se ha hallado a sí misma en la desesperación, cuando se ha elegido a sí misma de manera absoluta, cuando se ha arrepentido, entonces se tiene a sí misma como su tarea bajo responsabilidad eterna, y de esa manera el deber está puesto en su carácter

de absoluto. Dado que no se ha creado a sí misma, sin embargo, sino que se ha elegido a sí misma, el deber es la expresión de su absoluta dependencia y de su absoluta libertad en tanto que idénticas la una a la otra. Aprenderá de sí misma el deber particular, vanamente buscará que otros le den alguna indicación al respecto, pero también en esto seguirá siendo autodidacta tanto como es teodidacta, y viceversa. El deber nunca le resulta abstracto, primeramente porque no le es exterior, pues, de serlo, sería siempre abstracto, y además porque ella misma es concreta, pues al haberse elegido de manera ética se ha elegido en toda su concreción, y ha renunciado a la abstracción de lo arbitrario.

Queda por señalar qué aspecto tiene la vida cuando se la considera éticamente. Tú y todos los estetas estáis dispuestos a repartir, reconocéis la importancia de lo ético, decís que es honroso que un
258 hombre viva para sus deberes, que merece todos los elogios, | hasta dais a entender mediante frases ambiguas que es totalmente natural que algunos vivan para sus deberes, que es bueno que la mayoría de los hombres lo hagan, y os topáis a menudo con hombres de deber lo bastante benévolos como para encontrar un sentido en esas frases, pese a que son insensatas como todo escepticismo. Pero no os queréis involucrar con lo ético, hacerlo sería privar a la vida de su sentido y, ante todo, de su belleza. Lo ético es algo totalmente diferente de lo estético, que es aniquilado por completo cuando lo ético aparece. — Aun cuando fuese así, yo no dudaría respecto de lo que he de elegir. En la desesperación hay un momento en el que ése parece ser el caso, y, si hay alguien que no lo ha advertido, es porque su desesperación ha sido siempre engañosa y porque no se ha elegido a sí mismo de manera ética. Pero no es así, y por eso la desesperación se muestra, en el momento siguiente, no como una ruptura sino como una metamorfosis. Todo vuelve, pero transfigurado. Sólo cuando uno considera la vida éticamente, por tanto, alcanza ésta su belleza, su verdad, su sentido, su consistencia; sólo cuando uno mismo vive de manera ética, sólo entonces alcanza la vida de uno su belleza, su verdad, su sentido, su seguridad; sólo en la concepción ética de la vida se alivia la duda autopática y la duda simpática. Por cierto, la duda autopática y la duda simpática sólo pueden aliviarse en un mismo punto, dado que son esencialmente la misma duda. La duda autopática no es, pues, una expresión de egoísmo, sino una exigencia del amor propio, que es igualmente una exigencia para el propio sí mismo y para el sí mismo de todos los demás. Esto, en mi opinión, es de gran importancia. Pues si un esteta no fuese egoísta, en el supuesto caso de que le fuesen acordados todos los favores imaginables, debería

desesperar de su felicidad, pues debería decir: lo que me hace feliz es algo que no puede ser dado a ningún otro hombre, y que ningún otro hombre puede adquirir por sí mismo. Debería temer que alguien le preguntara dónde encontró su felicidad, ya que, después de todo, él llegó a ser feliz, de modo que todos los demás sentirían que les es imposible serlo. Si un hombre como ése tuviera algo de simpatía, no se estaría quieto hasta encontrar un punto de partida superior para la vida. Si lo encontrara, no temería hablar de su felicidad, pues al
pronunciarla diría algo más, algo que | lo reconciliaría con cada 259
hombre, con toda la humanidad.

Detengámonos, empero, en una categoría que el esteta siempre reivindica para sí: la belleza. Tú dices que la vida pierde su belleza tan pronto como lo ético se impone. «En lugar de la alegría, la felicidad, la despreocupación, la belleza que la vida tiene cuando la consideramos de manera estética, obtenemos una actividad compelida por el deber, una loable aspiración de progreso, un celo infatigable y acalorado.» Si te tuviese frente a mí en este momento, te pediría que me dieras una definición de lo bello que yo pudiera tomar como punto de partida. Dado que ése no es el caso, me atendré a la definición que sueles dar: lo bello es lo que tiene su teleología en sí mismo. Te refieres a una muchacha diciendo que es bella, que es alegre, despreocupada, armoniosa, íntegra en sí misma, y es una tontería preguntar cómo es que existe, pues tiene su teleología en sí misma. No voy a incomodarte objetando que habría que ver si esa muchacha se da realmente por satisfecha con esto de que tiene su teleología en sí misma, o si, en definitiva, teniendo la ocasión de presentarle tu concepción acerca de la divinidad de su existencia, no te complacería que se equivocara y creyera que existe sólo con el fin de escuchar tus insinuaciones. Contemplas la naturaleza y la consideras igualmente bella, y anatematizas cualquier tratamiento finito de la misma. Tampoco aquí te importunaré preguntando si la característica esencial de la naturaleza no consiste acaso en ser para otro. Consideras las obras poéticas y artísticas, y proclamas junto al poeta: *procul, o procul este profani* [Retroceded, retroceded, profanos], entendiendo por *profani*[98] aquellos que tienden a menospreciar la poesía y el arte asignándoles una teleología exterior a ellos mismos. Por lo que concierne a la poesía y al arte, te recordaré lo que he observado antes, que sólo brindan una reconciliación incompleta con la vida, y que, si fijas la mirada en la poesía y en el arte, no consideras la realidad, y esto es exactamente aquello de lo que deberíamos hablar. Así que volvamos a ello; tal vez porque tú mismo adviertes que, aplicando las exigencias del arte con todo su rigor, probablemente hallarías muy poca belleza en la vida,

das a lo bello un significado distinto. Eso bello de lo que hablas es
lo bello individual. Ves a cada hombre particular como un pequeño
momento en el todo, lo ves precisamente en su particularidad, y así
260 es como | incluso lo accidental, lo insignificante cobra significado, y
la vida recibe la impronta de la belleza. De modo que tomas a cada
hombre como un momento. Pero lo bello era lo que tenía su teleología
en sí mismo, y, si un hombre es sólo un momento, entonces no tiene
su teleología en sí mismo sino fuera de sí mismo. Si el todo es bello,
las partes tomadas por separado no lo son. Y, entonces, tu propia vida,
¿tiene su teleología en ella misma? No decidiré si puede justificarse
que un hombre lleve una vida de pura contemplación, pero, *eh bien*,
supongamos que el sentido de tu vida fuera existir para contemplar
todo lo demás, en ese caso tendrías tu teleología fuera de ti mismo.
Sólo si cada hombre particular es un momento y, además, es el todo,
sólo entonces lo consideras según su belleza, pero al considerarlo de
esa manera lo consideras éticamente, y, si lo consideras éticamente,
lo consideras según su libertad. Supongamos que esté determinado de
manera particular, de modo que esa determinación sea una necesidad;
en ese caso es un mero momento, y su vida no es bella.

Cuando defines lo bello como lo que tiene su teleología en sí mismo, y das como ejemplo una muchacha, o la naturaleza, o una obra de arte, mi única estimación es que el discurso según el cual todo eso tiene su teleología en sí mismo es por completo ilusorio. Para que se pudiera hablar de teleología, debería haber un movimiento, pues tan pronto como pienso en un fin, pienso en un movimiento, y aunque piense en alguien en función del fin, pienso también en un movimiento, pues pienso que aquél ha alcanzado el fin mediante un movimiento. Lo que tú llamas bello, obviamente, carece de movimiento, pues lo bello de la naturaleza se da de una vez, y cuando contemplo una obra de arte y hago que mi pensamiento penetre el pensamiento de la obra, el movimiento se produce propiamente en mí, no en la obra de arte. Puede que tengas razón, por tanto, en cuanto a que lo bello tiene su teleología en sí mismo, pero, tal como tú lo concibes y lo aplicas, es en realidad una expresión negativa que indica que lo bello no tiene su teleología en algo otro. Por eso tampoco podrás utilizar la expresión, aparentemente sinónima, según la cual lo bello a lo que te refieres tiene una teleología interna o inmanente. Tan pronto como utilizas esa expresión exiges movimiento, historia, y de esa manera has traspuesto las esferas de la naturaleza y del arte, y te encuentras en la de la libertad, y, por ello, en la de la ética.

Si ahora digo que el individuo tiene su teleología en sí mismo, puede que esto dé lugar a un malentendido, como si de esa manera

dijese que el individuo sería lo | central, o que el individuo en sen- 261
tido abstracto se bastaría a sí mismo; en efecto, cuando se lo toma
de manera abstracta, no obtengo movimiento alguno. El individuo
tiene su teleología en sí mismo, tiene teleología interna, es él mismo
su teleología; su «sí mismo» es entonces el fin al que aspira. Pero ese
sí mismo suyo no es una abstracción, es absolutamente concreto. Al
moverse hacia sí mismo, no puede relacionarse de manera negativa
con su entorno, pues entonces su sí mismo sería y llegaría a ser una
abstracción; es preciso que su sí mismo se abra en pos de su concreción total, pero esa concreción involucra también aquellos factores
orientados a intervenir de modo efectivo en el mundo. Así, pues, el
suyo es un movimiento a partir de sí mismo hacia sí mismo a través
del mundo. Ahí hay movimiento, y un movimiento efectivo, pues
ese movimiento es obra de la libertad, pero es también teleología
inmanente, y sólo entonces puede hablarse de belleza. Cuando éste
es el caso, el individuo llega a estar, en algún sentido, por encima
de cualquier circunstancia, pero eso no implica en modo alguno que
no se encuentre en esa circunstancia; tampoco se trata de que haya
algo tiránico en ello, pues lo mismo se aplica a todo individuo. Soy
un hombre casado, y tú sabes que siento el más hondo respeto por
esa circunstancia, y sé humillarme ante ella con todo el amor, pero
aun así sé que, en otro sentido, me encuentro por encima de esa circunstancia, y sé también que esto le sucede exactamente del mismo
modo a mi esposa, y ésa es la razón por la que, como sabes, no amaría
a aquella joven, pues ella no tendría esta concepción.

Sólo cuando considero la vida de manera ética, por tanto, sólo entonces la veo en su belleza, sólo cuando considero mi propia vida de manera ética, sólo entonces la veo en su belleza. Y si dices que esa belleza es invisible, mi respuesta sería: en cierto sentido lo es, en otro sentido, no; en efecto, es visible en las huellas de la historia, visible como cuando se dice: *loquere, ut videam te* [Habla, para que pueda verte][99]. Es cierto que no veo el desenlace, sino sólo el combate, pero veo también el desenlace en el momento que quiero, cuando tengo el coraje de hacerlo, y si no tengo coraje, no veo absolutamente nada que sea eterno y, por tanto, nada que sea bello.

Cuando considero la vida de manera ética, la considero en su
belleza. La vida se me vuelve entonces rica en belleza, y no pobre
como en realidad es para ti. No necesito recorrer el país para descubrir bellezas, ni husmear por las calles en su busca, no necesito
juzgar y seleccionar. Se entiende que tampoco tengo tanto | tiempo 262
como tú, pues al ver mi vida en su belleza, con alegría, pero también con seriedad, tengo siempre algo que hacer. Si a veces tengo

una hora libre, me quedo junto a mi ventana y observo a la gente, y veo a cada hombre en su belleza. Aunque sea insignificante, aunque sea modesto, lo veo en su belleza, pues lo veo como este hombre particular que es a la vez el hombre general, lo veo como alguien que tiene esta tarea concreta en la vida; no existe en virtud de algún otro hombre, aunque sea el más miserable de los sirvientes; tiene su teleología en sí mismo, realiza su tarea... lo veo triunfar; pues el valiente no ve espectros, sino que ve al héroe triunfante, y el cobarde no ve al héroe, sino que ve sólo espectros. Debe triunfar, de eso estoy persuadido, y por eso su combate es bello. Normalmente no estoy muy dispuesto a combatir, no, al menos, con alguien que no sea yo mismo, pero puedes estar seguro de que combatiré a muerte por esta fe en el triunfo de lo bello, y nada del mundo me privará de ella. Aunque quisieran despojarme de esa fe mediante ruegos, aunque quisieran arrebatármela por la fuerza, por nada del mundo dejaría que me la quitaran, ni por el mundo entero, pues sólo al perder esa fe perdería el mundo entero. En virtud de esa fe veo la belleza de la vida, y la belleza que veo no tiene la tristeza y la melancolía que es inseparable de toda belleza natural o artística, inseparable aun de la eterna juventud de los dioses griegos. La belleza que veo es alegre y triunfante, y es más fuerte que el mundo entero. Y veo esa belleza en todas partes, incluso allí donde tus ojos nada ven. Ponte alguna vez aquí junto a mi ventana. Pasa una joven. Una vez la encontramos en la calle, ¿te acuerdas? Dijiste que no era bella, pero la reconociste después de observarla con mayor detenimiento, y proseguiste: «Hace unos años era sumamente encantadora y tenía gran éxito en los bailes; después tuvo un amorío, *et quidem* [y con él] una desdicha. Sabe el diablo lo que le pasó, pero el asunto la afectó tanto, que su belleza palideció a causa de su pesadumbre; para decirlo brevemente, era bella, ahora ya no lo es, y así se termina la historia». He ahí lo que se llama considerar la vida según su belleza. A mis ojos, sin embargo, no ha perdido nada, y me parece más bella que nunca. Por eso creo que tu consideración de la belleza de la vida se asemeja mucho a la alegría
263 de vivir que reinaba en | la época de las canciones de bebedores, que
se ponían alegres y jubilosos cantando arias como ésta:

Si las rojas uvas no diesen su zumo,
¿quién aguantaría?
Pues el sabio encuentra, mire donde mire,
tan sólo fatigas.
Retumba en el norte y en el sur la voz
del hombre oprimido, del burlado el grito.

Toda la tristeza de este mundo nuestro,
¡de pie, mis hermanos! ¡bebed, y olvidadla![100].

Concentrémonos ahora en algunas circunstancias de la vida, particularmente aquellas en las que lo estético y lo ético entran en contacto, para investigar si la consideración ética nos priva de alguna belleza, o si, más bien, no le da a todo una belleza más alta. Imaginemos un individuo determinado que en algún sentido es como la mayoría de la gente, y que en otro sentido es concreto en sí mismo. Seamos totalmente prosaicos. Este hombre tiene que vivir, tiene que vestirse, en suma, tiene que poder existir. Tal vez se dirija a un esteta para saber qué actitud tomar en la vida. Y no le faltarían indicaciones. El esteta podría decirle: «Para vivir cómodamente, un hombre soltero gasta 3.000 reales al año, y si tiene 4.000, los gasta también; si uno quiere casarse, debe contar al menos con 6.000 reales[101]. El dinero es y seguirá siendo *nervus rerum gerendarum* [lo que mueve todas las cosas], la verdadera *conditio sine qua non;* es hermoso leer acerca de la frugalidad campestre y la idílica pobreza, leo con placer esa clase de poesía[102], pero uno se cansaría rápidamente de vivir así, y los que viven de ese modo no gozan de la vida ni la mitad de lo que goza el adinerado que lee tranquila y cómodamente el cantar de los poetas. El dinero es y seguirá siendo la condición absoluta para poder vivir. Si uno no tiene dinero, lo sacan de la lista de los patricios y uno termina siendo un plebeyo. El dinero es la condición, pero eso no implica en modo alguno que todo el que tiene dinero sepa utilizarlo. Los que comprenden esto, a su vez, son los patricios de más alta alcurnia». Pero esta explicación, obviamente, no le serviría a nuestro héroe; toda esa sabiduría ajena acerca de la vida no lo afectaría, y
se sentirá casi como gallina en corral ajeno. | Supongamos que éste 264
le dijera al esteta: Muy bien, pero es que no dispongo ni de 3.000 ni de 6.000 reales al año, no los tengo ni en capital ni en renta, no tengo nada en absoluto, apenas si tengo una gorra; tal vez entonces el esteta se encogería de hombros y diría: Entonces el asunto es diferente, no le queda otra cosa que conformarse con ir a la oficina de empleos. Si el esteta fuera alguien muy amable, tal vez volvería a dirigirse al pobre diablo diciéndole: «No quiero hacerle desesperar antes de haber hecho un último intento; hay algunas soluciones de emergencia que es preciso probar antes de despedirse del placer para siempre, antes de hacer los votos y ponerse la camisa de fuerza. Cásese con una joven rica, juegue a la lotería, múdese a las colonias, junte dinero durante algunos años, péguesele a algún viejo solterón para que lo haga su heredero. Por el momento, nuestros caminos se

separan; consiga dinero, que siempre encontrará en mí a un amigo dispuesto a olvidar que hubo una época en la que no tenía dinero». Esa manera de ver la vida encierra una terrible crueldad, que mata a sangre fría la alegría de vivir del que carece de dinero. Y eso es lo que hace ese hombre de dinero, pues su opinión es que, sin dinero, no hay alegría en la vida. Sería injusto contigo si te clasificara junto a estos estetas, si te acusara de abrigar o de expresar tales ideas. Ante todo, tu corazón es demasiado bueno como para alojar bajezas tan repugnantes, y además, en el caso de que tuvieras esas ideas, tu alma es demasiado compasiva como para expresarlas. No digo esto porque piense que hay que tratar con conmiseración al que no tiene dinero, sino porque, si un hombre se cree afortunado, lo mínimo que cabe exigirle es que no se sienta orgulloso de ello, o que no se complazca en herir a los menos afortunados. El hombre puede ser orgulloso; por Dios que sería mejor que no, pero dejemos que lo sea, siempre y cuando no se enorgullezca del dinero, pues para un hombre nada es más denigrante que eso. Tú estás habituado a tener dinero, y sabes lo que implica. No ofendes a nadie, y en eso eres diferente de aquellos estetas; estás dispuesto a prestar ayuda siempre que puedes, y aun cuando destacas lo lastimoso de la falta de dinero, es por simpatía. Es decir, que tus burlas no están dirigidas a los hombres,
265 sino a la existencia, en cuyo seno | hay que admitir que no todos tienen dinero. En tu opinión: «No se puede negar que Prometeo y Epimeteo fueron muy astutos, pero es incomprensible que, habiendo equipado a los hombres tan magníficamente en otros aspectos, no se les haya ocurrido darles también dinero»[103]. Si hubieses estado presente en esa ocasión y hubieses sabido lo que ahora sabes, te habrías presentado diciendo: «Oh dioses bondadosos, gracias os sean dadas por todo, pero —perdonad que os hable con franqueza— os falta el conocimiento del mundo; para poder ser feliz, al hombre le falta aún una cosa... le falta el dinero. ¿De qué le sirve haber sido creado para dominar el mundo, si la búsqueda de sustento no le deja tiempo para ello? ¿Para qué arrojar al mundo una criatura racional, si luego debe dar vueltas a la noria? ¿Es ése el modo de tratar a un hombre?». Llegado a este punto, eres inagotable. «La mayoría de los hombres», dices, «viven para conseguir un buen medio de vida; cuando lo han conseguido, viven para conseguir uno mejor, y cuando lo consiguen, se mueren. A este respecto, me sentí verdaderamente conmovido al leer, hace algún tiempo, un anuncio en un periódico en el que una mujer notificaba la muerte de su esposo. En lugar de lamentarse largamente por el dolor de haber perdido al mejor de los maridos y al más cariñoso de los padres, se despachaba muy brevemente diciendo

que ésta era una muerte triste, ya que poco tiempo antes su marido había conseguido un buen medio de vida. Allí hay algo más que lo que una viuda afligida o un lector de periódicos[104] corriente puede ver. Esta perspectiva podría prolongarse y convertirse en una demostración de la inmortalidad del hombre. Dicha demostración podría exponerse de este modo: el destino de todo hombre es conseguir un buen medio de vida. Si se muere antes de conseguirlo, no ha cumplido su destino, y queda librado al parecer de cada uno suponer que lo cumplirá en otro mundo. Si, en cambio, consigue un buen medio de vida, entonces ha cumplido su destino, pero la definición de un buen medio de vida no puede consistir en que se muera, sino, por el contrario, en que su buen medio de vida le depare una buena vida, *ergo* el hombre es inmortal. A esta demostración podría calificársela de demostración popular, o demostración a partir del medio de vida. Si se agrega esta demostración a las anteriores, podría considerarse que han sido vencidas todas las dudas racionales acerca de la inmortalidad. Esta demostración puede ser magníficamente enlazada con las demostraciones anteriores, y hasta se muestra en toda su gloria precisamente allí, puesto que, como | conclusión, se pliega a las otras 266
y las corrobora. Las otras demostraciones parten de la consideración de que el hombre es un ser racional; si alguien pone esto en duda, aparece el argumento del medio de vida y demuestra aquella presuposición mediante el silogismo siguiente: cuando Dios le da a alguien un buen medio de vida, le da buen entendimiento[105]; cuando Dios le da a alguien buen entendimiento, le da un buen medio de vida, *ergo*. Eso es lo que presintió aquella viuda afligida, advirtió lo que hay de trágico en la contradicción de la vida.» Lo que tienes para ofrecer en relación a este asunto son burlas y bromas. Tal vez no se te ocurre que tu manera de pensar podría ser provechosa o instructiva para alguien. Tal vez tampoco se te ocurre que puedes causar daño con ese discurso, pues cabe imaginar que alguien que fuese de por sí lo suficientemente reacio a las constricciones del trabajo de la vida se volvería aún más impaciente y refunfuñón si prestara oídos a tus simpáticas burlas, si percibiera la pasión no exenta de ingenio con la que te haces cargo de sus pensamientos. En esto, sin embargo, deberías tener cuidado.

Tomando ese camino, sería inútil que nuestro héroe buscara obtener alguna enseñanza. Escuchemos ahora lo que le respondería un eticista. Su respuesta sería la siguiente: es el deber de todo hombre trabajar para vivir[106]. Si esto fuese todo lo que tiene que decir, tú podrías responder: «Ahí tenemos otra vez la vieja cháchara acerca del deber y el deber, deberes por todas partes; no es posible imaginar algo más aburrido que esa mojigatería que todo lo subyuga y todo lo

distiende». Espero que recuerdes que nuestro héroe no tenía dinero, que aquel esteta desalmado no tenía nada que ofrecerle, que tampoco a ti te sobraba lo suficiente como para asegurarle el porvenir. A menos que quiera quedarse ahí pensando qué haría si tuviese dinero, debe ponerse a buscar otra salida. Advertirás también que el eticista le habló de la manera más cortés, que no lo trató como una excepción ni le dijo: ¡Por Dios! ¡Usted es tan infeliz que debe intentar resignarse! Por el contrario, tomó al esteta como excepción, al decir que es el deber de todo hombre trabajar para vivir, así que el hombre que no necesita de ello es una excepción; pero el hecho de ser una excepción, como hemos acordado más arriba, no es algo grande sino algo mísero. Si un hombre, por tanto, quiere ver el asunto de manera ética, el hecho
267 de tener dinero será para él una | humillación. Al verlo de ese modo, no habrá ningún privilegio que lo deslumbre. Se humillará ante él y, al hacerlo, volverá a erguirse en el pensamiento de que el favor es para él la expresión de una exigencia mayor.

Si el eticista del que nuestro héroe recibió su enseñanza sabe lo que es trabajar para vivir, sus palabras tendrán más peso aún. Sería de desear que los hombres tuviesen un poco más de coraje a este respecto, y si esas palabras de desprecio se pronuncian tan frecuentemente en voz alta, es en gran medida porque los que tienen que trabajar carecen del coraje ético suficiente como para reconocer la importancia del trabajo, porque no están éticamente convencidos de su importancia. Los que perjudican al matrimonio no son los seductores, sino los esposos cobardes. Lo mismo sucede aquí. Esas palabras de desprecio no causan ningún daño, pero perjudican la buena causa aquellos que, obligados a trabajar para vivir, en un momento quieren que se les reconozcan los méritos que ello comporta, comparando entonces su vida con la del ocioso, y en el momento siguiente se quejan y suspiran diciendo: después de todo, lo mejor es ser independiente. ¿Qué respeto puede tener por la vida un hombre joven que oye hablar así a sus mayores? En este sentido, también tus experimentos te han perjudicado mucho, pues has llegado a saber muchas cosas que no son ni buenas ni agradables. Sabes cómo tentar a un hombre y hacer que admita que, en lo más íntimo de su corazón, preferiría no trabajar, y ésa es tu victoria.

La pregunta respecto de si no cabría imaginar un mundo en el que fuera innecesario trabajar para vivir es, en realidad, una pregunta ociosa, pues no se refiere a la realidad dada, sino a una realidad ficticia. Sin embargo, es siempre un intento de desacreditar la perspectiva ética. Si el hecho de no necesitar trabajar fuese una perfección para la existencia, la vida más perfecta sería la de aquel que no lo necesita.

Sólo podría decirse que el trabajo es un deber, entonces, entendiendo esta frase en el sentido de una penosa necesidad. En ese caso el deber no expresaría lo humano general, sino lo general, y entonces el deber no sería un índice de perfección. Mi más correcta respuesta, por tanto, sería que el hecho de que un hombre no necesite trabajar
debe ser visto como una imperfección. | Cuanto más bajo es el esca- 268
lón en el que se sitúa la vida humana, menos se destaca la necesidad del trabajo; cuanto más arriba se sitúa aquélla, tanto más visible se hace ésta. El deber de trabajar para vivir expresa lo humano general, y expresa también, en otro sentido, lo general, puesto que expresa la libertad. El hombre se libera precisamente mediante el trabajo; trabajando, llega a dominar la naturaleza; trabajando, muestra que es superior a la naturaleza.

¿O es que la vida habría de perder su belleza por el hecho de que el hombre deba trabajar para vivir? Heme aquí ante el antiguo tema relativo a qué se entiende por belleza. Es bello ver los lirios del campo, que no hilan ni cosen, pero cuya vestidura es tal que ni siquiera Salomón en toda su gloria sería tan magnífico; es bello ver cómo los pájaros hallan, despreocupados, su alimento[107]; es bello ver a Adán y Eva en un paraíso en el que podrían conseguir cualquier cosa con sólo señalarlo; pero más bello aún es ver que un hombre adquiere lo que necesita mediante su trabajo. Es bello ver que la Providencia colma todas las necesidades y se encarga de todo[108]; pero más bello aún es ver que un hombre es algo así como su propia providencia. Poder hacerse cargo de sí mismo es lo que hace que el hombre sea grande, más grande que cualquier otra criatura. Es bello ver que un hombre posee el excedente que él mismo se ha ganado[109]; pero también es bello ver que un hombre realiza la hazaña aún mayor de transformar pocas cosas en muchas[110]. El hecho de que el hombre pueda trabajar es expresión de su perfección; el hecho de que deba hacerlo, es una expresión aún más alta de la misma.

Si nuestro héroe adoptara esta perspectiva, no lo tentaría el deseo de una fortuna por la que no se ha esforzado, no lo deslumbrarían las circunstancias de la vida, advertiría lo bello que es trabajar para vivir, advertiría la dignidad humana que le es inherente, pues la grandeza de la planta no es no saber hilar, sino la imperfección de no poder hacerlo. No sentiría deseos de trabar amistad con aquel esteta adinerado. Tendría la serenidad como para advertir qué es lo importante, y no se dejaría atemorizar por el hombre de dinero. Curiosamente, he visto hombres que percibían lo importante que es trabajar, contentos y satisfechos con su trabajo y felices en su austeridad, pero era como si no tuviesen el coraje de admitirlo. Si hablaban de sus gastos, apa-

rentaban siempre gastar mucho más de lo que gastaban realmente;
269 no querían parecer hacendosos, aunque en realidad lo eran, | como si gastar mucho fuese mejor que gastar poco, y ser ocioso mejor que ser diligente. ¿Acaso no es raro toparse con un hombre capaz de decir con aplomo y dignidad: no hago esto o aquello, porque no tengo los medios para hacerlo? Es como si tuviese mala conciencia, como si temiera que le respondan lo que al zorro[111]. De esa manera se consigue que toda virtud verdadera sea aniquilada o transformada en un fantasma, pues ¿por qué habrían de ser austeros los que no tienen necesidad de serlo? Y los que sí lo necesitan, hacen de la necesidad virtud. Es como si no se pudiera ser austero sin tener, a la par, la posibilidad de la abundancia, como si la tentación de la indigencia no fuese igualmente grande en la austeridad.

Puede que nuestro héroe se resuelva a trabajar, pero quiera estar liberado de la preocupación por el sustento. Yo nunca conocí tales preocupaciones, pues pese a que, en alguna medida, debo trabajar para vivir, he tenido siempre un buen pasar, así que no puedo hablar por experiencia; pero siempre he estado atento a lo opresivo que resulta, aunque también a lo que tiene de hermoso, instructivo y ennoblecedor, pues no creo que haya preocupación más instructiva. He conocido hombres a los que de ninguna manera calificaría de cobardes o pusilánimes, que no ignoraban en modo alguno las luchas inherentes a la vida humana, que tenían la fuerza, el coraje y el deseo de presentar batalla allí donde otros se darían por vencidos, y a los que he escuchado decir a menudo: basta que Dios me libre de las dificultades económicas, pues no hay nada que ahogue tanto como ellas lo que hay de más elevado en el hombre. Ante ese tipo de declaraciones, me he dado cuenta de que también en mi propia vida he tenido ocasión de comprobar que, de hecho, no hay nada que sea tan engañoso como el corazón del hombre. Uno quiere tener el valor de exponerse a la batalla más peligrosa, pero no afrontar dificultades económicas, pretendiendo al mismo tiempo que triunfar en aquel combate es más importante que triunfar en este otro. Claro que eso es muy fácil; se elige una lucha más llevadera que, sin embargo, parece ser la más peligrosa a los ojos de la mayoría; se triunfa, y entonces se es un héroe, un héroe totalmente diferente del que se sería si se triunfara en aquella otra lucha miserable e indigna de un hombre. En efecto, si además de las dificultades económicas tiene uno que luchar con un enemigo oculto en su propio seno, no es de extrañar que quiera sustraerse a esa lucha. Habría que ser, al menos, lo bastante
270 honesto consigo mismo como para admitir que, | si uno rehúye ese combate, es porque constituye una aflicción mucho más gravosa que

cualquier otra; pero si es así, entonces la victoria es también mucho más bella. Cuando uno mismo no se ha probado en esa lucha, debe concederle a todo luchador que su lucha es la más arriesgada, le debe ese honor. Si alguien ve las dificultades económicas de esa manera, como una lucha honorable, en un sentido más estricto aún que cualquier otra lucha, habrá dado ya un paso adelante. Aquí, como en todo, se trata de estar correctamente situado, que uno no pierda su tiempo en deseos, sino que entienda cuál es su tarea. Si ésta parece ser humilde y sin importancia, mezquina y desalentadora, uno sabe que eso no hace sino acrecentar la dificultad de la lucha y la belleza de la victoria. Hay hombres a quienes honra una condecoración, y hombres que honran la condecoración; esto puede decirlo acerca de sí mismo aquel que, teniendo el poder y la disposición de probarse en un combate digno, debe conformarse con lo más miserable de todo: luchar contra las dificultades económicas.

Una característica sumamente aleccionadora de la lucha contra las dificultades económicas es que la recompensa es muy modesta e incluso nula, y que el combatiente lucha por obtener la oportunidad de continuar luchando. Cuanto mayor es la recompensa del combate, cuanto más supera al hombre, tanto más osado confía el combatiente en las pasiones equívocas que se alojan en todo ser humano. La ambición, la vanidad, el orgullo, son poderes dotados de una enorme elasticidad y pueden llevar lejos a un hombre. El que lucha contra las dificultades económicas advierte en seguida que esas pasiones lo traicionan, pues ¿cómo podría creer que esa lucha interesaría a los demás o despertaría su admiración? Si no cuenta con otros poderes, está desarmado. La recompensa es muy escasa, pues tras haberse esclavizado y afanado ha conseguido tal vez lo requerido —lo requerido para mantenerse y perseverar, para seguir afanándose. He ahí la razón por la cual las dificultades económicas son tan ennoblecedoras e instructivas, porque no permiten que un hombre se engañe respecto de sí mismo. Si no ve nada superior en ella, esa lucha es lastimosa, y él acierta en pensar que es miserable tener que luchar para poder comer el pan con el sudor de su frente[112]. Pero por eso la lucha es tan ennoblecedora, porque le obliga a ver en ella algo más, porque le obliga a verla como un desafío de honor si no quiere repudiarse a sí
mismo por completo, y por eso la recompensa es tan | escasa, para 271
que el honor pueda ser mayor. Es cierto que de esa manera lucha para obtener su sustento, pero lucha ante todo para obtenerse a sí mismo; y los demás, los que no hemos tenido esa experiencia pero seguimos siendo sensibles a lo que es verdaderamente importante, cuidaremos que se le respete, si él así lo permite, como a un hono-

rable miembro de la sociedad. Su lucha es doble, puede perder en una lucha y, al mismo tiempo, triunfar en la otra. Aun suponiendo lo inconcebible, que sus esfuerzos por obtener su sustento fueran vanos, habrá perdido y, sin embargo, ganado al mismo tiempo la victoria más bella que puede obtenerse. En eso fijará su mirada, y no en la recompensa que no halló, pues ésta sería demasiado escasa. El que pone sus ojos en una recompensa descuida la otra lucha; si no gana la recompensa, lo ha perdido todo, y si la gana, sigue siendo dudoso el modo como la ganó.

¿Y qué lucha podría ser más aleccionadora que la lucha contra las dificultades económicas? ¡Cuánta simplicidad hace falta a veces, sin embargo, para poder tomar como con una sonrisa todos esos afanes y fatigas terrenales que un espíritu inmortal necesita para vivir, cuánta humildad para conformarse con lo poco que se adquiere con dificultad, cuánta fe para advertir aun en la propia vida la dirección de la Providencia! Pues es muy fácil decir que Dios es más grande en las cosas pequeñas, pero para verlo en ellas se requiere la fe más poderosa. ¡Cuánto amor a los hombres hace falta para compartir la felicidad de los dichosos[113], y para poder alentar a aquellos cuya condición se ha vuelto igualmente miserable! ¡Cuánta interioridad y penetración respecto de sí misma debe tener la conciencia para saber que uno ha hecho lo que estaba a su alcance, cuánta perseverancia y vigilancia! ¿Pues qué enemigo es más capcioso que esa preocupación? El hombre no se deshace de ella mediante un par de movimientos osados, ni la espanta con ruidos y jaleos. ¡Cuánta gracia y decencia hace falta para esquivarla, sin por ello rehuirla! ¡Cuán a menudo es preciso cambiar de armas, pues a veces hay que trabajar, otras veces, esperar, otras desafiar, otras rezar! ¡Y con qué placer, alegría y ligereza debe el hombre cambiar de armas, pues de otro modo el enemigo vencería! Y mientras tanto el tiempo pasa, y al hombre no le es dada la oportunidad de ver realizados sus hermosos planes, cumplidos sus deseos juveniles. Ve que otros lo logran. Concitan a la muchedumbre en torno a ellos, se llevan su aclamación, su júbilo los complace, y
272 | él está como un artista solitario en el escenario de la vida, sin público alguno, nadie tiene tiempo para reparar en él, nadie tiene tiempo, y es obvio que se requiere tiempo para ello, pues su representación no es una pantomima de media hora, sus artes son de una especie más refinada y exigen más que un público culto para ser entendidas. Pero ése no es tampoco su deseo. Cuando tenía veinte años, diría tal vez, yo también soñaba con la lucha, me imaginaba en el campo de batalla, miraba hacia el palco y veía a un grupo de muchachas inquietas por mi causa, veía cómo me dedicaban su aplauso, y olvidaba el fragor

de la lucha; ahora he madurado, mi lucha ha llegado a ser otra, pero mi alma no es menos orgullosa. Exijo otro juez, un entendido, exijo ojos que miren en secreto[114], que no se cansen de mirar, que vean la lucha y vean el peligro; exijo oídos que escuchen el trabajo del pensamiento, que presientan cómo lo mejor de mi ser brota del tormento de la aflicción. Estaré atento a ese árbitro, buscaré su aclamación, aun cuando no la merezca. Y cuando se me ofrezca el cáliz de las pasiones humanas, no fijaré mis ojos en el cáliz, sino en aquel que me lo ofrece, ni miraré al fondo del cáliz para ver si no he de terminarlo pronto, sino que miraré inflexiblemente a aquel de quien lo he recibido. Tomaré con alegría el cáliz en mis manos, no para vaciarlo, como en las ocasiones festivas, a la salud de otro, gozando yo mismo de las delicias de la bebida; no, saborearé lo que tiene de amargo, y al saborearlo exclamaré para mí mismo: ¡a *mi* salud! Pues sé y estoy seguro de que con esa bebida me haré acreedor a la salud eterna.

Creo que así es como debe considerarse éticamente la lucha que combate contra las dificultades económicas. No seré tan rígido en mi causa contra ti como para exigirte que aclares en qué punto de tu estética abordas este asunto, pero dejaré librado a tu propia reflexión determinar si la vida misma, sin que uno lo quiera, pierde su belleza en esa lucha, o si no gana una belleza más alta. Sería una locura negar la existencia de una tal preocupación, sería una insensatez negar el hecho de que existe tan sólo porque pasa de largo, sería insensibilidad y cobardía si uno pretende contar con una perspectiva acerca de la vida.

El hecho de que muchos hombres no consideren de este modo las dificultades económicas no es ninguna objeción; queda desearles que tengan la suficiente magnanimidad como para considerarlas así, la inspiración suficiente para no desviar sus ojos como | aquellos que, 273
según la Escritura, los desviaron hacia Susana en lugar de mirar al cielo[115] — éste es seguramente un deseo bueno y piadoso.

La consideración ética según la cual todo hombre tiene el deber de trabajar para vivir tiene dos ventajas con respecto a la estética. En primer lugar, está en consonancia con la realidad, explica un rasgo general de la misma, mientras que la estética destaca algo accidental y no explica nada. En segundo lugar, concibe al hombre de acuerdo a su perfección, lo ve de acuerdo a su verdadera belleza. Esto hay que tomarlo como algo necesario y más que suficiente en lo tocante a este tema. Si quieres un par de observaciones empíricas, te las agrego también, no porque la perspectiva ética necesite ese tipo de apoyo, sino porque tal vez te sean de utilidad.

Un viejo al que conocí una vez solía decir siempre que aprender a

trabajar para vivir es bueno para el hombre, que vale para los mayores lo que vale para los niños, que hay que tomarlos a tiempo. No me parece que sea provechoso para un hombre joven que las preocupaciones económicas le agobien tan pronto. Pero deja que aprenda a trabajar para vivir. La tan alabada independencia es a menudo una trampa; cualquier deseo puede ser satisfecho, cualquier inclinación puede ser seguida, cualquier capricho puede desarrollarse hasta el punto de conspirar contra uno mismo. El que tiene que trabajar no conocerá la vana alegría de poder tenerlo todo, no se acostumbrará a apostar en base a su riqueza, a solucionar todos los problemas con dinero, a comprarse todas las libertades; pero su ánimo tampoco debe volverse agrio, no debe verse tentado, como muchos jóvenes ricos, a volverle la espalda a la realidad con altivo desprecio, diciendo como Yugurta: he aquí una ciudad venal, basta que encuentre un comprador[116]; no habrá adquirido tempranamente esa sabiduría que lo haría infeliz y que perjudicaría a los demás.

Por eso, cuando oigo que la gente se queja de tener que trabajar, de tener que preocuparse por esas cosas, pensando que los altos vuelos de su alma no deberían ser coartados así, no puedo negar que a menudo me vuelvo impaciente, que desearía que otro Harún-el-Rashid[117] se alzara entre nosotros y repartiera bastonazos entre los que se quejan sin motivo. Tu situación no es la de alguien que deba trabajar para
274 vivir, y no es en modo alguno mi intención instarte a que | renuncies a tu fortuna para que el trabajo se te vuelva una necesidad; así no funciona, y todos esos experimentos son un disparate que no lleva a nada. Creo, sin embargo, que en otro sentido estás en situación de tener que lograr las condiciones necesarias para vivir. Pues, para poder vivir, debes tratar de dominar tu melancolía innata. Este hecho me permite aplicarte las palabras de aquel anciano: que te han cogido a tiempo; esa melancolía ha sido tu desdicha, pero verás llegar el momento en el que tú mismo reconocerás que ha sido tu dicha. Busca, pues, las condiciones necesarias para poder vivir. Tú no estás entre aquellos cuyas quejas me impacientarían, pues prefiero creer que harías cualquier otra cosa menos quejarte, y sabes a la perfección cómo contener tus sufrimientos dentro de ti. Pero cuídate de no caer en el extremo opuesto, en una insana obstinación que gasta las fuerzas en ocultar el dolor, en lugar de usarlas para sobrellevarlo y vencerlo.

Así, pues, nuestro héroe está dispuesto a trabajar, no porque sea para él un *dura necessitas*, sino porque lo ve como lo más bello y perfecto. (Suponer que, por estar obligado a aceptarlo, no podría verlo de ese modo, es uno de esos malentendidos, en parte estúpidos y en parte maliciosos, que colocan los méritos del hombre fuera de

él, en lo accidental.) Pero el hecho de que quiera trabajar hará, justamente, que su obrar sea un trabajo, no un trabajo de esclavo. Por eso exige para su trabajo una expresión más elevada, una expresión que designe la relación de su obrar con su propia persona y con los demás, una expresión que permita definirlo como un deseo suyo y destacar, además, su importancia. Aquí vuelve a hacerse necesaria una reflexión. Mezclarse con el sabio de los 3.000 reales[118] le parecerá, por cierto, inferior a sus méritos; pero nuestro héroe es como el común de la gente. Aun cuando ha recibido una guía oportuna, ha llegado a saborear lo que es vivir de manera estética y es como el común de la gente, un ingrato. Por más que sea el eticista quien lo ayudó a salir de aquel aprieto, no se dirigirá a él en primer lugar. Acaso confíe secretamente en que el eticista, al fin y al cabo, lo ayudará también esta vez, pues nuestro héroe no es tan miserable como para dejar de admitir que aquél lo ayudó realmente a salir de su aprieto, pese a que no tenía dinero para darle. Así que se dirige a un esteta un poco
más humano. Tal vez éste sepa también decirle algo acerca | de la 275
importancia del trabajo; sin trabajo, la vida termina resultando aburrida. «Pero el trabajo que uno tiene no debe ser un trabajo en sentido estricto, sino que debe poder definirse como un placer. Uno descubre en sí mimo algún que otro talento aristocrático que lo distingue del montón. Lo desarrolla, pero no de manera frívola, pues así uno se aburre de él en seguida, sino con toda la seriedad estética que uno puede. Al tener un trabajo, un trabajo que, de todos modos, es en realidad un placer, la vida adquiere para uno un nuevo significado. Esa independencia le permite a uno esmerarse por lograr que aquél se desarrolle en toda su exuberancia sin que la vida lo reprima. Pero uno no se pasa la vida montado en ese talento como en una tabla de salvación, sino que hace de él un ala para emprender el vuelo por encima del mundo; no hace de él un caballo de labor, sino un corcel de desfile.» Nuestro héroe, sin embargo, no tiene ninguno de esos talentos aristocráticos, es como el común de la gente. El esteta no ve que le quede otra salida que «contentarse con la trivial determinación de la masa, ser un obrero en la vida. No pierda el coraje, esto tiene también su importancia, es honroso y digno de respeto, sea un hombre diestro y laborioso, un miembro útil de la sociedad. Me ilusiona ya la idea de verlo, pues cuanto más variada es la vida, tanto más interesante para el observador. Por eso yo y todos los estetas odiamos los trajes típicos, porque sería aburrido ver que todos andan vestidos igual; así, pues que cada uno asuma su labor en la vida, eso es mucho más bello para mí y para los que, como yo, tienen por profesión la contemplación de la vida». Sería de esperar

que nuestro héroe se impaciente un poco ante semejante trato, que se indigne ante la insolencia de una clasificación tal de los hombres. En la visión del esteta, además, se le asignaba también un papel a la independencia, y él, en definitiva, no es independiente.

Sin poder tomar todavía la decisión de dirigirse al eticista, tal vez haga otro intento. Se encuentra con alguien que dice: uno debe trabajar para vivir, así es la vida después de todo. Y entonces le parece haber dado con el que buscaba, pues ésa es también su opinión. Tomará en cuenta esas palabras. «Uno debe trabajar para vivir, así es la vida después de todo, ése es el lado miserable de la existencia. Dormir siete horas diarias es perder el tiempo, pero así debe ser; trabajar cinco horas diarias es perder el tiempo, pero así debe ser. Con cinco horas de trabajo consigue uno su sustento, y, cuando lo ha conseguido,
276 | comienza uno a vivir. Uno puede tener el trabajo más aburrido e insignificante que exista, basta que consiga su sustento a través de él. Si uno tiene algún talento especial, es siempre un pecado contra él convertirlo en una fuente de ingresos. No, al talento se lo cuida, uno lo tiene para sí mismo, es para uno una alegría mayor que un hijo para una madre, se lo educa, se lo desarrolla doce horas al día, se duerme durante siete horas, se es una bestia durante cinco, y así la vida resulta bastante tolerable y hasta bella; trabajar cinco horas no es un asunto tan espinoso, pues ya que el pensamiento nunca está puesto en el trabajo, uno reúne fuerzas para la actividad que le procura placer.»

Nuestro héroe está como al comienzo. Por un lado, no tiene ningún talento especial con el cual llenar las doce horas que está en casa y, por el otro, se ha formado ya un mejor concepto de lo que es el trabajo, concepto al que no quiere renunciar. Se decide entonces a buscar nuevamente la ayuda del eticista. La alocución de este último es breve: «El deber de todo hombre es tener una vocación»[119]. No puede decir más, pues lo ético como tal es siempre abstracto, y no hay nada que sea una vocación abstracta para todos los hombres, sino que da por supuesto que todo hombre tiene una vocación específica. El eticista no puede indicarle a nuestro héroe qué vocación elegir, pues para eso se requeriría un conocimiento detallado de lo que hay de estético en el todo de su personalidad, y aun si tuviese ese conocimiento, el eticista se abstendría de elegir por él, pues hacerlo sería negar su propia visión de la vida. Lo que el eticista puede enseñarle es que hay una vocación para cada hombre, y que nuestro héroe, cuando haya hallado la suya, tendrá que elegirla éticamente. Lo que el esteta decía de los talentos aristocráticos, en efecto, eran palabras escépticas y turbadoras respecto de aquello que el eticista explica. La visión de vida del esteta reposa siempre en la diferencia: algunos

hombres tienen talento, otros no, y aquello que los separa, sin embargo, es un más o un menos, una determinación cuantitativa. En este sentido, es una arbitrariedad de su parte detenerse en un punto particular, y el nervio de su visión de la vida reside precisamente en esa arbitrariedad. Su concepción de la vida, por tanto, establece en el todo de la existencia un desacuerdo que ellos no se consideran capaces de resolver, y contra el cual, por el contrario, intentan armarse de manera frívola y cruel. El eticista, en cambio, reconcilia al hombre con la vida, pues dice que todo hombre tiene un vocación. No anula las diferencias, sino que dice que lo general sigue estando
en las diferencias, | que hay una vocación. El talento más eminente 277
es una vocación, y el individuo que lo posee no puede perder de vista la realidad, no está situado fuera de lo humano-general, pues su talento es una vocación. El más insignificante de los individuos tiene una vocación, no debe ser expulsado ni arrojado a una vida en el *confinium* de la animalidad, no se encuentra fuera de lo humano-general, tiene una vocación.

El principio ético según el cual todo hombre tiene una vocación, por tanto, indica que hay un orden de cosas razonable en el que todo hombre, si así lo quiere, ocupa su lugar expresando a la vez lo humano-general y lo individual. ¿Acaso la existencia se vuelve menos bella bajo esa perspectiva? Lo que se tiene no es ya una aristocracia en la cual complacerse y cuyo significado se funda, por accidente, en algo accidental, sino que se tiene todo un reino de dioses.

Cuando el talento no se concibe como vocación —y si se lo concibe como una vocación, entonces todo hombre lo tiene— el talento es absolutamente egoísta. Por tanto, todo aquel que funda su vida en un talento, instituye, en cuanto de él depende, una existencia de bandido. No tiene una definición del talento superior a aquella según la cual el talento es tal. Este talento, entonces, buscará mostrarse en su total diferenciación. Así, pues, todo talento tiende a hacer de sí mismo el centro, todas las condiciones deben estar dadas para favorecerlo, pues sólo en esa salvaje irrupción reside el goce propiamente estético del talento. Si hay al mismo tiempo un talento de orientación distinta, entran en un conflicto de vida o muerte, puesto que no tienen ninguna concentricidad, no tienen en común ninguna expresión superior.

Nuestro héroe ha conseguido, pues, lo que buscaba, un trabajo del cual puede vivir, y también ha alcanzado una expresión más significativa para el modo como aquél se relaciona con su personalidad: es su vocación, de manera que su realización está ligada a una satisfacción de su personalidad toda; en cuanto al modo como su trabajo

se relaciona con los demás, ha alcanzado también una expresión más significativa, pues su trabajo es su vocación, y entonces él mismo está situado esencialmente en el mismo nivel de los demás, y hace a través de su trabajo lo mismo que cualquier otro, realiza su vocación. Ése es el reconocimiento que exige, no exige nada más, pues eso es lo absoluto. Aun si mi vocación es humilde —dice— puedo ser fiel a mi vocación y, en lo esencial, ser tan grande como el más grande,
278 sin por ello caer en el absurdo de olvidar en algún momento | las diferencias; eso no me serviría de nada, pues, si las olvidara, habría una vocación abstracta para todos, pero una vocación abstracta no es ninguna vocación, y de esa manera habría vuelto a perder tanto como los más grandes. Puedo ser infiel a mi vocación aun si ésta es humilde, y al serle infiel cometo un pecado tan grande como el más grande. No caeré en el absurdo de olvidar las diferencias, o de pensar que mi infidelidad tendría consecuencias tan terribles para la totalidad como la infidelidad del más grande; eso no me serviría, de esa manera yo mismo sería el que ha perdido más.

La consideración ética según la cual todo hombre tiene una vocación presenta dos ventajas con respecto a la teoría estética del talento. Una es que explica no ya lo accidental de la existencia sino lo general, y otra, que muestra lo general en su verdadera belleza. Pues el talento es bello sólo cuando es transfigurado en vocación, y la existencia es bella sólo cuando el hombre tiene una vocación. Siendo así, te rogaré que tomes en cuenta una simple constatación empírica que tú te verás inclinado a considerar superflua en relación con la concepción principal. Cuando un hombre tiene una vocación, bien puede tener una norma exterior a él que, sin sojuzgarlo, le indique regularmente lo que tiene que hacer, le administre su tiempo y le sugiera en qué ocasión comenzar. Si alguna vez yerra en su obrar, espera hacerlo mejor la próxima vez, y esa próxima vez no está muy alejada en el tiempo. El que no tiene ninguna vocación, en cambio, si quiere imponerse a sí mismo una tarea, debe casi siempre trabajar de un modo totalmente distinto, *uno tenore* [de un solo aliento]. Nada lo interrumpe, salvo que él mismo quiera interrumpirse. Si falla, entonces falla todo, y le costará muchísimo comenzar de nuevo, puesto que le falta la oportunidad. Si no quiere volverse un ocioso, se ve fácilmente tentado a ser un pedante. Es común que se acuse de pedantería a hombres que tienen una determinada ocupación. Por norma, un hombre así no puede nunca ser pedante. El que tiene una ocupación determinada, en cambio, se ve tentado a serlo, para resistir en parte al exceso de libertad en el que fácilmente podría perderse. De ahí que uno pueda tender a perdonarle su pedantería, pues ésta

es signo de algo bueno, pero por el otro lado hay que tratarla como un castigo por haber querido emanciparse de lo general.

| Que el trabajo sea una vocación es para nuestro héroe una 279
expresión sumamente significativa de la relación entre su trabajo y el de los demás. Entonces se le reconoce, ha recibido su acreditación. El haber cumplido su vocación le satisface, es cierto, pero quiere además dar expresión a la relación que esa empresa tiene con otros hombres, quiere obtener un *logro*. En este sentido es posible que vuelva a perderse. El esteta le explicará que la satisfacción del talento es lo más alto, y el hecho de que uno logre algo o no logre nada es un asunto totalmente secundario. Tal vez choque con una estrechez pragmática que, en su celo inepto, cree lograrlo todo, o con una presunción estética que considera que lograr alguna cosa es una suerte otorgada a unos pocos elegidos, que hay algunos talentos sobresalientes que obtienen logros, que el resto de los hombres es *numerus*, lo superfluo de la vida, despilfarro de parte del creador. Pero ninguna de estas explicaciones le sirve a nuestro héroe, que es como el común de los hombres.

Acudamos de nuevo al eticista. Éste dice: lo que todo hombre logra y puede lograr es la realización de *su* obra en la vida. Si fuese cierto que algunos hombres obtienen logros y otros no, y ello en razón de su accidentalidad, volvería a prevalecer el escepticismo. Hay que decir, por ende, que todo hombre logra esencialmente tanto como los demás. No propugno en modo alguno la indolencia, pero, por otro lado, hay que ser cuidadosos en el uso de la expresión «lograr». Ésta ha sido siempre objeto de tus burlas, y, como dijiste una vez, «por eso estudiaste cálculo integral, diferencial e infinitesimal, para poder calcular cuánto había logrado en relación con la totalidad un amanuense del ministerio de la Marina que todos en la oficina consideraban un trabajador solícito». Utiliza, pues, tus burlas sólo contra aquellos que quieren darse importancia en la vida, pero nunca abuses de ellas para crear confusión.

La palabra «lograr» designa una relación entre mi acción y algo otro que es exterior a mí. Es fácil advertir que esa relación no depende de mí, y que en este sentido podría decirse con igual derecho que tanto el talento más sobresaliente como el hombre más humilde no logran nada. Esto no significa en modo alguno desconfiar de la vida, sino, por el contrario, reconocer mi propia insignificancia y respetar la importancia de todos los demás. El talento más sobresaliente puede llevar a cabo su tarea, y el hombre más humilde también lo
puede. Ninguno de los dos puede más que eso. | No depende de ellos 280
lograr algo o no, pero sí depende de ellos impedírselo a sí mismos.

Renuncio, por tanto, a toda esa presunción que está tan extendida a veces en la vida, realizo mi obra y no pierdo mi tiempo en calcular si he obtenido algún logro. Mis logros acompañan a mi obra lo mismo que mi suerte, algo en lo que puedo regocijarme, pero que no puedo arrogarme. El haya crece y forma su copa, y los hombres se regocijan al sentarse a su sombra. ¿Acaso el haya se pondría impaciente y diría: a este lugar en el que estoy no viene nunca una criatura viviente, de qué sirve que crezca y extienda mis ramas, qué logro con eso? De esa manera no haría sino retardar su crecimiento, y acaso una vez vendría un caminante y diría: si este árbol fuese un haya frondosa y no un adefesio, habría podido descansar bajo su sombra. ¡Imagínate que el árbol pudiese oír!

Todo hombre puede, pues, lograr algo, puede realizar su obra. La obra puede ser de índole muy diversa, pero lo que hay que retener siempre es que cada hombre tiene su obra, y todos, por consiguiente, están de acuerdo en la expresión según la cual cada uno hace su obra. La relación entre mi obra y lo otro, o aquello que he de lograr (tomada esta palabra según el uso corriente), no depende de mí. Incluso aquel cuya obra en la vida consiste en desarrollarse, también él logra, en esencia, lo mismo que cualquier otro. De ahí que pueda parecer que aquel esteta tenía razón al decir que no había que reflexionar sobre lo que uno ha logrado, sino sólo gozar de la satisfacción del despliegue de su talento. El error consistía, sin embargo, en que el esteta se limitaba a la definición egoísta del talento. Se contaba a sí mismo entre los escogidos, rehusándose a lograr lo general en su vida y a considerar su talento como su obra. Un hombre del que pudiera decirse que su obra en la vida consiste pura y exclusivamente en desarrollarse él mismo, en cambio, es natural que esté, humanamente hablando, entre los menos agraciados. Una muchacha, por ejemplo. Está entre aquellos de los que uno estaría tentado a decir que pueden obtener un logro. Supón, por añadidura, que ha sido desdichada en el amor, que ha sido despojada de la última expectativa de lograr alguna cosa; si realiza su obra, sin embargo, si se desarrolla ella misma, logra, en esencia, tanto como el más grande.

Obtener un logro, entonces, es lo mismo que hacer la propia obra.
281 Imagínate un | hombre profunda e íntimamente conmovido, que no se pone a pensar si debe lograr alguna cosa o no, pero en el que la idea quiere abrirse paso con toda su fuerza. Que sea un orador, un sacerdote o lo que tú quieras. No le habla a la multitud para lograr algo, pero sus campanas deben sonar, eso es lo único que le hace feliz. ¿Crees que sus logros son menores a los de aquel que se da ínfulas figurándose lo que logrará, que está absorto en el pensamiento acerca de lo que él mismo ha de lograr? Imagínate un autor que nunca se pone a pensar si conseguirá un lector, o si logrará algo a través de su escritura, que sólo quiere captar la verdad, y ésta es lo único a lo que aspira. ¿Crees que los logros de un escritor tal son menores a los de aquel cuya pluma está vigilada y dirigida por el pensamiento de que logrará alguna cosa?

Curiosamente, ni tú ni yo habíamos reparado en ello, ni tampoco nuestro héroe, ni aquel esteta sagaz, pero el caso es que nuestro héroe dispone de un talento excepcional. Así es como lo espiritual en el hombre puede ser engañoso durante largo tiempo, hasta que su silencioso crecimiento alcanza un cierto punto y se proclama de repente con toda su fuerza. El esteta diría tal vez: sí, ahí es donde el pobre hombre sale perdiendo, ahí es donde se deforma. El eticista diría, por el contrario: ¡por suerte!, pues entonces es cuando discierne finalmente lo verdadero, de manera que su talento no será un lazo tendido bajo sus pies, y se da cuenta de que no necesita ni independencia ni cinco horas de trabajo de esclavo para resguardarlo, sino que su talento es precisamente su vocación.

Nuestro héroe, entonces, trabaja para vivir; ese trabajo es también un placer para él, cumple su vocación, realiza su obra; para decir todo esto en una palabra, y con una palabra que te causa espanto — se gana el pan. No te impacientes, deja que lo diga el poeta para que suene mejor: en lugar de «la dorada pera de la infancia», se habrá ganado «honradamente el pan»[120]. ¿Y entonces, qué? Te sonríes, piensas que me traigo algo entre manos, ya sospechas de mi prosaísmo, pues «esto no desemboca en otra cosa que en hacer que se case, así que hazme el favor, bien puedes leerle las amonestaciones, yo no tengo nada que objetar a su divino voto ni al tuyo. Es increíble que en la existencia haya tanta coherencia racional, un pan del cual vivir y una esposa, ni siquiera los sones de aquel poeta dejan de señalar con claridad que, junto con el pan, viene la esposa[121]. Pero hay algo contra lo que debo protestar, a saber, que llames héroe a tu cliente. He sido | 282
amable y complaciente, no he querido condenarlo, siempre deposité mi esperanza en él, pero esta vez, realmente, tendrás que disculparme si me voy por otra calle y si ya no tengo ganas de escucharte. Todo mi respeto a aquel que se gana el pan y es un legítimo esposo, pero un 'héroe' es algo que él mismo, seguramente, no pretende ser». En tu opinión, se requiere que alguien haya hecho algo extraordinario para que se lo califique de héroe. Si es así, tus perspectivas son realmente brillantes. Supón que se requiera mucho coraje para realizar lo general, y que aquel que tiene mucho coraje es un héroe. Pues, para que alguien sea llamado héroe, no debe tanto reflexionar sobre

lo que hace, sino sobre cómo lo hace. Uno puede conquistar reinos y comarcas sin ser un héroe; otro puede mostrarse como héroe en el dominio de su ánimo[122]. Uno puede mostrar coraje al realizar lo extraordinario, otro, al realizar lo general. Queda en pie la pregunta respecto de cómo lo realiza. No negarás que nuestro héroe, en lo que precede, ha estado inclinado a realizar lo extraordinario, e incluso no me atrevo todavía a dar plena garantía por él. En eso fundas tal vez tu esperanza de que se convierta en un verdadero héroe; yo fundo en ello mi temor de que se convierta... en un loco. He tenido con él la misma indulgencia que tú, he puesto mi esperanza en él desde el comienzo, le he llamado «héroe» pese a haber estado varias veces a punto de no merecer ese título. Si consigo que se case, por tanto, dejaré tranquilamente que se me escape de las manos y lo depositaré con gusto en las de su esposa. En razón de la rebeldía de la que anteriormente dio pruebas, se ha hecho acreedor, en efecto, a que se lo ponga bajo vigilancia especial. De ese trabajo se encargará su esposa, y así todo marchará bien, pues cada vez que se vea tentado a ser un hombre extraordinario, su esposa volverá a orientarlo en seguida; de esa manera merecerá en silencio que se le llame héroe, y en su vida no faltarán hazañas. Si sigue su heroico derrotero, ya no tendré nada que ver con él, salvo que se sienta atraído hacia mí como yo me siento atraído hacia él. En ese caso me considerará su amigo, y nuestra relación no carecerá de importancia. Sabrá aceptar que tú te alejes de él en esas circunstancias, tanto más en la medida en que le sería fácil sospechar de ti si te dignaras a interesarte en él. En ese sentido, le deseo suerte, la misma suerte que le deseo a cualquier esposo.

283 | Pero no hemos llegado tan lejos todavía, ni mucho menos. Te queda tiempo aún para abrigar alguna esperanza, y a mí otro tanto para abrigar temor. Pues nuestro héroe, que es como el común de la gente, tiene una cierta inclinación por lo extraordinario; además de eso es un poco ingrato, así que también en este caso querrá probar suerte con el esteta antes de acudir al eticista. Y también sabe engalanar su ingratitud, diciendo que «el eticista, en realidad, me ha ayudado a salir de mi confusión, estoy totalmente conforme con el modo en que, gracias a él, concibo mi labor, su seriedad es para mí un aliento. En lo que concierne al amor, en cambio, quisiera a este respecto gozar de mi libertad, seguir el impulso de mi corazón; el amor no ama esa seriedad, exige la levedad y el encanto de lo estético».

Ya ves lo difícil que se me hace tratar con él. Parecería casi que no ha entendido del todo lo dicho hasta aquí. Todavía cree que lo ético está fuera de lo estético, pese a lo cual debe admitir que la vida ha

cobrado belleza al ser considerada de manera ética. Ya veremos. Tú, sigue alentándolo, que así obtendré la desviación suficiente.

Pese a que nunca has respondido a mi carta anterior, ni verbalmente ni por escrito, seguramente recordarás su contenido, así como que en ella intenté mostrar que el matrimonio era, en lo ético, la expresión estética del amor. Tal vez me permitas aprovechar lo allí desarrollado, con la seguridad de que, si he tenido la suerte de hacértelo entender a ti, no me costará, si fuera necesario, explicárselo a nuestro héroe. Éste se ha dirigido a los estetas, y ha vuelto habiéndose enterado no de lo que debe hacer, sino más bien de lo que no debe hacer. Fue durante algún tiempo testigo de la destreza de un seductor, escuchó sus insidiosas palabras, pero aprendió a despreciar su arte, aprendió a descubrir que es un mentiroso, un mentiroso cuando finge amor, cuando remoza sentimientos que acaso han sido verdaderos alguna vez, en tiempos en que se brindaba a otra a través de ellos; que engaña doblemente, tanto a aquel a quien quiere hacer creer que abriga esos sentimientos como a aquel a quien le corresponden de manera legítima; que es un mentiroso cuando se imagina que hay alguna belleza en su deseo. Aprendió a despreciar las burlas astutas que intentan hacer del amor una chiquillada que sólo mueve a risa. | Ha visto tu pieza 284
favorita, *El primer amor*[123]. No se cree lo bastante culto para juzgar la pieza de manera estética, pero le parece injusto que el autor haga que Charles se degrade tanto durante esos ocho años. Admite que esas cosas pueden suceder en la vida, pero no le parece que sea eso lo que uno debe aprender de un autor. Opina que hay una contradicción en la pieza, en el hecho de que la pícara y alocada Emmeline sea a la vez una muchacha realmente adorable, y que sea esto último lo que Rinville no tarde en concluir tras el primer vistazo, pese a que le han prevenido en su contra. Aun en este caso opina que es injusto hacer que Charles se vuelva un libertino en esos ocho años. Le parece que la pieza no debería ser un sainete sino una tragedia. Le parece injusto que el autor haga que Emmeline persista de manera tan frívola en su incomprensión, que perdone frívolamente a Rinville el haberla engañado, que frívolamente se olvide de Charles, burlándose de sus propios sentimientos con la misma frivolidad, que frívolamente construya su futuro de acuerdo con su propia frivolidad, de acuerdo con la frivolidad de Rinville, de acuerdo con la frivolidad de Charles. Es probable que la primera Emmeline le parezca sentimental y exaltada, pero la Emmeline rectificada, la astuta, es a sus ojos, sin embargo, un ser mucho más miserable de lo que era aquel primero en toda su imperfección. Le parece injustificable que el autor presente de ese modo al amor como una bufonada cuya asimilación puede

tomar unos ocho años y que se puede desbaratar en media hora. Fue para él una alegría observar que la gente que más respetaba no fuera precisamente la que se reía de una obra como ésa. La burla le heló la sangre durante un momento, pero siente que el caudal de sus sentimientos vuelve a manar en su pecho, tiene la certeza de que esa arteria es el principio vital del alma, y que aquel que la corta se muere y no necesita que le entierren. Durante un breve lapso lo aturdió ese descreimiento respecto de la vida que le haría pensar que todo es vanidad, que el tiempo lo cambia todo, que no hay nada en lo que uno pueda basarse y que, por ende, no se puede trazar un plan para la vida entera. Su lasitud y su cobardía le hicieron aceptables esas palabras, era un traje cómodo de llevar y que sentaba bien a los ojos de los demás. Pero ha escrutado agudamente esas palabras, ha visto la hipocresía, la lujuria disfrazada de humildad, el animal de presa disfrazado de cordero[124], y aprendió a despreciarlas. Se dio cuenta de
285 que era una ofensa y, | por tanto, una fealdad querer amar a alguien por lo que hay de oscuro en su naturaleza, y no por lo que tiene de consciente, querer amar pensando en la posibilidad de que ese amor cese y en poder decir: no hay nada que yo pueda hacer al respecto, los sentimientos no están bajo el control del hombre. Se dio cuenta de que era una ofensa y, por tanto, una fealdad querer amar con una parte del alma y no con la totalidad, que uno tome su amor como un momento y reciba, sin embargo, todo el amor del otro, que uno quiera, en alguna medida, ser un enigma y un misterio. Se dio cuenta de que habría sido feo tener cien brazos para poder abrazar al mismo tiempo a muchas, que tiene un solo abrazo y que desea abrazar a una sola. Se dio cuenta de que sería una ofensa querer relacionarse con otro de ese modo, tal como uno se relaciona con cosas accidentales y finitas, de manera condicional, para luego poder volverse atrás si hubiera alguna dificultad. No le parece posible que aquella a la que ama pueda cambiar si no es para mejor, y, si sucediera, cree en el poder que la relación tiene para repararlo todo. Reconoce que lo que se le debe al amor es como la donación para el templo, una contribución sagrada que se paga en moneda especial[125], y que no se reciben todas las riquezas del mundo en pago de una deuda insignificante si la moneda es falsa.

Ya ves que nuestro héroe va por buen camino, que ya no cree en la insensible sabiduría de los estetas ni en su supersticiosa creencia en oscuros sentimientos, los cuales serían demasiado endebles para poder expresarse como deber. Se atuvo a la explicación del eticista según la cual todo hombre tiene el deber de casarse, y la entendió de manera correcta, a saber, que no es que uno peque si no se casa, a menos que

sea por su propia culpa, en cuyo caso peca contra lo humano-general que también a él se le ha impuesto como una tarea a realizar, sino que quien se casa realiza lo general. El eticista no puede llevarlo más allá, pues ya hemos dicho que lo ético es siempre abstracto, y no puede decirle otra cosa más que lo general. De ahí que no pueda decirle en modo alguno con quién debe casarse. Para eso, en efecto, se requiere un conocimiento minucioso de todo lo que hay de estético en él, y el eticista no lo tiene, y, aunque lo tuviera, se cuidaría de anular sus propias teorías encargándose de elegir en lugar de él. Una vez que haya elegido, la ética confirmará su elección y elevará su amor, y eso,
en | alguna medida, le será de ayuda al elegir, pues lo liberará de la 286
superstición de lo accidental, pues una elección puramente estética es, en realidad, una elección infinita; lo ético ayuda de manera inconsciente a todos los hombres, pero, puesto que es inconsciente, esa asistencia de lo ético tiene el aspecto de un empobrecimiento, una consecuencia de la miseria de la vida, en lugar de ser una elevación, una consecuencia de lo que hay de divino en la vida.

«A un hombre dotado de principios tan excelentes», dices tú, «uno lo puede dejar que marche solo, se pueden esperar grandes cosas de él.» Yo opino lo mismo, y espero que sus principios sean lo bastante firmes para que tus burlas no los conmuevan. Pero hay todavía un difícil escollo que debemos esquivar antes de llegar a buen puerto. Pues nuestro héroe ha escuchado a un hombre, cuyo juicio y opinión respeta totalmente, declarar que, ya que casarse es unirse a alguien para toda la vida, uno debe elegir con cuidado, debe ser una muchacha excepcional que, justamente en virtud de su excepcionalidad, le asegure a uno todo su futuro. ¿No te dan ganas de seguir deseándole suerte a nuestro héroe? Yo, al menos, temo por él.

Tomemos el asunto desde el principio. Supón que hay una ninfa en la solitaria quietud de los bosques, una criatura, una muchacha. Ahora bien, esta ninfa, esta muchacha, esta criatura sale de su soledad y se aparece como un Kaspar Hauser aquí en Copenhague, o en Núremberg[126], el lugar no importa, basta que aparezca. Habría alguna propuesta de matrimonio, te lo aseguro. Dejo en tus manos desarrollar el resto, puedes escribir una novela titulada *La ninfa*, *La criatura*, *La muchacha en la soledad de los bosques*, *ad modum* de la famosa novela disponible en todas las bibliotecas públicas *La urna del valle solitario*[127]. Se ha aparecido ya, y nuestro héroe ha sido el afortunado a quien ella ha brindado su amor. ¿Estamos de acuerdo en esto? Yo, como estoy casado, no tengo nada que objetar. A ti, en cambio, te parecerá ofensivo que un hombre cualquiera haya sido el privilegiado, y no tú. Pero ya que te interesas por mi cliente, y éste es

el único camino que le queda para que puedas llegar a verlo como a un héroe, dale tu consentimiento. Veamos, pues, si su amor es bello, si su matrimonio es bello. La clave de su amor y de su matrimonio estaría en que ella sea la única muchacha en el mundo entero. La clave estaría, entonces, en su diferenciación: una dicha como ésa no
287 tendría parangón | en el mundo entero, y en eso consistiría justamente su dicha. Él sería capaz de no querer casarse con ella en absoluto, pues ¿no se denigraría un amor como ése al recibir una expresión tan común y vulgar como la del matrimonio? ¿No sería temerario exigir que estos dos enamorados se incorporen al gran batallón del estado matrimonial, de manera que, en cierto sentido, no cabría decir de ellos otra cosa que lo que se dice de cualquier matrimonio, que están casados? Tal vez te parezca que todo esto está en su lugar, y la única objeción que harías es que no puede ser que un imbécil como mi héroe se lleve a una muchacha como ésa; si se tratara, en cambio, de alguien extraordinario, como tú por ejemplo, o de un hombre tan extraordinario como ella, entonces todo estaría en su lugar, y su relación amorosa sería la más perfecta que podría pensarse.

Nuestro héroe ha llegado a una situación crítica. Acerca de la muchacha no hay discusión, es una muchacha excepcional. Yo, que estoy casado, digo lo mismo que Doña Clara: el rumor no ha hablado de más, la bella Preciosa es un prodigio[128]. ¡Es tan tentador perder de vista lo general y planear en las alas de lo maravilloso! Pero él mismo ha advertido lo que hay de bello en el matrimonio. ¿Qué hace entonces el matrimonio? ¿Lo priva de algo, le quita a ella alguna belleza, suprime alguna diferencia? De ningún modo. Pero hace que vea todo eso como algo accidental cuando el matrimonio es exterior a él, y sólo cuando da a la diferencia la expresión de lo general, sólo entonces dispone confiadamente de ella. La ética le enseña que la relación es lo absoluto. La relación, en efecto, es lo general. Lo priva de la vana alegría de ser algo extraordinario, para darle la verdadera alegría de ser lo general. Lo pone en armonía con toda la existencia, le enseña a alegrarse ante ella; pues, en tanto que excepción, en tanto que extraordinario, está en conflicto, y si su felicidad consiste justamente en aquello que funda lo extraordinario, debe tomar conciencia de que, si hay verdad en su felicidad, su existencia es una plaga para lo general, y sería una verdadera infelicidad ser feliz cuando la felicidad de uno, vista esencialmente, es diferente de la de todos los demás. En ese caso, gana la belleza de lo accidental y pierde la belleza verdadera. Se dará cuenta de ello y volverá una vez más al principio del eticista según el cual todo hombre tiene el deber de casarse, y se
288 dará cuenta de que ese principio tiene | de su lado no sólo la verdad

sino también la belleza. Déjale, pues, hallar ese prodigio[129], que no se quedará prendado de la diferencia. Se regocijará íntimamente en la belleza de la muchacha, en su encanto, en la riqueza de espíritu y en el calor de los sentimientos que posee, se considerará dichoso, pero en lo esencial, dirá, no soy diferente de ningún otro hombre, pues lo absoluto es la relación. Si acaso consiguiera una muchacha menos agraciada, se regocijaría en su felicidad, pues diría: aun cuando es muy inferior a otras, ella me hace igualmente feliz en lo esencial, pues lo absoluto es la relación. No es que desconozca la importancia de la diferencia, pues así como advirtió que no existe ninguna vocación abstracta, sino que cada hombre tiene la suya, así advertirá también que no existe ningún matrimonio abstracto. La ética le dice sólo que debe casarse, no puede decirle con quién. La ética le explica lo general en la diferencia, y él explica la diferencia en lo general.

La consideración ética del matrimonio tiene, de este modo, varias ventajas con respecto a cualquier concepción estética del amor. Dilucida lo general, no lo accidental. No muestra cómo dos seres humanos totalmente singulares podrían llegar a ser felices en su carácter excepcional, sino cómo puede llegar a serlo cualquier matrimonio. Ve la relación como lo absoluto y no pone las diferencias como garantía, sino que las concibe como tarea. Ve la relación como lo absoluto y contempla el amor, por ende, según su belleza, según su libertad, capta la belleza histórica.

Nuestro héroe, entonces, vive de su trabajo, su trabajo es además su vocación, y por eso trabaja con ganas; siendo éste su vocación, lo pone en relación con otros hombres, y al llevar a cabo su obra obtiene los logros que podría desear obtener en el mundo. Está casado, contento con su hogar, y el tiempo transcurre maravillosamente para él, no entiende que el tiempo pueda ser una carga para un hombre o llegar a ser un enemigo de su felicidad; por el contrario, le parece que el tiempo es una verdadera bendición. A este respecto, reconoce que le debe muchísimo a su esposa. En realidad, olvidé decir que había un malentendido en aquello de la ninfa de los bosques, que él no fue el afortunado, que debió contentarse con una muchacha que era como el común de las muchachas, en el mismo sentido en que él mismo era como el común de la gente. Sin embargo, está muy contento, y una vez hasta me confesó que se consideraba muy afortunado por no haber | conseguido aquel prodigio, que la tarea habría sido tal 289
vez demasiado grande para él; cuando todo es tan perfecto antes de comenzar, es muy fácil salir dañado. Ahora, en cambio, está lleno de valor y de esperanza, es un gran entusiasta y dice con fervor: la relación es lo absoluto; más que de cualquier otra cosa, está conven-

cido de que la relación tendrá el poder de hacer que esa muchacha común se desarrolle en pos de todo lo que hay de grande y de bello; su esposa, con toda humildad, piensa lo mismo. Sí, mi joven amigo, pasan cosas extrañas en el mundo; yo nunca creí que hubiese en el mundo un prodigio como aquel del que tú hablas, y ahora me avergüenza casi mi incredulidad, pues esa muchacha común, con su gran fe, es un prodigio, y su fe más preciosa que el oro y que el verde de los bosques. En algún aspecto, persisto en mi vieja incredulidad, a saber, que no se encuentra ese prodigio en la soledad de los bosques.

Mi héroe —¿o vas a negarle el derecho a esa denominación? ¿No te parece que es verdadero heroísmo atreverse a creer que podrá convertir a una muchacha común en un prodigio?— le agradece en especial a su esposa que el tiempo haya llegado a tener un significado tan bello para él, de manera que, a su vez, se lo atribuye en cierta medida al matrimonio, y en esto él y yo, como hombres casados, estamos totalmente de acuerdo. Si hubiese hallado a aquella ninfa de los bosques y no se hubiese casado, temería que el amor entre ambos se reavivara en algunos momentos de belleza separados por tediosos intervalos. Entonces es probable que sintieran deseos de verse sólo cuando la visión fuese realmente significativa, y, si eso les fallara algunas veces, temería que la relación entera se disolviera poco a poco en la nada. El sumiso matrimonio, en cambio, al hacer que sea un deber verse a diario, ya fueran ricos o pobres, había impartido a la relación entera una equidad y una uniformidad que la hacía sumamente agradable. En el humilde incógnito del prosaico matrimonio se ocultaba un poeta que no sólo explicaba la vida en situaciones aisladas, sino que estaba siempre disponible y hacía vibrar con sus sones aun los momentos de mayor pobreza.

En este sentido comparto totalmente la opinión de mi héroe acerca del matrimonio, y en ello se ve su ventaja, no sólo con respecto a la vida solitaria sino también con respecto a todo vínculo meramente erótico. Esto último lo ha desarrollado ahora mismo mi nuevo amigo,
290 así que sólo haré resaltar en pocas palabras lo | primero. Por mejor
cabeza que uno tenga, por más aplicado y entusiasta que uno sea, hay momentos en los que el tiempo se hace un poco largo. Tú te burlas a menudo del sexo opuesto, y muchas veces te exhorté a no hacerlo; por más que quieras considerar que una muchacha es una criatura imperfecta, seguiré teniendo ganas de decirte esto: mira, sabihondo, mira la hormiga y hazte sabio, aprende de la muchacha a hacer que el tiempo pase, pues en eso ella es una virtuosa nata. Tal vez no tenga la idea del trabajo rudo y sostenido que tiene el hombre, pero nunca está ociosa, está siempre ocupada, el tiempo nunca se le hace largo.

De esto puedo hablar por experiencia. A veces me sucede —ahora con menos frecuencia, es cierto, pues intento resistir, asumiendo que el deber de un esposo es esforzarse por tener más o menos la misma edad que su esposa— me sucede que me quedo sumido en mí mismo. Me he encargado de mi trabajo, no tengo deseos de divertirme, algo de melancólico en mi temperamento se apodera de mí, me vuelvo muchos años más viejo de lo que realmente soy, me vuelvo casi extraño a mi vida hogareña, puedo ver que ésta es bella, pero la miro con otros ojos; es como si yo mismo fuese un viejo y mi esposa una hermana menor felizmente casada, y como si yo estuviese en su casa. En tales momentos no estoy muy lejos comenzar a sentir que el tiempo se hace largo. Si mi esposa fuese un hombre, tal vez le sucedería lo mismo que a mí y tal vez nos quedaríamos paralizados los dos; pero es mujer, y se lleva bien con el tiempo. ¿Es ese secreto vínculo suyo con el tiempo una perfección de la mujer, es una imperfección? ¿Es porque es una criatura más terrenal que el hombre, o porque tiene en ella más eternidad? — Responde, tú que eres una mente filosófica. Cuando estoy así, rendido y ausente, y veo a mi esposa recorrer la sala, ligera y juvenil, siempre ocupada, siempre atendiendo alguna cosa, mi mirada sigue sin querer sus movimientos, participo de todo lo que ella hace, y el resultado es que vuelvo a situarme en el tiempo, que el tiempo vuelve a tener significado para mí, que el instante vuelve a correr. En realidad, ni con la mejor de mis voluntades podría decir qué hace mi mujer, ni aunque me costara la vida, para mí es un enigma. Lo que es trabajar hasta tarde en la noche, estar tan cansado
que casi no puedo levantarme de mi silla, | pensar, estar con la mente 291
totalmente en blanco hasta el punto de no poder hacer que nada me entre en la cabeza, todo eso lo conozco, como conozco también lo que es estar ocioso, pero el modo en que mi esposa se ocupa de las cosas es un enigma. Nunca está cansada y, sin embargo, nunca está inactiva, es como si el estar ocupada fuese un juego, una danza, como si su ocupación fuese un juego. ¿Con qué llena su tiempo? Pues comprenderás que no se trata, desde luego, de habilidades adquiridas, de esas artes de lo hogareño en las que se destacan por lo general los solterones; y ya que hablamos de los solterones y veo, en espíritu, que tu juventud se termina, deberías realmente ir pensando cómo llenar los ratos libres, aprender a tocar la flauta o inventar algún ingenioso aparato para limpiar pipas. Pero no quiero pensar en esas cosas, ya me estoy cansando de pensar en ello; vuelvo a mi mujer, que de verla a ella no me canso jamás. No puedo explicar lo que ella hace, pero lo hace todo con un encanto y una gracia, con una indescriptible soltura exenta de ceremonias, como un pájaro que canta su canción, y creo

que el trabajo del pájaro es lo más parecido a la labor de mi mujer, cuyo arte, de todos modos, es para mí una verdadera magia. A este respecto, ella es mi refugio absoluto. Cuando estoy en mi estudio y me siento cansado, cuando el tiempo se me hace largo, me desplazo hacia la sala, me siento en un rincón sin decir una palabra por temor a molestarla en sus quehaceres; y es que éstos, aunque parezcan un juego, se desenvuelven con una dignidad y una compostura que inspira respeto, y ella está muy lejos de ser lo que tú dices, la mujer de Don López, una fregona, un torbellino que, con su zumbido, hace que la música del matrimonio invada la sala.

Sí, mi buen sabihondo, el natural virtuosismo de la mujer es algo increíble; la mujer explica de la manera más interesante y hermosa el problema que hizo perder la razón a más de un filósofo: el tiempo. Ese problema, en relación con el cual sería vano esperar una solución de parte de los filósofos, pese a toda su verbosidad, ella lo explica *ohne weiteres* [sin más] a cualquier hora del día. Y así como explica este problema, explica muchos otros de un modo que provoca la más honda admiración. A pesar de que no llevo muchos años de casado,
292 creo que podría | escribir todo un libro al respecto. Por ahora no lo haré, pero sí te contaré una historia que me ha parecido siempre muy ilustrativa. En un lugar de Holanda vivía un erudito. Era orientalista, y estaba casado. Un día lo llamaron a almorzar, y él no aparecía. Su mujer esperaba ansiosa con la comida; sabía que él estaba en la casa y, cuanto más pasaba el tiempo, menos explicable para ella era su ausencia. Finalmente decide ir ella misma a solicitarle que venga. Ahí está, en su despacho, no hay nadie con él. Está absorto en sus estudios orientales. Me imagino que se inclinaría sobre él y le pondría la mano en el hombro, que miraría hacia su libro y luego hacia él, diciéndole: querido amigo, ¿por qué no vienes a comer? El estudioso apenas habría tenido tiempo de reparar en lo que se le decía, pero entonces vería a su esposa y tal vez diría: «Sí, mi niña, el asunto no es el almuerzo; tengo aquí una vocalización que nunca había visto antes, un pasaje que he visto citado a menudo, pero nunca de esta manera, pese a que mi edición es una excelente edición holandesa; mira este punto, es para volverse loco». Me imagino que su mujer lo miraría, en parte sonriéndole y en parte reprochándole que ese pequeño punto hubiese perturbado el orden hogareño, y la leyenda dice que su respuesta fue: ¿es para tomárselo tan a pecho? Mejor sería darle un soplo. Dicho y hecho; como ves, su soplo hizo que la vocalización desapareciera, pues el punto en cuestión era un grano de rapé. Y el erudito vino contento a la mesa, contento de que la vocalización desapareciera, y más contento aún de su mujer.

¿Necesito extraer la moraleja de esta historia? Si ese erudito no hubiese estado casado, tal vez habría enloquecido y arrastrado a otros orientalistas, pues no me cabe duda de que habría sido una horrorosa señal de alarma en la literatura. Ya ves por qué digo que en la vida hay que entenderse con el sexo opuesto, pues, *unter uns gesagt* [entre nosotros], una muchacha lo aclara todo, de un solo soplo se deshace de la academia entera, y sus indicaciones son motivo de alegría si uno se entiende con ella, mientras que, en caso contrario, se burla de uno. Pero esta historia enseña, además, de qué manera hay que entenderse con ella. Si aquel erudito no hubiese estado casado, si hubiese sido un
esteta dotado de todas las condiciones, tal vez | habría llegado a ser el 293
afortunado al que el mencionado prodigio habría querido pertenecer. No se habría casado, sus sentimientos serían demasiado distinguidos como para eso. Le habría erigido un palacio, no habría escatimado ningún refinamiento para hacer que la vida de la muchacha abundara en placeres, la visitaría en su castillo, pues ése sería su deseo; con erótica galantería, completaría a pie el camino que lleva hacia ella, seguido en coche por sus sirvientes, llevando consigo preciosos y abundantes regalos. También entonces se habría topado con esa extraña vocalización en sus estudios orientales. Se habría quedado mirándola sin poder explicarla. Pero había llegado el momento de visitar a su amada. Habría dejado de lado esa preocupación, pues ¿cómo iba a visitar a su amada pensando en algo que no fuesen sus encantos y su propio amor? Se habría revestido de todos los primores posibles, estaría más atractivo que nunca, la habría complacido de mil maneras, pues, debiendo combatir el desaliento con la jovialidad, habría en su voz el eco lejano de muchas pasiones. Pero de madrugada, al dejarla, tras haberle arrojado el último beso y estando ya en su coche, su mente se oscurecería. Volvería a su casa. Los postigos del despacho estarían cerrados, las luces, encendidas, no haría que le quitaran abrigo, sino que se sentaría a mirar ese punto que no pudo explicar. Tendría una muchacha a la que ama y acaso adora, a la que sólo visita cuando su alma es vigorosa y pujante, pero no una esposa que venga a llamarlo a almorzar, no una mujer que de un soplo pueda deshacerse de ese punto.

La mujer tiene, en definitiva, un talento innato y un don original, un absoluto virtuosismo para explicar lo finito. Tras ser creado, el hombre fue amo y señor de la naturaleza toda; la pompa y el esplendor de la naturaleza, toda la riqueza de lo finito estaba a la espera de su señal, pero él no entendía qué debía hacer con todas esas cosas. Las miraba, pero era como que todo desaparecía ante la mirada del espíritu, sentía que, si hacía algún movimiento o daba un solo paso,

todo se terminaba. Así estaba, figura imponente, pensativa y, sin embargo, cómica, pues alguien podría reírse de ese hombre rico que no sabe cómo usar su riqueza; pero también trágica, pues no podía utilizarla. Entonces fue creada la mujer. Ella no se sintió turbada, supo
294 en seguida cómo debía tratar el asunto, sin trámites | ni preparativos, estaba ya lista para comenzar. Fue el primer consuelo concedido al ser humano. Se acercó al hombre, alegre como un niño, sumisa como un niño, triste como un niño. Sólo quería ser su consuelo, mitigar sus carencias, carencias que ella no entendía pero que tampoco intentaba colmar, aligerarle el paso del tiempo. Y he aquí que su humilde consuelo fue la alegría más rica de la vida, sus inocentes pasatiempos fueron la belleza de la vida, sus juegos infantiles fueron el sentido más profundo de la vida. La mujer capta la finitud, la comprende a fondo, por eso es deliciosa, y, en esencia, toda mujer lo es; por eso ella es encantadora y ningún hombre lo es, por eso es feliz, feliz como ningún hombre puede ni debe ser, por eso está en armonía con la existencia, como ningún hombre puede o debe estarlo. De ahí que pueda decirse que su vida es más feliz que la del hombre, pues al ser humano puede hacerlo feliz la finitud, no la infinitud como tal. Ella es más perfecta que el hombre, pues hay más perfección en aquel que explica algo que en aquel que busca una explicación. La mujer explica lo finito, el hombre busca lo infinito. Así ha de ser, y a cada uno su dolor; pues la mujer pare sus hijos con dolor, pero el hombre forja ideas con dolor, y la mujer no conocerá la angustia de la duda ni el tormento de la desesperación, no se encontrará ante la idea, pero la tiene de segunda mano. Pero puesto que la mujer explica de esta manera lo finito, por eso mismo ella es la vida más íntima del hombre, una vida, sin embargo, que debe estar oculta y escondida, como lo está siempre la vida de la raíz. Ya ves por qué odio todo ese abominable discurso acerca de la emancipación de la mujer. No quiera Dios que eso ocurra nunca. No puedo decirte con cuánto dolor ese pensamiento me penetra el alma, pero tampoco cuántas pasiones amargas, cuánto odio siento por quienes se atreven a declarar esas cosas. Mi consuelo es que quienes proclaman esa sabiduría no son astutos como serpientes sino, por lo general, tontos que no pueden causar daño alguno con su cháchara. Y si la serpiente pudiera hacer que la mujer lo crea, si pudiera tentarla con ese fruto aparentemente apetitoso, si esa plaga se extendiera y penetrara también en aquella a la que amo, mi esposa, mi alegría, mi refugio, la raíz de mi vida, eso quebrantaría mi coraje y apagaría en mi alma la pasión de la libertad;
295 entonces sé lo que haría, me instalaría en una plaza y | lloraría, lloraría como aquel artista cuya obra había sido destrozada y que no podía

siquiera recordar lo que ésta representaba. ¡Pero no va a suceder, no debe y no puede suceder, pese al intento de espíritus muy malignos, o de imbéciles que no tienen idea alguna de lo que es ser un hombre, ni de la grandeza ni de la modestia que ello comporta, ni sospecha alguna de lo perfecta que la mujer es en su imperfección! ¿Habría realmente una sola mujer lo bastante simple, vana y miserable para creer que, por determinación del hombre, ella podría llegar a ser más perfecta que el hombre, para no advertir que su pérdida sería irreparable? Ningún malicioso seductor podría concebir una doctrina más peligrosa para la mujer, pues con sólo inculcársela la tendría enteramente en su poder, entregada a su arbitrio; no puede nada más que ser una presa de los caprichos del hombre, mientras que, como mujer, puede serlo todo para él. Pero estos pobres diablos no saben lo que hacen, no saben cómo ser hombres, y en lugar de aprenderlo quieren corromper a la mujer, acordando el requisito que ellos mismos seguirán siendo lo que son, hombres a medias, y que la mujer se encamine hacia la misma miseria. Recuerdo haber leído una vez una burla no muy divertida acerca de la emancipación de la mujer. El autor se detenía más que nada en la manera de arreglarse que, en su opinión, debía cuando menos ser la misma para hombres y mujeres. Imagínate esa abominación. Aquella vez tuve la impresión de que el autor no había entendido cabalmente su tarea, que las contradicciones que planteaba no llegaban a tocar la idea. Si me atrevo a pensar en esa fealdad durante un momento, es porque sé que entonces la belleza se mostrará en toda su verdad. ¿Hay algo más bello que la copiosa cabellera de una mujer, que la abundancia de sus cabellos? Y aun así dice la escritura que ése es un signo de su imperfección, y da varias razones. ¿Acaso no es así? Obsérvala cuando inclina la cabeza hacia abajo, cuando sus magníficas trenzas casi tocan el suelo, y son como una enramada de flores mediante la cual ella habría crecido sujeta a la tierra. ¿No es entonces un ser menos perfecto que el hombre, el que mira al cielo, y sólo toca la tierra? Sin embargo, esos cabellos son su belleza, y, más aún, su fuerza, pues, como dice el poeta, con ellos atrapa al hombre, con ellos lo apresa y lo ata a la tierra. Me gustaría decirle a ese imbécil que predica la emancipación: mira, ahí está
en toda su imperfección, esa criatura inferior al hombre, | a ver si 296
tienes el coraje de cortar esa rica cabellera, de tronchar esas pesadas cadenas — y de dejarla correr como una loca, como una criminal, para horror de la gente.

Que el hombre renuncie a la exigencia de ser el amo y el señor de la Naturaleza, que ceda ese lugar a la mujer, que ella sea el ama, la Naturaleza comprende a la mujer y la mujer a la Naturaleza, ésta

obedece sus señas. Por eso la mujer es todo para el hombre, porque ella le brinda la finitud, porque, sin ella, él es un espíritu inquieto, un desdichado que no encuentra reposo ni tiene paradero alguno. A menudo me he regocijado de ver ese significado en la mujer, ella denota para mí la comunidad en general, y el espíritu está perplejo si no tiene una comunidad en la cual habitar, y éste, cuando habita en la comunidad, es el espíritu de la comunidad. Por eso, como he hecho notar antes, la Escritura no dice que la muchacha deba abandonar al padre y a la madre y aferrarse a su marido, que es lo que uno creería, siendo la muchacha la más débil que busca refugio en el hombre, sino que dice que el hombre debe abandonar al padre y a la madre y aferrarse a su esposa; pues, en la medida en que le da la finitud, ella es más fuerte que él. Por eso no hay nada que pueda dar una imagen más bella de la comunidad que la mujer. Considerando el asunto de este modo, creo realmente que se abrirían numerosas posibilidades para el embellecimiento del culto religioso. ¡Cuánto mal gusto hay en el hecho de que, en nuestras iglesias, la comunidad, al no poder representarse a sí misma, esté representada por un sacristán o un campanero! Debería estar siempre representada por una mujer. Siempre me ha parecido que a nuestros servicios religiosos les hacía falta una impresión realmente reconfortante de la comunidad, pero hubo un año de mi vida en el que, cada domingo, me acercaba bastante a mi idealizada representación. Era una de las iglesias de la ciudad. La iglesia misma me atraía mucho; el sacerdote que escuchaba los domingos era una personalidad eminente, un personaje único que sabía presentar lo nuevo y lo viejo a partir de la experiencia de una intensa vida; el púlpito era el lugar que le correspondía. Como pastor, satisfacía la exigencia ideal de mi alma entera, la satisfacía como figura y como orador. Todos los domingos era para mí una alegría pensar que iría a escucharle; pero lo que contribuía a aumentar mi alegría y a darme la impresión total del servicio religioso en esa iglesia era otro personaje, una mujer mayor que iba también cada domingo.
297 Ella solía llegar poco antes del | servicio religioso, igual que yo. Su personalidad era para mí una imagen de la comunidad, y gracias a ella olvidaba totalmente la molesta impresión del sacristán en la puerta de la iglesia. Era una mujer de edad, parecía tener unos sesenta años, pero seguía siendo bella; sus rasgos eran nobles, sus gestos estaban llenos de una humilde dignidad, su rostro expresaba la pura y profunda virtud femenina. Parecía haber tenido muchas vivencias, no en el sentido de acontecimientos tempestuosos, sino como una madre que había sobrellevado las cargas de la vida y, aun así, conservado y ganado su alegría frente al mundo. Cuando la veía venir por el camino y el

sacristán iba a recibirla a la puerta de la iglesia, cuando éste la acompañaba hasta su asiento, esta vez como un sumiso servidor, sabía que me reservaría el asiento que yo solía ocupar. Cuando pasaba frente a mí, siempre me ponía de pie y le hacía una reverencia, o, como dice el Antiguo Testamento: me prosternaba ante ella[130]. Esa reverencia tenía para mí muchísima importancia, era como si quisiese pedirle que me incluyera en sus plegarias. Ella entraba en su fila, saludaba amigablemente al sacristán, se quedaba de pie durante un instante, inclinaba la cabeza, se llevaba por un instante el pañuelo a los ojos para rezar — haría falta un predicador sentencioso para causar una impresión tan fuerte y tan benéfica como la solemnidad de esa venerable mujer. A veces se me ocurría pensar: tal vez ya estás incluido en sus rezos, pues rogar por otros es algo esencialmente propio de una mujer. Imagínatela rogando, cualquiera que sea su posición en la vida, cualquiera que sea su edad; por regla general, la encontrarás rogando por otros, por sus padres, por su amado, por su marido, por sus hijos, siempre por otros. Al hombre le corresponde esencialmente rogar por sí mismo. Él tiene una tarea determinada, su lugar determinado. Por eso su resignación es distinta, lucha incluso al rezar. Renuncia al cumplimiento de un deseo, y aquello por lo que ruega es la fuerza para poder hacerlo. Incluso cuando desea algo, tiene siempre ese pensamiento. El rezo de la mujer es mucho más sustancial, su resignación es otra. Ella ruega por el cumplimiento de sus deseos, renuncia a sí misma, porque podría haber cambiado algo; pero por eso mismo está mucho mejor capacitada que el hombre para rogar por otros; pues, si el hombre rogara por otro, rogaría esencialmente que se le proporcionaran las fuerzas para soportar y vencer alegremente el
dolor que le ocasiona | el hecho de que su deseo no se cumpla, y una 298
intercesión tal es imperfecta si se la toma como intercesión, mientras que sería verdadera y correcta tomada como rezo por uno mismo. En este sentido, la mujer y el hombre forman como dos guarniciones. Primero viene la mujer con su intercesión, y es como si conmoviera a la divinidad con sus lágrimas; después viene el hombre con su rezo, y ataja la primera guarnición cuando quiere huir temerosa, su táctica es de otra índole, siempre lleva a la victoria. Esto se debe, una vez más, a que el hombre busca la infinitud. Si la mujer pierde la batalla, debe aprender del hombre a rogar, pero la intercesión le pertenece de manera tan esencial, que incluso en ese caso su intercesión por el hombre será diferente del rezo que es propio de éste. Por eso la mujer, en cierto sentido, es mucho más creyente que el hombre, pues la mujer cree que para Dios todo es posible[131], que para Dios nada es imposible. La mujer se va haciendo cada vez más sincera en sus

humildes deseos; el hombre va renunciando a más y más cosas, hasta llegar al punto inconmovible del que no podrá ser expulsado. Eso se debe a que es patrimonio esencial del hombre haber dudado, de modo que toda su sabiduría llevará ese sello.

Sin embargo, mi alegría ante la belleza del servicio religioso en esa iglesia no duró mucho. Al cabo de un año trasladaron al pastor, y ya no vi más a aquella venerable matrona, a mi piadosa madre, como casi podría llamarla. Pero solía pensar en ella. Más tarde, de casado, estuvo en mis pensamientos. Si la Iglesia prestara atención a este tipo de cosas, nuestro culto religioso ganaría seguramente en belleza y solemnidad. Imagínate un bautizo en el que una eminente mujer como ésa estuviese de pie junto al pastor y dijese el amén, en lugar de ser el sacristán quien lo berrea. Imagínate una boda, ¿no sería hermoso? ¿Pues quién puede dar una idea más sublime de una plegaria que una mujer así?

Pero aquí estoy, predicando y olvidándome de aquello de lo que propiamente debería hablar, que debo hablarte a ti. Y ello porque, pensando en mi nuevo amigo, me olvidé totalmente de ti. Ya ves, quisiera hablar de estas cosas con él, primero porque no es un bromista, y además porque es un hombre casado, y sólo aquel que tiene ojos para la belleza del matrimonio podrá ver también la verdad de mis expresiones.

Vuelvo a nuestro héroe. Seguramente merece ese título, pero,
299 en lugar de llamarlo así, preferiré en adelante | una denominación que me resulta más íntima, lo llamaré con todo el corazón mi amigo, de la misma manera que me es grato considerarme el suyo. Ya ves, su vida lo ha provisto de «ese artículo de lujo al que se llama amigo». Tal vez pensaste que pasaría de largo sin decir nada de la amistad y de su validez ética, o, más bien, que me sería imposible hablar de la amistad, puesto que carece de toda importancia ética y cae totalmente bajo determinaciones estéticas. Y dado que quería mencionarla, tal vez te sorprenda que no lo haya hecho antes, pues la amistad es el primer sueño de la juventud; en la temprana juventud, precisamente, el alma es lo bastante tierna y fervorosa como para aspirar a la amistad. Habría sido más natural hablar de ella antes de dejar que mi amigo accediera al sagrado estado matrimonial. Podría responder que, por lo que concierne a mi amigo, se daba la extraña situación de que no se había sentido realmente atraído hacia otro ser humano antes de casarse como para poder calificar esa relación como una amistad; podría añadir que eso me agradaba, puesto que quería tratar la amistad al final, ya que no me parece que lo ético tenga validez en ella en el mismo sentido que en el matrimonio, y

en eso veo precisamente su imperfección. Puede que esta respuesta parezca insuficiente, pues cabría pensar que aquello era algo anormal y fortuito en mi amigo, así que estoy dispuesto a detenerme en esto con mayor detalle. Tú, que eres un observador, me darás la razón cuando observo que una marcada diferencia de individualidades se reconoce según el período en el que se sitúa la amistad de uno, en la temprana juventud o sólo en una edad avanzada. Las naturalezas más versátiles se ajustan a sí mismas sin dificultad, su sí mismo es ya desde el comienzo una moneda corriente, y así entablan la transacción llamada amistad. A las naturalezas más profundas no les es tan fácil hallarse a sí mismas, y hasta que no hayan hallado su «sí mismo» no podrán desear que alguien les ofrezca una amistad que no podrían retribuir. Por un lado, los seres de esta naturaleza están sumidos en sí mismos; por el otro, son observadores, y un observador no es un amigo. No se trataba de algo anormal, ni de un signo de imperfección. Aun así, se ha casado. La pregunta es, entonces, si no sería anormal que la amistad no apareciera sino después; en efecto, más arriba
hemos convenido en que era natural | entablar una amistad en una 300
edad más avanzada, pero no hemos dicho nada de su relación con el matrimonio. Utilicemos aquí, una vez más, nuestra observación. Debemos tomar en consideración la relación con el sexo opuesto. Entre los que buscan una relación de amistad cuando son muy jóvenes, no pocas veces sucede que la amistad se apaga por completo cuando empieza a imponerse el amor. Estiman que la amistad era una forma imperfecta, rompen las relaciones previas y concentran toda su alma exclusivamente en el matrimonio. Los otros hacen al revés. Los que saborearon demasiado pronto las delicias del amor, los que gozaron de sus alegrías en la embriaguez de la juventud, se hicieron tal vez una idea equivocada del sexo opuesto. Fueron, tal vez, injustos con el sexo opuesto. En su frivolidad, tal vez, pagaron un alto precio por sus experiencias, creyendo tal vez en sentimientos propios que resultaron no ser duraderos, o creyendo en sentimientos ajenos que desaparecieron como un sueño. Entonces renunciaron al amor, que era para ellos demasiado y demasiado poco, pues habían tocado lo que hay de dialéctico en el amor sin saber cómo resolverlo. Y entonces escogieron la amistad. Ambas formaciones deben ser consideradas anormales. El caso de mi amigo no es ninguno de estos dos. De joven, antes de conocer el amor, no se había ejercitado en la amistad, pero tampoco se había malogrado probando demasiado temprano el inmaduro fruto del amor. Encontró en su amor la más honda y plena satisfacción, pero, precisamente porque su alivio era absoluto, se le mostró la posibilidad de otras relaciones que, de

manera diferente, podrían tener para él un sentido a la vez bello y profundo, pues a aquel que tiene, se le dará y tendrá en abundancia. A propósito de esto, él suele recordar que hay árboles en los que la flor viene después del fruto y, además, le acompaña. Compara su vida a esa clase de árboles.

Pero precisamente porque aprendió a ver la belleza de tener uno o varios amigos sólo en virtud de su matrimonio, nunca titubeó respecto a cómo había de considerar la amistad, ni respecto al hecho de que ésta pierde su sentido cuando no se la considera de manera ética. Las numerosas experiencias de su vida habían prácticamente aniquilado su fe en los estetas, pero el matrimonio había erradicado por completo de su alma todo rastro de ella. No sintió ninguna necesidad de dejarse cautivar por trucos estéticos, sino que dio inmediata aquiescencia a la concepción ética.

301 Si mi amigo no hubiese tenido ese temple, habría sido | para mí un gusto derivártelo a ti a manera de castigo, pues tu forma de hablar de estos temas es tan confusa, que el hecho de oírte lo habría dejado completamente aturdido. Para ti, sucede con la amistad lo mismo que con todas las cosas. Tu alma no está centrada éticamente; hasta tal punto es así, que uno puede recibir de ti explicaciones contradictorias acerca del mismo asunto, y tus expresiones prueban ampliamente la exactitud de la frase según la cual sentimentalismo y crueldad son una y la misma cosa. Tu manera de considerar la amistad podría compararse muy bien a un conjuro; el que la adopta tiene que volverse loco, tanto como hay que suponer que lo está en alguna medida el que la propugna. El que te escucha cuando se te ocurre dar una disertación acerca de lo divino que es amar a la gente joven, de cuán hermoso es que dos almas gemelas se encuentren, se ve tentado casi a temer que el sentimentalismo termine con tu corta vida. Por la manera en que les hablas a los demás, uno creería casi que eres un viejo experimentado que llegó a conocer en detalle lo vacío y lo hueco del mundo. «Un amigo», dices entonces, «es una cosa enigmática, se lo ve como se ve la niebla, sólo a distancia, pues sólo cuando uno cae en desgracia puede advertir que *ha tenido* un amigo.» Es fácil darse cuenta de que ese juicio acerca de la amistad supone exigir de ésta algo diferente de lo que antes planteaste. Antes hablabas de la amistad intelectual, de lo que hay de bello en el erotismo espiritual, en el fervor compartido por la idea; ahora hablas de una amistad práctica de transacción, de una mutua asistencia en las dificultades de la vida terrena. Hay algo de cierto en ambas exigencias, pero como no se puede hallar un punto de unión entre ambas, la verdad es que lo mejor será quedarse con tu conclusión principal, que la amistad es una insensatez, conclusión

que extraes tanto de cada una de tus premisas como de ambas en su recíproca divergencia.

La condición absoluta de la amistad es la unidad en la concepción de la vida. Si ésta se da, uno no se verá tentado a fundar su amistad en oscuros sentimientos o en inexplicables simpatías. Ni experimentará, en consecuencia, los ridículos bandazos que hacen que uno tenga hoy un amigo y mañana otro. No es que haya que negar la importancia de las simpatías no explicadas, pues, en sentido estricto, uno no es amigo de cualquiera que tenga la misma concepción de la vida; pero uno tampoco se contenta con la mera simpatía en lo que ésta tiene de enigmático. | Una verdadera amistad exige siempre conciencia, y 302
por eso excluye la exaltación.

La concepción de la vida en la que uno concuerda debe ser una concepción positiva. Mi amigo y yo tenemos en común esa clase de concepción positiva. Por eso, cuando nos miramos, no nos sucede lo que a aquellos augures, no nos echamos a reír, sino que nos ponemos serios[132]. Era muy natural que los augures se rieran, pues la concepción de vida que tenían en común era negativa. Esto lo entiendes muy bien, pues uno de tus exaltados deseos es «hallar un alma gemela junto a la cual poder reírte de todo; y lo terrible, lo que hay de casi angustioso en la vida, es que son muy pocos los que advierten lo que tiene de miserable, y entre esos pocos es muy raro encontrar a alguien que sepa conservar el buen humor y reírse de todo». Y si tu anhelo no se cumple, sabes cómo conformarte, «pues la idea misma implica que hay uno solo que se ríe, y ése es el verdadero pesimista; si hubiese varios así, sería una prueba de que la miseria del mundo no es total». Ahora tu pensamiento está en marcha, no hay nada que lo detenga. Dices que «el solo hecho de reírse no es sino una expresión imperfecta de la auténtica burla ante la vida. Para que ésta sea perfecta, uno tiene que estar realmente serio. La burla consumada respecto del mundo sería que la verdad más profunda fuese expuesta no por un inspirado, sino por alguien que duda. Y esto no es difícil de entender, pues nadie puede exponer la verdad positiva de manera tan satisfactoria como aquel que duda, si bien él mismo no cree en ella. Si fuese un hipócrita, la burla sería suya y nada más; si fuese alguien que duda, y que desea tal vez creer en lo que expone, su burla sería totalmente objetiva, la existencia se burlaría de sí misma a través de él; expondría una doctrina que lo explicaría todo, toda la especie se apoyaría en ella, pero esa doctrina no explicaría a su propio fundador. Si un hombre fuese lo bastante inteligente como para saber ocultar que está loco, podría volver loco al mundo entero». Ya ves cuán difícil es, para alguien que considera

la vida de esa manera, hallar un amigo que comparta su concepción de la vida. ¿O acaso has encontrado algunos en la mística sociedad de los Συμπαρανεκρωμένοι de la que hablas a menudo[133]? ¿Sois acaso una asociación de amigos capaces de reconocer unos en otros la inteligencia suficiente como para saber ocultar vuestra locura?

303 Había en Grecia un sabio que gozó del raro honor de | ser contado entre los Siete Sabios, teniendo en cuenta que eran catorce. Si mal no recuerdo, su nombre era Misón[134]. Un escritor antiguo relata que era un misántropo. Lo resume en pocas palabras: «Se dice que Misón era un misántropo, y que se reía cuando estaba solo. Una vez alguien le preguntó por qué lo hacía, y él respondió: precisamente porque estoy solo»[135]. Ya ves, tienes un precursor; sería vano que aspiraras a ser admitido entre los Siete Sabios, por más que se estableciera que son veintiuno, pues Misón te lo impide. Pero esto es lo menos importante; tú mismo advertirás, sin embargo, que el que se ríe cuando está solo no puede tener un amigo, y ello por dos motivos, primero porque no puede reírse mientras el amigo está presente, y además porque el amigo temería que aquél está esperando solamente que él se vaya para poder reírse de él. De esta manera, como ves, tu amigo tiene que ser el diablo. Por poco estaría tentado a pedirte que tomes literalmente estas palabras, pues del diablo se dice también que se ríe cuando está solo. Se me hace que hay cierto desconsuelo en ese aislamiento, y no puedo evitar pensar cuán terrible sería que un hombre que ha vivido así, al despertar en la otra vida, el día del juicio, esté totalmente solo también allí.

La amistad exige, pues, una concepción de vida positiva. Pero no es posible pensar una consideración positiva de la vida que no contenga un momento ético. En nuestra época es frecuente encontrarse con gente que tiene un sistema en el que falta lo ético. Que tengan todo el sistema que quieran, lo que les falta es una concepción de la vida. Ese fenómeno puede explicarse muy bien en nuestra época que, así como está trastornada en muchos aspectos, lo está también en el hecho de que uno se inicia en los grandes misterios antes de iniciarse en los más pequeños[136]. El momento ético en la concepción de la vida es el verdadero punto de partida para la amistad, y sólo cuando se la ve de ese modo adquiere la amistad significado y belleza. Si uno se contenta con la simpatía, con lo misterioso, la expresión más plena de la amistad será la que tiene lugar entre los pájaros que viven en compañía, cuya unión es tan íntima, que la muerte de uno implica la muerte del otro. Una relación tal es bella en la Naturaleza, pero no lo es en el mundo del espíritu. Lo que hay de constitutivo en la amistad es la unidad en la concepción de la vida. Si ésta se da, aquélla

subsiste aunque el amigo muera, pues el amigo sigue viviendo en el otro, transfigurado; | si deja de darse, la amistad se termina, por más 304 que el amigo siga viviendo.

Considerar la amistad de esta manera es considerarla éticamente y, por ende, considerarla según su belleza. Adquiere al mismo tiempo significado y belleza. ¿He de citar alguna autoridad a mi favor y en contra de ti? Bien. ¿Cómo concibió Aristóteles la amistad? ¿No hizo de ella el punto de partida de toda su consideración ética de la vida? En efecto, dice que con la amistad se amplían los conceptos acerca de lo que es justo, de manera que consisten en lo mismo[137]. En la idea de amistad, por tanto, funda el concepto de la justicia. En cierto sentido, su categoría es entonces más perfecta que la categoría moderna que funda la justicia en el deber[138], en algo conceptual y abstracto; él la funda en lo social. A partir de allí es fácil advertir que la idea del Estado es para él lo más alto; pero ésa, a su vez, es la mayor imperfección de su categoría.

Pero no tendré la osadía de entrar en tales indagaciones acerca de la relación entre las concepciones aristotélica y kantiana de lo ético. He mencionado a Aristóteles sólo para recordarte que también él advirtió que la amistad contribuye a que uno acceda a la realidad de manera ética.

El que considera éticamente la amistad, la ve, pues, como un deber. Podría decir, entonces, que todo hombre tiene el deber de tener un amigo. Pero utilizaré más bien otra expresión, que es indicativa de lo ético tanto en la amistad como en todo lo que se desarrolló más arriba, y que hace resaltar agudamente, además, la diferencia entre lo ético y lo estético: todo hombre tiene el deber de revelarse. La Escritura enseña que todo hombre habrá de morir y luego ser llevado al juicio en el que todo se revelará[139]. La ética dice que el significado de la vida y de la realidad está en que el hombre se revele. Si no lo hace, la revelación se mostrará como un castigo. El esteta, en cambio, no quiere acordarle un significado a la realidad, permanece siempre oculto, pues prescindiendo de cuánto y cuán a menudo se confíe al mundo, nunca lo hace del todo, siempre queda algo que se reserva; si lo hiciera totalmente, lo haría de manera ética. Pero esto de querer jugar al escondite se paga siempre, y de la manera más natural, por el hecho de que uno se vuelve un enigma para sí mismo. De ahí que todos los místicos, al no reconocer la exigencia de la realidad según la cual uno debe revelarse, choquen con dificultades y aflicciones que ningún otro conoce. Es | como si descubrieran un mundo totalmente 305 distinto, como si su ser en sí mismo fuese doble. Quien no quiere luchar con la realidad, tiene que pelear con fantasmas.

Aquí termino por esta vez. Nunca fue mi intención exponer una doctrina del deber. Lo que quise fue mostrar en sus diversos dominios que lo ético, lejos de despojar a la vida de su belleza, le otorga precisamente belleza. Le otorga libertad, seguridad y confianza, pues no cesa de gritarnos: *quod petis, hic est* [lo que buscas está aquí][140]. Libera de la exaltación que quiere extenuar el alma, dándole a ésta salud y vigor. Enseña a no sobrestimar lo accidental y a no idolatrar la dicha. Enseña a contentarse en la dicha, algo de lo que un esteta no es capaz; pues la mera dicha en cuanto tal es algo infinitamente relativo; enseña a contentarse en la desdicha.

Toma lo que he escrito como algo sin importancia, como acotaciones al catecismo de Balle, eso no cambia en nada el asunto; pero espero que respetes la autoridad que hay en ello. ¿O te parece acaso que he querido arrogármela de un modo ilícito, que he hecho intervenir indebidamente mi función civil en este entredicho, que he obrado como juez y no como parte? Estoy dispuesto a renunciar a cualquier pretensión, con respecto a ti no soy siquiera parte, pues, aun admitiendo de buen grado que la estética pudo extenderte un poder para que te presentaras en su nombre, lejos estoy de creerme tan importante como para poder presentarme en nombre de la ética. Soy, en definitiva, sólo un testigo, y sólo en ese sentido afirmé que esta carta tenía cierta autoridad, pues hablar de lo que uno ha experimentado es siempre hablar con autoridad. Soy sólo un testigo, y ésta es mi declaración testimonial *in optima forma*.

Desempeño mi labor como juez adjunto del tribunal; estoy contento con mi profesión, creo que corresponde a mis aptitudes y a mi personalidad toda; sé que me exige esfuerzos. Intento ir educándome en ella y, al hacerlo, siento también que yo mismo evoluciono más y más. Amo a mi esposa, soy dichoso en mi hogar; oigo las canciones de cuna de mi mujer y me parecen más bellas que cualquier otra canción, sin por ello creer que es una cantante; escucho los gritos del pequeño, y a mis oídos no carecen de armonía, veo cómo su hermano mayor crece y progresa, contemplo su porvenir con alegría
306 y confianza, | sin impaciencia, pues tengo tiempo suficiente para esperar, y esa espera en sí misma me es grata. Mi labor es importante para mí, y creo que hasta cierto punto lo es también para otros, por más que yo no pueda determinarlo ni medirlo con exactitud. Me alegra que la vida personal de otros tenga importancia para mí, y deseo y espero que la mía la tenga también para aquellos con quienes coincido en mi manera de considerar la vida. Amo a mi nación, y no puedo realmente imaginarme criado en otra tierra. Amo mi idioma, que da libertad a mi pensamiento, y creo que en él cabe expresar de

manera excelente lo que tengo que decirle al mundo. Por eso mi vida tiene significado para mí, tanto, que me siento contento y satisfecho con ella. A la vez vivo también una vida superior, y si a menudo suelo inhalar esa vida superior en el aliento de mi vida terrenal y hogareña, me considero feliz, el arte y la gracia se fusionan ante mí. Por eso amo la existencia, porque es bella y promete otra más bella aún.

Ésta es mi declaración testimonial. Si dudara acerca de la conveniencia de presentarla, sería sólo porque me preocupo por ti, pues casi temo que te lastime oír que la vida, en su simplicidad, puede ser tan bella. Acepta de todos modos mi testimonio, deja que te cause dolor, pero deja también que actúe sobre ti de manera propicia; posee un atributo del que tu vida carece: lealtad; puedes apoyarte confiadamente en ella.

Últimamente he hablado a menudo con mi mujer acerca de ti. Ella te aprecia mucho; pero esto no es algo que necesite decirte, pues tus dotes de complacencia son muchas cuando quieres, si bien son más los ojos que pones en observar si has tenido éxito. Apruebo totalmente sus sentimientos hacia ti; no me pongo celoso con tanta facilidad, y hacerlo sería en todo caso absurdo de mi parte, no porque, tal como tú crees, sea demasiado orgulloso como para tener celos, lo bastante orgulloso como para «no retrasarme en devolver las gracias», sino porque mi mujer es demasiado adorable como para eso. No me da miedo. A ese respecto, creo que podría decir que nuestro prosaico matrimonio haría desesperar al propio Scribe, pues creo que ni siquiera él podría hacer que fuese poético. No niego su capacidad y su talento, pero tampoco niego que, en mi opinión, abusa de ellos. ¿Acaso no hace todo lo posible por enseñar a las mujeres jóvenes que el sólido amor conyugal no basta para hacer que la vida sea poética,
que sería insoportable | no poder contar junto a él algunos pequeños 307
amoríos[141]? ¿No muestra que una mujer sigue siendo adorable pese a mancillarse a sí misma y mancillar su matrimonio con un amor culpable? ¿No le da a entender veladamente a la mujer singular que ese tipo de relación se descubre casi siempre sólo por accidente, de modo que, si añade su propia malicia a la que ha aprendido de la heroína en su obra, podrá contar con la esperanza de lograr permanecer oculta toda su vida? ¿No intenta por todos los medios amedrentar a los esposos, no presenta las mujeres más respetables, de las que nadie podría atreverse a sospechar nada, como mancilladas por una culpa secreta? ¿No muestra una y otra vez la vanidad de aquello que hasta ahora se ha visto como el mejor medio para resguardar la felicidad conyugal, que es vano que un hombre deposite una ilimitada confianza en su esposa, que la crea superior a todo? Nada de esto

impide que Scribe se complazca en suponer que todo esposo es una marmota morosa y somnolienta, un ser imperfecto que es, él mismo, culpable de la perdición de su mujer. Cabe preguntar si Scribe tendría la modestia de admitir que de sus obras no se aprende nada en absoluto, pues en caso contrario advertiría que cualquier esposo podría ponerse rápidamente al tanto de cuán inseguro e inestable es su puesto, que ni un agente de policía llevaría una vida tan agitada y mal dormida como la que le ha tocado a él; a menos que, ateniéndose a los consuelos de Scribe, aspire también él a una distracción parecida a la de su mujer y establezca que, en realidad, el matrimonio existe para que el vínculo con otros pierda su tedioso aspecto de inocencia y se vuelva más interesante.

Pero dejaré en paz a Scribe, no soy capaz de combatirlo; por el contrario, a veces pienso con cierto orgullo que yo, un hombre humilde e insignificante, hago con mi matrimonio que Scribe, el gran poeta, aparezca como un mentiroso. Tal vez ese orgullo sea un orgullo de pobre, tal vez pueda tenerlo porque soy un hombre común ajeno a la poesía.

Mi mujer te aprecia, y a este respecto estoy de acuerdo con sus sentimientos, tanto más en la medida en que creo que su buena disposición hacia ti se debe, en gran parte, a que ve tus debilidades. Ella percibe muy bien que lo que te falta es un cierto grado de femineidad. Tú eres demasiado orgulloso para poder brindarte. Ese orgullo no le atrae, pues estima que lo verdaderamente importante
308 es | poder brindarse. Tal vez no lo creas, pero te aseguro que ante ella te defiendo como corresponde. Ella afirma que tú, en tu orgullo, rechazas a todo el mundo; yo trato de explicar que tal vez no sea exactamente así, que rechazas a la gente en sentido infinito, que la inquietud que en tu alma clama por lo infinito hace que seas injusto con la gente. Ella no quiere entenderlo, y puedo entrever por qué, pues cuando se es tan austero como ella —y, entre otras cosas, la indecible felicidad que encuentra en el hecho de estar unida a mí te indica ya cuán austera es— es difícil no juzgarte. Mi matrimonio tiene también sus conflictos, y en cierto modo tú eres culpable de ello. Pero los resolvemos, y mi único deseo es que nunca te conviertas en motivo de otro tipo de conflictos para una pareja. Podrías, sin embargo, contribuir en algo a dirimir el conflicto entre mi mujer y yo. No pienses que quiero inmiscuirme en tus secretos, pero tengo una sola pregunta que quiero plantearte y que, creo, puedes contestar sin ofenderte; responde a mi pregunta con toda sinceridad y sin rodeos: ¿te ríes de verdad cuando estás solo? Sabes lo que quiero decir, no pregunto si sueles reírte de vez en cuando o a menudo al estar solo,

sino si hallas satisfacción en esa risa solitaria. Pues, si no lo haces, he ganado, y tendré que convencer a mi mujer.

No sé si realmente ocupas tu tiempo en reírte cuando estás solo, pero se me ocurre que eso sería un poco raro; es cierto que, dado el tipo de vida que llevas, puedes sentirte inducido a buscar la soledad, pero, por lo que puedo estimar, eso no sería algo para reírse. Además, aun la más fugaz observación demuestra que tu vida está estructurada según un criterio poco común. Tu satisfacción no está, al parecer, en seguir los caminos habituales, sino en andar por tu propia senda. A un hombre joven siempre puede consentírsele cierto espíritu de aventura, pero la cosa cambia cuando éste predomina hasta el punto de querer transformarse en norma y realidad. A alguien que se ha extraviado de ese modo hay que gritarle: *respice finem* [ten en cuenta el final][142], y explicar que la palabra *finis* no indica la muerte, pues ésta no es la tarea más difícil para un hombre, sino la vida; que llega el momento en que hay que empezar a vivir de verdad, y entonces el peligro consiste en | que, dada la dificultad de recomponerse a partir 309
de semejante dispersión, uno se vea obligado a hacerlo con tanta prisa y rapidez que no alcance a recogerlo todo y, como resultado, en lugar de convertirse en un hombre extraordinario, se convierta en un defectuoso espécimen humano.

En la Edad Media se tomaban las cosas de otra manera. Se interrumpía súbitamente el curso de la vida y se entraba en un monasterio. El error no estaba tanto en el hecho de entrar en un monasterio, sino en las oscuras ideas que se asociaban a esa acción. Yo, por mi parte, puedo aceptar sin problemas que un hombre tome esa decisión, y hasta puede parecerme hermoso; le pediría, sin embargo, que tuviera claro lo que eso significa. En la Edad Media se creía que, al elegir el monasterio, uno elegía lo extraordinario y se transformaba uno mismo en un hombre extraordinario; desde lo alto del monasterio miraba uno con orgullo y casi con compasión a los hombres corrientes. No es de extrañar que se entrara en los conventos de manera masiva, cuando uno podía volverse un hombre extraordinario a tan buen precio. Pero los dioses no venden lo extraordinario a precio de ganga. Si los que se retiraban de la vida hubiesen sido honestos y sinceros consigo mismos y con los demás, si hubiesen amado antes que nada el hecho de ser hombres, si hubiesen percibido con entusiasmo todo cuanto hay de bello en ese hecho, si su corazón no hubiese sido ajeno al verdadero y profundo sentimiento de lo humano, tal vez se habrían retirado también a la soledad del monasterio, pero no habrían sido tan necios como para figurarse que se transformaban en hombres extraordinarios, a menos que fuera en el sentido de ser

menos perfectos que los otros; no habrían mirado con compasión a los hombres corrientes, sino que habrían contemplado de manera solidaria y con triste alegría cómo éstos habían logrado consumar lo bello y lo grande de lo que ellos no eran capaces.

En nuestros días la vida monacal se ha desvalorizado; es muy raro encontrar a alguien que rompa de una sola vez con toda la existencia, con lo humano-general en su conjunto. Cuando uno conoce a los hombres más de cerca, sin embargo, encuentra a veces en un individuo determinado una herejía que evoca la teoría del monasterio. Por una cuestión de buen orden, expondré cuanto antes mi concepción acerca de qué es un hombre extraordinario. El hombre verdaderamente extraordinario es el hombre verdaderamente ordinario. Cuanto más
310 puede un individuo realizar en su vida lo humano-general, | es un
hombre tanto más extraordinario. Cuanto menos puede incorporar en sí lo general, menos perfecto es. De esa manera es un hombre extraordinario, pero no en el buen sentido.

¿Qué hace un hombre, entonces, si se topa con dificultades al querer realizar la tarea, impuesta a él como a cualquier otro, de expresar en su vida individual lo humano-general, si parece haber en lo general algo que él no puede incorporar en su vida? Si la teoría del monasterio o una consideración estética del todo análoga anda rondando su cabeza, se alegra, siente, ya desde el primer instante y en todo su pundonor, que es una excepción, un hombre extraordinario, se envanece de ello a la manera de un niño, como si un ruiseñor al que le hubiese salido una pluma roja en el ala se alegrara de que no haya ningún otro ruiseñor que tenga una semejante. ¿Pero qué hace si su alma, en cambio, está ennoblecida por el amor a lo general, si ama la existencia del hombre en este mundo?

Se pone a meditar si es verdad. Puede que un hombre sea él mismo culpable de esa imperfección, puede que la tenga sin culpa, pero puede que la verdad esté en el hecho de que no puede realizar lo general. Si los hombres, en definitiva, tomaran conciencia de sí mismos de manera más enérgica, tal vez muchos más llegarían a esa conclusión. Sabrá también que la pereza y la cobardía pueden llevar a un hombre a figurarse esas cosas y a hacer del dolor algo sin importancia, puesto que transforma lo general en lo particular y conserva una posibilidad abstracta en relación con lo general. Lo general en cuanto tal, en efecto, no está en ninguna parte, y depende de mí, de la energía de mi consciencia, querer ver en lo particular lo general o sólo lo particular.

Tal vez esa meditación no le parezca suficiente y se atreva a hacer una prueba. Advertirá sin dificultad que, si la prueba lo conduce al

mismo resultado, la verdad le será inculcada con tanto más énfasis, que tal vez haría mejor en abstenerse si lo que quiere es halagarse a sí mismo, pues llegaría a lamentarse más que nunca. Si no quiere decepcionarse, transformará entonces lo particular en lo general. Verá en lo particular mucho más de lo que contiene en cuanto tal, será para él lo general. Vendrá en auxilio de lo particular y le dará el
significado de lo general. Si observa, | entonces, que la prueba fracasa, 311
habrá dispuesto las cosas de tal manera que aquello que lo hiere no sea lo particular sino lo general. Se cuidará de que no haya ninguna confusión, de que lo particular no llegue a herirlo; pues su herida será demasiado leve, y su amor por sí mismo será demasiado serio como para no recibir nada más ponderable que una herida leve; amará lo general con demasiada honestidad como para querer reemplazarlo por lo particular con el propósito de sustraerse a él. Se cuidará de no tomar a risa la reacción impotente de lo particular, cuidará de no ver el asunto de manera frívola, por más que lo particular como tal lo tiente a ello; no dejará que lo perturbe el raro malentendido de que lo particular encuentre en él un mejor amigo del que tiene en sí mismo. Habiendo hecho esto, irá tranquilamente al encuentro del dolor, y aunque su conciencia esté conmovida, no vacilará.

En caso de que lo general que él no puede realizar sea precisamente aquello que él había deseado, y si es un hombre magnánimo, se alegrará de ello en algún sentido. Dirá entonces: he luchado en las condiciones más adversas. He luchado siempre contra lo particular, he puesto mi deseo del lado del enemigo, he hecho, para completarlo, de lo particular lo general. Es cierto que todo esto hará que la derrota me sea más gravosa, pero también reforzará mi conciencia, le dará energía y claridad.

En este punto, por tanto, se ha emancipado de lo general. En ningún momento le resultará confuso el significado de esa lucha, pues sería él mismo, en realidad, el que completaría la derrota y le daría significado, pues sabría dónde y de qué manera sería vulnerable, y se infligiría a sí mismo la herida que lo particular como tal no podría infligirle. Estará convencido de que hay algo en lo general que él no puede realizar. Pero esa convicción no es lo último para él, pues ha incubado en su alma una profunda pena. Se alegrará de aquellos otros que lograron realizarlo, viendo acaso mejor que ellos mismos cuán hermoso es, pero él mismo estará apenado, no de manera tímida y cobarde, sino con profundidad y franqueza, pues dirá: aun así amo lo general. Si la bienaventurada suerte de los otros es dar testimonio de lo humano-general realizándolo, pues bien, yo lo atestiguo con mi pena,
y cuanto mayor es mi pena, tanto | más significativo es mi testimonio. 312

Y esta pena es bella, es ella misma una expresión de lo humano-general, algo que toca el corazón de éste y lo reconcilia con él.

La convicción alcanzada no es lo último para él, pues sentirá que ha contraído una gran responsabilidad. En este punto, afirma, me he puesto fuera de lo general, me he privado totalmente de la guía, la confianza y el alivio que da lo general; estoy solo, sin compasión, pues soy una excepción. Pero no se acobardará ni desconsolará, seguirá con seguridad su solitaria marcha, ha dado prueba de haber hecho lo correcto, tiene su dolor. No le faltará claridad en lo que se refiere a esa acción, dispone de una explicación que podría presentar en cualquier momento, que no podrá ser perturbada por ruido alguno ni por ninguna distracción del espíritu; si se despertara a mitad de la noche, podría igualmente dar cuenta de todo en un instante. Sentirá que la disciplina que recae sobre él es gravosa, pues lo general, cuando se lo tiene fuera de uno, es un amo estricto que sostiene siempre la espada del juicio sobre uno y dice: ¿por qué quieres estar fuera? Y aunque aquél diga que la culpa no es suya, se la atribuye igualmente y se exige a sí mismo de él. Volverá a menudo al mismo punto, volverá a presentar su prueba una y otra vez, y entonces, ufano, seguirá adelante. Basado en la convicción obtenida, dirá: pero aquello en lo que confío, en última instancia, es en que existe un raciocinio justo a cuya misericordia habré de encomendarme, que es lo bastante misericordioso para mostrar justicia; pues lo terrible no estaría en tener que sufrir un castigo que hubiese merecido por la injusticia que cometí, sino en poder cometer una injusticia que nadie castigará; lo terrible no estaría en despertar con angustia y horror del letargo de mi corazón, sino en que yo lo aletargara y nadie pudiera despertarlo.

Todo este combate, sin embargo, es un purgatorio de cuyo horror puedo, cuando menos, hacerme una idea. Por eso los hombres no deberían desear volverse extraordinarios, pues el hecho de serlo denota otra cosa que la satisfacción caprichosa de sus arbitrarios deseos.

313 En cambio, el que llegó con dolor a la convicción de ser un | hombre extraordinario, el que por la pena de serlo volvió a reconciliarse con lo general, tal vez experimente alguna vez la alegría de que aquello que le acarreó dolor y lo infamó ante sus propios ojos sea para él la ocasión de volver a elevarse y de llegar a ser un hombre extraordinario en sentido eminente. Tal vez gane en interioridad intensiva lo que perdió en extensión. En efecto, no cualquier hombre cuya vida exprese de manera mediocre lo general es por esa razón un hombre extraordinario, pues eso sería divinizar la trivialidad; para que verdaderamente haya que llamarlo de ese modo, hay que preguntar también por la fuerza intensiva con que lo hace. Aquel otro dispone

de esa fuerza en los momentos en que realiza lo general. Entonces desaparecerá nuevamente su pena, se resolverá en armonía, pues advertirá haber llegado al límite de su individualidad. Sabe que todo hombre se desarrolla con libertad, pero sabe también que un hombre no se crea a sí mismo de la nada, que él mismo en su concreción es su tarea; volverá a reconciliarse con la existencia, pues advertirá que, en cierto sentido, todo hombre es una excepción, y que es tan cierto que todo hombre es lo humano-general como que es una excepción.

Ahí tienes mi opinión acerca de lo que es ser un hombre extraordinario. Amo demasiado la existencia y el hecho de ser un hombre como para creer que el camino para llegar a ser un hombre extraordinario es fácil o está exento de aflicciones. Pero aunque un hombre como ése sea en sentido eminente un hombre extraordinario, aun así admitirá siempre que sería más perfecto aún incorporar en sí todo lo general.

Recibe, entonces, mis saludos, acepta mi amistad, pues pese a que, en sentido estricto, no me atrevo a designar nuestra relación de esa manera, espero que mi joven amigo se vuelva un día lo suficientemente viejo como para que yo pueda usar verdaderamente esa palabra; cuenta con mi simpatía. Recibe un saludo de aquella a quien amo, cuyos pensamientos están ocultos en los míos, recibe un saludo que es inseparable del mío, pero también un especial saludo suyo, tan amistoso y sincero como siempre.

Cuando estuviste en casa hace unos días no pensaste tal vez que yo, por mi parte, tenía lista una carta tan larga. Sé que no eres amigo de que alguien te hable de tu historia interior; por eso elegí escribir, y nunca te hablaré al respecto. Que hayas recibido esta carta | será 314
un secreto, y no quisiera que, bajo su impronta, cambiara tu relación conmigo y con mi familia. Sé que tienes el suficiente virtuosismo para hacerlo cuando quieras, y por eso te lo pido, tanto por ti como por mí. Nunca he querido entrometerme contigo, y puedo amarte a la distancia, pese a que nos vemos a menudo. Tu ser está demasiado enclaustrado como para que me parezca que serviría de algo hablarte; espero, en cambio, que mis cartas no carezcan de importancia. Mientras tú te forjas a ti mismo en el cerrado mecanismo de tu personalidad, yo introduzco mi aportación con la seguridad de que se pondrá en movimiento.

Puesto que nuestra relación epistolar queda en secreto, observo todas las formalidades, te deseo lo mejor, como si estuviésemos muy lejos, aunque espero verte tan a menudo como antes.

NOTAS

1. Variación de la frase atribuida a Sócrates como respuesta a la pregunta de si debía uno casarse o no. Véase *Diogen Laërtses filosofiske Historie, eller: navnkundige Filosofers Levnet, Meninger og sidrige Udsagn, i ti Boger*, trad. danesa de B. Riisbrigh, Copenhague, 1821, ctl. 1110-1111, libro 2, § 33, vol. 1, p. 71. Véase *O lo uno o lo otro*, vol. 1, pp. 62 ss.
2. La interjección danesa *hep*, normalmente usada para llamar a las cabras, se utilizó con ocasión de los ataques a los judíos en 1819.
3. Cf. Mc 5,1-10.
4. La idea procede del relato bíblico acerca del sitio de Jericó. Cf. Jos 6,1-20.
5. Cf. la discusión del problema del instante en Platón, *Parménides* 156.
6. Véase *Irische Elfenmärchen*, trad. de J. & W. Grimm, Leipzig, 1826, ctl. 1423, p. LXXXII; cf. *Udvalgte Danske Viser fra Middelalderen*, ed. de W. H. F. Abrahmson, K. Nyerup y K. L. Rahbek, vols. 1-5, Copenhague, 1812-1814, ctl. 1477-1481; vol. 1, pp. 234-236.
7. Véase *Irische Elfenmärchen*, cit., p. LXXXIII; cf. asimismo *Mythologien der Feen und Elfen vom Ursprunge dieses Glaubens bis auf die neueste Zeiten*, trad. alemana de O. L. B. Wolff, vols. 1-2, Weimar, 1828; vol. 1, p. 153.
8. En la mayoría de las iglesias de Copenhague se celebraban tres servicios cada domingo, el primero a las siete de la mañana, el segundo a las diez y el tercero a la una o dos de la tarde.
9. Kierkegaard utiliza en diversos contextos la expresión compuesta por estos dos sustantivos, tomada de 1 Cor 1,23.
10. En la Edad Media se utilizaba un instrumento de tortura consistente en un armazón de hierro que asemejaba la silueta de una mujer, y cuyos brazos dotados de una serie de dagas se cerraban sobre la víctima con la ayuda de un cabrestante.
11. Cf. Ecle 1,2.
12. Probable referencia al salmo de Th. Kingo «Farvel, Verden, Farvel», n.º 429 en el *Evangelisk-kristelig Psalmebog* de 1798, ctl. 195-197 (ed. de 1807, 1823 y 1845); n.º 525 en *Den Danske Salmebog* de 1988. Dicho salmo está parcialmente basado en el citado pasaje del Eclesiastés referido a la vanidad.
13. Cita del poema de Goethe «Freisinn», en *West-östlicher Diwan*, cf. *Goethe's Werke. Vollständige Ausgabe letzter Hand*, cit., vol. 5, p. 7.
14. Comienzo de la frase que Catón repetía constantemente en sus alocuciones ante el Senado romano: *Præterea censeo Carthaginem esse delendam* («Considero, además, que Cartago debe ser destruida»). Cf. *Plutark's Levnetsbeskrivelser*, trad. danesa de S. Tetens, vols. 1-4, Copenhague, 1800-1811, ctl. 1197-1200; vol. 3, p. 458.
15. Cf. Lc 9,25.
16. Alusión al hegelianismo y en particular al hegelianismo danés. La doctrina de Hegel acerca de la supresión del principio de contradicción había dado lugar a un debate en Dinamarca, en el que intervinieron F. C. Sibbern (*Maanedsskrift for Litteratur* 19 [Copenhague] [1838]), J. P. Mynster, J. L. Heiberg, H. L. Martensen y A. F. Schiødte (*Tidsskrift for Litteratur og Kritik* 1 [Copenhague] [1839]; 2 [1839]; 1 [1842]).
17. Probable referencia al anticuario Strauss, personaje del drama de Oehlenschläger *De italienske Rovere*, Copenhague, 1835.
18. La expresión «estás fuera como una *ese* española» era el último verso de un recitado correspondiente a un juego infantil destinado a eliminar uno por uno a los participantes. Cf. J. M. Thiele, *Danske Folkesagn*, series 1-4, vols. 1-2, Copenhague, 1819-1823, ctl. 1591-1592; serie 3, vol. 2, 1820, p. 140.
19. «Exclusión» en el sentido del principio de tercero excluido.

20. Referencia a la doctrina del mal radical tal como I. Kant la desarrolla en *Die Religion innerhalb der Grenzen der bloßen Vernunft*, Königsberg, 1793.
21. Hegel ilustra el concepto de «individualidad histórico-universal» en su análisis de las figuras de César, Alejandro Magno y Napoleón. Cf. *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*, en *Werke, Jub.*, vol. 11, pp. 59 ss.
22. Cf. Ap 14,13.
23. Cf. Fr. Schleiermacher, *Grundlinien einer Kritik der bisherigen Sittenlehre; Entwurf eines Systems der Sittenlehre*, ed. Schweizer, 1835; G. W. F. Hegel, *Encyklopädie der philosophischen Wissenschaften*, en *Werke, Jub.*, vol. 9, pp. 527 ss.
24. Véase *supra*, n. 20.
25. Cf. Lc 9,25.
26. Cf. Mt 16,26. Kierkegaard parafrasea este texto, aquí como en muchas otras ocasiones, según la versión danesa de 1819 del Nuevo Testamento: «que su alma se perjudique».
27. Cf. las expresiones bíblicas según las cuales Jesucristo fue hecho «mayor que los ángeles» (Heb 1,4), y el hombre, «poco menor que los ángeles» (Heb 2,7).
28. Variación del refrán «Dios sacia el estómago antes que los ojos».
29. Cf. el relato bíblico del bautismo de Jesús, Mc 1,9-11.
30. Cf. Gál 4,1-2.
31. Se trata de la *tristitia* o *accedia* que, entre otros, Gregorio Magno, Isidoro de Sevilla y Jonás de Orleáns consideran uno de los pecados capitales. Cf. W. M. L. de Wette, *Lærebog i den christelige Sædelære og sammes Historie*, trad. danesa de C. E. Scharling, Copenhague, 1835, ctl. 871, p. 139 n.
32. Probable variación de la imagen bíblica según la cual los ojos son la luz del cuerpo. Cf. Mt 6,22-23.
33. Véase *supra*, «La validez estética del matrimonio», n. 119.
34. Cf. Gén 2,23.
35. Cf. Lc 18,11.
36. La generación de escritores alemanes y franceses que tuvo su apogeo a partir de 1830 y cuya consigna era la liberación en materia religiosa, moral y política, se designaba respectivamente como «La joven Alemania» y «La joven Francia». Entre los alemanes se encuentran H. Heine, H. Laube, L. Wienbarg, T. Mundt y K. Glutzkow; entre los franceses, G. Sand, Th. Gautier y A. de Musset.
37. Referencia implícita al cinismo, que se hará explícita en los párrafos siguientes.
38. El mismo refrán se conoce también bajo la fórmula «Ámame poco, pero ámame por mucho tiempo». Cf. N. F. S Grundtvig, *Danske Ordsprog og Mundheld*, Copenhague, 1845, ctl. 1549, n.º 513, p. 19.
39. Véase *supra*, n. 26
40. Cf. Mt 20, 1-16.
41. Cf. la expresión paulina «morir a diario» en 1 Cor 15,31.
42. Cf. J. K. A. Musäus, «Rolands Knappen», en *Volksmährchen der Deutschen*, ed. de C. M. Wieland, vol. 1, pp. 155 ss. Cf. «Rolands Vaabendrager», en *Musäus' Folkeæventyr*, ed. de Fr. Schaldemose, vol. 1, pp. 108-160.
43. *Ibid.*, pp. 144 s.
44. Cita de Horacio, *Epistolae* 1,1,46; cf. *Q. Horatii Flacci opera*, Leipzig, 1828, ctl. 1248, p. 224.
45. Cf. Gál 6,7; Mt 12,31.
46. Esta serie de referencias no ha sido identificada.
47. Probable alusión a las palabras proféticas de Gén 3,15; cf. 1 Tim 2,15.
48. Cf. Gén 3,1-6; 1 Tim 2,14.
49. Variación de la imagen bíblica utilizada en Mt 18,12-14.

50. Variación de la frase bíblica según la cual la fe es una victoria sobre el mundo, 1 Jn 5,4.
51. El relato ha sido recogido en la *Historia de los romanos* de Dionisio de Halicarnaso. Cf. *Dionysius von Halikarnaß Werke. Urgeschichte der Römer*, trad. alemana de G. J. Schaller, Stuttgart, 1827-1832, ctl. 1112, pp. 493 s.
52. Véase *O lo uno o lo otro*, vol. 1, p. 45.
53. Cf. Platón, *Banquete*, 216d-217a, donde Alcibíades compara a Sócrates con una caja en forma de Sileno que contiene figuras de la divinidad.
54. Cf. por ejemplo el libro IV del tratado de J. G. Fichte *Die Bestimmung des Menschen*, Berlin, 1838 [1800], ctl. 500, pp. 38-42.
55. Cf. 1 Jn 4,19.
56. Véase *supra*, p. 42.
57. Fuente no identificada.
58. Corriente dentro de la moral cristiana según la cual la voluntad debería ser despojada de todo deseo y de toda forma de orgullo, liberando así al alma de todo interés en ella misma y permitiéndole contemplar a Dios en su gloria. Cf. W. M. L. de Wette, *Lærebog i den christelige Sædelære*, cit., pp. 158-161.
59. Cf. Mt 16,26.
60. Cf. Mt 12,31; Mc 3,29. Véase *supra*, p. 187: «Pero el espíritu no admite esa blasfemia».
61. Cf. Mt 12,36.
62. Kierkegaard combina aquí dos refranes. El primero, «pues seamos hombres», aparece en un cuento de H. C. Andersen, «Lykkens Kalosker», en *Tre Digtninger*, Copenhague, 1838, pp. 42-44. El segundo se conoce a través del poema de J. H. Wessel, «Den jydske Cavalier», cf. *Samlede Digte af Johan Herman Wessel*, ed. de A. E. Boye, Copenhague, 1832, p. 207. La expresión «ante Dios todos somos jutlandeses» (es decir, oriundos de Jutlandia) juega con el dicho de origen cristiano «ante Dios todos somos pecadores», inspirado en Rom 3,23.
63. Cf. Ex 3,14; Jn 8,24.
64. Esta última imagen está tomada del relato bíblico de Ex 3,2.
65. La frase corresponde a una observación hecha al autor por su prometida, Regina Olsen. Cf. los *Diarios* de Kierkegaard de 1848, *NB5* (*Pap.* IX A 131).
66. Cita de la canción de R. Frankenau, «Hver Glædens Ven», en *Samlede Digte*, Copenhague, 1815, pp. 283-285. Kierkegaard escribe en la última línea el verbo *moder* («se encuentra», «conoce») en lugar de *finder* («encuentra»).
67. Cf. el libreto del *Don Giovanni* de W. A. Mozart, acto I, escena 18.
68. Cf. Mt 7,24-27.
69. Probable referencia a la comedia de Scribe *De Utrostelige* [Los inconsolables], en *Det Kongelige Theaters Repertoire*, n.º 145, vol. 7, Copenhague, 1842. La pieza se representó ocho veces entre mediados de 1842 y enero de 1843.
70. Alusión al mito de Cronos o Saturno.
71. Probable referencia a un verso del himno de Th. Kingo «Sorrig og Elendighed, Suk og salte Øyne-taare», donde se pregunta: «¿No hay espesor en el llanto?». Véase *Aandelig Siunge-koors Anden Part* (1681), cf. *Psalmer og aandelige Sange af Thomas Kingo*, ed. de P. A. Fenger, Copenhague, 1827, ctl. 203, p. 484; n.º 507 en *Den Danske Salmebog*.
72. Cf. Lc 19,41-42.
73. Probable referencia a los versículos que siguen al texto precedentemente aludido, Lc 19,44.
74. Cf. H. L. Martensen, *Mester Eckart. Et Bidrag til at oplyse Middelalderens Mystik*, Copenhague, 1840, ctl. 649, p. 47.
75. En danés: *desultorisk*, del latín *desultor*, jinete que tiene la habilidad de saltar de un caballo a otro en pleno movimiento.

76. Cf. Lc 10,25-28.
77. 1 Sam 15,22.
78. Giro basado en la expresión paulina de Rom 8,16.
79. Cf. H. L. Martensen, *Mester Eckart*, cit., p. 46.
80. Cf. Mt 10,37.
81. Véase *supra*, p. 63 y su correspondiente n. 64.
82. Probable referencia a la pieza de Scribe, *Aurelia*, en *Det Kongelige Theaters Repertoire*, n.º 65, vol. 3, Copenhague, 1834, donde el personaje de Raimundo se expresa acerca del deber. La obra fue representada dos veces en 1834.
83. La palabra danesa *pligt* se encuentra emparentada con el verbo *at pleje*, es decir, «cuidar», «tomar a cargo», en el sentido del término latino *cura*.
84. Cf. Mt 22,34-40.
85. Cf. 2 Tim 4,7.
86. Cf. Mt 23,24.
87. La célebre frase atribuida al oráculo de Delfos y utilizada por varios pensadores antiguos.
88. Cf. Gén 4,1, donde «conocer» tiene el sentido de «conocer sexualmente».
89. Cf. Ex 3,2.
90. Se trata de los adamitas, facción dentro de la secta de los husitas, seguidores del reformador checo Juan Hus.
91. Alusión al personaje de Daniel Defoe Robinson Crusoe. La obra había sido traducida al danés en 1744-1745 y 1826.
92. Expresión aplicada principalmente a los pensadores de tendencia deísta que en el siglo XVIII pugnaban por un pensamiento independiente de toda autoridad, incluso en materia religiosa.
93. Bajo esta denominación se conoce el *Lærebog i den Evangelisk-christelige Religion, indrettet til Brug i de danske Skoler*, de N. E. Balle (ctl. 183). Este manual fue autorizado en 1791 y fue utilizado hasta 1856 como texto oficial para la enseñanza de la religión en las escuelas, así como en la iglesia para los cursillos de confirmación.
94. El catecismo de Balle presentaba una clasificación de los diversos deberes en cuatro categorías principales.
95. Referencia a los molnienses, naturales de Mols. Los daneses solían bromear acerca de la simpleza de los habitantes de esa región.
96. El primer parágrafo del citado manual de religión corresponde al subtítulo «Cómo llegamos a un conocimiento de Dios».
97. El capítulo «De los deberes» es el sexto en el manual de Balle.
98. Véase *supra*, «La validez estética del matrimonio», n. 55.
99. Frase atribuida a Sócrates por Erasmo de Rotterdam, *Apothegmata* 3, 70, *Opera*, vols. 1-8, Basel, 1540; vol. 4, p. 148. Retomada por J. G. Hamann, *Aesthetica in Nuce. Eine Rhapsodie in kabbalistischer Prose*, cf. *Hamman's Schriften*, ed. de F. Roth y G. A. Wiener, vols. 1-8, Berlin, 1821-1843, ctl. 536-544; vol. 2, 1821, p. 261.
100. Última estrofa del poema de J. Baggesen, «Jordens Lethe. Drikkevise», cf. *Jens Baggesens danske Værker*, vols. 1-12, Copenhague, 1827-1832, ctl. 1507-1520; vol. 2, p. 378. Kierkegaard omite el adjetivo «nuestro» en la última línea.
101. Un funcionario de la más alta categoría recibía en 1840 un salario de unos 1.200 reales.
102. Cf., por ejemplo, *Vitae rusticae laudes*, de Horacio, en *Q. Horatius Flaccus' samtlige Værker*, trad. danesa de J. Baden, vols. 1-2, Copenhague, 1792-1793; vol. 1, pp. 435, 437; también *Q. Horatii Flacci opera*, cit., pp. 129 s.
103. Alusión al mito griego acerca de los dones que Prometeo y Epimeteo brindaron a los hombres.
104. En danés, *Adresse-Avisen*. Bajo esta denominación se conocía el periódico

Kjobenhavns Adresse-Comptoirs Efterretninger, que contenía numerosos anuncios fúnebres.

105. Variación del dicho «A quien Dios da un oficio, le da también entendimiento»; cf. el n.º 1.003 en N. F. S. Grundtvig, *Danske Ordsprog og Mundheld*, cit., p. 38.

106. Véase el *Lærebog* de Balle, ctl. 183, cap. 6, B, 5 i.

107. Cf. Mt 6,26.

108. Cf. los versículos que siguen al pasaje citado en la nota anterior.

109. Cf. Lc 12,15-19.

110. Cf. Mt. 25,14-30.

111. Alusión a la fábula de Esopo *El zorro y las uvas*, o al dicho danés derivado de ese relato: «Como dijo el zorro acerca de las moras...».

112. Cf. Gén 3,19.

113. Cf. Rom 12,15. Véase también N. F. S. Grundtvig, *Danske Ordsprog og Mundheld*, cit., n.º 943, p. 35.

114. Cf. Mt. 6,4.18.

115. Cf. Dan 13,9.

116. Frase pronunciada por Yugurta, rey de Numidia. Cf. Salustio, *Bellum Iugurthinum*, 35; *C. Sallusti Crispi opera quae supersunt*, vols. 1-2, ed. de F. Kritzius, Leipzig, 1828-1834, ctl. 1269-1270; vol. 2, p. 211.

117. Califa de Bagdad, célebre por su brutalidad, conocido también a través de los relatos de *Las mil y una noches*.

118. Véase *supra*, p. 247 y su correspondiente n. 101.

119. En danés, *Kald*. En el trasfondo de esta frase así como de los párrafos subsiguientes pueden reconocerse las reflexiones teológicas de Lutero acerca de la vocación o llamamiento al que el hombre ha de responder.

120. Referencia a J. Baggesen, «Tilegnelse. Fortsættelsen af: da jeg var lille. Til Etatsraad G.H. Olsen», en *Danske Værker*, cit., vol. 6, p. 47.

121. Cf. *ibid.*

122. Cf. Prov 16,32.

123. Véase *O lo uno o lo otro*, vol. 1, pp. 243 ss.

124. Cf. Mt 7,15.

125. Cf. Ex 30,13.

126. Alusión a una noticia publicada en algunos periódicos respecto de la aparición de un sujeto desconocido en la ciudad de Núremberg, en mayo de 1828. Kaspar Hauser desconocía su propia identidad y no sabía de dónde venía. Cf., por ejemplo, *Kjobenhavns flyvende Post* 65 (15 de agosto); 66 (18 de agosto); 70 (29 de agosto); 71 (5 de septiembre); 73 (12 de septiembre) de 1828. Hauser fue asesinado o se suicidó a la edad de treinta y tres años.

127. *Die Urne im einsamen Thale*, del escritor alemán L. F. Freiherr von Bilderbek, Leipzig, 1799. La traducción danesa de O. Horrebow y J. C. F. Primon apareció en Copenhague entre 1804 y 1806.

128. Alusión a un momento del cuarto acto de la pieza de P. A. Wolff, *Preciosa. Lyrisk Drama*, música de C. M. von Weber; trad. danesa de C. J. Boye, Copenhague, 1822, p. 67. Esta obra se representó en el Teatro Real de Copenhague 72 veces entre 1822 y 1843.

129. Referencia al personaje de la pieza teatral mencionada en la nota anterior.

130. Véase, por ejemplo, Ex 18, 7.

131. Cf. Mt 19,26.

132. Alusión a una observación irónica efectuada por Catón el viejo respecto de los augures etruscos. Véase M. T. Cicerón, *De divinatione* 2, 24, 51; *De natura deorum* 1, 26, 71. Cf. *M. Tullii Ciceronis opera omnia*, ed. de J. A. Ernesti, Halle, 1757, ctl. 1224-1229; vol. 6, pp. 682 s., 496.

133. Véase *O lo uno o lo otro*, vol. 1, pp. 157 ss., 183 ss., 229 ss.: cf. «El reflejo de lo trágico antiguo», n. 1.

134. Véase *O lo uno o lo otro*, vol. 1, p. 36.

135. Cf. *Diogen Laërtses filosofiske Historie, eller: navnkundige Filosofers Levnet, Meninger og sindrige Udsagn*, cit., libro 1, cap. 9, §§ 107 s., vol. 1, p. 49.

136. Variación de la réplica que Platón pone en boca de Sócrates en *Gorgias* 497c.

137. Véase Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1159b (libro VIII, cap. 9).

138. Referencia a la ética kantiana.

139. Cf. Heb 9,27; 2 Cor 5,10; Rom 2,16.

140. Véase Horacio, *Epistulae*, I, 11, 29.

141. Cf. por ejemplo las piezas teatrales de Scribe *To Aar efter Bryllupet* [A dos años de la boda], *Familien Riquenbourg* [La familia Riquenbourg], *Aurelia* y *Enten elskes eller doe!* [Ser amado o morir], en *Det Kongeliges Theaters Repertoire*, en los respectivos volúmenes de 1831 (32, t. 2), 1832 (40, t. 2), 1834 (65, t. 3) y 1838 (100, t. 5).

142. Del refrán medieval *Quiquid agis, prudenter agas, et respice finem* (Hagas lo que hagas, obra con prudencia y ten en cuenta el final), cf. Eclo 7,36.

| Tal vez te haya pasado lo mismo que a mí en relación con mi carta 317
anterior, que la hayas olvidado en su mayor parte. De ser así, desearía también que tu caso sea como el mío, que en todo momento, en el paso de un estado de ánimo al otro, seas capaz de explicar los pensamientos y los movimientos. La expresión, las ideas, la investidura son como la floración de un año al otro, que es la misma pero diferente; pero la postura, el movimiento, la posición es la misma. Si te escribiera hoy, tal vez me expresaría de otro modo. Tal vez haya conseguido ser elocuente en algún pasaje de mi carta, algo a lo que no aspiro, por cierto, y que mi posición en la vida tampoco me exige; si te escribiera hoy, conseguiría tal vez serlo en otros pasajes, no lo sé, pues la expresión es un don, y «cada año y cada edad tiene su primavera»[1]. Pero el pensamiento sigue siendo el mismo y, en cuanto a los movimientos, espero que con el paso del tiempo se me hagan más fáciles y naturales, y que no se modifiquen cuando, desflorecida la expresión, estén callados.

Pero no cojo la pluma para escribirte una nueva carta, sino porque otra que yo mismo he recibido, de parte de un viejo amigo que es pastor en Jutlandia, me ha hecho pensar en ti. Tú no le conoces, por lo que sé. Mi amistad con él comenzó en mi época de estudiante, y pese a que había entre nosotros una diferencia de cinco o seis años, nuestra relación era bastante íntima. Era un tipo bajo y rechoncho, jocoso, alegre, extraordinariamente jovial. Aunque era serio en lo profundo de su alma, su vida exterior bien parecía seguir la norma de dejar correr el agua. Las ciencias le fascinaban, pero los exámenes no eran lo suyo. No llegó más que a un *haudillaudabilis* [aceptable] en el examen de teología. Hace cuatro años le dieron un pequeño curato en la landa jutlandesa. Era dueño, en lo exterior, de una voz
estentórea, y, en sentido espiritual, de | una sinceridad que siempre 318
lo distinguió dentro del pequeño círculo de personas que he llegado a conocer; no era de extrañar, por tanto, que al comienzo no se

sintiera muy a gusto, pensando que su actividad era demasiado poco importante para él. Ahora, en cambio, ha vuelto a sentirse a gusto, y ha sido muy alentador para mí leer una carta que recibí de él en estos días. «La landa jutlandesa», dice, «es para mí un campo abierto, un cuarto de estudios sin igual. Los sábados la recorro mientras medito mis sermones, y todo se me hace más vasto, me olvido de los oyentes reales y alcanzo un ideal, un perfecto abandono dentro de mí mismo, de manera que, cuando subo al púlpito, es como si siguiera estando en las landas, donde mi mirada no encuentra a nadie, donde mi voz se eleva con toda su fuerza para silenciar las tormentas.»

Pero no te escribo para contarte esto, sino para enviarte un sermón suyo que venía junto con la carta. No he querido mostrártelo personalmente para no avivar tu crítica, pero te lo envío en forma epistolar, para que ejerza sobre ti una serena influencia. Él no lo ha presentado todavía, pero su propósito es presentarlo el año próximo y está seguro de que todos los paisanos lo entenderán. No por eso debes despreciarlo, pues la belleza de lo general reside justamente en que todos podrían entenderlo. En su sermón ha captado lo que dije y lo que me gustaría haber dicho, expresándolo de manera más afortunada de lo que yo habría sido capaz. Tómalo, pues, y léelo, yo no tengo nada que añadir, salvo decirte que yo lo he leído y que pensé en mí mismo; léelo, y piensa en ti.

320 | Lo que hay de edificante en el pensamiento de que, con respecto a Dios, siempre estamos en el error.

| Oración 321

Padre en los cielos, enséñanos a rogar con justicia, para que nuestro corazón pueda abrirse ante ti en oración e invocación, y no abrigue ningún furtivo deseo que sepamos te desagrada, pero tampoco ningún temor secreto respecto de que nos niegues alguna cosa que en verdad nos sea de provecho; para que los trabajosos pensamientos, el desasosiego y el corazón temeroso puedan hallar en la oración y por ella el reposo que sólo en y por ella cabe hallar, siempre contentos de agradecerte, confesando contentos que, con respecto a ti, siempre estamos en el error. Amen.

San Lucas escribe este relato en el capítulo 19 de su evangelio, desde el versículo 41 hasta el final:

«Así que estuvo cerca, al ver la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: ¡Si al menos este día conocieras lo que hace a la paz tuya! Pero ahora está oculto a tus ojos. Porque días vendrán sobre ti, y te rodearán de trincheras tus enemigos, y te cercarán, y te estrecharán por todas partes, y te abatirán al suelo a ti y a los hijos que tienes dentro, y no dejarán en ti piedra sobre piedra por no haber conocido el tiempo de tu visitación. Entrando en el templo, comenzó a echar a los vendedores, diciéndoles: Escrito está: Y será mi casa casa de oración; pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones. Enseñaba cada día en el templo, pero los príncipes de los sacerdotes y los escribas, así como los primates del pueblo, buscaban perderle, y no sabían qué hacer, porque el pueblo todo estaba pendiente de él escuchándole[2]».

| Lo que el espíritu había revelado a los profetas en visiones y sueños, 322
lo que con voz de alarma ellos habían anunciado a una generación

tras otra: el repudio del pueblo escogido, la espantosa caída de la orgullosa Jerusalén[3], se acercaba ahora más y más. Cristo sube a Jerusalén. No es un profeta que anuncia lo que vendrá, sus palabras no despiertan una angustiosa desazón puesto que ve ante sus ojos lo que todavía está oculto; no profetiza, ya no hay tiempo para eso — llora sobre Jerusalén. La ciudad estaba aún en su gloria, y el templo se alzaba aún, como siempre, más alto que cualquier otro edificio del mundo, y Cristo mismo dice: ¡Si este día conocieras lo que hace a la paz tuya! Pero agrega también: ¡Mas está oculto a tus ojos! Su caída está resuelta en el eterno designio de Dios, y la salvación está oculta a los ojos de sus pobladores. ¿Era la generación viviente en ese entonces más reprobable que la anterior a la que debía su vida? ¿Acaso todo el pueblo era malvado? ¿No había ningún justo en Jerusalén, ni uno siquiera que pudiera contener la ira la divina[4]? ¿No había algún devoto entre aquellos a cuyos ojos se ocultaba la salvación? Y si lo había, ¿no habría una puerta abierta en tiempos de angustia y de penuria, cuando los enemigos rodearan la ciudad con su cerco y la estrecharan por todas partes? ¿No descendería algún ángel y lo liberaría[5] antes de que todas las puertas se cerraran? ¿No ocurriría por su causa algún portento? Pero su destrucción estaba anunciada. Sería vano que la cercada ciudad, en su angustia, buscara una salida, las huestes del enemigo la oprimían con su poderoso abrazo y nadie tenía escapatoria, los cielos se habían cerrado[6] y no descendería ángel alguno, tan sólo el ángel exterminador que blandía su espada sobre la ciudad[7]. Esta generación debía pagar por los delitos del pueblo, cada integrante de esa generación debía pagar por los delitos de la generación. ¿Acaso el justo habrá de padecer junto al injusto[8]? ¿Consiste el celo de este Dios en reclamar a los hijos el pecado de los padres hasta la tercera y cuarta generación[9], castigando a los hijos y no a los padres? ¿Qué responderíamos nosotros? ¿Diríamos que han pasado ya casi veinte siglos desde aquel día, que el mundo nunca antes había visto ni volverá a ver un horror semejante? ¿Que damos gracias a Dios por vivir en paz y seguridad, porque los gritos de angustia de aquellos días sólo vagamente nos resultan audibles, y esperamos y creemos que nuestros días y los de nuestros hijos transcurrirán en calma, inmunes a las tempestades de la
323 existencia? No somos lo bastante fuertes para pensar | en cosas semejantes, pero damos gracias a Dios por no tener que pasar esa prueba. ¿Es posible imaginar palabras más cobardes y desconsoladas que ésas? ¿Se explica lo inexplicable cuando uno dice: ocurrió sólo una vez? ¿O no es eso lo inexplicable, que haya ocurrido? Y el hecho de que haya ocurrido, ¿no tiene la fuerza suficiente para hacer que

todo lo demás resulte inexplicable, incluso lo explicable? Si ocurrió una vez, si la condición humana fue entonces esencialmente distinta de lo que, de otro modo, siempre es, ¿qué seguridad hay de que no se repita? ¿Qué asegura que aquello no ha sido lo verdadero, y que no sea falso lo que sucede de ordinario? ¿O se prueba la verdad de algo por el hecho de que sucede a menudo? ¿Y no suele realmente repetirse aquello de lo que fue testigo esa época? ¿No hemos experimentado todos nosotros de un modo u otro que aquello que sucede en lo grande se vive también en lo pequeño? ¿Pensáis, dice Cristo, que aquellos galileos cuya sangre dejó verter Pilato eran más pecadores que todos los galileos por el hecho de haberlo padecido? O los dieciocho sobre los que cayó la torre de Siloé y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos lo hombres que moran en Jerusalén[10]? Pues algunos de aquellos galileos no eran más pecadores que otros hombres, y aquellos dieciocho no eran más culpables que todos los hombres que moraban en Jerusalén — y, sin embargo, los inocentes compartieron la suerte de los culpables. Tal vez dirás que fue una contingencia y no un castigo, pero la caída de Jerusalén fue un castigo, y alcanzó con el mismo rigor a culpables e inocentes. Por eso no quieres angustiarte meditando sobre estas cosas, pues el hecho de que un hombre pueda atravesar adversidades y sufrimientos, que éstos, como la lluvia, caigan por igual sobre buenos y malos[11], eso puedes entenderlo, pero ¿que sea un castigo...? Pero la Escritura lo presenta de esa manera. ¿Es entonces la suerte del justo la misma que la del injusto? ¿No tiene el temor de Dios ningún premio en esta vida tal como es? ¿Es cualquiera de los elevados pensamientos que una vez te llenaron de coraje y de confianza una ficción, un truco creído por los niños y aguardado por los jovenzuelos, pero que no depara a los de más edad ningún contento, sino sólo burla y escándalo? Sin embargo ese pensamiento te subleva, no tiene ni cobrará la fuerza suficiente para cautivarte, no será capaz de debilitar tu ánimo. Lo que quieres es amar la justicia, ejercer la justicia en todo momento, ejercerla aunque no tenga premio; sientes que la justicia comporta una exigencia que debe ser cumplida sin falta, no quieres hundirte
en la lasitud para sólo entonces comprender que | sí tenía un premio, 324
pero que te has privado de él al no practicarla. No quieres combatir con los hombres, ¡pero sí quieres combatir con Dios y aferrarte a él, de modo que no pueda desprenderse de ti sin bendecirte[12]! Pero la Escritura dice: No contenderás con Dios[13]. ¿No es eso lo que haces? ¿Son éstas, nuevamente, palabras desconsoladoras? ¿Han sido las Santas Escrituras dadas al hombre sólo para humillarlo, para aniquilarlo? ¡De ningún modo! Cuando se dice que no debes contender

con Dios, lo que se quiere decir es que no debes pretender estar en lo cierto frente a Dios, que sólo debes contender con él para llegar a saber que estás en el error. Sí, a eso deberías aspirar. El hecho de que se te prohíba contender con Dios denota tu perfección, no quiere decir que seas una criatura miserable e insignificante para él. El gorrión que cae a tierra[14] está, de algún modo, justificado frente a Dios; el lirio que se marchita está[15], de algún modo, justificado frente a Dios; sólo el hombre está en el error, sólo a él le está reservado lo que se niega a todas las demás cosas, estar en el error frente a Dios. Para decirlo de otro modo, podría recordarte un proverbio que seguramente has escuchado más de una vez, un proverbio que lo explica todo con facilidad sin proceder injustamente con Dios ni con el hombre: el hombre, dice el proverbio, es una criatura frágil, sería absurdo que Dios le pida lo imposible; se hace lo que se puede, y si alguna vez se es indolente, Dios nunca olvidará que somos criaturas débiles e imperfectas. ¿Qué debo admirar más? ¿La sublime idea de la naturaleza divina que esa sentencia delata, o el profundo discernimiento del corazón humano, la examinadora conciencia que se escudriña a sí misma y llega ahora al fácil y cómodo reconocimiento de que se hace lo que se puede? Tú, que me estás escuchando, ¿te sería tan fácil decidir hasta dónde llega ese «lo que se puede»? ¿Nunca has estado en una situación de peligro en la que, aun extremando tus fuerzas casi hasta la desesperación, deseabas infinitamente poder hacer más, mientras otro te miraba, tal vez de modo dubitativo y demandante, para ver si te era posible hacer algo más? ¿O nunca has tenido angustia de ti mismo, tanta angustia, que te parecía que no habría pecado más oscuro ni idolatría más odiosa que pudiera deslizarse dentro de ti y cobrar dominio sobre ti como un poder extraño? ¿Nunca has sentido esa angustia? Pues, si no la has sentido, no abras tu boca para responder, pues no puedes responder a lo que se pre-
325 gunta; pero si la sentiste, | a ti, que estás escuchándome, te preguntaré: ¿Hallaste algún reposo en las palabras «se hace lo que se puede»? ¿O nunca has tenido angustia por otros? ¿Nunca viste vacilar en la vida a aquellos a quienes solías contemplar con confianza y esperanzas, y oíste una voz queda que te susurraba: si ni siquiera ellos pudieron llevar a cabo lo que es grande, qué es entonces la vida, sino una dura labor[16], y qué es la fe, sino una trampa que nos arrebata al infinito en el que, sin embargo, no podemos vivir? Sería mejor olvidar, renunciar a toda pretensión. — ¿No has oído esa voz? Pues, si no la oíste, no abras la boca para responder, pues no puedes responder a lo que se pregunta; pero si la oíste, a ti, que estás escuchándome, te preguntaré: ¿habría sido un consuelo para ti que dijeses: se

hace lo que se puede? ¿No se debía tu desazón precisamente al hecho de que no sabías para ti mismo cuánto se puede, a que en un momento te parecía que era infinitamente mucho, y, en otro momento, infinitamente poco? Si tu angustia era tan bochornosa, ¿no era porque no podías penetrar tu conciencia, porque cuanto mayor fuera tu seriedad, cuanto más desearas obrar de modo sincero, tanto más terrible resultaba la encrucijada en la que estabas: que no debías hacer lo que podías, o que realmente debías hacer lo que podías, pero nadie vendría en tu auxilio?

Ninguna duda severa, ninguna preocupación profunda encuentra reposo en las palabras «se hace lo que se puede». Si el hombre está a veces en lo cierto y a veces yerra, si en cierta medida está en lo cierto y en cierta medida yerra, ¿quién lo decide, sino el hombre mismo? Pero, a su vez, ¿no podrá éste, al decidirlo, estar en lo cierto en alguna medida y errar en otra? ¿O acaso el que juzga su obrar es un hombre diferente del que obra? ¿Reinará entonces la duda, descubrirá siempre nuevas dificultades e inquietudes que acompañen al alma angustiada y dejen grabadas en ella las experiencias pasadas? ¿O preferiremos estar siempre en lo cierto en el sentido en que lo están las criaturas irracionales? Entonces no nos queda más que elegir entre no ser nada para Dios, o bien, en un eterno tormento, recomenzar a cada instante sin ser capaces de comenzar; pues si pudiésemos determinar con precisión si estamos en lo cierto en el momento presente, podría responderse con precisión a esa pregunta en lo concerniente al momento precedente, y así retrotraernos más y más.

La duda ha vuelto a ponerse en movimiento, la inquietud ha vuelto a despertar; intentemos, pues, aliviarla meditando acerca de:

| LO QUE HAY DE *EDIFICANTE* EN EL PENSAMIENTO DE QUE, CON RESPECTO A DIOS, *SIEMPRE* ESTAMOS EN EL ERROR 326

Estar en el error — ¿Cabe imaginar un sentimiento más doloroso que ése? ¿No vemos que los hombres prefieren padecer cualquier cosa antes que reconocer que están en el error? Claro que no aprobamos esa terquedad ni en nosotros mismos ni en los demás, pensamos que sería más sabio y acertado reconocer nuestro error cuando realmente tenemos uno, afirmamos que el dolor que acompaña al reconocimiento sería como una amarga medicina curativa, pero no ocultamos el dolor que comporta estar en el error, el dolor de reconocerlo. Soportamos el dolor, entonces, porque sabemos que es para nuestro bien, nos consuela pensar que alguna vez conseguiremos resistir con más

fuerza, que llegaremos al punto de no errar realmente sino en raras ocasiones. A todos nos resulta muy natural y evidente considerar las cosas de ese modo. Hay, pues, algo edificante en el hecho de estar siempre en el error, justamente en la medida en que, al reconocerlo, nos edificamos en la expectativa de que sucederá con menor y menor frecuencia. Pero no queríamos aliviar la duda mediante esas consideraciones, sino meditando acerca de lo que hay de edificante en el hecho de que siempre estamos en el error. Pero si aquella primera consideración era edificante al conceder la esperanza de llegar, con el tiempo, a ya no estar en el error, ¿cómo puede serlo también la consideración opuesta, la consideración que nos enseña que siempre, tanto en lo que hace al pasado como al porvenir, estamos en el error?

Tu vida te pone en relaciones diversas con otros hombres. Algunos de ellos aman lo justo y la justicia; otros no parecen querer realizarlos, obran contigo de manera injusta. Tu alma no es insensible al dolor que éstos te acarrean, pero te escudriñas y te examinas, te aseguras de estar en lo cierto, y te apoyas calmo y firme en esa convicción; por mucho que me lastimen, dices, no lograrán privarme de la paz de saber que estoy en lo cierto y que padezco el error. En esa consideración hay una satisfacción, una alegría que cada uno de nosotros ha saboreado seguramente, y, mientras sigues padeciendo el error, te edificas en el pensamiento de que estás en lo cierto. Esa consideración es muy natural y comprensible, y a menudo se la verifica en la vida; pero no queríamos aliviar la duda ni curar la preocupación
327 mediante ella, sino meditando acerca de | lo que hay de edificante
en el pensamiento de que siempre erramos. ¿Puede la consideración opuesta tener el mismo efecto?

Tu vida te pone en relaciones diversas con otros hombres; a alguno te acercas con un amor más íntimo que a otros. Ahora bien, si ese hombre que es objeto de tu amor obrara injustamente contigo, ¿no es verdad que te dolería, pero que, examinándolo todo con cuidado, dirías: sé para mí mismo que estoy en lo cierto, ese pensamiento me aliviará? ¡Ah, no te aliviaría si le amaras! Pondrías todo en cuestión. Lo único que podrías entender es que él habría errado, pero ¿te tranquilizaría saberlo? Desearías haber errado tú, verías si no puedes hallar algo que hable en su defensa y, si no lo hallaras, sólo hallarías reposo en el pensamiento de que tú estás en el error. Si te hubiese correspondido velar por el bienestar de ese hombre, harías todo lo que estuviera a tu alcance, y si, aun así, el otro no le diera importancia y sólo te infligiera pena, ¿no es verdad que ajustarías cuentas y dirías: Sé que he obrado con él de manera justa? — ¡Ah, no! Si lo amaras, ese pensamiento no haría sino angustiarte, te aferrarías a

cualquier probabilidad y, si no hallaras ninguna, tomarías la cuenta y la harías pedazos para poder olvidarla, e intentarías edificarte en el pensamiento de que tú estabas en el error.

¡Estar en el error es doloroso, y es tanto más doloroso cuanto más frecuentemente se lo está; estar en el error es edificante, y es tanto más edificante cuanto más frecuentemente se lo está! Sí, es una contradicción. ¿Cómo es posible explicarla, si no porque en uno de los casos estás obligado a reconocer aquello que, en el otro caso, deseas reconocer? ¿Pero el reconocimiento no es el mismo? ¿Influye de algún modo en él el hecho de que uno desee o no desee? ¿Cómo es posible explicar esto, si no porque en uno de los casos amabas, y no en el otro; porque en uno de los casos, dicho de otro modo, estabas en una relación infinita con alguien, y, en el otro caso, en una relación finita? ¡Desear estar en el error, entonces, es expresión de una relación infinita; querer estar en lo cierto, o considerar que es doloroso estar en el error, es expresión de una relación finita! ¡Es edificante, entonces, estar siempre en el error, pues sólo lo infinito edifica, no lo finito!

Si aquel a quien amaras fuese un ser humano, por más que tu amor consiguiera mentirte piadosamente a ti y a tu pensamiento, aun
así | seguirías estando en una contradicción, porque sabrías que estás 328
en lo cierto, pero desearías más y más creer que estás en el error. Si aquel a quien amaras, en cambio, fuese Dios, ¿podría hablarse de una contradicción semejante? ¿Podrías entonces estar al tanto de alguna otra cosa además de aquello que desearías creer? Aquel que está en el cielo, ¿no sería más grande que tú, que estás en la tierra? ¿No sería su riqueza más abundante que tu ración, su sabiduría más profunda que tu astucia, su santidad mayor que tu justicia? No necesariamente habrás de reconocer que es así, pero, si lo reconoces, entonces no hay contradicción alguna entre tu saber y tu deseo. Y, sin embargo, si te fuese necesario reconocerlo, no habría nada de edificante en el pensamiento de que siempre estás en el error, pues se ha dicho que, si el hecho de estarlo resultaba ser doloroso en una oportunidad y edificante en la otra, era porque en un caso le era a uno necesario reconocer aquello que, en el otro caso, deseaba reconocer. Así, pues, aunque en tu relación con Dios estarías libre de la contradicción, habrías perdido lo edificante; pero eso era precisamente lo que queríamos meditar: lo que hay de edificante en el hecho de que siempre estamos en el error con respecto a Dios.

¿Es realmente así? ¿Por qué desearías estar en el error con respecto a un hombre? Porque amas. ¿Por qué lo considerarías edificante? Porque amas. Cuanto mayor fuera tu amor, menos tiempo tendrías

para deliberar acerca de si estás en lo cierto o no, tu amor tendría un solo deseo, a saber, poder estar siempre en el error. Así también en tu relación con Dios. Amas a Dios, y por eso tu alma sólo podría hallar reposo y alegría en el hecho de poder estar siempre en el error. No habrías llegado a ese reconocimiento a partir de laboriosos pensamientos, no estarías obligado a ello, pues, cuando amas, estás en libertad. Cuando el pensamiento te diera la certeza de que es así, de que no podría ser de otro modo, sino que debes estar siempre en el error, o que Dios debe estar siempre en lo cierto, esa certeza sería posterior; y no llegarías a saber que estás en el error a partir del reconocimiento de que Dios está en lo cierto, sino que a partir del único y más alto deseo del amor, del deseo de poder estar siempre en el error, llegarías al reconocimiento de que Dios está siempre en lo cierto. Pero ese deseo, por tanto, es un asunto del amor y de la libertad, y no estarías en modo alguno obligado a reconocer que siempre estás en el error. No sería la reflexión la que te mostraría que siempre estás en el error, sino que la sabiduría consistiría en que ese hecho fuese edificante para ti.

329 | Es edificante, por tanto, pensar que siempre estamos en el error con respecto a Dios. Si ése no fuese el caso, si esa convicción no tuviese su fuente en la totalidad de tu ser, en el amor que hay en ti, tu manera de considerarlo habría cobrado también un aspecto distinto. Habrías reconocido que Dios siempre está en lo cierto, habrías estado obligado a reconocerlo, y como consecuencia de ello habrías estado obligado a reconocer que tú estás siempre en el error. Esto último sería ya más difícil, pues si bien puedes estar obligado a reconocer que Dios siempre está en lo cierto, no puedes estar realmente obligado a aplicarlo a ti mismo, a asumir ese reconocimiento en la totalidad de tu ser. Reconocerías, entonces, que Dios siempre esté en lo cierto y, como consecuencia de ello, que tú siempre estás en el error, pero ese reconocimiento no sería edificante para ti. No hay nada de edificante en el hecho de que Dios siempre esté en lo cierto y, por ende, tampoco en un pensamiento que sea su consecuencia necesaria. Cuando reconoces que Dios siempre está en lo cierto, estás fuera de Dios, y lo mismo cuando, como consecuencia de ello, reconoces que tú siempre estás en el error. Cuando, en cambio, no ya en virtud de un conocimiento previo, presupones y estás convencido de que siempre estás en el error, te cobijas en Dios[17]. Ése es tu culto, tu devoción, tu temor de Dios.

Amas a alguien, y deseas poder estar siempre en el error respecto de él; pero ¡ah!, te es infiel y, aunque muy a tu pesar y por mucho que te doliera, estarías en lo cierto respecto de él y en el error al

amarlo tanto. Pero tu alma exigiría amar de ese modo, sólo en ello hallarías reposo, paz y dicha. Entonces tu amor pasaría de lo finito a lo infinito, allí encontraría su objeto y llegaría a ser dichoso. Dios es aquel a quien quiero amar, dirías, él le da todo a quien lo ama, satisface mi más alto y único deseo, el de estar siempre en el error frente a él; nunca me apartará de él alguna angustiosa duda, nunca me aterrorizará el pensamiento de que yo podría estar en lo cierto frente a él, frente a Dios estoy siempre en el error.

¿O no es así? ¿No sería ése tu único y más alto deseo? ¿Y no se apoderaría de ti una terrible angustia si por un momento irrumpiera en tu alma el pensamiento de que podrías estar en lo cierto, que la sabiduría no estaría en la providencia divina, sino en tus planes; que la justicia no estaría en los pensamientos de Dios, sino en tus hazañas; que el amor no estaría en el corazón de Dios, sino en tus sentimientos? ¿Y no sería para ti una bienaventuranza no poder amar jamás de la manera en que eres amado? Entonces, el hecho de que siempre estés
en el error respecto de Dios no es | una verdad que debas conocer, 330
ni un consuelo que calme tu dolor, ni una retribución por algo mejor, sino la alegría de triunfar sobre ti mismo y sobre el mundo, tu regocijo, tu canto de alabanza, tu culto, una prueba de que tu amor es dichoso como sólo lo es el amor con el que se ama a Dios.

Así, el hecho de que siempre estemos en el error con respecto a Dios es un pensamiento edificante; es edificante que estemos en el error, es edificante que lo estemos siempre. Su poder de edificación se muestra doblemente, primero porque pone término a la duda y alivia la inquietud de la duda, y además porque alienta tu obrar.

Tú, que estás escuchándome, ¿te acuerdas todavía del proverbio señalado en lo precedente? Se lo veía tan fidedigno y confiable, lo explicaba todo con tanta facilidad, prometía llevar a todo hombre a salvo a lo largo de la vida sin que lo afectaran las tempestades de la duda. Se hace lo que se puede, exclamaba el perplejo. Y es innegable que, cuando eso es todo lo que uno hace, recibe apoyo. Sin tener otra cosa que decir, desapareció como un sueño, o quedó repitiéndose monótonamente en los oídos del indeciso. Si éste quisiera usarlo, he aquí que no podría, que lo atraparía en una maraña de dificultades. No tendría tiempo para deliberar sobre lo que podría hacer, pues debería al mismo tiempo hacer lo que podría hacer. Y si tuviera tiempo para deliberar, la prueba le daría un más o menos, una aproximación, pero nunca algo definitivo. ¿Pero cómo podría un hombre medir su relación con Dios según un más o un menos, o por la determinación de lo aproximado? Se convencería entonces de que ese proverbio era un falso amigo que, aparentando ayudarlo,

lo enredaba en la duda, lo angustiaba al encerrarlo en el perpetuo círculo de la confusión. Aquello que antes era oscuro para él, pero que no le inquietaba, no llegó a hacérsele más claro, pero la duda hizo que su mente se angustiara e inquietara. La duda sólo podría aliviarse en una relación infinita con Dios; sólo en una relación infinitamente libre con Dios podría su inquietud transformarse en alegría. Su relación con Dios es infinita cuando reconoce que Dios siempre está en lo cierto, y es infinitamente libre cuando reconoce que él está siempre en el error. Entonces la duda se detiene, pues el movimiento de la duda consistía precisamente en que parecía estar en lo cierto en un momento y en el error en otro, estar en lo cierto en alguna
331 medida y en el error en otra, y esto | parecía caracterizar su relación con Dios; pero esa relación con Dios no es ninguna relación, y eso es lo que alimentaba la duda. En su relación con otro ser humano, podría ser que estuviese parcialmente en el error y parcialmente en lo cierto, pues él mismo, como cualquier ser humano, es algo finito, y la relación entre éstos es una relación finita que consiste en un más o un menos. Mientras la duda quiera hacer infinita la relación finita, y mientras la sabiduría quiera colmar de finitud la relación infinita, seguirá estando en la duda. Cada vez que la duda quiere angustiarlo con algo particular, cuando le hace pensar que sufre demasiado o que la prueba supera sus fuerzas, olvida lo finito en pos de lo infinito: que él está siempre en el error. Cada vez que la inquietud de la duda amenaza con entristecerlo, se eleva al infinito por encima de lo finito; pues el hecho de que siempre esté en el error es el ala sobre la que toma vuelo sobre lo finito, es el anhelo con el que busca a Dios, y es el amor en el que encuentra a Dios.

Con respecto a Dios estamos siempre en el error. Ese pensamiento, sin embargo, ¿no nos adormece? ¿No es, por edificante que sea, peligroso para el hombre? ¿No lo arrulla en un sueño en el que sueña con una relación con Dios que, en realidad, no es ninguna relación? ¿No consume las fuerzas de la voluntad y el vigor del empeño? ¡De ninguna manera! Aquel hombre que deseaba estar siempre en el error con respecto a otro hombre, ¿era perezoso e inactivo? ¿No hacía todo lo que estaba a su alcance para llegar a estar en lo cierto, y aun así deseaba tan sólo estar en el error? El pensamiento, entonces, de que siempre estamos en el error con respecto a Dios, ¿no debería ser inspirador? ¿Pues qué expresa ese pensamiento, sino que el amor de Dios es siempre más grande que nuestro amor? ¿No le lleva ese pensamiento a actuar con alegría, mientras que, cuando duda, no tiene fuerzas para actuar? ¿No enciende su espíritu[18], mientras que, cuando calcula de manera finita, la llama del espíritu se apaga? Si tu

único deseo te fue denegado, tú, que estás escuchándome, te contentas igualmente, y no dices: Dios siempre está en lo cierto, pues en eso no hay contento alguno, sino que dices: con respecto a Dios estoy siempre en el error. Si fueses tú mismo el que hubo de negar tu más alto deseo, aun así te contentas, y no dices que Dios siempre está en lo cierto, pues en eso no hay júbilo alguno, sino que dices: con respecto a Dios estoy siempre en el error. Si tu deseo consistía en aquello que otros y tú mismo, en algún sentido, llamaríais tu deber, si además de negar tu deseo faltaras de algún modo a tu deber, si además de perder tu alegría perdieras incluso el honor, aun así te contentas; | con respecto a Dios, dices, siempre estoy en el error. Si 332
has llamado sin que te abran, si has buscado sin hallar, si has trabajado sin recibir, si has sembrado y regado sin ver la bendición, si el cielo se ha cerrado y el testimonio ha faltado[19], aun así te contentas en tu obra; si el castigo por los pecados de los padres ha sido reclamado[20] y ha caído sobre ti, aun así te contentas, pues con respecto a Dios siempre estamos en el error.

Con respecto a Dios siempre estamos en el error; ese pensamiento detiene la duda y alivia su inquietud, alienta e inspira tu acción.

Tu pensamiento ha seguido el curso de la explicación, tal vez adelantándose con prisa cuando te llevaba por sendas conocidas, tal vez con lentitud y a duras penas cuando la senda te era extraña; pero has tenido que admitir que el asunto era tal como se lo presentaba, y tu pensamiento no tuvo nada que objetar. Pero, antes de separarnos, una pregunta más: tú, que estás escuchándome, ¿desearías, podrías desear que fuese de otro modo? ¿Podrías desear estar en lo cierto? ¿Podrías desear que aquella hermosa ley que por siglos ha sostenido a la especie a lo largo de la vida y a cada generación dentro de la especie, ley más gloriosa que aquella que mantiene en curso a las estrellas en la bóveda celeste, podrías desear que esa ley se quebrantara, cosa más terrible aún que si esa otra, la ley natural, perdiera su fuerza y todo se disolviera en un horrible caos? ¿Podrías desear eso? No es que quiera aterrorizarte con palabras airadas, tu deseo no ha de surgir de la angustia frente al insolente pensamiento de querer estar en lo cierto con respecto a Dios; tan sólo te pregunto: ¿desearías que fuese de otro modo? Puede que mi voz no tenga la fuerza y la interioridad suficiente, puede que mi voz no penetre en tus pensamientos más íntimos, pero ¡vamos!, pregúntatelo a ti mismo, pregúntatelo con la solemne ignorancia con la que te dirigirías a alguien de quien supieras que podría decidir la suerte de tu vida con una sola palabra, pregúntatelo con mayor seriedad aún; pues es, en verdad, una cuestión de bienaventuranza. No detengas el vuelo de tu

alma, no malogres lo mejor de ti, no abrumes tu espíritu con deseos a medias y pensamientos a medias. Pregúntate y sigue preguntándote hasta hallar la respuesta, pues uno puede haber conocido y reconocido una cosa muchas veces, puede haber querido e intentado una cosa muchas veces, pero sólo la profunda conmoción interior, sólo la indecible agitación del corazón te da la seguridad de que aquello que conociste te pertenece, que ningún poder habrá de quitártelo; pues sólo la verdad que edifica es verdad para ti.

NOTAS

1. Cita de la pieza lírica de A. Oehlenschläger *Ludlanms Hule*, música de C. E. F. Weyse, Copenhague, 1814, acto V, p. 160.
2. Lc 19,41-48. Según el *Libro de altar* de la Iglesia danesa, la lectura de este texto correspondía al décimo domingo posterior a la Santísima Trinidad. Cf. *Forordnet Alter-Bog for Danmark*, pp. 132 s.
3. Cf. Is 3,1-15; Jer 1,15-16; Ez 7,1-4.8-9; Esd 29,2-6; véase también Jer 26,18; 1 Re 9,8; Jer 9,10; Miq 3,12.
4. Cf. Gén 18,23-33.
5. Cf. Gén 19,1-19.
6. Cf. Lc 4,25; Ap 11,6.
7. Cf. 1 Cro 21.
8. Cf. Gén 18,25.
9. Cf. Ex 20,5.
10. Cf. Lc 13,1-4.
11. Cf. Mt 5,45.
12. Cf. Gén. 32,25-27.
13. Job 40,1-2.
14. Cf. Mt 10,29.
15. Cf. Mt 6,28-30; 1 Pe 1,24.
16. Cf. Ecl 1,13.
17. Cf. Col 3,3.
18. Cf. Rom 12,11.
19. Cf. Mt 7,7-8; Lc 10,7; 1 Tim 5,18; 1 Cor 3,8; Lc 4,25.
20. Cf. Ex 20,5.

CUADRO DE CONCORDANCIAS*

O LO UNO O LO OTRO I

SKS 2	SV1	SV2	SKS 2	SV1	SV2	SKS 2	SV1	SV2
7			26	2	2	42	17	19
9	III	V	27	3	3	43	18	20
11	V	VII	28	4	4	44	19	22
12	VI		29	5	5	45	20	23
13	VII	IX	30	6	6	46	21	24
14	VIII	X	31	7	7	47	22	25
15	IX	XI	32	8	8	48	23	26
16	X		33	9	10	49	24	27
17	XI		34	10	11	50	25	28
18	XII	XV	35	11		51	26	29
19	XIII		36	11	12	52	27	31
20	XIV		37	12	14	53	29	45
21			38	13	15	55	31	35
22	XVI	XX	39	14		56	32	36
23	7		40	15	16	57	33	37
25	1	1	41	16	18	58	34	38

* SKS: *Soren Kierkegaards Skrifter*: Gad, Copenhague, 1997-1999. Edición del Soren Kierkegaard Forskningscenter: N. J. Capperlorn, J. Garf *et alt*.

SV1: S. Kierkegaard, *Samlede Værker*; Gyldendal, Copenhague, 1901-1906. Edición de A. B. Drachmann, J. L. Heiberg y H. O. Lange. Vols. I-XV.

SV2: S. Kierkegaard, *Samlede Værker*; Gyldendal, Copenhague, 1920-1936. Edición de A. B. Drachmann, J. L. Heiberg y H. O. Lange. Vols. I-XV.

Tomado de: Side Konkordans; Samlet af Karsten Kynde © Soren Kierkegaard Forskningscenteret 2005. http://www.sk.ku.dk/konkord/

SKS 2	SV1	SV2	SKS 2	SV1	SV2	SKS 2	SV1	SV2
59	35	39	89	66		120	97	113
60	36	41	90	67	76	121	98	114
61	37		91	67	77	122	99	115
62	38	43	92	68	78	123	100	117
63	39	44	93	69	80	124	101	118
64	40	45	94	70	81	125	102	
46			95	72		126	103	119
65	41	47	96	73	83	127	104	120
66	42	48	97	74	85	128	104	122
67	43		98	74	86	129	105	123
68	43	49	99	75	87	130	107	
69	45	52	100	76	88	131	108	125
70	46	53	101	78	89	132	109	126
71	47	54	102	79	91	133	109	128
72	48		103	80	92	134	110	129
73	49	55	104	80	93	135	112	130
74	49	56	105	81	94	136	112	131
75	51	59	106	83	96	137	115	127
76	52	60	107	84	97	139	117	135
77	53	61	108	85	98	140	118	136
78	54		109	86	99	141	119	137
79	55	62	110	100		142	120	138
80	55	64	111	88	102	143	121	139
81	57	66	112	89	103	144	122	141
82	58	67	113	90	104	145	123	
83	59	69	114	91	106	146	125	143
84	60		115	92		147	125	144
85	61	70	116	93	108	148	126	146
86	62	71	117	94	109	149	127	147
87	63	72	118	95	110	150	128	148
88	64	73	119	96	112	151	129	

SKS 2	SV1	SV2	SKS 2	SV1	SV2	SKS 2	SV1	SV2
152	130	149	183	163	189	214	194	224
153	131	150	184	164	190	215	195	225
154	132	153	185	165	191	216	196	226
155	133	154	186	166		217	197	227
156	134	155	186			218	198	228
157	135		187	167	192	219	199	230
158	136	156	188	168	194	220	201	231
159	137		189	169	195	221	201	232
160	138	159	190	170	196	222	202	233
161	139	161	191	171	197	223	203	234
162	140	162	192	172	198	225	205	213
163	143	165	193	199		226	206	238
164	144	166	193	174	201	227	207	239
165	145	167	194			228	208	240
166	146	168	195	175	202	229	209	241
167	147	169	196	176	203	230	210	242
168	148	170	197	177	204	231	211	243
169	149	171	198	178	206	232	212	245
170	150	172	199	179	208	233	213	
171	151	173	200	180		234	214	247
172	152	175	201	181	209	235	215	248
173	153	176	202	182	211	236	216	249
174	154	178	203	183	212	237	217	251
175	155		204	184	213	238	217	252
176	156	179	205	185	215	239	218	
177	157	181	206	186	216	240	220	254
178	158	183	207	187	217	241	221	256
179	159	184	208	188	218	242	222	257
180	160		209	188	219	243	223	
181	161	185	211	191	199	244	224	258
182	162	186	213	193	223	245	225	259

SKS 2	SV1	SV2	SKS 2	SV1	SV2	SKS 2	SV1	SV2
246	226	262	278	260	300	310	292	336
247	227	263	279	261	301	311	293	337
248	228	264	280	262	303	312	294	338
249	229		281	263	304	313	295	
250	230	265	282	265	305	314	296	341
251	231	266	283	266	306	315	296	342
252	232	269	284	267	307	316	297	
253	233	270	285	267	309	317	298	344
254	234		286	268	310	318	299	345
255	235	271	287	269		319	300	347
256	236	273	288	271	312	320	301	348
257	237	274	289	272	314	321	302	
258	237	275	291	273	315	322	303	350
259	238	276	292	274	316	323	305	352
260	240	277	293	275	317	324	306	353
261	241	278	294	276	318	325	306	354
262	242	280	295	277	319	326	307	355
263	243	281	296	278	320	327	308	
264	244	282	297	279	321	328	309	356
265	245	283	298	280	323	329	310	359
266	246	285	299	281	324	330	311	360
267	247	286	300	282	325	331	312	
268	248	287	301	283	326	332	313	361
269	249	288	302	284	327	333	314	362
270	250	289	303	285		334	315	364
271	253	293	304	286	330	335	315	365
272	254	294	305	287	331	336	317	366
273	255	295	306	288	332	337	318	367
275	257	297	307	289	333	338	319	368
276	258	298	308	290	334	339	319	370
277	259	299	309	291		340	320	

SKS 2	SV1	SV2	SKS 2	SV1	SV2	SKS 2	SV1	SV2
341	321	371	372	351	407	403	382	444
342	323	373	373	352	408	404	383	445
343	324	374	374	353	410	405	385	
344	375		375	354	411	406	386	448
345	325	376	376	355	412	407	387	449
346	326	377	377	356	414	408	388	450
347	327	378	378	357		409	389	451
348	329	380	379	358	415	410	389	452
349	330	382	380	359	416	411	391	455
350			381	360	419	412	392	456
351	331	383	382	361		413	393	
352	332	384	383	362	420	414	394	457
353	333	385	384	363	421	415	395	458
354	334	386	385	364	423	416	395	460
355	335	388	386	365	424	417	397	
356	336	389	387	366	425	418	398	462
357	337	390	388	367	427	419	399	463
358	338	391	389	368	428	420	400	464
359	339	393	390	369		421	400	466
360	340		391	370	429	422	401	467
361	341	395	392	371	431	423	403	468
362	342	396	393	372	432	424	404	469
363	343	397	394	373	434	425	405	471
364	344	399	395	374	435	426	405	472
365			396	375	436	427	406	
366	345	400	397	376	437	428	407	473
367	347	402	398	378	439	429	409	476
368	348	403	399	379	440	430	410	
369	349	404	400	380	441	431	411	477
370	349	405	401	381	442	432	412	479
371	350	406	402	381	443			

O LO UNO O LO OTRO II

SKS3	SV2	SV3	SKS3	SV2	SV3	SKS3	SV2	SV3
7			41	31	38	71	61	73
9	1	1	42	32	39	72	61	74
11	7		43	33	40	73	62	75
13	3	3	44	34	41	74	63	76
15	5	7	45	35	42	75	65	78
16	6	8	46	36	43	76	66	79
17	7	9	47	37	44	77	67	80
18	8	10	48	38	46	78	67	81
19	9	11	49	39	48	79	68	82
20	10	13	50	40	49	80	69	84
21	11		51	41		81	71	85
22	12	15	52	42	50	82	72	86
23	13	16	53	43	51	83	73	87
24	14	17	54	44	52	84	73	88
25	15	19	55	45	55	85	74	90
26	16	20	56	46	56	86	75	91
27	17		57	47		87	76	
28	19	22	58	48	57	88	78	93
29	19	24	59	49	58	89	79	94
30	20	25	60	50	59	90	80	96
31	21	26	61	50	61	91	80	97
32	22	27	62	52	63	92	81	98
33	23	28	63	53		93	82	
34	24	29	64	54	64	94	84	100
35	26	31	65	54	66	95	85	102
36			66	55	67	96	85	103
37	27	33	67	56	68	97	86	104
38	28	34	68	58	70	98	87	105
39	29		69	59	71	99	88	
40	30	35	70	60	72	100	90	108

SKS3	SV2	SV3	SKS3	SV2	SV3	SKS3	SV2	SV3
101	91	109	132	121	145	165	153	183
102	92	110	133	122	146	166	154	184
103	93	111	134	123	147	167	155	
104	93	112	135	123	148	168	156	186
105	94		136	124	149	169	157	187
106	95	113	137	125	150	170	158	188
107	97	116	138	126	151	171	159	190
108	98	117	139	128	153	172	160	191
109	99	118	140	129	154	173	161	192
110			141	129	155	174	162	193
111	100	119	142	130	156	175	163	194
112	101	121	143	131		176	164	196
113	103	123	144	132	158	177	165	197
114	103	124	145	133	159	178	165	198
115	104	125	146	135	161	179	166	
116	105	126	147	135	162	180	167	199
117	106	127	148	136	163	181	169	202
118	107	128	149	137	164	182	170	203
119	108	129	150	138	165	183	170	204
120	109	131	151	139		184	171	205
121	110	132	153	141	147	185	172	
122	111	133	155	143	171	186	173	206
123	112	134	156	144	172	187	175	209
124	113	135	157	145	173	188	175	210
125	113	136	158	146	174	189	176	211
126	115	138	159	147	175	190	177	212
127	116	139	160	148	177	191	178	213
128	117		161	149	178	192	179	214
129	118	140	162	150	179	193	180	216
130	118	142	163	151	180	194	181	217
131	119	143	164	152	181	195	182	218

SKS3	SV2	SV3	SKS3	SV2	SV3	SKS3	SV2	SV3
196	183	219	227	213	256	258	243	
197	184	220	228	214	257	259	244	293
198	185	222	229	215	258	260	245	295
199	186	223	230	216	261	261	246	296
200	187	224	231	217		262	247	298
201	188	226	232	218	262	263	248	
202	189		233	219	263	264	249	
203	189	227	234	220	264	265	250	301
204	191	229	235	221	266	266	251	302
205	192	230	236			267	252	303
206	193	232	237	223	268	268	253	305
207	193	233	238	224	269	269	254	306
208	194		239	225	271	270	255	307
209	195	234	240	226	272	271	256	308
210	196	235	241			272	257	309
211	198	238	242	227	273	273	258	310
212	198	239	243	229	275	274	312	
213	199		244	230	277	275	260	313
214	200	240	245	231	278	276	261	314
215	201	241	246	231	279	277	262	315
216	202	243	247	232		278	263	316
217	203	244	248	233	280	279	264	317
218	204	246	249	234	281	280	319	
219	205	247	250	236	284	281	266	320
220	206	248	251	237	285	282	267	321
221	207	249	252			283	268	322
222	208	250	253	238	286	284	269	323
223	209	251	254	239	287	285	270	324
224	210	252	255	240	289	286	326	
225	211	253	256	242	291	287	272	327
226	212	255	257	242	292	288	273	328

SKS3	SV2	SV3	SKS3	SV2	SV3	SKS3	SV2	SV3
289	274	329	303	288	346	318	304	364
290	275	330	304	289	347	320	306	311
291	276	331	305	290	348	321	307	367
292	277	333	306	291	349	322	308	368
293	278	334	307	292	350	323	309	369
294	279	335	308	293	351	324	310	370
295	280	336	309	294	353	325	311	372
296	281	337	310	295	354	326	312	373
297	338		311	296	355	327		
298	283	340	312	297	357	328	314	375
299	284	341	313	298		329	315	376
300	285	342	314	298	358	330	316	377
301	286	343	315	301	307	331	317	379
302	286	345	317	303	363	332	317	380

GLOSARIO

aabenbare: manifestar, poner de manifiesto, revelar
Aand: espíritu
aandelig, -e: espiritual
aandrig, -e: ingenioso
Adspredelse: esparcimiento, solaz, diversión
Anelse, Ahnelse; Ahnen: barrunto; presagio, presentimento
Alvor: seriedad, lo serio, gravedad
Andagt: plegaria, rezo, devoción
Anledning: ocasión, circunstancia
Attraa: deseo

Begjær; begære: ansia, deseo, apetito; ansiar, desear
bestaae: existir, permanecer, subsistir, consistir
Bestemmelse: definición, determinación
Bevidsthed: conciencia

Elskov: amor
Erindring: memoria, recuerdo, reminiscencia
Existens: existencia

Forskellighed: disparidad
Fortvivlelse: desesperación
fremstille: exhibir, exponer, mostrar, producir, representar

Galskab: locura, sinrazón
Gemyt: ánimo, talante

Hjemvee: nostalgia
Hæve: anular, desechar, deshacer, romper, suprimir; suspender; hinchar; *v.* Ophæve
Hæve sig: elevarse, levantarse, alcanzar su apogeo

Individualitet: individualidad
Indre, det: el fuero interno, lo interior
Indsigt: competencia, raciocinio, pericia

Kjedsommelsighed; kjede sig: tedio; aburrirse
Kjærlighed: amor

Længsel: anhelo, ansia, nostalgia
Letsind: frivolidad, imprudencia
Lune: capricho, humor, temple
Lunefuld: caprichoso, -a
Lykke: dicha; fortuna
lykkelig: afortunado, -a; dichoso, -a.; *v.* Ulykkeligste, den

Melancholi: melancolía

Nyere: moderno, -a, de nuevo cuño, reciente

Ønske: deseo, anhelo
Ophæve: elevar, superar, suprimir

Realitet: realidad

Samvittighed: conciencia
Sandselig, sandselighed; sensual, sensualidad
Sjæl: alma
Sjælelig: psíquico, -a; anímico, -a
Smerte: dolor
Sorge: pena
Stemnings-: anímico, -a
Sværmeri; sværme for: fervor; suspirar por
Svæve: flotar, fluctuar, quedar suspendido, -a
Synthese: síntesis

Tilfælde: caso, casualidad, accidente
Tilfældig: casual, accidental
Tilfældighed: carácter casual, carácter accidental
Tilværelse: existencia
Tungsind: pesadumbre

Ulykkeligste, den: el más desdichado
Uskyldighed: candor, inocencia

Veemod: tristeza, melancolía, nostalgia
Virkelighed: realidad
Vittighed: chiste, comicidad

Ydre, det: el fuero externo, lo exterior

ÍNDICE DE NOMBRES

Søren Kierkegaard (Copenhague, 1813-1855)

Figura entre los grandes de la historia del pensamiento. Su personalidad y su obra han sido calificadas de «tumultuosas, desbordantes e incontenibles» y han estado constantemente sometidas a las más diversas interpretaciones por parte de las corrientes filosóficas y teológicas que le sucedieron.

Hijo menor de un comerciante enriquecido, pronto perdió a su madre y a la mayoría de sus hermanos. Durante diez años cursó estudios en la Universidad de Copenhague hasta que, tras la muerte de su padre, decide presentar su tesis doctoral, que le otorgaría el título de *Magister*. A partir de entonces, y tras la ruptura de su noviazgo con Regina Olsen, se dedicará en exclusiva a su oficio de escritor. No por ello dejó de participar en los avatares de la vida social, política y religiosa de su tiempo, hasta su última polémica contra el obispo Mynster y la cristiandad oficial.

Arrinconado al principio por este enfrentamiento con el cristianismo establecido de su época, fue rescatado por G. Brandes, T. S. Haecker y M. Heidegger. A España llegó tempranamente a través de Høffding y Unamuno, que le llamaba «el hermano Kierkegaard», pero cayó pronto en el olvido, pese al empeño de autores como Aranguren y Valverde. Recientemente se ha recuperado el interés por su magnífica obra y por su inquietante personalidad, fruto del cual son los numerosos estudios y congresos en torno a su pensamiento y la publicación de una nueva edición crítica de su obra en danés.

Dentro de la presente edición castellana de los *Escritos* de Søren Kierkegaard, basada en la edición crítica danesa, han sido ya publicados: *Escritos* 1. *De los papeles de alguien que todavía vive. Sobre el concepto de ironía* (^{2}2006); *Escritos* 2. *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida* I (2006) y *Migajas filosóficas o un poco de filosofía* (^{5}2007). De Kierkegaard han sido además publicados en esta misma Editorial *El Instante* (2006) y *Los lirios del campo y las aves del cielo* (2007).